



ISSN 0329-1588

LA BIBLIOTECA

revista fundada por Paul Groussac

Lectura y Tecnología

Roger Chartier
Ricardo Piglia
Daniel Link
Noé Jitrik
José Pablo Feinmann
Christian Ferrer
Mempo Giardinelli
Diego Tatián
Alejandro Kaufman
Fernando Devoto
Hebe Clementi
Juan Samaja
Marta Elena Groussac
Eduardo Romano
David Viñas
Andrés Rivera
Flavia Costa
María De Pauli
Margarita Martínez
Rubén Ríos
Franco Berardi
Adrián Cangi
Diego Poggiese
Pablo Rodríguez
Roberto Retamoso

6

Primavera 2007 • \$19 • República Argentina

ÍNDICE

3 Editorial

Conversaciones

- 10 • Roger Chartier: “Hay una tendencia a transformar todos los textos en bancos de datos”. *Por Horacio González, Diego Tatián, María Pia López y Sebastián Scolnik*
- 30 • Ricardo Piglia: “Las bibliotecas no sólo acumulan libros, modifican el modo de leer”. *Por Horacio González y Sebastián Scolnik*
- 48 • Daniel Link: “El libro sigue siendo más poderoso y más inclusivo”. *Por María Pia López y Sebastián Scolnik*

La pregunta por la lectura y el lenguaje

- 60 • Naturaleza, humanidad, cultura. *Por Noé Jitrik*
- 68 • Heidegger y la técnica. *Por José Pablo Feinmann*
- 76 • Imaginarios, lecturas, prácticas. *Por Alejandro Kaufman*
- 84 • Políticas de la escritura y memoria de las palabras. *Por María De Pauli*
- 90 • ¿Lecturas versus nuevas tecnologías? *Por Mempo Giardinelli*

Intermezzo

- 102 • El rostro de la medusa. Exuberancia y copiosidad del cuerpo pornográfico. *Por Christian Ferrer*

La técnica como dilema filosófico

- 116 • La técnica y el tiempo. Progreso, aceleración, intensificación. *Por Flavia Costa*
- 130 • Variaciones sobre el objeto técnico. *Por Margarita Martínez*
- 142 • De técnicas y humanismos. *Por Pablo Esteban Rodríguez*
- 152 • Tecnologías y técnicas de la globalización en Zygmunt Bauman. *Por Rubén H. Ríos*
- 170 • Mediamutación. Cultura de los medios y crisis de los valores humanistas. *Por Franco Berardi (Bifo)*

Lecturas argentinas

- 184 • Un políglota ciego en la habitación del monstruo. Conjeturas sobre Borges y la política. *Por Diego Tatián*
- 202 • José María Ramos Mejía, el historiador y sus lecturas. *Por Fernando J. Devoto*
- 210 • Pedro de Angelis. *Por Hebe Clementi*
- 222 • Encrucijadas de los modos de lectura y rumbos de las escrituras críticas. *Por Adrián Cangi*
- 230 • La literatura santafecina y el río. *Por Roberto Retamoso*
- 240 • Nota a “Los penúltimos días”. *Por Diego Poggiere*

Dialéctica y semiología

- 252 • El cuerpo, el lenguaje, la escritura y el hipertexto. *Por Juan Samaja*

Groussaquianas

- 272 • Paul Groussac, crítico cultural (y literario) en *La Biblioteca*. *Por Eduardo Romano*
- 284 • Groussac: “Calandria” y otros anticipos. *Por Marta Elena Groussac*

II Encuentro de Bibliotecas Nacionales del Mercosur

- 294 • Las colecciones de la Biblioteca Nacional de Venezuela. *Por Aristides Medina Rubio*

- 304 • **La colección de carteles de la Biblioteca Nacional de Cuba.** *Por Eliades Acosta Matos*
- 310 • **Política digital en bibliotecas nacionales: el caso chileno.** *Por Ximena Cruzat Amunátegui*
- 318 • **El nuevo concepto de Biblioteca Nacional.** *Por Alfonso Quintero*
- 328 • **La Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares en Argentina.** *Por María del Carmen Bianchi*
- 336 • **La prensa periódica y la formación de la sociedad argentina en la primera mitad del siglo XIX.** *Por Daniel Campione*
- 350 • **Los catálogos en línea de acceso público en entorno web: la situación en el Mercosur.** *Por Elsa Barber*
- 362 • **La perspectiva Groussac.** *Por Horacio González*

Labor bibliotecológica

- 374 • **Bibliotecas perdidas.** *Por Andrés Rivera y David Viñas*
- 386 • **Un documento fundante: sentencia confiscatoria de Moreno y Saavedra.** *Por José María Gutiérrez*
- 392 • **Las colecciones del Tesoro.** *Por María Etchepareborda*
- 400 • **Archivo de Manuscritos.** *Por Vera de la Fuente y Ana Guerra*
- 408 • **Puiggrós, cuando fue *Rodolfo del Plata*.** *Por Mario Tesler*
- 418 • **Por la fuerza del trabajo.** *Fototeca Benito Panunzi - Biblioteca Nacional*

Editorial

Los que pasaban y la “señorita B. Fernández”

Cuando había que ir a la calle México, la Biblioteca Nacional estaba cerca. O parecía estar cerca. Ofrecida a los que pasaban. Cierta vez, Carlos Pellegrini entró en la Biblioteca para discutir con Groussac un discurso que debía dar por la noche. Se trataba de pulir los últimos detalles para un banquete con sus amigos políticos. ¿Era el año 1901, 1902? Para ingresar, había que atravesar aquellos ficheros del vestíbulo, esos elegantes armarios de largos cajones empotrados, con cartones de esbelta caligrafía, que actualmente se hallan en la sección referencias del edificio de la calle Agüero. Son los que consultará César Tiempo en 1935 cuando entre tantas serias cuestiones, le reproche también a Martínez Zuviría ciertas ausencias en el catálogo, como la del cuentista ruso Andreiev, autor que puede consultarse ahora.

En 1931, el escritor nacionalista Ernesto Palacio escribe su sugestivo *Catilina*, libro que dice ver surgir de una “revelación” y que es una crítica despechada a los golpistas del año anterior. En su prólogo a la segunda edición, leemos: “Yo estaba condenado a la inacción y a la conspiración. Encerrado en una biblioteca, cuando todo mi ser me pedía guerra, la tarea de rehacer el episodio catilinario fue para mí una forma de liberarme, una válvula de escape, una compensación psicológica. Varios meses de trabajo febril, en la Biblioteca Nacional...” La Biblioteca Nacional aparece aquí como un lugar palpitante, una encrucijada entre la agitación política y el retiro del escritor a su gabinete inspirado.

En 1940 Ezequiel Martínez Estrada escribe *La cabeza de Goliath*, y en uno de sus comentarios observa el busto de mármol de Moreno, que presidía la antigua sala llamada Mariano Moreno del edificio de la calle México –al busto se lo puede ver ahora en la sala del mismo nombre, en el 5° piso del nuevo edificio. ¿Cuál era el comentario? Que si era cierto que ese busto concentraba cierta energía nacional reparadora, sería muy posible que en esos tiempos que corrían, entonces se lo pudiese ver como si estuviera puesto de cabeza. Hoy, la sala de lectura de la antigua localización de la Biblioteca, rodeada de altas estanterías vacías –rebautizada Alberto Williams–, permanece muda. No se pueden retirar las estanterías desnudas ni llenarlas de otra cosa que no sean libros. Acaso es buena idea que la Biblioteca Nacional considere ese local como su reconstruida sección en el centro de la ciudad, retornando a él, invocando el recuerdo de Borges y Groussac, recreando aquella sala de lectura y consulta, frontera y destacamento avanzado de la biblioteca hacia otras envolturas de tiempo. Envío de actualidad hacia su historia lejana. Ese vacío que podría ser reconstruido es imperativo cultural que nada cuesta emprender ahora. Otras bibliotecas nacionales del mundo así lo hicieron cuando se mudaron, dejando detrás un activo resto suyo.

En 1955 Borges es nombrado director de la Biblioteca Nacional. En el maledicente y perverso libro titulado *Borges*, de Bioy Casares –pero que también es un libro extraordinario–, se lee una nota correspondiente al 17 de enero de aquel año. Escribe un irónico Bioy: “Borges me cuenta que *Manucho* Mujica Láinez, apareció en su coche oficial, con secretario, llevando una caja con una etiqueta en letras doradas que declaraban: *Biblioteca Nacional, Manuscritos de Escritores Argentinos, seleccionados y donados por Manuel Mujica Láinez, Buenos Aires, 1956*. Contiene la caja manuscritos de todos nosotros y de otros talentos como Girri y Murena. Por carta y verbalmente, Manucho insistió en que convenía que los diarios comentaran la donación, para que otros lo imiten y haya más donaciones. *Borges*: qué le importarán las otras donaciones, lo que quiere es que se hable de él”. Esta anotación revela un ejercicio agresivo de banalización y sospecha degradatoria sobre las intenciones edificantes. Pero señala los movimientos culturales de ese tiempo movedido, en el que el mundo cultural rodeaba la confirmación de Borges en la dirección de la Biblioteca. Esos manuscritos –ha pasado más de medio siglo–, se hallan hoy en la Sala del Tesoro, en el 3° piso del edificio construido por Testa y Bullrich sobre la ex residencia presidencial.

A propósito de aquella vieja residencia, su último ocupante escribirá en 1956, en *Del poder al*

exilio: “Buenos Aires estaba todavía adormecida y despoblada. Las casas se veían apenas en la luz incierta del amanecer. Llovía siempre; era una noche ventosa; el agua que caía sacudía los árboles del parque con la violencia de la tempestad”. Un desacostumbrado Perón escribe estos párrafos sobre los árboles del parque que él vería por última vez. Una extraña melancolía retiene esa prosa, que pasa muy rápido por una inesperada zona de incipientes metáforas. Borges, menos lírico, había escrito “las épicas lluvias de septiembre”. Eran las mismas lluvias. La relación de la Biblioteca Nacional con la ex residencia presidencial sigue viva aunque quedan apenas algunos cimientos de la vieja mansión y una parte no demolida por la calle Austria. La última manifestación de estos lazos en el tiempo es la historieta *El atajo: la batalla de la Biblioteca Nacional*, con guión de Juan Sasturain y dibujos de Solano López, que le agrega un gran episodio apócrifo a *El Eternauta*.

En 1985 el historiador Tulio Halperín Donghi escribe en el prólogo de *José Hernández y sus mundos* que “en 1984 la intercesión del profesor Gregorio Weinberg, director en ese momento de la Biblioteca Nacional, anticipada por los buenos oficios de la señorita B. Fernández, me abrió acceso a volúmenes de la colección de *La Tribuna* retirados de la consulta al público (a la espera de una restauración cuyo costo la Biblioteca no puede afrontar) debido al deterioro que han sufrido ya”. Hoy, una de las salas de lectura lleva el nombre de Weinberg y los ejemplares de *La Tribuna* —no fue poco el tiempo que pasó— están en restauración.

Este es apenas uno de los recorridos de la historia de la escritura y la lectura en la Biblioteca Nacional. Una historia que está escrita en libros, memorias y documentos dispersos. La Biblioteca es también un personaje de la literatura nacional. Si en todo país hay una historia de su memoria lectora, esta historia suele coincidir con la de su establecimiento mayor bibliotecario. Lo que él guarda no son sólo libros, diarios, fotos. Guarda una memoria de lo que como espacio arquitectónico significa en el interior del corazón literario del país. Por una extraña pasión intelectual, quedan las huellas de la Biblioteca como ente físico, como inmueble y como escena de un breviario profano, en el cuerpo de una parte importante de lo escrito en el país. Ricardo Piglia suele decir que no concurría a la Biblioteca, pero saber que ella existía en algo podía resguardar o sostener toda la literatura argentina efectivamente escrita. En la república del silencio, decía Sartre, saber que había un lejano puñado de partisanos mal armados y sin posibilidades a la vista, a todos los hacía más libres.

Es así que la historia nacional, en una parte no fácil de explicar, es la historia de todos los actos patrimoniales y escriturales que la Biblioteca ha amparado. Actos que luego aparecen como testimonio del estado de sus materiales, de la respiración de sus salas, del nombre de sus antiguos empleados. ¿Qué sería de esa señorita B. Fernández que menciona Halperín? No conocemos su destino. Ella puede ser un arquetipo, la sucinta evocación de simpatía hacia un augur desvanecido en la memoria bibliotecaria. Algo obliga al investigador a declarar un débito hacia esos que parecen pasillos apáticos y mudos mostradores que sin embargo no se hallan escasos de profesionalidad y filantropía. Con ella se pone algo de sosiego a la comprensible desesperación de los lectores por encontrar los ansiados documentos dormidos.

Muchas veces suele pensarse que una Biblioteca Nacional es un centro de documentación o una oficina de servicios a otras instituciones públicas o a los medios de comunicación. Todo eso debe serlo, pero si no fuera más que eso, tampoco daría adecuadamente esos servicios. Si no se considera que cada texto dejó recuerdos de lectura —sí, una obvia historia de su consulta, que se puede comprobar por cualquier vía interna estadística—, y que todo lo que se atesora en silencio, aunque sea una vez podrá ser aquilatado, se parecerá a esos personajes nativos que se encuentran en los relatos de los más importantes antropólogos del siglo veinte. Un investigador hace su pregunta clave, y los hombres autóctonos les repiten una lección sobre su tribu que previamente fue aprendida de otros imaginativos antropólogos. Así, una Biblioteca Nacional convertida en un museo preservacionista

o en un mero servicio documentalista, corre el riesgo de hablar con lo que previamente un hábito petrificado de investigación ya habría puesto en ella.

La preservación, la documentación, los sostenes automatizados y los procedimientos de agregación o expurgo de materiales, sólo pueden rendir su cometido exhaustivamente, si encuentran en su camino el nombre verdadero que justifique su necesario dispositivo técnico, el que hunda su raíz en las más remotas historias bibliotecarias y en los métodos de catalogación que sin duda fueron contemporáneos de los iniciáticos rasgos del pensamiento abstracto, de la operatividad laboral sobre la naturaleza y del pensamiento sobre el espacio y el tiempo, que son evidentes ficciones colectivas del origen del pensar.

Ese nombre es el del libro completo cuyo encuentro, lectura y consideración crítica debería llevar a otro libro de esa misma índole, sosteniendo tanto la cadena de lecturas pedagógicas como de lecturas de descubrimiento. Las dos se retroalimentan hasta dar con lo aún inexistente, la pieza que obtenga en el interior de la Biblioteca la interpretación nueva. Así, la Biblioteca es de algún modo una Fábrica –fábrica inmaterial que agrega conceptos de ordenamiento y circulación a lo ya fabricado– pero en la que conviven los símbolos con un trabajo serial sin taylorismo, es decir, una serialidad mecánica pero no en la consideración del acto laboral en sí mismo, que es trabajo colectivo libre, emancipado. La puntuación cultural constituye la característica que enhebra la cadena laboral, de modo que clasifica y libera. Es decir, cada pieza está en una serie y a la vez es única.

Se dirá que para todo esto no es necesario contar la historia de “los que pasaban” –de Pellegrini a la consulta de *La Tribuna*– ni sería adecuado suponer que es importante la historia que va de la calle México a la calle Agüero. Pero quien así dijera se sumaría a una interpretación meramente panóptica de la requisitoria de documentación, un mercado de objetos que yacen laboriosamente pero que ya están interpretados de antemano.

Ciertos conceptos de búsqueda llevan a encontrar en las cosas lo que previamente ponemos en ellas. Así, ideas como las que a veces se invocan mentando una supuesta “sociedad del conocimiento”, conducen a la ilusión pedagógica de un mundo plano sobre el cual decimos que interrogamos pero ya lo sabemos todo. Es que conceptos como ése, parten del error fundamental de borrar de un plumazo los procesos históricos que hacen del conocimiento un conflicto necesario y no una sociedad que diluye las diferencias entre información y cultura, con una indolente metafísica de la transparencia. Los modelos de investigación entonces se resumirán en estudios de recepción o en excavaciones genealógicas gobernadas por un archivismo de iluminación uniforme, mero fetichismo sin profundidades ni vacíos.

Sin una historia de la lectura, pues, no puede haber políticas bibliotecarias nacionales y públicas. Y una historia de la lectura es la presencia del lector arcaico en el lector contemporáneo. Todo lector funda su actualidad en los lectores cancelados que alberga su conciencia. De esto, la “sociedad del conocimiento”, ente raso y monótono, mera superficie lunar de signos estáticos, nada sabe. Esta afirmación supone un debate largo. Es un debate que se verifica de modo excepcional en las bibliotecas nacionales. Para ellas, es una discusión radical, decisiva. Es que están en peligro.

El concepto de “nacional” en ellas está en discusión bajo la presión de las redes telemáticas y la formación de núcleos de oferta cultural concentrados en informaciones globalizadas tratadas como neomercancías de un mercado de intercambios abstractos, precisamente la “sociedad de la información” y otros sofismas parecidos, que toman la forma de un entramado mercantil de simbologías. Todo ello se complementa con la construcción del lector remoto –necesario personaje a ser repensado desde el lector real y no a la inversa– que descuidadamente elaborado como concepto, puede tornar inanes las grandes fortificaciones bibliotecarias, que serían mausoleos cuidados por sacerdotes togados, interdicciones reglamentarias en mano. Mausoleos sin gente, sin murmullo en los pasillos, sin avizoramiento de libros o imágenes, todo sometido a un preservacionismo talmúdico. Nada de “señorita B. Fernández”.

Por eso mismo, también el concepto de “biblioteca” puede desaparecer así como el de “bibliotecario”, sustituido por el de “oficial documentalista” o “trabajador de la información”.

Los peligros son así conocidos. Conocemos cómo sería la adecuada herencia de la decisiva revolución digital, que debe ser recibida en términos de una vigorosa recreación de la experiencia real, tanto existencial como lectural y de lenguaje. No hay creación civilizatoria sin que se articulen en un punto esencial –a ser descubierto–, los planos de la práctica experiencial real –entre ellas, la lectura–, con sus planos metafóricos y de reemplazo por niveles técnicos que amplían la imaginación pública. Se habla de TIC’s. ¿Qué concepto es ése? Es como si en los tiempos de la nueva historia francesa –la que se denominó de la “historia de las mentalidades”– se hubiera hablado de *hisment*, *menthist* o algo parecido. Una mutación técnica que se establezca en su grado de verdad adecuado en un momento de la historia humana, no precisa cristalizaciones o momificaciones del lenguaje, pues esa es precisamente la forma de poder e incautación holgazanamente asociada a todo descubrimiento, lo que hace del *logos* de la técnica una forma de dominio y de descuido del lenguaje colectivo, cuando su destino es otro. Es el destino de una *teckné* que preserve los lenguajes heredados, fortaleciéndose en ellos.

Una tecnología a la escala del proyecto humano, no es una hipótesis de secuestro, dominación y de sustitución de legados ya probados. Ciertamente, trae palabras nuevas, necesarias y creadoras, pero en diálogo con el acervo disponible. Ni los preserva monásticamente para convertirlos en lingotes retirados del uso público, ni propone la superioridad de una lengua cosificada sobre la experiencia real conversativa. Esta última es la experiencia que debe sostener realmente los cambios en dirección a una cultura social crecientemente eximida de los poderes inertes y de las prácticas de burocracias curialescas. Tales poderes inmediatamente se consideran depositarios de las novedades cuyo destino es otro: no el de disecar el lenguaje sino el de recrear las potencias del conocimiento humano. No una “sociedad del conocimiento” que a cambio de una extensión hacia la supuesta infinitud del saber, lo cauciona en las reglas de un nuevo disciplinamiento.

Ahora, la Biblioteca Nacional no está en el centro histórico de la ciudad, pero es continuidad de aquella anterior figura urbanística y arquitectónica. No es que haya perdido cercanía. Pero debe crear una proximidad nueva, que es el vínculo con lo que en ella se haya producido en materia de símbolos culturales del acervo universal. Nuevas menciones a las “señoritas B. Fernández” –la historia del buen servicio de la Biblioteca Nacional– que deberán sobrevenir, al amparo de la recreación del lenguaje bibliotecario a la altura de la época y de su propia historia conceptual. *Las Bibliotecas Nacionales pueden desaparecer*, parafraseando a Charly García. Pero los amigos del barrio podemos colaborar para reintegrarlas dignamente a la *vita activa* si su milenaria historia como lengua profesional y creación de las naciones modernas, se mide en condiciones de igualdad con los lenguajes de las lenguas artificiales, como *Google* y otros.

¿No es toda la obra de Borges un intento de enlazar las lenguas arcaicas con las lenguas artificiales? Es más “bibliotecológica” la lengua borgeana –incluso en el sentido efectivamente tecnológico– que muchos intentos de crear una nueva lengua LTI, una nueva “lengua del tercer imperio”¹, lengua que pierde sus raíces cognoscitivas en nombre de conceptos meramente de dominio. Las bibliotecas nacionales del mundo son el ágora de este interesante debate: o bien recreación de técnicas de conocimiento con base en filologías del gran legado o bien súper artificialismo de esas lenguas que con sus maravillosas realizaciones no evitan muchas veces poner en peligro el legado.

NOTA

1. Víctor Klemperer, *LTI, carnets d'un philologue*, [Leipzig, 1975]; citado por Barbara Cassin, *Google-moi, la deuxième mission de l'Amérique*. Albin Michel, 2006.

A pesar de que las virtudes creadoras de las lenguas artificiales son muchas, no escasean las oportunidades por las que en vez de triunfar el altruismo científico –del que potencialmente son portadoras– se prefiere cobrar el subido precio de unificar con desnutridos axiomas pedagógicos el lenguaje de la humanidad. Es posible evitar ese destino. La atenta señorita “B. Fernández”, personaje de la historia de la lectura en la Biblioteca Nacional, interlocutora de los que pasaban, lo va a agradecer.

Dirección de la Biblioteca Nacional

Conversaciones

Un nuevo campo de reflexión cultural reclama la actividad de historiadores, novelistas y críticos. Se trata de la ocurrencia de grandes mutaciones en las prácticas de la escritura y la lectura a partir de la aparición de los procedimientos electrónicos que, en esos dos aspectos, vienen a sustituir realidades milenarias. No es que en el pasado escasearan las reflexiones sobre el papel del lector y las transformaciones en el orden de los medios técnicos de escritura. Basta recordar, apenas en la historia cultural argentina, los notables trabajos de Macedonio Fernández en torno a las operaciones de lectura, y de Jorge Luis Borges definiendo la paradoja del escritor que se jactaba no de sus escritos sino de lo que había leído. Pero la epopeya del sujeto lector ahora está frente a un soporte nuevo, y esto exige que la propia idea de soporte sea interrogada. Como dice Roger Chartier, una historia exige del apartar la ilusión de equivalencias que introduce la noción de soporte, pues hay historia precisamente porque no se puede dar como homogéneo, secuencial o lineal el derrotero del códex, el libro y de los medios electrónicos. Investigar esa grieta novedosa y a la vez estremecedora presupone casi trazar nuevos capítulos de la historia del sujeto y de cierta manera, también en lo que en épocas no tan lejanas se distinguió con el concepto de “prácticas teóricas”. El profesor Chartier ha dado

contribuciones esenciales a este tema, dando un giro relevante al legado de la historiografía francesa clásica. Por su lado, Ricardo Piglia ha excavado permanentemente en la facultad imaginaria y constructora del arte de leer, haciendo de este gesto del “ser situado en el mundo” una manifestación callada de las tragedias del crítico como del hombre social presa de un sueño o una utopía. Por otro camino, Piglia llega también a la conclusión de que el examen más dramático que puede hacerse de la cultura contemporánea, proviene de una historia de la lectura donde el lector es a la vez el fantasma desdoblado de un historiador, de un memorista y de un militante político. En sus novelas Piglia ha puesto frente al abismo esta idea de que el mundo es apático y será el lector quién lo redima. A la vez, Daniel Link, en su experiencia de crítico literario y novelista, ha dado razón al desafío que se dirige hacia el arte de la escritura con la aparición de nuevos emblemas técnicos que la sitúan en otras nociones de espacio y de tiempo. En sus escritos, Link interroga estos fenómenos que a la vez que amenazan la escritura, le proporcionan nuevas posibilidades de realización. Estamos otra vez ante el final de un mundo clásico y el retorno de sus modernos.

Entrevista

Roger Chartier: “Hay una tendencia a transformar todos los textos en bancos de datos”

Por Horacio González, Diego Tatián, María Pia López y Sebastián Scolnik

Roger Chartier nos visitó una mañana soleada en la Biblioteca. Rápidamente comenzó a conversar con un tono pausado, sutil. Los problemas y conceptos se iban encadenando unos tras otros sin extraviarse de su rigor expositivo, trazando una historia de la cultura de “larga duración”: desde los dilemas del códice hasta la revolución digital en ciernes. Un recorrido tramado de reenvíos, paradojas e incertidumbres, que desecha los diagnósticos simples respecto a la lectura, las formas de preservación de la producción escrita y las tensiones que se derivan de las transformaciones actuales. La movilidad de los textos, las políticas de autoría, el rol de las bibliotecas nacionales, y el análisis de los períodos culturales a partir de la materialidad de sus modos de escritura, llevan a Chartier a plantear el desafío de la simultaneidad, en una convivencia sin garantías, entre los distintos medios expresivos. Una experiencia que pueda ir del libro –con sus rituales y procedimientos, y su espacialidad topográfica– hasta la lectura en pantalla –con su carácter fragmentario– cuya clasificación enciclopédica retoma los enigmas borgeanos, aún irresueltos.

La Biblioteca: Me parecería importante comenzar por un rasgo de la historia de la escritura que quizá parezca un poco irrelevante sin serlo. Me refiero a la cuestión del tipo de papel que se usaba en los diarios y los problemas que eso plantea, tanto para la preservación como para el lector contemporáneo.

Roger Chartier: Hay dos aspectos, uno de los cuales es muy particular y técnico. A partir de la segunda mitad del siglo XIX y en el siglo XX, hasta la Segunda Guerra Mundial, la fabricación del papel utilizó un grado de acidificación muy fuerte, lo que explica que esos diarios y revistas sean los más frágiles de toda la historia del libro. Una Biblia del siglo XV o un panfleto del siglo XVIII van a resistir más que los diarios impresos en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX. Esa es una cuestión fundamental para todas las bibliotecas en todo el mundo: encontrar los procedimientos que permitan salvar estos libros y diarios, impresos sobre un papel tan vulnerable. Más allá de este punto particular, se plantea la cuestión de la relación que puede existir entre los objetos originales, algunas veces muy frágiles, y diversos tipos de reproducciones, la microfilmación y la digitalización. Este es un planteamiento que se da en todas las bibliotecas: hasta qué punto se debe comunicar a los lectores a partir de estas formas de sustitución, qué hacer con los objetos originales y cómo conservarlos. Esta es una cuestión de equilibrio y negociación porque me parece muy grave la idea que cuando un libro es transformado, por las enormes posibilidades que brinda la digitalización, haya una única forma de consulta;

la consulta digital. Hasta tal punto llega esta idea, que algunas bibliotecas, incluso la British Library, habían vendido sus colecciones de diarios americanos del siglo XIX, considerando que los procesos de microfilmación y digitalización se convertían en una buena oportunidad para vaciar los anaqueles de las bibliotecas. Esto me parece un error enorme, porque un libro o un diario es más que los textos que son publicados en este objeto. El libro tiene una serie de formas materiales y dispositivos gráficos, desde el formato hasta la coexistencia en la misma página de diversos textos que, si queremos conservar la comprensión de la manera en que fueron leídos por los lectores de aquellas épocas, es fundamental que sea posible la consulta del texto en su materialidad original o sucesiva. Un ejemplo de esto puede ser una novela del siglo XIX. Siempre es posible leerla en una versión digitalizada. Pero si esa novela fue publicada por entregas en los diarios o en libros para los gabinetes de lectura, cada vez que cambió la materialidad de esta novela, cada vez cambió la relación de los lectores con este texto.

Esta es la cuestión central: pensar que un libro es más que el texto que abarca y, como consecuencia de esto, no pensar una simple equivalencia entre esos soportes. Hay que desarrollar una política de preservación que permita la lectura del texto fuera de la biblioteca y que limite la consulta de los objetos más frágiles, pero al mismo tiempo, las bibliotecas, particularmente las nacionales o patrimoniales, deben pensar que su tarea fundamental es permitir el acceso a los textos a partir de todas las formas impresas —o inclusive manuscritas— en que estos materiales fueron producidos. Es un desafío, porque requiere

dinero, competencia y organización, pero es una tarea fundamental. Es la razón por la que pienso que cuanto más avanzamos en los textos digitalizados, más se exige esta función para las bibliotecas patrimoniales. Algunas veces se ha pensado que alguna de estas funciones podía eliminarse. Es la razón por la cual me parece que hay que plan-

Para mí, lo importante es cómo una obra, un conjunto de palabras que ha atravesado los siglos, fue encarnada sucesivamente en formas materiales que tienen sus lógicas, que producen sus efectos, y que no solamente los críticos literarios y los historiadores de las ideas deben ser conscientes de esto, sino también los ciudadanos pueden pensar que las formas múltiples de la escritura y la publicación son algo que debe ser comprendido.

tear una cuestión más amplia en relación con el papel que hace a ciertos diarios, libros y revistas muy vulnerables. Se trata de la relación de los textos en su identidad desmaterializada; siempre es posible decir que *Don Quijote* existe más allá de todas sus formas encarnadas pero, al mismo tiempo, los lectores siempre han comprado el *Don Quijote* en una forma material específica de publicación que contribuyó a la vez a la construcción del sentido y a la memoria de la obra. En un ensayo reciente, tomo la contradicción de estas dos perspectivas frente a una misma realidad. Se trata de dos textos de Borges. En una conferencia dice: “he pensado escribir una historia del libro”, pero inmediatamente añade: “no me interesan los libros como objetos materiales”. Lo que le interesa es la valorización del libro en distintas sociedades, y las obras fundamentales que han construido un patrimonio canónico de la literatura mundial. Es decir, una relación con el libro desmaterializada que hace hincapié en los textos, en las obras. Mientras que en un fragmento de la biografía de

Borges que editó Thomas di Giovanni, su traductor al inglés, dice que había encontrado un *Don Quijote* editado por el editor francés Garnier que para él era el verdadero Quijote, con sus grabados y sus notas al pie de página. Como si en esta segunda relación con el texto, la importancia de su encarnación, en una edición que no era necesariamente ni la mejor, ni la más exacta, revelaba el momento del encuentro con un lector, todavía joven, que consideraba que el verdadero Quijote no era el de Cervantes ni el de Pierre Menard, sino el Quijote de los Garnier.

LB: Volviendo a la cuestión del original del texto, hay una muy conocida foto de Walter Benjamin en la Biblioteca Nacional de Francia con un archivo circular, donde está manipulando un conjunto de fichas. Inspirado en esa foto, ¿usted diría que hay una pérdida del aura en el actual manejo de las bibliotecas en relación a las técnicas de sustitución de las formas empíricas de la civilización del libro? ¿Es ese un estadio civilizatorio que hay que atravesar de una manera adecuada y crítica?

RC: Evidentemente Walter Benjamin habría respondido que sí a su pregunta (risas). Para él, la reproducción mecánica de las imágenes y de las palabras vivas destruía este aura que supone un original mítico y, en cierto sentido, investido por un peso de sacralidad. Al mismo tiempo, en un ensayo muy famoso, demostraba que la reproducción mecánica que destruía el aura, permitía con ellas nuevas relaciones. Se veían en la reproducción cosas que no se veían en el original. Indudablemente debemos considerar por qué hay esta mitificación del

manuscrito, de la obra original. Es algo que pertenece a nuestra sociedad. No soy filósofo y no puedo explicarlo totalmente, pero hay un peso de valorización de esta idea de lo original, de aquello que surge de una primera vez, del texto fundador. Se pierde esta dimensión cuando hay una multiplicación por la reproducción.

Para mí, lo importante es cómo una obra, un conjunto de palabras que ha atravesado los siglos, fue encarnada sucesivamente en formas materiales que tienen sus lógicas, que producen sus efectos, y que no solamente los críticos literarios y los historiadores de las ideas deben ser conscientes de esto, sino también los ciudadanos pueden pensar que las formas múltiples de la escritura y la publicación son algo que debe ser comprendido. De ahí el papel que una biblioteca puede desempeñar en mostrar las diversas formas de encarnación de la palabra escrita. Esto es algo que también permite a veces establecer un diagnóstico más agudo sobre el presente, porque se multiplica la literatura sobre la revolución digital. Como si ahora, finalmente, una forma de sobrevivencia de la cultura impresa se vincularía con la multiplicación de los ensayos y artículos impresos a propósito de su fin declarado (risas). Pero, muchas veces, estos discursos son totalmente equivocados. Por ejemplo, cuando se compara la revolución digital con la invención de la imprenta. Porque si bien es cierto que hay algo comparable, ya que se trata de dos técnicas de reproducción y transmisión de los textos, Gutenberg no inventó la forma libresca en la cual los textos impresos fueron difundidos. Semejante forma se remite a una organización de lo escrito que nace en el siglo II, III y IV de la era cristiana con la aparición

del código. Es decir, el texto se distribuye en un objeto organizado por cuadernos, hojas, páginas, con una portada, índices, notas que permiten todos los gestos que se vinculan con la cultura escrita: hojear, escribir mientras se lee. Todo esto no depende de ninguna manera de la invención de Gutenberg, sino que depende de un modo de publicación de los textos, que era aquel inventado en los primeros siglos de la cultura cristiana en ruptura con los rollos de escritura de los Antiguos. La revolución digital es en este sentido más próxima a la revolución del código, porque transforma no sólo las técnicas de reproducción de los textos sino también la distribución de un texto sobre su soporte. Leer un texto frente a una pantalla, no corresponde ni a los gestos, ni a las operaciones intelectuales propias del libro impreso. Allí es donde se ve que la historia de larga duración de la cultura escrita ayuda a situar más precisamente diagnósticos sobre lo que realmente está desafiado en el presente.

Lo que debemos hacer, me parece, es conservar, describir y analizar todas las formas sucesivas o simultáneas en que una obra dada ha sido comunicada a los lectores. Y, de una a otra, las variaciones pueden ser puramente materiales, o puede tratarse de una “materialidad” que no tenga que ver con el objeto sino con el texto, ortografía, puntuación, división del texto. Hay un abanico de transformaciones que van desde la forma material del objeto hasta la forma de inscripción del texto.

Benjamin nos es muy útil para pensar en cómo se fue construyendo este aura de lo original, pero al mismo tiempo, y más humildemente como historiador, sociólogo o crítico literario, debemos seguir el camino que permite recons-

truir la movilidad del texto y de sus sentidos. Cómo van cambiando la literalidad de la obra, las formas materiales de su publicación y de inscripción, los horizontes de expectativas, las categorías estéticas e intelectuales de las diversas comunidades de lectores. Así podemos construir una aproximación más densa, más rica de la cultura escrita, tanto para las obras más canónicas como para los textos más humildes.

LB: Me quedé pensando en las prácticas que trae consigo el libro impreso, los gestos, hojear un texto, pasar las páginas y buscar en el índice ¿Cómo pensar las prácticas que vienen de la mano de la lectura en pantalla? ¿Qué tipo de lector y qué prácticas de lectura significa esa revolución digital?

RC: Esta imagen de hojear un libro me parece muy ilustrativa de lo que estoy tratando de decir. Para hojear un libro se supone que hay hojas. Es decir, no se puede hojear un rollo de la antigüedad, pues había un despliegue continuo de la obra, lo que hacía imposible la práctica de escribir leyendo pues las dos manos son movilizadas por el objeto y la aparición del texto en columnas, que hace aparecer fragmentos frente a la mirada, no permite el acto de hojear. No se hojea, para utilizar el viejo vocabulario, un texto electrónico por una simple razón: no tiene páginas, sino ajustes textuales siempre móviles, singulares y efímeros compuestos por el lector (salvo si el texto está totalmente cerrado). Pero si es abierto, lo que aparece en la pantalla no tiene nada que ver con una página de libro impreso, sino que su naturaleza es de ajuste textual móvil. En consecuen-

cia, lo primero que debemos pensar es que no hay una nueva técnica que se pueda apropiarse con antiguos gestos. Hasta ahora, los diagnósticos sobre la lectura sobre la superficie iluminada de la computadora, se dirigen en dos direcciones. Por un lado, se trata de una lectura discontinua y segmentada, que por las mismas características de la tecnología puede pasar de fragmento en fragmento, incluso proveniente de distintas fuentes sobre un mismo soporte, como es el caso de la website, una revista electrónica o el correo electrónico, lo que constituye una novedad radical. Antiguamente, la cultura escrita se definía por la separación de objetos diferentes pertenecientes a géneros distintos. Aquí, estos ajustes frente a la mirada del lector, tienen fuentes múltiples que se componen, en tanto extractos yuxtapuestos, frente a la mirada del lector. Esto no quiere decir que la lectura del libro impreso no sea fragmentada: nadie está obligado a leer un texto desde la primera página hasta la última y nuestras prácticas más habituales se apoderan del texto hojeándolo o extrayendo de él pasajes particulares. No es aquí donde existe la ruptura. Ella existe en relación con la materialidad del objeto, dado que en un texto impreso, la forma material impone a la vez la identidad textual que abarca; hay una inmediata percepción de la coherencia de la obra a partir de su forma material. Esta percepción de la totalidad no aparece cuando se selecciona un extracto en el formato digital. Esta es una primera diferencia. En el caso de una revista o un diario impreso, puede producirse la lectura de un fragmento particular, sin embargo se da una contextualización

a partir de la co-presencia de muchos otros tipos de textos, como anuncios publicitarios, fotos y editoriales. En este caso, la contextualización del fragmento se hace en relación a otros textos que pertenecen al mismo objeto impreso. El diario digital se lee de una manera totalmente diferente, a partir de un orden temático, enciclopédico. A partir de ese momento, se puede leer un texto ignorando los otros textos que fueron publicados para la misma revista o diario, ese mismo día. En el mundo digital hay una tendencia a transformar todos los textos en bancos de datos, de los cuales se extraen fragmentos sin que se remitan a la lógica de la totalidad a la cual esos segmentos pertenecen. Son dos diferencias fundamentales; la diferencia que se liga con la relación extracto-totalidad, percibida inmediatamente en los objetos impresos y no percibida en la textualidad digital, y en segundo lugar la modalidad de la contextualización. Una contextualización que es topográfica, espacial en la superficie de una página, mientras que en el formato digital es puramente lógica, enciclopédica y temática. Esto crea dos tipos de relaciones con un “mismo” texto. No se trata de elegir entre un soporte u otro, sino que, si este diagnóstico es verdadero, hay que pensar en la conservación y uso de todas las formas de inscripción de los textos. El formato digital, hasta ahora, presenta una ambigüedad. Por un lado hay textos digitalizados que tienen una existencia previa en formas diferentes, y por otro, los textos que son compuestos directamente sobre la pantalla y para su uso exclusivamente digital. Esto plantea otras cuestiones en relación al archivo, la catalogación y la descripción. Son

problemas que preocupan, evidentemente, tanto a los archivos como a las bibliotecas.

Esto también plantea temas para analizar la genealogía de los textos, algo tan caro a la cultura francesa, en la que una novela empieza con un borrador en una servilleta, hasta su impresión pasando por todos sus estados previos. ¿Cómo se puede asir esto en un objeto en el que borrar es el mismo acto que el escribir? Esta es una cuestión para los autores, pero también para la

crítica literaria y más allá también para los lectores. El problema de los archivos digitales, desde los privados a los públicos, es algo que preocupa a los historiadores. La novedad no es tan extraordinaria porque, por ejemplo, esta forma de archivo en la que se conservaban todas las huellas de un texto a partir de sus distintas etapas, es algo que comienza a existir a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX. Existe la crítica genética de Balzac, Flaubert o Zola, pero no hay crítica genética de Shakespeare o Cervantes. De modo que también hay una temporalidad de una metodología que parece aplicable de manera universal. También podemos pensar en los archivos que faltan a partir de que fue inventado el teléfono. Hay una parte inmensa de las comunicaciones que han abandonado la forma escrita y que presentan una imposibilidad de acceso para los historiadores. Entonces, si bien la novedad no es radical, se acentúa para el caso digital, en el que la capacidad de memorización de un aparato supone la operación de un borrar perpetuo.

En el mundo digital hay una tendencia a transformar todos los textos en bancos de datos, de los cuales se extraen fragmentos sin que se remitan a la lógica de la totalidad a la cual esos segmentos pertenecen.

LB: Hay dos formas anecdóticas pero muy sugestivas de la lectura, que también quiero llevarlas a un artículo que leí en su libro (*Escribir las prácticas*, 2006) respecto a su amigo Marin y la idea de abuso que hay en relación a la expresión “la lectura” para significar todo tipo de interpretación. Una de esas anécdotas es la referencia de Althusser, en su libro de memorias, sobre la lectura con “sacacorchos”. El libro permitía poner figuradamente un sacacorchos y leer sólo lo que se extraía con él. Y la otra anécdota refiere a un fragmento de Borges, sobre un libro que sólo se abre en la página 20 por defectos de fabricación, lo que obliga al lector a obedecer esa anomalía, a no ser que quiera rebelarse y comenzar por otra página (risas).

RC: Se dice que Borges nunca leyó un libro enteramente, salvo, quizá, la Enciclopedia Británica, que sería la figura al revés del lector que no tiene el genio del bibliotecario ciego de la calle México. En general se lee de una manera fragmentaria las enciclopedias. La novela fue un género que se creó suponiendo la lectura continua, desde la primera página hasta la última. La consecuencia de esto se ve en la discusión sobre el mundo contemporáneo. Este tipo de lectura que intenté describir como segmentada y contextualizada de una manera lógica y no topográfica, conviene perfectamente para las enciclopedias que pueden ser leídas de manera discontinua y que, del lado del editor, pueden ser actualizadas y recompuestas permanentemente. Por el contrario, por lo menos en Francia, las editoras que intentaron abrir un espacio para la novela o el ensayo filosófico en forma electrónica, han fracasado o desaparecieron. Es decir,

que el tipo de lectura implícita en un género, se traslada en el mundo digital para favorecer cierto tipo de edición y dificultar otros. Los lectores son plasmados por una historia de muy larga duración en sus expectativas y hábitos de lectura que no están modificados inmediatamente por el hecho de que una nueva técnica es inventada.

Respecto al otro ejemplo, espero que Althusser haya leído a Marx de un modo diferente al procedimiento para abrir botellas (risas). *Para leer El Capital* estaba fundado en un tipo de lectura que no se ajusta a la descripción. Siempre se debe pensar que la gente que habla de sus lecturas dice cosas muy diferentes de sus prácticas, porque hablar de ellas es también una postura, una representación de sí mismo para los otros o para sí mismo. En los últimos años se han acumulado géneros biográficos y autobiográficos donde se habla de las propias lecturas. Eso es muy interesante, pero no como indicación de las prácticas reales. No quiere decir que la gente mienta, aunque algunas veces sí (risas). En general esto se produce porque el recuerdo, la memoria o, inconscientemente, la voluntad de construir una imagen de sí mismo se aleja de las prácticas más cotidianas, o de su aspecto gris. No me acuerdo a qué texto se refería Althusser en esta percepción...

LB: Me parece que se refiere a *El capital*...

RC: Entonces esto puede deberse a la doble dimensión de su lectura. Una dimensión en la cual hay una comprensión de la obra en su totalidad, que es la única manera de lograr mostrar sus articulaciones lógicas y la construcción de una demostración; y, al mismo

tiempo, focalizarse en ciertos pasajes que pueden ser considerados clave para la comprensión de esta totalidad. Me parece que es esta tensión la que guía la práctica filosófica de Althusser. Yo seguí una vez un curso suyo sobre Feuerbach y estaban presentes estos dos elementos. Era algo cartesiano, la voluntad de mostrar en una obra de gran envergadura cómo se organizaba el orden de las razones, lo que suponía la lectura de la arquitectura de la obra, como lo indicaba la tradición estructuralista. No había tanta diferencia entre un historiador reaccionario de la filosofía como Martial Gueroult y la práctica de Althusser. El primero con Spinoza, y el segundo con Marx. Pero, al mismo tiempo que se descifraba esta arquitectura, como lo hace Althusser con *El Capital*, existía la posibilidad de extraer estos momentos claves en los que se condensa la obra. A través de esos fragmentos se produce una entrada a la totalidad de la obra. El nivel de agudeza filosófica en un texto, no es una constante que va de sentencia en sentencia. Althusser, incluso, no sólo hacía estas dos entradas, sino que producía una tercera forma de abordar las obras: la matriz de su análisis que la confrontaba con otras perspectivas no sólo estructuralistas, sino con la historia de la epistemología francesa, para establecer líneas de ruptura.

Todo esto es muy importante, porque las prácticas de lectura suelen ser calificadas de determinada manera, por ejemplo hay historiadores que decían que las lecturas previas al siglo XVIII eran intensivas, mientras que las posteriores eran extensivas. En estas afirmaciones, se reduce el paradigma de lectura a una sola dimensión. Pero hay pocos lectores que son unívocos. Los lectores humanistas del siglo XVI eran intensivos por-

que intentaban comparar los fragmentos textuales, pero al mismo tiempo eran lectores extensivos porque buscaban acumular lecturas. De la misma manera, los supuestos lectores extensivos del siglo XVIII, período en que se leen periódicos, libelos, panfletos y novelas, los lectores de estas últimas, desde Richardson hasta Goethe, son lectores particularmente intensivos que conocen los textos de memoria, que entran en la ficción y son penetrados por ella. La indicación de Althusser sugiere que hay distintos estilos de lectura del mismo individuo frente al mismo texto, que pueden ser simultáneos o sucesivos, y que siempre debemos descifrar cuidadosamente. Esa es la razón por la que el diagnóstico de la lectura frente a la pantalla es demasiado simplificador. Si bien hay un tipo de lectura discontinua y fragmentaria, puede coexistir con otro tipo de lectura.

que pueden ser simultáneos o sucesivos, y que siempre debemos descifrar cuidadosamente. Esa es la razón por la que el diagnóstico de la lectura frente a la pantalla es demasiado simplificador. Si bien hay un tipo de lectura discontinua y fragmentaria, puede coexistir con otro tipo de lectura. También la fragmentación de textos del siglo XVI o XVII en ediciones electrónicas permite hacer lo que nunca se podía hacer en las ediciones impresas: comparar un verso de una obra en todas las ediciones digitalizadas existentes. En este sentido, es una lectura fragmentada pero particularmente intensiva, erudita y filológica. Esta es la razón por la que la filología es la disciplina que ha multiplicado más velozmente la reproducción digital de las obras clásicas. Son ajustes textuales que permiten convocar, frente a la mirada del lector filólogo, el mismo pasaje en una multiplicidad de ediciones.

La indicación de Althusser sugiere que hay distintos estilos de lectura del mismo individuo frente al mismo texto, que pueden ser simultáneos o sucesivos, y que siempre debemos descifrar cuidadosamente. Esa es la razón por la que el diagnóstico de la lectura frente a la pantalla es demasiado simplificador. Si bien hay un tipo de lectura discontinua y fragmentaria, puede coexistir con otro tipo de lectura.

LB: Recién le mencioné a Marin, porque usted evidentemente le hace un homenaje, aunque no declare el tipo de género en que puede inscribirse su texto, respecto a cuánta ampliación resiste el concepto de lectura.

RC: Sí, quería comentarlo, porque Marin no es tan conocido como los otros intelectuales franceses que trabajo en ese libro, Foucault y de Certeau. En la obra de Marin hay dos o tres cosas fundamentales. Una que se remite a la observación que usted hacía sobre la diferencia que existe entre el uso metafórico de la palabra lectura, cuando lo que es la lectura de un texto escrito que supone un cierto proceder se aplica metafóricamente a la lectura de una imagen de un cuadro. Marin era a la vez un historiador de los textos en la tradición de Pascal, y un historiador de las obras de arte, en este caso de la pintura francesa del siglo XVII. Para Marin había una diferencia semiótica entre lo que era la lógica del texto, que supone un cierto orden de la lectura y cómo se ingresa de distintas maneras, sin seguir un orden lineal, en un cuadro. Era un aporte útil, en la medida en que muchos libros se llamaban “leer la ciudad”, “leer las imágenes”, algo que metafóricamente se puede aceptar si no se olvida que son procedimientos de desciframiento heterogéneos.

El segundo elemento en la obra de Marin es la doble definición de la representación. Por un lado, una representación representa algo, y la dimensión transitiva de la representación inmediatamente plantea toda una serie de problemas en torno a la distancia entre la representación y lo representado. Y, al mismo tiempo, como historiador de la cultura y de los textos, añadía que

una representación está representando algo. Allí se abre el espacio para el estudio de toda una serie de dispositivos que la representación maneja para mostrarse representando, como en el cuadro de Magritte “Ceci n’est pas une pipe”. La dimensión transitiva está dada por la distancia entre la representación y el objeto representado. La dimensión reflexiva es esta característica de la representación que se muestra representando algo. Marin siempre ha jugado con esta doble dimensión de la palabra representación, tanto para sus estudios sobre la representación pictórica, como también para la representación política. Uno de sus trabajos fundamentales es sobre el retrato del rey (*Le portrait du Roi*, 1981). Se trata de cómo se deja ver el soberano cuando está ausente. Esto entrecruzaba de una manera muy compleja la matriz que se daba en el siglo XVII, de una teoría de la representación, la Eucaristía. Esa es la razón por la que, para Marin, los textos fundamentales eran los de Port-Royal (*Lógica*, 1662) que, a su vez, proponen una teoría de la representación y, al mismo tiempo, definen una espiritualidad centrada en la Eucaristía.

El tercer elemento se liga con los anteriores. Es lo que para Marin es el juego de la representación como poder y del poder como representación. Esto abría el espacio para pensar cómo diversas formas de poder político o social, se ejercen no necesariamente a través del uso de la fuerza bruta, originaria de su establecimiento, sino a través de un funcionamiento simbólico que maneja el poder de las representaciones para producir adhesión, obediencia y respeto. En este sentido, los conceptos de Marin fueron parecidos a los conceptos de violencia o dominación simbólica de Bourdieu. De hecho eran amigos

desde sus años de estudios en la École Normale Supérieure. Esta perspectiva abre un campo inmenso: el de los estudios de todas las formas de violencia y dominación que no movilizan la fuerza física, pero movilizan la fuerza de la representación. Esto fue muy importante para los historiadores, porque en el caso de la dominación masculina o colonial, se habían estudiado las formas de violencia en el sentido inmediato de la palabra, control de las tierras y los cuerpos. Pero también se debe pensar en todos los mecanismos que ejercen una dominación simbólica que dispone de una violencia de reserva que no siempre se maneja, pero que funciona desde que el dispositivo de representación produce la adhesión, hasta su quiebre.

Para mí, la obra de Marin —desgraciadamente pienso que no hay un solo libro de él traducido al castellano— tiene esta importancia: el doble sentido de la representación, el juego de la representación del poder y el poder de la representación y esta perspectiva que reconoce las diferencias semióticas de las diversas formas de producción del sentido, frente a un texto o a una imagen.

LB: Quisiera hacerle una pregunta, en referencia a lo que se venía conversando anteriormente, a la relación entre el libro y el espacio, y a la pérdida de ella con el soporte informático. Pensaba, quizá, que esto es común entre el código y el libro. Ha habido siempre, sea en la cultura hermética o en los filósofos árabes hasta Benjamin, gente que caminaba hacia ciudades muy lejanas a buscar un libro, un texto oculto, perdido o que faltaba y que debía ser encontrado. Acá mismo, durante la dictadura militar, se enterraron bibliotecas enteras. La pregunta es por la diferencia entre lo

completo e incompleto de la cultura respecto a una cultura donde esta relación con el espacio y lo incompleto se pierde. En alguno de sus textos habla de esta relación respecto a la biblioteca, lo finito y lo infinito de ella. Este cambio de soporte impactaría la cultura en este tipo de prácticas y lo que de ella se ha pensado, ¿no?

RC: Sí, como usted lo dice, hay una ansiedad de la pérdida, de lo que falta, y que puede remitirse a ciertos fenómenos. Unas veces la desaparición de los textos y otras la censura y la destrucción. Es la consecuencia frente a la voluntad de un poder tiránico o por la propia pérdida de los textos. Además de esta ansiedad por lo que falta, se puede pensar en la necesidad de búsqueda de los manuscritos en la Edad Media, en

la construcción de colecciones identificadas como bibliotecas universales y también en ciertos géneros, como las recopilaciones y antologías. En definitiva se trata de una profunda ansiedad por la pérdida. Pero hay también otra ansiedad que es la del exceso, de un mundo textual o libresco indomable, en el cual la proliferación, finalmente, se transforma en un obstáculo para el conocimiento o el saber. Por un lado, entonces, la ansiedad por la pérdida de la memoria, y al mismo tiempo, la figura de Funes el memorioso. Si la memoria es absoluta, significa una parálisis. Como indica Borges, la memoria de Funes no es un obstáculo para el aprendizaje, pero lo que impide es el proceso de la abstracción, del razonamiento. La

En definitiva se trata de una profunda ansiedad por la pérdida. Pero hay también otra ansiedad que es la del exceso, de un mundo textual o libresco indomable, en el cual la proliferación, finalmente, se transforma en un obstáculo para el conocimiento o el saber.

segunda ansiedad, del exceso, del desorden del discurso condujo a diversas operaciones: desde los catálogos hasta las antologías de extractos o lugares comunes. Todos estos dispositivos llevaron, en el siglo XVI y XVII, a la invención del soporte en el que la escritura era posible borrarla y no sólo acumular. Esto era más difícil con la tinta y el pergamino, o la tinta y el papel. El librillo de memoria que Cardenio abandonó en la Sierra Morena, es exactamente este tipo de objeto. Un cuadernillo con hojas que tenían una película hecha de

Pese a sus dificultades, resisten las librerías –tanto de libros antiguos como contemporáneos– donde siempre persiste la posibilidad de este tipo de emoción que es el descubrimiento de un libro desconocido y que representa algo fundamental para su comprador, ahora transformado en lector.

goma y barniz que permitía borrar y escribir de nuevo. Todo esto nos conduce al mundo contemporáneo, porque quizá estas dos ansiedades han adquirido una forma paroxística: la ansiedad de la pérdida explica por qué siempre buscamos una prótesis para nuestra memoria –lo que define a una computadora es su cantidad de memoria. Pero, frente a ello, también está el diagnóstico del exceso de textos, de la imposibilidad de entrar en una selva textual, que puede ser exuberante y sin orden descifrable. Padece la ausencia de la organización de esta proliferación textual. Si el olvido era la condición de la memoria, el borrar era la condición de la escritura. Esta tensión es esencial, recorre los momentos históricos y encarna en diversos tipos de instituciones o de prácticas. Tal contradicción no se liga exclusivamente a los momentos en los que borrar es una forma de ejercicio de un poder tiránico que borra las huellas de los acontecimientos, y por

tanto, las víctimas de aquel evento. Evidentemente en contra de esta forma de desaparición forzada, con formas extremas en las dictaduras de América Latina del siglo XX, o a mitad del siglo XVII cuando Luis XIV pidió la destrucción de todos los archivos del Parlement de París que se referían a episodios en que había vacilado el poder monárquico. Esta idea de destruir los archivos para destruir los rastros del pasado tiene una constante, en algunos casos de una forma extrema. Paralelamente a la destrucción de los documentos, se practicó también la destrucción de los libros, de sus autores, editores y lectores desde la Inquisición hasta las dictaduras militares. En estos casos, se trata de reconstruir ese pasado a través de la recuperación de los documentos o de los testimonios de los testigos. Pero estas situaciones dramáticas no deben ocultar la posibilidad de pensar configuraciones menos extremas de la relación entre el temor de la pérdida y el temor del exceso, la ansiedad frente a la pérdida y la inquietud frente al exceso. Cuando utilicé la palabra selva, es porque en el siglo XVI muchas de esas recopilaciones o antologías que deberían ayudar al lector, utilizaban las palabras de la botánica, selva en el caso del desorden, o jardín como una metáfora de la armonía. En el mundo digital, pienso que las dos ansiedades han adquirido una forma particularmente aguda.

LB: ¿El mundo digital, amenaza el entusiasmo del hallazgo? Recuerdo que Pancho Aricó decía que ya no había más libros que encontrar. Él iba por las ciudades buscando libros y decía: “Hemos arribado a un mundo en que no hay libros que buscar ni libros que encontrar”. Esa idea de

investigación conceptual, que presupone una investigación detectivesca, en un mundo de soporte virtual –según él– no hay hallazgos.

RC: Pero, encontrar un libro que no se busca, encontrarlo por casualidad ¿A qué tipo de encuentros se refiere Aricó?

LB: **A todo tipo de encuentros, tanto al hallazgo fortuito, como al libro que estaba buscando hace diez años y que alguien le señalaba un lugar donde recordaba haberlo visto. Esa temporalidad de la búsqueda es desplazada por la emergencia de las nuevas tecnologías...**

RC: Puede ser que los instrumentos que reducen el poder del misterio de la búsqueda ahora sean más poderosos. A través de la website se pueden identificar rápidamente los libros que se buscan. Pero, anteriormente, los catálogos de las bibliotecas y de los libreros, también eran instrumentos que limitaban esos misterios. No me parece que desde este punto de vista haya una dificultad absoluta. Pese a sus dificultades, resisten las librerías –tanto de libros antiguos como contemporáneos– donde siempre persiste la posibilidad de este tipo de emoción que es el descubrimiento de un libro desconocido y que representa algo fundamental para su comprador, ahora transformado en lector. Se podría decir lo mismo de las bibliotecas, más visiblemente cuando ellas tienen un acceso libre a los depósitos. Hay una clasificación en la cual están juntos todos los libros que pertenecen a un campo del saber, y aquí se encuentran libros que el lector no buscaba o ignoraba. Más difícil es en las librerías argentinas o europeas en las cuales todavía subsiste la imagen

de Benjamin hojeando las fichas. Es decir que, en general, se encuentra el libro que se busca. El placer extremo del encuentro es encontrar el libro que no se buscaba o se desconocía. En las bibliotecas es más difícil cuando no son organizadas como las bibliotecas de las universidades de Estados Unidos. Esta es una experiencia que hice trabajando sobre Molière, cuando encontré libros antiguos cuya existencia desconocía. Eso sucedió porque estaban clasificados en la subdivisión de Literatura, Teatro, Francia, Siglo XVII, Molière (risas). Ocurre lo mismo cuando se lee un periódico electrónico: Política, Relaciones Internacionales, Francia, etc. Es decir que el placer que surge del descubrimiento salvaje, supone como condición de posibilidad un orden enciclopédico y temático muy rígido. Es diferente a los tesoros laberínticos de algunas librerías donde se descubren libros en un cierto desorden acumulativo (risas). Yo creo que todo esto remite a ciertas experiencias afectivas que se ubican dentro del paradigma del acceso a la cultura escrita. Evidentemente los instrumentos cambian y este nuevo instrumento promete un cierto tipo de descubrimiento.

LB: **Volviendo al problema que usted mencionaba, respecto a la conversión de todos los textos en bases de datos. Hay un artículo suyo que habla sobre la muerte y transfiguración del lector. ¿Esta idea de bases de datos, no significa la muerte y transfiguración del investigador? Me refiero al conjunto de relaciones que trazaba un investigador en la “selva” a la que Ud. hacía mención, orientadas por un conjunto de motivaciones que también se enfrentan al azar. Si las bases de datos están regidas por**

los “motores de búsqueda” digitales ¿se eliminaría esa práctica en la que conviven el deseo y el azar?

RC: Esto es verdad. Es un problema que se plantea, por ejemplo, en la discusión de Google versus las bibliotecas europeas. Es decir, si pensamos en este tipo de buscadores digitales, hay una jerarquía respecto a las indicaciones sobre qué websites aparecen como prioritarios en la búsqueda. Y esto se corresponde

Al mismo tiempo, lo que matiza todo lo que discutimos sobre este mundo digital es que por ahora, no sé en el futuro, somos herederos de tres formas de la cultura escrita: la escritura de mano, que define todavía hoy un espacio de lectura y escritura; los textos impresos que, pese a las dificultades de edición y distribución, siguen estando vigentes al punto en que nunca se han publicado tantos libros como ahora; y por último el mundo digital.

con diversas lógicas, económicas y lingüísticas. Otro problema surge de la forma de aparición de los textos: la discriminación entre informaciones o saberes controlados —en el sentido científico— y los errores, las falsificaciones y las fantasías, es mucho más difícil que en el mundo de la

cultura impresa. Un lector que no está preparado, recibe todos estos elementos como si tuvieran una equivalencia en relación con su autenticidad. Hay un periodista francés que buscó la palabra *Shoá* o Holocausto y lo que primero aparece son sitios de negacionistas. Mientras que si la misma operación se hace en el mundo impreso, las revistas negacionistas existen pero apenas pueden conseguirse en unas librerías de extrema derecha. Incluso, en ciertos países como Francia, están prohibidas. Ahí se ve el desequilibrio. No sólo se trata de una lógica económica y lingüística que asegura la dominación del inglés en el website, sino también de

una cuestión epistemológica en cuanto a los criterios que permiten establecer la verdad de un enunciado. En el mundo de la cultura impresa, estos criterios se ligan con la naturaleza de la publicación, el tipo de casa editoriales, los géneros textuales. No digo que en el mundo digital es imposible reconstruir estos criterios de discriminación, pero es mucho más difícil. Estoy de acuerdo con esta idea de que cuando la investigación se liga con un “motor de búsqueda” puede presentar riesgos importantes. Al mismo tiempo, lo que matiza todo lo que discutimos sobre este mundo digital es que por ahora, no sé en el futuro, somos herederos de tres formas de la cultura escrita: la escritura de mano, que define todavía hoy un espacio de lectura y escritura; los textos impresos que, pese a las dificultades de edición y distribución, siguen estando vigentes al punto en que nunca se han publicado tantos libros como ahora; y por último el mundo digital. Para mí el desafío del presente consta en la articulación de esas tres formas de producción, comunicación y apropiación de lo escrito. Si existen los riesgos que hemos enumerado, se debe recordar a la escuela, las bibliotecas y los medios de comunicación, que los recursos de los que disponemos hoy en día son múltiples. Es posible salir del mundo digital y acudir a las otras dos formas en las que la presencia de lo escrito está asegurada. Esta me parece la tarea fundamental para no caer en los discursos apocalípticos que piensan que el mundo digital es el fin de la historia, de la lectura, del libro y de los textos; pero también para evitar los discursos de un profetismo ciego que pensaba que la sustitución universal era necesaria y posible. Me acuerdo de un congreso de la Asociación de Editores,

en Buenos Aires en el año 2000 con la gente de Microsoft que venía con sus “power points” a decretar la fecha de desaparición del último libro y el último diario impreso. Los editores estaban totalmente aterrorizados por esta perspectiva. Pero trataremos de decir que no era tan inmediata esta desaparición (risas). Hay también el discurso inverso al apocalíptico, el discurso de un utopismo de una prometida Edad de Oro. En el medio de estos discursos está la realidad que consiste en la difícil articulación entre las diferentes formas de lo escrito. Puede ser una coexistencia pacífica o conflictiva, una organización de apoyo recíproco o una competencia. Comparto el diagnóstico y la inquietud, pero pienso que hay que ubicarlo dentro de la totalidad de la cultura escrita. Todavía podemos limitar los efectos negativos de lo que hemos descripto.

LB: Me gustaría mencionar el nombre de Ricardo Piglia en relación a la presencia de la figura del lector en ciertas novelas y el modo en que él alude a esta tradición en la figura de Macedonio Fernández.

RC: Conozco el libro *El último lector* de Piglia, parte de su obra y también conozco a Piglia quien es un querido amigo (risas). Es muy interesante porque se trata de una figura que es parte de la herencia argentina. No solamente Borges, sino también Macedonio Fernández. Se trata de un escritor de ficción que está muy preocupado por la relación entre autor, texto y lector. Algo que no necesariamente es una preocupación de todos los escritores. Hay una conciencia muy aguda, una dimensión reflexiva de este tipo de producción literaria, que al mismo tiempo construye ensayos reflexivos sobre la

escritura y la lectura. Se podría decir que la obra de Borges es una obra sobre lectura y escritura, independientemente de sus temas y fábulas. Lo que siempre me ha llamado la atención en esta tradición, particularmente en Piglia, es que en su propia obra plantea la cuestión de la apropiación de la escritura y la lectura, dedicándose a identificar de qué manera los lectores, las lecturas y los libros son elementos que movilizan la escritura para producir determinados efectos estéticos. Yo me he inspirado en esta perspectiva para mi último libro *Inscribir y Borrar* donde, en el período que más conozco, entre el siglo XVI y XVIII, la misma presencia, dentro de la obra, de la lectura, el libro, los códigos y las normas de la cultura escrita, permite construir reflexiones filosóficas, efectos satíricos y poéticos. Es la razón por la cual he tomado como ejemplo, a partir de estas preguntas, dos momentos de *Don Quijote*.

El primero, bien conocido, es cuando el Quijote visita una imprenta, en la segunda parte, capítulo sesenta y dos. ¿Qué significaba para Cervantes introducir en la ficción el lugar donde los libros son impresos, incluso su propio libro? En este análisis se ve cómo se trata de un dispositivo de las “magias parciales del *Quijote*” de los que hablaba Borges. Es decir que, para disolver la frontera entre el mundo del texto y del lector, la estrategia de Cervantes era movilizar la experiencia diaria y cotidiana del lector y ubicar dentro de la obra una visita al taller donde es producido el libro que el lector está leyendo. Incluso, Cervantes ubicó dentro de este espacio una discusión con un traductor a propósito de cómo se publican los libros, y una descripción técnica de las operaciones que los componedores, los prensistas y correctores están haciendo

en el taller. Este episodio me parece fundamental para comprender la relación de Cervantes con la cultura escrita de su época. Al mismo tiempo, sería un párrafo que se podría añadir al diagnóstico de Auerbach a propósito de la literatura castellana del Siglo de Oro caracterizada como “poetización de lo cotidiano”.

El otro momento es sobre el significado del librito de memoria de Cardenio que ha abandonado en una maleta en la Sierra Morena donde Don Quijote la encuentra. Escribe sobre él una carta para Dulcinea y una carta de cambio para Sancho que ha perdido su asno,

donde promete retribuirlo. La crítica tradicional, y menos aún las traducciones, nunca se han enterado de lo que era este librito de memorias. Se trata, como dijimos antes, de un cuadernillo “embetunado” “barnizado” que permite borrar y escribir sin tinta ni pluma. Era una tecnología de escritura que permitía evitar la tiranía del tintero, el cuchillo, la pluma y la arena, que eran los instrumentos necesarios para escribir normalmente. En los capítulos de la Sierra Morena, que empiezan con el librito de memoria, el tema fundamental era la relación entre el libro y la memo-



Roger Chartier, por
Juan Martín Casalla

ria. Cuando Sancho dice que no tiene memoria y que no se acuerda ni siquiera de su propio nombre, pero al mismo tiempo se convierte en una especie de “Sancho el memorioso”, porque siempre habla a partir de refranes, cuentos, consejos que ha memorizado: una memoria sin libros entonces. También existe una memoria que es totalmente libresca, porque los recuerdos de Quijote no son suyos, sino de los caballeros andantes que convoca para interpretar lo que le sucede. Entre estas dos formas está el librillo de memoria que es a la vez la metáfora material de la necesidad de la transcripción y de la obligación del borrar. Es el objeto que encarna más claramente lo que hemos dicho de conservar y destruir, fijar y borrar. Se confrontan así una memoria sin escritura, la literatura como memoria y la memoria efímera del librillo. Esto puede dar otra clave de interpretación de estos capítulos del Quijote, para encontrar otra “magia parcial”. Cervantes tematiza a través de la narración este problema fundamental de su tiempo, la relación entre los dos temores del olvido y del exceso.

No solamente es el lector el que está presente en el texto, sino la materialidad de las prácticas de la cultura escrita. En referencia a la presencia del lector en la obra –a lo Piglia–, había dedicado uno de los ensayos al texto que Diderot publicó después de la muerte de Richardson. Es un texto muy interesante por lo que hemos discutido: ¿están las prácticas de lectura en la escritura misma? Esto empezó con la revolución de la novela, con *Pamela o la virtud recompensada* y *Clarisa, la historia de una joven dama* de Richardson. A través de la construcción de este lector ideal dentro del texto de Diderot, es posible discutir un tema historiográfico. La revolución de la lectura, en tanto

práctica extensiva, está desmentida por estos ejemplos en donde se lee la novela como se leía en la tradición protestante la Biblia. La novela era leída, conocida y citada. Aquí es posible contribuir con un matiz muy fuerte a esa tesis sostenida por muchos historiadores. Al mismo tiempo, se trata de un modo de entrar en la literatura misma, porque este lector que construye Richardson, y al cual responde Diderot, es un lector que moviliza toda la afectividad, algo condenado por la estética clásica: la identificación entre el texto y el lector, fuente de olvido del mundo exterior, era considerada como una forma de alienación. Con la novela del siglo XVIII cambian los criterios principales de evaluación de una obra. Ella adquiere –según esta perspectiva– toda su fuerza cuando produce en el lector la pérdida de toda frontera entre su mundo y el del texto y, por tanto, cuando produce un efecto corporal: llantos, gritos, sollozos. La definición de la fuerza estética se liga con la construcción del lector implícito, que es un lector identificado con los personajes de la ficción y que ha incorporado su mundo, lo que le permite reconocer a “los buenos” y “los malos” de acuerdo con su propia experiencia personal, mientras está movilizado los recuerdos de su lectura en lo más profundo de su ser.

Yo comparto la perspectiva de Macedonio Fernández y de Piglia. Hay una movilización dentro de un relato de ficción de la cultura escrita de su tiempo y, por otro lado, una relación reflexiva sobre lo que es escribir literatura, las condiciones materiales e intelectuales de producción del efecto estético. Se abre un campo en el que la distinción entre crítica literaria e historia cultural desaparece, en el cual el estudio morfológico de los textos y

el estudio estético de las formas está ligado, lo que no significa reducir la ficción a un estatuto documental. Se trata de comprender, cada vez, cómo la escritura de ficción se apropia del mundo material para producir efectos literarios. Es una forma de pensar que la ficción se escribe a partir del reconocimiento de las prácticas, de los objetos y los discursos del mundo social. Cuando algunos historiadores de la literatura dicen que esto es una forma de reducción materialista o sociológica, les opongo una frase de Borges en un prólogo de *Macbeth*: “la conciencia de que no acabaremos nunca de descifrar el misterio estético no se opone al examen de los hechos que lo hicieron posible”. Se trata del reconocimiento de los hechos, sabiendo que ninguno encierra el misterio de la obra. Pero es una necesidad acercarse al misterio a través de este trabajo histórico y analítico. Esta idea, me parece, está en la posición crítica de los autores de ficción que usted ha citado.

LB: Esta discusión nos lleva al nombre de Groussac, en su interpretación sobre el falso Quijote. Es un episodio al que el propio Piglia le ha sacado cierto partido en su novela *Respiración Artificial* y que, da la impresión, es lo que dio lugar a la ironía de Borges en *Pierre Menard...*

RC: ¿Qué es el verdadero Quijote en oposición a los falsos? Hay una diferencia con el misterioso Avellaneda, porque *Don Quijote* nunca quedó identificado claramente pero que pertenecía al medio cultural y estético de Lope de Vega que odiaba a Cervantes. Es un texto de 1614, en un momento en que no hay nada que se puede reconocer como propiedad literaria,

copyright o derecho de autor. En sí mismo, es muy normal esta continuación apócrifa. Todos los grandes textos del Siglo de Oro, incluso anteriores e él, fueron dotados de una continuidad por un autor que no era el original. Es el caso del *Lazarillo de Tormes*, con su segunda parte, pero también el de *Guzmán de Alfarache*, donde hay una continuación publicada antes de la versión de Mateo Alemán, y ocurre lo mismo con las novelas pastoriles como la *Diana* de Montemayor. En consecuencia, es más o menos normal que exista un tipo de escritura que aprovecha una intriga, una serie de personajes, para publicar una continuación antes de una posible segunda parte escrita por el autor, sacando ventaja del éxito de la primera. No podemos juzgar esta práctica estética con criterios totalmente anacrónicos para el tiempo. Lo que hace la fuerza particular de la continuación apócrifa de Avellaneda, es que se ubica, en cierto sentido, en un campo literario muy dividido y muy agresivo entre, por un lado, el genio lego Cervantes y, por otro, los doctos letrados del mundo de Lope de Vega. No sé si recuerdan el prólogo de Avellaneda que es muy crítico y agresivo contra Cervantes, se trata de una burla cruel del autor. No es solamente un texto normal, que se aprovecha del texto ya presente para producir una continuación, sino que es un texto que se construye con una fuerza polémica contra Cervantes mismo. Pero la respuesta de Cervantes no se organiza alrededor de un pleito denunciando el plagio. Era imposible, no tenía ningún sentido. La invención genial, aunque no es el primero en hacerlo, era introducir en su propia continuación múltiples referencias, a partir del capítulo 59, de

la continuación de Avellaneda. Pero, esta vez, ridiculizada, con este pasaje de los diablos que juegan a la pelota con libros que destruyen, y entre ellos está la continuación de Avellaneda. Uno de los dos libros que se componen en los talleres de Barcelona es la continuación de Avellaneda, hasta que uno de los personajes inventados por el propio Avellaneda es encontrado en el camino y Don Quijote le lleva frente a un escribano para que declare que el Don Quijote que había conocido no era el verdadero, sino que el verídico lo acababa de encontrar en ese momento (risas). Esto era obra de alguien absolutamente genial, pero que ya lo había hecho en 1604 Mateo Alemán en la segunda parte del *Guzmán de Alfarache*, introduciendo en este caso al autor mismo de la continuación apócrifa, clasificándolo como un sujeto totalmente loco que va a suicidarse hundiéndose en un río. Pero esto no tiene la gracia de las invenciones múltiples de Cervantes. Antes de los principios legales y estéticos que rigen nuestro mundo literario, ocurre algo que funciona como una burla, una ironía, una polémica literaria. En el caso de Pierre Menard pienso que el objetivo es diferente. Creo que se debe a cómo Borges anticipó la teoría de la recepción, en la que el sentido de un texto cambia no porque haya cambiado un texto, sino porque el mundo ha cambiado. Lo que quería demostrar Borges es que la movilidad del sentido de la obra no se liga necesariamente a la movilidad del texto porque, en este caso, se trata de la recomposición idéntica del texto de Cervantes pero cuando todos los sentidos que el autor propuso originalmente se han invertido. La misma frase sobre la historia que parecía un lugar común en el tiempo

de Cervantes, luego aparece como una invención filosófica genial, en el tiempo del historicismo del siglo XIX. El objetivo de Borges es mostrar esto, los libros cambian porque el mundo cambia y no porque los textos se modifiquen. Hay otro texto, la conferencia sobre el libro, donde dice que podemos conocer la literatura de un tiempo sabiendo cómo fue leída. Toma un ejemplo paralelo que es “la noche oscura” de la *Eneida*, que en cierto momento significaba el clarooscuro, y que en otro significaba la noche negra. Borges pensaba que sabría cómo sería la literatura del año 2000 si se supiera cómo iba a ser leído su propio texto. Hay una obsesión sobre la idea de movilidad del

sentido que es externa al texto literario, pero de la que éste depende y que define las categorías de su apropiación. Me parece que se puede hacer toda esta galería de los falsos Quijotes, pero en cada momento se corresponden con un horizonte intelectual, conceptual y jurídico, a partir del cual adquieren sentidos diferentes las parodias y los juegos irónicos con el texto cervantino.

Avellaneda y Pierre Menard pueden ubicarse en esta larga duración cronológica. Sólo en la época de Pierre Menard podía pensarse en una acusación como la de plagio. Para que se defina que hay plagio, se debe definir previamente que el autor es propietario de su obra. En segundo lugar, se debe definir que es posible

De ahí la distinción que podría aparecer entre la comunicación electrónica, donde no hay propiedad y donde los textos no pertenecen a nadie, sino que nos pertenecen a todos para que cada uno pueda apropiarse de ellos; y la edición electrónica que supone, de una manera u otra, que se ha fijado el texto, no solamente como un objeto comercial, sino también como condición para que un autor sea reconocible como tal.

reconocer una obra como idéntica a sí misma, cualquiera sea su forma material. Son dos condiciones que no existían en el siglo XVI y XVII, y que abren todo el campo de los pleitos por plagio en el mundo del siglo XX, pero también nos introducen en el problema de la propiedad intelectual en el mundo digital. Es una cuestión realmente apasionante, porque reconocer que el autor es propietario de la obra, es reconocer que es posible la estabilidad de la obra. Es paradójico porque la obra puede estar publicada en distintos tipos de ediciones, y, sin embargo, puede ser la misma cuando se transforma en una película o en un programa de televisión ¿Qué es este misterio de una obra que siempre es idéntica a sí misma y que cambia siempre su forma material? De ahí el espacio de los pleitos. ¿Es la estructura narrativa de la historia, que fue objeto de algunos litigios recientemente?, ¿es la escritura misma, los sentimientos, el estilo –como se decía en el siglo XVIII en Inglaterra– lo que estabiliza una obra? Variables son los criterios que estabilizan lo que, por definición, es móvil.

El segundo problema referente al mundo digital es un poco diferente, porque la discusión sobre la propiedad intelectual se hace fundamentalmente con las películas o la música más que con los textos escritos. La cuestión no es simplemente el plagio, sino estabilizar el texto de manera que sea reconocible la propiedad sobre la obra. Pero, si estamos frente al mundo digital, tal como lo hemos conocido y disfrutado hasta ahora, con textos móviles y abiertos, no hay estabilización posible. Porque no solamente es el texto el que cambia de forma, sino que es el lector mismo

quien se introduce en el texto. Los ajustes textuales de los que hablaba antes, se transforman y se aplican a las obras mismas. La propiedad sería sobre un campo que cambiaría de forma, de perímetros, de ubicación, y en el cual otros ingresan para añadir un pedazo de tierra más. Esa es la enorme dificultad por la que las editoriales han buscado crear nuevos dispositivos o “securities” para estabilizar el texto, para que sea un perímetro reconocible, pero que es totalmente contradictoria con los placeres del mundo digital: movilidad, apertura, maleabilidad y flexibilidad. De ahí la distinción que podría aparecer entre la comunicación electrónica, donde no hay propiedad y donde los textos no pertenecen a nadie, sino que nos pertenecen a todos para que cada uno pueda apropiarse de ellos; y la edición electrónica que supone, de una manera u otra, que se ha fijado el texto, no solamente como un objeto comercial, sino también como condición para que un autor sea reconocible como tal. Esa es la contradicción que afrontan muchos autores de ficción. Por un lado aprovechan la nueva tecnología para tener blogs, websites, en los cuales presentan documentos que acompañan su creación estética. Pero, al mismo tiempo, cuando quieren publicar, es decir, cuando quieren que un texto sea reconocible como “su” obra, lo editan en forma impresa. Esta es la modalidad contemporánea del problema, que no es tanto la cuestión del plagio, sino la de determinar qué es lo que permite decir que un texto es una obra suficientemente estable para que pueda estar asignada a un nombre propio que posibilita una reivindicación de propiedad.



La máquina del Bicentenario

El 28 de setiembre se inauguró en el *Apeadero Witold Gombrowicz*, una máquina expendedora de libros, que combina la rapidez de la vida diaria y ciertos textos que a veces desaparecen de la vista y hay que buscarlos en los gabinetes especializados. La Biblioteca Nacional ofrece una colección de libros que en su forma pequeña, contemporánea y ágil, dirige su mirada hacia la historia editorial pasada y a las publicaciones olvidadas o que esperan ser redimidas. Sin redobles especiales, estos libros, también nos hablan del bicentenario. Del gabinete salen a la calle, junto a las bocinas de los colectivos y el apuro de los peatones, a cambio de una moneda de un peso. Los títulos que son ofrecidos en la máquina son:

- *El grito sagrado*. Mariano Moreno / Juan José Castelli / Bernardo de Monteagudo.
- *La Banda oriental. Proclamas, documentos y poesía*. José Artigas / Bartolomé Hidalgo.
- *Diarios bolivarianos*. Luis Perú de Lacroix / Manuela Sáenz.
- *Entre la confidencia y la historia*. Lucio V. Mansilla.
- *Ejercicios populares de la lengua castellana (y yapa)*. Domingo Faustino Sarmiento.
- *El histerismo de Monteagudo*. José María Ramos Mejía.
- *Emerson y Withman*. José Martí.
- *La vida de la carabela y Proceso a Osorio*. Paul Groussac.
- *El grito sagrado*. Flora Tristán/ Manuel González Prada / Rafael Barret / Ricardo Flores Magón
- *Esquema de una explicación de Chaplin y otros escritos*. José Carlos Mariátegui.



Entrevista

Ricardo Piglia: “Las bibliotecas no sólo acumulan libros, modifican el modo de leer”

Por Horacio González y Sebastián Scolnik

Ricardo Piglia es quien, quizá con más persistencia, ha pensado la presencia del lector en la obra. Una teoría del lector, el último lector —quizá él mismo—, que aparece dejando marcas en la escritura. En este diálogo que se produjo a partir de su visita a la Biblioteca, Piglia analiza las variaciones técnicas como profundos virajes en las prácticas de lectura que, sin embargo, no han logrado alterar su condición fundamental: la lectura sigue consistiendo en una secuencia lineal de desciframiento que va de un signo a otro, pese al carácter fragmentario que asume en la metrópoli. Un lector salteado que, al decir de Macedonio Fernández, se ve sometido a la interrupción como momento inherente a la lectura y que debe asumir tal situación en tensión con la utopía lectora: su solitaria concreción.

De este modo, y a pesar de las invocaciones temáticas recurrentes, el despliegue tecnológico incrementa la velocidad de circulación y acceso a los textos, operando cambios en las formas de sociabilidad que rodean la lectura, pero no en la lectura misma que conserva para sí la invención de sus propias escenas singulares.

La Biblioteca: Desde hace tiempo se está desarrollando una discusión, y la Biblioteca Nacional es un espacio natural para ella, pues se encuentra especialmente afectada por las modificaciones técnicas en curso: nos referimos al debate acerca de cuál es la relación de la lectura con las nuevas tecnologías; si se trata de un vínculo virtuoso o de la desaparición de la figura del lector moderno, si es necesario repensar la relación y el lugar social de la lectura en la vida contemporánea. En estas discusiones hay lamentos y euforias, desmedidos en ambos casos.

Ricardo Piglia: Bueno, tratemos de no tener una posición centrista, ¿no? (risas). Siempre hay lamentos y euforias. Lo primero que tendríamos que decir, es que hay muchos historiadores de la cultura trabajando este tema. Hay que pensar sobre todo en Roger Chartier que ha reflexionado sobre la cuestión del cambio en los soportes de la lectura, desde los papiros, los rollos y los libros hasta la lectura en la pantalla. Chartier ha insistido en la importancia de la materialidad del formato en la discusión sobre la construcción del sentido y en la historia de la lectura. Hay que situar el problema en la larga duración. ¿Qué es lo que persiste de las formas de leer y qué es lo que se ha transformado? Yo tiendo a pensar que el modo de leer –desde la perspectiva que a mí me interesaba en el libro (*El último lector*, 2005)– no ha variado. Leer ha sido siempre pasar de un signo al otro. Puede haber cruces, cortes y virajes en la linealidad, pero la construcción del sentido, el modo de descifrar los signos al leer, no ha cambiado. Es una práctica de larguísima duración. Desde luego la lectura

supone el aislamiento, el lector es un sujeto que está descifrando una serie de signos y está solo en eso. Lo que cambia es la escena en la que se lee, y la actitud. No sólo el formato en que leemos los textos cambia y por lo tanto la posición del cuerpo, sino también el tipo de atención. Yo he construido una especie de modelo histórico, un poco en broma, con dos posiciones. La primera, que podríamos llamar la pose Kafka, es el modelo del lector que se encierra y se aísla y no quiere ser interrumpido. La ambición de Kafka de encerrarse en un sótano y que le dejaran la comida en la puerta, para poder caminar un poco, pero no ver a nadie y estar aislado. O la metáfora que los medios usan siempre: ¿qué libro se llevaría usted a una isla desierta? La lectura perfecta y personal estaría asociada con el aislamiento y el punto extremo sería estar solo en una isla con un solo libro. Es una imagen que persiste, la del lector que está concentrado, aislado. Poe teorizó ese modo de leer con su poética de la forma breve: *La Filosofía de la composición* es una teoría de la lectura. Hay que escribir un texto cuya extensión dependa de la capacidad de sostener la atención, un texto que no se pueda dejar y que se pueda leer de un tirón, en un tiempo prefijado. El sentido depende de la concentración que a su vez depende de un tiempo fijo y de la

Puede haber cruces, cortes y virajes en la linealidad, pero la construcción del sentido, el modo de descifrar los signos al leer, no ha cambiado. Es una práctica de larguísima duración. Desde luego la lectura supone el aislamiento, el lector es un sujeto que está descifrando una serie de signos y está solo en eso. Lo que cambia es la escena en la que se lee, y la actitud. No sólo el formato en que leemos los textos cambia y por lo tanto la posición del cuerpo, sino también el tipo de atención.

continuidad. En ese marco, la interrupción aparece como un fantasma que recorre la historia de la lectura. Podemos seguir esa historia con ciertas situaciones donde la interrupción aparece ficcionalizada, muchas veces como una amenaza. Está el relato de Cortázar, el bello relato “Continuidad de los parques”, sobre la lectura de una novela. La lectura interrumpida supone distintos tipos de situaciones: una es la interrupción propiamente dicha –alguien que entra e interrumpe–, otra es el paso del libro a lo real, y la inversa, lo real que irrumpe en el momento de la lectura.

LB: Una especie de Robinsonada interrumpida...

RP: Claro. Los desarrollos técnicos y la complejidad de la experiencia han ido generando otra figura que yo asocio con Joyce, para ponerle un sujeto, y por el tipo de poética de la escritura que supone. El modelo no es la isla, sino la ciudad, la dispersión, la proliferación de los signos. La lectura no es lineal, el que lee se desvía, está en una red, el tiempo está fragmentado y es múltiple. Uno podría asociar esta posición con el movimiento en la ciudad, donde todo parece suceder al mismo tiempo. Por lo tanto el lector no funciona como aquel que está aislado o en cualquier escena de aislamiento que se pueda construir, sino que el lector está conectado a una red y eso la literatura ya lo empezó a mostrar mucho antes de que aparecieran las formas contemporáneas. Hoy es habitual que un lector esté leyendo un libro y a la vez tiene prendida la TV, está atento a los *e-mails*, habla por teléfono, escucha música. La percepción distraída. Podríamos recordar

la noción del “lector salteado” de Macedonio. Un lector que se hace cargo de la interrupción, de todo lo que interfiere y lo incorpora a la lectura. Entra y sale, se dispersa, se concentra, se va. Y desde luego la prosa de Joyce o la de Macedonio están ligadas a ese tipo de lectura que no es lineal, o en todo caso infiere la posibilidad de una lectura discontinua.

Otra posibilidad es hacer una historia de la técnica que acompaña y sostiene la lectura y la modifica. Por ejemplo, podríamos hacer una historia de la luz, de la iluminación. El invento del vidrio que hace posible las ventanas; el paso de las velas a la luz de gas, a las lámparas. La posibilidad de leer de noche. Esa sería una manera de hacer una historia de la técnica en relación con la lectura. Desde luego, las bibliotecas, están ligadas a ese tipo de historia, un lugar construido para leer, donde los libros se ordenan, se acumulan, hay un recorrido, un movimiento mas físico, hay que moverse por ese espacio, los pasillos, las galerías, los estantes; se puede ir de un libro a otro. Las bibliotecas no sólo acumulan libros, modifican el modo de leer. Producen un efecto paradójal, que es típico de las grandes bibliotecas, siempre habrá un libro que no hemos leído, la contradicción entre el libro que estoy leyendo y todos los otros libros que están ahí disponibles y que nunca podremos llegar a leer. Lo que no se puede leer, lo que falta, acompaña a la lectura, forma parte de la experiencia misma. Son cuestiones ligadas a la lectura como posibilidad y están conectadas con el debate actual sobre qué sucede con la lectura en la red, con las conexiones múltiples, la superposición y la acumulación, el paso de un texto a otro. La literatura

ya había intentado dar cuenta de la posibilidad de las lecturas múltiples, simultáneas, sucesivas. Borges ha dado el paso de la imagen de la biblioteca como espacio de saturación y de lectura sucesiva, a la invención de una imagen que se acerca a la experiencia de la lectura simultánea y a la web. Eso está en “El aleph”, desde luego, un modelo de simultaneidad, de visión instantánea, todo el universo concentrado en un punto. La clave, creo, es que se mantiene la relación personal, aislada, se trata de una visión privada que se abre a todos los signos pero el sujeto sigue solo ahí frente a esa pantalla microscópica. Con esto quiero decir que las novedades son siempre novedades, desde luego, porque en el contexto en que funcionan tienen un sentido propio, pero uno podría establecer una arqueología de todas estas imágenes y figuras que hoy se discuten a partir de las nuevas tecnologías.

LB: ¿Aquí sí se podría pensar una variación, en términos de velocidad y cantidad, de imágenes que proliferan? ¿Esas imágenes amenazan los procedimientos de lectura modernos? ¿Se podría pensar en el paso del “lector salteado” que, pese a su errancia, aún mantiene su condición de lector, a una figura más propia de la dispersión?

RP: La velocidad, la instantaneidad, tiene que ver con el material, con los signos: llegan más rápido, están más cerca; pero la velocidad de la lectura sigue siendo la misma, con pocas variaciones. Depende de la materialidad, del cuerpo, de la mirada, es muy personal, tiene un ritmo subjetivo, como la respiración (los cambios de ritmo suponen a veces cierta patología, cierta alteración:

la lentitud del asma en Proust, en Lezama, en Saer; el jadeo acelerado en Celine, en Kerouac, en Lamborghini). La lectura veloz fue una especie de chiste idiota, lo que se ha acelerado es la posibilidad de acceso a los textos y a los signos, pero no la lectura misma. La instantaneidad de la percepción está ligada a la imagen, no al desciframiento de los signos. Obviamente no es lo mismo ver una imagen que leer un texto. Hay un cambio de ritmo. Se pueden intercalar y entreverar palabras e imágenes, pero habrá siempre una distancia que básicamente es temporal. Godard ha

trabajado mucho sobre esta diferencia, siempre hay algo para leer en sus filmes y esos textos son una especie de fundido a negro, marcan un cambio de ritmo. Lo mismo podríamos decir de la experiencia de los subtítulos de las películas, también se va al cine a leer (¡Y dicen que el subtítulo fue un invento argentino de los años 30, cuando apareció el sonoro!). ¿Qué pasa ahí? ¿O en las historietas? Cuando se dice que una imagen vale más que mil palabras se quiere decir que la imagen llega más rápido, la captación es instantánea, la percepción tiene la misma velocidad que la imagen. Mientras que leer un texto de cien palabras o de mil palabras, cualquier texto que sea, tiene otro tiempo. Hay una lentitud de la lectura, digamos así, un tiempo para captar el sentido, difícil de cambiar. Los modos actuales de abreviar y usar letras que concentran palabras, típico en los e-mails y en los mensajes de texto, una

La velocidad, la instantaneidad, tiene que ver con el material, con los signos: llegan más rápido, están más cerca; pero la velocidad de la lectura sigue siendo la misma, con pocas variaciones. Depende de la materialidad, del cuerpo, de la mirada, es muy personal, tiene un ritmo subjetivo, como la respiración (...)

suerte de taquigrafía personal, son un intento de acelerar el desciframiento, porque la lectura es siempre más lenta que la circulación de los textos. Para acelerar se tiende al criptograma, a la señal. Recordemos que Alan Turing que está en el origen de la cibernética, empezó como criptógrafo y descifrador de mensajes codificados durante la Segunda Guerra. Y hoy todos estamos en una escena de criptógrafos, sujetos inciertos que descifran y protegen la lectura con los *passwords*. En realidad para acelerar la lectura habría que sustituir las letras por números para que los mensajes se pudieran leer más rápido, pero eso nunca puede funcionar; el lenguaje es insustituible, no se puede inventar, todo esperanto es cómico; la comprensión universal e instantánea no funciona. El lenguaje tiene su propia temporalidad; más bien habría que decir que es el lenguaje quien define nuestra experiencia de la temporalidad, no sólo porque la tematiza en los tiempos de verbo, sino porque el lenguaje impone su propio ritmo. En todo caso, la poesía es la que ha llegado más lejos en los cambios de velocidad en el lenguaje, acelerar la comprensión de sentidos múltiples con pocas palabras. Y el límite será siempre el hermetismo, el idiolecto. Podríamos pensar en Mallarmé o en Haroldo do Campos o en Oliverio Girondo, para definir un uso *cyber* de la lengua.

En definitiva, insistiría en los cambios mínimos que ha sufrido la actividad del que lee; los signos nos siguen viniendo uno tras otro y hay que entrar en ese recorrido lineal. Después los podemos alterar, podemos intercalar un texto en otro pero siempre habrá un movimiento lineal, difícil de acelerar y de alterar. Quizás otro ejemplo de la relación entre tiempo

de lectura y movimiento, sea la lectura en un viaje. También aquí se trata de una historia de la técnica que ha sido por lo demás muy tematizada por la literatura: leer en movimiento, la lectura como viaje, la lectura asociada con una temporalidad alterada. Laurence Sterne en *Tristram Shandy* dice que lectura de su novela reproduce el ritmo de un carruaje que sufre las sacudidas y los saltos del camino. Hay muchas escenas de lectura en las novelas de Conrad y de Melville, la lectura como navegación. Y está esa situación extraordinaria en *Gravity Rainbow* de Pynchon, en la que —en un submarino durante la Segunda Guerra— los marinos citan el *Martín Fierro* y se ponen a discutir las hipótesis de Lugones sobre el poema de Hernández. Y desde luego está la gran tradición de la lectura en los trenes, una relación con ritmos diversos entre lo que se está leyendo y la realidad que está pasando a una velocidad definida.

LB: Sin embargo, pareciera ser que, en términos de velocidades, hay algo del mundo conectivo-digital que descompensa la relación entre la letra impresa y la conciencia. Esos tiempos de pausa, de elaboración y soledad aparecen desbordados por la proliferación de signos ininterrumpidos que nos llegan de la mano del mundo digital.

RP: Sí. Con la precaución de decir que ese vértigo, digamos, muy atractivo, de proliferación de información produce, paradójicamente, cierta pausa; el sujeto detiene el flujo, debe seguir descifrando un signo atrás de otro. Es decir, puede llegar la cantidad de información que sea, pero siempre vamos a tener que descifrarla median-

te un movimiento cuya velocidad no depende de la máquina. Podríamos decir que Joyce en el *Finnegans Wake* fue el primero que intentó modificar el modo y la velocidad de la lectura, a partir de la acumulación delirante de sentidos múltiples en cada palabra. El *Finnegans* es el intento de lograr la simultaneidad absoluta. Cada frase del libro remite a todas las lenguas y a todas las referencias y abre todos los sentidos posibles. El lector de ese libro enfrenta la dispersión y simultaneidad en cada página. Implica una suerte de lector futuro que debe ser políglota, manejar todas las lenguas. Y debe ser un insomne porque ya sabemos que no toda vigilia es la de los ojos abiertos. Por eso siempre me pareció extraordinario que el primer libro que se compró en Amazon, fuera el *Finnegans' Wake*. El primer lector que entró en la red para buscar un libro (fin de la librería como espacio real) pidió la novela de Joyce. El *Finnegans* es el libro de esta era, parece hecho para este escenario de lectura.

LB: ¿Y cuál es tu experiencia con los nuevos medios?

RP: Básicamente he visto todo el proceso de desarrollo de la tecnología de un modo muy directo porque estoy enseñando en Princeton desde hace veinte años y ahí los avances han sido extraordinarios. El acceso al conocimiento en estos años ha cambiado muchísimo y los medios técnicos forman parte de los cursos mismos. Y desde luego los estudiantes están muy integrados a los nuevos medios. Los modos de enseñar han ido cambiando. Ya no se trata tanto de informar sobre campos específicos de investigación, sino de seleccionar las rutas de lectura,

cuáles son los textos que se leen en grupo y de qué modo se leen, cómo se procesa el acceso inmediato a la información. Los seminarios y los cursos tienen un site propio, donde circulan los textos y al que los estudiantes están conectados. Y la página, claro, se llama *Blackboard*, un pizarrón virtual, donde todos pueden entrar con una clave. Por mi parte sigo enseñando, por decirlo así, modos de leer. Con esto, lo que quiero decir una vez más, es que los medios técnicos avanzan a una velocidad notable antes que nada en la dimensión de la circulación. Recordaba hace un tiempo una anécdota que cuenta W.H. Hudson, en *Allá lejos y hace tiempo*, sobre cómo circulaban los libros en el campo a mediados del siglo XIX: nos llegaba una novela, cuenta Hudson, y después de leerla se la pasábamos al vecino que vivía en una estancia que estaba a quince leguas, a caballo, y ese le pasaba la novela a otro y ese a otro y la novela se iba alejando cada vez más, de una estancia a otra. Ese movimiento, lo que se tarda en llegar a lo que se quiere leer, es lo que se aceleró notablemente. Y ese cambio en la circulación ha producido cambios en la sociabilidad, digamos así. Y eso desde luego que tiene efectos culturales. Yo me acuerdo cuando iba al correo todas las tardes a despachar las cartas. Caminaba seis o siete cuadras hasta la oficina del correo, charlaba con el que recibía las cartas, me iba a tomar un café al bar de Talcahuano y Corrientes y después me daba una vuelta por los quioscos de libros de la Plaza Lavalle. Tenemos el *e-mail* ahora ¿no? Estamos en pleno proceso de desmaterialización, como decían Masotta y Jacoby en los años 60. Ahora uno puede hacer todo eso —por ejemplo comprar libros usados

en la web— sin moverse de la computadora, salvo el café, que uno se lo tiene que ir a hacer a la cocina.

LB: Esto supone que esa sociabilidad que cambió lo hizo sólo a través de la aceleración de los flujos de circulación. Pero ¿qué sucede con la escritura? ¿Ella se vio modificada también por los dispositivos técnicos actuales?

RP: No sé si cambia el tipo de escritura. Desde luego han cambiado las condiciones de producción. Hay mayor difusión de lo que se escribe y se lee, el acceso es mucho más libre, hay una especie de anarquismo primitivo. Se puede difundir sin problema lo que se quiera. No hay casi mediación y eso es extraordinario. Pero en la escritura, en la narración, no veo que estas modificaciones técnicas hayan producido grandes cambios. Están los *blogs*, cada uno puede tener su página, su boletín personal. Podemos llamarlo anarquismo, porque no hay intervención del Estado, es un espacio sin fronteras, donde todo circula y se intercambia. Pero tiene algo primitivo, también, porque en general lo que se escribe es muy ingenuo, todos parecen escritores naíf, quizá por el propio medio, por la búsqueda, un poco indiscriminada y medio desesperada, de lectores que tiene el que escribe un *blog*, las formas que usan para atraer a la red a los que andan sueltos. Miles de escritores a la pesca de lectores. Todo es gratis, además. Lo que se ve más claro son las tácticas para llamar la atención, el método suele ser el escándalo, una especie de versión privada del periodismo amarillo. Una mezcla de chisme, calumnia y confesión, cierta confianza excesiva en el decir directo,

se ve demasiado la demanda, o en todo caso la ilusión de que alguien se detenga ahí a leer. Yo mismo tengo un *blog* y una página web pero la firmo con pseudónimo, porque me interesa la experiencia misma y quiero ver qué pasa y qué circula. No me interesa que lo lean por el nombre del autor. La verdad es que me divierto mucho. En mi próxima novela, voy a poner la dirección de la página y del *blog*. No los textos que están escritos ahí, sólo el dato de quien los ha escrito, voy a usar la novela para que el que quiera pueda entrar a ver.

En definitiva, me parece que en la literatura, lo que se ve es una presencia, digamos así, temática de las nuevas técnicas; pero no veo cambios en los modos de narrar. El que ha llegado más lejos en esa línea ha sido William Gibson, que es un gran novelista que trabaja con los mundos virtuales y el *cyber*. Pero no veo que la estructura de la narración propiamente dicha se haya alterado radicalmente. Hay intervenciones interesantes de algunos novelistas argentinos jóvenes, que están trabajando con esos elementos; Daniel Link por ejemplo, pero me parece que son cambios de contenido; en vez de telegramas o de cartas se narra la circulación de los *e-mails*.

LB: Antes se las llamaba novelas epistolares, pero desde Chordelos de Laclos hasta el mail, habría que ver cuál fue la evolución del género.

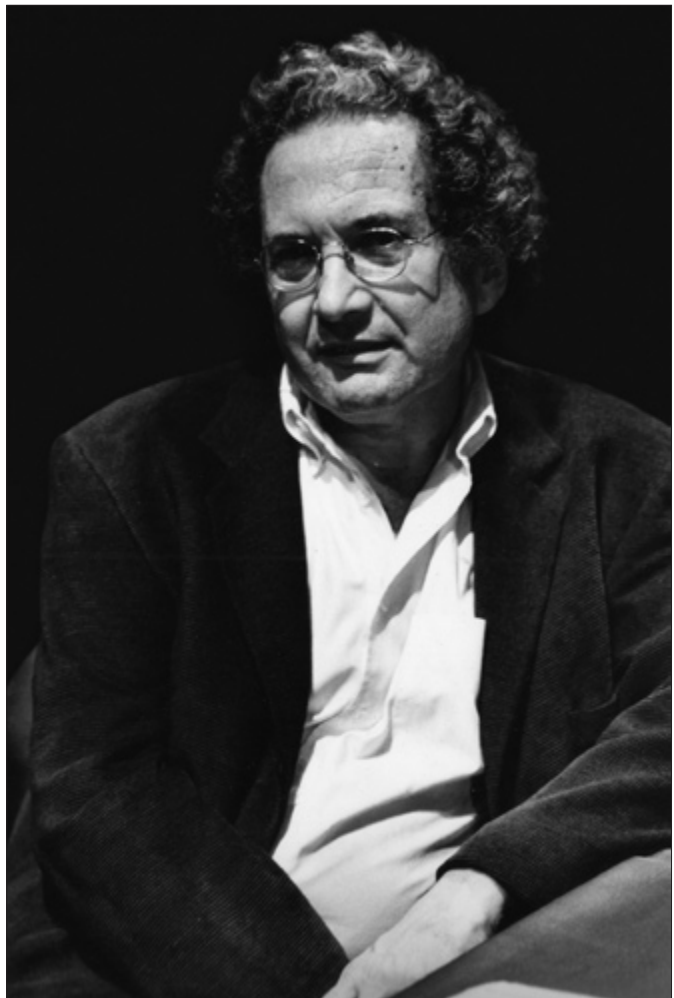
RP: Sí, y al mismo tiempo hay algunos usos interesantes del lenguaje. Jóvenes escritores que están muy atentos a los cambios en los usos sociales, a lo que está pasando con los lenguajes sociales, para construir su propia voz. Me parece que eso viene de Joyce, de

Puig. Es decir, no hay estilo personal, o en todo caso el estilo se construye a partir de los lenguajes sociales, de lo que sucede en la calle, en la web, en la circulación social. Uno puede leer a Cucurto y ver de qué modo los inmigrantes sudamericanos y coreanos están presentes en la cultura argentina actual y como se transforman los registros del lenguaje. También algunos autores están trabajando con cierta grafía que viene de los medios técnicos, la rapidez de la escritura ha generado una especie de nueva taquigrafía, una forma condensada de reproducir por escrito el lenguaje. La última novela de Alejandro López trabaja por ahí. Se tiende al ideograma casi. Se abrevian las palabras para que los mensajes estén a la altura de la velocidad y la inmediatez del medio. Una suerte de telegrama cifrado. Una sintaxis tipo Tarzán, a menudo sin puntuación, sin mayúsculas. Y también cierto anglicismo técnico, ligado al uso de un inglés básico, que no es el inglés que se habla sino el del software. Y a la vez está todo ese campo interesante de los errores, los lapsus, los acentos y las eñes que faltan, los signos que se traban. Son intentos de convertir esos usos alterados del lenguaje en estilo literario. Suena como una especie de Puig psicótico.

LB: Pasar todo Proust a mensaje de texto, eso sí no sería recomendable...

RP: (risas) Supongo que no... Con esto lo que quiero decir es que sin duda las nuevas tecnologías están presentes allí donde siempre han estado presentes en la literatura, que es en los efectos que tienen en los lenguajes, en el uso social del lenguaje.

LB: En tu libro hay una escena muy interesante, el episodio de la aparición de la máquina de escribir en Kafka como una alteración de la forma de escritura. Un instrumento de escritura mecánica que aparece separando la escritura del propio cuerpo y de la “respiración” de los



órganos, convirtiendo en escritura burocrática lo que hasta entonces era una escritura personal, manuscrita, como prolongación del propio cuerpo. Y con ello, el pasaje del escritor al autor como figura pública. Es una imagen muy linda sobre

Ricardo Piglia, por
Mariano Lamota

el tipo de alteraciones que las innovaciones técnicas van introduciendo en las formas de escritura, del lenguaje, del habla, etc. En el mensaje de texto de los teléfonos celulares las palabras se reducen, se simplifican, una letra representa una palabra. Parece darse un fenómeno semejante al de Kafka: una operación sobre el lenguaje que produce otra relación con la palabra...

RP: Bueno, escribir en definitiva sigue siendo poner una palabra después de otra, una frase después de otra. El fraseo es la música de la literatura. Lo que cambia me parece es la noción de borrador, de lo que es legible en sentido estricto, la letra personal que a veces sólo quien la escribe la puede leer y de qué modo —como se decía antes— se puede pasar el borrador en limpio. La máquina de escribir se inventó para pasar en limpio los manuscritos antes de mandarlos a la imprenta. Pero rápidamente se convirtió en una forma de escritura directa, no sólo de copia, se empezó a escribir directamente en la máquina. Cambió la posición del cuerpo al escribir, se perdió la inmediatez física de la letra, el sonido que acompañaba la escritura también cambió. La velocidad material de la escritura fue, técnicamente, cada vez mayor. En definitiva la cuestión sigue siendo qué tipo de relación tiene el que escribe con lo ya escrito, con lo que está escribiendo. La máquina mecánica tenía una particularidad, digamos, si uno leía lo que había escrito y corregía a mano la página, tachaba, escribía arriba, en los márgenes, ponía flechas con frases escritas al costado, entonces, al final de esa lectura, tenía que volver a pasar todo a máquina; de hecho se volvía

a escribir el mismo texto de nuevo varias veces para que la copia quedara legible. Incluso se usaba una forma de collage, porque si se quería cambiar de lugar un fragmento, se lo cortaba y se lo pegaba en otra página para no tener que volver a copiarlo. El desarrollo del collage está muy ligado a la invención de la máquina de escribir, dicho sea de paso. Y me parece que con la computadora esa inmediatez se acentuó, se puede corregir mientras se escribe, se puede cortar y pegar en otro lado directamente. En la pantalla se tiene la impresión de estar escribiendo un texto definitivo, sin errores, porque la página ya parece diagramada, Cada vez se imprime menos en papel para leer lo que se escribe. Los textos se escriben en la pantalla y se envían a otra pantalla donde son leídos. Esa es la técnica del *blog*. El criterio de página provisional en la que pueden hacerse modificaciones, se ha transformado. Nos acercamos cada vez más al modelo de la página impresa. Todo parece más definitivo. Uno se da cuenta enseguida —sobre todo en los *blogs*— de que los que escriben en la computadora están muy entusiasmados con su prosa porque la ven ordenada en la pantalla, con sus márgenes y sus espacios uniformes y sus cambios de letra. No se tiene ya la sensación de precariedad, que deriva de la escritura a mano y de las sucesivas copias. Todo se ha condensado en una sola operación y se ha acelerado. Incluso la chance de la lectura de las pruebas de imprenta, con todas las correcciones que se podían hacer al ver el texto ordenado. Me acuerdo que cuando publiqué *Nombre falso*, en 1975, en Siglo XXI, me cobraron las correcciones que hice en las primeras pruebas de página. ¡Tuve que pagarle a Pancho Aricó la mitad del anticipo

que me habían dado! Se ponía eso en los contratos. Ahora estamos de movida en la primera de página. La noción de error cambió, ya no es material, palabras ilegibles o tachaduras. También la ilusión de velocidad de la prosa, escribir rápido, lo que Kerouac buscaba en *On the road* con el mítico rollo de papel interminable, una bobina que le permitía escribir a máquina sin detenerse para cambiar la hoja. Eso ahora lo puede hacer cualquiera. Desde luego, como siempre, las técnicas no se anulan, se superponen, Saer escribió todos sus libros a mano, Günter Grass, por lo que vi, sigue escribiendo en una Olivetti portátil. Uno puede, claro, pasar de una forma material de escritura a otra. Pero en síntesis, lo que quiero decir —en relación con la técnica, con los instrumentos técnicos de escritura—, es que lo que cambia es la noción de borrador, de legibilidad, el pasaje de una versión a otra.

LB: Bueno, podemos acudir a la imagen de borrador de Proust, por ejemplo, con todos los agregados que contenía. En la computadora todo ese movimiento del agregado no estaría representado...

RP: Exacto. El tiempo de ajuste del texto propio se ha concentrado. También la tendencia a leer en la pantalla y no en el papel, son todas cuestiones que hacen al trabajo de cada uno. Claro que se ha ganado una mayor velocidad en la resolución del texto.

LB: La facilidad del corte y pegue es una facilidad que también tiene un cierto costo, en el sentido de generar más dificultades en el escritor a la hora de reconocer y verificar

las dificultades de la escritura con sus distintas capas. Esto también tiene que ver con la discusión de la expresión “soporte” que encubre la laboriosidad de la escritura en una suerte de facilidad universal, en el pasaje de una tecnología a otra.

RP: La literatura no es simplemente la materialidad del signo escrito en un soporte determinado, sino un uso particular de la palabra. Y para mí lo que está cambiando en relación con la literatura es justamente la noción de propiedad y de uso. La relación entre producción social y apropiación privada. Me parece que esa facilidad de bajar textos y copiarlos, de usar lo ya escrito, usando el *copy and paste*, está produciendo un cambio en las relaciones de propiedad en literatura. Como si todo lo que se ha escrito estuviera al mismo tiempo en la pantalla, a disposición del que escribe. Me parece que se ha reactualizado la cuestión de quién es el autor o de qué es ser un autor, la pregunta de Macedonio, ¿no? El cambio básico en la discusión

estética a partir del acceso al mundo de Internet está en los modos de apropiación. Los modos de apropiación están en cuestión. O mejor, el desarrollo de los medios de producción está poniendo en cuestión a las relaciones de producción culturales. Ni siquiera hace falta tener una com-

Para mí lo que está cambiando en relación con la literatura es justamente la noción de propiedad y de uso. La relación entre producción social y apropiación privada. Me parece que esa facilidad de bajar textos y copiarlos, de usar lo ya escrito, usando el *copy and paste*, está produciendo un cambio en las relaciones de propiedad en literatura. Como si todo lo que se ha escrito estuviera al mismo tiempo en la pantalla, a disposición del que escribe.

Hoy parece que se hubiera disuelto toda distancia entre reproducción y apropiación. Hay una ilusión de simultaneidad, un cruce continuo entre textos propios y ajenos. La técnica produce un movimiento de unificación, de escritura única, continua, no personal, casi mecánica, ligada al *cut and copy and paste*, y a la masa de textos que circulan; pone en juego la cuestión de qué quiere decir *enunciar*.

putadora, uno puede ir a un *cyber* café y entrar en la red y bajar textos y escribir: hay una ilusión de circulación sin Estado y sin ley. El anarquismo del que hablaba antes. Me parece lo mejor y lo más novedoso que tiene el mundo de las nuevas tecnologías.

El capitalismo lo ha generado, pero no sabe muy bien cómo controlar el circuito. Casi no hay censura y es muy difícil controlar la propiedad. Ese es el contexto, me parece, de algunos debates que ha habido últimamente en la Argentina. La discusión sobre el plagio y sobre el uso de

las citas. Porque también las citas cambiaron de función en el nuevo formato y algunos siguen viéndolas a la antigua, como puro objeto de ostentación. Pero cualquiera, conectado con Google, puede hoy hacer alarde de erudición. En definitiva se discuten los modos de escribir una lectura, en sentido literal. Y el plagio y la cita siguen marcando los límites de los modos de apropiación en la literatura. Hay una doble enunciación, encubierta o exhibida, un discurso doble, yo digo que otro dice, o yo digo en el lugar del otro lo que él dice; me instalo ahí como si yo fuera él. Un ejemplo clarísimo de esto es la traducción, un tipo de apropiación muy particular; yo leo la prosa de Mandelstam escrita por Clarence Brown que es su mejor traductor (ya que no leo ruso). Pero

el traductor, ¿qué es lo que escribe? Se apropia de todo el texto, lo vuelve a escribir completo, pero no es el autor. Cervantes, en el *Quijote*, trabaja con eso y lo mismo hace Borges en Pierre Menard. Es el mismo texto pero no es el mismo texto. Entre el plagio y la cita, hay una serie de formas intermedias de apropiación, que habría que analizar, como la traducción, la falsificación, el apócrifo, el pastiche. Modos de reproducción y de apropiación. El procedimiento es el mismo, una voz se superpone a otra anterior, hay un juego de doble enunciación. El discurso indirecto libre, que es una forma concentrada de ese procedimiento, sólo fue posible cuando se inventó la imprenta y se pudo distinguir una voz dentro de otra sin recurrir al discurso directo. Pasolini y Bajtin trabajaron sobre esa cuestión. Imposible usar el discurso indirecto libre en un relato oral. Ahí tenemos un ejemplo de un cambio en el modo de apropiación, que es resultado de un adelanto técnico.

Hoy parece que se hubiera disuelto toda distancia entre reproducción y apropiación. Hay una ilusión de simultaneidad, un cruce continuo entre textos propios y ajenos. La técnica produce un movimiento de unificación, de escritura única, continua, no personal, casi mecánica, ligada al *cut and copy and paste*, y a la masa de textos que circulan; pone en juego la cuestión de qué quiere decir *enunciar*. Para volver otra vez a la tradición, eso ya lo había hecho Burroughs con su teoría del *cut-up*; empezó a trabajar en eso en los años cincuenta. Pero ahora esa técnica se ha expandido de un modo increíble. Me parece que se abre una discusión —muy marxista— sobre las relaciones

entre modos de producción y propiedad, entre arte y capitalismo. Hay una serie de cuestiones en juego acerca de cómo funciona la propiedad en la cultura. Ya sabemos que en el lenguaje no hay propiedad privada. Cualquiera puede usar el lenguaje pero no debe imaginar que las palabras son suyas o que nadie puede volver a usarlas después. Entonces, es en el paso a la propiedad donde se definen los usos privados del lenguajes. Uso las palabras que usan todos como si durante un momento fueran mías, pero después las dejo correr. Sin embargo, en la literatura se supone que se fijan, se asocian y se valorizan por quien las usa. Me parece que ahí sí podríamos decir que estos nuevos modos técnicos están produciendo un cambio.

LB: No aparece todavía una teoría crítica de suficiente envergadura como para justificar los casos que directamente son considerados como apropiación indebida. Por el momento la teoría estética no sustituye al Código Penal (risas). No sustituye lo que Borges pensó, un poco en serio, un poco en broma, sobre el tema.

RP: Sí, habría que construir una teoría de los modos de apropiación en literatura. ¿Pero de qué propiedad se trata?. La literatura no se superpone con el Código Penal, en todo caso lo tematiza. De hecho la literatura está en tensión –temática y prácticamente– con el mundo de la ley. En muchos casos se ocupa de eso. Así empieza la *Iliada* ¿no?, la furia de Aquiles. La literatura pone en cuestión el régimen de control jurídico, ha estado siempre en tensión con la censura

que es una de las formas legisladas de control. En todo caso el discurso jurídico se ha aplicado de distinta forma en distintos momentos a una práctica cuya legitimidad ha sido juzgada también de distinta manera en cada época. Ya sabemos, para hablar sólo de los tiempos modernos, que los escritores más importantes han sido siempre llevados a los tribunales: Baudelaire, Flaubert, Wilde, Joyce, Pound, Brecht, Burroughs Nabokov, Brodsky, Pasolini, Bernhard. Hay una disputa continua entre la literatura y la ley. Por otro lado, sabemos cuánto le debe la verdad jurídica a la noción literaria de ficción. Pero parece que hoy el problema se ha centrado en las relaciones de propiedad. Hay algo en peligro. No se trata sólo de la moral social. Las preguntas parecen ser otras. ¿De quién es la obra? ¿Cuál es la noción de uso? El desarrollo técnico se enfrenta siempre con las relaciones jurídicas, que son básicamente, relaciones de propiedad. Marx se dedicó a estudiar eso ¿no? El desarrollo de las fuerzas productivas, decía, encuentra un obstáculo en la relaciones de producción. ¿Seguirá siendo así?. Por eso me divierte mucho ese debate que se armó sobre el plagio de una novela que para mejor se llama *Nada* y que generó una reacción en el mundo académico, bastante paradójica, porque en general los universitarios son muy estrictos respecto a la propiedad de sus ideas; en general no las tienen, pero las defienden como nadie. En el mundo académico, la propiedad de las ideas es uno de los campos de lucha más intensos, y los sistemas de referencia forman parte de los protocolos más firmes pero cuando se trata de la literatura son muy liberales.

LB: Las personas que se inscriben en esos sistemas de referencia pertenecen más a un campo de defensa, me parece, donde cada vez hay menos expectativas creativas –en el sentido clásico– y, al mismo tiempo, mayor protección de la propiedad de las citas, del tipo de excavación que hay que hacer en ciertos textos, de la protección que tiene que haber en las computadoras para que no te roben la información... Desde el punto de vista de la propiedad, cada vez más la situación se parece a un tipo de capitalismo primitivo...

RP: Acumulación primitiva por un lado y anarquismo por el otro. Yo tengo la sensación, por momentos, de que el universo de la web no funciona igual que la sociedad: la circulación es más libre, las intervenciones personales son más abiertas, la posibilidad de entrar con información propia, con datos propios, está más socializada, y también el acceso a la información y al saber, que antes estaba limitado; pero no se termina de ver cómo todo eso está ligado a la propiedad. Todo parece gratis. No parecen regir ahí criterios que sí rigen en otros ámbitos, por ejemplo, la censura casi no existe. Algunos piensan que esa ilusión de libertad y de circulación abierta esconde un régimen de control y vigilancia, que en verdad lo que hacen es acumular archivos personales, el perfil de los consumidores, sus opciones políticas...

LB: Pero volviendo un poco al episodio Kafka y el tipo de separación que opera esa transformación de la máquina respecto al propio cuerpo escribiente, la conectividad digital en ciernes, ¿produce nuevamente una

vuelta de tuerca sobre esa pérdida primera? ¿Hay una mayor separación de la escritura de la propia experiencia corporal? ¿Se están produciendo, a partir de la virtualización, nuevas modalidades de ser inéditas?

RP: Sí, de acuerdo. La noción de experiencia está de nuevo en discusión. Por supuesto no hay que confundirla con la información. La experiencia es la forma en la que un sujeto le da sentido a lo que le sucede. La información no implica la experiencia, más bien es su opuesto, y da el sentido por hecho. John Berger en *Modos de ver* ha planteado muy bien la cuestión: “cuanto menos ha aprendido uno por experiencia, más crédulo es”, decía Berger. La creencia es lo que está en juego. El hacer creer. Se sustituye la inexperiencia con la información. Y se vive bajo la amenaza de no estar informado, no estar al tanto, no estar al día. Pero ¿qué quiere decir estar desinformado? Todos estamos desinformados y la web amplía pero también resuelve imaginariamente esa sensación con la acumulación explosiva de información dispersa y disponible. Por eso la clave, para mí, es la narración. El narrador trata de convertir lo que ha sucedido en experiencia. Hay una tensión entre narración e información, que la web hace todavía más compleja.

LB: Sí, hoy parece estar planteándose una reducción de la narración a información...

RP: Claro, pero la narración siempre ha tratado de construir la experiencia, es decir, construir un campo de sentido que esté ligado al sujeto mismo. La tensión entre información y narración es básica en las discusiones

sobre la novela y se ha convertido en el gran problema técnico de la narración desde Henry James para acá. Cómo manejar la información en un relato, el tema sobre el cual gira el debate de las poéticas de la narración. Todo la cuestión de la intriga y del suspense pasa por ahí. Lo que Hitchcock llamaba el McGuffin. El núcleo de información que le interesa a los personajes y al narrador no necesita ser aclarado. En ese sentido no importa la información. Y toda la cuestión del enigma y del secreto se juega ahí. Hay un elemento de información interno al relato que es necesario manejar y está el modo en que la narración cifra la información. Si yo quiero localizar una novela en Buenos Aires, qué tipo de información tengo que dar para que se sepa que estoy en Buenos Aires.

LB: Esta sería una forma de debatir realmente con los medios de información. Pongo tu propia literatura, por ejemplo, vos cuidás que la información en la narración aparezca muchas veces como encubierta o disfrazada en formas periodísticas o *memorandums*... ¿y eso qué significaría? Un modo de trabajar con la narración, que logra convertir en ficción un conjunto de textos moldeados por la habitualidad de la información diaria. Y eso no es posible en lo que se llama la sociedad de la información o del conocimiento, porque se da por resuelto que esa ya es la manera natural de escribir. Ese, creo que es un enigma para la literatura, a no ser que la literatura vuelva a abrirlo y lo considere apenas uno más entre los modos de ficción.

RP: Claro... Hay un aspiración al sentido que se cierra.

LB: Por ejemplo, hay una agua-fuerte de Roberto Arlt donde está el teniente que lee un libro pacifista, *Sin novedad en el Frente* de Erich María Remarque, y baja en Once. Arlt está sentado enfrente... El lector del asiento de enfrente está vestido de teniente y eleva la vista hacia arriba y se va como absorto pensando en que tiene que hacer algo: el teniente leyó un libro pacifista y queda absorto. ¿Dónde se consigue ese material moral, efecto inmediato de la lectura? ¿Cómo se elabora ese esquema de lectura, donde uno lee algo y enseguida nace un dilema?

RP: Eso es lo que llamamos, de una manera muy precaria, la relación con la experiencia que, me parece, forma parte de los modos de leer y de la tradición de la narración. En el modelo del Quijote, el sujeto lee una narración y trata de vivirla, la incorpora a su experiencia buscando el sentido que siempre es incierto pero que, en el caso de la información, está dado de antemano. Para decirlo con una frase de León Rozitchner: dan la realidad bajo su forma juzgada. Mientras la literatura da a juzgar, la narración pone en juego la construcción del sentido. Entonces, ahí es donde yo veo que la narración está tratando de lidiar con todo este tipo de contexto, del mismo modo en que ha lidiado antes... No es que ahora estamos metidos en una cuestión que antes no existía. Me parece que la aspiración a una significación que nunca se termina de cristalizar, y supone una relación del sujeto con su propia experiencia, es el elemento que persiste, con más razón ahora, en un mundo más bien agobiado por una circulación un poco delirante de "sentidos dados".

LB: En relación a una “refutación del tiempo”. Vos decías que hay una secuencia probablemente lineal en la lectura, que da lugar a una idea del tiempo interesante. Borges tuvo que aceptar que por esa vía no podía refutar el tiempo si había lectura. Pero en los mensajes de texto se intenta de verdad, ahí sí parece haber una refutación del tiempo. Se acercan más a esa idea esos chicos con los telefonitos que Borges, me parece...

RP: La instantaneidad.

LB: Sí, una instantaneidad que Borges la sospecha, pero que la abandona ante la fatalidad del lenguaje lineal ¿no?

Al revés de lo que uno puede imaginar, no existe primero lo que es necesario transmitir y después encontramos el medio. Aparece primero el modo de circulación y luego se ve qué se puede producir para que circule por ahí. El medio produce sus propios materiales. Ahí hay algo que liga los nuevos avances técnicos con otras experiencias anteriores como la fotografía o la radio. Brecht dice algo muy interesante sobre esto, en un ensayo de 1928 sobre la radio.

RP: Así es. La lectura define un modo lineal de construcción del sentido, que tiene un tiempo propio. Y la otra cuestión que tenemos que considerar, en relación con lo que vos decís, es el modo en que esos instrumentos o medios son creados antes que sus propios contenidos. Aparece

primero el medio y después empieza a exigir un material para que pueda funcionar. Al revés de lo que uno puede imaginar, no existe primero lo que es necesario transmitir y después encontramos el medio. Aparece primero el modo de circulación y luego

se ve qué se puede producir para que circule por ahí. El medio produce sus propios materiales. Ahí hay algo que liga los nuevos avances técnicos con otras experiencias anteriores como la fotografía o la radio. Brecht dice algo muy interesante sobre esto, en un ensayo de 1928 sobre la radio. Existe el medio pero no se sabe aún qué contenido ponerle, todavía no se sabe qué hacer con eso. Me parece que en este plano tampoco sabemos lo que se puede a hacer, no está definido...

LB: Claro, en la televisión y en todos esos lugares, hay personajes llamados gerentes de contenidos (risas) que, suponiendo que existen todos los recipientes técnicos, ellos tienen que hacer, ni más ni menos, la fácil tarea de crear los contenidos...

RP: Exactamente. Es como si existieran unos canales que se van desarrollando con su propia lógica, que es una lógica que a priori no se termina de asimilar con la lógica del capital, salvo que se lo piense en el sentido del capitalismo primitivo ¿no?: ya todos los mercados territoriales han sido dominados, entonces ahora construimos un tipo nuevo de mercado mundial, allá arriba, en el *cyber* espacio, sin fronteras, con leyes inciertas; una nueva forma de hacer circular informaciones, mercancías, palabras, imágenes, sonidos. Me parece que las intervenciones, digamos, ilegales hacen ver con más claridad las características de los nuevos medios. Toda la discusión sobre bajar música o películas o bajar textos. En todo caso la ley no termina de alcanzarlos. Los usos van mas rápido. A mí me pasó una cosa muy divertida que me ayudó a vislumbrar

el asunto. Hace un par de años me llamaron de la universidad porque alguien, un hacker, había entrado en mi dirección electrónica; entonces tuve que ir al Computer Center de la universidad, y en una oficina había un muchacho, un experto que asocié inmediatamente –con mi manera arcaica de ver el mundo– con un detective. Era un joven negro, con unos anteojitos redondos, el cráneo rapado, muy tranquilo, muy distendido, parecía el nieto de un detective de Chester Himes, y empezó a rastrear al hacker en mi computadora. Era una semana de vacaciones, no había clases, estaba seguro de que el hacker era un estudiante avanzado de matemática o de física que estaba jugando un poco y quería conseguir gratis algún pasaje de avión o entrar en alguna cuenta de banco y mover un poco de plata; no se podía saber pero, para eso, primero tenía que instalarse en una dirección electrónica legal, digamos, y desde esa base filtrarse en la red y entrar en otros sitios, el aeropuerto de Newark o el centro de reserva de localidades de un estadio, algo así. El hacker había inventado una fórmula para abrir los passwords, un sistema de cálculos con números y letras. Y el detective, digamos, lo perseguía y le cambiaba el código; pero el hacker volvía a descifrar la clave. Incluso el detective decía que muy probablemente el hacker se estaba moviendo de un lugar a otro, con una portátil, para no ser localizado. El *cyber-Marlowe* lo perseguía y me iba diciendo “se fue de la zona, cambió de lugar”... Era como una novela policial del espacio ¿no?, el detective sin moverse de la computadora, perseguía al hacker por la red.

LB: ¿Y lo encontraron? (risas)

RP: Estuvo como una hora, hasta que pudo neutralizarlo, pero nunca se supo quién era. Por lo menos me liberó a mí de la presencia de un doble en mi propio correo electrónico...

LB: Estaba pensando justamente en tu libro, cuando describís la figura del detective, como una figura marginal, que va por los costados y que puede comprender lo por venir en función de una sensibilidad que proviene de habitar los márgenes. Y ahora tenemos este tipo de personajes informáticos que ya no están en los márgenes sino que están en el centro y en el corazón mismo del sistema... El detective informático sería una pieza clave de la producción capitalista contemporánea.

RP: Bueno, hoy leí en el diario que el ejército popular chino entró en el sistema de computadoras del Pentágono... ¿Qué tal? La larga marcha de Mao, acelerada, desmaterializada. Los jóvenes técnicos del ejército chino lanzaron una especie de invasión informática en el interior del Pentágono. Ese es el universo que narra muy bien William Gibson. Novelas policiales en el mundo virtual, con el pesquisa y el falsificador que navegan en la red. Estamos en el jardín de senderos que se bifurcan. Este año hicieron una reedición de homenaje al primer libro de Borges que se publicó en inglés, *Labyrinths*, que fue muy bien traducido por James Irby en los cincuenta, fue el libro de Borges que los escritores norteamericanos leyeron en su momento, y ahora al reeditarlo, porque se cumplieron cincuenta años, le pidieron el prólogo a William

Gibson. Un modo de reconocer la continuidad entre Borges y el *cyber*, entre los modos de narrar que usaba Borges y el mundo virtual. El detective es un modelo de lector de signos, de índices diversos, un lector en riesgo, que se mueve descifrando redes. Para contarles otra historia. Me acuerdo de una noche en San Francisco, fuimos a visitar a un detective privado. Una amiga lo había contratado años antes para que localizara a su madre, que la había dado en adopción. En los Estados Unidos al entregar un hijo en adopción la madre puede pedir que su identidad se mantenga en secreto. No hay manera legal de averiguar la identidad. Entonces esta amiga contrató un detective para que le encontrara a su madre. Y el detective la encontró y le dijo quién era y dónde vivía, pero al final la muchacha no se animó a ir a verla, pero quedó amiga del detective. Entonces una tarde fuimos a visitarlo, vivía en la calle Pine, en el barrio de las novelas de Hammett, y su oficina estaba llena de computadoras, tenía seis o siete, conectadas entre sí y con distintas redes y ya estaba trabajando con la web 2.0. Investigaba sin moverse de la computadora. O sea que el detective, igual que Dupin, sigue siendo básicamente un lector. El método de desciframiento de signos y de construcción del sentido que está implícito en la lectura de libros fue el modelo básico del saber del investigador de los enigmas sociales... Como si el lector funcionara también como un modelo del intelectual que va a la vida pública con sus modos de descifrar los signos y los indicios. Y eso no me parece que haya cambiado, más allá de los formatos de lectura. Porque la lectura me parece que siempre plantea un enigma, siempre hay un punto hermético.

LB: Sí, es la cuestión del hermeneuta. Esto vuelve a traer una nueva actualidad a viejas ciencias como la retórica, la hermenéutica... Respecto al rol del hermeneuta, digamos, para Borges exigía un azar y una incertidumbre ligada al tipo de desciframiento y a su relación con el signo ¿Hoy sigue siendo así esa relación con el azar y la incertidumbre, en el entorno del mundo tecnológico, o más bien ese contexto trae consigo una fuerte carga de determinación con el propio signo?

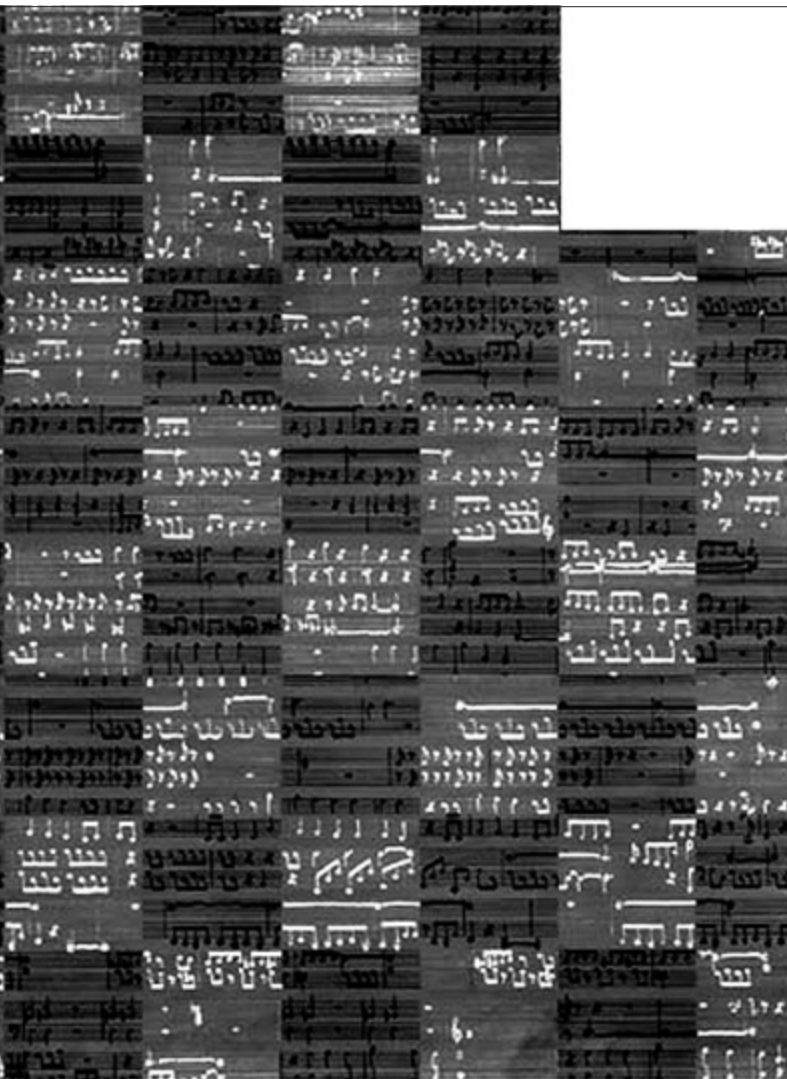
RP: Quizás. Me parece que sigue vigente la distinción que Chartier establece entre el texto y el modo de leer. El texto no implica ni decide la forma en que puede ser leído. En esa deriva se juega la experiencia de la lectura, cuando uno la analiza, en situaciones específicas, inmediatamente deja de ser una práctica neutra. En realidad, la lectura encierra siempre una situación de riesgo. El primer riesgo es el de perder el sentido; por eso el tema de la locura está tan asociado a la lectura. Perder el sentido en sentido literal. Creer demasiado en ese sentido leído es el otro riesgo que aparece muy narrado en la literatura. Y la otra cuestión que me parece que siempre aparece, es “contra qué lucha el que lee”, en tensión con qué contexto está el que lee. Y qué quiere decir leer mal.

LB: Es interesante, pues tanto los triunfos como los fracasos de las revoluciones solían ser atribuidos a una situación en que se leía mal un texto, o se leía un texto equivocado para la ingeniería revolucionaria...

RP: Sí, y me parece interesante plantear algo que sobrevuela esta conversa-

ción. Debray está haciendo una especie de reconstrucción de la influencia de los medios en la historia, una periodización a partir de los cambios técnicos, los medios definen el cambio de época. Y en un artículo que publicó hace poco en la *New Left Review* dice, entre otras cosas, que el socialismo está ligado a la cultura del libro. Parece una hipótesis interesante, al menos históri-

camente. Porque es evidente que las grandes tradiciones del marxismo, del socialismo, han estado siempre ligadas al mundo de la letra escrita, al libro, a los periódicos, a la lectura. Y la actualidad de los problemas que estamos discutiendo, me parece que está ligada también a la presencia y a la posibilidad del socialismo, si asociamos un concepto a otro...



Apertura de salas

Audioteca-mEDIATECA
Gustavo "Cuchi" Leguizamón

Repositorio de materiales especiales
Juan Carlos Paz

Más de 100.000 partituras ya se encuentran disponibles para la consulta pública en el tercer piso de la Biblioteca Nacional.

Programa Inventario de Partituras 2007

Entrevista

Daniel Link: “El libro sigue siendo más poderoso y más inclusivo”

Por María Pia López y Sebastián Scolnik

Daniel Link ha experimentado, tanto en su escritura como en la construcción de un espacio comunicativo-digital, la relación entre las alteraciones técnicas y sus efectos en el campo social y político. En sus textos aparece de forma novedosa una trama que va de la ficción a la crítica, impregnada por los modos en que las tecnologías afectan las dimensiones cotidianas de la ciudad. Sus afirmaciones en esta charla buscan pensar una complejidad que no se deja reducir en los términos pesimismo y optimismo, valorando lo “interesante y siniestro a la vez” que presenta el devenir técnico. Link advierte la presencia de una potencia de lectura inédita en la red digital que posibilita la intervención inmediata del lector. Sin embargo, no deja de contrapesar sus efectos democratizadores con la forma en que estas invenciones se pliegan a la reproducción capitalista, su lógica empresarial y propietaria. No se trata de posiciones excluyentes: la “amabilidad del libro” que sustenta un tipo de uso que no se puede dar en la pantalla, se compone con recorrido que se abre a partir de la constitución de la “comunidad de lectores” que conforman los blogs para conformar un espacio libertario que es necesario resguardar de sus banalidades y sus declinaciones mercantiles.

La Biblioteca: El tema que anima este número de la revista expresa una preocupación creciente: la compleja relación entre lectura y tecnología. Este problema ha sido bastante discutido en los últimos tiempos—donde se han formado campos de adherentes y detractores— pero, independientemente de ello, para las bibliotecas reaparece una y otra vez como pregunta inquieta. Nos interesa mucho tu percepción por varias razones. Por un lado, por tu experiencia en los suplementos culturales que de algún modo registran —para bien o para mal— los modos de lectura de cada época; y por otro, porque en tus novelas das cuenta del tipo de modificaciones que sufre la sociabilidad ante la presencia de innovaciones técnicas que alteran las rutinas...

Daniel Link: A ver, por dónde empezar.

LB: En la reciente discusión surgida a partir de la novela de Sergio Di Nucci —*Bolivia construcciones*— apareció el problema del autor, pero yo empezaría por otro lugar antes de llegar allí: la condición del lector. ¿Vos pensás que hay un nuevo lector, con el desarrollo de nuevas tecnologías comunicacionales? ¿Qué lector imaginás cuando estás escribiendo?

DL: Básicamente lo que puedo exponer son suposiciones, porque es difícil hablar de algo que está sucediendo de manera magmática y amorfa, que puede tener esta dirección o puede tener otra. Pero en términos de suposiciones, pienso que las modificaciones técnicas producen modificaciones en otros órdenes y registros, en lo político, en lo social, y esto afecta tanto al autor como al lector.

Yo creo que, por un lado, hay una potencia de la lectura. Esto lo he sostenido en mis libros: me parece que la cultura electrónica, en contra de lo que parecería a primera vista, no es tan audiovisual como los medios masivos sino que es más letrada; las claves, los comandos, los nombres de usuario, hay toda una serie de dispositivos que, me parece, tienen más que ver con la letra escrita, lo que genera una recuperación de un campo que en algún momento se imaginó como crítico. De todos modos, obviamente, esto sucede para los lectores que están entrenados en la lectura digital.

A mí no me gusta usar mucho las categorías como “hipertexto”, porque me parece que son palabras un poco huecas y que en algún punto dicen lo mismo que se podía decir antes con palabras menos sofisticadas. Pero en todo caso, la gente entrenada en los nuevos textos, que están organizados de acuerdo con rupturas y saltos, van necesariamente a desarrollar competencias distintas a las de los lectores lineales, como por ejemplo los lectores de la novela *En busca del tiempo perdido*. Me parece que muchas veces lo que pasa es que esa lectura fragmentaria es al mismo tiempo una lectura —por la misma condición de las nuevas tecnologías, de Internet, de la comunicación *on line*—, que le permite al lector una intervención

Yo creo que, por un lado, hay una potencia de la lectura. Esto lo he sostenido en mis libros: me parece que la cultura electrónica, en contra de lo que parecería a primera vista, no es tan audiovisual como los medios masivos sino que es más letrada; las claves, los comandos, los nombres de usuario, hay toda una serie de dispositivos que, me parece, tienen más que ver con la letra escrita, lo que genera una recuperación de un campo que en algún momento se imaginó como crítico.

inmediata y directa, muchas veces reflexiva y otras salvaje. Tiene sus pro y sus contra. Como escritor de ensayos, de notas, incluso como periodista que publica algo en la red, no tengo ganas de andar complicándome la vida contestando cosas que me parece que no merecen respuesta. Tampoco me parece mal que la gente las ponga...

Es complejo, pero lo que sí podría decir, es que esta idea de la lectura

Que la gente lea menos porque tiene Internet es también un lugar común que no está nada demostrado. De hecho, en general, la competencia se establece antes entre el tiempo de conexión a Internet versus tiempo frente al televisor: la gente que pasa mucho tiempo en Internet no es que dejó de leer para eso, sino que dejó de estar frente a la televisión.

más fragmentaria es una lectura más salvaje, de intervención inmediata. En general, la gente que puede llegar a leer las cosas que publico por Internet es gente que tiene un cierto interés por el campo de las humanidades, de lo social pero, a

veces, suele pasar que dije alguna huevada sobre algún programa de televisión y recibo insultos de todo el mundo, incluso tres años después del momento en que lo dije. Es algo atractivo, al mismo tiempo que irreflexivo, porque la gente responde a veces desde lo emotivo.

Yo no soy pesimista en cuanto a las nuevas tecnologías, pero tampoco soy optimista. Cada cosa tiene su costado interesante y también su costado siniestro, y eso te obliga a pensar, a ver qué encontrar de bueno en esto y desarrollarlo y ver qué hay de malo para tratar de que no se desarrolle, de corregirlo... En general, tengo la idea –por lo menos hasta ahora– que las nuevas tecnologías tienen más cosas positivas que negativas. Pese a que me parezca un universo siniestro también, puesto que es un mundo ligado a la inversión y al capital.

Pasan un montón de cosas en torno a las nuevas tecnologías que obligan a tener cierto cuidado. Pero hasta ahora, lo que observo es eso: me parece democratizador en algún aspecto, en ciertas operaciones que tienen que ver con la lectura, con el poder sobre el sentido. No sé si la metáfora es válida porque no la pensé nunca, pero en algún sentido tienen la inmediatez de lo que sucede en lo espectacular, en el teatro: uno escribe un texto, una novela o un ensayo, lo publica, sale en algún lado y a lo mejor alguien lo lee y te lo comenta, pero en cambio cuando se trata de estos otros medios, enseguida se lee y se comenta, con razón o sin razón, a veces de una manera agobiante...

LB: Algunos piensan que las nuevas generaciones han perdido el hábito de la lectura a partir de la emergencia del mundo “conectivo-digital” y con esa “pérdida” lo que se daría sería una suerte de crisis de la idea misma de democracia que suponía un lector moderno, una relación específica con la conciencia. Un mundo proliferante de signos en la red, como el que vivimos actualmente, amenazaría ese tipo de relación entre conciencia, libros, democracia, conversación, y con ello, las sensibilidades modernas...

DL: Me parece completamente incierto eso. Basta pensar que el nazismo fue pre-televisivo. Antes de la cultura de masas, con la cultura del libro, de Heidegger, de la alta filosofía alemana, sucedieron las peores catástrofes de la humanidad. De modo que, primero, no me parece que la cultura del libro haya sido democrática *per se*: hubo imperios, esclavitud, todo el período colonial en América Latina, Roca... ¿eso

no estaba ligado a la cultura del libro? Me parece que hay que cuestionar un poco el carácter democratizador de la cultura libresca. Es cierto que la escolarización en países como el nuestro ha significado mucho para varias generaciones de personas, gente –uno mismo– que carece de respaldo que no sea lo que pudo leer en la escuela o ver en la televisión. Porque la televisión te puede no enseñar nada pero también te puede partir la cabeza. Y si te parte bien la cabeza, en el momento exacto y en la dirección exacta, no es poco. Eso en cuanto a la cultura letrada.

Luego, que la gente lea menos porque tiene Internet es también un lugar común que no está nada demostrado. De hecho, en general, la competencia se establece antes entre el tiempo de conexión a Internet versus tiempo frente al televisor: la gente que pasa mucho tiempo en Internet no es que dejó de leer para eso, sino que dejó de estar frente a la televisión. Y en ese punto yo aplaudo. O que mira televisión de otra manera: gente que navega por Internet y que en lugar de ver a Tinelli entero, va viendo los pedacitos que suben a *YouTube*, y entonces en quince minutos liquida la pesadilla que es “Bailando por un sueño”. Eso es una ganancia.

Y en tercer término, siempre se trata de contenidos, me parece, porque la gente puede haber leído mucho y siempre basura. Basura en el sentido político e ideológico. Hay teorías expresadas en los libros que no son para nada democratizantes. Con lo cual, volvemos a lo de antes. Me importa a lo que la gente puede acceder, y es cierto que en Internet podés acceder a cualquier cosa. Esta es la ventaja que yo le encuentro con respecto a los medios masivos de comunicación, que tienen una oferta extremadamente dirigida de la cual no

podés zafar. Basta que tenga acceso a Internet, puedo acceder a cualquier programa, cualquier libro, etc. Entonces, con que una sociedad tenga asegurada la conectividad del conjunto –y de las escuelas, como se planteó veinte años atrás pero que nunca se pudo hacer porque los radicales se robaron la plata. Si eso se hubiese cumplido, el carácter democrático de la tecnología estaría satisfecho y no sería patrimonio solamente de las personas que pueden tener banda ancha en su casa.

LB: El problema surge con los criterios de legitimación de las obras; porque uno está acostumbrado, al menos en nuestra generación, a que el libro pase por sistemas valorativos determinados, por campos interpretativos... En esto que decís, que en Internet aparece cualquier cosa, tanto democrática como antidemocrática, se están instaurando criterios de legitimación que todavía no sabemos en qué consisten.

DL: Sí, lo que importa es efectivamente alfabetizar no tanto en términos de uso de las tecnologías, porque eso no requiere gran criterio, sino en términos precisamente de la discriminación: que la persona sepa navegar, sepa leer, sepa comprender que lo que está leyendo merece mayor o menor respeto, ahí es donde me parece que se debe intervenir institucionalmente para generar una cierta desconfianza crítica. Una relación acrítica con los contenidos que uno puede encontrar en la red es una relación boba.

De todos modos no quisiera que se sospechara que desprecio al libro como objeto, porque publico libros y porque me parece que el libro sigue siendo más dúctil como herramienta

de conocimiento que la tecnología, precisamente por su operabilidad. Yo tengo un libro y lo llevo a todos lados y leo mientras tengo luz de día o una vela, mientras que para la lectura digital necesitás una conexión a Internet, electricidad, etc. No tiene transportabilidad. Al libro, me parece, no hay con qué darle. El único problema es el de su almacenamiento y ahí me parece que hay que establecer criterios sobre qué se publica y qué no, porque sino ya no se van a poder almacenar, y aparece todo el tema de los recursos no renovables y todo lo que ya sabemos.

LB: ¿Pero lo ves como una diferencia de soportes nada más? Pensaba en *Monserrat* y el pasaje de la escritura de libro a la del *blog*, ¿es sólo un cambio de soporte?

DL: No, yo creo que no. *Monserrat* fue escrito y pensado como una novela desde el comienzo. Y publicada de acuerdo con un método que para mí significaba investigar el folletín ¿Cómo

Para mí el periodismo ha muerto desde que existe Internet. No tiene ningún sentido ejercer crítica periodística en un medio, salvo para ganarse un sueldo, si podés hacerlo desde Internet. Eso es claro, pero no es así con la literatura. El libro sigue siendo más poderoso y más inclusivo. Ahí el libro no es competencia.

era publicar un folletín, de entrega semanal? Por supuesto que no lo podía hacer, pero mi idea era ésa: una novela por entrega para ver cómo funcionaba. Y sucedía que ahí se daba un pequeño dis-

turbio en relación con lo verdadero y con lo ficcional. Sucedió que muchos amigos me llamaban por teléfono después de leer que la gata tenía un problema... me decían: “leí en tu *blog* que estaba mal tu gata...”. Bueno, no hay que creer todo lo que se lee, les decía.

Lo interesante era lo que pasaba en el momento; la gente iba leyendo y creía que era todo cierto.

No es sólo una diferencia de soportes. Es una diferencia también en esos términos: qué se lee como verdadero, qué como ficcional, cuál es el alcance que puede tener una publicación, qué gusta más y qué no... a la gente no le gusta tener ensayos largos, no le gusta que uno exponga teorías, cosas abstractas, le gusta más la cosa cotidiana. Y yo entiendo eso, porque en algún sentido hay una cuestión de pérdida: existe la idea de que uno puede leer todo, lo que escribe cualquiera; que no hay diferencia entre lo privado y lo público, todo eso da algún vértigo. De modo que, en ese sentido, la gente, el público, los lectores, necesitan aferrarse a algo concreto. Puede ser verdadero o no pero que sea concreto.

La ventaja que le veo al libro, entonces, es la amabilidad —se deja transportar, se deja leer, subrayar—; se teje una relación que no se da con las pantallas. Para mí el libro sigue siendo la mejor compañía, pero lo otro me resulta fascinante. Hay muchas cosas detestables, claro, el libro electrónico por algo no funciona, el archivo PDF es detestable, etc.

LB: Pero, me da la sensación de que vos estás usando el libro, el formato libro, también para pensar formas comunicacionales de otro mundo cultural. Lo que hiciste en los años 90 con el contestador telefónico o con las conversaciones, me parece que tenía algo de eso, que consistía en poner en un formato muy clásico de la modernidad, aquel en que se ha pensado su cultura, en diálogo con otras cosas que siempre fueron vistas como ajenas, hasta incompatibles.

DL: Quizás soy demasiado viejo para comprender las cosas de otro modo. Para mí el periodismo ha muerto desde que existe Internet. No tiene ningún sentido ejercer crítica periodística en un medio, salvo para ganarse un sueldo, si podés hacerlo desde Internet. Eso es claro, pero no es así con la literatura. El libro sigue siendo más poderoso y más inclusivo. Ahí el libro no es competencia. Salvo, sí, en tiempos de lectura, de alfabetización, que son términos estrictamente pedagógicos.

En el momento en que tuve un contestador me interesó reflexionar sobre la forma contestador –esos aparatos negros cuadrados y grandes que hoy los jóvenes no conocen, y que grababan los mensajes en cintas. El libro puede contener eso... no se me ocurre otro formato, tal vez el cine, pero el cine me parece una porquería, el cine murió. Si comparamos cine y literatura, la literatura, pobrecita, ha sido abofeteada mil veces y, sin embargo, sigue ahí. Deleuze decía: el cine muere por su mediocridad cuantitativa. Puede haber una película interesante, pero hay tres millones que son basura, basura peligrosa, fascista, cínica e indigna.

Yo soy bastante tolerante, convivo con personas que no son letradas, por lo tanto estoy acostumbrado a consumir chatarra y no me molesta, pero hay puntos en donde me pongo rigurosamente como comisario y digo: “no, acá Tinelli no se ve, no quiero que mis gatas escuchen a Tinelli”; y con el cine me pasa también eso.

LB: Parece que los libros hubieran sido también confiscados por una forma de circulación, de creación de mercados culturales, en la cual los suplementos culturales juegan un rol decisivo a la hora de promover

cierto tipo de lecturas. Es como si la voracidad mercantil, alimentada por la velocidad, también hubiese acaparado la tradición de la lectura, generando modas y estereotipos, incluso respecto a las lecturas críticas.

DL: Respecto a los suplementos culturales y el periodismo cultural, me parece que este es un momento bastante bajo en Argentina... De todos modos, ahí también debemos separar las aguas. Porque una cosa es un libro, un proceso estético, una manera de pensar la literatura y el arte, asociado con intereses políticos y corporativos de los medios, y otra cosa es cuando eso viene asociado con el interés que pueda llegar a tener en una comunidad imaginada de lectores de *blog*, por ejemplo.

En mi caso particular, *Montserrat* fue el libro que menos críticas tuvo en los medios de comunicación... quedó restringido en un universo, el del *blog*. A mí no me molesta porque el libro encuentra ahí su horizonte, su modo de ser leído. Como texto de contratapa le puse la frase de un chico que me había escrito una vez al *blog* criticando una cosa que yo decía y que me pareció interesante. Es decir, todo esto no tiene la misma agenda que la de los medios, que es una agenda horripilante, sobre todo por lo aburrida; no tiene debate alguno.

El tema con Di Nucci es distinto, apareció en Internet y mucho después se le ocurrió a *Radar* hacer unas notas, y después a otra revista, pero mucho después... Si tenés un suplemento de cultura, hazlo en el momento. Más que autores y procesos de escritura, lo que se promueven son las agendas editoriales y sus catálogos. Ni siquiera se promueve el catálogo de Eloísa Cartonera. Están sujetos a las normas imperiales de la lectura. Eso lo conozco bastante

te. Esto uno lo puede recorrer con un poco de ironía, de malhumor o puede hacerse el tarado, pero me parece que es un problema que nadie quiere resolver, sobre todo si se trata de un diario tan respetable como *La Nación*, que terminó en ADN. ¿ADN?! ¿Qué es eso del código genético? ¡Un siglo de discusión de teoría antropológica sobre las relaciones entre naturaleza y cultura se resuelve en una reunión de cinco minutos en la que una señora propone semejante dislate! Optaron por una especie de síntesis absurda. Es muy raro y difícil de entender. Porque uno puede tener una posición anticapitalista, pero los medios no pueden tenerla. Pero sí deploro a la literatura que responde a las agendas de los suplementos o de los grandes grupos, como también deploro las agendas del snobismo, la respuesta impuesta por alguna norma que viene desde afuera de lo que puede llegar a ser la propia experiencia. En ese punto, no es exactamente igual cómo funciona un medio masivo que los nuevos medios electrónicos.

LB: Es como si los medios llegaran más tarde que el resto a tematizar algo, como si fueran hacia cosas que ya están afirmando los prestigios ya adquiridos. Por un lado, puede ser por la presión de las lógicas corporativas, pero por otro, me parece, también por desconocimiento o falta de preguntas.

DL: Insisto, no podría hablar de los medios en el mundo o de América Latina, pero, yendo a los medios de la ciudad, para mí hay una cosa en Buenos Aires que es muy irritante: la ilusión de que Buenos Aires puede generar aristocracia. Ahora bien, generar aristocracia significa generar políticas de salón. La

política de salón hace que uno no pueda hablar de nada, porque si digo que el libro de tal no me gustó, no me van a invitar más a la fiesta. Yo por lo general trato de hacer críticas puntuales. Leo tal libro, y si es de un amigo mío le digo qué me gustó y qué no, y luego hago público eso mismo. Me parece muy estéril la idea de que está todo bien y de que nadie se pelea con nadie.

¿Y por qué no se puede sostener una discusión pública? Si todo el mundo piensa en contra mía, el que va a quedar mal soy yo, que no tengo un partido o un ejército que defienda mis posiciones. Me parece que en los debates intelectuales ocurre que uno sale solo y lo que dice, cuando tiene el valor de hacerlo, lo dice riesgosamente.

LB: Las corrientes que plantean la existencia de la red global como un instrumento democratizador y liberador, cuestionan mucho la idea de autor. Como si Internet viniera a socavar los fundamentos mismos de la forma en la que el autor estuvo ligado a la propiedad intelectual. Los debates que se dieron en el último tiempo, daría la sensación, estarían atravesados por esa discusión: la defensa de la propiedad intelectual y del autor, por un lado, o por el cuestionamiento a esa idea.

DL: No sé hasta qué punto vamos a poder salir del empastamiento de esa discusión. El otro día estaba buscando un texto de Borges porque necesitaba una cita, siempre que uno quiere parecer serio comienza una ponencia con una cita de Borges (risas), y me puse a ver en Internet: no hay nada de Borges, nada... Y vi que una señora escribió en una página que había pedido autorización a Kodama y a Emecé

para poder publicar una, “Las alarmas del Dr. Américo Castro” de Borges, y se la habían negado, incluso la había llamado el abogado de Kodama para decirle que de ninguna manera se le ocurriera ¿Cómo se le puede ocurrir a alguien pedir autorización para subir algo a Internet?

Lo del autor puede ser una moda foucaultiana, post estructuralista, habría que analizarlo; una idea, en todo caso, estética. Pero la cuestión jurídica, asociada a la figura del autor como dueño de las palabras, de las frases, es insostenible, es una idea muy miserable...

El problema es que la propiedad de las letras está asociada con la propiedad de la información, las patentes medicinales, a los programas tecnológicos y, en última instancia, ahí es donde te das cuenta de que la cuestión es grave... La idea de que la soja y los cereales pueden estar patentados, y que la persona a la cual le cae una semilla de soja transgénica de Cargill tiene que quemar su cosecha porque le pertenece a Cargill es espantosa... Esas cosas, equivalen a cobrar por la felicidad.

Pero volviendo al aspecto literario del asunto, está la idea de que uno cree que puede adueñarse de palabras. Y en cuanto a las palabras, en algunos casos, yo sí puedo reconocer “esto lo dije yo y me lo afanaron”, pero yo, ¿a quién se lo robé? Porque seguro se lo robé a alguien, quizá no estoy seguro, pero tampoco puedo garantizar no haberlo robado. Hay que ser cuidadosos, con las ideas, con los conceptos, hay que poner notas al pie en la medida en que uno puede. Pero a veces uno no se da cuenta, o uno se olvida. Pero me parece irritante la obsesión por la propiedad. Si me puedo volver millonario con lo que escribo, pinto,

con la música que hago, lo entendería un poco más. Pero la verdad que si me pierdo de vender cinco libros... y bueno, circuló más, la gente se enteró. La idea de *copyleft* está bien... Las editoriales patentan el diseño, patentan cosas absurdas, la tipografía... En este ámbito se expresan delirios de propiedad que en otras áreas sí son cuestiones más graves, importantes, como el área de las patentes medicinales.



Los límites de la circulación han desaparecido por completo, como lo demuestran las fotos de las torturas en Irak. Hay un componente libertario que forma parte de la lógica de Inter-

Daniel Link, por
Sebastián Freire

net. Tal vez se acabe ese componente, pero ahí es donde hay que intervenir para defender eso y que no se bloqueen esas posibilidades.

LB: El caso de Google es bastante paradójico, porque sería un ejemplo en el que la tecnología libre, digamos, tiene una declinación comercial: poner al servicio de la corporación el software libre disponible...

DL: Creo que la discusión pasa por eso, por el deseo de las corporaciones de eliminar lo que es el software libre, o los programas de código abierto, en función de que, precisamente, eso supone el libre uso y la libre disponibilidad de los programas, del software, en fin, de todo aquello que forma parte del abc de la cultura digital.

Lo que en todo caso hace a la grandeza de Google y todos los programas que funcionan con Google –que ya son como ciento cuarenta– tiene que ver con la facilidad de manejo, porque el problema siempre será la dificultad de los sistemas operativos... En ese punto soy un ignorante, pero creo que es ahí donde hay que luchar en contra de Windows, en el caso de las PC, y optar por Linux que es un sistema operativo de fuente abierta completamente libre, en el sentido de que uno puede rediseñarlo en función de sus propias necesidades, hacerlo andar como uno quiere... Aspiro, por lo general, a que las nuevas generaciones, que suelen tener una agilidad neurológica, o algo así que nosotros no tenemos, puedan hacerlo.

LB: En las bibliotecas de Unión Europea parece que empieza a regir una legislación en donde se cobra un euro por cada consulta...

DL: Bueno, eso existe también en muchas bibliotecas norteamericanas, y en revistas también. Es una especie de paranoia, un deseo de poder. Porque nadie dice cuál es el problema: dicen que si la gente no paga por lo que se baja, las compañías quiebran. Pero si les va mal, ¡que se dediquen a otra cosa! Si yo tengo una carnicería y me va mal, me pongo otro negocio. Siempre pongo como ejemplo a los traficantes de esclavos. ¡Me imagino a los negreros, en su momento, defendiendo la esclavitud porque si no sus compañías iban a quebrar! Es lo mismo.

La idea de autor tiene un costado desagradable, como una cosa farandulera. En fin. Como decía el maestro Foucault, para poner un poco de teoría a esta entrevista que está muy chata (risas): donde hay poder hay resistencia y, por tanto, donde hay resistencia hay poder. Y lo interesante es eso, ahí donde hay una resistencia es porque ahí se está ejerciendo alguna forma de poder; si a la gente se le ocurre resistir es por algo. Hay por un lado, un deseo fascista, paranoico: el de las corporaciones; y por otro lado, está el deseo democratizador y libertario de la gente.

Odio la pornografía, la detesto en términos de la configuración ideológica que de eso se puede deducir, aunque no creo que porque alguien se abstenga de consumirla esté libre de esas configuraciones. No creo que una persona que vea imágenes pornográficas se convierta necesariamente en una peor persona que alguien que no las ve. Cuando alguien quiere empezar por ese lado es porque en realidad lo que le importa es controlar el flujo de la información: el acceso a las bibliotecas, el acceso a las revistas y cosas por el estilo.

LB: Recién nombrabas el deseo de las corporaciones y el deseo libertario de los “usuarios” o “consumidores”, ¿en qué lugar pensás las políticas públicas en esta nueva configuración?

DL: Es complicado. Porque nosotros tenemos una imagen, diría althusseriana, del Estado que finalmente es clasista. Pero, esa imagen, significa que también podemos ocupar ese aparato y coparlo... El Estado debe garantizar la democratización y hacer una lista sobre qué es lo que garantiza la democratización. Lo que pasa

es que cuando se discuten estas cosas siempre se llaman a expertos de área: si se discute la ciudad se llama a los arquitectos... pero ideas sobre la ciudad las puede tener cualquiera. En ese punto me parece que una política estatal, una política de cultura, debería tener algunas variables decididas de antemano. Como la Argentina es un país que sale de una crisis para marchar hacia otra, ahora estamos contentos de que la gente no muera de hambre. Pero resta plantear, más allá de las discusiones de salón, verdaderos ejes de debate.

Préstamos Personales Nación Posgrados

Financiación para profesionales

**Línea de préstamos personales
creada para que los universitarios
se sigan capacitando en el país.**

- ▶ Para cubrir costos de matriculación, cuotas y gastos vinculados con el plan de estudios elegido. ▶ Hasta \$ 20.000.-
- ▶ Afectación de ingresos netos hasta el 25%. ▶ Plazos a elección: 12, 18, 24, 36 ó 48 meses. ▶ Cuotas iguales de capital e interés.
- ▶ Pago mensual por débito automático en caja de ahorros, cuenta corriente o tarjeta de crédito del Banco de la Nación Argentina.

0810 666 4444
Lunes a viernes de 8:00 a 20:00
www.bna.com.ar

 **BANCO DE LA
NACION ARGENTINA**

La pregunta por la lectura y el lenguaje

Las paralelas historias de la lectura, el lenguaje y las tecnologías permiten escribir la historia de un largo ciclo cultural. En ella, es tan impor-

tante el momento en que, en remotos monasterios, se pasó de la lectura en voz alta a la lectura silenciosa, como el momento en que el conocimiento se vio ligado a las mismas fórmulas de acumulación, registro y valorización que caracterizan la existencia del capitalismo. Es sabido que desde hace mucho tiempo diversas corrientes de pensamiento sugieren que en el terreno de los símbolos y de la imaginación se producen actos que redundan en las lógicas de diferenciación y dominio propias de las economías productivas, que realizaron la revolución moderna. El camino para juzgar este enorme acontecimiento afectó e invitó a la reflexión filosófica, literaria y ensayística a pensarlo bajo el desafío de tratar aquello que se ponía en peligro del acervo humano, y aquello que había que hacer para salvarlo. De ahí surge el dilema en torno al humanismo, sea para afirmarlo en la situación clásica de la preservación de una continuidad del hombre “como medida de todas las cosas” o de un desmantelamiento del sujeto —o del autor, o del lector— que siente las bases de una nueva crítica. En una conocida versión, ésta lo sería en la procura de un ámbito profundo de encuentro con las prácticas sumergidas del ser, no sin el sacrificio de las capas de historicidad progresista sucumbidas en nombre de una autenticidad finalmente develada del

pensamiento. La inevitable ambigüedad de esta situación está ligada durante toda la segunda mitad del siglo XX al nombre de Martin Heidegger y la discusión que introduce su obra en todos los ambientes culturales, discusión que aún no cesa. El lector de La Biblioteca tiene aquí una evidencia de los distintos puntos de vista en los que puede considerarse el tema del automatismo técnico y los distintos mundos de conciencia del sujeto clásico. Para José Pablo Feinmann es necesario advertir sobre el camino emprendido por un antihumanismo radical que funda un criticismo sin sujeto; para Noé Jitrik el acervo de la innovación técnica debe estar alerta frente a la creación de poderes corporativos expropiatorios de la subjetividad cabal; para Mempo Giardinelli las prácticas de lectura mantienen un poder restituyente en el seno mismo de las vastas modernizaciones tecnológicas y la vuelcan a un destino democratizador; para Alejandro Kaufman es posible señalar la realidad de las bibliotecas nacionales como sede inesperada pero inevitable de esta misma discusión que reelaboraría la idea misma de cultura del libro, y para María De Pauli es necesario adentrarse en el debate sobre las consecuencias que trae el “capitalismo cognitivo” en los usos del lenguaje y en toda práctica que lo incluya, que aún con perspectivas renovadoras, pueda verse conculcada por los manuales de procedimientos que, sin intervención de una herencia crítica, desglosarían la acción humana para adecuarla a una gestión del trabajo que lo desnutra de su raíz creadora, al mismo tiempo que destituya el lenguaje de sus legados activos.

Naturaleza, humanidad, cultura

Por Noé Jitrik

Las innovaciones tecnológicas contemporáneas modifican la relación entre lo posible y lo pensable. Tal es el dilema que advierte Noé Jitrik recorriendo los distintos umbrales técnicos, cuyas resonancias en el campo cultural no cesaron de producir, una y otra vez, conflictos en torno a formas de poder que dichas novedades traían consigo. Desde lo inmediatamente humano, el descubrimiento del lenguaje, el tiempo y la existencia del Otro, hasta la invención de los formatos digitales, las formas de existencia colectiva se vieron tensionadas por estos cambios. Una alteración que abandona tanto el carácter mágico del pensamiento primitivo, como el mecanicismo humano derivado de las ciencias de la modernidad. Una mutación que no reconoce fronteras y cuya tonalidad incierta es procesada bajo el signo de una imaginación ilimitada, capaz de plegarse a los intereses corporativos transnacionales que trastocan las sensibilidades del presente.

Cuando los seres humanos (¿cuál habrá sido el primero? pero si hubo un primero de inmediato debe haber habido seguidores) lograron pararse sobre sus pies, lo que se llama la posición erecta, desafiando las leyes de la gravedad y de la animalidad, descubrieron casi simultáneamente tres cosas muy útiles para ellos: los “otros”, el “lenguaje” y el “tiempo”.

Los “otros” permitían la asociación y, por lo tanto, la protección respecto de otros “otros”, también asociados, que podían ser amenazantes, quitarles el fuego, el agua, las mujeres, el alimento, etcétera, en otras palabras hicieron germinar la semilla de la cultura: se diría, entonces, que la cultura comienza ligada a la necesidad de protección y así sigue hasta hoy, la cultura protege. El “lenguaje” les dio la posibilidad de comunicarse, por cierto, pero también de pedir, de narrar y, por fin, de entenderse o entender en qué mundo estaban parados, en otras palabras pudieron concebir formas para la cultura porque empezaron a entender, igualmente, el lenguaje de mucho de lo que los rodeaba, la selva, el desierto, la montaña, el mar, los animales, los crujidos de la noche y el canto de los pájaros al amanecer. La percepción del “tiempo” les concedió la facultad de diferenciar entre la noche y el día, de ver el desgaste de las cosas y las personas y, en definitiva, de advertir que la muerte estaba al final de todo lo que los otros y el lenguaje les otorgaban; comprendieron que no había eternidad y, al mismo tiempo, que la deseaban, en vano por supuesto.

Observaron, probablemente, ya en este orden de la temporalidad, que el sol salía y se ponía y que, además, no cesaba en esa tarea, si hay algo que es regular es la salida del sol y su ocaso;

muy pronto debieron advertir que los sucesos de los días se organizaban un poco –había ayer, había hoy, había mañana– lo que les permitió advertir, con gran perspicacia, que los días no eran todos iguales; a veces había que abrigarse, a veces desnudarse, de pronto les salían hojas a los árboles y luego se caían: a alguien se le debe haber ocurrido medir esas variantes o altibajos como para prever algún acontecimiento, favorable o nefasto; nació, así, la idea del reloj, no de golpe por supuesto, deben haber transcurrido milenios antes de que se abriera paso esa brillante idea. Ese día, junto con el reloj, nació, es una osadía decirlo, la percepción aunque el reloj fuera un simple gotear de la arena o un trazado en una piedra que permitía discernir unidades de tiempo, eso que llamamos desde hace milenios las horas.

Un día, difícil es determinar cuál, alguien pensó que enrollando una cinta de metal

que se desenrollara limitada por cierto engranaje se podría medir el tiempo con más exactitud: nació la tecnología, aunque sin ese nombre y, con ella, el reloj moder-

no cuyas formas se fueron perfeccionando hasta los mágicos que manejamos ahora. La tecnología, por vía de la mecánica, se había puesto en escena y su producto cambió costumbres, incorporó un objeto nuevo, en suma transformó la cultura. ¿Generó también un poder?

La percepción del “tiempo” les concedió la facultad de diferenciar entre la noche y el día, de ver el desgaste de las cosas y las personas y, en definitiva, de advertir que la muerte estaba al final de todo lo que los otros y el lenguaje les otorgaban; comprendieron que no había eternidad y, al mismo tiempo, que la deseaban, en vano por supuesto.

Sobre la ganada capacidad de simbolizar empiezan el arte, que es representación, alteridad, lenguaje y suspensión del tiempo, y la religión, que reúne alteridad, lenguaje y tiempo, porque considera lo otro, se expresa y genera la esperanza de vencer al tiempo mediante un improbable, y nada tecnológico, más allá.

Poco a poco, los seres humanos crearon la representación: con barro hicieron figuras semejantes a las de ellos mismos y, por consecuencia, les nació la similitud pero, como también existía el movimiento, relacionaron los dos principios y se propusieron construir objetos parecidos a ellos pero no inertes;

la mecánica, cuyos alcances ya habían comprendido y aceptado cuando concibieron y aceptaron la rueda, les ayudó, y también los niños que querían tener juguetes comprensibles pero movedizos.

La tecnología, de este modo, fue altruística en su nacimiento, ayudó a dar un poco de alegría a los seres humanos, al mismo tiempo que podían entender lo que podían esperar al cabo de cada unidad de tiempo, medible y cuantificable; se entretenían, mejoraban su existencia mediante objetos que salían de sus manos y que ayudaban en diversos órdenes de la vida, comer mejor, tener mejores techos, ropa más abrigada, transporte por fin, más adecuado para huir o atacar, por no mencionar los instrumentos de defensa y de labranza.

La conclusión es obvia: la cultura, en términos antropológicos, se fue consolidando hasta el punto que, al poseer todos esos medios básicos para la vida, los seres humanos pudieron categorizar, conceptualizar, simbolizar, en suma acercarse a dimensiones que trascendían lo rudamente inmediato. Lo cual quizás no les alegró pero, sea como fuere, eso no les impidió seguir-las buscando infatigablemente.

Sobre esta red y estas posibilidades los comportamientos adquieren su sentido y generan normas y tradiciones que van ordenando y singularizando a las sociedades. La cultura sería, por lo tanto, la suma de comportamientos posibles en todos los órdenes de la vida social, un ancho campo que se modifica permanentemente y recibe los más variados estímulos. Sobre la ganada capacidad de simbolizar empiezan el arte, que es representación, alteridad, lenguaje y suspensión del tiempo, y la religión, que reúne alteridad, lenguaje y tiempo, porque considera lo otro, se expresa y genera la esperanza de vencer al tiempo mediante un improbable, y nada tecnológico, más allá.

Pero hay que hacer una aclaración: la mano, que servía inicialmente sólo para agarrar o para defenderse instintivamente, despertó de su rudeza, descubrió sus posibilidades y, por consecuencia, se hizo hábil pero para lo inmediato, para satisfacer la necesidad, para manejar la materia que, poco a poco, fue siendo múltiples materias; la mano abrió el camino a la artesanía de una vez para siempre; el ser humano logró, entonces, un hacer cada vez más rico y en esa instancia, sin darse cuenta, descubrió el imaginario como fuente que proveía de las preguntas que empezaron a presentarse a raudales; capaz de responder mediante acciones, halló ese magnífico complemento de la comunicación, y de la lucha contra el tiempo, que fue la escritura: sin la mano la escritura no habría sido posible, ni que decirlo.

El imaginario no se quedó tranquilo y bastante más tarde se le despertó una inquietud: así como había sido con el reloj y la rueda y la rueca, ¿no sería posible crear mecanismos para realizar funciones o tareas que la mano por sí sola no podía ejecutar?

En el siglo XIV o XV la magia proveía de esas soluciones; de ahí sale el Golem, ser de barro creado para servir, que se pone en movimiento cuando ciertas palabras son pronunciadas, pero poco después alguien como Leonardo da Vinci se pone a inventar aparatos de lo más variados, aplicando conocimientos que todavía no son “científicos” y que actúan sobre embriones de imágenes y permiten pensar no sólo en volar, lo más sabido, como los pájaros, sino también en muchas otras cosas más. Leonardo no fue el único: el modesto pero heroico Bernardo de Balbuena, en un poema épico escrito a comienzos del siglo XVII, concibe, ayudado por un benévolo mago de ficción, un aparato que hace un viaje por aire desde Europa a América pasando por todo el mundo conocido; Alonso de Ercilla, en la *Araucana*, imagina lo mismo. Eso es ya, en una etapa superior a la del reloj, la tentación o el deseo o la ilusión de la tecnología, aunque no lleve ese nombre: lograr objetos que desempeñen funciones que ni el cuerpo ni sus manos podrían llegar a desempeñar. ¿Es de extrañar que poco después brote la idea de un ser mecánico que, por ejemplo, juegue al ajedrez? Es claro que el primer jugador mecánico de ajedrez fue una farsa que engañó por un momento a un monarca ingenuo pero la idea quedó y poco a poco el mundo empezó a poblarse de autómatas que hacían cosas; eso es ya la protorrobótica como una dimensión que se abrió a múltiples fantasías muy temprano, a mediados del siglo XVIII, y no paró hasta ser, precisamente, robótica.

Sin que este relato pretenda ser una historia de la tecnología, de alguna manera lo insinúa: debe haber tomado forma a los saltos, a medida que la

relación entre conocimiento científico –que proporciona fundamentos– e imaginario pisaba más firme; esas formas –pensemos nomás en las potencialidades del vapor– fueron modificando la cultura aunque más no fuera porque favorecían la comunicación: si en la Edad Media dos aldeas a cinco kilómetros de distancia una de otra tenían dialectos diferentes y se ignoraban, con los caminos, con el tren posteriormente, con el correo, con los restantes adelantos, empezaron a vincularse y necesitaron, por comenzar, un idioma común, no es preciso señalar la relación que tiene la lengua con la cultura; luego modos de vida, métodos de elaboración aprendidos o informados, es tan vertiginoso el razonamiento que no parece posible llevarlo a cabo.

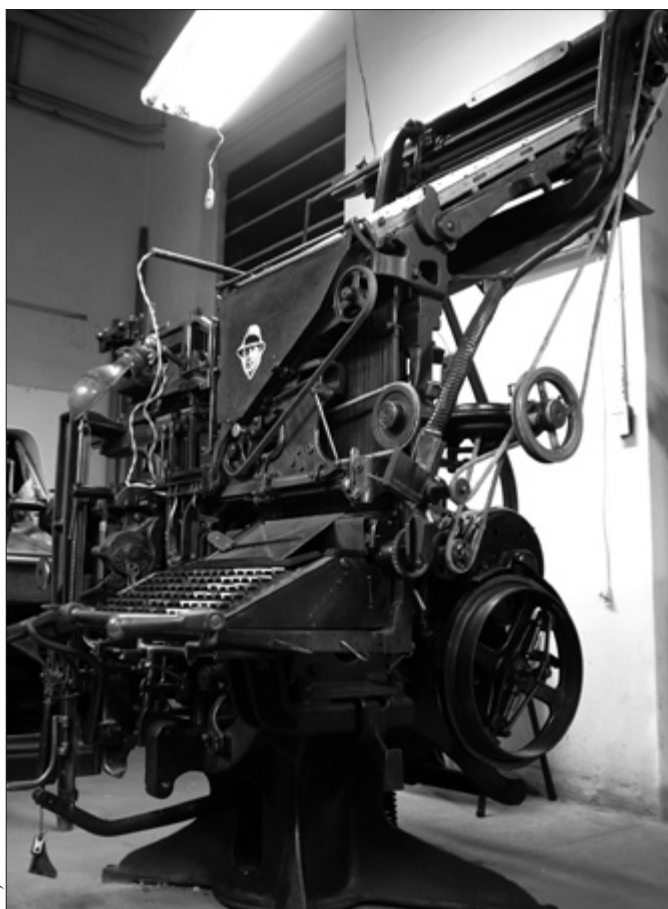
A partir del siglo XV la tecnología progresa geométricamente y si en sus comienzos el capitalismo europeo tenía como fundamento el intercambio y la promesa portuaria –Marco Polo encarna las dos vertientes–, luego la descubre con alborozo, sostenido por las triunfantes doctrinas fisiocráticas, que permiten relacionar riqueza como objetivo con dominio gradual y transformación de la naturaleza en bienes y dinero, naturalmente con explotación del hombre por el hombre.

Aunque este aprovechamiento de la tecnología, en el servicio que en aquel momento presta –y que no terminará nunca de prestar–, complementario del que presta a la guerra y necesidades concomitantes (transporte, salud, comunicación) transforma la cultura, tiene antecedentes que sería fastidioso recordar. Con dos, de la mayor importancia, basta; el primero es la invención de la brújula; el segundo es la de la imprenta, en 1450; si aquella permite orientarse en el ancho mar ésta

modifica el lenguaje, que es el medio húmedo por el que navega la cultura, porque una cosa es la escritura manual y la oralidad y otra es la reproducción que obliga a fijar, a determinar: ¿es casual que pocas décadas después, al oscuro Antonio de Nebrija se le

lengua natural, crea nuevos lenguajes que realimentan la tecnología y abren a posibilidades de todo orden, científicas, vinculadas con la vida cotidiana, médicas, que cubren en efecto todo el espectro cultural que parece indiscernible de la cultura en la que vivimos.

En un principio la relación no era clara y tardaría en clarificarse; por eso, las respuestas que da esa embrionaria dimensión propusieron estructuras fantásticas, que tienen que ver más con la literatura que con la realidad, sueños que tardarán en materializarse. Sin embargo, en una escala menor y doméstica, las invenciones asombran pero sus sorprendentes alcances no son muy aceptados. En una escena de la película de Jacques Feyder, *La kermesse héroïque*, al ocupante español de Flandes le acercan, en una comida, un estuche que contiene un utensilio desconocido para los flamencos; es un tenedor con el cual el personaje pincha un trozo de carne, lo acerca y, antes de engullirlo, lo toma con la mano y se lo mete en la boca, en medio de la admiración de los restantes comensales lugareños, desconocedores de las más recientes invenciones: el humilde tenedor, que prolonga las funciones de la mano, también la imita —y ahí está la ocurrencia— e incide en los cambios de los modos de comer, cambia, en suma, una forma cultural tan importante, como que el universo gastronómico ha avanzado hasta terminar por tener su axiología y su lenguaje, todo ello indicativo de una estamentación cuya retórica define un estado cultural: si el comer es natural, los modos de hacerlo no lo son y para ejecutarlos las invenciones son continuas, los aparatos proliferan, se generan incessantemente en misteriosos lugares en



Alejandro Truant

haya ocurrido redactar y publicar una gramática de la lengua española que ayudó, indirectamente, a consolidar el poder de la monarquía española y le permitió dominar lingüística y físicamente los nuevos territorios descubiertos y conquistados? Situación semejante puede haberse producido cuando aparece la computación, en cuanto a modificación de lenguajes, tanto que, además de incidir en la

los que empeñosos tecnólogos están actuando un saber cuyos resultados nos educan o nos dominan.

Hay experiencias reveladoras, además de las observaciones sociológicas, de la incidencia tecnológica en la cultura en general y en determinados campos en particular. Si, por ejemplo, se puede componer música mediante programas de computación o ejecutar diseños que previamente dependían del exclusivo talento del artista, en literatura se puede ver que algo semejante ocurre. Cuando la computación apenas comenzaba, las procesadoras de textos recién llegadas imponían normas que los escritores debían respetar en la presentación de sus originales, lo cual incidía indudablemente en la escritura entendida como proceso complejo que tiene manifestación física; de ahí en adelante había que escribir ya no mirando el papel en blanco y la mano que intenta arrancarle su secreto —que eso es la escritura consciente de sí misma— sino un teclado y una pantalla cuyo vacío parpadeante exige del ojo otro orden de introspección. Para dar una idea de lo que estas nuevas condiciones de escritura podían acarrear es suficiente señalar que las frases largas comenzaban a estar bajo sospecha y que los capítulos de un texto no podían exceder determinados límites porque, de lo contrario, la máquina podría enloquecer y devorar todo lo escrito. ¿Quién no se ha visto constreñido por semejante amenaza?

Pero algo semejante había ocurrido con la máquina de escribir y, sin duda, cuando nació la imprenta para la cual, al menos, como condicionante, había que trazar previamente signos en el papel de manera clara, para que el tipógrafo pudiera hacer su tra-

bajo con menos pérdida de tiempo y, en consecuencia, con mayor rentabilidad para sostener la máquina y lo que podía producir. Cada uno de esos episodios tuvo consecuencias para la cultura letrada y, por consecuencia, para el imaginario humano en general: escribir de otra manera, por más espontáneamente que se llegue a hacerlo, determina las lecturas de las cuales sale la materia que alimenta el saber de una sociedad así como el inconsciente de los que la integran. Pero también, en reconocimiento al poder de tal imaginario, hay que señalar

que dichos avances siempre fueron admitidos, al principio quizás a la fuerza, y pronto transformados en beneficio de los poderes creadores del ser humano, hasta el punto que esas tecnologías fueron naturalizadas y nadie ya

piensa que la imprenta es limitativa, que la máquina de escribir condiciona, que la computadora empobrece. Así, pues, la tecnología se extralimita, se estira, ningún sueño permanece para ella en su cápsula; es como si sus practicantes, sensibles a los descubrimientos de la ciencia, hubieran llegado a la misma conclusión que Nietzsche pero sin la connotación religiosa o antirreligiosa que, en su desesperación, le dio: “Dios ha muerto, todo es posible”, pudo ser reformulada del siguiente modo: “la tecnología existe, todo es posible”. Un pensamiento como ése

(...) la tecnología se extralimita, se estira, ningún sueño permanece para ella en su cápsula; es como si sus practicantes, sensibles a los descubrimientos de la ciencia, hubieran llegado a la misma conclusión que Nietzsche pero sin la connotación religiosa o antirreligiosa que, en su desesperación, le dio: “Dios ha muerto, todo es posible”, pudo ser reformulada del siguiente modo: “la tecnología existe, todo es posible”.

cruza fronteras y, dotado de ese poder, deja de ser el Golem primitivo para procesarse a sí mismo en torno a la pregunta “por qué no”.

No es ninguna novedad reconocer que la tecnología está férreamente instalada en la cultura contemporánea; es más, ninguna sociedad que pretenda estar al margen de ella podría afrontar la brutal competencia que caracteriza la economía, la política y las guerras del mundo moderno. Está apoyada desde luego en la ciencia y en principio está ligada a la necesidad pero va mucho más allá: se ha convertido en modo de vida y, por lo tanto, en ideología, hasta tal punto que quien se niegue a ella corre el riesgo de quedar aplastado o devorado por una historia que camina a paso de gigante, cada día con nuevas creaciones, tan imprescindibles como, a veces, innecesarias pero que están en la base de una estructura económica imbatible, pero no porque no tenga fallas y no sea reemplazable sino porque está instalada en el inconsciente aun de quienes la combaten. ¿Quién puede vivir ahora sin la informática, quién puede prescindir de los extraordinarios avances de la cirugía, quién piensa en términos de formas culturales fuera de lo que proporcionan los centros de poder, en los que la tecnología es más fuerte que la ciencia y, ni que decir, del arte?

Lo que llamamos modernidad, o posmodernidad si se quiere, se aprovechó de la proliferación tecnológica que fue cubriendo todos los campos del quehacer social y humano, hasta generar una especie de filosofía que rechaza las unidades y proclama, para sustituirlas, el concepto de “cuerpo fragmentado”, cuya realidad es evidente en la medi-

cina y su cada vez mayor especialización: la parte convoca a y desarrolla un saber que necesita verificarse en los aparatos cada vez más sofisticados que son los que proporcionan, si logran hacerlo —o aproximándose cada vez más a la meta—, la verdad de esa parte. Sin la tecnología la especialización no sería posible y el diagnóstico impensable; con ella, el especialista se aleja de la especialización vecina y, naturalmente, del cuerpo entero, del ser humano en su totalidad.

Si bien los extraordinarios avances tecnológicos podrían ayudar a ciertas sociedades a salir del primitivismo y del riesgo de la extinción por falta de defensas y a mejorar sus condiciones de vida, traman una malla inexpugnable que determina valores, ordena comportamientos, remodela voluntades, crea los equívocos más angustiosos respecto no sólo de la relación entre humanidad y naturaleza sino la desesperante verificación de un futuro determinado por secretos poseedores de los recursos para generar instrumentos que ausentan cada vez más lo que de humano tiene el planeta. Y como esto al mismo tiempo acumula capital dando origen al gran hecho histórico de nuestra época, las enormes, anónimas y misteriosas empresas transnacionales, que lo ordenan todo y poseen la tecnología que además producen, desde nuestros gustos hasta nuestros sueños, la reflexión no puede ser de ningún modo simplista, lleva a una perplejidad que a unos desarma y a otros rebela.

CONVOCATORIAS Y CONCURSOS

CONCURSO DE NOVELA 2007: "Eugenio Cambaceres"

Después de la realización del certamen 2006, la Biblioteca Nacional, tal cual lo propusiera entre sus objetivos, renueva la convocatoria para este año. Esta vez, y a sugerencia de uno de los destacados jurados del año anterior, David Viñas, el concurso adoptará el nombre de Eugenio Cambaceres, punto de inflexión fundamental en el nacimiento de la novela contemporánea. En esta oportunidad, Josefina Ludmer, Matilde Sánchez y Luisa Valenzuela conformarán el nuevo jurado, encargado de elegir a las novelas ganadoras. Será Adriana Hidalgo Editora, nuevamente, quien publicará la novela ganadora del primer premio, como lo hiciera con *Madrugada negra* de Cristian Rodríguez según el fallo que se hiciera público en la Feria del Libro 2007. Los premios serán de \$ 12.000 al ganador y \$ 7.000 al segundo. Las bases podrán consultarse en www.bibnal.edu.ar o solicitarse a concursocambaceres@gmail.com. La apertura de recepción de obras se inició el 14 de setiembre y finaliza el 14 de diciembre de 2007, pudiendo remitirse las novelas personalmente de 14 a 19 horas, o por correo a Agüero 2502 – 1º piso (C1425EIB) Buenos Aires.

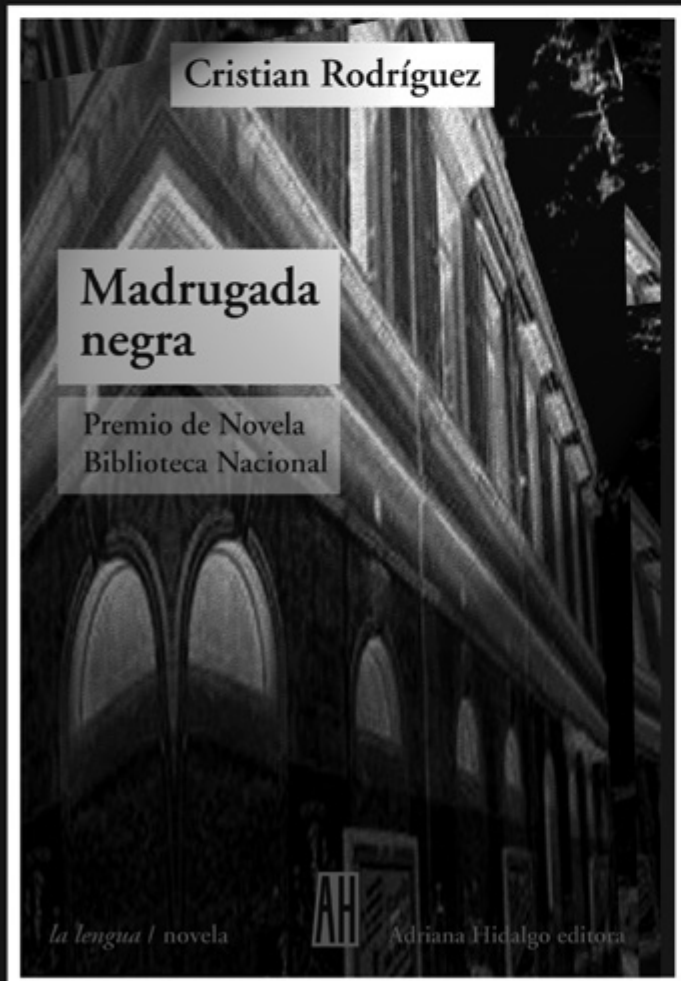
BECAS DE INVESTIGACIÓN

El jurado integrado por Susana Cella, Patricia Funes y Julio Vezub, en el marco del Concurso "Félix de Azara": becas de investigación sobre distintos modos de conocimiento del país durante el siglo XIX, ha seleccionado los siguientes proyectos para ser desarrollados con relación al patrimonio de la institución, y con la asignación estipulada en la convocatoria:

- Penhos, Marta Noemí. "Viajes al Río de la Plata: visión, conocimiento y dominio".
- Tell, Verónica. "Producción fotográfica de las últimas décadas del siglo XIX".
- Galeano, Diego Antonio. "La cultura escrita en la Policía de Buenos Aires".
- Navarro Floría, Pedro. "El conocimiento de los Territorios Nacionales generado por los agentes del Estado: memorias, informes y mapas".
- Podgorny, Irina. "El comercio de antigüedades y la sociabilidad científica en la Argentina 1870-1887: los casos de Guido Benatti y Gerónimo Lavagna".

Los proyectos seleccionados en el Concurso "Mariano Moreno": becas de investigación sobre publicaciones periódicas del siglo XIX en Argentina, para ser desarrollados con relación al patrimonio de la institución, y con la asignación estipulada en la convocatoria, son los siguientes:

- Lida, Miranda: "Orígenes del periodismo católico en Buenos Aires".
- Szir, Sandra: "Del periódico ilustrado a la lectura gráfica. Publicaciones ilustradas del siglo XIX en la Biblioteca Nacional".
- Cirio, Norberto Pablo: "Indización comentada en perspectiva antropológica de cuatro periódicos afroporteños: La igualdad (1873-1874), La Broma (1876-1882), La juventud (1877-1879) y El aspirante (1882)".
- Alfón, Fernando: "Las querellas en torno al idioma nacional en el periódico La Nación (1890-1900)".
- Garabedian, Marcelo: "España, los españoles y la Argentina a través de la mirada de El Correo Español (1872-1905)".



Heidegger y la técnica^(*)

Por José Pablo Feinmann

Cuando hablamos de la técnica hay un nombre ineludible: Martín Heidegger. El autor de *Ser y Tiempo* despliega una ontología en la que el “tecnocapitalismo” lleva al olvido del *ser*. José Pablo Feinmann desarrolla los distintos estadios, interrumpidos por su prolongado silencio, en los que el filósofo alemán desliza un viraje respecto a sus pasos iniciales: de una antropología existencial hacia un desplazamiento del sujeto como centro de la historia, el sujeto moderno que emerge de la formulación cartesiana por el conocimiento como fundamento de la existencia. La técnica como el campo en el que se realiza el dominio del *ser ahí* sobre el *ente*, y que lleva a la devastación conquistadora de la tierra y el mundo a través de su objetualización. El viraje hacia el antihumanismo heideggeriano, fundado en un pesimismo respecto al automatismo técnico y su racionalidad capitalista, es señalado por Feinmann, como causa del sombrío silencio frente al sometimiento del hombre que denunciaban Marx y Sartre.

Un antihumanismo que se encuentra presente en Nietzsche y es prolongado en las corrientes post-estructuralistas que –según el autor– en el capitalismo tardío se acoplan a las formas de sujeción del mercado como modo de vinculación de las existencias diversas.

Durante la segunda mitad de la década del 30, Heidegger habrá de dictar una serie de seminarios sobre Nietzsche. Estos textos fueron editados por la Editorial Destino y son dos tomos de no sorprendente riqueza. Para explicitar el “viraje” (KEHRE) de Heidegger habremos de partir de uno de sus párrafos. Es el que Heidegger titula *EL DOMINIO DEL SUJETO EN LA ÉPOCA MODERNA*. Puedo anticipar –para saber hacia dónde vamos– el carácter fundamental que tendrá el VIRAJE heideggeriano. Hay una salida de lo que me animaré a llamar el HUMANISMO de *SER Y TIEMPO*. El “hombre” ya no es el que “abre” la problemática del ser preguntándose por él. Recordemos que, en *SER Y TIEMPO*, era de la naturaleza del *Dasein* de donde se partía para encontrar la naturaleza del ser. Heidegger deja incompleta su obra de 1927. En la *CARTA SOBRE EL HUMANISMO*, de veinte años después, dirá que hizo tal cosa por “insuficiencia de lenguaje”. En verdad, creo que se trata de una sorpresa que se llevó el Maestro de Alemania: había hecho un texto humanista, había colocado al hombre en la centralidad, había mantenido el dualismo típico de las filosofías de la modernidad (sujeto-objeto) en el dualismo *Dasein*/entes distintos del *Dasein*. (Tal le reprocha la española Cristina Lafont, líder del “giro lingüístico”.) En suma, Heidegger no habría superado las filosofías trascendentales del sujeto. No habría superado a la conciencia fenomenológica husserliana cuya característica central es la de una conciencia que, al ser conciencia de mundo, establece una relación constituyente entre esa conciencia y el mundo. Heidegger habría permanecido en las redes del neokantismo husserliano. Voy a decirlo: todo eso que tanto me gusta a mí de *SER Y TIEMPO* (que sea una antropología existencial,

una apertura del ser que se produce DESDE el hombre) a Heidegger lo llena de espanto, suspende la obra y empieza a buscar por otro lado. Ese “otro lado” lo llama “viraje” y tiene una “víctima”. O, al menos, un ente definitivamente lateralizado del pensar sobre el ser: el hombre. ¿Cómo, entonces, no habría de volverse Heidegger contra el primero que centralizó al hombre en la modalidad de lo subjetivo, Descartes?

Ese trabajo se traza de un modo impecable en el párrafo que indicábamos del texto sobre Nietzsche.

También lo hace Heidegger en CAMINOS DE BOSQUE (en *LA ÉPOCA DE LA IMAGEN DEL MUNDO*) y en los pasajes finales del texto LA FRASE DE NIETZSCHE “DIOS HA MUERTO”. Y luego en cualquier otra parte donde sea necesario, ya que Heidegger no

se molestaba por repetirse. Nos concentramos, pues, en el trabajo sobre Descartes y la subjetividad moderna. Veamos cómo el hombre OLVIDA AL SER y se transforma en AMO DEL ENTE. Aquí, en este dominio que el *Dasein* ejerce sobre los entes, surge el tema de la *técnica*.

“Nos preguntamos (se pregunta Heidegger): ¿cómo se llega a una posición acentuada del ‘sujeto’? ¿De dónde surge este dominio de lo subjetivo que guía toda colectividad humana y toda comprensión del mundo en la época moderna?” (Heidegger, *NIETZSCHE*, Editorial Destino, Barcelona, 2000, p. 118). Apareció esa palabra maldita por toda la filosofía crecida a la sombra de Heidegger y en el aborre-

En suma, Heidegger no habría superado las filosofías trascendentales del sujeto. No habría superado a la conciencia fenomenológica husserliana cuya característica central es la de una conciencia que, al ser conciencia de mundo, establece una relación constituyente entre esa conciencia y el mundo. Heidegger habría permanecido en las redes del neokantismo husserliano.

cimiento de Sartre desde mediados de los sesenta: SUJETO. El pasmo de Heidegger, al suspender *SER Y TIEMPO*, era el de haberse deslizado a una filosofía trascendental, a una filosofía del sujeto: si el *Dasein* abría la posibilidad de la ontología del ser a partir de su propia ontología, ¿no era *SER Y TIEMPO* una filosofía del sujeto? Aquí está el Maestro de Alemania dispuesto a subsanar esas pestilencias humanistas de su opus magnum. Continúa diciendo que, hasta Descartes, “todo ente, en la medida en que es un ente, es com-

Heidegger va a ver en la consolidación del sujeto de la modernidad la consolidación del sujeto del tecnocapitalismo, no es casual que los franceses de izquierda adoptaran con tanto esmero a este Heidegger, no al de *SER Y TIEMPO*.

prendido como SUB-IECTUM. SUB-IECTUM es la traducción e interpretación latina del *HIPOKÉIMENON* griego y significa lo que subyace y está a la base (...).

Con Descartes y desde Descartes, el hombre, el ‘yo’ humano, se convierte en la metafísica de manera predominante en ‘sujeto’. ¿Cómo llega el hombre al papel de auténtico ‘sujeto’?” (*Ibid.*, p. 119). Heidegger, muy atinadamente, va a ver en todo este proceso el proceso de surgimiento del tecnocapitalismo. Heidegger va a ver en la consolidación del sujeto de la modernidad la consolidación del sujeto del tecnocapitalismo, no es casual que los franceses de izquierda adoptaran con tanto esmero a este Heidegger, no al de *SER Y TIEMPO*.

Sigamos con esa pregunta: ¿CÓMO LLEGA EL HOMBRE AL PAPEL DE AUTÉNTICO SUJETO? 1) Porque se libera de las ataduras de la teología medieval; 2) Porque se libera de Dios y se pone a sí mismo en la centralidad de la acción histórica. Esto es, para el hombre,

su LIBERTAD. Sigue Heidegger: “Si decimos, por ejemplo, radicalizando, que la nueva libertad consiste en que el hombre se da la ley a sí mismo, elige lo que es vinculante y se vincula a ello, hablamos ya en el lenguaje de Kant y acertamos, sin embargo, con lo esencial del comienzo de la época moderna, que conquista su figura histórica propia con una posición metafísica fundamental para la que la libertad se torna esencial de un modo peculiar” (*Ibid.*, p. 120). Ciertamente: este hombre de la modernidad, a partir de sí, se destina a someter lo ente. Heidegger explicita que esa libertad del sujeto moderno radica en “la liberación de la creencia en la revelación” (*Ibid.*, p. 120). Es el hombre el que ahora pone lo que es necesario y vinculante. Detengámonos en lo “vinculante”. Para la espesa Edad Media lo “vinculante” era Dios. Dios “vinculaba” todo lo existente. Está claro que si tiene que existir algo así como “lo que es”, o “todo lo que es”, o el “mundo”, cierta entidad tiene que vincular eso que está desperdigado por todas partes. Antes, lo que “vinculaba” la infinita maravilla de lo diverso era Dios. Ahora, a partir de la Modernidad, será el hombre. Muerto el “hombre”, luego de la *CARTA SOBRE EL HUMANISMO* y los posestructuralistas, los posmodernos y el fin de la Guerra Fría, será el “mercado”.

Sigue Heidegger: el hombre se vuelve “señor de las propias determinaciones esenciales de la humanidad” (*Ibid.*, p. 121). Se libera de una “certeza de salvación de tipo revelado” y asume una certeza “en la que el hombre pueda estar, por sí mismo, seguro de su determinación y de su tarea” (*Ibid.*, p. 121). Se produce, así (y atención a esto), el “aseguramiento de todas las capacidades de la humanidad en

dirección del incondicionado dominio de toda la tierra” (*Ibid.*, p. 121). ¿Qué era la VERDAD en *Qué es eso de filosofía?* ¿Qué relación establecía el hombre entre él y el ser del ente para establecer la VERDAD? La VERDAD jamás podía surgir como apropiación de lo ente. La verdad a la que la filosofía está acostumbrada (desde la época moderna) es la verdad como ADAEQUATIO. La adecuación entre un sujeto que constituye y un objeto que es constituido. La ADECUACIÓN de ambos es la VERDAD. En Heráclito y en Parménides, nos había dicho Heidegger, la VERDAD surgía de un estado de abierto. El hombre se abría a los entes. Y el ser (que no era ninguno de los entes, pero estaba en todos ellos, iluminándolos) respondía a ese genuino, auténtico, propio, “estado de abierto” y se “des-ocultaba” Así, la VERDAD era ALETHEIA. La verdad era DES-OCULTAMIENTO. La actitud presocrática era de asombro ante lo ente. Este asombro permitía una entrega que, lejos de toda dominación, era de apertura; esta apertura, a su vez, permitía el des-ocultamiento de lo ente. Esto suena a viejas historias acerca de un momento en que la plenitud se daba sobre la tierra, y los hombres y el ser no andaban demasiado desentendidos. No en vano Heidegger pondrá en Grecia el linaje de la Alemania nazi. Imaginemos al hombre capitalista (que el sujeto cartesiano expresa) en “estado de abierto” ante lo ente esperando el des-ocultamiento del ser. En efecto, Heidegger tiene razón: el hombre del tecnocapitalismo ha olvidado al ser. Ni siquiera creo que lo haya olvidado. Creo que el homo capitalista jamás pensó en el ser. No bien Descartes puso la CERTITUDO en el sujeto, el capitalismo supo que el ser era él y todo lo ente debía sometersele. Incluso,

y sobre todo, los entes no-capitalistas, los hombres que debían trabajar para el capital, que eran entes degradados. Este aspecto (el de la expoliación, el del sometimiento de millones de entes humanos a los “señores del ente” y de la mercancía

capital) permanece en sombras en Heidegger. Les dejó esas turbiedades a los comunistas. Ya las había enunciado

Marx, a quien consideraba “el más grande de los hegelianos”. Pero importa señalar esto para tanto izquierdista que abrazó a Heidegger para librarse de Marx: del capitalismo, Heidegger habrá de criticar la devastación de la tierra, la conquista de lo ente y el olvido del ser. De la lucha de clases, la expoliación, el colonialismo y mil miserias más, silencio. Salvo cuando empezó a hablar el lenguaje del Tercer Reich y vio en los ejércitos alemanes potencias ontológicas.

Hay, en *SER Y TIEMPO*, una ontología existencial. Porque (para BIEN y para MAL) es el hombre el que “abre” el “mundo”. No hay “mundo” sin *Dasein* que se eyecte en él, que sea posible en él. Todas esas posibilidades colisionan. Ningún *Dasein* es posible en la modalidad en que otro lo es. Este “mundo” que el *Dasein* “abre” está sostenido por su “estado de yecto”. Pero el *Dasein* “cae” en el mundo de lo inauténtico. Es el mundo del sistema de producción capitalista, que es el que Heidegger conocía por medio de la República de Weimar. Ese sistema se consolidó en la época moderna con la conquista de la periferia y se expresó, en la filosofía, con el sujeto cartesiano, que

En efecto, Heidegger tiene razón: el hombre del tecnocapitalismo ha olvidado al ser. Ni siquiera creo que lo haya olvidado. Creo que el homo capitalista jamás pensó en el ser.

Porque esto es el Ser: el Ser es la totalidad en constante destotalización de las praxis diferenciadas de todos los sujetos en medio de una historia no lineal, no teleológica, dialéctica sin síntesis-desenlace, sin conciliación terciaria, sin *aufhebung*, abierta, y, hoy, con marcadas tendencias (de no necesaria realización) apocalípticas.

entregó al capitalismo la subjetividad vinculante; ya que el capitalismo, en tanto sistema globalizador, es un sistema “vinculante”. ¿Qué es lo que “vincula”? ¿Qué es, en el capitalismo, lo “vinculante”? ¿La subjetividad del sujeto moderno o la mercancía? ¿El

lenguaje? El lenguaje también vincula, pero hay

DEMASIADOS lenguajes y el idioma de la mercancía es uno solo: el de la compra y el de la venta. Parodiando un título de Peter Sloterdijk (*VENIR*

AL MUNDO, VENIR

AL LENGUAJE), hay que decir: venir al mundo, venir a la mercancía. Venir al mundo, venir al sujeto. Venir al mundo, venir a la historia, la lucha de clases, la explotación. Venir al mundo, venir a los conflictos. Venir al mundo, venir a las infinitas praxis diferenciadas de los sujetos históricos. Porque esto es el Ser: el Ser es la totalidad en constante destotalización de las praxis diferenciadas de todos los sujetos en medio de una historia no lineal, no teleológica, dialéctica sin síntesis-desenlace, sin conciliación terciaria, sin *aufhebung*, abierta, y, hoy, con marcadas tendencias (de no necesaria realización) apocalípticas.

Sólo quiero señalar que Heidegger en su crítica al tecnocapitalismo hay esferas que deja por completo intocadas. Y que, no casualmente, son aquellas de las que suele hacerse cargo el marxismo. Que, como sabemos, siempre inquietó mucho y mal a Heidegger. (No sólo el “marxismo” se hace cargo de estos temas. No hay por qué, hoy,

ser “marxista” para ver las desigualdades escandalosas que padece y ha padecido este planeta.) En cuanto a la anticipación de una “tesis”, ¿es necesariamente una actitud equivocada o tal vez marque desde ya un horizonte problemático hacia el que nos dirigimos? Como sea, no habrá “una” tesis. Posiblemente haya algunas certezas y muchas preguntas.

Continuamos desarrollando los temas del NIETZSCHE. Estamos, como siempre en Heidegger, en medio de un texto de gran riqueza. Su análisis del ACONTECIMIENTO Descartes es el mejor que se haya hecho en filosofía. Estamos, pues, en el parágrafo titulado EL DOMINIO DEL SUJETO EN LA ÉPOCA MODERNA. Hay una metafísica de esta época. Esa metafísica es la que Descartes instala como “metafísica del sujeto”. Metafísica vale aquí como fundamento de todo lo ente. Volveremos varias veces sobre este punto. “Su tarea (la de Descartes, JPF) fue la de FUNDAR EL FUNDAMENTO METAFÍSICO PARA LA LIBERACIÓN DEL HOMBRE HACIA LA NUEVA LIBERTAD EN CUANTO AUTOLEGISLACIÓN SEGURA DE SÍ MISMA” (*Ibid.*, p. 123. Resaltado de Heidegger). Hay un formidable trabajo de Sartre que se llama *LA LIBERTAD CARTESIANA*. Su célebre frase final –muy cartesiana, según el análisis de Heidegger– dice: “La libertad es el fundamento del ser”. Notable la precisión de Heidegger en torno a la relación COGITO-LIBERTAD. El cogito es, en efecto, el fundamento metafísico de la liberación del hombre. Antes de Descartes el hombre estaba sometido a OTRO ente metafísico: Dios. Descartes lo libera de esa sujeción, que no radicaba en sí mismo, sino que era ajena, superior, extra-humana, y deposita el fundamento en el cogito. OTRO,

ahora, habrá de validarse en tanto se refiera al cogito. (COGITO: pensar. COGITATIO: pensamiento, reflexión, meditación.) Ahora, sigue Heidegger, hay una nueva forma “de la determinación de la esencia de la verdad” (*Ibid.*, p. 124). Con Descartes, la VERDAD se transforma en CERTEZA. Es verdadero aquello que es CIERTO para el hombre. “En el concepto de COGITATIO (sigue H.) el acento está puesto siempre en que el re-presentar lleva lo re-presentado hacia el que representa; que de este modo éste, EN CUANTO representa, ‘emplaza’ (STELLT) en cada caso a lo re-presentado, lo hace rendir cuenta, es decir, lo detiene y lo fija para sí, lo toma en posesión, lo pone en seguro. ¿Para qué? Para el ulterior re-presentar, que es querido en todas partes como un poner en seguro y busca fijar el ente como algo asegurado” (*Ibid.*, p. 128). Esto, Heidegger, como ya veremos, lo desarrolla más explícitamente en un trabajo al que llama *LA ÉPOCA DE LA IMAGEN DEL MUNDO*. Pero aquí tiene que ser claro, y lo es, en lo que dice.

Los entes son en la modalidad de la PRESENCIA. Son lo “a los ojos”. Esta presencia del ente tiene que comparecer, ahora, ante el fundamento (nuevo) que se ha instalado desde el concepto de COGITATIO. La “presencia” de “lo ente” es –ahora– “a los ojos” del COGITO. (No a “los ojos” del *Dasein*. El *Dasein* se definía por su ec-sistencialidad, por su estado-de-yecto, NUNCA POR SU SUBJETIVIDAD. Es muy importante tener esto claro para advertir el enorme cambio que se ha producido. EL HOMBRE, para Heidegger, será, a partir de aquí, el hombre de la subjetividad, que es, en el mismo surgimiento, el hombre del HUMANISMO.) En este sentido, como

“lo ente” se deduce del cogito, “lo ente” es una RE-PRESENTACIÓN del cogito. Y el cogito, al manipular al ente, se lo re-presenta a sí mismo. El cogito pone al ente ante sí mismo. Este es el concepto de re-presentación: llevar lo re-presentado hacia el que re-presenta. El ente ante el cogito. El cogito, así, se asegura lo ente, lo pone sobre seguro, se lo apropia. Al ser el mundo IMAGEN del hombre, al ser una representación del cogito, una, digamos, proyección de la subjetividad, que, en tanto subjetividad, lo fundamenta, el mundo se le re-presenta al cogito (al hombre) como algo que éste es. “Todo re-presentar humano (escribe, notablemente, Heidegger) es un representar-‘se’” (*Ibid.*, p. 128). Para dominarlo, el hombre tiene que hacer del mundo su IMAGEN. Sigue Heidegger: “Puesto que en todo representar es al hombre re-presentante a quien se remite lo re-presentado de ese re-presentar, el hombre representante se ha copresentado en todo representar no con posterioridad sino de antemano, en la medida en que él, el re-presentante, lleva en cada caso ante sí a lo re-presentado” (*Ibid.*, p. 129. Destacado de Heidegger). Estamos, con el sujeto de la modernidad, en un mundo completamente HUMANO. La conciencia humana es autoconciencia. De esta autoconciencia se deduce todo el universo de lo óntico. Hay, aquí también (aunque no lo dice en estos pasajes Heidegger), una DIFERENCIA ONTOLÓGICA. Si, en *SER Y TIEMPO*, la DIFERENCIA ONTOLÓGICA era la de SER y ENTE, aquí, con el sujeto de la modernidad, la DIFERENCIA ONTOLÓGICA sería la de COGITO y ENTE. Perteneciendo, al cogito, la tarea de fundar el mundo de lo ente en tanto representación e imagen suya. “El sí MISMO del hom-

Esto, que Heidegger llamará tecnocapitalismo, no había escapado al análisis del fetiche de la mercancía en Marx. El mundo es un mundo “encantado”. Ese “encantamiento” lo produce el vértigo de las mercancías. Las mercancías son objetos, cosas, entes. Las mercancías se independizan de los hombres y los cosifican.

bre (escribe H.) es esencialmente lo que subyace como fundamento. El sí MISMO es SUB-IECTUM” (*Ibid.*, p. 129). Este SUB-IECTUM es el SUJETO. El sujeto es el que establece, ahora, la esencia

de la verdad. La verdad es CERTITUDO. La verdad es aquello que el sujeto establece como verdadero. Y desde que el sujeto pone al ente ante sí, representándolo(SE) lo, la VERDAD surgirá de la ADECUACIÓN entre

lo que el sujeto piensa del ente y lo que el ente ES. PERO EL ENTE “ES” LO QUE EL SUJETO DISPONE DE ÉL. ¿Qué será entonces la VERDAD? Escribe Heidegger: “La re-presentación se pone aquí ella misma en su propio espacio esencial y pone a éste como MEDIDA DE LA ESENCIA DEL SER Y DE LA ESENCIA DE LA VERDAD. Puesto que verdad quiere decir ahora el estar seguro de la remisión, es decir, CERTEZA, y puesto que ser significa representatividad en el sentido de esta certeza, el HOMBRE, con su papel en el representar que pone así el fundamento, se convierte en el SUJETO EMINENTE. En el ámbito del dominio de este SUBIECTUM, el ENS ya no es ENS CREATUM, es ENS CREATUM: INDUBITATUM: VERE COGITATUM: ‘COGITATIO’” (*Ibid.*, p. 138). Veamos esto: “verdad” significa ahora la “certeza” de la “remisión” del ente al cogito (hombre). “Ser” significa que, en el sentido de la CERTEZA entendida como VERDAD del hombre, lo ente se re-presenta adecuadamente. El “ens” (ser, objeto, cosa) ya no es “ens creatum”. Dios ha muerto. Es,

como vimos, con Descartes que Dios muere. Porque, aquí, con él, con el SUJETO DE LA MODERNIDAD, el hombre rechaza ser un “ens creatum” y se pone a sí mismo como fundamento. ¿Desde dónde? Desde el cogito. Desde el sujeto. Desde la VERDAD COMO CERTIDUMBRE, COMO CERTEZA (CERTITUDO). La CERTITUDO reemplaza a la verdad revelada del Dios cristiano. “Esto quiere decir (escribe H.): TODO ENTE NO HUMANO SE CONVIERTE EN OBJETO PARA ESTE SUJETO” (*Ibid.*, p. 140. Destacado mío). El hombre, ahora, en tanto SUJETO, se consagra a dominar al ente. La verdad, insistamos, es ADAEQUATIO: ADAEQUATIO INTELLECTUS ET REI. El hombre se ASEGURA para sí la totalidad de lo ente (de lo que “es”). Todo ente es remitido al sujeto y es representado al sujeto. (La “presencia” se “re-presenta” para el sujeto.)

El ‘método’ adquiere ahora un peso metafísico que está por así decirlo en la esencia de la subjetividad. (...) ‘Método’ es ahora el pro-ceder asegurador y conquistador frente al ente para ponerlo en seguro como objeto para el sujeto (...). La relación con el ente es el avasallante pro-ceder hacia la conquista y dominio del mundo. El hombre le da al ente la medida en cuanto determina desde sí y en referencia a sí lo que es lícito que valga como ente. Dar la medida es arrogarse la medida por medio de la cual el hombre, en cuanto SUBIECTUM, queda fundado como centro del ente en su totalidad” (*Ibid.*, pp. 141/142). Importa el análisis del MÉTODO. No olvidar, aquí, que el primer paso de la filosofía de Descartes es presentarse como MÉTODO. ¿Qué sería el MÉTODO? El MÉTODO son las *instrucciones técnicas* para apoderarse y dominar los entes. ¿Qué es esta subjetividad

dominadora? Sigamos viendo. Esta subjetividad dominadora se lanza, ni más ni menos, que al DOMINIO DEL MUNDO. “La relación con el ente es el avasallante pro-ceder hacia la conquista y el dominio del mundo. El hombre le da al ente la medida en cuanto determina desde sí y en referencia a sí lo que es lícito que valga como ente. Dar la medida es arrogarse la medida por medio de la cual el hombre, en cuanto SUBIECTUM, queda fundado como centro del ente en su totalidad” (*Ibid.*, p. 142). ¿Qué instaló Descartes con esa INOCENTE frase “pienso, luego existo”? Instaló el domino del hombre, en tanto subjetividad, por sobre todo lo ente. Esto, que Heidegger llamará tecnocapitalismo, no había escapado al análisis del fetiche de la mercancía en Marx. El mundo es un mundo “encantado”. Ese “encantamiento” lo produce el vértigo de las mercancías. Las mercancías son objetos, cosas, entes. Las mercancías se independizan de los hombres y los cosifican.

Heidegger hablará de “existencias”. Es lo que el hombre extrae de la naturaleza, violándola, y almacena para construir el mundo de la técnica en tanto “existencias”. Aquí, el peligro es supremo. Citemos: “... el hombre, dentro de los límites de lo no objetual, es ya sólo el solicitador de existencias, entonces el hombre anda al borde de despeñarse, de precipitarse allí donde él mismo va a ser tomado sólo como existencia” (Heidegger, LA PREGUNTA POR LA TÉCNICA en *CONFERENCIAS Y ARTÍCULOS*, Ediciones del Serbal, Barcelona, 2001, p. 25). Este entregarse a la voluntad de dominio en tanto voluntad de dominar y poseer la tierra transformándose en amo del ente es el punto exacto en que el hombre, para siempre, ha olvidado al Ser. Aquello que

empezó como subjetividad fundante en Descartes confluye en voluntad de dominio en el hombre de la modernidad, entregado a la voracidad de la técnica. En el reportaje póstumo de *DER SPIEGEL* (que Heidegger exigió se publicara luego de su muerte, que ocurrirá en mayo de 1976, en uno de los momentos más desdichados para nuestro país) el maestro de Alemania dirá: “Todo funciona, esto es precisamente lo inquietante, que funciona y que el funcionamiento nos arrastra siempre a un mayor funcionamiento y que la técnica arranca y desarraiga de la tierra cada vez más a los hombres”. La frase “todo funciona” tiene simetrías con la “sociedad disciplinaria” de Foucault, en la que “todo funciona” pero para que el poder someta al hombre.

Nosotros, desde la periferia del Saber, desde la periferia de la política, debemos decir que no-todo-funciona. Que la gente muere de hambre, no por exceso de técnica sino por carencia de ella. Aquí, con dolorosa frecuencia, NADA FUNCIONA. Ni tampoco tenemos los beneficios de la sociedad disciplinaria foucaultiana. Foucault, al menos, propondrá, algo tardíamente, “contraconductas” para enfrentar al poder. Pero Heidegger no. Heidegger invitará al “claro” del bosque, ese lugar en que entre el hombre y el Ser acontece una “propiación” a la que llama EREIGNIS. Pero éste ya no es nuestro tema.

(*) Algunos párrafos del siguiente trabajo han sido tomados y ofrecidos como adelanto de nuestro libro *LA FILOSOFÍA Y EL BARRO DE LA HISTORIA: Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*, que publicará próximamente Editorial Planeta.

Imaginarios, lecturas, prácticas

Por Alejandro Kaufman

La vertiginosidad que nos ofrece el mundo analógico, en constante transformación, genera una incierta sensación cuyo vacío, a menudo suele llenarse con estériles oposiciones. En ellas recaen frecuentemente las discusiones intelectuales, observa Alejandro Kaufman, como modo de responder a la perplejidad que surge de los desacoples entre medios e ideas, reflexión y temporalidad acelerada, atención y disipación de las ideas. Tal es el caso de la oposición entre tecnología y cultura, dimensiones que sólo en la imaginación intelectual pueden estar separadas, aunque siempre exista una tensión entre ellas. Si todo libro es digital en su proceso productivo, Kaufman imagina las bibliotecas nacionales como sitios privilegiados para decidir el sentido del servicio que ofrecen, las transformaciones y los destinos de los objetos que las constituyen y para reelaborar el significado mismo de la palabra patrimonio, tan cara a sus historias, como forma de iniciar un camino exploratorio para redescubrir sus lugares en la sorprendente vida contemporánea.

1

Un rasgo apreciable de algunas de nuestras últimas polémicas sobre la relación entre tecnología y cultura, manifiestamente orientadas a discutir sobre procesos de modernización, es el carácter muy poco moderno de las discusiones mismas. En cuanto a algunos de los tópicos y conclusiones. Porque las modalidades últimamente siguen el ritmo de los correos electrónicos y los blogs. Usamos vehículos de vanguardia para razonar como amotinados.

Si Platón consideraba que la letra escrita no era confiable custodio de nuestras palabras verdaderas, qué podría decirse de las temporalidades marcadas por el vértigo y la furia que imponen los nuevos intercambios digitales. Admitamos que un cotejo semejante puede estar superado por la secular literatura escrita. No obstante, la frenética claudicación hacia conversaciones digitales que deberían suscitar prevenciones por su escasa compatibilidad no ya con la reflexión sino con la mera sensatez resulta algo más preocupante. La lógica del linchamiento, de la destitución del interlocutor y de la urgencia pánica frente a la vida cotidiana no es un asunto intencional, ni solamente vinculado con la enunciación de una moralidad, sino sobre todo, relacionado con la extrema inadecuación entre medios e ideas, entre reflexión y temporalidad, entre la atención enfocada que demanda el examen de un problema y la deslumbrante disipación con que nos desafían las pantallas.

Algunos de nuestros debates son animistas, otros remiten a las ordalías medievales. Muchos de esos debates son polémicas moralistas sobre las acciones que llevan a cabo individuos destacados por su prestigio, trayectoria cultural o, lisa y llanamente, designación en cargos de responsabilidad pública. Quien ocupa un cargo se convier-

te por ello en destinatario de un procedimiento sacrificial. El funcionario—público, político— es una figura destinada a expiar el sufrimiento colectivo por los sueños no realizados de la Argentina prometida.

La colisión entre tecnología y cultura se produce últimamente entre nosotros como un choque entre los apetitos mágicos de la muchedumbre y la impotencia taumatúrgica del oficiante, condenado entonces a los destinos más viles. Al oficiante se le exigen promesas con indiferencia

—desprecio— hacia toda conexión con las condiciones de posibilidad material de realización. Al oficiante se le exige que mienta para después reclamarle porque no cumplió con lo

prometido. El oficiante en la Argentina de hoy en día no puede ser modesto ni realista, tiene que presentar ilusiones —no importa lo desmesuradas o insensatas que sean— y aliarse al linchamiento de aquel a quien se opone o sucede. Lo habrá de sustituir, y en breve lapso pasará a convertirse en el objeto de un nuevo ofrecimiento sacrificial destinado a aliviar por unos instantes los padecimientos colectivos que el resentimiento exige periódicamente. Nuestros medios de comunicación hegemónicos no han dejado de ser en estos últimos años otra cosa que los sostenedores de la liturgia de este ritual: señalan a los culpables de todos los males argentinos, y los empujan a la hoguera, al escrache o a la simple deposición. La cultura política argentina se ha convertido últimamente en una ordalía espectacular, en el espectáculo de una ordalía, en el que se arroja al fuego a todos aquellos que

Nuestros medios de comunicación hegemónicos no han dejado de ser en estos últimos años otra cosa que los sostenedores de la liturgia de este ritual: señalan a los culpables de todos los males argentinos, y los empujan a la hoguera, al escrache o a la simple deposición.

hasta hacía unos momentos eran escuchados con aparente expectativa.

Es necesaria la elaboración de estos relatos dominantes para establecer el marco y el contexto en el que se desenvuelve la discusión actual sobre la relación entre tecnología y cultura. Nuestros lazos colectivos, en estas últimas décadas, transitan una crisis de profundidad y gravedad inauditas, escasamente asimilables y comprensibles para otros colectivos sociales. Los recursos adecuados para describir y enfrentar esta crisis han sido devastados por el propio devenir de la crisis. El temporal hundió el barco, se perdieron los botes de salvamento, pero también la memoria de lo que era navegar en condiciones seguras.

2

No nos concierne aquí discutir en forma necesariamente propositiva los proyectos o métodos adecuados para “progresar”. Lo que nos interesa es abordar nuestros lenguajes y relatos compartidos para señalar la índole de lo que caracterizamos como problemas. Insistencias y omisiones, empantanamiento en devenires frustrantes y destructivos, complacencia con modalidades colectivas degradantes y disgregatorias, extravío y marcha en círculos sin destino.

Primero. Tecnología y cultura no se contraponen ni se complementan porque no son dos cosas separadas. Quienes afirman de modo voluntarista la complementariedad entre estas dos nociones no hacen más que confirmar su desencuentro conceptual. Tecnología y cultura conforman una sola matriz, en la que se imbrican dos instancias cuyas genealogías son efectivamente diversas en algunos aspectos. No obstante, los historiadores de la cultura y la tecnología hace rato que proyectan hacia el pasado histórico la intelección

contemporánea que identifica a estas dos nociones en una. No arribamos a una indiferenciación entre ellas sino a una dinámica que oscila entre la contrariedad y la síntesis, sin que se pierdan las tensiones originarias entre ambas, pero sin que una se pueda oponer a la otra como si estuvieran separadas.

Segundo. Modernidad y contramodernidad no se dirimen como supuestamente lo hacían en épocas pretéritas. La ubicuidad de lo moderno es irreductible. Las acciones contramodernas no operan tanto por contrariedad, como *sobrepasando* lo moderno. El emblema actual de la contramodernidad reside en el uso de aviones de pasajeros de línea desviados contra blancos de bombardeo por secuestradores-pilotos-suicidas, que fungen como cerebros misilísticos de artefactos aptos para producir una inmensa destrucción. Todo ello –además– con un costo muy bajo, desproporcionado en relación con la inversión y el riesgo –con lo cual se acenúa la provocación hasta el paroxismo–. Este emblema opera en la relación entre tecnología y cultura como un paradigma de las modalidades con que el conflicto se desenvuelve en la intersección inescindible entre esas dos nociones.

Tercero. Consideremos el libro en la época de su reproductibilidad técnica. No hay tal cosa como una divergencia entre la lectura y la contemplación de imágenes, o entre el papel y la pantalla. Una dicotomía semejante no solamente es estéril, es del todo falaz. El libro es digital y no hay libro que no sea digital desde que se ha generalizado la informatización de la composición tipográfica. En la época de la imprenta mecánica, la condición material de la existencia de un libro radicaba en la relación existente entre los tipos metálicos y la impresión en el papel. El libro no tenía existencia de otro modo que sobre ese sustento

material. Era redactado por el mismo procedimiento, mediante la máquina de escribir —que sucedió a la manuscrición—, y la imprenta se limitaba a copiar el texto originariamente asentado en el papel, con la adición de un formato especial llamado libro. Desde hace varios años, el libro llega a su existencia en forma digital, en el disco rígido de una computadora. El procedimiento de reproducción es primordialmente digital. Cuando el texto se destina a la impresión en papel se realiza una acción que mucho nos complace, la edición de libros. Pero los libros en tanto que textos reproducidos y difundidos no deben su existencia textual a su producción y circulación en papel, sino a su inscripción digital. Desde que existe la condición digital de los libros, éstos ya no pueden ser destruidos mediante el fuego. La quema de libros no resulta eficaz para eliminar un texto de la existencia material: habría que garantizar el borrado de cualquier registro digital de ese texto. Si alguien guardaba o escondía una copia en papel de un texto, por ejemplo bajo tierra, a la eficacia del gesto de resistencia se le oponía la destrucción física del número de ejemplares editados de ese texto. Ahora, si se quisiera ocultar un texto, no se lo enterraría, sino que se lo mantendría en las redes informáticas codificado o encriptado, o se lo haría circular en forma viral. La eventual destrucción de un texto se rige en la actualidad por los códigos de la reproducción viral y la defensa antiviral, y por las reglas de la criptografía. No acontece más en el mundo “analógico”. Los libros en papel son recursos útiles para la circulación de los textos y objetos maravillosos cuya tradición está plenamente vigente en relación al acto de la lectura, pero no son determinantes para la existencia de los textos. Hay que insistir en ello: la existencia de los textos

ya no depende más del papel, sino de los registros digitales. El dominio del papel como condición de existencia sólo sigue vigente para los libros de la era tipográfica que aún no han sido digitalizados. Una vez integrados a las redes digitales su valor sólo es de museo. La biblioclastia ya no necesita recurrir al fuego, ni la memoria encarnada es llamada a combatirla. El campo de batalla se ha trasladado a otro escenario.²

Si en el debate entre tecnología y cultura se pone en cuestión el libro editado en papel como si fuera el mismo libro que el que existía en la era predigital, la discusión deviene entre inocua y absurda. La digitalización está presente en el proceso de producción del libro, desde su escritura y concepción hasta su reproducción y edición. El libro en papel es una forma alternativa, por feliz y maravillosa que nos parezca, pero no exclusiva ni determinante para la existencia del texto.

Cuando se debate sobre la “digitalización” de los libros, se hace referencia a los libros del pasado, a los efectos de que puedan ser tan accesibles como potencialmente lo son los libros actuales.

¿Hay que repetirlo? Los libros actuales nacen digitales. Si sus versiones virtuales no son accesibles es por razones ajenas a sus condiciones de existencia —aunque no por ello menos determinantes de sus condiciones de producción— (por ejemplo, los derechos de autor y las prerrogativas de las casas editoriales). Más temprano que tarde, estas circunstancias habrán de cambiar de un modo u otro.

El dominio del papel como condición de existencia sólo sigue vigente para los libros de la era tipográfica que aún no han sido digitalizados. Una vez integrados a las redes digitales su valor sólo es de museo. La biblioclastia ya no necesita recurrir al fuego, ni la memoria encarnada es llamada a combatirla. El campo de batalla se ha trasladado a otro escenario.

En ese sentido, una biblioteca como la nacional cumple funciones diferentes según se trate de libros actuales o del pasado. La ampliación del patrimonio tiene un sentido muy diferente si se trata de adquirir libros de la era predigital que si se trata de considerar los libros de la era digital. La noción misma de patrimonio adopta un nuevo significado para este segundo grupo (que crece en forma exponencial y que cuantitativamente ya es mucho mayor que todo lo publicado en la era predigital). En la actualidad la función patrimo-

nial, en el sentido de la preservación de los textos, está escindida de la que concierne a la edición en papel como acontecimiento estético e industrial. Podríamos imaginar una biblioteca museo, que albergara libros de la era predigital, diferenciada o complementada –no por ello menos integrada– por una biblioteca postdigital, cuyas determinaciones difieren de manera inconmensurable de la primera.³

Las grandes bibliotecas nacionales desempeñan en el mundo actual una misión cuyos términos se han ampliado.



Alejandro Kaufman, por Juan Rearte.

No se limitan a prestar un servicio sino a definir cuál es el sentido y la razón de ese servicio, así como la naturaleza y las transformaciones de los objetos que instituyen: los libros/los textos. En la actualidad una biblioteca nacional no es sólo un repositorio cultivado y silenciosamente eficiente destinado a albergar la bibliografía que define una identidad colectiva. Es también el espacio privilegiado en el que tiene lugar una exploración, una indagación y finalmente una decisión política cultural sobre el libro y sus destinos. El historiador, a la fecha, no es el paradigma del sujeto crítico en condiciones de definir el carácter de la biblioteca nacional. A la fecha, porque los historiadores que se están formando hoy en día en un mundo digital ya se constituyen con ideas muy diferentes de lo que es un documento, un archivo, una prueba. En la actualidad los documentos también se producen desde su origen en forma digital, y las relaciones entre las bases materiales de la historiografía y la temporalidad están transformándose también de manera inconmensurable con épocas pretéritas.

Consideremos el caso de los diarios: desde hace varios años la edición de cada día se suma a un archivo digital en red. Cada vez más, las noticias del día de la fecha están vinculadas con las noticias de días anteriores. Tendencialmente el diario se está convirtiendo en un archivo que se actualiza en forma permanente, a un ritmo que ya no es el del día, sino el de la hora o incluso el minuto. Los diarios también están definiendo el destino de la relación entre tecnología y cultura, así como la condición de existencia del libro. Es sabido que la convergencia multimedia conduce a un encuentro entre todas las modalidades posibles: no se trata sólo del libro o del diario, sino también de los registros audiovisuales. Estas transformaciones, frente a los cuales somos

usuarios cotidianos, sin embargo parecen no estar presentes en nuestros debates. Las fronteras entre los saberes calificados y los discursos periodísticos están siendo desafiadas por una multiplicidad de intervenciones tecnológicas, mediáticas y temporales. Ignorar este problema sólo promueve la generalización de la barbarie. Aísla el saber académico de sus nutrientes sociales y abandona a su suerte a los discursos mediáticos. La brutalización tan denostada como señalada respecto de la televisión no es ajena a este abandono.⁴

La consideración erudita o reflexiva de estos problemas –de la que por suerte disfrutamos en forma privilegiada gracias a algunas voces excepcionales– parece ser inaudible en el medio de la algarabía acusatoria. Se exhibe una serie de premisas unívocas, no problemáticas, como si se tratara de la prestación de un servicio estándar, codificado y sin expectativas de complejidad. También resulta falaz el modelo del servicio estándar. Antes que adoptar una posición arbitraria en un debate maniqueo es necesario –urgente e indispensable– definir los términos del debate en sus condiciones tecnológico culturales, para recién después encontrarse en situación de definir las problemáticas políticas de la responsabilidad.

3

Tecnología y cultura están intrínsecamente entrelazadas. En inglés un término usual para construir una frase alusiva es *embed*. Por ejemplo: “on technology embedded in culture and society”. Decir que la tecnología está *incrustada* en la cultura y la sociedad es una metáfora forzada en castellano. En nuestra lengua el término viene de un antiguo uso estético, relacionado con la arquitectura, que remite al significado de “ornamento” (siglo XVIII

y XIX). En inglés proliferan en la misma época los ejemplos procedentes de la ciencia, que emplean el término para definir relaciones entre distintas cosas, fenómenos naturales, fósiles, campos disciplinarios, aparte del significado como ornamento. La ciencia y la técnica son acontecimientos traducidos al castellano, no concebidos originariamente en nuestra lengua. Diríamos que están *embedded* en inglés, pero *incrustadas* en el español. La condición de *embedded* naturaliza la instalación de algo en un medio o ambiente extraños con los cuales se produce una relación de solidaridad, de hospitalidad en un lecho. La lectura es una práctica *embedded* en sociedades ilustradas. En las sociedades heredadas de la contrarreforma, la lectura se *incrusta*⁵ en las prácticas, porque primero debió estar especialmente autorizada, luego devino ornamento. Entre nosotros, la *lectura* es algo que debería hacerse por razones morales, no algo que ocurre como una costumbre, un hábito sobre el que no es necesario interrogarse con sorpresa. Desde luego, la lectura es la práctica en cuyo destino se dilucida la suerte de la relación entre tecnología y cultura. Si la lectura desempeña un papel ornamental, el mejor desenlace de tal práctica podrá convivir con la prolífica y brillante literatura castellana, pero no con la relación entre tecnología y cultura. No es que tal relación carezca de desgarradores conflictos en otras partes, pero pareciera que entre nosotros el conflicto ni siquiera se registra como tal.

En todo caso las referencias procedentes de la historia cultural sólo aportan indicios sobre las condiciones de posibilidad del actual estado de cosas. No es objeto de estas líneas abundar en ello, sino llamar la atención sobre el devenir moral del conjunto de las problemáticas de la relación entre tecnología y cultura en la Argentina de las últimas décadas. La expectativa de

que la “tecnología” es algo que se puede comprar hecho a proveedores externos, una idea que conduce a la frustración colectiva en una perspectiva temporal, es sin embargo predominante en nuestra cultura. Los bienes educativos y culturales tienen finalidades prácticas ornamentales para el imaginario colectivo.

Es por ello que pareciera que pocos pueden hablar más de cinco minutos de la ciencia y la técnica en la Argentina sin mencionar al módico santoral tecnocientífico nacional prodigado por la fundación Nobel, sin advertir el carácter denegatorio de esa obsesión de ejemplaridad. Es el tipo de ejemplaridad que se esgrime cuando se ha renunciado de antemano a poblar en forma multitudinaria el estamento de los científicos y técnicos, y sólo se permanece en el terreno restringido de los ejemplares y las supuestas grandezas pasadas. Habría que desafiar a quienes se presentan en público a hablar sobre el conocimiento y sus aventuras a que se prohíban voluntariamente mencionar a los premios Nobel, para ver si emergen en la conversación los miles y miles de argentinos expulsados hacia fuera y hacia adentro durante años, como si solamente un evento extraordinario de suceso prestigioso fuera el marco propicio para producir sentido.

4

Forma contemporánea de lo sublime, que no se trata meramente de revelar: la eficacia de la tecnología radica en su invisibilidad. Podemos ejercer acciones impensables en otras épocas porque la tecnología nos exime de pensar en ellas. Si pensáramos haríamos el trabajo que los dispositivos técnicos hacen por nosotros. El desenvolvimiento de la inteligencia aplicada a los objetos nos los acerca en cuanto a la realización de nuestros

deseos, pero nos los aleja en cuanto al devenir concreto de su desempeño.

El misterio en que se sumen los objetos de la vida cotidiana no es metafísico sino estético. Consiste en el velo que se tiende sobre cómo ocurren los acontecimientos en su intimidad. Es necesario el desconocimiento de los mecanismos efectivos imbricados en los dispositivos modernos para que los podamos usar. Aunque conozcamos intelectualmente cómo funcionan, ese conocimiento opera como una religión, como una creencia sobre la explicación de por qué ocurren tantos prodigios. En las prácticas que ejercemos con y sobre los objetos, lo que sepamos sobre su funcionamiento es necesariamente olvidado en el transcurso de nuestras operaciones con y sobre ellos. De esta manera, acontece un misterio práctico, una elusión que no termina de ser asimilable para la cosmovisión del sujeto.

Nos vemos impelidos a ignorar los mecanismos de los dispositivos que guían nuestros días de un modo diferente en esencia a la ignorancia que tenían los antiguos sobre el mundo físico –en relación con el conocimiento que ahora tenemos sobre la gravedad o sobre el clima–, pero similar en cuanto a la desconexión entre las acciones humanas y los acontecimientos del mundo circundante. En esta

discrepancia podría residir la débil resistencia de la que somos capaces contra la emergencia de creencias mágico-mítico-religiosas de nuevo tipo que sustituyen a una intelección ilustrada sobre nuestras acciones y su relación con el entorno.

Si entre nosotros proliferan vindicaciones y ordalías, en otras partes también aparecen, aunque con otras vinculaciones genealógicas con las tradiciones. En otras partes releen con crueldad y violencia sus libros sagrados, nosotros recurrimos a la débil memoria residual de las antiguas culturas agrarias que dejamos atrás hace generaciones, no sin la mediación de siglos de contrarreforma.

Tal proliferación de prácticas y creencias contrailustradas no resulta un problema fácilmente confrontable a golpes de iluminismo extraído de los viejos manuales. Ingenuamente creído –aquel– en la angélica potencia del lenguaje, cuando todavía se albergaban semejantes esperanzas. Hoy, cuando no podemos menos que ser escépticos acerca de las capacidades de un lenguaje del conocimiento que oriente la acción colectiva, es cuando también sólo vislumbramos la política como horizonte posible de una resistencia que recurra antes a la sensatez que a la fantasía, en un mundo incierto y siempre sorprendente.

NOTAS

1. Ensayista, docente UBA/UNQ, miembro del directorio de EUDEBA.
2. Los museos han adquirido un nuevo significado en el mundo de la era digital, referido a lo viviente, fluido, espectacular. El desprecio del museo como radicación de una objetualidad cristalizada y muerta es actualmente una idea completamente anacrónica, aunque muy vigente en las creencias colectivas.
3. Bibliotecas nacionales como las de Francia y Gran Bretaña postulan diversas posiciones y discursos al respecto. En especial la francesa, cuyo patrimonio no está compuesto por “libros” sino por “documentos” asentados en diversos soportes (papel, digital, audiovisual). Lo que podría parecer un gesto manierista en realidad es una fuerte apuesta cultural y política, no por ello menos discutible, aunque de ineludible consideración.
4. Se producen dos gestos antagónicos pero simétricos. O la “cultura” abandona a los “medios” (para denostarlos desde afuera) o reclama la “mediatización” del propio campo y de la educación, lo cual a veces invierte la dirección del proceso de barbarización, porque impone en la cultura y en la escuela condiciones disgregatorias.
5. Las cuatro acepciones de la RAE para *incrustar* comprenden la noción de dureza o violencia. El término inglés se traduce también de otras formas, como “embeber”, pero en cualquiera de las variantes la idea de que tecnología y cultura mantienen, pueden o *deberían* mantener una relación convivencial no se nos hace parte del sentido común.

Políticas de la escritura y memoria de las palabras

Por María De Pauli ()*

En las últimas décadas del siglo XX, el capitalismo mundial asumió una transformación radical respecto a sus formas productivas, económicas y de organización social. La flexibilización y automatización de los procesos de trabajo, la descentralización de la producción, los nuevos modos de gestión, la cooperación horizontal de sus fases laborales y la subjetividad y el saber como claves para la innovación y reproducción mercantil, expresan el nivel de ruptura de la modalidad presente respecto al esquema fordista. El “capitalismo cognitivo” encuentra su fuente de valorización en la explotación intensiva del trabajo inmaterial, nos dice María De Pauli. Una forma de gobierno sobre los medios culturales y educativos que se consolida a través de una serie de procedimientos: la colonización del lenguaje a través del encasillamiento y categorización del saber y la estandarización de los vocabularios bajo el imperio de una homogeneización que somete las palabras a “parámetros internacionales”. Un nuevo lenguaje rector que, sin una mediación crítica de sus procedimientos, vuelve “ociosa” la posibilidad de tomar la palabra para intentar revitalizar sus sentidos.

Las últimas décadas del siglo XX fueron escenario de la expansión mundial —especialmente en el núcleo central de los países capitalistas avanzados, liderados por EE.UU., Alemania y Japón— de nuevas formas de organización del trabajo tendientes a sustituir la producción en escala, típica de la industria “fordista” y “taylorista” que prevaleció en la gran industria a lo largo del siglo, por nuevas formas de organización de los procesos productivos, que recogiendo y readaptando la experiencia que después de la Segunda Guerra Mundial pusiera en marcha la empresa Toyota en Japón, dieron lugar a un nuevo modelo de producción denominado “especialización flexible” que confiere mayor dinamismo al proceso productivo.

Facilitado por el gran salto tecnológico en el campo de la robótica y la microelectrónica, este proceso fue impulsado por la necesidad de aumentar la productividad y competitividad de las empresas.

La “especialización flexible” articula el enorme desarrollo tecnológico informacional, con una desconcentración productiva basada en la existencia de empresas pequeñas y medianas que, estrechamente vinculadas a la demanda y a las exigencias individualizadas del consumidor, priorizan lo que es central en su especialidad, se “focalizan”, y transfieren a “terceros” gran parte de lo que antes se producía en el mismo espacio. A su vez, la introducción de nuevas técnicas de gestión, apoyadas en la toma de decisiones en función del procesamiento de la información y la comunicación, promueven una estructura más horizontal en el proceso productivo, que requiere del saber hacer, de la iniciativa y del compromiso de los propios trabajado-

res, que en equipos de trabajo cooperativo, se hacen cargo del control de calidad de sus productos.

La implementación de esta relación más estrecha entre la esfera subjetiva y la esfera objetiva del trabajo, lejos de recuperar su

carácter creativo y liberador, como pronosticaban sus émulos², permitió al capital apropiarse del saber y del hacer del trabajo con mayor intensidad, por lo que trajo aparejada, junto al crecimiento significativo del desempleo estructural y de la precariedad laboral a escala global, una mayor exigencia

de calificación del trabajo con una mayor descalificación del trabajador³.

Al mismo tiempo, las necesidades reproductivas y expansionistas, inherentes a la lógica del capital, facilitadas ahora por una mayor interpenetración de la ciencia y la técnica en los procesos productivos, aceleraron la depreciación del valor de uso de las mercancías, reduciendo enormemente el ciclo de vida útil de los productos y también de los conocimientos inscriptos en ellos.

La “innovación permanente” agudizó así, más que nunca, su dialéctica oscura, en una “destrucción permanente” del valor de uso de lo producido que rápidamente se vuelve obsoleto y descartable, por lo que, más que satisfacer el deseo individualizado del consumidor, provoca en él un desmesurado apetito por la novedad, siempre insatisfecho,

La implementación de esta relación más estrecha entre la esfera subjetiva y la esfera objetiva del trabajo, lejos de recuperar su carácter creativo y liberador, como pronosticaban sus émulos, permitió al capital apropiarse del saber y del hacer del trabajo con mayor intensidad, por lo que trajo aparejada, junto al crecimiento significativo del desempleo estructural y de la precariedad laboral a escala global, una mayor exigencia de calificación del trabajo con una mayor descalificación del trabajador.

pero que satisface, y bastante bien, el ansia devoradora de un capitalismo más “tempranero” que tardío.

Es consustancial a este nuevo “capitalismo cognitivo”⁴ una lógica del valor basada en la difusión del saber y la producción del conocimiento que hoy disciplina y coloniza la enseñanza, la producción cultural, la innovación tecnológica y también la industria del entretenimiento.

Las reformas educativas argentinas, cuyo diseño y puesta en marcha comienza en la década de los años noventa y continúa en la actualidad, surgieron legitimadas en la posibilidad y oportunidad de sellar una “nueva alianza” entre empresa, mercado y educación; un nuevo “pacto educativo”⁵ con las

nuevas formas de la producción.

Es que, las reformas de los sistemas educativos, constituyeron un objetivo estratégico central en la construcción de la “Nueva sociedad global de la información”,

un proyecto transnacional de división del trabajo intelectual y cultural, de organización social y económica, y de transformación de las formas convencionales de socialización y conocimiento, mediado por los operadores internacionales de las telecomunicaciones y concentrado en torno a los intereses del capital, en esta etapa, no sólo de “especialización flexible” sino también de “acumulación flexible” de ganancias para el capital.

La revolución de los sistemas de mediación cultural representan una transformación sustancial en las formas de gobierno y dominio del capital en esta

etapa. Es definitorio, en este nuevo modelo de mediación, la explotación intensiva de la producción inmaterial utilizada como eje de articulación y organización del desarrollo social.

En esta nueva mediatización del conocimiento y la cultura, la espacialización del tiempo favorecida por la red telemática y las transformaciones educativas posibilitadas por las Nuevas Tecnologías de la Información y de la Comunicación (NTIC), han intensificado la liberación, en los procesos de comunicación humana, de las coordenadas espacio temporales locales, y con ello han favorecido la ruptura de los límites internos y externos de la ciudad y los territorios, así como de lo público y lo privado, instituyendo nuevas pautas culturales de organización y socialización.

Los avances en la construcción de una “telepolis”, diseñada por las nuevas posibilidades tecnológicas de “ingeniería social informacional”, nos colocan frente a la necesidad teórico-práctica de analizar y valorar, en la “Economía política de la comunicación” de las actuales políticas públicas en educación y cultura, las políticas de la palabra y la memoria que las sustentan. Ya que el potencial tecnológico puesto al servicio de las industrias de mediación cultural y educativas, puede prefigurar un modelo social liberador, de las opresiones de las tradiciones y del dominio ejercido por los controles políticos, económicos y burocráticos del Estado nacional moderno, pero también, “*la imposición de un nuevo sistema panóptico, basado en un régimen de regulación y control social difuso, tecnocrático y totalitariamente articulado*” (Sierra Caballero, 2006, p.131), a través del que se estaría instituyendo una nueva ortodoxia global de la palabra y la memoria.

Es consustancial a este nuevo “capitalismo cognitivo” una lógica del valor basada en la difusión del saber y la producción del conocimiento que hoy disciplina y coloniza la enseñanza, la producción cultural, la innovación tecnológica y también la industria del entretenimiento.

Es sugestivo, al respecto, el modo en que Walter Ong⁶ concibe la escritura como una poderosa tecnología capaz de moldear el pensamiento y hasta la expresión oral. Este autor –cuyo escrito es bibliografía de referencia obligada en todos los documentos curriculares ministeriales para las áreas de comunicación, expresión oral y escrita, lengua y literatura, de los distintos niveles de la educación en Argentina– postula la existencia de una diferencia sustancial entre la “oralidad primaria”, propia de las culturas sin escritura o de aquellas que no han extendido su uso, y la “oralidad secundaria”, producto de las culturas actuales con un alto desarrollo tecnológico, en las que una determinada oralidad necesita de la escritura para existir, como es el caso de la televisión, radio y telefonía.

Según Walter Ong, moldes mentales diferentes configuran a cada una de estas oralidades, y los cambios evolutivos del hombre, que van de la magia a la ciencia, de la conciencia ‘prelógica’ a la razón, pueden explicarse como efectos producidos por el pasaje de la oralidad a formas distintas de la escritura y sus repercusiones en aquella. Precisamente por eso, la escritura es según el autor, esa poderosa tecnología capaz de moldear el pensamiento y la expresión oral, oralidad que, a partir de su influencia, no surgiría del inconsciente como el habla, sino que sería subsidiaria de la escritura.

Las características que destaca, cuando describe el pensamiento y la expresión de la oralidad primaria, características funcionales a la apoyatura mnemotécnica imprescindible en la conservación de las culturas orales, son la proliferación de fórmulas tradicionales como los refranes, la narración que acude a la pragmática del contexto, la carga

excesiva de epítetos, la redundancia, los matices agonísticos en la comunicación y la excesiva dependencia y cercanía del pensamiento con las situaciones existenciales. Esto hace que los elementos con los que trabaja este tipo de pensamiento, subraya el autor, no sean “entidades simples” sino “grupos de entidades”, tal como “hermosa princesa”, “fuerte roble”, “soldado valiente” en lugar de princesa, roble o soldado, simplemente. A continuación nos señala que en el lenguaje de la denuncia política de algunas culturas de países en vía de desarrollo y escasa incorporación de la tecnología de la escritura en sus procesos de socialización, también es frecuente el uso de



Lenguaje estandarizado,
por Axel Russo

lugares comunes tales como “*enemigo del pueblo*” o “*capitalistas traficantes de guerras*”... “*que parecen estúpidos a las personas muy instruidas, (y) constituyen elementos formularios esenciales de las huellas de los procesos orales de pensamiento*” (Ong, Walter, 1993, p. 45).

Por el contrario, la escritura y la oralidad producida por ella, propician dos distancias fundamentales para la constitución de la abstracción analítica, “separa el saber del lugar donde los hombres luchan y aparta al que sabe de lo sabido”, y con ello avanza hacia el objetivismo y evita el agonismo.

La escritura resultaría así, al evitar el agonismo y la cercanía del pensamiento con cualquier territorio humano específico, una técnica de suma eficacia para controlar las pasiones y evitar los conflictos, demasiado frecuentes en las culturas con fuerte presencia de la oralidad primaria, como lo son buena parte de las sociedades latinoamericanas, cuyas culturas –lamenta el autor–, tienden a

Sin una adecuada crítica a este desplazamiento paulatino del conocimiento y la memoria social, por la cultura del archivo, es probable que un nuevo fetichismo de la inteligencia artificial logre que un día sea ocioso, ridículo, o sin sentido, pretender un decir o querer tomar la palabra.

la comunicación directa y no a la introspección que propicia la escritura. De allí la importancia de una escritura, libre de contextos situacionales, que permitiría reestructurar la conciencia, en el proceso de interiorización de un lenguaje sin posibilidad de pasiones ni agonismo.

No basta decir con Nietzsche⁷ que la mera posibilidad de un lenguaje tal “hiela la sangre”, es menester avanzar en una nueva crítica de la economía política de la comunicación y la memoria, y ésta no puede soslayar,

ni dejar de resignificar, el concepto de fetichismo de la mercancía que Marx despliega en *El Capital*⁸.

Este concepto de origen antropológico es utilizado por Marx para dar cuenta de aquello en lo que ha devenido el sujeto moderno, una pura subjetividad aislada y vacía, como efecto de un modo de producción en el que el producto del trabajo humano adopta la forma mercancía, y su valor, que se realiza como valor de cambio, autonomizado de su productor, le es ajeno y se le enfrenta. Enfrentamiento entre trabajo y capital, que alcanza su máximo antagonismo cuando, en su apariencia fantasmagórica, la mercancía asume las cualidades del productor, al tiempo que éste, enajenado de su esencia propia, adquiere las determinaciones de una cosa. Un sujeto que inscribe su identidad social en las cosas que produce pero las desconoce como producidas, que se subjetiva en el objeto al tiempo que se objetiviza como sujeto, sujeto que es resultado de una dialéctica histórica que realiza, por un lado, su paulatina emancipación respecto de la naturaleza y de las condiciones primitivas de producción, y por el otro, la pérdida de su objetivación y de la posesión de sus condiciones naturales y sociales de existencia. La “forma mercancía”, propia del intercambio capitalista, precisamente es la que consume el momento más radical de este proceso, y ello en tanto transforma el trabajo humano concreto en trabajo humano abstracto, subsumiendo de manera creciente el valor de uso del trabajo y sus productos, en valor de cambio del trabajo y sus productos, trocados, de este modo, en mercancías.

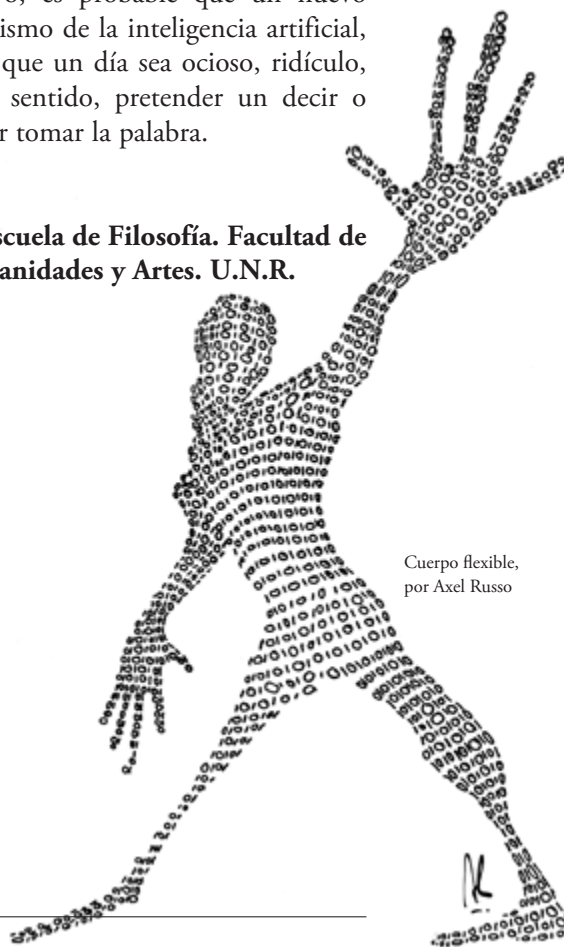
El proyecto de construcción de la nueva Sociedad global de la información y la comunicación, mencionado anteriormente, tuvo como eje, en las dos últimas

décadas del siglo XX, en Norteamérica, en Europa y en América Latina, la liberalización, descentralización y desregulación de los sistemas nacionales de comunicación y educación, así como el desplazamiento de los resortes del poder cultural y educativo, de los Estados nacionales, a los medios y corporaciones globales, constituidas de ese modo, en las nuevas empresas culturales y educativas.

Dado el lugar fundamental que en esta etapa adoptan los lenguajes, en la doble función de colonizar las conciencias y de organizar y mediar la producción, distribución y circulación de los conocimientos, es consustancial, para este proyecto, la búsqueda de dominio formal de las producciones científicas y culturales, de allí el encasillamiento del conocimiento a través de categorías y descriptores que lo operacionalizan, de criterios e indicadores estandarizados que lo alistan para ser sometido al “control de calidad” de diversas clases de comisiones de evaluadores y expertos, y una vez que yace allí, descarnado, conocimiento humano abstracto, es reintegrado

nuevamente en el sistema cognitivo, pero esta vez, como lenguaje rector. Sin una adecuada crítica a este desplazamiento paulatino del conocimiento y la memoria social, por la cultura del archivo, es probable que un nuevo fetichismo de la inteligencia artificial, logre que un día sea ocioso, ridículo, o sin sentido, pretender un decir o querer tomar la palabra.

(*) Escuela de Filosofía. Facultad de Humanidades y Artes. U.N.R.



Cuerpo flexible,
por Axel Russo

NOTAS

1. Este artículo desarrolla, en lo esencial, las ideas contenidas en la ponencia “Cognición como mercancía y nuevo fetichismo” presentada en el II Congreso Internacional Extraordinario de Filosofía, desarrollado en San Juan, del 9 al 12 de julio de 2007.
2. Sabel y Piore (1984) citado por Antunes, Ricardo en *¿Adiós al trabajo?*, Colección Herramientas, Buenos Aires (1999).
3. Esta conclusión está fundamentada, a través del análisis de una amplia documentación, por Ricardo Antunes, en *Los sentidos del trabajo*, Colección Herramientas, Buenos Aires (2005).
4. El término “capitalismo cognitivo” lo propone Francisco Sierra Caballero, también “Nueva Sociedad Global de la Información” y “Economía Política de la Comunicación”, en *Políticas de Comunicación y Educación. Crítica y desarrollo de la Sociedad del Conocimiento*, Gedisa, Barcelona (2006).
5. Tedesco, Juan Carlos, *El nuevo pacto educativo. Educación, Competitividad y Ciudadanía en la Sociedad Moderna*, Anaya, Madrid (1995), y *Educación en la sociedad del conocimiento*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires (2005).
6. Ong, Walter J. *Oralidad y Escritura. Tecnologías de la palabra*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, (1993).
7. Nietzsche, F., *La Filosofía en la Época Trágica de los Griegos*, edición Los libros de Orfeo. A propósito de la filosofía de Parménides, dice Nietzsche: “... nadie hace impunemente abstracciones tan terribles, como ‘lo que es’ y ‘lo que no es’; la sangre se hiela cuando se las toca” (p. 38).
8. Marx, Karl *El Capital*, Tomo I, Libro primero, Sección primera, Capítulo I, “La Mercancía”, B-4 “El carácter fetichista de la mercancía y su secreto”, Siglo XXI editores, México, 1991.

¿Lecturas versus nuevas tecnologías?

Por Mempo Giardinelli ()*

Pocas personas han sido tan persistentes en el fomento de la lectura como Mempo Giardinelli. Su vocación lectora lo llevó a construir una voz crítica de las formas culturales ligadas a los grandes medios de comunicación, desaprensivas de los hábitos de lectura. No se trata, en este caso, de una condena de la modernización tecnológica. Ella ofrece consigo la posibilidad de democratización del acceso a los bienes patrimoniales universales, una conexión y una vinculación que permitiría, de no existir las inequidades presentes, la participación plural en las manifestaciones culturales a escala planetaria. No es que no exista tensión entre las redes tecnológicas y las prácticas de lectura. Esta relación podría ser pensada virtuosamente sino estuviéramos ante la presencia de un uso mercantil ligado a los poderes de la época. La historia de la humanidad es la historia de la lectura, es decir, de la literatura –advierte Giardinelli– y, por tanto, ellas no van a perecer por el hecho de que ciertos formatos, como el libro, cedan paso a otros nuevos que los rehacen englobándolos y ofreciendo inéditas posibilidades. Se trata, en suma, de asumir los desafíos actuales venciendo el temor y la desidia con que el mundo adulto enfrenta el problema.

La pregunta más frecuente que enfrenta cualquier promotor de la lectura es: ¿qué hacer con los chicos que pasan cada vez más tiempo ante la computadora, todo el día chateando o jugando en red? ¿Cómo ponerles límites y hacer que lean?

Esta pregunta, en boca de padres y docentes de todo el país, muestra lo desconcertados, alarmados o vencidos que se sienten frente a las llamadas nuevas tecnologías.

Se aprecia en ellos una impotencia generalizada frente a las infinitas posibilidades de Internet y de la computación en general. La facilidad y naturalidad con que los chicos de hoy usan el *chat*, los videojuegos, los mensajes de texto y todo ese mundo de avances cibernéticos suele resultar por completo atemorizante para los mayores.

Y es comprensible que así sea. Aunque algunos podemos recordar que es aproximadamente la misma pregunta que se nos hacía hace un par de décadas, cuando los chicos se pasaban “todo el tiempo ante el televisor”, el fenómeno actual es mucho más fuerte e imprevisible, mucho menos conocido en sus intersticios y posibilidades (cuya infinitud atemoriza de por sí), y por ende menos manejable. De ahí que estas llamadas “nuevas tecnologías” producen mayor impotencia en los adultos que la observada hace unos años cuando la preocupación se reducía (escojo el verbo con toda intención) a los efectos negativos de la teleadicción. Esa impotencia asusta, desde luego, porque “los chicos están todo el día metidos *en eso*” que no controlamos.

Y como todo lo que se ignora suele producir temor, sucede que muchos padres y maestros se dejan llevar por fobias inconducentes, prohibiciones neuróticas y otras actitudes negativas, o bien —como me parece está siendo cada

vez más común en nuestra sociedad— por una peligrosa *permissividad* derivada de cierta especie de *comodísimo estado de resignación*. El cual, dicho sea con toda franqueza, hay que denunciar.

De manera que vayamos por partes y empecemos por *descartar la idea simplificadora* de que los chicos de hoy han dejado de leer porque ven televisión, como se decía hace una década, o porque están cautivos de Internet y de los videojuegos, como se preconiza ahora. Eso no es verdad. No *toda* la verdad, por lo menos.

Sin dudas la pésima televisión que somete a nuestra sociedad, y la tecnología fascinante de los juegos virtuales, ejercen una muy fuerte influencia en los chicos, claro que sí, pero ya sabemos que si ellos no leen —no dejaré de repetirlo— es en primer lugar porque sus padres y sus maestros tampoco. Y después sí: es indudable la responsabilidad no de las tecnologías pero sí de los responsables, que en la Argentina son el poder político y comunicacional, cuya miopía cultural y capacidad de vulgarización son tan grandes como groseras. Pero condenar todo lo anterior no es suficiente, no alcanza ni corrige nada, ni mucho menos mitiga *la angustia de padres y madres cuando ven que sus hijos están como dominados por máquinas y tecnologías* cuyas consecuencias ignoran y temen.

Por lo tanto, en primer lugar me gustaría señalar *una actitud no del todo acertada* por parte de la sociedad, que en esta materia ha sido víctima, cierto, pero

De manera que vayamos por partes y empecemos por *descartar la idea simplificadora* de que los chicos de hoy han dejado de leer porque ven televisión, como se decía hace una década, o porque están cautivos de Internet y de los videojuegos, como se preconiza ahora. Eso no es verdad. No *toda* la verdad, por lo menos.

también tiene alguna responsabilidad por su casi única coherencia: la de casi nunca reaccionar frente a lo que la perjudica, o hacerlo casi siempre tarde y mal. El resultado está a la vista: somos una sociedad que se degradó velozmente en sólo un par de generaciones. Y esto abarca los más diversos aspectos: desde la política a la educación, desde la economía a la comunicación, desde la salud a la lectura.

Por lo menos desde que la caída de la bipolaridad Este-Oeste mató tantas utopías, desde que un pésimo actor de cine devino estadista y comenzó el reinado de la peor dirigencia en el mayor imperio planetario, y desde que se instalaron ideas retrógradas como que la Historia se terminaba y el Mercado era el nuevo Dios absoluto e incuestionable, el siglo XXI comenzó como escenario de la mayor contradicción jamás vivida por la humanidad: la revolución tecnológica más extraordinaria de la Historia, por un lado, y por el otro la más grande crisis social, cultural y ambiental en treinta siglos.

En ese contexto, nos encontramos sin saber qué hacer frente a una revolución que deja chiquita a la de Gutenberg y torna minúsculas las anticipaciones de Julio Verne: el universo al alcance de la mano; el

conocimiento concentrado en puntos de luz que titilan en una pantalla; las vías virtuales de transmisión del saber renovándose minuto a minuto; el libro convertido en un objeto inmaterial; y los textos, que históricamente fueron pergaminos, rollos, códices y luego el amistoso libro impreso que determinó la evolución del saber humano, ahora son una cosa

imprecisable, movediza e inaprehensible a la que llaman *hipertexto*, o texto virtual. O sea intangible, inexistente, porque lo que es virtual no es concreto, pero tampoco es una abstracción.

La textualidad electrónica no es más que otro domicilio para la lectura. Es una nueva residencia para los textos, un lugar diferente para la escritura, y técnicamente se lo llama "soporte". Que es el apoyo o sostén, o punto, sitio o "cosa capaz de sostener algo", como dice el Pequeño Larousse, que en materia informática define al soporte como: "Medio material, tarjeta perforada, disco, cinta magnética, etc., capaz de recibir una información, transmitirla o conservarla y, después, restituirla a petición".¹

Este soporte es capaz de albergar todo el conocimiento humano, tal como lo hizo hasta ahora el libro impreso y encuadernado que conocemos. Sólo que ahora el espacio necesario se reduce fantásticamente y, por ejemplo, toda una inmensa biblioteca llena de libros colmando estanterías de pared a techo, puede caber en un espacio invisible o *virtual*, o sea "que tiene existencia aparente o potencial pero no real o efectiva" (p. 1.040). Y no una biblioteca sino decenas, miles, todas las bibliotecas del mundo.

A todo eso lo podemos consultar en la pantalla de cualquier ordenador (o computadora), en nuestra casa o donde sea, porque todas las letras, imágenes y sonidos, de todos los libros y discos del planeta, todos pueden estar allí, medidos en los llamados *bit* (en inglés, *byte*) que son la "unidad mínima de medida de contenido de información" (p. 157). De hecho, estamos hablando del nuevo domicilio de la más grande biblioteca universal. La suma de todas ellas pero a la vez distinta y mejor, porque permite concentrar y encontrar el conocimiento y el saber en un solo soporte o lugar.

Las llamadas nuevas tecnologías representan la más grande oportunidad y posibilidad multiplicadora del saber, capaz de facilitar hasta el infinito la conexión, los vínculos, la asociación de las ideas y la divulgación democrática del conocimiento.

¿Quién puede negar que esto es una maravilla?

Aunque es claro que es, sin dudas, una maravilla conflictiva –como sucede con toda nueva tecnología– porque plantea un montón de problemas: políticos, técnicos, económicos, culturales, morales, jurídicos y muchos más. El libro de Gutenberg también lo hizo en su momento, y aquí estamos.

Las llamadas nuevas tecnologías representan la más grande oportunidad y posibilidad multiplicadora del saber, capaz de facilitar hasta el infinito la conexión, los vínculos, la asociación de las ideas y la divulgación democrática del conocimiento. De ahí que el cuestionamiento a ellas (incluyendo a la telefonía celular, la televisión de alta definición y una cantidad de soportes que a cada rato son descritos para nuestro asombro en los medios) debe hacerse con conocimiento y sin prejuicios. Especialmente porque se trata de lo que leen y miran nuestros hijos.

Pero nuestros hijos también nos vieron leer y no leer, actuar y paralizarnos, hablar y hacer silencio, y se criaron –poco más o menos– viendo el mundo a través de lo que mostraban los llamados medios masivos de comunicación (radio, prensa escrita y especialmente la televisión, esta última sobrada de contenidos y discursos deleznable).

Es evidente que en casi todos nuestros países la tele –salvo excepciones– es retrógrada, ultraconservadora, autoritaria, sexista y discriminatoria. Y la sociedad no parece tan preocupada por ello, ni por la “cautividad” de sus hijos frente a ella. De hecho hay televisores en el 96,6% de los hogares argentinos (y la mitad del 3,4% de los que no tienen TV en su casa dice que es por falta de recursos).² Y no se crea que hay un aparato o dos, no, el equipamiento casero promedio en la Argentina es de 2,4 televisores por hogar.³

Por eso los argentinos ven tele un promedio de 3,4 horas diarias, lo “que quiere decir que la TV sigue siendo el principal consumo cultural de los argentinos”, concluye el informe oficial de consumos culturales.

Por su parte, una encuesta del diario *La Razón*⁴ realizada entre 10.714 votantes, mostró que el 58,1 % de las personas (presumiblemente todas de la Ciudad de Buenos Aires) mira televisión entre dos y cuatro horas diarias, y el 9,5% mira más de cinco horas. En contrario, sólo el 8,5% dice no mirar televisión, mientras que el 23,9% mira una hora o menos cada día.

Por supuesto, decir lo anterior tampoco significa acusar a los inventores de la televisión, ni a una tecnología, ni mucho menos a quienes la disfrutan. No se trata de acusaciones, sino de reconocer que las causas de la mala calidad son de gestión y son políticas, económicas, publicitarias, sociales y culturales. El desenfreno comercial, el mal gusto, la incapacidad estatal de controlar, junto con la idiota apología de lo ordinario y lo vulgar, se combinan a diario para deslucir el lenguaje de nuestro pueblo, proponer el ocio improductivo, desviar la atención de problemas importantes⁵, resaltar nimiedades y, entre muchísimos otros resultados negativos, hacer que el entretenimiento sea un modo de parálisis social a la par del extravío de las tradiciones lectoras.

De manera que no tiene sentido satanizar a “la televisión”, pues los medios masivos de comunicación no son ni buenos ni malos. Son las falsificaciones, el consumismo exacerbado y neurótico y el falso democratismo lo que está *despalabrando a la sociedad argentina*. El problema es humano, no tecnológico. Y con Internet y las nuevas tecnologías sucede exactamente igual.

Hace veinte años, en la revista *Puro*

Cuento sosteníamos que la computación no era enemiga de la lectura y la escritura, porque era absolutamente imposible acceder a esa tecnología desde el analfabetismo. Eran todavía los albores informáticos, Internet no existía y muchos buscábamos establecer –más allá de la dictadura– quiénes eran, y dónde estaban, los enemigos de la lectura.

Pero también nos parecía que aquellos primeros ordenadores (como se los llamaba en España) estaban obligados a ser un recurso ventajoso, un complemento idóneo, un aliado poderoso para la escritura, el libro y la lectura. Permitían trabajar con rapidez y economía, por lo menos.

Enseguida eso trajo la fascinación por el llamado “hipertexto”, al que veíamos como una especie de texto infi-

nito, capaz de pasar por encima de la linealidad de la lectura tradicional, a la que incluye, engloba y resemantiza. El hipertexto permite ir y venir por las ideas, admite múltiples lecturas a la vez, facilita reacomodar modos y estilos, rehace las texturas, y en fin, es como un permiso para la libre circulación textual. Una maravilla, desde luego.

A partir de entonces, todo se disparó. Y el cada vez más fácil acceso a los textos trajo su fabulosa democratización. Internet permite ahora que cualquier lector, desde cualquier lugar del planeta, pueda llegar casi a cualquier libro, esté donde esté. Es como realizar el sueño de tener la Biblioteca Nacional, la del Congreso de Estados Unidos y todas las bibliotecas nacionales del mundo juntas, al alcance de nuestra

Mempo Giardinelli,
por Juan Rearte.



mano y en nuestro propio escritorio. Dice Pablo Mancini, un joven docente de varias universidades argentinas que trabaja en producción de contenidos y proyectos especiales para el portal *educ.ar* del Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología: “El mundo ya no parece el que conocíamos: lo estamos transformando. La historia de los medios de comunicación muestra con creces el reordenamiento social que produce la aparición de un medio: se alteran notablemente la percepción del tiempo y del espacio. Este nuevo medio no fue el fin de la razón, como pregonaban los círculos intelectuales apocalípticos (...) Millones de personas escriben a diario sobre ciberculturas, sobre las transformaciones tecno-culturales y sobre la complejidad que incluye internet en nuestras vidas, en nuestras prácticas más cotidianas. Pero también millones de personas, desde sus hogares, desde cibercafés, desde locutorios, telecentros, escuelas, universidades y bibliotecas tienen videoconferencias con otras personas, que a veces están a sólo un par de cuadras pero que a menudo están a un océano de distancia. Porque una charla por chat con una cámara es la naturalización, la apropiación cotidiana de tecnologías que otrora eran súper sofisticadas y estaban en manos de pocos”.⁶ Claro que todavía hay muchísimos excluidos (“Más de 1.000 millones de personas en todo el mundo siguen sin tener acceso a servicios básicos de telecomunicaciones y 800.000 comunidades no tienen conexión a redes globales de voz y datos”, sigue Mancini), pero esto también puede cambiar en cualquier momento porque la misma Internet muta constante y rápidamente: según un artículo del diario norteamericano *USA Today* del 16 de abril de 1998, el uso de Internet se *duplicaba cada 100*

días.⁷ No alcanzo a imaginar cómo será ahora, más de ocho años después, pero por lo menos se sabe que en 2006 se envían *60.000 millones de e-mails por día*, lo que prácticamente duplica el total diario promedio de 2002.⁸

Ahora bien, el diversificado uso del correo electrónico, que es útil para prácticamente *todo* (trabajar, comprar, vender, enseñar, amar, odiar y mil etcéteras) es fabuloso y se basa precisamente en lo que nos interesa en este texto: *todo eso se escribe cada día y cada día se lee*.

Y en la web sucede, nomás, que *todos los textos del mundo están allí*. Y decirlo no es exagerado: no ha de faltar mucho para que todo lo que se escribió en la Historia, en todo el decurso de la Humanidad, termine de ser transferido a formas electrónicas. Esto garantizará la universalización más democrática del patrimonio bibliográfico que nadie haya imaginado jamás. Exactamente lo que Jorge Luis Borges llamó “una extravagante felicidad”, idea que fascinó al especialista en historia del libro y la lectura de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, Roger Chartier, y que es compartible, desde luego, aunque advirtiendo que esa felicidad no deja de entrañar riesgos.

¿Riesgos? Sí, porque sucede que si todos los textos de la historia de la humanidad están ahí, es obvia la pregunta: ¿quién los “subió”? Y enseguida: ¿los copió exactamente como son? ¿Qué seguridad tenemos? ¿Se trata verdaderamente de los textos originales?

El límite de la cuestión deviene ético, lo que implica aceptar el riesgo de que los textos puedan haber sido modificados, manipulados electrónicamente. Así como hace quince siglos pasamos del código al libro manuscrito, y hace cinco siglos de éste al libro impreso (ambos cuerpos sólidos, materias con formato y sucesión lógica y seriada de

hojas y páginas) ahora el libro electrónico obliga a leer en una pantalla de puntos luminosos imperceptibles. Y la verdad es que ésta sí es una revolución mayor que la de Gutenberg —como postula Chartier—, porque estamos en presencia de un cambio tremendamente inquietante y capaz de modificar no sólo el pensamiento sino incluso el modo de

Sabemos y afirmamos que *la lectura es y será siempre el mejor modo de acceder al conocimiento. Aunque esté domiciliado en una pantalla. Esto debería ser tranquilizador frente a ciertas visiones apocalípticas que circulan, aunque nada se agota con tal afirmación. Pero es un hecho que el ser humano, para su crecimiento intelectual, seguirá necesitando siempre de la lectura.*

pensar de ahora en adelante. Cuando Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles pensables, que permitía la reproducción infinita de los textos y la producción de libros en serie, *la lectura oral en voz alta que requería el códice manuscrito dio paso a la lectu-*

ra silenciosa, visual e íntima que hemos conocido y amado en estos últimos siglos, y también abrió el camino a la propiedad privada de los libros.

El texto electrónico, ahora, va más allá y revoluciona incluso la organización del texto y su estructura, el acceso a él y hasta la redacción, que puede pasar a ser colectiva, o modificada arbitrariamente, o bien adecuada a —y por— cada lector.

Ahora bien, esa textualidad virtual, inmaterial, llamada “hipertexto”, necesita quien la lea. Porque *si no se la lee, no existe*. Ni siquiera desaparece; es que si no se la “visita” y lee, en realidad nunca existió. O sea que el hipertexto requiere lectores. Y no es poca cosa decirlo: obsérvese que *en todos los casos estamos ante textos que habrá que leer*. Salvo en el caso de la televisión, las nuevas tecnologías exigen lectores: la computación, la navegación virtual, el *chat* y hasta los videojuegos requieren

leer. De hecho, en la cibernética moderna se habla incluso de “lectores de discos”.

Sabemos y afirmamos que *la lectura es y será siempre el mejor modo de acceder al conocimiento*. Aunque esté domiciliado en una pantalla. Esto debería ser tranquilizador frente a ciertas visiones apocalípticas que circulan, aunque nada se agota con tal afirmación. Pero es un hecho que el ser humano, para su crecimiento intelectual, seguirá necesitando siempre de la lectura. Aun frente al ordenador *hay que leer, y no existe otro modo de producción textual que la escritura*.

Si lo que ha cambiado es el lugar, la residencia en la que mora el texto, como sucede en la vida, en toda mudanza de casa se producen cambios. Pero seguimos durmiendo en camas y comiendo en mesas, e igualmente estamos acostumbrados a encontrar todos los textos en libros, revistas y periódicos. Pero el resultado de esta mudanza es que ahora los tenemos en una pantalla de puntos y de manera muchísimo más veloz y asequible y barata. ¿No es fantástico? ¿Por qué sentir temor? Admitamos el vértigo que produce, de acuerdo, pero inmediatamente aprovechemos la oportunidad. Y la reflexión sobre los modos de representación, producción y circulación cibernética de los textos es eso: una oportunidad que es mejor comprender, aceptar y utilizar en nuestro beneficio. ¿Que eso seduce y atemoriza? Puede ser, pero también ofrece posibilidades ilimitadas y es, de hecho, un futuro que ya tenemos encima vuelto presente. Y si condiciona a nuestros hijos, como en efecto vemos que lo hace, pues razón de más para entenderla.

Todos los avances tecnológicos son revolucionarios, y a *las revoluciones siempre es mejor comprenderlas que rechazarlas*.

Y además bien podemos confiar en esto: *la lectura no ha muerto ni morirá con*

ninguna tecnología. Dejemos que algunos escépticos y apocalípticos auguren la muerte del libro, quién sabe si tendrán razón. Pero separemos una vez más: aun si asistiéramos a la muerte del libro material, el viejo y querido volumen de pasta de papel, encuadernado y atesorado en nuestras bibliotecas de madera, aun si eso sucediese *la lectura no morirá jamás. La historia de la humanidad es y seguirá siendo la historia de la lectura, es decir la historia de la literatura.* Y los viejos, convencionales y entrañables libros que se ajan y amarillean con los años, tal como los conocemos y queremos hasta hoy, seguirán siendo fuente y domicilio del saber original, y el mejor testimonio de los logros de la Especie. Ray Bradbury lo supo cincuenta años antes que todos nosotros.

De manera que he aquí la *primera conclusión aliviadora: la lectura no va a morir, y mucho menos la va a matar Internet.*

Y una segunda: *aunque acaso desaparecieran los libros, la lectura seguirá viva.* Por eso *lo que verdaderamente necesitamos, como sociedad, es lectura. Libros también, pero sobre todo lectura.*

En tercer lugar, si hoy se lee menos y se conversa menos, y si nuestros chicos (y muchos grandes también) que “navegan” en las redes infinitas de Internet después parecen autistas, reconcentrados, no es por culpa del exceso de los hipertextos. En todo caso, seamos conscientes de que cuando uno ha pasado varias horas en la web ¡acaba mareado *de tanto leer!*

Esto también nos recuerda que *la tecnología digital depende, ante todo, de la lectura.* Y éste es un elemento clave: un analfabeto, o quien no tenga práctica de lecto-escritura, no tendrá jamás posibilidad de acceder a Internet. La lectura de textos, impresos o electrónicos, es insustituible y en este sentido puede decirse que la computación ha instalado, de hecho, una

nueva forma de instrucción pública, lo que es evidente incluso en los países más atrasados. Como dice Alberto Manguel: “Hemos inventado unos pocos objetos casi perfectos a lo largo de la historia. El libro, como la rueda, el cuchillo o la puerta, no va a desaparecer nunca. Lo podemos cambiar un poco cada tanto pero siempre estará con nosotros”.¹⁰ Eco tiene la misma idea: “Los libros siguen siendo los mejores compañeros de naufragio (...) son de esa clase de instrumentos que, una vez inventados, no pudieron ser mejorados, simplemente porque son buenos. Como el martillo, el cuchillo, la cuchara o la tijera”.¹¹

Como se ve, la mayor preocupación de ambos expertos, y de casi todos los especialistas, es por la suerte del libro. Con el mayor respeto, no es exactamente la mía. *Libro y lectura no son lo mismo.*

Y esto es algo que debemos explicar a los docentes y padres que preguntan casi a coro: ¿Qué hacemos frente a Internet?

Mi respuesta es que lo primero y mejor que podemos hacer es aprender nosotros mismos a usarla, para poder acompañar a nuestros hijos en ese proceso de descubrimiento. A la vez, preguntarnos a nosotros mismos qué hacemos y qué no hacemos para que los chicos sepan defenderse mejor, tengan criterio y disfruten la tecnología sabiendo poner límites. Y para todo eso se trata de leer, nosotros y los chicos; no hay otra alternativa. *Lectura. Libros o no libros, pero leer.*

Por eso la cuestión está en los padres, una vez más. Y en los docentes, en tanto fungen como padres sustitutos durante varias horas al día. Hay demasiadas personas que creen que la no lectura, hoy, se debe a la televisión y sobre todo últimamente a la difusión de los “juegos en red”. Muchos padres están preocupados por los juegos de guerra y de matar, por esa lúdica violencia que

apasiona a millones de chicos y chicas como los que vemos en los cybers.

No digo que los cybers no sean nocivos, en el sentido de que inutilizan el tiempo libre de los chicos y les quitan tiempo para otras actividades. Tampoco digo que para un espíritu juvenil sea inocuo el estar practicando formas de muerte durante horas cada día. Sí digo, en cambio, que el problema principal no está en los

De todos modos es cierto que en la sociedad contemporánea –la sociedad informática, como se la llama– se da la paradoja de que se conversa menos, se discute poco y no se alienta el debate enriquecedor. Y si encima se impone un discurso único, sí que podemos estar en problemas. Pero una vez más eso no será culpa de las nuevas tecnologías sino de los usos atrofiantes de ellas. Y a eso debemos resistirnos, incluso dentro de Internet.

cyber ni en los juegos, sino en la comodidad de los padres, *en el abandono de la responsabilidad de enseñar.*

Pero esas personas no parecen darse cuenta de que las causas no están en lo que demonizan, sino en lo que no hicieron. Ninguna persona nació sabiendo atarse los cordones de los

zapatos. Es tarea de los papás enseñarles pacientemente la necesidad, la utilidad y los modos de atárselos. Igual sucede con la lectura, y por supuesto con los valores y principios. No se los trae de nacimiento. Los aprendemos. Pero *para aprender hace falta que alguien nos los enseñe.* Se trata de transmitir valores desde el hogar, y un valor principal es aprender a distinguir entre realidad y ficción. Y entre juego y trabajo, o entre verdad y mentira.

De todos modos es cierto que en la sociedad contemporánea –la sociedad informática, como se la llama– se da la paradoja de que se conversa menos, se discute poco y no se alienta el debate enriquecedor. Y si encima se impone un discurso único, sí que podemos estar en

problemas. Pero una vez más eso no será culpa de las nuevas tecnologías sino de los usos atrofiantes de ellas. Y a eso debemos resistirnos, incluso dentro de Internet.

He ahí otra de sus maravillas: esta tecnología nos permite discutir sus virtudes y defectos *mientras* la usamos. Podemos reflexionar, cuestionar y advertir lo que sucede a medida que sucede. Y además, nos podemos valer de esa red en paralelo al teléfono celular, el automóvil, la grabadora, el ordenador, el disco compacto y el DVD. Que son, todas, tecnologías modernas y utilísimas, a nuestro entero servicio. Si es que podemos pagarlo, desde luego. Porque sería idiota una idealización de este medio sin advertir que, todavía, está fuera del alcance de la gran mayoría de la población.

La citada encuesta del Sistema Nacional de Consumos Culturales dice que sólo uno de cada tres argentinos posee computadora en el hogar (el 66,2% del total de encuestados dijo que no tiene), porcentaje que está obviamente asociado al nivel socioeconómico de los entrevistados. Así, el 90% de las personas de nivel socioeconómico alto tiene computadora en la casa. Pero en los niveles medios baja al 67,5% y en las clases bajas desciende a sólo el 13,5%. En todos los casos, la mitad de los que tienen ordenador en casa acceden a internet “todos los días o casi todos los días”, mientras los que no lo tienen, se conectan de 1 a 3 veces por semana desde lugares públicos. Los jóvenes y los residentes en el interior del país son los que se conectan con más frecuencia. Y la mayoría de usuarios se da, como es fácil comprobar, entre los jóvenes de 12 a 17 años, y luego los que tienen entre 35 y 49 años.¹²

Pero más allá de eso –que de todos modos se democratiza velozmente por el auge

fenomenal de cybercafés y otras tiendas en las que se puede acceder a redes a muy bajo costo—, no se puede negar que si esta nueva tecnología nos da la oportunidad de pensarla y discutirla *mientras* se produce, es que se trata de una revolución muy peculiar y generosa. Recordemos nomás que Gutenberg ni siquiera había patentado su invento cuando ya toda Europa estaba plagada de imprentas y nacían las censuras modernas, pero *hubo que esperar cuatro siglos* para que se desarrollara la reflexión sobre esa tecnología.

(*) Mempo Giardinelli nació y vive en Resistencia, Chaco, Argentina. Es escritor y periodista, y como docente fue profesor titular en la Universidad Iberoamericana, de México; en la Universidad Nacional de La Plata. Desde hace más de veinte años enseña en la Universidad de Virginia, Estados Unidos. Es Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Poitiers, Francia.

Su obra literaria ha sido traducida a veinte idiomas y ha recibido numerosos galardones literarios, todos fuera de la Argentina, entre ellos el Premio Rómulo Gallegos 1993.

Es autor de novelas, libros de cuentos y ensayos, y escribe regularmente en diarios y revistas de todo el mundo. Entre sus títulos más conocidos: *La revolución en bicicleta, Luna caliente, El cielo con las manos, Santo oficio de la memoria* y *Final de novela en Patagonia*. Su último libro es: *Volver a leer. Propuestas para ser una nación de lectores* (Edhasa, 2006).

Exiliado en México entre 1976 y 1984, a su regreso fundó y dirigió la revista *Puro Cuento*.

En 1996 donó su biblioteca personal para la creación de una fundación, con sede en el Chaco, dedicada al fomento del libro y la lectura. Esta fundación desarrolla y sostiene diversos programas culturales, educativos y solidarios.

NOTAS

1. El Pequeño Larousse Ilustrado, Ediciones Larousse, Buenos Aires, 2005, p. 941. Todas las definiciones que siguen son tomadas de este mismo Diccionario, con indicación de página entre paréntesis.
2. Sistema Nacional de Consumos Culturales (SNCC), Secretaría de Medios de Comunicación de la Jefatura de Gabinete. Presidencia de la Nación. Datos de Agosto de 2005: <http://www.consumosculturales.gov.ar/sncc.htm>
3. Según datos de 1999, en los Estados Unidos el 58% de los hogares tienen televisores incluso en la cocina. Jim Trelease no vacila en calificar de “torpes” a los padres de familia que los ponen. Aunque no he podido encontrar datos equivalentes de nuestro país, no me extrañaría que en la Argentina esa torpeza sea igual o mayor.
4. Realizada por la consultora D'Alessio-Irol. *La Razón* del 10 de noviembre de 2005.
5. La influencia de este medio es formidable: la encuesta de la SNCC dice que el 84.9% de los argentinos se informa a través de los noticieros de televisión.
6. Pablo Mancini, “Día Internacional de Internet”, en Cultura Digital, portal de Educ.ar: http://weblog.educ.ar/sociedad-informacion/archives/cat_cultura_digital.php.
7. Jim Trelease, *La lectura en voz alta*, Celarg, Bogotá, 2005, p. 270.
8. Basados en informes de la Agencia Reuters, diversos medios encontrables en Internet destacan esta información, que significa prácticamente doblar la cantidad registrada en 2002, cuando se enviaron 31.000 millones. En: Interlink Headline News N° 2818, del 18 de Octubre de 2002: <http://www.illn.com/ediciones/2818.html>
9. “Esta felicidad ‘extravagante’ de la que habla Borges no es prometida por las bibliotecas sin muros, e incluso carentes de lugar, que serán sin duda las del futuro”. Roger Chartier en: “Del código a la pantalla: trayectorias de lo escrito”. En revista *Quimera* N° 150, septiembre de 1996.
10. “Leer es una forma de saber que no estamos muertos”. Entrevista por Oscar Raúl Cardoso. Diario *Clarín*. 1° de agosto de 1999.
11. En la 9° publicación del Programa de Promoción de la Lectura Volver a Leer, Córdoba, 2004.
12. Sistema Nacional de Consumos Culturales (SNCC).

Intermezzo

Quizá se pueda decir que una sombra persigue al arte, a la misma historia del arte. Sobreentendiendo que el arte es una exploración de lo que está cerrado para el decir común, la sombra que lo persigue es un decir absoluto que promete develación y goce. Nos apremia preguntándonos si estamos aptos para asistir a la caída de los velos. Critica al arte por demorar su ofrecimiento revelador y actúa acelerado. Muestra con decisión la llegada a las últimas recámaras. Es la sombra que persigue al arte; la pornografía. No hay cómo resolver esa pareja mal planteada. Muchas veces el afán del censor se detiene adverso ante el cuerpo de la doncella salida de la imaginación pictórica de todas las épocas. El erotismo, como todo pensamiento que nunca encuentra enteramente su objeto, reclama ser uno más en el partido del arte. Cuando se siente, con razón, perseguido por el magistrado antojadizo, exhibe su mejor argumento ¿Por qué no atacan a la pornografía? ¿Por qué son las majas desnudas el objeto de la censura, y no la indefinible opción del retratista de la physis pornográfica? Es legítima la queja del artista prohibido frente a la del autor de cromos realistas del grafismo obsceno, directo. Pero pasa por alto que la pornografía es una escala de la representación que se sitúa por debajo de un horizonte de comprensión de la mirada jurídica, estatal o aun artística. La pornografía es lo no censurable, lo que se pide como argucia de

exhibición cruda, cercana a la realidad del anatomista impúdico, del lúbrico cultor del nombre final de las cosas, sin desliz, cobertura o metáfora. Simplemente escatológico. Ahora bien, en este escrito, Christian Ferrer se enfrenta a la radical ambigüedad de la cuestión artística frente al alma de la pornografía. En un ejercicio de escritura totalmente asistido por el aforismo, el sabor alegórico y la rara concisión de inesperadas síntesis, Ferrer elabora una moral literaria para situar el fenómeno pornográfico ante la razón crítica del arte. La porno-grafía (es decir, la descripción pura de lo obsceno) lucha en la escritura para volver a ponerse como arte. El difícil partido que se juega en esta núbil frontera, pertenece al acervo de la poesía, del ensayo y de las catalogaciones. Se busca la pregunta por el arte, siguiendo su rastro. No hay muchas formas de hacerlo que reconstruir en palabras la aparatosidad pornográfica, que es el descubrimiento de la imagen absoluta. Buscaba la verdad y se encontraba en la trémula nitidez de lo falso, absoluto. En lo categórico de un mirar sin sujeto. La lectura de esta original crítica a la pornografía escrita por Ferrer, permite dar otra sugestiva visión de todo aquello que la pornografía critica.

El rostro de la medusa Exuberancia y copiosidad del cuerpo pornográfico

Por Christian Ferrer

Un conjunto de observaciones, cuidadosamente cultivadas, componen este singular ensayo. Christian Ferrer se propone pensar la pornografía como el resultado paradójico, tanto de las luchas por la liberación sexual, como de los planteos feministas que nacen en la década del 60: la pornografía como modulación del cuerpo producido por el cruce entre las nuevas tecnologías y la movilización de los flujos libidinales derivados de la “revolución sexual”. Un despliegue energético cuya condición es su funcionalidad con las formas mercantiles que regulan la vida contemporánea, a través de las técnicas de gobierno de las poblaciones, la medicalización de la vida y la modelización corporal. Una manipulación, cuya expresión se multiplica a partir de la proliferación de los nuevos medios técnicos, y que abstrae el cuerpo de sus condiciones concretas de existencia. Así, el erotismo pierde su condición deseante para devenir reproducción de imágenes mecánicas de los cuerpos confiscados de su propia imaginación afectiva.

Quien remonte el viaje evolutivo realizado por la especie humana hasta hoy llegará a las puertas del Paraíso. Para desandar ese camino sería imprescindible demorarse en cada uno de los breves y urgentes acontecimientos con que los antecesores, dueños de su voluntad o sin quererlo, dieron gestación a nuestra existencia. Son los momentos animales de la vida humana. El celo, el cortejo, la captura, el forzamiento, la lucha, la entrega, el desprendimiento, el grito, la gula uterina al fin satisfecha, el inicio de la germinación. Una pizca de lumbre en la panza. Toda preñez remite a una anterior y así sucesivamente. Hemos dependido, para existir, de la excitación y el anhelo de parientes desconocidos cuyo linaje comenzó con el primero de todos los ombligos. La supervivencia posterior al nacimiento es lucha y cada persona persigue triunfos y trofeos. Pero al mirar hacia el origen vemos que cada uno de los hombres y mujeres que durante siglos engendraron vidas anteriores a las nuestras debieron ovillarse, abrazarse a sí mismos en forma de óvalo, a fin de ser expelidos al mundo. Así de pequeña es la puerta que fuera forzada nueve meses antes y que había garantizado cobijo y nutrición, al inevitable costo de anhelar amparo carnal perenne una vez que se ha puesto un pie, y lanzado un gemido, en la intemperie.

I

Cabezas de serpiente coronaban, a modo de cabellera, el rostro de la Medusa, cuya mirada podía petrificar en seco al hombre necio que se atreviera a sostenerla, e incluso al más valiente. Eso creían los griegos en la

antigüedad. Y aunque jamás nadie volvió triunfante de ese duelo desigual todos los hombres buscan abrirse paso hacia la imantada guarida de la medusa, velada por la seda o el algodón.

II

Donde la monogamia falla la pornografía prospera, puesto que el contrato social que ella propone a sus audiencias es el del harén, no el del hogar. Sin los medios masivos de comunicación esa pulseada hubiera quedado indecisa. Así fue hasta hace algunas décadas, pero el maridaje de la “revolución sexual” y el desenfado mediático dio a luz al cuerpo pornográfico. Es una cría de la época.

III

El radio de acción de las “políticas de la vida” incumbe a los millones que nacen, trajinan y sucumben con cada nuevo día, y a los que se administran raciones ponderadas de dolor y de salud. Por el contrario, hasta su “revelación” pública, no hace más de veinte o treinta años, la pornografía era un asunto clandestino, oscuro y pecaminoso. A ella se accedía no sin dificultad y vergüenza. Hoy, la televisión codificada e Internet favorecen su diseminación. Un salto tecnológico acoplado a un flujo de libido largamente contenido, y todo eso en apenas un cuarto de siglo. Pero la innovación técnica no es la causa de la ubicua y prolífica presencia de la imagen pornográfica. La causalidad tecnológica es coadyuvante, no originaria, y actúa más bien en tiempo diferido. Fue, en la década de 1960, el reclamo juvenil

del derecho al placer tan sólo por haber sido traídos a la Tierra la causa motora de la posterior exposición de la pornografía a la luz pública. Un género audiovisual cuyo único fin es potenciar la lujuria encontró un aliado en la permisividad paternalista en cuestiones de atrevimiento sexual, en tanto y en cuanto la movilización de las energías afectivas de la población desemboque en rutinas combinables con la mercancía. No es tan sorprendente, entonces, que el centro de gravedad de la pornografía sea la carne femenina para contento y solaz del punto de vista masculino: resulta ser un efecto lateral, no querido y no pensado, de las luchas por la emancipación social de la mujer del último medio siglo. Por otra parte, la escena pornográfica es el último refugio que le resta al hombre donde manipular hembras a gusto y placer.

IV

En numerosas civilizaciones antiguas, en especial en la cuenca del Mediterráneo, se desarrolló la costumbre de la “prostitución sagrada”. Ritualmente, las mujeres ofrecían sus cuerpos a los hombres de la ciudad en cierto momento de sus vidas. Era una ceremonia “de paso” y existían diosas específicas que alentaban la entrega de la mitad de la población a la otra mitad, según la coacción ancestral al intercambio de mujeres. En la pornografía se puede atisbar, aún activo, un resto de aquel paganismo. Las innumerables situaciones y posiciones representadas resultan ser fotogramas evocatorios de aquella entrega ritual, pero revelados en laboratorios instalados por el orden patriarcal.

V

La invención del traje de baño de dos piezas supuso un paso adelante en la fragmentación del cuerpo femenino, en su atomización. También los atolones se componen de múltiples partes separadas, como el así llamado “Bikini”, en la Micronesia, que motivó el apodo. La pronta extensión de su uso no fue otra cosa que un acto tolerable de *strip-tease* en público luego multiplicado en todas las costas arenosas del mundo. La censura perdía una batalla, ya previamente escenificada en “burlesques”. La progresiva desnudez femenina principió hace cien años —época en la cual se instalaron máquinas de *peep-shows* en las zonas comerciales de la ciudad— con los tobillos y el escote, y al fin se difundió hacia los hombros, la espalda y el abdomen. En las playas, un bretel horizontal era ahora el solitario custodio del pudor. Al comienzo, no muchas mujeres descartaron el traje de baño “enterizo”: hacerlo implicaba arrancarse más de un velo. Pero los triángulos simétricos pronto fueron aceptados por nuevas camadas generacionales cuyas expectativas exhibicionistas remedaban las poses de las admiradas estrellas de cine, que por su parte ya venían propagando la exposición de zonas de la piel antes inaccesibles a la inspección visual. Eran “chicas de tapa” cuyo destino final era la decoración de cuartos de adolescentes o de paredes de vulcanerías. Quizás el tabú mayor que fue necesario dejar atrás concerniera al ombligo, origen del mundo, cuya hondura anticipa la durmiente penumbra de la vulva. Es su maqueta a escala, su antesala también, y su última estribación.

VI

Aunque grandilocuente como un bon-sái y monotemático como un cíclope, el cuerno de la abundancia no da frutos sino en presencia de su musa inspiradora.

VII

La ley, la aversión y la vergüenza dan la medida de la desnudez humana, pero no la de todas sus proporciones. El arte puede dar cuenta del esplendor de un cuerpo, pero es raro que no exponga también sus incomodidades y sus heridas. La imagen pornográfica es, en cambio, idílica, atemporal. En ella el tiempo no deja mancha ni marchita. Otras visiones provienen de la resaca abandonada por los sueños, de lo susurrado en el confesionario o de lo informado luego de una primera noche de todas las noches: son relatos parciales de experiencias recordadas como entre sombras. Sólo el tacto registra los estremecimientos del pudor, y del impudor, sin los prejuicios que acarrea la vista. La precisión táctil es ciega y torpe, como lo es también el homenaje que la pornografía brinda a la belleza femenina.

VIII

A mitad del siglo XX el erotismo posible concernía a mujeres un poco sueltas de cuerpo, de estilo “moderno”, y en el rincón opuesto al vulnerador de la voluntad femenina a fuerza de arsenal lingüístico. El cazador era viril y protector; la presa, tierna y dadivosa; y el lenguaje del cortejo amoroso ya estaba siendo liberado de constreñimientos

diplomáticos. El aspecto esmirriado era, por entonces, confesión de enfermedad y miseria, de modo que la silueta femenina resultaba ser más pulposa, el ideal de página central de revista “para hombres”. Pronto llegaría la así llamada “revolución sexual”, que dio variados frutos: se potenció el feminismo, se resucitó el discurso del “amor libre” –de raigambre anarquista– y se promovió la sinceridad relacional a rango de ideal en tanto se execraba la hipocresía matrimonial de las generaciones anteriores. No obstante, el espiral se mordió la cola: la apariencia corporal devino nuevamente en mercancía, en señuelo, en arma de fuego. Mujeres adiestradas por medio del capital simbólico de que las dotó un par de generaciones de padres comerciantes o profesionales, pero que ya no pueden garantizarles una “posición social”, una “postura”, venden entonces la apostura de un modo socialmente aceptable. De allí que las industrias de la carne se dediquen a compensar las desgracias del cuerpo “imperfecto” y que la sexología haya devenido en psicoterapia y en asesoría. Disfunciones mayores ya pasan al campo de la farmacopea. Y así como el proyecto “genoma humano” pretende llegar hasta el último e infinitesimal átomo de célula del organismo, también la pornografía aspira a transparentar todos los detalles de la piel. En ambos casos, se oferta una ilusión de felicidad: el gen de la gordura encontrado y reducido, la disfunción eréctil al fin derrotada.

El arte puede dar cuenta del esplendor de un cuerpo, pero es raro que no exponga también sus incomodidades y sus heridas. La imagen pornográfica es, en cambio, idílica, atemporal. En ella, el tiempo no deja mancha ni marchita.

IX

La “explotación del cuerpo de la mujer”. La consigna es cierta considerada en general, pero se vuelve incierta a medida que se extiende y ramifica a través de las nervaduras grupales hasta detenerse en los casos particulares. Los hilos que anudan deseo y política suelen ser de distinta extensión, color y grosor, sin contar las hilachas ocultas. En el género pornográfico el placer es unidireccional –se conjuga en masculino– pero es inevitable que el cristal de las fantasías eróticas personales esté facetado, aun a

contrapelo, por el mundo tal cual ha sido hasta el momento. Por otra parte, el desconocimiento del mecanismo afectivo de la sexualidad femenina es el antecedente de la mirada masculina en la degustación de pornografía. En ese mundo el hombre es autárquico, como lo sería un solipsista que fuera elevado al rango de jefe de la horda.

X

El consumo de pornografía no es precondición necesaria de su adop-



Ilustrado por
Juan Rearte

ción pública. En general se responde a su llamado porque se ha olfateado su almizcle en el aire de los tiempos. El género emite su furor genital para todos y para nadie, en forma radial, y para mesmerización de hombres y mujeres fuera de toda sospecha: el *strip-tease* se vuelve numerito obligado de las reuniones de ex-alumnos de escuelas secundarias y el baile de caño sustituye al juego de poner la cola al chanco en las fiestas de los geriátricos y la confesión de los delitos del pene y la vagina se trompetea en el horario central de la programación televisiva antes que en confesionarios por hora y en el tiempo que lleva dejar acharoladas la cocina y el salón comedor las amas de casa ensayan y actualizan acrobacias e histrionismos de cabaret. Todo esto es inocuo, apenas un grano de pimienta arrojado sobre el ajuar de bodas. El glamour del vicio es reconocible, sí, pero está inmunizado contra eventuales intrusiones del mal.

XI

La meca del cine promueve el “divismo”, en tanto la industria pornográfica lo hace con la categoría simétrica de “pornostar”, y asimismo con la más prolífica de “actriz pornográfica”, a secas, que es similar a la “figuración” en el reparto actoral y afín a los números vivos de los bares de desnudistas, hasta desembocar en un caudal innumerable de maniqués animados en poses diversas que se corresponden con los elencos de extras de un filme o, llegado el caso, con las performances conyugales atesoradas en formato de video. Pero son tantos, y tan variados, los cuerpos expuestos que casi toda mujer podría encontrar a su “do-

ble” en alguno de los escaques de este tablado barroco. Que esas mujeres exuberantes hayan pasado antes por el quirófano es una verdad que no las impugna, pues también las estrellas mismas confiesan haberse recostado alguna vez en ese lecho de Procasto. Y para no decir una palabra de menos, también lo han hecho, por pura vocación, cientos de miles, quizás millones ya, de congéneres femeninas.

XII

No es el dormitorio, en particular el lecho nupcial, el lugar exclusivo donde la pornografía anima a sus fantasmas. Y aún cuando el lóbrego sótano o el altillo angelical convoquen figuras eróticas a la imaginación, quizás la mirada del pornógrafo cupiese mejor en el ojo de la cerradura. Espera la bienvenida.

XIII

La ingesta de pornografía suscita la evocación de escenarios personales previos y significativos, fenómeno que concierne menos al psicólogo que al oráculo. El teatro de sombras de la memoria arrastra consigo el eco de lo dicho y lo escuchado, haya sido gorjeo o rugido, por cuanto el oído fue, en aquellas circunstancias, testigo y archivo a la vez. Si la sonoridad fuera esencial a la rememoración, entonces todo ruido, por más leve o breve, habría sido pertinente: el tintineo de copas, la risa, el frufrú de la ropa, la batahola de músculos y encastrés, el festejo. De igual manera, en el género pornográfico, incluso el murmullo y la vibración y los decibeles de los gemidos canoros

adquieren personalidad y cuerpo por sí mismos. Pero si se prescinde de la onda acústica, entonces lo importante es el ritmo. En un mundo silente, se privilegia la alternancia tanto como los intervalos, y también los pulsos, compases y acentuaciones de los movimientos corporales. Es la plenitud de la pantomima. Y si el paso del tiempo logra que en la reminiscencia se intensifique la silueta de la llama antes que su calor ya disipado, en el ahora del acto pornográfico la cinética de movimiento perpetuo se impone por sobre la vocinglería al tiempo que los espectadores son transformados en estatuas de sal.

XIV

Los ya anacrónicos desnudos en blanco y negro eran las figuritas difíciles de la educación sexual de los varones de otros tiempos, previa a su desflora-

La cuestión del pudor, en un caso y en el otro, nunca dejó de estar en la mira de los espectadores, y en la de los censores, y por lo tanto la historia del cinematógrafo resulta ser un registro documental y en tiempo real de la progresiva desnudez femenina.

miento. Bastaba la visión de una sola fotografía y un castillo de naipes de consistencia opiácea se desplegaba en la imaginación del adolescente, y en la del adulto también. Eran el ábrete sésamo, la postal del paraíso al fin límpida y correctamente enfocada. La subsiguiente lección de anatomía quedaba a cargo de prostitutas: eran santas profanas. Pero la dirección instructiva de la pornografía actual se orienta menos hacia la imagen demoníaca de la temporada en el infierno que hacia el catálogo ordenado de placeres, al menos los de interés masculino. La exposición de la piel es asumida

ya no por mujeres “de la calle” sino por las novias posibles de todo hombre que proyecte fundar un hogar modelo.

XV

Cien años atrás, muy pocos, fuera del esposo, tenían acceso legítimo al más angosto de todos los abismos. Sólo médicos, parteras y clientes de burdel. Pero la restricción de la vista se acompañaba de la inevitable compulsión a ver. Así también Orfeo quiso contemplar el rostro amado de Eurídice antes de ser ella reenviada al otro mundo. Courbet se adelantó en mucho a su tiempo cuando pintó *El origen del mundo*, la imagen detallada del secreto femenino en primer plano, y quizás con ello dio fin a una de las búsquedas de la pintura. En el siglo XIX, su exposición pública hubiera hecho evidente el punto de apoyo de los traumas burgueses. Pero hoy las volutas del pubis son accesibles: el cine pornográfico las volvió su sello de calidad pero ya antes habían sido mostradas, y para todo público, en ocasión de la primera transmisión televisiva en vivo de un “alumbramiento”, allá por la década de 1970, y también se ha recurrido a ellas –aunque parezca imposible– en carteles publicitarios. Del mismo modo, el hábito ya habitual de documentar el nacimiento de un hijo en la sala de partos del hospital encuentra su inmediata genealogía en el plano-detalle con que comienzan, y acaban, las películas pornográficas.

XVI

La costumbre de muchas parejas de filmarse a sí mismas en posiciones comprometidas no supone solamente

un ejercicio de narcisismo obsceno permitido y fomentado por los modos tecnológicos actuales de la cosecha y el acopio de imágenes. Ni souvenir ni registro ni eventual afrodisíaco: es el influjo de la pornografía sobre los camaradas de alcoba que activa en ellos la voluntad de mimesis. Pretenden ser, para la cámara impávida, la pareja sustituta de una actuación original filmada en escenarios de cartón piedra. Hacen, por vocación, lo que los otros proceden a hacer en forma profesional: son su parodia incompetente.

XVII

El despliegue de la industria pornográfica está remedando, a escala, el nacimiento y auge del “séptimo arte” en las antiguas barracas de madera de Hollywood. La cuestión del pudor, en un caso y en el otro, nunca dejó de estar en la mira de los espectadores, y en la de los censores, y por lo tanto la historia del cinematógrafo resulta ser un registro documental y en tiempo real de la progresiva desnudez femenina. El *strip-tease* se elevó del local de mala fama al palacio de cine, y aunque pasarían décadas antes de que a esa danza de los siete velos se le permitiera desvestirse legítimamente el “origen del mundo”, las actrices siempre estuvieron destinadas a ser desnudistas. En la época “heroica” de los grandes estudios los elencos femeninos eran reclutados a la salida del teatro, el *vaudeville* y el *cabaret*, sin excluir al circo. Inmediatamente llegarían las aspirantes, muchas de ellas en fuga del tedio de pueblo chico, y no pocas pagaron el acceso a los escenarios de filmación con libras de carne. De igual manera, la indus-

tria pornográfica recoge mujeres en discotecas, en bares del camino o en producciones fílmicas caseras de nulo presupuesto y ánimo de farsa. Algunas vienen huyendo de una vida de miseria, otras tantas de la trata de blancas, no faltan las que se ilusionan con hallar el vellocino de oro, e incluso más de una visita ese infierno a modo de plataforma estratégica apta para trascender hacia escenarios más honorables o bien hacia un matrimonio conveniente y de buen tono. Es inevitable que el sistema de estrellato de esta industria, parodia del “star system” de Hollywood, sumada a su creciente aceptación pública, termine por atraer a princesas de los suburbios, a exhibicionistas vocacionales, y a novias y esposas osadas. Esta exhibición de carne faenada no es desemejante a la mostrada en los concursos de belleza nacionales e internacionales, en los cuales participan mujeres “producidas” en gimnasios, en clínicas dietéticas y en quirófanos.

XVIII

La pornografía deja correr el lenguaje de la intimidad, que hasta el momento había sido “traducido” para el gran público por la literatura sicalíptica o “de soltero”, el folletín “sensualista”, la retórica festiva del teatro de revista o por telenovelas y películas apenas subidas de tono. Ese idioma estaba interdicto en público porque emanaba no tanto del fuelle labial como de vísceras crepitantes. Así sucede cuando las cuerdas vocales son pellizcadas durante su máxima tensión. Es probable que Adán y Eva se trataran con cortesía parecida en un tiempo perfecto e irrecuperable: si esas palabras

briosas no fueron proferidas espontáneamente, entonces esos primeros enamorados debieron aprenderlas de los únicos seres que los observaban y acompañaban sin juzgarlos, los animales, sus semejantes.

XIX

La boca sonriente es omnipresente en la pornografía, como si fuera el pozo sin fondo de una mujer fatal o bien la invitación a un mundo idílico en el cual la felicidad es una obligación compartida. Los labios eluden el bostezo tanto como sobrepasan la sonrisa, que de por sí ya es un índice de aceptación. Una vez tragado el pudor, el grado de abertura bucal desplaza a los demás rasgos faciales y se transforma en centro de gravedad, se diría en “ombligo del cuerpo”. El lenguaje, ladeado hacia el secreteo, el ronroneo o el balbuceo, da rienda suelta a las zonas tórridas del diccionario. Un babel de lenguas

La repugnancia queda concernida, pero también el incesante anhelo de placer, que siempre parece introducirse en la quietud corporal a la manera de los intrusos.

que progresan al ritmo del embate o al de la libación, por cuanto el habla íntima no tiene porqué corresponderse con un lenguaje

cívico. La incitación riente ha sido entrenada por la falsa sonrisa de la publicidad, de la animación televisiva, de la “atención al público” y de la “comedia de la seducción”; y todas imitan la mueca de la muñeca inflable. De allí que la actriz pornográfica entone una vez más la vieja canción de las sirenas que antecede a todo naufragio: en la garganta del diablo se eclipsan todos los hombres.

XX

La soledad, a toda edad, se desvive por compañía. Pero la virgen a la que rezan los solitarios es una diosa hindú de ocho brazos.

XXI

Muchos son los tonos con que puede ser dicho un nombre de mujer y también muchas las acentuaciones que pueden acompañarlo y asimismo numerosos los arrastres y dejos de la dicción que enfatizan o trastocan los sentidos de un nombrar, e incluso no escasean apócope y sobrenombres que no dejan impoluto al capricho del lenguaje que desde siempre es el portavoz de sí mismo. Además, la aceleración y desaceleración en el decir sus nombres necesariamente modifican la actitud y el resuello, y al fin hasta las tonadas regionales cuentan. Pero así como los nombres nos hacen evocar a personas, también lo hacen con las circunstancias sensoriales que nos engarzaron a ellas. La pornografía, que habla en todas las lenguas, permite la exploración acústica de voces que se resisten a ser proferidas del todo. En otras épocas eso era tarea de la glosomancia.

XXII

Presentadas en sociedad, las actrices pornográficas carecen, sin embargo, de nombre. También anónimas son las mujeres desconocidas que nos resultan inmediatamente adorables o deseables, sin que sepamos cómo llamarlas. Dada la opción a un nombre de fantasía, la “X”, simétrica como un mandala y llamativa como un cartel que advirtiera

la cercanía de un tabú, es la letra del alfabeto que mejor se adecua al género. Equis de xenón, un elemento que existe en el aire en muy escasa proporción. Las mujeres-espía disponen de doble y hasta de triple documento de identificación; las “mujeres de la calle” optan por un alias que disfraza el santo y seña de origen; al fin, en la pornografía, se eligen sobrenombres que se vuelven, a veces, marcas registradas aún cuando por lo general sean el chador de la identidad. En verdad, muchos de los apodos a que recurren las mujeres develan un doble fondo –un bajo fondo– y no son pocas las que resguardan un seudónimo cuidadosamente ocultado a los vínculos cercanos. Muy probablemente un nombre de guerra, puesto que la carne masculina es, en las películas pornográficas, un objeto a destruir.

XXIII

Es la joven inocente o la mujer de mundo o la cautiva o la ninfómana, son los ogros de los cuentos de infancia, es la esclava del amor de las leyendas orientales, son los adoradores de la diosa de la fertilidad, es la sirena aislada en medio de la tripulación, son cefalópodos desplazándose en desorden, es la soldadera de todas las guerras, son piratas de un solo ojo, es la novia mancillada por sus pretendientes, son suicidas en potencia, es una guillotina de hojas labiales, son un tropel, es una estatua móvil, son juguetes de madera que mienten por su genital, es la chica de sus sueños descompuesta en esquiras afrodisíacas que les incendian el ánimo y la sangre, son monarcas derrocados luego de agitarse como entre pesadillas. Los seres de este mundo parecen haber escapado de una saturnal o de un pan-

demonio, o más bien del ruedo donde la bestia y su matador ponen nuevamente en acción a la vieja teoría de la “lucha de los sexos”, esta vez en versión simpática y con final empatado.

XXIV

La repugnancia queda concernida, pero también el incesante anhelo de placer, que siempre parece introducirse en la quietud corporal a la manera de los intrusos. Algunos confirman su rechazo hacia los poderes del sexo y otros dejan crecer la curiosidad por la parte de “animalidad” del cuerpo humano. En ambos casos, se teme o se ansía la revelación del doblez reprimido de cada época. Es por eso que su proliferación actual no es consecuencia única de los avances en la libertad de expresión sino también de la voluntad general de echar un vistazo al harén de Lucifer. Quizás los eclesiásticos que la acusan de promover el libertinaje y los bienintencionados que le atribuyen el rol de clase de anatomía para adolescentes estén más cerca de la verdad. Y por cierto, el cuarteamiento del cuerpo en órganos removibles e injertables como resultado de los adelantos en la técnica del trasplante de órganos o de la cirugía estética se corresponde con la fragmentación cinematográfica de la piel en zonas significativas. Ya en los procesos laborales modernos el cuerpo había sido descompuesto en unidades útiles.

XXV

Las películas pornográficas son siempre segundas partes. Y son, a fin de cuentas, estáticas en su incesante ajetreo. Se

parecen a las naturalezas muertas que cuelgan de las paredes de los museos, sólo que los genitales y los adminículos eróticos sustituyen a las frutas y al vino embotellado, y la pantalla de televisión o de computadora a las salas de exposición, donde también suelen exhibirse “desnudos”. Lo que en un lado se degusta lentamente, a la manera de los *connaisseurs*, en el otro se deglute en tiempo de “fast-forward”, como si éste fuera un método amateur de lectura veloz para fotogramas.

XXVI

Es, sin tapujos, la exposición de la piel y los genitales, aun cuando nada límpido se extraiga de la imagen en el espejo salvo su deformación. Eso no remite al grotesco ni a la representación de la lujuria, sino al garabato o a la pintura inconclusa, incapaces ambos de capturar todas las dimensiones posibles del cuerpo, comenzando por el asombro ante la entrega y siguiendo por el reconocimiento estremecido de la carne efímera. Prima la comedia sobre el idilio, la audición sobre el carnaval, la farsa sobre el juego y el baile de disfraces sobre la noche de bodas perenne. Consumado el desvestido, la desnudez no decepciona pero obnubila, como si una obstinada hoja de parra brotara incesantemente sobre el párpado oval repetido de mujer a mujer. El desnudo, en la escultura, nos despierta el anhelo de caricia y de consuelo, en tanto la pornografía incentiva, en sus audiencias, instintos venatorios y afán de manoseo y manipulación. Pero los ojos no son órganos del tacto, sino de la admiración y del espanto.

XXVII

Lo diurno y lo nocturno condicionan la visión de rostros y cuerpos. La piel, sometida a la penumbra o al encandilamiento, queda en estado de empañamiento. Sólo atisbos y planos únicos cegadores. Foco dirigido, claro de luna o luz de trasnoche: la imagen se vuelve negativo fotográfico, o bien dobladillo. Los ambientes se difuminan hasta la alucinación, hasta devenir hologramas, en cuyo centro los rasgos faciales y los frutos de la pasión, tanto cóncavos como convexos, refulgen como apariciones, o como metamorfosis. Las variaciones en la iluminación dejan entrever máscaras distintas: con luz atenuada son fantasmales; con la luz a pleno, semblantes de rehén o halos de recién confesada. Al enmascaramiento lumínico se superpone la mascarada, puesto que no hay pornografía sin disfraz y sin cosmética. El afeitado es requisito del oficio: el rouge, el rubor y la pasta oscura encubren a la vez que conceden brillo, espesor y carácter al rostro femenino, prisma donde la vista fija acaba descomponiéndose en delirio ocular. Realizada, más bien enjaezada, la cara se eleva al estatuto de icono. El arte de maquillar, aprendido en la niñez o en la adolescencia mediante la atenta observación de los rituales de la madre o de otras mujeres experimentadas acumula el anhelo y el ansia de cientos y cientos de antepasados femeninos de todos los tiempos, y así hasta llegar a la mujer primogénita en el Paraíso y al sencillo follaje que disimulaba su ardor, y que en aquella época feliz y pretérita resultaba ser frontera de la honestidad y zaguán de la tentación.

XXVIII

No es improbable que incluso las obscenidades mayores de esta época sean vistas en el futuro como pornografía cándida, tal como nosotros lo hacemos con las viejas fotografías de inicios del siglo XX que mostraban mujeres “rellenitas” y con boquita tipo corazón, y que ya no abarrotan las bateas de los *porno-shops* sino las de los anticuarios. Así también Babilonia rememoraba a Sodoma y Gomorra tanto como al Jardín del Edén, cuyo paradero sigue siendo desconocido hasta el día de hoy.

XXIX

El rostro iluminado de Cristo, las facciones resplandecientes de la estrella de cine, los rasgos faciales femeninos enfatizados por el maquillaje, los gestos de buena voluntad emitidos por las actrices pornográficas: santidad,

divismo, simulación y entrega. María Magdalena, Afrodita, Cupido y Eros los alumbran, no menos que a la sonrisa de la madre reciente.

XXX

Luego de muchos años y años y años apenas queda en pie una parva de huesos. La emoción a flor de piel, el corazón abierto en canal, la sangre a punto de hervir –la luz, el amor, la desesperación– ya se han desvanecido de toda memoria. Por más que la calavera gima y balbucee, no hay reciprocidad posible. Por dos veces la carne y el alma abandonaron el cuerpo del hombre, unidas en el soplo de semen enamorado arrojado al horno de fuego y en un breve chisporroteo de fósforo óseo reluciendo para nadie en algún cementerio. Al primer abandono se le dice encarnarse en entraña de mujer; al último, “fuego fatuo”. Así dan la bienvenida la especie y la eternidad.

La técnica como dilema filosófico

Una y otra vez descubrimos en nuestro lenguaje la técnica. No sólo porque empleamos esa palabra continuamente, con distintos pesos y consecuencias, sino porque el propio lenguaje, y en un extremo, el propio cuerpo, fue afectado por la ansiedad filosófica de vérselo también como una "tecnología". La ancestral teckné fue así recorriendo el impetuoso rumbo por el cual se aloja con una gravitación especial en nuestra vida, adosada a nuestras formas de habla como una estaca imprescindible y provocativa. Cada vez que pronunciamos sentimos que jugamos nuestra entrega o nuestra eximición ante una poderosa fuerza que ni podemos abandonar ni debemos resignarnos a que no sea pensada. Apreciaciones útiles aunque superficiales repartieron el interés del tema entre los amigos de la tecnología y los que la resistían con un mohín humanista. Pero lo propiamente humano es siempre demasiado humano por la gravedad con que aparece ante la última frontera de la experiencia. Las tecnologías son experiencia comprimida, metafORIZADA, cristalizada. El cristal de la experiencia es la técnica. Ella interviene frente al tiempo, al espacio y la sensibilidad como un ser ahorrativo y compacto. Ahorra movimientos, suprime antiguas percepciones frente al objeto y suspende enigmas filosóficos con la confianza de un conocimiento que por fin se realiza en su transparencia absoluta. Frente a la reorganización del conocimiento

humano por el peso de la técnica, se pudo hablar de tecnologías de la información en el sentido de una premisa civilizatoria o de tecnologías del yo en el sentido de un cuidado profundo que define una servidumbre o un acceso a la autorreflexión. Pero una sutil percepción ya imposible de separar del sentido profundo de la época, indica que son ciertos los pronósticos que le otorgan a la máquina —a la cosa, a la mercancía, al cómputo abstracto de gestos cuyo nacimiento empírico se diluye en las tinieblas del tiempo— la facultad de reponer una antropología completa de la existencia. El viejo humanismo vacila en aceptarlo y desea reponer un perdido equilibrio renacentista. La crítica a la racionalidad instrumental que redescubrió el siglo XX fue el último canto de ese humanismo que quiso devolver la razón a sus fuentes vitales y experienciales. El tema no puede quedar sometido a esquematismos ni abjuraciones. Ninguna energía sorprendente y nueva surge en vano. Pero los viejos ideales que desean apartar de lo humano las fuentes de la alienación, tampoco han perdido vigencia. La filosofía no es ajena a estas disyuntivas, sino que es el alma de las nuevas interrogaciones, no porque le guste la novedad, sino porque es lo único que puede torcer el triste destino de una civilización que ya no pueda pensar las obras, con lo maravillosas que sean, que ha forjado su imaginación técnica. Los artículos de esta sección de la revista así lo hacen pensar.

La técnica y el tiempo

Progreso, aceleración, intensificación

Por Flavia Costa

La noción de tiempo compartida por la modernidad portaba la ilusión de que las sociedades desplegarían sus potencias racionales y técnicas en pos de una creación incesante, capaz de arrasar conflictos y problemas. La invención tecnológica contemporánea abre una nueva situación, tanto respecto de aquella ilusión como del estado mayoritario de sus críticas. Flavia Costa recorre los pensamientos sobre aquello que abre la época, no necesariamente pensado al calor de los acontecimientos, sino esas imágenes que el pasado arroja como iluminaciones para el presente. Así, Weber y Arendt pueden ser leídos en esta interrogación sobre el destino de lo humano en momentos de esplendor del sistema técnico. El ensayo, que trata sobre la existencia de un tiempo de lo humano, preserva la compleja apuesta de sostener una noción a la altura de la historia pensada en su indeterminación, eludiendo nostalgias y festejos.

La reflexión acerca de la percepción del tiempo en la llamada “era de la técnica” (que es también, en buena medida, la “era de la comunicación”) es rica en interpretaciones, muchas veces contrastantes y, por momentos, aparentemente contradictorias.

A lo largo del siglo XX, la técnica y la comunicación contemporáneas han sido vistas como concretizaciones materiales de un modo de ser y aprehender el mundo que, desde sus primeras manifestaciones en la modernidad clásica, ha pretendido realizar una expansión autocreativa progresiva e incesante de la humanidad, con el horizonte de un futuro in-finito e in-finalizable. La tarea del hombre se ha vivenciado como despliegue de una potencia apropiadora de lo existente como recurso a explotar y como campo de experimentación. En el interior de esta perspectiva, las diferencias entre culturas se han leído como diferencias temporales, como si las culturas no occidentales habitaran en estadios previos que deberían “superar” hasta alcanzar el estadio más alto, representado por el Occidente industrializado. En este sentido, la dimensión del futuro aparece como la privilegiada, en la medida en que el pasado es un “ya no” –en el mejor de los casos, una memoria de la especie o de la cultura que se percibe como causa o condición de posibilidad de la situación actual, cuya significación está ya agotada, acabada, resuelta en la condición presente; y en el peor, como resto, residuo, supervivencia que habría que abandonar lo antes posible– y la condición presente es en cada momento un “no todavía”, un estado a perfeccionar, que requiere ajustes y correcciones permanentes.

Entre las perspectivas críticas de este relato del progreso, se ha observado sin embargo en este mismo modo de ser la

manifestación de una voluntad de capturar o neutralizar el futuro; es decir: una voluntad que se despliega, no a través de una apertura, sino de un cierre, a través de una proyección-programación que busca circunscribir lo que advendrá (sus dosis de azar, de indeterminación) a una idea o diseño previo (diseño que, por ejemplo, si atendemos a la matriz eugenésica que subyace al proyecto de las bio-tecnologías, es un programa de mejoramiento de la especie sobre las bases del modelo occidental). La dimensión dominante aquí es la del pasado: el presente que habitamos es el resultado de una serie de decisiones que por su alcance (por su importancia cuantitativa, por su desarrollo industrial, por su

penetración en cada una de las esferas de la existencia) nos parecen extremadamente difíciles de alterar, en la medida en que, o bien desconocemos su funcionamiento,¹ o bien nos han sido legados manuales de instrucciones suficientemente detallados y restrictivos que nos limitamos a aplicar en escala planetaria (en general, ambas cosas a la vez). Las creencias acerca de que “el futuro ya llegó” o que nos encontramos ante el “fin de la historia” apuntan a subrayar en este sentido, no tanto (o no sólo) la capacidad del presente omnívoro para opacar las persistencias del pasado y las sorpresas que pueda deparar el futuro, menos aún la potencia de un futuro que se abalanza sobre

La tarea del hombre se ha vivenciado como despliegue de una potencia apropiadora de lo existente como recurso a explotar y como campo de experimentación. En el interior de esta perspectiva, las diferencias entre culturas se han leído como diferencias temporales, como si las culturas no occidentales habitaran en estadios previos que deberían “superar” hasta alcanzar el estadio más alto, representado por el Occidente industrializado.

el presente, sino sobre todo las dificultades del presente y del futuro para vérselas con un pasado que ha dejado de constituirse como legado a considerar² y en cambio se nos revela como destino ya ordenado que simplemente “aplicamos”; como decía Bergson, “se siente que se elige y se quiere, pero se elige algo impuesto y se quiere algo inevitable”. No se trata aquí, no obstante, del anacronismo forzoso y sistemático de la memoria (que captura lo real presente como un pasado, en la medida en que cuando algo se hace real, se refleja en la memoria hacia atrás como potencial, como *habiendo sido desde siempre posible*, y por lo tanto hace que el hecho actual pertenezca “al pasado en cuanto a la forma y al presente en cuanto a la materia”),³ ni tampoco necesariamente

Esta primacía del “tiempo real” por sobre el “espacio real” divide el mundo entre una zona ultraveloz, donde todo “llega” sin espera, donde la inmediatez y lo simultáneo parecen diluir las distancias, y otra zona lenta, pobre, en la que se vive en un tiempo diferido, entre promesas y postergaciones que no responden a vínculos causales, a cadenas de causas y efectos, sino que la esperanza reside en la “conexión”, el “enganche”, la posibilidad de “pegar una”.

de “falso reconocimiento” (el anacronismo contrario, que bloquea la dimensión de lo virtual o potencial, en lugar de potenciarla, en la medida en que la desplaza y la superpone a lo real como *ya habiendo sido actual*, como en el caso del *déjà vu*).⁴ Se trataría, más bien, de un “programa de falso reconocimiento”, que se propone técnicamente hacer del presente y del futuro el cumplimiento de un (plan) pasado inescapable.

Por último, las tecnologías que han posibilitado la transmisión de información en “tiempo real” (la toma directa de los medios audiovisuales, pero también la

conexión instantánea de las redes informáticas, que es la condición tecnológica de posibilidad de los mercados financieros y de las transformaciones del proceso de producción en la etapa posfordista: *just-in-time*, tercerización, “stock cero”) llevaron a diversos autores a considerar que la experiencia contemporánea del tiempo es la de un “continuum”, un “presente permanente”, un “tiempo sin relación con el tiempo histórico” que aplana las dimensiones del pasado y el futuro. Este presente continuo está plagado de historias y noticias, profecías y pronósticos, pletórico de acontecimientos anunciados o referidos, pero la experiencia del tiempo es la de un “agotamiento por aceleración”: un falso-día inacabable que, al anular las trayectorias gracias a la transmisión de información a la velocidad de la luz, pone en suspenso el tiempo eliminando distancias, volviendo instantáneos los desplazamientos y provocando fuertes descontextualizaciones. Esta primacía del “tiempo real” por sobre el “espacio real” divide el mundo entre una zona ultraveloz, donde todo “llega” sin espera, donde la inmediatez y lo simultáneo parecen diluir las distancias, y otra zona lenta, pobre, en la que se vive en un tiempo diferido, entre promesas y postergaciones que no responden a vínculos causales, a cadenas de causas y efectos, sino que la esperanza reside en la “conexión”, el “enganche”, la posibilidad de “pegar una”.

Proyección hacia un futuro in-finito e in-finalizable; tiranía del pasado concebido y percibido como programa; experiencia de un presente continuo y permanente. La idea es plantear aquí algunas observaciones acerca de estas tres interpretaciones sobre el modo de concebir y habitar la dimensión del tiempo en la modernidad tecnológica.

La técnica como entrada en el tiempo

Subyacen a este trabajo tres ideas que no desarrollaré, pero creo importante referir. La primera es la tesis que, sobre la base de la antropología de Leroi-Gourhan, desarrolla Bernard Stiegler en *El tiempo y la técnica*⁵, según la cual lo propiamente humano es la técnica como cuestión o dimensión del tiempo. La técnica es comprendida por él como un proceso de exteriorización donde se fijan gestos, prácticas, pensamientos en la materia orgánica e inorgánica, donde la vida continúa por medios diferentes de la vida (“la vida organiza lo inorgánico y de esa manera se organiza a sí misma”; los programas técnico-culturales se superponen a, y toman el relevo de, los programas genéticos; o también, el *programa técnico* recubre el *programa natural* o *cosmológico*). Los objetos técnicos –entre los que se incluyen, como contaba el Prometeo de Esquilo, el número y el *gramma*– son concretizaciones de gestos que articulan la vida con lo no vivo, donde la técnica se revela como naturaleza (*physis*) diferida y diferente. “La invención del hombre –afirma Stiegler– es la técnica, como objeto y como sujeto: la técnica inventando al hombre y el hombre inventado a la técnica”. Ahora bien, este mutuo origen de la técnica y del hombre coincide con la “caída” en el tiempo; es la entrada en la anticipación y la reflexividad, proceso simultáneo de exteriorización e interiorización en el que el hombre, exteriorizándose *tecnológicamente*, es inventado en tanto interior por ese mismo movimiento. Lo que dice Stiegler es que interior (hombre) y exterior (técnica-mundo) se constituyen en el acto que inventa al uno y al otro a la vez, se inventan el uno *en* el otro, y sin embargo, esa doble constitución se

presenta como oposición y se vive como sucesión, como “tiempo”. Su tesis, al fin, es que esa ilusión de sucesión está arraigada en la melancolía prometeica, es decir, en la anticipación de la muerte, “donde la facticidad del ya-ahí que es el utillaje significa el fin para quien viene al mundo”. Sintéticamente: si la técnica (toda técnica) es hominización y entrada en el tiempo, lo que intentaremos formular aquí es la pregunta por ciertos rasgos de la temporalidad propia de la técnica moderna y “posmoderna”⁶, incluido el modo en que ésta está siendo procesada por y articulada con las culturas y sociedades.

La segunda idea es la suposición de que todo intento de totalizar (universalizar) la experiencia contemporánea del tiempo conducirá a tensiones irreductibles, en la medida en que la modernidad tecnológica es, ella misma, un *experimento en curso* acerca de –entre otras cosas– la cuestión del tiempo. Desde el punto de vista de la tradición de Occidente, un intento de proyectar y realizar “horizontalmente”, sobre la línea del tiempo histórico, la relación “vertical” (salvífica) entre los espacios del Cielo y de la Tierra, entre las dos dimensiones de la trascendencia y la inmanencia (la tesis de la modernidad como secularización-temporalización, en la línea de Marramao). Un intento de conquistar la dimensión del tiempo una vez alcanzada la conquista del espacio terrestre (la tesis de la modernidad

“La invención del hombre –afirma Stiegler– es la técnica, como objeto y como sujeto: la técnica inventando al hombre y el hombre inventado a la técnica”. Ahora bien, este mutuo origen de la técnica y del hombre coincide con la “caída” en el tiempo; es la entrada en la anticipación y la reflexividad, proceso simultáneo de exteriorización e interiorización en el que el hombre, exteriorizándose *tecnológicamente*, es inventado en tanto interior por ese mismo movimiento.

tecnológica como proceso de mundialización –explotación, expansión y conquista del espacio exterior–, mapeo, medicalización y rediseño de los individuos y las poblaciones –explotación, expansión y conquista del espacio interior– y aceleración o desaceleración de procesos –explotación, expansión y conquista del tiempo–. Y sobre todo, porque ese intento de unificación repetiría la pretensión –fallida, pero no por eso abandonada– de cierto pensamiento acerca de las cuestiones humanas que busca un principio unificador para experiencias siempre diferentes (aunque no por eso sin relación entre sí); pensamiento que, ante el hecho moral de la unidad (igualdad) de la humanidad, cree necesario encontrar hechos biológicos que lo confirmen y/o principios unificadores que den cuenta de “la historia del desarrollo de lo mismo”.⁷ La tercera es una idea, por ahora provisoria, según la cual la modernidad tecnológica provoca, en relación estrecha aunque no excluyente con las desigualdades que promueven tanto el sistema internacional de Estados en competencia como la tendencia técnica en convergencia con el mercado de la información, y en el marco de las dificultades crecientes para una síntesis entre sistema técnico y sistemas socioculturales, una doble crisis por debilitamiento y por hipertrofia de la dimensión histórico-temporal.

Progreso, secularización y el fin del “fin de los tiempos”

Bien miradas, las tres experiencias del tiempo recién mencionadas no se excluyen entre sí, sino que son solidarias. En principio, una de ellas parecería haber sido dominante desde los

inicios de la modernidad y persistió bastante más allá: la noción de progreso, es decir de un futuro que ya no se corresponde con el –tan esperado como postergado– “fin del mundo”, que había sancionado un tiempo estático que se vivía y se podía conocer como tradición y predecir como profecía. El progreso, en cambio, consagra un tiempo que viene hacia nosotros en movimiento acelerado y cuyo carácter es esencialmente desconocido.

Ya Weber, en *La ciencia como profesión*, reconocía en esta experiencia del progreso el eje de un cisma epocal, que –según él– había sido magistralmente planteado en la obra de Leon Tolstoi. Para Weber, todas las preocupaciones de la obra del escritor ruso giran en torno de la pregunta de “si la muerte es un fenómeno que tiene o no sentido”. Y la respuesta de Tolstoi es que para el hombre civilizado no lo tiene. Y por cierto que no –dice Weber–, pues...

la vida civilizada del individuo, inmersa en el ‘progreso’, en lo infinito, según su propio significado inmanente, no debería tener fin. En efecto, existe siempre un progreso ulterior para quien esté dentro de él: nadie que muere alcanza las alturas que se encuentran en el infinito. Abraham, al igual que cualquier campesino de la antigüedad, murió “viejo y colmado por la vida”, dado que se encontraba en el círculo orgánico de la existencia; porque conforme a su sentido inherente, al final de sus días había ya recibido cuanto ésta podía ofrecer, y no le quedaba ningún enigma que quisiera resolver; así, podía considerarse “satisfecho”. Pero al hombre civilizado, inmerso en un mundo que se enriquece continuamente con saberes, diferentes ideas y nuevos problemas, puede llegar a

*estar “cansado de la vida”, pero nunca “colmado” por ella. En efecto, de lo que la vida del espíritu produce de nuevo puede tomar sólo una mínima parte, y siempre algo pasajero, no definitivo. Por esta razón la muerte resulta para él un hecho sin sentido. Y puesto que la muerte carece de sentido, tampoco lo tiene la vida civilizada como tal.*⁸

En *Futuro pasado*,⁹ Reinhart Koselleck sitúa los orígenes de esta transformación en la confluencia de varios factores históricos: por un lado, en 1648, la paz de Westfalia dejó claro que las sangrientas guerras de religión no habían iniciado el juicio final, sino que más bien habían separado la historia sagrada de las historias humana y natural, dejando a los Estados europeos la custodia de la paz. Desde ese momento, la paz y la unidad de religión no son la misma cosa; y el fin del mundo es un dato que concierne más a los astrónomos y matemáticos que a la Iglesia o al Sacro Imperio Romano. Este proceso estaba preparado hacía mucho, afirma Koselleck: ya antes del siglo XV había comenzado a aplazarse el esperado fin del mundo (Nicolás de Cusa lo calculó para comienzos del siglo XVIII, Melancton, el discípulo de Lutero, para el año 2000 después de Cristo); el resurgimiento de la astrología contribuyó también a esta postergación, ya que los cálculos desplazaron las esperanzas escatológicas hacia un futuro cada vez más lejano y —si nos atenemos a las *Centurias* de Nostradamus, significativamente publicadas en 1555, el año de la paz de Augsburgo— repleto de acontecimientos. La profecía fue dejando paso al pronóstico racional, vinculado a la situación política y a los hechos de este mundo. Aun así, los pronósticos políticos de los siglos XVII y XVIII

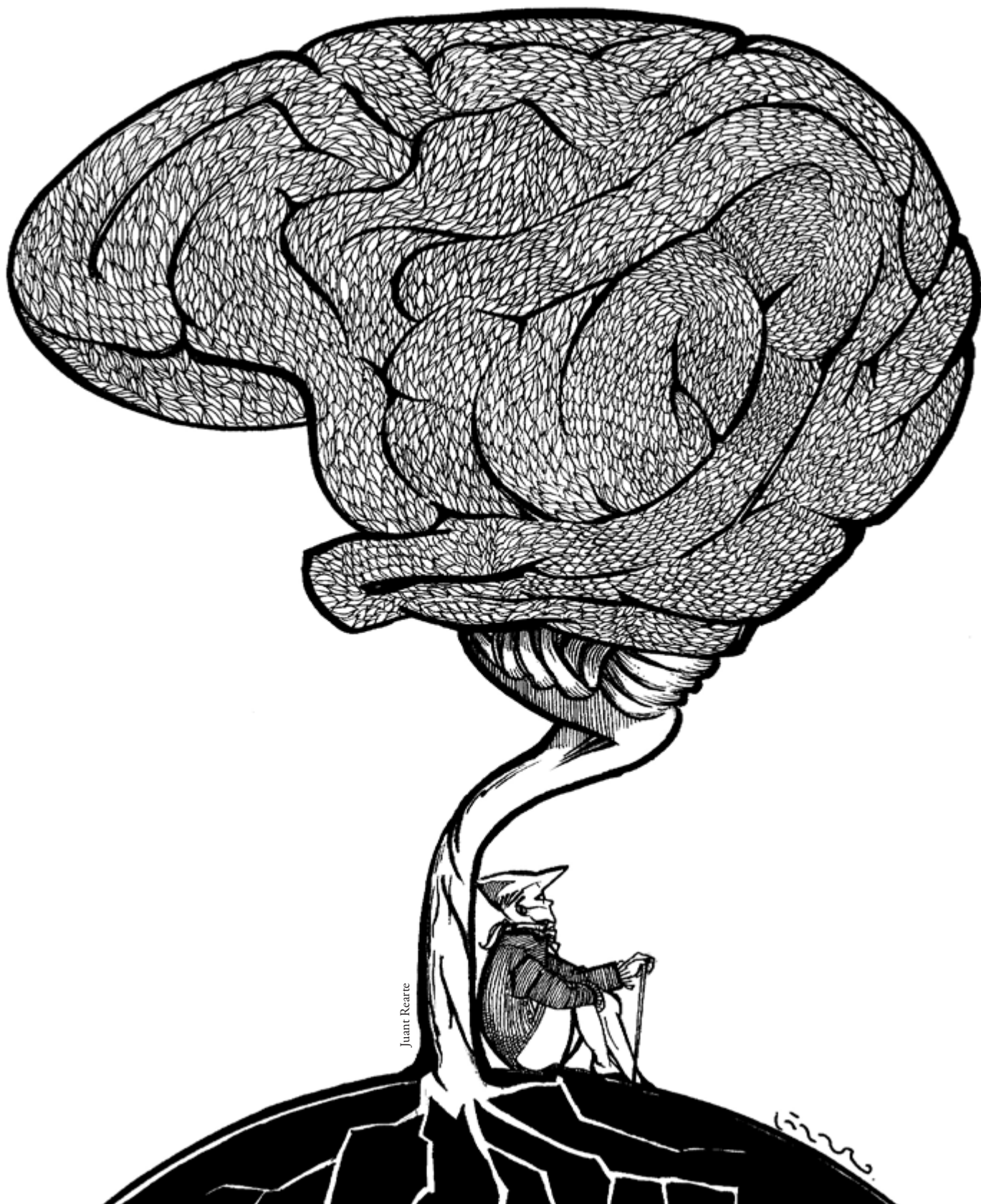
se formulaban sobre la base de un número de fuerzas políticas limitado a la cantidad de príncipes, por lo que la historia, dice Koselleck, “era comparativamente estática y se podía aplicar a la política la afirmación de Leibniz de que *todo el mundo futuro cabe y está perfectamente preformado en el presente*”.

Pero lo que para este autor dio el giro definitivo a la percepción del futuro fue la filosofía de la historia, “una mezcla, propia del siglo XVIII; entre pronóstico racional del futuro y esperanza”. Contra la movilidad estática del pronóstico político, cuyo diagnóstico introduce el pasado en el futuro y lo “limita”, la idea de *progreso* despliega un futuro que está más allá del tiempo y la experiencia *naturales*, que ya no es pronosticable ni mucho menos tradicional. El del futuro es un tiempo acelerado...

*que priva al presente de la posibilidad de ser experimentado como presente y se escapa hacia el futuro en el que el presente, vivido como inexperimentable, ha de ser alcanzado por la filosofía de la historia. Con otras palabras, la aceleración del tiempo —en el pasado una categoría escatológica— se convierte en el siglo XVIII en una obligación de planificación temporal, aun antes de que la técnica abriera completamente el espacio de experiencia adecuado a la aceleración.*¹⁰

Aquello a lo que la cita de Koselleck nos enfrenta es la pregunta acerca de cuál fue el papel de la técnica, una vez dada esta preparación histórico-cultural, en relación con nuestra per-

Contra la movilidad estática del pronóstico político, cuyo diagnóstico introduce el pasado en el futuro y lo “limita”, la idea de *progreso* despliega un futuro que está más allá del tiempo y la experiencia *naturales*, que ya no es pronosticable ni mucho menos tradicional.



Juan Rearte

cepción del tiempo; qué “aportaron” las nuevas tecnologías a este horizonte del progreso y cómo lo “afectaron”.

Autores muy diferentes entre sí, entre ellos el propio Koselleck, pero también pensadores de la técnica como Virilio y Stiegler, han analizado la especificidad del complejo técnico moderno como la capacidad para acelerar procesos, intensificar los ritmos de la producción y de la productividad, agilizar el traslado de materias y datos. La cuestión de la técnica contemporánea, la presión técnica, tiene que ver para ellos fundamentalmente con la velocidad. La específica desorientación de nuestra época, dice Stiegler, “se debe en gran parte a la velocidad que el desarrollo técnico ha ido adquiriendo desde la revolución industrial y que no deja de aumentar, ahondando dramáticamente el retraso entre sistema técnico y organizaciones sociales como si, al parecer imposible la negociación, tuviera que consumarse la separación”.¹¹

Ahora bien: si el rasgo que define la desorientación contemporánea es la velocidad acelerada de la invención técnica, esta aceleración ha sido a su vez motorizada por el complejo económico industrial capitalista, que toma como desafío el dominio de la información por medio de la velocidad. Dicho de otra manera: desde el siglo XIX el imperativo económico ha tomado la iniciativa de hacer de las técnicas (de los diversos conjuntos de memorias externalizadas, de los procedimientos de acondicionamiento de los territorios –y por lo tanto de las desterritorializaciones–) una industria. En la base de este imperativo están tanto el cálculo de beneficios a partir de un capital hipermóvil como la noción de información, devenida *episteme* dominante

en Occidente a partir de mediados del siglo pasado. Según Stiegler, “la revolución termodinámica impuso una movilización de un capital rápidamente descontextualizable: para ello fue necesario establecer una red de sedes bursátiles como infraestructura de información. Este imperativo económico reemplaza al imperativo político, y entonces la memoria, la tradición, el pasado ya no son patrimonio sino fondo de comercio [...] y su lógica es la del cálculo”. En un plano general, es decir, en el de una relación “a nivel de

la humanidad” entre sistemas técnicos y sistemas socioculturales, la velocidad es diferencia de fuerzas: “‘Velocidad’ –afirma Stiegler– expresa la prueba y el acto de un potencial constituido por la negociación de tendencias. En la desorientación originaria, esta diferencia de fuerzas como potencial es la diferencia de ritmos entre ser vivo humano y ser inorgánico organizado (técnico) y el desfase engendrado por el avance estructural de la técnica, en su diferenciación, respecto del ser vivo que ella constituye y diferencia a la vez”.¹² Pero cuando el principal dinamizador de la aceleración del avance estructural de la técnica es la puesta de la información en el lugar de materia prima y mercancía, ya no se trata de esa “desorientación originaria” sino de una desorientación de segundo orden, en tanto que lo “técnico” y lo “humano” son concebidos como información, y

En la convergencia del desarrollo de las nuevas tendencias técnicas (las abiertas por las bio-tecnologías, la informática y los medios de comunicación) y el complejo económico industrial se produce una industrialización de la memoria y de la información, su conversión es *stock informativo* y en mercancía, donde las nuevas síntesis están orientadas por el imperativo económico de rentabilidad.

su elaboración-transmisión-recepción en “tiempo real” está orientada a la rentabilidad *calculable* (por ejemplo, a la expansión de audiencias y, a la vez, a la distribución inequitativa de la información, ya que el valor de la información está dado por el hecho de que algunos posean determinadas informaciones antes que otros). Esto afecta dos núcleos duros de las experiencias individuales y

En la era industrial de la memoria, las redes cotidianas y permanentes en las que estamos inmersos son verdaderas *industrias del presente*: cada información (periodística, industrial o bursátil) supera y desactiva la anterior, en la medida en que el valor de la información está unido al tiempo de difusión.

colectivas acerca del tiempo: por un lado la posibilidad de seleccionar y transmitir (y olvidar, desechar, ocultar) ciertas memorias, que queda en gran medida en manos de las industrias de los medios de comunicación encargadas de seleccionar y co-producir lo que se percibe, registra y almacena como acontecimiento¹³; y por otro, la estructura misma del acontecimiento (en el sentido de lo por venir indeterminado) que se intenta anticipar, tanto por medio de ese tratamiento de los datos y hechos en “tiempo real” como por medio de la manipulación de la información genética, que organiza la relación entre lo vivo y lo no vivo según criterios de beneficio a corto plazo.¹⁴

“Tiempo real” y producción calculada de memorias

En la convergencia del desarrollo de las nuevas tendencias técnicas (las abiertas por las bio-tecnologías, la informática y los medios de comunicación) y el complejo económico industrial se produce una industrialización de la memoria

y de la información, su conversión es *stock informativo* y en mercancía, donde las nuevas síntesis están orientadas por el imperativo económico de rentabilidad. La anticipación industrial suspende la temporalidad y la especialidad propias de la síntesis anterior entre sistemas técnicos y sistemas socio-culturales, que anclaba en un modelo de calendario-reloj sincronizado y territorios a distancia. En términos de espacio (de control y experiencia del espacio), el poder del hecho tecnológico emancipado del territorio produce las condiciones de posibilidad de lo que se ha llamado la crisis del Estado: la dificultad de los Estados nacionales para vérselas con industrias transnacionales de producción y difusión de las informaciones y de las memorias que se desligan del arraigo territorial y ponen en crisis el sentimiento de pertenencia a una comunidad anclada en el territorio, el idioma y el nacimiento.

En términos de experiencia del tiempo, la apertura del sistema técnico se “cierra” en virtud de las necesidades del complejo económico industrial de calcular beneficios. Esta convergencia entraña sin embargo una curiosa ambivalencia, incluso una aporía, que Stiegler advierte con precisión. Por un lado, y de manera muy general, los criterios de selección en la memoria se hacen posibles por la tendencia técnica, lo cual implica una fuerte relación con lo indeterminado engendrado por las posibilidades de la tendencia técnica nueva que inviste el mundoambiente del hombre. Ahora, cuando la selección se hace industrial, integra un enorme equipo dirigido por una finalidad de cálculo económico que, por esto mismo, consiste en primer lugar en un intento de disolver lo indeterminado.

Pero debido a que esta industrialización se realiza por medio del desarrollo acelerado de identidades que, al tener lugar, reinventan al hombre, semejante disolución no es posible.

Si ese tiempo desde siempre “abierto” por la técnica como exteriorización (como espacio-temporalización) se “cierra” al paso que se despliegan los programas técnicos, esto se debe sobre todo a su integración o su convergencia con el complejo industrial, que lo somete al cálculo de beneficios, y también a su convergencia con el sistema político mundial de Estados en competencia (en crisis pero todavía operante, aunque sea a nivel de coaliciones como el G7, la OMC o la OTAN), donde ciertas sociedades e industrias coordinan u organizan los posibles planes. En esta combinación, la tendencia técnica es (todavía) aquello que permanece indeterminado: no comprendemos aún (al menos no del todo) qué significa eso (*con* lo) que se programa; desconocemos el “rumbo” de la tendencia, más allá de entender que se trata de un movimiento de complejización del sistema “terráqueo” en su conjunto.

En este plano, la programación del futuro en el sentido de una “occidentalización del mundo” (que implica el descarte o abandono del “resto” del mundo) o, con más plausibilidad, como “pasaje a Occidente” (según la fórmula de Marramao), que siempre es tensión y mutua afección de Occidente con esos “restos del mundo” en el camino de una complejización general (donde la humanidad es un elemento más, fundamental pero no único), puede parecer incluso una idea aliviadora: deseable o no, existe

un plan (y para algunos se tratará de integrarse o acceder a él, acaso con la misma resignación con la que se aspira a acceder al “desarrollo”: como si la “contemporaneidad de lo no contemporáneo” fuera una falla, y no un rasgo propio del complejo económico industrial capitalista).

Si, como en algún momento pensó Lyotard,¹⁵ “la especie humana está embargada por la necesidad de tener que evacuar el sistema solar dentro de 4.500 millones de años”; si “el éxodo se programa desde ya”; si “la única posibilidad de éxito que tiene es que la especie se adapte a la complejidad que desafía”; y si –por último– en caso de que este éxodo se realice, “lo que habrá preservado no será la especie misma sino la ‘mónada más completa’ que era en potencia”, parecería que este programa, en definitiva, es también “salvífico”; y que de lo que se trata políticamente es de seguir procesando la “complejización” más allá de la especie y pensar la mismidad en términos de “la Tierra”.

Industrias del presente

No me detengo aquí en el problema (crucial) acerca de quién/qué parte de la humanidad se concibe a sí misma como esa humanidad “en general” que forma parte de “lo terráqueo”. Por ahora me interesa subrayar, ante la comprensible preocupación acerca de *esta* programación del futuro, que la voluntad tecnocientífica e industrial de un plan puede estar operando socialmente en un sentido tranquilizador (no muy diferente, por otra parte, de la tranquilidad que podía suscitar la idea de la existencia de

Cabría pensar que las dificultades, pero también las capacidades, colectivas e individuales para la síntesis con este nuevo sistema técnico que se ha modelizado según la lógica industrial-económica de la mercancía, abrieron otro modo de relación con el tiempo que sobreimprime a la aceleración una necesidad de intensificación: aprovechamiento máximo de la “vida”, del “tiempo de vida”.

un plan divino, que en sus versiones simplificadas implicaba la división del mundo entre salvados y condenados, la “privatización” de la posibilidad de salvar la propia alma y la existencia de una voluntad superior y externa al hombre capaz de arbitrar una milagrosa salvación general, incluso entre los pecadores). Identificar esta dimensión de alivio, de deseo y de promesa, que

se corresponde con los temores que provocan tanto la enorme capacidad de destrucción de la técnica actual como su indeterminación constitutiva, permite al menos entrever otra dimensión de la cuestión del “programa”: la necesidad de

estabilización frente a una indeterminación que se vive como ausencia de sentido (individual y colectivo) y, al mismo tiempo, como amenaza de “accidente general” para la especie.

Esta necesidad de estabilización, como vimos, será al mismo tiempo cumplida y traicionada por el programa tecnocientífico industrial, y esto por dos razones: en primer lugar porque a pesar de los intentos de captura, o precisamente por ellos, su cumplimiento acelera y acentúa la indeterminación de la tendencia técnica (entrada en el tiempo, apertura y complejización en el sentido de aquella ‘mónada más completa’ de la que hablaba Lyotard). Y en segundo lugar, porque en el plano de la experiencia, la “programación del futuro” tecnoindustrial neutraliza el

futuro desrealizando y multiplicando (o hipertrofiando) el presente.

En la era industrial de la memoria, las redes cotidianas y permanentes en las que estamos inmersos son verdaderas *industrias del presente*: cada información (periodística, industrial o bursátil) supera y desactiva la anterior, en la medida en que el valor de la información está unido al tiempo de difusión. La conjunción entre el *efecto de real* (de presencia, donde coinciden temporalmente el acontecimiento y el acto de la toma) de la toma directa y el “tiempo real” de la transmisión (la velocidad de los desplazamientos) inauguran una nueva experiencia social e individual del tiempo: un tiempo mundial, como lo llama Virilio,¹⁶ que es tiempo saturado. Tiempo-límite en el borde de su accidente: sobrecarga de información, atascamientos del tránsito, multioferta de canales de radio y televisión, expansión de virus informáticos, cracks bursátiles acelerados por su televisación en directo. La aceleración, que a la vez desplaza y mantiene el elemento “salvífico”, se transforma ahora en potencial catástrofe. De allí la contradicción implícita en la posibilidad de “direccionar” esa aceleración: parece dar “alivio” ante la capacidad de autodestrucción, pero es un alivio que pretende curar con aquello mismo que produce el malestar.

Intensificación de la vida

Cabría pensar que las dificultades, pero también las capacidades, colectivas e individuales para la síntesis con este nuevo sistema técnico que se ha modelizado según la lógica industrial-económica de la mercancía, abrieron

otro modo de relación con el tiempo que sobreimprime a la aceleración una necesidad de intensificación: aprovechamiento máximo de la “vida”, del “tiempo de vida”. La sensación de “no tener tiempo”, la ansiedad porque el tiempo “falta” o transcurre “demasiado rápido” es la otra cara del sinsentido que adquiere, para la propia vida, un programa de aceleración cuya meta es inalcanzable (excepto en términos de una “humanidad en su conjunto” que, se vuelve cada vez más evidente, ya no será “en su conjunto” sino “seleccionada” técnicamente y además, en sentido estricto, ya no será tampoco “humanidad” sino “mónada más completa”) y en el límite de su accidente. No es casual, en este sentido, que haya sido el sistema de las artes (un subsistema técnico de alta complejidad que la noción tradicional de “estética” no alcanza a abarcar completamente) el que a comienzos del siglo XX se abocara a la exploración de un presente intensivo, simultáneo y múltiple, en oposición al tiempo lineal, continuo y homogéneo.

La búsqueda de una intensificación del tiempo podría pensarse como un repliegue del tiempo en el sentido de una interiorización que también es propia de la operación secular: si la secularización se constituyó como un intento de proyectar y realizar “horizontalmente”, sobre el tiempo histórico, la relación “vertical”, escatológica, entre mundo celeste y mundo terrenal, la intensificación del tiempo vital se propone interiorizar y realizar sobre el eje de la propia existencia biológica —el máximo disfrute-usufructo de los sentidos, la exploración-explotación de “estados de conciencia”, el aprovechamiento del tiempo vital que ya no

se asimila a “adquirir experiencia” sino a “hacer experimento”— aquello que en la perspectiva del progreso en una relación “horizontal”, sobre la línea del tiempo. La tensión-aceleración hacia el futuro se interioriza como tensión-intensificación sobre el yo.

En *La condición humana*, Hannah Arendt había señalado esa tendencia como otra clave del impulso secularizador. La secularización, al separar Iglesia y Estado, religión y política, implicó una vuelta a la primitiva actitud cristiana: “Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios”. Es decir, para Arendt no se trataba fundamentalmente de una desaparición de la fe en la trascendencia, sino más bien una vuelta a la diferenciación de esferas (lo mundano por un lado, lo espiritual por el otro) propias de la época antigua. Y una proyección del hombre, no tanto hacia el mundo sino primordialmente hacia su interior: individualismo, pre-ocupación sobre sí. Dice Arendt:

Aunque admitamos que la edad Moderna comenzó con un imprevisto e inexplicable eclipse de la trascendencia, de la fe en un más allá, de eso no se sigue en modo alguno que esta pérdida haya arrojado a los hombres al mundo. Al contrario: la evidencia histórica demuestra que los hombres modernos no fueron proyectados hacia el mundo sino hacia sí mismos.¹⁷

Esa vuelta sobre el yo, en el marco del

Esa vuelta sobre el yo, en el marco del actual sistema tecno-industrial, se manifiesta entre otras cosas como necesidad de hacer más intensa la experiencia del (poco) tiempo de vida: “estirar” el tiempo, aprovecharlo al máximo, no necesariamente para fines útiles, sino para hacer de la propia vida el experimento más intenso posible, en el que puedan “caber” la mayor cantidad de acontecimientos.

actual sistema tecno-industrial, se manifiesta entre otras cosas como necesidad de hacer más intensa la experiencia del (poco) tiempo de vida: “estirar” el tiempo, aprovecharlo al máximo, no necesariamente para fines útiles, sino para hacer de la propia vida el experimento más intenso posible, en el que puedan “caber” la mayor cantidad de acontecimientos. De allí (no sólo de allí, pero al menos también de allí) la compulsión a capturar lo existente como “museo viviente”, de allí la precocidad apabullante de las modas retro: vivimos lo *todavía actual* como un *ya pasado* a conservar y admirar, no tanto, o no sólo, por la dinámica de fugacidad y obsolescencia planificada con la que se (re) producen las mercancías, sino también porque, en el marco de flujos permanentes de instantaneidad calculada, es gracias a la capacidad de plegar el presente sobre sí mismo que se adquiere, aunque sea de manera vicaria, la sensación de un relieve histórico de la propia existencia.

Para terminar, sintetizaré algunas de las ideas expuestas hasta aquí:

- 1) El horizonte de expectativa abierto por la percepción progresiva y progresista del tiempo, aunque todavía extendida en términos de sensibilidad general de la época (persiste sobre todo en la creencia habitual acerca de que la ciencia y la técnica resolverán los problemas que ellas mismas generan), se choca con la dificultad para comprender la dinámica propia del sistema técnico como sistema que está en relación co-constituyente con el sistema sociocultural, por lo que toda nueva “técnica” inaugura también un nuevo “hombre”.
- 2) La idea de captura del tiempo es legible, en parte, como resistencia

del sistema cultural a aceptar las nuevas condiciones que impone el sistema técnico en su propio despliegue: resistencia a tratar con lo inorgánico organizado en su estadio actual. Al mismo tiempo, la posibilidad de programar es síntoma de un alivio epocal frente a la incertidumbre a que esos conjuntos técnico-humanos nos enfrentan. Tal como aquí intenté señalar, sin embargo, el principal operador de la programación y el cálculo en relación con estas nuevas tecnologías es la industrialización y la conversión de la información en mercancía cuyo valor se corresponde con la velocidad de difusión en el tiempo y el espacio. Este particular intento de apropiación del tiempo y de la información abre nuevos problemas: el sistema tecnoeconómico tiene reglas y accidentes propios, distintos de los del sistema técnico. Y es con ellos (y no tanto con los “peligros” de la convergencia entre el hombre y la técnica) con los que debe medirse una *política de la información* que esté a la altura de la época.

- 3) Me gustaría por último proponer una interpretación complementaria acerca de la noción de “presente permanente”, que atraviesa la cuestión de la percepción del tiempo propia de las tecnologías del “tiempo real”. La hipótesis aquí es que el debilitamiento del tiempo histórico se produce *también* por el modo en que el conflicto con el sistema técnico y el sistema tecnoeconómico es procesado en términos individuales y colectivos –de la propia existencia–. Queda por verse, en cada caso, si estas estrategias pueden leerse como

respuesta, resistencia o al menos intento de separación de los ritmos humanos respecto de los ritmos y programas de los sistemas tecnoindustriales, o si cabe pensarlas sólo

como acomodaciones. Queda por verse también si será posible, y de qué modo, liberar a la información de su carácter de mercancía.

NOTAS

1. Cabe pensar en las tecnologías informáticas –pero no sólo en ellas: también en las diversas máquinas burocráticas– y la dependencia que supone la inmersión de “usuarios” en entornos o programas prediseñados que desconocen o, por lo menos, no dominan, como paradigma de todas aquellas relaciones cotidianas que adquieren paulatinamente la forma de una interacción con “cajas negras”.
2. Ya no se trata, sin embargo, de ese legado que se presenta como destino ordenado por la tradición (aunque el malestar frente a las limitaciones que impone la programación técnica contemporánea tiene semejanzas con el que experimentaron los modernos frente a las limitaciones del marco mítico y ritual tradicional), sino más bien de una significativa conversión de la “tarea” –emancipatoria, expansiva– del hombre moderno, tal como la concibieron la filosofía y la ciencia de la época, en el cumplimiento de un programa que busca neutralizar la contingencia: esa indefinición que precisamente era el vacío o “blanco” que debía salvaguardarse para dar lugar al desafío de un proceso de complejización y libertad.
3. Henri Bergson (1908), “Le souvenir du présent et la fausse reconnaissance”, en *L'Énergie Spirituelle*, Paris, P.U.F. 1919 (trad. cast.: “El recuerdo del presente y el falso reconocimiento”, en *La energía espiritual*, Madrid, Espasa Calpe, 1982), citado en Paolo Virno (1999), *El recuerdo del presente*, Buenos Aires, Paidós, 2003, p. 25.
4. Para un análisis detallado –aunque con un horizonte diferente del que esbozamos aquí– de este problema, ver Virno, *El recuerdo del presente*, *op. cit.*
5. Bernard Stiegler (1994, 1996, 2001), *El tiempo y la técnica*, 3 volúmenes, Hondarribia, Hiru, 2002, 2004.
6. Si la técnica moderna es la de la revolución industrial, el desarrollo de los transportes, la electrificación y urbanización del planeta, tenemos en mente aquí cuando decimos “posmoderna” a tres acontecimientos técnicos decisivos de nuestra época: las bio-tecnologías, la telemática (informática en un sentido amplio y telecomunicaciones) y la “inteligencia artificial” (desarrollo de las ciencias de la computación hacia la generación de máquinas capaces de aprender de sus propios errores y la así llamada computación cuántica).
7. Para una crítica de esta perspectiva en la disciplina histórica, ver Marcelo Campagno e Ignacio Lewkowicz (1998), *La historia sin objeto y derivas posteriores*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2007.
8. Max Weber (1917), *El político y el científico*, Buenos Aires, Prometeo, 2003, p. 19.
9. Reinhart Koselleck (1979), *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993.
10. Koselleck, *Futuro pasado*, obra citada, p. 37.
11. Stiegler, *El tiempo y la técnica*, obra citada, volumen 2, p. 10.
12. Stiegler, *El tiempo y la técnica*, obra citada, volumen 2, p. 21. Esta tensión provoca un aumento, en general, de la movilidad, “donde las estrategias locales bien pueden consistir en disminuciones de velocidad, incluso en cuasi inmovilidades”.
13. Con la consiguiente desorientación que implica no saber exactamente qué es lo que merecería ser registrado; qué es lo que amerita la memoria o el olvido.
14. La necesidad de acelerar el tiempo en el que se obtienen los beneficios es uno de los efectos aparentemente paradójales de la tendencia del sistema técnico-industrial, ya que el incremento en la velocidad en que se realizan los procesos técnicos (en muchos casos, por fuera de la capacidad de control de agentes humanos) trae aparejados sistemas más abiertos pero más inestables y por ende un incremento en los riesgos de accidente. La necesidad de anticiparse a esos riesgos difíciles de calcular, la sensación de *urgencia*, llevar a acelerar aún más el proceso y esto provoca a su vez nuevos riesgos, nuevos “incomputables”.
15. Jean-François Lyotard (1988), “El tiempo, hoy”, en *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 71.
16. Ver en especial de Paul Virilio *El arte del motor* (1993), Buenos Aires, Manantial, 1996, *La velocidad de liberación* (1995), Buenos Aires, Manantial, 1997, y *La bomba informática* (1998), Madrid, Cátedra, 1999.
17. Hannah Arendt (1958), *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1974, p. 282.

Variaciones sobre el objeto técnico

Por Margarita Martínez

Margarita Martínez, recuperando las reflexiones de Peter Sloterdijk y Gilbert Simondon, afirma la necesidad de configurar un nuevo objeto del pensamiento: el del complejo hombre-máquina. Si la tensión entre uno y otro polo fue productiva literaria y filosóficamente, si fue piedra de toque de hechos estéticos y de alarmas políticas, hoy es claro que la persistencia de su formulación como acontecimientos opuestos y ajenos mutuamente es, antes que nada, un obstáculo o una manifestación de pereza. Los temores a una nueva opresión administrada por el saber y el control de la biotecnología, provienen de la escasa comprensión de la imbricación más profunda y ya realizada entre hombre y técnica. Lejos de poder oponer una vida de atributos naturales al dominio maquínico, se hace manifiesto –como ensaya Martínez– que la vida ya es hecho técnico, ya es hecho puesto al cuidado o al servicio de la técnica. El pasaje por una comprensión más radical de esa imbricación que no cesa de hacer mutar lo humano, sería menos una adopción acrítica de los procesos en curso que la interpe-lación de sus rasgos liberadores.

Los hombres imprimen, a través de sus objetos, señales en el mundo: afinidades en la materia y reciprocidades en las formas evocan personajes y modos de vivir. Se borda en la imaginación una subjetividad abierta en el afuera del mismo modo que en el acto se apuntalan las premoniciones. Los objetos producto de las técnicas desbordan el mundo cotidiano y conciben otros mundos donde se despliegan el rol y el instrumento, la acción y el atributo. Aunque no se trata de un acto absolutamente personal; la imaginación técnica no es concebible allende la imaginación política, así como tampoco el hombre, en su imaginación, se concibe fuera de esos otros hombres, a los que convierte en testigo de su acción e interpretador de sus potencias. El mundo de los objetos técnicos que gravita en torno de cada uno es mediación, símbolo y proyección legible como línea de fuga en la cultura, en términos generales, y como elección que convoca diferentes temporalidades, en términos individuales, porque los objetos que rodean a cada uno remiten a distintos tiempos, y porque en su uso se detecta un cierto vínculo con la época. Hace aproximadamente medio siglo, Gilbert Simondon reclamaba una toma de conciencia del sentido de los objetos técnicos que fuera correlativa de una toma de posición de la cultura occidental respecto de sus técnicas¹. La necesidad era doble, ya que provenía, por un lado, de la creciente sensación (humana) de ajenidad frente a los productos de la técnica; por el otro, obedecía a la presión de una construcción apocalíptica que hacía del hombre un sometido por su modo técnico de ser. Si para pensar el objeto técnico se trabajaba sobre la noción aristotélica de *tekne*, o sus torsiones contemporáneas, se contemplaba una cáscara conceptual sobre la que se lamentaba la clausura de

una cosmovisión —la griega: el objeto es traído a la presencia—, y la pérdida de un mundo, el natural, dejado como muestra de un pasado bucólico en el que el hombre habitaba la tierra en concordancia con otras tantas variaciones en el orden de lo sagrado manifestadas en ese mundo natural. Las diferentes genealogías del mundo técnico construidas por la historia de la cultura lo mostraban como un complemento funcional que daba vueltas de tuerca en función de su mayor complejidad. Lo que se dejaba de lado, entretanto, era un problema más amplio: el del juego entre la permanencia y la variación de diferentes formas técnicas a lo largo de la historia, y la idea de hombre expresada en el conjunto técnico correspondiente a cada época. De este desfase entre el orden del pensamiento y el orden de la realidad provenía la mayor de las alienaciones: la del hombre por el hombre.

Abrir el mundo

La consideración de la *tekne* que operaba dentro del mundo griego presenta varias vertientes ricas en consecuencias para una reflexión filosófica en torno de los objetos técnicos. Hasta el período clásico es permanente la presencia del fondo mítico que hacía de Prometeo un héroe de doble valencia, eolio-jónica por un lado y beocio-locria por el otro, y por lo tanto, que construía a la técnica como concepto asociado a la figura del

El mundo de los objetos técnicos que gravita en torno de cada uno es mediación, símbolo y proyección legible como línea de fuga en la cultura, en términos generales, y como elección que convoca diferentes temporalidades, en términos individuales, porque los objetos que rodean a cada uno remiten a distintos tiempos, y porque en su uso se detecta un cierto vínculo con la época.

dios del fuego (hogar de todas las *teknai*) y a la del titán rebelado contra Zeus². El advenimiento del *logos* socrático es contemporáneo a la aparición del paradigma semántico ligado a la *mimesis* (siglo V a. C.) Los *teknités* son entonces imitadores condenados por el Sócrates platónico al destierro de la República ideal. Aristóteles, en el mismo momento

El objeto técnico se convierte en un producto complejo que reúne en su forma un modo cultural de ver el mundo y una proyección (también humana) respecto de una modificación de ese mismo mundo a través del propio objeto.

en que se refina el vocabulario ligado a la representación, concibe a la técnica no sólo como un escalón en la jerarquía del conocimiento (aquel que distingue a lo humano

de lo animal porque involucra la “razón verdadera”) sino también como acto (propiamente humano) que hace advenir al mundo algo que no tiene que estar en él “ni por naturaleza, ni por necesidad”. En el siglo XX Heidegger opone *tekné poiética* a técnica provocante invocando las cuatro causas que eran, para Aristóteles, co-responsables de dicho advenimiento del objeto al mundo: la *material*, la *formal*, la *eficiente*, y la *final*. Al ser la formal una síntesis entre la forma concreta del objeto realizado y el *eidós* al modo platónico (por la doble valencia del término en lengua griega, forma pero también idea), se hacía del proceso técnico tanto una “plasmación” en lo sensible como una proyección mental propia del proceso inventivo humano. De este modo se configura la noción heideggeriana de técnica provocante: se mantiene el aspecto material y proyectivo, pero se licúa la causa eficiente y predomina la causa final. La causa eficiente, el *teknités*, dejaba en el mundo antiguo una huella subjetiva en el objeto producido, y por

lo tanto se abría al legado de un mundo semántico encarnado en el objeto como “cristalización de la cultura”. Es en este sentido que Hannah Arendt observa que una cultura forja tradición a partir de los objetos que son producto del trabajo, como huella individualizada de un proceso colectivo pasado por las manos (literales) del *teknités*. El objeto técnico se convierte en un producto complejo que reúne en su forma un modo cultural de ver el mundo y una proyección (también humana) respecto de una modificación de ese mismo mundo a través del propio objeto. Esta modificación otorga, en algunas culturas, el carácter de intermediador a su conjunto técnico —*medium* de las fuerzas divinas en su acción sobre el mundo—, así como al mismo hombre singular se le asigna el carácter de *medium*, por propiedad transitiva, en un proceso de apertura del mundo a los hombres. Si la técnica podía mediar, era porque el mundo, o la naturaleza, estaban investidos de un carácter sagrado, en última instancia ligado a lo verdadero, que requería un complejo proceso de ritos como pauta del descenso de lo sagrado a lo profano. Ni se contempla la verdad a los ojos, ni se aborda la naturaleza desvalido de un conjunto de ritos que son otras tantas circunstancias técnicas: así son los ritos y mitologías de los mineros recuperados por Mircea Eliade, y presentados en *Herreros y alquimistas*.

Si se trata de la elaboración de una nueva genealogía del objeto técnico que se pregunte por lo que hay de humano en la técnica, son necesarias dos preguntas: en sentido filosófico, cuál es la metamorfosis radical de las técnicas entre aquel mundo antiguo y el moderno que supere la idea de una mera complejización; en sentido histórico, cuáles son aquellos rasgos del objeto técnico que se han

ligado (a través de la historia cultural) a una supuesta esencia de lo humano, en las diversas genealogías construidas por cada época de su técnica, y que se activarían bajo el aspecto del prejuicio. Como observa Simondon, la necesidad de una toma de conciencia respecto del sentido de los objetos técnicos es consecuencia, primero, de una toma de posición de la cultura europea occidental respecto de las técnicas, porque la cultura se ha constituido como sistema de defensa frente a ellas y, lo que es más, “esta defensa se presenta como la defensa del hombre”.³ La pregunta entonces a formular, como señala Simondon, es qué tipo de oposición se erigió entre la cultura y la técnica, entre el hombre y la máquina, como para que el objeto técnico sea visto, en el mundo humano, como el “extranjero” o como “el extranjero en el cual está encerrado lo humano, desconocido, materializado, vuelto servil, pero mientras sigue siendo, sin embargo, lo humano”.⁴ ¿Qué prejuicios se ocultan en este pliegue del objeto técnico que, al quedar expuestos en la operatoria de la técnica con la vida, estallan como la invocación imperiosa de una ética que debería asumir los límites en la relación hombre-máquina? O más bien, ¿cuántos de estos prejuicios aparecen en la cruzada del viejo humanismo contra el actual mundo de la técnica? Parte de la opacidad de la respuesta yace en el vínculo ambiguo entre lo humano y la máquina: la negación de aquel aspecto humano de la máquina o bien, y de modo concomitante, el rechazo de lo maquínico en el hombre. Así oscilará el objeto técnico entre enemigo y compañía, entre atributo de la propia esencia subjetiva y yugo cotidiano, hecho especialmente visible en el ámbito del trabajo.

Se han construido diferentes genealogías en torno de los objetos técnicos desde el

punto de vista de la historia de los artefactos. En algunos casos, se considera la escala de producción como un rasgo de la técnica propio, aunque no exclusivo, de la modernidad. Lewis Mumford ya había observado que ciertas construcciones familiares a lo maquínico son propias de construcciones políticas centralizadas y burocráticas. En otros casos, las genealogías atienden al tipo de alimentación para el funcionamiento de los objetos técnicos (la fuerza humana, las fuerzas naturales, los procesos termodinámicos, los electrónicos, etcétera). Se ha considerado también la evolución formal de los objetos (tendiente en apariencia a una mayor complejización), o el desarrollo de mecanismos de automatismo. Murray Bookchin, por ejemplo, incorpora el aspecto de la “imaginación inventiva” de cada época, que al desfasarse respecto de la imaginación política habilita un desacoplamiento entre la posibilidad y la acción en

el marco de una profunda imbricación entre formas técnicas y formas políticas: el ejemplo paradigmático es el Imperio Romano, con su escasa “innovación” técnica lo largo de siglos de historia y su revolución en el marco de las técnicas políticas, bajo la fundación del derecho imperial⁵. Exclusivamente en el nivel histórico, es recurrente el contrapunto teórico entre una conceptualización ya desvanecida de técnica antigua (*tekne*) en donde no se manifiesta una separación hombre/mundo (ni en el sentido de una desanimización de la naturaleza,

La pregunta entonces a formular, como señala Simondon, es qué tipo de oposición se erigió entre la cultura y la técnica, entre el hombre y la máquina, como para que el objeto técnico sea visto, en el mundo humano, como el “extranjero” o como “el extranjero en el cual está encerrado lo humano, desconocido, materializado, vuelto servil, pero mientras sigue siendo, sin embargo, lo humano”.

ni en el sentido de un yo que se forje y se presente como activador de las fuerzas dormidas en el mundo) y una técnica moderna. En este contrapunto, y en el caso específico de la antigüedad griega, la técnica estaría en su estadio inicial indiferenciada del arte, en tanto que la inexistencia de un “yo” daría como resultado sujetos que producen “para la cultura” y no para su nombre o el mercado (y este hecho no excluye la existencia de un mercado, a escala reducida, donde se produce la circulación de los objetos producto de la *tekné*). En síntesis, en estas conceptualizaciones se retoma casi con exclusividad el planteo aristotélico según el cual la *tekné* es un escalón intermedio en una jerarquía del conocimiento (planteo de *Metafísica*) y en el que los productos de la *tekné* advienen al

Todo objeto técnico, por ser de factura humana, es capaz de explicar un mundo, se coloca en un horizonte de sentido que lo excede porque trasciende la vida del sujeto productor. El objeto técnico produce y transmite significaciones y como tal es vocero de una visión de mundo propia de cada civilización.

mundo por quehacer humano, ni por naturaleza, ni por necesidad, así como obedecen a un modo de ser racional *poiético* –productivo– y no práctico (*Ética a Nicómaco*).

La técnica (o el arte) se reconstruye, apelando a la *tekné*, como la construcción plenamente humana de un mundo de objetos. Considerando la cuestión de este modo, el hombre puebla el mundo de objetos técnicos, y estos objetos técnicos constituyen su horizonte de sentido; son cúmulos portadores de significaciones que se legan de generación en generación porque tienen una vida que excede a la del sujeto productor. No sólo esto: los objetos técnicos premodernos son concebidos, según el planteo aristotélico de las cuatro causas, y según ciertas

genealogías, como fruto de una cooperación entre hombre y materia dentro de otro vínculo hombre-naturaleza, en el marco de una sociedad orgánica. Todo objeto técnico, por ser de factura humana, es capaz de explicar un mundo, se coloca en un horizonte de sentido que lo excede porque trasciende la vida del sujeto productor. El objeto técnico produce y transmite significaciones y como tal es vocero de una visión de mundo propia de cada civilización. A la vez, el objeto técnico premoderno es vocero de una subjetividad específica, anónima y por eso mismo colectiva.

Existen otras genealogías que se cifran en la forma. La mentalidad inventiva y retroalimentadora que parece caracterizar a la técnica moderna no parece extenderse a todos los tipos de objetos técnicos en el ámbito de lo formal. Algunos artefactos productos de la *tekné* no han variado demasiado desde la antigüedad a nuestros días. La invención técnica no supo, no pudo o no quiso encontrar innovaciones en la forma. Algunos ejemplos de ello son los objetos de la antigüedad griega, egipcia, maya, recuperados y exhibidos en la vitrina occidental, que poca diferencia muestran respecto de sus correlatos contemporáneos. Este grupo de objetos incluye gran cantidad de enseres de uso cotidiano y doméstico: sillas, elementos de cocina, joyas de diverso tipo, etcétera. Las variaciones formales, si las hubiera, no parecen alcanzar la esencia del objeto técnico. Pero entonces la pregunta parece ser: ¿qué es esta esencia? ¿Se relaciona con la función? ¿Son inescindibles forma y función del objeto técnico?

Es preciso entonces pasar al segundo nivel, el filosófico. Aquí observamos que la producción técnica moderna opera un desplazamiento de las cuatro causas mencionadas por Aristóteles. La técnica

moderna manifiesta un desequilibrio que da preeminencia a la causa final y desdibuja la causa eficiente: en el trabajo en serie, el hombre singular, en gran número de casos, ya no tiene contacto con el objeto en su fase final de producción. La causa eficiente se encuentra operando en modo más colectivo aún, si se quiere. Pero hay un detalle adicional: no es esta la razón por la cual el hombre no deja su huella subjetiva en el objeto producido, sino que se lo impide la intervención de las propias máquinas, objetos técnicos *per se*, en el proceso de producción. Con respecto a la preeminencia de la causa final, el objeto técnico, si no tiene un “para qué” preciso, no adviene al mundo. De este modo, grandes esferas de la producción técnica se desplazan desde el ámbito de lo utilitario al espacio de lo ornamental, y por lo tanto son homologadas a lo “inútil” (la arquitectura ofrece un vasto campo de ejemplos). En el caso de los objetos antiguos mencionados como ejemplo, podríamos decir que la pulsera, o la regadera, o el peine, o la vasija pueden ser los mismos, pero respecto de la técnica moderna tenemos conciencia de que no ha sido el hombre “con sus manos” el que los ha producido, sino la máquina. Conocer la proveniencia de factura del objeto cambia nuestra posición subjetiva respecto de él, más allá de cualquier equivalencia formal; la intervención de la máquina en el proceso productivo es uno de los introductores de ajenidad en la relación entre el hombre y sus productos técnicos. Dice Simondon sobre este punto que la cultura moderna engendra dos actitudes contradictorias respecto de sus objetos técnicos: por un lado los ve como puros ensamblajes de materia desprovistos de significación (es decir que ya no puede, en ellos, *leer cultura*); por el otro, los supone también animados por inten-

ciones hostiles para con el creador, lo que implica que puedan ser “un peligro permanente de agresión o insurrección”⁶ (esto es: como si algo ajeno hubiera intervenido para hacer del producto técnico algo hostil para con el hombre). Por eso iguales objetos técnicos no son idénticos si sabemos su proveniencia: unos parecen amables o inocentes expresiones de un tipo cultural, los otros son producto del automatismo de la máquina, y por lo tanto extranjeros en el mundo de los hombres.

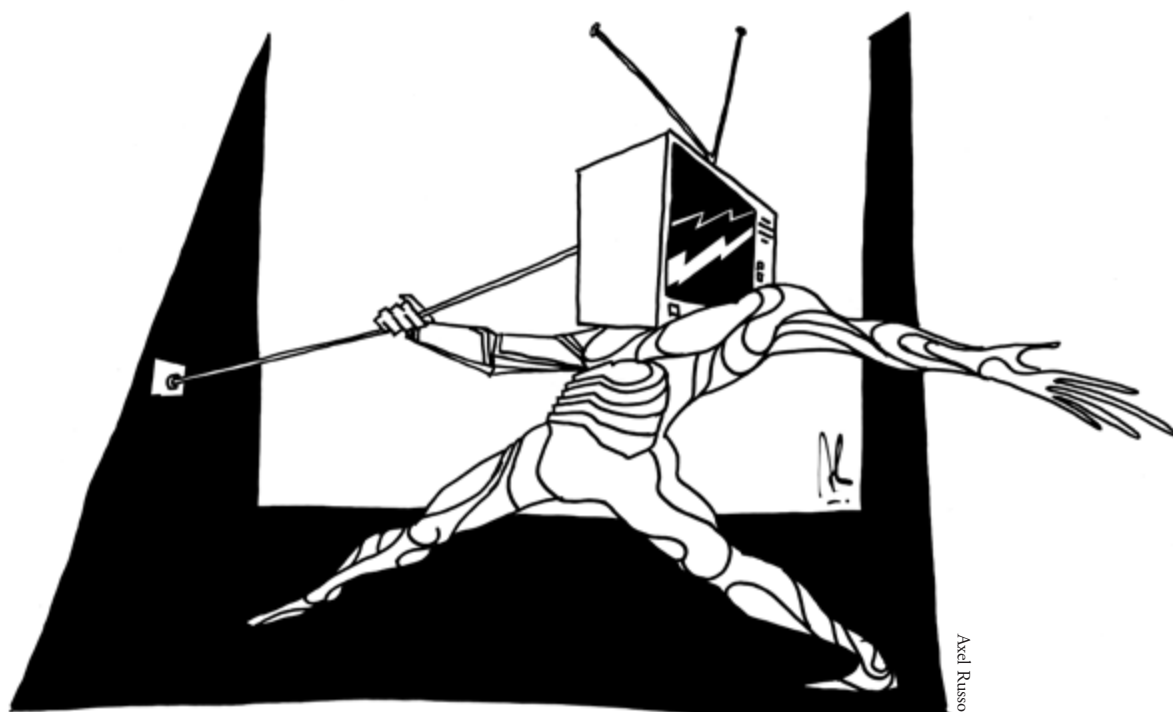
El prejuicio que se esconde como fundamento de la ajenidad, observa Simondon, es el de continuar considerando al hombre como “portador de herramientas”. La técnica premoderna parecía definirlo de este modo: el hombre se rodeaba de artefactos que prolongaban o maximizaban sus capacidades biológicas, y establecía en algunos casos relaciones simbióticas muy fuertes en el marco del proceso productivo. El tallador y su cuchillo, el agricultor y su azada, por ejemplo. El hombre, por medio de su instrumento, “despertaba” formas dormidas o agazapadas en la materia, y el utensilio era una prolongación de su persona. De este modo Ortega y Gasset presenta al mundo técnico como una prolongación o aumento de capacidades biológicas, al punto de hacerse necesario, dado el carácter simbólico del hombre, tanto o más que el mundo de objetos correspondiente a necesidades “biológicas”. El hombre, dice Ortega, es el único animal capaz de sentir como superfluo lo necesario, y como necesario lo superfluo o,

La técnica moderna manifiesta un desequilibrio que da preeminencia a la causa final y desdibuja la causa eficiente: en el trabajo en serie, el hombre singular, en gran número de casos, ya no tiene contacto con el objeto en su fase final de producción. La causa eficiente se encuentra operando en modo más colectivo aún, si se quiere.

en otros términos, el único capaz de subordinar una necesidad biológica a otra necesidad de orden simbólico.

¿Pero se puede considerar al objeto técnico como simplemente un utensilio, aunque así lo fuera en apariencia, y la producción técnica moderna como el proceso que complejiza el utensilio, hasta emanciparlo de la mano humana a través del automatismo de la máquina? ¿Es este prejuicio de considerar al hombre como mero portador de herramientas, base de las genealogías mencionadas, lo que engendra todo el arco discursivo que recalca la necesidad de que la máquina esté siempre “al servicio del hombre” –como si tuviera que recobrar aquel carácter de utensilio frente al cual se habría rebelado–? Volviendo a una de las cartas semánticas que ofrece la modernidad para pensar el mundo humano –la dialéctica amo-esclavo–, la pugna que reaparece una y otra vez

en los discursos modernos implica la posibilidad de reducir el mundo maquínico a la esclavitud para asegurar toda imposibilidad de rebelión. Existe una salvedad a realizar, como observa agudamente Simondon: considerar la relación hombre-objeto técnico como el vínculo amo-esclavo es negar lo que hay de humano en la máquina, o bien es aceptar que hay una parte de lo humano (de los humanos) que merece ser dejada en condición servil. Solamente así podemos pensar máquina y hombres enfrentados y concebir la resolución del conflicto como un triunfo del orden de la dominación. Muy por el contrario, dice Simondon: “lejos de ser el vigilante de una tropa de esclavos, el hombre es el organizador permanente de una sociedad de objetos técnicos que tienen necesidad de él como los músicos tienen necesidad del director de orquesta”.⁷ La diferencia, entonces, entre la técnica premoderna



Axel Russo

y la moderna, aquello que permite la construcción de otra genealogía, tiene entonces más que ver con considerar el vínculo hombre-producto técnico no como algo binario (y pasible del enfrentamiento entre sus polos), sino triple: el hombre, la máquina, el medio técnico entre ambos. Y al aparecer el *medium*, también se hace evidente lo sagrado, y no la simple complejización que hace del hombre el más hábil *teknítés*.

Herramientas-utensilios y sistemas técnicos

La revolución industrial deja en evidencia el anacronismo, en la misma modernidad, de la idea de hombre como portador de herramientas. Aparece por primera vez una nueva industria completa: la de fabricación de máquinas.⁸ No sólo aparece, sino que esas máquinas son, por primera vez en la historia técnica, máquinas portadoras de herramientas. El hombre tiene miedo de su creación técnica porque siente que la máquina rivaliza con él en el plano de la función, a pesar de que la función humana no sea, o tal vez no haya sido nunca, la de ser mero portador de instrumentos. Así el individuo técnico, para Simondon, se convierte en adversario del hombre, y todo esto de la mano de una noción de progreso que se convierte en violación de la naturaleza y en captura de energías. Éste es el planteo contenido en la técnica moderna definida por Heidegger, que opone la *tekné poietica* a la moderna por ser esta última provocante, porque interpela a la naturaleza como reserva de energía acumulada a la espera de ser acumulada, explotada y agotada. Heidegger consideraba que con la emergencia de la física moderna se consumaba el proceso de desanimización del mundo, y la conversión de la naturaleza a recurso

se daba de la mano de la aparición de la interpelación, convocante tanto del hombre como del mundo. El planteo heideggeriano postulaba la oposición hombre-naturaleza: el velo de la técnica provocante era el discurso del dominio absoluto, y por ende de la conversión de la naturaleza en elemento técnico. Ahora bien, para Simondon, cualquier genealogía de los objetos técnicos debe buscar una esencia de la técnica —que sí será algo técnico, a diferencia de lo que plantea Heidegger— que se debe encontrar en aquello que permanece estable a través de un linaje evolutivo; hay que volver a una concepción triple hombre-máquina-medio técnico en la historización de las técnicas, y considerar:

- que el primer carácter del objeto técnico es su artificialidad, que reside en que el hombre debe intervenir para protegerlo del mundo natural. El objeto técnico tiene un estatuto aparte de existencia, no importa si proviene del mundo natural o del mundo humano (ejemplos claros de esto son la flor de invernadero, o el corazón a la espera del trasplante, como bien cuenta, a partir de su propia experiencia de transplantado, Jean-Luc Nancy en *El intruso*⁹). Artificializado es sinónimo de tecnificado, porque el mundo del artificio es el mundo de la técnica. La artificialización, para Simondon, es un proceso de abstracción en que una serie de funciones se abren en otro conjunto de funciones ahora independientes vinculadas solamente por los cuidados humanos. Las técnicas antiguas también procedían por medio de la artificialización: desde la domesticación de animales al cuidado agrícola, el hombre extrae a un ser vivo de su medio natural para hacer depender su sobrevivencia de su propia intervención. Este punto de

Mientras algunos hombres se lanzaban a la conquista de nuevos mundos y emigraban del continente europeo, otra enorme cantidad de hombres consumaba la más inmensa emigración inmóvil acontecida en la historia humana: la migración al mundo del artificio.

vista aclara aquel linaje “evolutivo” de las técnicas que tiende a tomar con cada vez mayor regularidad productos “naturales” para convertirlos en objetos técnicos y que, de modo inverso, tiende a considerar que los objetos primitivamente artificiales tienen el deber de asemejarse cada

vez más al objeto natural. Se trataría, exclusivamente, de una ampliación de los campos dentro de los cuales opera el hacer técnico humano; en síntesis, del crecimiento de aquello que media entre natu-

raleza y hombre, del mundo técnico.

- que el segundo carácter a tener en cuenta es la tendencia cada vez mayor del objeto técnico a “construir sistemas”, aspecto también detectable en las genealogías habituales respecto de los objetos técnicos. Peter Sloterdijk, por ejemplo, señala al Renacimiento como un hito en la historia técnica occidental. Mientras algunos hombres se lanzaban a la conquista de nuevos mundos y emigraban del continente europeo, otra enorme cantidad de hombres consumaba la más inmensa emigración inmóvil acontecida en la historia humana: la migración al mundo del artificio.¹⁰ Esta última es condición inequívoca de la individualización de los seres técnicos. ¿Por qué? Porque comienza a constituirse ese medio técnico que excede el ámbito de la *polis*, un medio a la vez técnico y natural, que regula los vínculos hombre-naturaleza. Pero lo importante de este tercer espacio es que además, en él, el ser técnico se condiciona a sí mismo en su funcio-

namiento. Lo importante es la aparición de una imaginación creadora que pueda relacionar elementos que materialmente constituirán un objeto técnico pero que se encuentran dispersos, sin medio asociado antes de la aparición del objeto. Un ejemplo es la imaginación creadora de Leonardo da Vinci, que en sus intentos por diseñar un planeador ya era capaz de considerar la resistencia del aire en las alas. Lo que puede concebir Leonardo antes de que exista el objeto es la existencia de un tercer medio técnicogeográfico, fundamental, para Simondon, en la existencia de la locomotora, cuyo motor está exigido al máximo en el arranque y en el frenado, en las pendientes, cuando la nieve o el viento frene su avance aumentando el rozamiento, por ejemplo, en las ruedas. “Se trata entonces aquí de un condicionamiento del presente por el porvenir, por lo que todavía no es”¹¹, por la interpelación de la naturaleza al objeto técnico en pleno funcionamiento. Es decir que el hombre ya no podrá verse frente a frente con ese objeto técnico sin tener en cuenta el espacio en que dicho objeto desempeñará sus funciones, y ya no será solamente operador, sino que será también regulador. Desde que aparece el tercer medio, el hombre ya no será *de hecho* portador de herramientas: el Renacimiento supone la emergencia de los sistemas técnicos compuestos a veces por dos máquinas de estructura independiente, pero cuya otra parte se encuentra cada una en la otra. El texto de Simondon es abundante en ejemplos: de nada sirve la consola de grabación en una sala sin los paneles acústicos, de modo que ambas partes se vuelven inútiles una sin la otra. La fábrica moderna

ofrece otro ejemplo: el funcionamiento de las máquinas exige una luz especial cuya onda no acople con el ritmo regular de sus movimientos; sin el sistema de luces, esas máquinas serían imposibles de operar, o la causa de los accidentes que fueron la lección de la técnica fabril. La electricidad es para Simondon el hito fundamental en esta genealogía, no porque permita la aparición de nuevas máquinas “más complejas”, sino porque los nuevos individuos electrotécnicos se integran fácilmente en conjuntos de producción, de repartición y de utilización de la energía eléctrica cuya estructura difiere mucho de la de las concentraciones previas de la era termodinámica (correspondientes, tal vez, con la etapa paleotécnica de la que hablaba Mumford¹²). A tal punto llegaría esta integración en sistemas técnicos que, observa Simondon, “el rol que juegan los ferrocarriles en la concentración termodinámica es reemplazado por el que juegan las líneas de alta tensión de interconexión en el conjunto de electricidad industrial”¹³: porque la electricidad sortea la geografía a través de los cables, habilita la descentralización industrial, y por eso mismo constituye un sistema técnico con el automóvil, más independizado de la geografía que el tren. Un soporte material sigue siendo necesario (el cable, la ruta) pero la potencia transmitida es mucho más eficaz para la activación de sistemas técnicos a distancia. Simondon no hace referencia, por razones obvias de índole cronológica, a la integración en sistemas técnicos permitida por los actuales dispositivos informáticos. El presente activa una nueva etapa que avanza un paso más respecto de la emancipación de los espacios y de los cuerpos. En

las sociedades de control que definía Gilles Deleuze, las “máquinas del tercer tipo” apuntaban a una integración digital, omnipresente y operante en “tiempo real”. Abolición del espacio y del tiempo, y primacía cada vez mayor del mundo del artificio, que bajo el epíteto de “virtual” se concibe como amenazando la dimensión de lo “real”: integración, por lo tanto, en espacios de tercer tipo.

Técnica y artificio en la era biotecnológica

Indagar en la esencia del objeto técnico es una posibilidad de salida de ciertas paradojas abiertas por determinados acontecimientos técnicos extremadamente recientes, específicamente aquellos ligados con las biotecnologías y con el cuestionamiento de la noción de vida. A partir de la artificialización y la tendencia a construir sistemas —que Simondon denomina “concretización”— se consagra, a partir del Renacimiento y la Modernidad, un tercer dominio mediador entre el humano y el natural, el técnicogeográfico, cuya existencia podía quedar oculta bajo la concepción del hombre como portador de herramientas. De hecho, no hay que esperar a que recientes biotecnologías dejen en absoluta evidencia la fusión naturaleza-hombre: ese paradigma de violación y conquista de la naturaleza, que la mayor parte de los autores señalan como propios de la técnica moderna, es paralelo a otros procesos de índole previa, e incluso anteriores a su cristalización en la era post-industrial. Lo que quizás ha ocurrido, como observa Umberto Galimberti, es la consagración definitiva de la técnica como medioambiente del hombre¹⁴. En la esfera de este medioambiente técnico, la fusión hombre-má-

quina exige la construcción de nuevos valores. Pensar la técnica contemporánea con valores modernos, dice Galimberti, o pre-modernos, diría Simondon, es eludir la cuestión fundamental. Si sólo pensamos en las máquinas bajo la lógica amo-esclavo, como uno de los emergentes del mundo categorial moderno, no podemos

Las biotecnologías activan entonces una panoplia de prejuicios antitécnicos cifradas en el horror de que una máquina y un cuerpo vivo se comprendan “más allá de la conciencia”, en un lenguaje que le sería desconocido al común de los usuarios de la máquina y que sería propio de una élite de formación técnica que pasaría a tener el control de los cuerpos y en última instancia el control de las conciencias.

abordar el dinamismo propio de los objetos técnicos, que es similar al dinamismo del pensamiento técnico. Y existe una gran cercanía entre vida y pensamiento técnico, porque el pensamiento técnico, y esto es lo que se olvida en los prejuicios marcadamente antitécnicos, proviene

de la vida. “El objeto técnico individualizado es un objeto que fue inventado, es decir, producido, por un juego de causalidad recurrente entre vida y pensamiento en el hombre”.¹⁵ Así se explican las recientemente descubiertas interacciones entre el mundo de lo vivo y el mundo de la máquina, para Simondon: los esquemas mentales operan unos sobre otros durante la invención, y actúan unos sobre otros en el funcionamiento material, y el producto técnico no es más que su cristalización. Por eso existe una segunda cercanía entre el dinamismo del pensamiento técnico y el dinamismo del funcionamiento de los objetos técnicos. La unidad del medio asociado del objeto técnico —este medio técnicogeográfico— tenía, para Simondon, su análogo en la unidad de lo viviente; lo viviente es un ser individual que lleva consigo su medio asociado. Por eso lo viviente actúa desde

siempre condicionándose a sí mismo, metamorfoseándose, a fin de inventar, si no lo posee, su propio medio ambiente. El oxígeno, gas venenoso para las primeras formas vivas sobre el planeta, termina siendo sustancia vital. Así ocurre con lo humano en lo maquínico: esta capacidad de condicionarse a sí mismo, que está en el principio de lo vivo, se presenta otra vez, para Simondon, en la capacidad de producir objetos que se condicionan ellos mismos. Un capítulo aparte sería la consideración de la noción de información y la aparición en el dominio de lo biológico de la idea de código, un paso más en la búsqueda de una gramática de comprensión entre el lenguaje de lo vivo y el lenguaje de las máquinas de factura humana. A la búsqueda de ese código, de ese lenguaje común, se abocan las ciencias exactas y biológicas desde hace varias décadas. Las biotecnologías activan entonces una panoplia de prejuicios antitécnicos cifradas en el horror de que una máquina y un cuerpo vivo se comprendan “más allá de la conciencia”, en un lenguaje que le sería desconocido al común de los usuarios de la máquina y que sería propio de una élite de formación técnica que pasaría a tener el control de los cuerpos y en última instancia el control de las conciencias. Esas mismas masas que operan con dicho prejuicio no dan sin embargo el paso que las pudieran llevar a intentar comprender, sino dominar, ese lenguaje desde un punto de vista ideológico y conceptual, intento que llevaría, al menos, al cuestionamiento de la idea de amo y esclavo que le es correlativa. De hecho, el parentesco enorme que se “descubre” a partir del descubrimiento de la noción de información entre vida y pensamiento técnico estaba contenido en la constitución de los sistemas técnicos modernos; el hombre, como “coordinador” de los conjuntos técnicos es un

elemento más en la constitución de los sistemas técnicos. El hombre no sólo está fusionado con la técnica cuando tiene inserto un chip en la retina, o un marcapasos en el corazón. Esta fusión con la técnica, o es técnica, cuando consume un fármaco sintetizado a partir de sustancias vegetales, o cuando prodiga cuidados en un invernadero, o cuando extrae un corazón “natural” para transplantarlo a un cuerpo que lo necesita. Ese corazón ya es un objeto técnico, desde el momento en que ha sido extraído del cuerpo viviente y sometido a condiciones especiales de cuidado y preservación. Siguiendo a Simondon, el malestar de la cultura frente a sus objetos técnicos no reside entonces únicamente en la separación de las esferas del arte y la técnica, o de la cultura y la técnica, sino que procede del desconocimiento, por parte de la mayor parte de los hombres, de la esencia del objeto técnico, al que se juzga en función de su complejidad o utilidad,

despreciando todo conocimiento de sus mecanismos; esto lo desplaza, además, a una zona de misterio frente al cual la actitud del hombre linda con la comodidad de esperar que los “portadores de saber” (técnico) resuelvan y operen; claro está que en caso de necesidad individual, la panoplia de prejuicios se desactiva. Conocer la esencia del objeto técnico implica pensar qué hay en lo humano artificializado, pero también qué hay de humano en lo maquínico. La profunda revisión de los valores que asignamos a los hombres y a las máquinas debe contemplar, entonces, a un nuevo tipo de objeto técnico, con todo el horror que el término objeto pueda suscitar en nosotros, y es el constituido por el complejo hombre-máquina. Hacerlo no implica necesariamente “objetivar” al hombre sino entrar en lo que Peter Sloterdijk denominaba *homeotecnología*, una “forma de operatividad no-dominante” caracterizada por la cooperación¹⁶.

NOTAS

1. Introducción, en *Du mode d'existence des objets techniques* (1958). Edición consultada: París, Aubier, 1989.
2. Es el desarrollo que realiza Jean-Pierre Vernant, partiendo de los trabajos de Ulrich von Wilamowitz y de Louis Séchan. Véase “El trabajo y el pensamiento técnico”, en *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona, Ariel, 1993. pp. 242-301.
3. En Gilbert Simondon, *op. cit.*, p. 9.
4. *Ibidem*.
5. Véase Murray Bookchin, “Dos imágenes de la tecnología” y “La matriz social de la tecnología”, en *Ecología de la libertad*. Madrid, Nossa y Jara, 1999.
6. Gilbert Simondon, *op. cit.*, p. 11.
7. *Ibidem*.
8. Hans Jonas, “¿Por qué la técnica moderna es objeto de la filosofía?” y “Por qué la técnica moderna es objeto de la ética?”, en *Técnica, ética y medicina. Sobre la práctica del principio de responsabilidad*. Barcelona, Paidós, 1997.
9. Jean-Luc Nancy, *El intruso*. Buenos Aires, Amorrortu, 2006.
10. Peter Sloterdijk, *Essai d'intoxication volontaire, suivi de L'heure du crime et le temps de l'œuvre d'art*. París, Hachette, 2001.
11. Gilbert Simondon, *op. cit.*, p. 57.
12. Lewis Mumford, *Técnica y civilización*. Madrid, Alianza, 1982.
13. Gilbert Simondon, *op. cit.*, p. 68.
14. Umberto Galimberti, “Psiché y Techné”. Revista *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*, Nº 4. Buenos Aires, edición independiente, 2001.
15. Gilbert Simondon, *op. cit.*, p. 60.
16. Peter Sloterdijk, “El hombre operable. Notas sobre el estado ético de la tecnología génica”. Revista *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*, Nº 4. Buenos Aires, edición independiente, 2001.

De técnicas y humanismos

Por Pablo Esteban Rodríguez

¿Por qué y de qué modo se ha constituido un pensamiento sobre la técnica, más allá de la autonomización de las esferas vitales y a propósito de su contraposición con lo humano? ¿Cuál es el subsuelo de invenciones materiales y de acontecimientos filosóficos que lo ha permitido? Pablo Rodríguez se detiene en tres episodios en los que se engarzan la preocupación intelectual y el desarrollo de los sistemas cibernéticos. El primero de ellos lleva el nombre de Heidegger y trata la perseverancia en la pregunta por el Ser. El segundo episodio es situado bajo un nombre menos conocido que el del filósofo alemán: el de Gilbert Simondon, y de su idea de un humanismo que debe inscribirse en los acordes de cada época y traducir las efectivas creaciones –también técnicas– del hombre. Y el último es el que, entre Foucault y Sloterdijk, interroga el fin del hombre. El enlace de estos momentos es reflexión sobre la contemporaneidad pero también apuesta a un “humanismo a la altura de nuestra existencia”, despojado de lamentos y nostalgias.

I

Pensar acerca de la técnica, delimitar un campo de reflexión sobre las tecnologías, son cuestiones tan recientes como ese siglo que hemos dejado atrás hace muy poco. Muchas otras ramas del arte y del pensamiento se habían constituido en esferas independientes ya en el siglo previo, a partir de una serie de derivaciones vertiginosas. La ciencia y la filosofía recién comienzan a divorciarse en el siglo XVIII; de la filosofía se desprenderá definitivamente la literatura y, en general, la estética como forma de pensamiento sobre el arte, hará lo propio hacia principios del siglo XIX; a fin de siglo, de esa filosofía ya recortada florecerán las ciencias sociales y humanas. El siglo XX se inaugura con una red extensa de pensamientos propios acerca de la naturaleza, el arte, la sociedad, el ser humano, etcétera. ¿Cómo es, entonces, que en el seno de todas estas disposiciones, de estas esferas cada vez más autónomas y complejas, pudieron constituirse como objeto la técnica y la tecnología, cuestiones que, a primera vista, recorren transversalmente todas esas figuras?

Una respuesta posible diría que el ritmo de estas derivaciones fue tan rápido como el de las revoluciones técnicas. En menos de 250 años se multiplicaron los medios de transporte con el tren, el automóvil, el avión y los viajes fuera de la Tierra; en la transmisión de signos a distancia se crearon los medios masivos de comunicación (radio, televisión), además del telégrafo, el teléfono, Internet y todas sus variantes portátiles (laptops, teléfonos celulares); nacieron artes de indudable vocación técnica como la fotografía y la cinematografía; se edificaron sistemas técnicos que rodearon con sus mallas cerradas al mundo entero, como la electricidad y, a

partir de ella, los sistemas digitales. Hoy la Tierra tiene en los satélites a millones de espejos que orbitan alrededor de su superficie llevando y trayendo ondas, ensanchando frecuencias. Los hogares se pueblan de artefactos y los cuerpos se transforman en piezas tan maleables que parecen hechos de plastilina. Los seres humanos se preocupan por la salud de todos, hombres, animales, vegetales, el planeta entero, cuando hace dos siglos la medicina era poco menos que una práctica colateral a los servicios fúnebres. Como si todo esto fuera poco, debemos considerar que la Revolución Industrial lleva poco más de 200 años de existencia. Se trata de una secuencia demasiado imponente como para no preguntarse qué furia la anima.

El pensamiento sobre la técnica emerge a partir de esta respuesta, pero conviene aclarar que esto sólo puede ocurrir a condición de agrupar todas estas transformaciones bajo el rótulo de “técnica” o de “tecnología” y de oponerle algo que se llama “hombre”, ya que de lo contrario no se podría distinguir la condición humana de sus creaciones. La antigua Grecia fue pródiga en mitos sobre la técnica, como el de Prometeo, y el Renacimiento se esforzó, sobre todo en Italia y en los Países Bajos, en sistematizar un conjunto de invenciones a partir de la conjunción de una teoría y una práctica que serán luego lo que hoy llamamos “ciencia y técnica”. Pero en aquellos casos la técnica no era un tipo de realidad como la que retrata la secuencia de los dos últimos siglos: técnica, por ejemplo, no se distinguía de arte, ni industria de estética. Técnica refería simplemente a un modo particular de hacer que pertenece al hombre. Ahora bien, cuando el hombre *hace* tanto, cuando se rodea de semejante modo de sus creaciones, parece inevitable inqui-

Todo lo que no es humano fue achacado a la técnica, que se desligó del hombre de quien depende, y las tonalidades de las reflexiones dependieron de optimismos y pesimismo respecto de este salto. Desde los cambios en la organización del trabajo hasta la informatización de la sociedad, desde los campos de concentración hasta la globalización, pasando por las biotecnologías y los medios masivos de comunicación, todo fue colocado sobre el tamiz de la técnica.

rir sobre el límite del hombre consigo mismo y respecto de sus invenciones.

Todo pensamiento sobre la técnica supone un tipo de humanismo que debe su existencia a la coincidencia temporal de una construcción conceptual “hombre”, unos saberes cada vez más específicos y unas técnicas cada vez más desarrolladas.

Cuánto más “progresan” saberes y hace-

res, más acuciante se vuelve la pregunta por el hombre que los hace evolucionar, y es así como el problema del humanismo volvió en el siglo XX a estar en juego como en la Antigüedad grecorromana y cristiana o como en el Renacimiento. En términos muy generales, este pensamiento partió del supuesto de

que el hombre había llegado demasiado lejos con la avalancha tecnológica que hemos mencionado y que es necesario hacer una evaluación del proceso completo que lo trajo hasta aquí. Todo lo que no es humano fue achacado a la técnica, que se desligó del hombre de quien depende, y las tonalidades de las reflexiones dependieron de optimismos y pesimismo respecto de este salto. Desde los cambios en la organización del trabajo hasta la informatización de la sociedad, desde los campos de concentración hasta la globalización, pasando por las biotecnologías y los medios masivos de comunicación, todo fue colocado sobre el tamiz de la técnica.

En segundo término, el siglo XX ha visto la emergencia de un saber parti-

cular que pone en relieve el problema de la técnica. Este saber, procedente de la cibernética y la teoría de los sistemas, postula que existe una identidad entre el animal, el hombre y la máquina; que muchas de las cuestiones que consideramos íntimamente humanas pueden ser reproducidas artificialmente; que existe un principio material en el universo que hasta ahora no ha sido explorado, que es la información; que es posible edificar un “megasaber”, una gran ciencia del todo universal, en la cual la distinción entre hombre y máquina y entre naturaleza y arteificio, se desvanece. La cuestión es que, a diferencia de la reflexión sobre la técnica, y más allá de las tensiones internas derivadas de semejantes axiomas, este saber se extiende capilarmente en todo el mundo en la forma de lo cotidiano: una computadora es la materialización de la metáfora del cerebro artificial; un estudio genético es la realización de la idea de información en biología; la pérdida de puestos de trabajo en las fábricas de las llamadas “industrias pesadas” se origina en la robotización de las cadenas de producción, al ser el robot aquel cerebro artificial nuevo unido a viejos sistemas mecánicos. El suelo del problema de la técnica en el siglo XX está construido sobre estos dos cimientos: la preocupación intelectual y la nueva oleada cibernético-sistémica. Vamos entonces a recorrer tres episodios donde se ponen en juego el punto de cruce entre ambos para abrir el paso a otra noción de técnica y de hombre.

II

El primer episodio es el pensamiento de Martin Heidegger¹. El siglo XX asiste con él al primer intento agudo de quebrar la alianza entre filosofía de la técnica

y humanismo, único modo de comprender el ser técnico del hombre por fuera de la evaluación moral optimista o pesimista. Para Heidegger, es necesario echar un vistazo a los humanismos que han imperado en Occidente desde la antigua Grecia. Por un lado podemos distinguir el humanismo propio de la época grecorromana y más tarde del Renacimiento. Este humanismo asume que el hombre es el resultado de la destilación de una esencia arrancada a lo que la existencia animal tiene de bárbaro. El hombre ante todo es aquel animal que se distingue del animal a secas por su carácter racional. Por otro lado existen los humanismos cristiano, marxista y existencialista, en donde el hombre es el proyecto de un mundo nuevo donde alcanzará su realización como tal, pero no en tanto que animal racional, sino como conquista de su propia humanidad. Que la humanidad como dominio de la razón, y por ende racionalidad de un ser vivo particular como es el hombre, implica a todos los humanismos por igual, es algo de lo que Heidegger no duda. Sin embargo, en el cristianismo, en el pensamiento de Hegel y de Marx, la conquista de la razón en un mundo plenamente humano también supone realizarse a través del trabajo como transformación de la naturaleza. El ser humano, como viviente, sólo logra su humanidad con el sudor de su frente, la fatiga de su cuerpo y las ampollas de sus manos.

Heidegger pone entre paréntesis estos principios y muy en especial el del trabajo, para poder pensar el hombre fuera de los humanismos occidentales. Y allí encuentra la presencia imponente de la técnica. Aunque Heidegger declare en la *Carta sobre el humanismo* que hay que dejar de preguntarse por la esencia del hombre en el sentido habitual del término “esencia” (fundamento o deter-

minación última o primera), él tiene una definición posible: “el hombre es el pastor del Ser”. El hombre ha sido aquello que accedió a preguntarse por el ser y, desde los tiempos de los presocráticos, aquello que ha olvidado que podía hacer esa pregunta. El hombre de los humanismos obtura el espacio del hombre como pastor del Ser. Parafraseando a Sigmund Freud, que escribió que “donde está el Ello, debe advenir el yo”, podríamos afirmar que para Heidegger “allí donde está el hombre, debe advenir el Ser”. En este sentido, la técnica es uno de los modos posibles de ese olvido de la pregunta por el Ser, o directamente del olvido del Ser, y es por lo tanto un rostro posible del humanismo. Cualquier definición que vincule íntimamente al hombre con la técnica se aloja dentro de este olvido.

Preguntar qué es el hombre y qué es la técnica sólo es posible a condición de permanecer cerca de la pregunta por el Ser. Y desde esta pregunta el hombre aparece como aquel ser vivo, racional y dotado de lenguaje, que estima a la naturaleza como un stock de energía a liberar, algo que se hizo evidente a partir del Renacimiento. El hombre es alguien dispuesto a provocar a la naturaleza para extraerle sus secretos, como predicaba Francis Bacon, un ser de acción y no de contemplación y asombro (como en el caso de que se pregunte por el Ser). El hombre domina el mundo. El trabajo es una de las formas de esa dominación, y de ninguna manera puede predicarse una liberación que no sería otra cosa que el carácter extremo de esa dominación. Así, razona Heidegger, si el siglo XX atestigua todas las transformaciones que hemos mencionado al comienzo, si muestra a un hombre encajonado entre los peligros desatados por la energía atómica y la tecnificación extrema que supone la cibernética, no se trata de una

deshumanización, sino del resultado obvio de la imagen de la humanidad como conquista de la naturaleza en un doble sentido: primero, en tanto constitución de una relación sujeto-amor versus naturaleza-esclava; y segundo, dentro del mismo hombre, en tanto dominio de lo natural en él (la animalidad) por medio de la constitución del sujeto moderno (la racionalidad). La pregunta por la técnica se transforma en la pregunta por el hombre, y ésta en la pregunta por el Ser.

Frente a quienes se rasgan las vestiduras

El hombre domina el mundo. El trabajo es una de las formas de esa dominación, y de ninguna manera puede predicarse una liberación que no sería otra cosa que el carácter extremo de esa dominación.

por la tecnificación de la humanidad, Heidegger señala que ella está contenida en el proyecto mismo del humanismo. Pero quienes se escandalizan tienen

al menos un motivo válido para hacerlo. El hombre del humanismo, el hombre que se pavonea como señor del mundo, ya no puede reconocerse en aquello que ha dominado y corre el riesgo de ser sobrepasado por esas mismas fuerzas que ha desatado. Dicho de otro modo: el hombre quizás ya no esté más a la altura de la técnica moderna. Y, hay que decirlo, esto sí preocupa a Heidegger. Ahora bien, en la medida en que se trata del destino del hombre moderno, de su propio proyecto, no debemos esperar de él una acción tendiente a enfrentar este problema. “En el peligro está la salvación”; “Sólo un dios puede salvarnos”: estas frases de Heidegger expresan hasta qué punto no cabe imaginar nada bueno ni malo de la situación actual, sino simplemente su concreción final, y en ese momento, si el planeta sigue existiendo, quizás emerja luminoso el tan olvidado Ser.

III

El segundo episodio es desplegado por el filósofo francés Gilbert Simondon². Para Simondon, la cultura occidental, particularmente la intelectualidad, ha creado un prejuicio inútil frente a la técnica que le impide reconocer en los artefactos la realidad humana que los ha creado. Esa distancia que observa Heidegger entre el hombre y la técnica, más allá de que esté originada en una crítica al humanismo y su pretensión de conquista del mundo, no hace más que extender este prejuicio. Toda tecnofilia o tecnofobia proceden de esta matriz; una celebra que el hombre esté en condiciones de superarse en la máquina, mientras la otra pretende hacernos tomar conciencia del modo en que nos hemos enajenado.

La técnica es simplemente el conjunto de las acciones en las que los hombres exteriorizan algunas de sus características consideradas esenciales, dice Simondon. De allí que cada época tenga el humanismo que le corresponde. El problema del humanismo del siglo XX, encargado de interpretar la avalancha tecnológica, es que se maneja con nociones propias de una época anterior. Podemos decir que durante los últimos 250 años el hombre procedió a exteriorizar espectacularmente algunas de sus facetas: la comunicación en el sentido de transmisión de signos a través de los medios masivos e interactivos, la transformación de la materia a través de las máquinas termodinámicas, la organización de artefactos alrededor de sistemas tecnológicos autónomos. El humanismo que afirma la distancia entre hombre y técnica sólo reconoce en el hombre a un “portador de herramientas”. No puede admitir que las facultades de expresión sean transferidas a lo artificial. Tampoco puede aceptar que el hombre

mismo haya creado ensambles materiales que son, ellos mismos, “portadores de herramientas”. Y mucho menos le puede parecer normal que haya sistemas técnicos que se relacionen entre sí sin mediación humana pues, según él, sólo el propio cuerpo del hombre podría conectar estos sistemas. Si Simondon fue un agudo intérprete de la cibernética, si le otorgó un estatus filosófico sin igual, fue porque encontró allí la enunciación explícita del fin de la mayoría de los humanismos que conocemos.

La identidad que establece la cibernética entre animal, hombre y máquina echa por tierra la figura del animal racional que griegos, romanos y renacentistas nos

legaron. Esto quiere decir que esa razón, antes íntimamente humana, puede estar distribuida en las invenciones tecnológicas de los hombres, y de hecho es ese el caso de los experimentos cibernéticos y sistémicos por crear “máquinas lógicas” —algo que data de los tiempos de Leibniz y Descartes—, que desembocan en las computadoras y los procesadores informáticos. Sin la mediación de la razón, el hombre de todos modos no será un simple animal, ya que el propio animal, y en general la vida entera, pasa a ser interpretada en términos de información. ¿Qué puede significar para la imagen del hombre el hecho de ser genéticamente muy parecido a una bacteria, a la mosca



Simondon-Rodríguez,
por Juan Rearte

de la fruta o a la oveja Dolly? ¿Qué consecuencias tiene para esta imagen la equivalencia informacional que ni la teoría de la evolución, con la equiparación entre el simio y el hombre, pudo llevar tan lejos? La vida es información, dice la corriente principal de la biología molecular, y como tal la información permite el intercambio entre especies animales, humanas y seres artificiales.

La otra vertiente de los humanismos definidos por Heidegger también resulta afectada. En primer lugar, el trabajo como transformación de la naturaleza deja de ser la esencia del hombre por la sencilla razón de que el hombre ha logrado exteriorizar completamente esa función. La competencia entre el hombre y la máquina y la alienación resultante, analizada hasta sus últimas consecuencias por Marx, es para Simondon un fenómeno del siglo XIX. Es probable que esa alienación esté tomando otros carices aún más inquietantes, pero entonces debemos, una vez más, descartar el portar herramientas como algo específicamente humano. En segundo lugar, la realización del hombre como un proyecto y su humanismo aliado deja de tener asidero cuando la cibernética y la teoría de los sistemas comienzan a suponer que en la vida, así como en el artefacto, hay “objetos dotados de un proyecto”, según la expresión del biólogo francés Jacques Monod³. Aquí Simondon sostiene que se nos ha liberado del “prestigio incondicional de la idea de finalidad”⁴. Esto no quiere decir que el proyecto del hombre sea el mismo que el de la materia, en principio, sino que hay que definir lo que es proyecto y finalidad por fuera de una secuencia ordenada por un objetivo, para que pueda seguir teniendo un rostro humano.

Desde la perspectiva que nos ofrece

Simondon, Heidegger parece haber sido muy fino y determinante en lo que tiene que ver con el humanismo, pero no ha sabido ser tan preciso respecto de la técnica; de hecho, es probable que ambos se complementen, exactamente allí donde se desanuda el nexo entre humanismo y técnica en la modernidad, para abrir el camino a otro pensamiento. Heidegger estimaba que el reino de la técnica moderna, y la caducidad del hombre en su seno, era la realización más acabada de la metafísica occidental, esa metafísica que se erigió a partir del olvido de la pregunta por el Ser. Simondon, en cambio, cree más atinado hacer una ontología de la técnica que sólo en última instancia encuentre al hombre, de manera que los humanismos pasibles de una genealogía no son sólo, como en Heidegger, los originados en religiones, filosofías y políticas, sino fundamentalmente aquellos que fueron definiendo al hombre en relación con la actividad que realizaba en el mundo y que, efectivamente, lo diferencia de cualquier otra existencia en este mundo: la técnica. Entonces podríamos decir que la tecnificación que desde hace dos siglos domina el mundo humano representa una suerte de culminación de la metafísica que se manifiesta en el paso de los elementos y los individuos a los conjuntos técnicos. Los elementos técnicos eran aquellos que necesitaban del cuerpo humano para completarse como seres técnicos; los individuos técnicos estaban formados por elementos y por cuerpos; en cambio, los conjuntos técnicos están articulados de tal modo que el cuerpo humano no necesita completar la actividad⁵. El humanismo de los siglos XIX y XX no puede aceptar que el hombre sea desbancado como individuo técnico e interpreta esta situación como una deshumanización alienante. Ahora bien, la cuestión es, según Simondon,

plantear la posibilidad de un humanismo que esté a la altura de los saberes y las prácticas que el hombre mismo lleva a cabo en este mundo y no en la teoría de las ideas de los intelectuales esclarecidos. Si nos desembarazamos de los viejos humanismos, el hombre seguirá siendo “el director de orquesta de una sociedad de objetos técnicos”⁶, aunque ya no sea el hombre de los humanismos.

IV

¿Podrá el hombre borrarse “como en los límites del mar un rostro de arena”⁷? Como Simondon, Michel Foucault se hace esta pregunta por lo humano a partir de las condiciones históricas que permiten la aparición del hombre y de la técnica. Foucault encuentra en el siglo XIX y en saberes recientes y aparentemente distantes lo que Heidegger ya había establecido en la genealogía de los humanismos comenzando por los antiguos griegos. Efectivamente, el hombre se define por la vida, por el trabajo y por el lenguaje. El hombre es un ser que vive, y que además de vivir habla; un ser que vive y habla y que además trabaja. Este hombre no aparece en las elucubraciones de los filósofos sino en los hospitales, las cárceles, las fábricas, los cuarteles, los psiquiátricos. Y si estas elucubraciones pueden estar articuladas con los hospitales o las cárceles, es porque media una *episteme*, una sutil composición de saberes que pueden o no ser ciencias, pero que recorta un campo de lo que es posible ver, decir y pensar en una época. El humanismo del siglo XIX, el de la *episteme* moderna, se respira en una celda, un aula o una sala de máquinas, so pretexto de buscar convertir a esos seres en hombres: seres a la vez vivientes, parlantes y trabajadores. En este tercer episodio del vínculo entre

el hombre y la técnica en el siglo XX, Foucault sienta las bases de un nuevo haz de pensamientos que completan de algún modo la aventura en la que se embarcaron Heidegger y Simondon. El propio Heidegger, a pesar de rechazar términos como “inhumano” o “deshumano”, identificaba a la cibernética como uno de los mayores peligros de los que quizá brotaría la salvación, en la medida en que tecnificaban la vida y el lenguaje.

Si “el habla es la casa del Ser”, como reza otra de las grandes afirmaciones heideggerianas, es porque cumple un doble rol: por un lado, es aquello que los humanismos han trazado a lo largo de la historia, pero por el otro es aquello que permite levantar las barreras del hombre para dejar advenir al Ser. No parece ser casual que Foucault, influido por Heidegger, haya confiado el abandono definitivo del humanismo al estallido del lenguaje que comienza en el siglo XIX en la literatura y en la filosofía. Y tampoco es casual que Gilles Deleuze afirme que Foucault no pudo notar que era en el mundo de la vida y del trabajo donde más palpable se hacía el abandono del hombre. La cuestión es colocar esa lupa tan precisa ya no en las disposiciones del siglo XIX sino en las del siglo XX. Y allí se prolonga el segundo episodio, pues lo que Foucault parece heredar de Heidegger es lo que Deleuze recoge de Simondon.

“Ha sido necesario que la biología se transforme en biología molecular, o que la vida dispersada se agrupe en el código genético. Ha sido necesario que el trabajo dispersado se agrupe o reagrupe en las máquinas de tercer tipo, cibernéticas e informáticas [...] El hombre tiende a libe-

Si nos desembarazamos de los viejos humanismos, el hombre seguirá siendo “el director de orquesta de una sociedad de objetos técnicos”⁶, aunque ya no sea el hombre de los humanismos.

rar *en él* la vida, el trabajo y el lenguaje”⁸. Deleuze no duda en escribir que estamos ante una versión inédita del superhombre imaginado por Nietzsche, un compuesto nuevo donde el hombre entra en relación con fuerzas que antes pertenecían a su interior. Este “liberar *en él*” del hombre podría marcar su superación, pero no en un sentido dialéctico, sino como posibilidad de pensar una figura humana por fuera de los humanismos históricos⁹. Se trata de atisbar, como decía Simondon, el humanismo propio para una época que ya no define al hombre por la vida, el trabajo y el lenguaje¹⁰.

Otra versión posible es hablar de lo inhumano. Para Jean-François Lyotard, por ejemplo, la técnica en el siglo XX, estructurada a partir de la cibernética y la teoría de los sistemas, es inhumana (tal como apuntaba Heidegger), en la medida en que externaliza todo aquello que se suponía más íntimamente humano (como decía Simondon). Cabría preguntarse acerca de un nuevo humanismo que hable de lo inhumano; qué ocurriría si “los humanos, en el sentido del humanismo, estuvieran obligados a llegar a ser inhumanos”, o si “lo ‘propio’ del hombre fuera estar habitado por lo inhumano”¹¹. Una tercera variante es hablar de lo poshumano, aquello que viene después de lo humano pero cuya definición positiva aún desconocemos. En esa senda se encuentra el alemán Peter Sloterdijk, quien, en una célebre conferencia sobre la *Carta sobre el humanismo* de Heidegger, estima que entramos una época cuyas bases son “poshumanísticas”¹².

Llegados a este punto, parece sensato poner un coto a los prefijos que pueden adosarse a lo humano e imaginar qué será del hombre y de la técnica cuando las evidencias de esta transformación producida en el siglo XX, y que todos presentimos diariamente en un sinfín

de actividades, estén a la vista de quienes “piensan” el hombre. Por lo pronto, como cierre de este tercer episodio y ensayo de apertura a otros más que vendrán, podemos anotar que:

- si la vida puede ser reproducida artificialmente, o intercambiada entre seres vivientes y artificiales, es que la vida no es algo humano o que lo que se ha llamado vida no es vida.
- si el pensamiento, como secuencias lógicas, puede ser reproducido artificialmente, es que el pensamiento no es algo humano o que lo más íntimo y humano del pensamiento no reside en las secuencias lógicas.
- si el trabajo como transformación de la naturaleza puede ser realizado enteramente por una máquina, es que el trabajo no es lo que por siglos entendimos o, más bien, que el trabajo no es la esencia del hombre.
- si el lenguaje como código y transmisión puede ser delegado a aparatos técnicos, es que, o bien el lenguaje tampoco es lo propio del hombre, o bien el lenguaje como código y transmisión no es algo demasiado humano.

En todos los casos, los humanismos imperantes no tendrían más motivos para escandalizarse ante cada avance técnico, pues la ley implícita de estas conjeturas sería la siguiente: todo aquello que puede ser reproducido artificialmente no es del orden de lo humano, y por lo tanto no habría nada deshumanizador que sea moralmente reprochable si el hombre se embarca a hacerlo. Quizás esta falta de escándalo haga desaparecer a estos humanismos, que viven de la queja. Y quizás, si miramos qué hombre se relaciona hoy con qué técnica, quede allanado el camino de una existencia sin humanismo o de un humanismo a la altura de nuestra existencia.

NOTAS

1. Vamos a referirnos a los siguientes textos de su autoría: “Carta sobre el humanismo” (en Heidegger y Sartre, Jean-Paul, *Sobre el humanismo*, Buenos Aires, Sur, 1960), “La pregunta por la técnica” (en *Ciencia y técnica*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1983), *Serenidad* (Barcelona, Ediciones del Serbal, 2002) y “Lenguaje de tradición y lenguaje técnico” (en revista *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*, Nº 1, Buenos Aires, CBC-UBA, diciembre de 1996).
2. Simondon (1924-1989) ha escrito una obra fundamental para comprender la filosofía de la técnica contemporánea, a la cual vamos a referirnos aquí: *Du mode d'existence des objets techniques* (Paris, Aubier, 1989), que será publicada próximamente por la editorial Prometeo. El pensamiento de Gilbert Simondon es uno de los más fecundos y todavía no demasiado explorados de la actualidad. Para un análisis de las líneas posibles que se pueden trazar entre Simondon y Heidegger, ver Jean-Yves Chateau, “Technophobie et optimisme technologique modernes et contemporains”, seguido de “La question de l'évaluation de la technique”, en VV.AA., *Gilbert Simondon. Une pensée de l'individuation et de la technique*, Paris, Albin Michel, 1994.
3. Jacques Monod, *El azar y la necesidad. Ensayo sobre la filosofía natural de la biología moderna*, Barcelona, Tusquets, 1993.
4. Simondon, *op.cit.*, p. 104.
5. La obra de Lewis Mumford, uno de los epicentros del pensamiento sobre la técnica del siglo XX, hacía una clasificación parecida cuando hablaba del paso de la herramienta, dependiente en la actividad técnica del cuerpo humano, a la máquina-herramienta, menos dependiente, y de allí a la máquina, que organiza una clausura sobre sí misma respecto de ese cuerpo a través de la automatización de la actividad. Ver “Preparación cultural”, en *Técnica y civilización*, Madrid, Alianza, 1982.
6. “Lejos de ser el vigilante de una tropa de esclavos, el hombre es el organizador permanente de una sociedad de objetos técnicos que tienen necesidad de él como los músicos tienen necesidad del director de orquesta. El director de orquesta solamente puede dirigir a los músicos por el hecho de que toca como ellos, tan intensamente como todos ellos, el fragmento ejecutado; los modera o los apura, pero se ve igual de moderado o apurado que ellos; de hecho, a través de él, el grupo de músicos modera y apura a cada integrante, y el director es para cada uno de ellos la forma en movimiento y actual del grupo mientras existe; es el intérprete mutuo de todos en relación con todos. Del mismo modo, el hombre tiene como función ser el coordinador e inventor permanente de las máquinas que están alrededor de él. Está entre las máquinas que operan con él” (Simondon, *op.cit.*, pp. 11-12).
7. Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Siglo XXI, México, 1997, p. 375.
8. Foucault, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 169.
9. Se trata de una radicalización del hecho nietzscheano de la muerte de Dios que arrastra consigo la del hombre. “Y el sujeto de este nuevo discurso, aunque ya no hay sujeto, no es el hombre o Dios, todavía menos el hombre en el lugar de Dios. Es esta singularidad libre, anónima y nómada que recorre tanto los hombres como las plantas y los animales independientemente de las materias de su individuación y de las formas de su personalidad; superhombre no quiere decir otra cosa, el tipo superior de *todo lo que existe*. Extraño discurso que renovaría a filosofía, y que finalmente trata el sentido no como predicado, como propiedad, sino como acontecimiento” (Deleuze, “De las singularidades”, en *Lógica del sentido*, Buenos Aires, Paidós, 2005, p. 123).
10. Aquí es necesario aclarar que son precisamente características del lenguaje tal como fuera entronizado durante el siglo XX—por el estructuralismo, por el “giro lingüístico”, por la hermenéutica— las que operan como denominador común en el continente cibernético-epistémico: información está ligada a código, transmisión, expresión, ya sea en la biología molecular o en las telecomunicaciones, en la proxémica o en la informática, en la terapia sistémica o en las neurociencias. Es obvio que estas nociones no agotan el problema del lenguaje, pero es de este modo como opera respecto de la cuestión de la técnica que queremos tratar.
11. *Lo inhumano. Charlas sobre el tiempo*, Buenos Aires, Manantial, 1998, p. 10.
12. Peter Sloterdijk, “Reglas para el parque humano”, en *Pensamiento de los Confines* Nº 8. Buenos Aires, Diotima, 2000. Esta conferencia generó una gran polémica con Jürgen Habermas en torno de las consecuencias de la ingeniería genética en el destino de la humanidad. Sloterdijk, como Deleuze, retomaba ciertos tópicos nietzscheanos, como el del superhombre o los procesos de domesticación y cría de seres humanos, algo intolerable a los oídos de humanistas clásicos. En cierta forma, Habermas y Sloterdijk cristalizaron los episodios que hemos recorrido aquí en una escena de carácter dramático entre viejos y nuevos humanismos. El filósofo español Félix Duque ha realizado un análisis detallado de esta escena en “Sloterdijk o la libertad por la tecnología” (*En torno al humanismo. Heidegger, Gadamer, Sloterdijk*, Madrid, Tecnos, 2002).

Tecnologías y técnicas de la globalización en Zygmunt Bauman

Por Rubén H. Ríos

Zygmunt Bauman ha organizado y difundido algunas de las imágenes más extendidas para pensar la globalización: sus libros han salido del círculo de los expertos, interpellando a públicos más ampliados. ¿En qué planos del pensamiento pueden leerse sus difundidos análisis sobre la modernidad líquida? Rubén Ríos se aboca a la tarea de situarlo en diálogo y debate con la interpretación heideggeriana, con las críticas foucaultianas y con la perspectiva marxista de la enajenación. En un recorrido preciso y erudito por su obra, Bauman es tratado como un intelectual moderno que, como muchos de sus antecesores, sitúa el fetichismo de la mercancía como clave de una comprensión general. Para Rubén Ríos, una nueva atención sobre las tesis de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx permite situar la técnica en relación al trabajo humano. El trabajo hace extraños, a la vez, la naturaleza, el cuerpo y la potencia humana: la vida, lejos de ser algo amenazado por la instrumentalidad técnica es aquello que ya enajenado produce nuevas coerciones. En este recorrido por Bauman se plantean, así, dilemas que lo atraviesan pero que requieren la imbricación con poderosas filosofías anteriores.

Quizá Martin Heidegger, que solía equivocarse mucho, se equivocó al restarle importancia a la determinación del sistema social y económico de la civilización planetaria tecno-científica que vislumbraba en *El final de la filosofía y la tarea del pensar*, a comienzos de los '60. Se sabe que Heidegger rechazaba la interpretación antropológica de la técnica concebida como un instrumento neutro, un medio para fines. Incluso, quizá *La pregunta por la técnica* está orientada contra el materialismo histórico o cierto marxismo; como en ese texto Heidegger piensa la "esencia" de la técnica, todo el universo humanista del sujeto/objeto implica la técnica como dominio de los entes. El trabajo mismo ya es instrumental, "técnico", mediación entre el "hombre" y la "naturaleza". El sistema industrial como complejo de máquinas (automatización de la herramienta) deviene directamente de esta posición del trabajo. Desde luego que a Heidegger le preocupaba más la suerte del mundo aprehendido por la técnica y el lenguaje físico-matemático que la explotación económica de los hombres por medio del plusvalor. En todo caso, para él, algo así se hace posible cuando los hombres han sido capturados —como cualquier ente— por la técnica "provocante de la naturaleza". Suponiendo que la explotación económica cese en un orden socialista, el problema heideggereano de la técnica como instrumento para los fines del hombre se mantiene. El asunto de fondo para él, como lo enfatiza en la entrevista del *Spiegel*, es la técnica planetaria, la civilización tecno-científica y no el orden social que lo acompaña. Por el momento, el análisis de Zygmunt Bauman de la "modernidad líquida" resuena en el cielo turbulento de la era

de la globalización como una asfixiante corrección política al enfoque heideggereano de la técnica. Buena parte de la inspiración de Bauman, al menos desde *Ética posmoderna* (1995), tiene como fuente el horizonte ético abierto por Emmanuel Levinas, cuyo amor por la justicia y la alteridad se transmite a Bauman sin reservas; otra parte, y quizá de fondo, arraiga en la vieja ética socialista y liberal con sus grandes estandartes de libertad, igualdad y fraternidad. Se comprende que el orden (o el desorden, más bien)

del capitalismo global, para este pensador ya octogenario formado en las ideas de Gramsci y seducido por el giro posmoderno, conforma la más gigantesca aventura de destrucción cultural y humana jamás emprendida. La globalización prolonga el despotismo de la economía de mercado hasta los confines del planeta, cerrándose hacia el Otro y sometiéndolo al dolor y la penuria, la marginación y la humillación, la miseria y la esclavitud; es decir, todo aquello que la sensibilidad filosófica y sociológica de Bauman rechaza con horror y malestar. En suma, se trata de la voz de un intelectual moderno sin ilusiones respecto de la modernidad pero tampoco de la sociedad de consumo, la cual no sería más que el sistema del fetiche de la mercancía ascendido a modelo globalizador.

El problema de Bauman se refiere al rumbo ético y político que han tomado las sociedades occidentales a partir de la caída del Estado de Bienestar y del

La globalización prolonga el despotismo de la economía de mercado hasta los confines del planeta, cerrándose hacia el Otro y sometiéndolo al dolor y la penuria, la marginación y la humillación, la miseria y la esclavitud; es decir, todo aquello que la sensibilidad filosófica y sociológica de Bauman rechaza con horror y malestar.

La modernidad se presenta como una especie de “partido del orden” que se autoasigna el diseño racional de la totalidad antropológica y del ente desde la luz implacable de las ideas y, por lo tanto, del conocimiento como poder –algo que, por otro lado, ya se perfilaba en Platón.

colectivismo soviético, si bien muchos elementos de la barbarie globalizadora ya se hallaban en el racionalismo universalista moderno. En *La hermenéutica y las ciencias sociales* (1978), Bauman rompe con el estatuto científico de las ciencias sociales y los principios ilustrados de éstas –formalizados en Marx, Weber, Mannheim, Talcott Parsons,

entre otros– desde una perspectiva de hermenéutica (del griego *hermenēutikós*, “explicación”, “interpretación”) iniciado en la finitud radical comprensiva del círculo hermenéutico de Heidegger

y las ideas en consonancia de Dilthey. De esa época proviene, al parecer, su admiración por la obra de Borges, y por el relato “La busca de Averroes” (en *El Aleph*), que a su juicio postula la imposibilidad de rebasar el ser-en-el-mundo y hace estallar la oposición lógica entre consenso y verdad. En ese texto de Bauman ya irrumpe en germen la ética de la alteridad posterior y la relación tensa y ambigua que mantiene con el legado moderno, aunque sin resignar algunas afinidades; por ejemplo, con el historicismo de Marx. En realidad, la globalización se le aparece como la misma modernidad en su fase posmoderna –en sus términos– “líquida”.

1. Modernos, posmodernos y globales

Ese concepto de “modernidad líquida”, en todo caso, constituye el aporte de Bauman para la dilucidación del complejo global y lo obtiene luego de

una inmersión en las aguas desencantadas del pensamiento posmoderno. En ese sentido, *Legisladores e intérpretes* (1987) arroja una mirada furiosa y reprobatoria sobre el proyecto moderno (en gran medida un proyecto de dominación tecnológica del ente, al decir de Heidegger) y sus guardabosques convertidos en constructores de “culturas de jardín” contra el fondo arrasado de “culturas silvestres”. La figura *princeps* de la modernidad sería el intelectual “legislador”, en contraposición con el “intérprete” como héroe posmoderno; el primero investido de la autoridad de la Razón lleva en sus hombros la organización del mundo por medio de la educación y la cultura. La modernidad se presenta como una especie de “partido del orden” que se autoasigna el diseño racional de la totalidad antropológica y del ente desde la luz implacable de las ideas y, por lo tanto, del conocimiento como poder –algo que, por otro lado, ya se perfilaba en Platón. Este “legislador” ilustrado del mundo comienza a decaer no bien Marx, Nietzsche y Freud lanzan sus dardos envenenados sobre el yo cogitante y la conciencia autotransparente del racionalismo. El intérprete posmoderno, y en esto Rorty tiene el lugar de abanderado para Bauman, por decir lo menos, culmina el proceso moderno hacia su propia inmolación en el fuego del desplazamiento perpetuo de los límites mundanos, pero no está más allá del estigma de la modernidad. Bauman, como Habermas, entiende que ésta incluye la posmodernidad como una revisión de sus propios fundamentos, aunque a diferencia de aquel encuentra que el proyecto moderno es necesariamente inconcluso y, quizá más todavía, indeterminado.

Si el “fin de los metarrelatos” de Lyotard supone un nuevo relato, hay que admitir con Bauman (según dice en *La ambivalencia de la modernidad*, 2001) y con el mismo Lyotard, por otro lado, que no se puede ser moderno sin ser primero posmoderno. El proyecto de la modernidad cultural ha fracasado, según *Legisladores e intérpretes*, no tanto por sus respuestas e ideales críticos y éticos, sino porque tomó una dirección equivocada con la implantación de la razón instrumental (la “esencia” de la técnica para Max Horkheimer) y la racionalización social que fragmentaron la sociedad, creando las condiciones para que la economía de mercado la integrara bajo los hechizos de la mercancía y el consumismo. Esto no significa que el potencial crítico de la modernidad haya sido sepultado definitivamente bajo los horrores y las delicias mercadotécnicas de la globalización. La ética de la alteridad de Bauman, que sigue una estrategia hermenéutica, precisamente quiere evitar la universalidad de la verdad racional y legislativa que ha caracterizado el lado oscuro de la inteligencia moderna. Reponer o redimir la modernidad, de este modo, supone como obstáculo insalvable la globalización del capital transnacionalizado, cuyas actuaciones planetarias y locales rebasan el estado-nación o lo someten al vasallaje y atomizan la sociedad en individuos “individualizados” dedicados por entero al ámbito privado en desmedro del público. Por esto Bauman cree, al igual que Castoriadis, a quien suele citar con frecuencia, que aquello que distingue la situación contemporánea de la modernidad es la pérdida del cuestionamiento de sí misma; rasgo éste, por decir así, que define a la cultura moderna.

En *La globalización* (1998), Bauman vuelca toda su pasión ética y crítica sobre las premisas y consecuencias nefastas de los procesos globales signados por la degradación y la marginación social. El eje de la hegemonía del capitalismo global se sostiene en que mientras éste es extraterritorial y móvil, el estado-nación y las sociedades son locales e inmóviles. La desterritorialización del capital se habría llevado a cabo luego de lo que Bauman llama la “Gran Guerra de Independencia del Espacio”, durante la cual los centros de poder y decisión abandonaron técnica y tecnológicamente las restricciones territoriales y el compromiso con la comunidad. Más que al “fin de la historia” asistiríamos al “fin de la geografía”, en palabras de Virilio, por efecto de la velocidad instantánea de las telecomunicaciones y cuyos recursos tecnológicos en manos de los capitalistas globalizados favorecen la emergencia y el encapsulamiento de una elite móvil extraterritorial. El poder global, como si obedeciera a una espiritualización hegeliana de la tierra, es etéreo e incorpóreo, flotante y ciberespacial, aunque las reterritorializaciones se hacen sentir tanto en las economías locales (sobre todo en las que abandona a su suerte, después de expropiarlas) como en las tecnofortalezas de seguridad máxima de la elite global. Paralelamente, el territorio para los locales tiende a transformarse en una prisión, un espacio hostil donde el

El poder global, como si obedeciera a una espiritualización hegeliana de la tierra, es etéreo e incorpóreo, flotante y ciberespacial, aunque las reterritorializaciones se hacen sentir tanto en las economías locales (sobre todo en las que abandona a su suerte, después de expropiarlas) como en las tecnofortalezas de seguridad máxima de la elite global.

viejo Nomos de la tierra –al que Carl Schmitt consideraba isomorfo a la soberanía del Estado moderno– ha dejado paso a multitudes de parias urbanos y excluidos.

La vigilancia panóptica descrita por Foucault ha caducado, según Bauman, reemplazada por otro dispositivo: el

La apatía política y el conformismo respecto del estado de cosas, que la economía de mercado aprovecha para articular a la red social en torno a la mercancía y el afán de lucro y consumo como proyecto de vida [...], se vincula con el fracaso y la corrupción de las utopías modernas y los “metarrelatos” y, también, con el retiro del estado-nación desbordado por las fuerzas globales y la pasividad interesada del liberalismo político que considera a la globalización un determinismo cuasiteológico.

Sinóptico, en el cual ya no unos pocos observan a muchos sino a la inversa. El sinoptismo corresponde a las relaciones de poder globales expresadas en los medios de comunicación de masas, en especial teleópticos; a diferencia del Panóptico, el Sinóptico no obliga u oprime sino seduce a “vigilar” a unos pocos rigurosamente seleccionados, tanto local como globalmente, pero siempre prima la relación del local que observa al global en el éxtasis de la sociedad de consumo. En última instancia, la globalización neutraliza en su espiral de extraterritorialización (total en el capital financiero, casi total en el comercial y muy desarrollado en la industria) no sólo las identidades nacionales forjadas por el legislador moderno, sino también otro de los grandes inventos de la modernidad: el estado-nación. Bauman afirma que, en rigor, éste ha sido expropiado por la “piratería” del capitalismo transnacional en camino a una nueva estratificación de distribución de la riqueza que hiela la sangre –un sólo dato sobre esto:

según la ONU, los ingresos de los primeros 358 multimillonarios globales (Bill Gates, entre otros) equivalen a los de aquellas 2.300 millones de personas más pobres que configuran el 45% de la humanidad. En otras palabras, las causas de la pobreza local son globales. En consecuencia, es en los problemas de seguridad internos (y fronterizos) generados por los desechos humanos y excluidos de la burbuja extraterritorial de la globalización donde ésta –o mejor: los portavoces y gurús locales– requiere y promueve el poder de policía del estado-nación e, incluso, la criminalización de la pobreza. En el confinamiento local, esta doctrina de la Ley y el Orden tiene mucho éxito ya que el miedo y la incertidumbre reinan en los sombríos basureros de la globalización. La cárcel, como se sabe, forma parte de los mecanismos de producción social de crimen.

La atmósfera enrarecida y aterradorante de la dimensión local del poder global, según el Bauman de *En busca de la política* (1999), se sintetiza con exactitud en la palabra alemana *Unsicherheit*: “inseguridad”, “incertidumbre”, “desprotección”. Lo cual hace, desde luego, que los individuos “individualizados” y autoreferenciales, los ciudadanos devenidos consumidores en alza o defectuosos, sean incapaces de concebir una solución colectiva para lo que experimentan como una amenaza para la propia integridad física y la propiedad privada. La sociedad contemporánea de individuos de la modernidad social, que de acuerdo a Hobbes surge del miedo generalizado de los unos por los otros, responde al *Unsicherheit* con el reclamo masivo de más y mejor seguridad. El aumento de ésta, como ha ocurrido en casi todas las grandes urbes occidentales durante el auge del neoliberalismo bajo

la invocación (explícita o implícita) de la “tolerancia cero”, para Bauman no ha eliminado la angustia y el miedo sino ha conducido a un recrudescimiento de la soledad de los individuos, de la desconfianza y la suspicacia mutua, dividiendo y fragmentando aún más una sociedad fragmentada de por sí. La apatía política y el conformismo respecto del estado de cosas, que la economía de mercado aprovecha para articular a la red social en torno a la mercancía y el afán de lucro y consumo como proyecto de vida (fenómeno, dicho de paso, que jamás hubiera imaginado Sartre ni tampoco Weber), se vincula con el fracaso y la corrupción de las utopías modernas y los “metarrelatos” y, también, con el retiro del estado-nación desbordado por las fuerzas globales y la pasividad interesada del liberalismo político que considera a la globalización un determinismo cuasiteológico. Bauman piensa que, por el contrario, falta (y acaso nunca estuvo) un espacio público y privado a la vez —el *ágora*— que conecte la libertad individual con la responsabilidad pública y donde lo privado se traduzca en temas públicos y a la inversa.

2. Los individuos líquidos

En la posmodernidad (o modernidad “líquida”) lo privado ha colonizado lo público, la libertad individual ha avasallado y vaciado de contenido la vida colectiva. La sociedad de consumo posmoderna ya no es más un sistema de productores sino de consumidores; o, en otras palabras, sobre todo produce individuos “individualizados” que asumen su lugar en el banquete del consumismo —medido según la aproximación a los esplendores de la elite global móvil— como la propia y

única responsabilidad, el fruto dulce o amargo de su autodeterminación y autoafirmación como individuos libres y autónomos; esto no quiere decir que todos o la mayoría de los individuos cuenten con recursos aptos para cumplir con ese individualismo narcisista y solitario del consumo y la autorrealización. Por el contrario, la libertad de elección que sostiene la resolución biográfica de problemas sociales (y morales), para Bauman está atravesada de ilusión y esclavitud, en cuanto cualquier elección de estos individuos enajenados del Otro o bien se efectúa dentro del “imaginario social” (al decir de Castoriadis) del consumo o bien en relación a opciones preformadas y sobredeterminadas de antemano por la invasión de lo privado sobre el espacio público. El individualismo posmoderno, como una ingenua mosca capturada en la telaraña de lo social, pretende gestionarse individualmente prescindiendo de factores que dependen de lo colectivo. El consumismo es un estilo de vida y, como tal, humilla y denigra a todos aquellos que han quedado expulsados de los patrones y circuitos del consumidor por motivos no sociales (lo que sería verdad) sino individuales.

Mientras que Bauman propone que la libertad individual genuina se consigue y se mantiene colectivamente, la sociedad de consumo posmoderna se dirige hacia la privatización de las condiciones que aseguran y garantizan el ejercicio de aquella; al hacerlo salta por encima justamente de los males sociales que llevaron al callejón sin salida de la inseguridad y el miedo. En ausencia de un *ágora*, de un espacio público-privado, que permitiría la alquimia de transformar lo privado en público, los problemas privados se exhiben en los *talk shows* de las pan-

tallas televisivas globales, inundando la esfera pública de la comunicación masiva de miserias íntimas y dramas domésticos. El espacio público-privado que formula Bauman ataca el moldeado subjetivo individualista de la sociedad de consumo envuelta en el marasmo del *Unsicherheit* y el estado-nación como *médium* de los poderes globales y principal escollo para la justicia social. En cierto modo, la apatía política se difunde en la medida que las instituciones políticas creadas por la modernidad se encuentran también penetradas por lo privado y se muestran impotentes de ofrecer programas alternativos a los impuestos por los poderes globales. El *ágora* representaría ese puente o nexo entre lo público y lo privado de manera que las desdichas individuales se traduzcan en soluciones colectivas y las desgracias sociales en preocupaciones y ocupaciones individuales. Sin embargo, tanto porque los antiguos espacios públicos-privados han caído en la insignificancia o funcionan como parques temáticos, el *ágora* no ejerce ningún interés sobre esta “sociedad de los individuos”.

En *Modernidad líquida* (2000), Bauman propone que el individualismo de la sociedad de consumo –piedra basal de la globalización– comienza cuando se disuelven todas las limitaciones y autolimitaciones de la libertad individual de elegir y actuar que hasta ese momento eran frenadas por algunas técnicas antiindividualizadoras de la modernidad “sólida”. Ésta, si bien lo propio de lo moderno sería su fluidez y poder de licuefacción, comprende el período del final del feudalismo hasta los tiempos posmodernos (o posindustriales) ya estrictamente “líquidos”. Como diría Marx, todo lo

sólido se disuelve en el aire (por lo que quizá hasta se podría pensar, acaso, en una modernidad “gaseiforme”) ni bien el espíritu moderno emprende la disipación del orden del *Ancien Régime* para instaurar el propio de acuerdo al cálculo y la planificación técnico-racional. La “disolución de los sólidos”, en realidad, consiste en la liberación radical de todo lastre ético o doméstico, religioso o comunitario, político o cultural, de la actividad económica. En adelante el nexo real que une a los miembros de la sociedad moderna será el dinero, dejándola sin ninguno de los viejos “sólidos” (ya bastante erosionados, si se sigue a De Tocqueville) a merced de las leyes de la economía y la razón instrumental. Este nuevo orden de la modernidad “sólida”, como la denomina Bauman, fundaba su solidez en la estructura económica y en la rigidez de sus artefactos y tecnologías de producción que dominaban la vida humana en su totalidad. A medida que se emancipaba la economía de cualquier atadura, la libertad individual le siguió los pasos, volviendo aún más rígido y obturado el orden de los “subsistemas” de la base económica. El endurecimiento y la falta de opciones de éstos aumentarían en correlación con la desregulación y la liberalización, la “flexibilización” y la liberación de los mercados, la fluidez de los capitales y la disminución de los impuestos.

En la modernidad “líquida” –en la posmodernidad– lo que se disuelve son los lazos entre los individuos y la sociedad, entre las elecciones individuales y las colectivas, entre los proyectos de vida y los proyectos políticos y sociales. La fase pospanóptica en la que habría ingresado el poder extraterritorial de la globalización, más bara-

ta y liviana que las anteriores instalaciones y técnicas panópticas circunscriptas al territorio, revela a Bauman que llega a su final el compromiso “fordista” entre trabajo y capital, entre empleadores y empleados, entre industriales y obreros. No se trataría ya de conquistar nuevos territorios sino de derrumbar todas las barreras que bloquean el flujo mundial de los poderes globales –si bien la ocupación militar de Irak por parte de EEUU desmiente o relativiza esta tesis de Bauman, salvo que represente el último coletazo de la modernidad “sólida” por medio de un pesado estado-nación todavía imperial o una drástica y cruenta reterritorialización del capitalismo extraterritorial en busca de botines locales de valor global. Hasta cierto punto, la visión del mundo contemporáneo de Bauman se asemeja a la de Negri y a la de Deleuze y Guattari, haciendo una superposición entre “imperio” y “máquina abstracta”, ya que como en ellos –en el esquema global/local– el poder se hace invisible y ubicuo; una elite global móvil que gobierna como “amos ausentes” fluyendo virtual o realmente en todo el planeta. La desintegración del tejido social resultaría de esa huida y descompromiso con el destino local y territorial de los globales celestes que para fluir en su orbitación mundial deben eliminar todo control y traba, toda frontera o estado-nación en rebeldía, toda trama social demasiado densa.

La modernidad “líquida” es, para decirlo de una vez, un montón de fragmentos a la deriva. El incremento de la libertad individual ha traído aparejado la impotencia y la obsolescencia (como cualquier otra mercancía posmoderna efímera) de la “teoría crítica” y de las distopías tecnocráticas –al

estilo de Orwell o Huxley– que alertaban sobre los peligros totalitarios de la modernidad “sólida” y la homogeneización de los individuos despojados de su autonomía y de su capacidad de autoafirmarse como diferencia. Todo eso, en el análisis de Bauman, pertenece al pasado; los dilemas y denuncias de Marcuse o de Adorno han perdido vigencia y, aún peor, ya no inquieta a ninguno de los individuos “libres” que han soltado amarras de cualquier nexo con las presiones burocráticas y panópticas del sistema de poder del capitalismo territorial. En la sociedad de consumo compuesta de individuos “individualizados”, lo público, que encarnaba el monstruoso estado-nación en su época de hierro, ya no subyuga lo privado, sino a la inversa. Pero, a pesar de que sólo se permite que florezcan todos los lenguajes y prácticas que tienen como finalidad elevar los objetivos privados y los cuerpos individuales a rango superior

(en clave hedonista, para el Bell de *Las contradicciones culturales del capitalismo*), Bauman distingue una enorme distancia entre ser individuo *de jure* y serlo *de facto*; la misma que existe, en una palabra, entre “tener” y “ser”. Esta brecha excede la autogestión individual de la biografía propia y sólo se podría zanjar en el campo político, en el *ágora*, el espacio público-privado en el cual se alcanzan soluciones públicas para los problemas privados. En el pasaje de consumidor a ciudadano el individuo *de jure* prelude su condición *de facto*,

La desintegración del tejido social resultaría de esa huida y descompromiso con el destino local y territorial de los globales celestes que para fluir en su orbitación mundial deben eliminar todo control y traba, toda frontera o estado-nación en rebeldía, toda trama social demasiado densa.

la sustitución de la libertad negativa por la positiva, al vencer los moldes individualizadores que desligan su autonomía de la que la sociedad obtiene en su conjunto.

La defensa de la autoconstitución del individuo frente a las grandes máquinas sociales del racionalismo de la modernidad “sólida”, como se aprecia por ejemplo en la lectura que hace Marcuse de los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx, es innegable, pero hay que preguntarse si esto no juega a favor del individuo *de facto* más que del *de jure*. En todo caso, Bauman no se detiene a examinar las posibilidades latentes en la teoría crítica, a la que juzga un poco anarquista, ante la urgencia de renovar el horizonte de la emancipación y combatir críticamente la cooptación de lo público por lo privado. En el tecnocapitalismo fluido y globalizado las normas se han vuelto

En el tecnocapitalismo fluido y globalizado las normas se han vuelto laxas y borrosas, y la planificación racional y la razón instrumental habrían desaparecido tras las velocidades lumínicas y la huida hacia los paraísos secretos de la elite global.

laxas y borrosas, y la planificación racional y la razón instrumental habrían desaparecido tras las velocidades lumínicas y la huida hacia los paraísos secretos de la elite global. Según Bauman, aquella frase de Margaret Thatcher –“no existe la sociedad”– o la otra de Peter Drucker –“la sociedad ya no salva”– declaran el fin de las técnicas de ingeniería social de la modernidad pesada (y todo el constructivismo local) y el nacimiento oficial del capitalismo *light*, leve como el aleteo de esa mariposa que en el otro extremo del mundo tiene como efecto un cataclismo. En el mismo sentido, el principio de placer que Freud ponía bajo el yugo del principio de realidad,

ha ido desprendiéndose de la necesidad que regía éste último para entregarse con fruición al deseo y luego al “anhelo” del consumo masivo que provee la variedad y la “identidad” individual del consumidor. La vida en la modernidad “líquida” se parecería cada vez más a la vida televisada, y si no carece de gracia; esto por contaminación del sinoptismo global.

3. La pesadilla ciberpunk

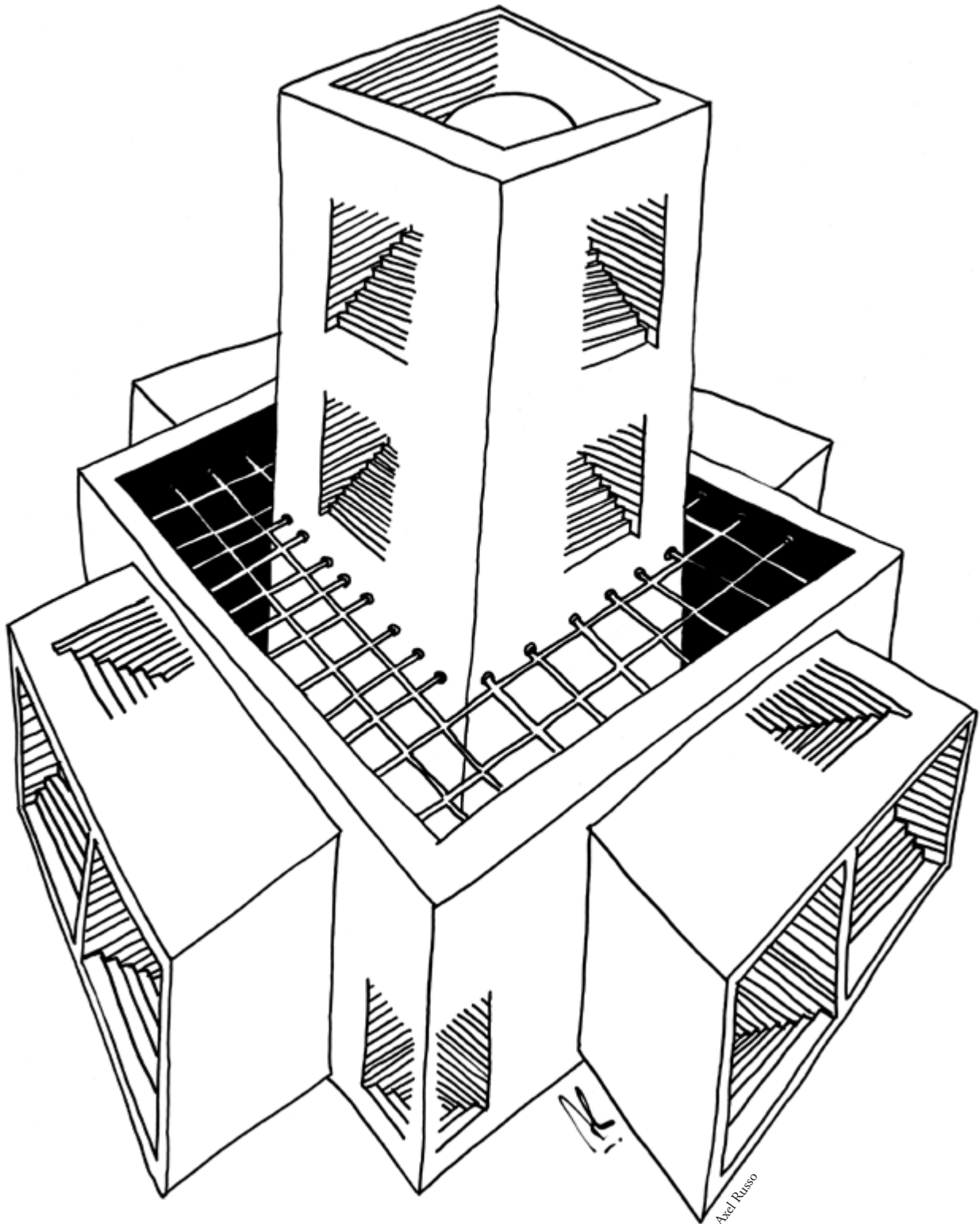
La ciudad paradigmática de los globales, en la cual se evitan los efluvios y miasmas de los desechos locales, correspondería a la que el arquitecto británico George Hazelton construye cerca de Ciudad del Cabo, cuyo criterio primordial se aboca a lograr el aislamiento perfecto de sus habitantes del resto de la humanidad. La ciudad de Hazelton, *Heritage Park*, se alza sobre 500 acres y básicamente consiste en una versión tecnológica de la ciudad medieval amurallada y protegida por observatorios de guardias armados, fosos, puentes levadizos, vigilancia electrónica y cercos electrificados; su propósito superior sería la realización de la seguridad máxima que ningún sistema local de cerrojos y precintos alcanzaría con igual eficacia. En cierto modo, *Heritage Park* hace realidad el sueño (inconfesable quizá) de las capas medias altas y bajas sobre las que descansa la exterritorialidad presurizada de la elite global, del que se vislumbran cierto pálido destello en los hoteles internacionales o los shopping. En éstos se está, como indica Bauman, “en otra parte” –son los no-lugares que ya investigó Augé, en donde se consumen las sensaciones de la mercancía en una autotransparen-

cia purificada y segura entre iguales. A la invisibilidad de los globales, los “espacios vacíos” de sentido de los templos del consumo le agregan la invisibilidad de la suciedad y la escoria local, en una tercera modalidad a las que descubrió Lévi-Strauss (la antropoémica y la antropofágica, “vomitar” y “devorar”) para tratar lo intratable de la alteridad del Otro. Mientras más crece y se difunde la uniformidad de los individuos “individualizados”, y más fluidos y frágiles son los vínculos sociales, más se despierta el miedo ante los extraños y desconocidos; sobre este horror al Otro se montarían las políticas segregacionistas y de pureza étnica (y de clase, además) que recorren la modernidad “líquida”.

En contraste con las antiguas culturas, la era de la globalización fluida abomina de lo eterno y duradero y rinde culto (o cultiva) a lo efímero y transitorio, a la mortalidad del cuerpo sacralizado –último reducto de la seguridad– por innumerables técnicas de ortopedia y longevismo que la sociedad disciplinaria de Foucault jamás imaginó. La vigilancia ahora se ejercería en el límite entre el cuerpo y el mundo exterior, prestando suma atención a los orificios y las superficies de contacto. La gratificación de la satisfacción instantánea, leve y ligera como el aire acondicionado y fugaz como las noticias que caducan ni bien se emiten, evita cualquier consecuencia ulterior y se prefiere a la duración y a lo sólido, de la misma manera que el gigantismo industrial y las tecnocracias territoriales (lentas y pesadas) se debilitan en su poderío ante los teléfonos celulares y las computadoras portátiles de los globales desterritorializados en red comunicacional. Como ya han señalado Debord y Virilio, viviríamos

en un permanente presente, sin pasado ni futuro. La experiencia de esta cultura de lo fluido y la instantaneidad, en la que el capital transnacional se disemina por todas partes y por ninguna, para Bauman se asemeja a la de los pasajeros de un avión que en pleno vuelo descubren que no hay nadie en la cabina del piloto. La idea de progreso no se ha esfumado sino, también, se ha desregulado y privatizado; ahora el que progresa es el individuo, siempre y cuando pueda controlar un presente laboral plagado de contratos breves e inciertamente renovables. Las nuevas imágenes físicas del universo colaboran poco con esto a decir verdad, ya que si antes Dios no jugaba a los dados (como decía Einstein) ahora los dados juegan con Dios; la teoría del caos y de las catástrofes, la mecánica cuántica y otras entidades aleatorias como el principio de incertidumbre, implican un altísimo grado de indeterminación y casualidad en los procesos del mundo. Por esto, al tornarse el futuro un laberinto, el azar y la sorpresa derrotarían a la Razón.

La incertidumbre de la modernidad posmoderna, por otro lado, eleva la presión individualizadora; y en buena medida, a trasluz del empleo precario y flexibilizado, nadie sabe qué destino le aguarda. El trabajo, que la modernidad sólida estimaba como fuente de riqueza, ya no ocupa el centro de la producción, sencillamente porque ésta ya no coordina el beneficio capitalista en la economía de mercado. Bauman sostiene que la principal fuente de ganancias son las ideas, las cuales se producen sólo una vez, y no los objetos materiales que se reproducen en conformidad con las primeras y en función de los consumidores reales o potenciales, con respecto a quienes



Axel Russo

la fuerza de trabajo o el número de trabajadores contratados es un aspecto secundario. La ética protestante del trabajo en los términos de Weber, como ya lo adelantó Bell a mediados de los 70, se desmorona poco a poco en confrontación con la estética del consumo que promete satisfacción inmediata (al menos desde la invención de las tarjetas de crédito) en vez de la postergación indefinida de la gratificación del consumo. Pero ésta, en opinión de Bauman, se parece mucho al *pharmakon* de Derrida, en cuanto es una droga que cura y envenena a la vez y que por esto mismo debe suministrarse en pequeñas dosis, de tal modo que nunca se alcance una gratificación plena sino siempre un nivel gratificante que no termina nunca de gratificar. La incertidumbre y la inseguridad que emanan de la precarización del empleo, además, se agravan cada vez con cada innovación tecnológica. El desempleo estructural enseña, sin sombra de duda, que en la sociedad de consumo globalizada todo es desechable –la “sociedad-kleenex” de Lipovetsky–, los seres humanos incluidos, y que por lo tanto lo razonable (ya no lo “racional”) consiste en gratificarse con lo que se pueda y aquí y ahora –es decir, *no future*, la profética consigna *punk*.

El estado-nación que sobrevive a la acción disolvente de los globales, para colmo, ya no llama a sacrificar la vida individual en su desacreditado nombre. De acuerdo con Hobsbawn, citado por Bauman, a menos que un Estado nacional tenga petróleo, es muy fácil y barato comprar al gobierno de turno, separarlo de la nación e integrarlo bajo el rol de gendarme a la globalización “líquida”. El estado-nación se cava su propia tumba al plegarse a las fuerzas globales

que regimentan la economía de mercado mundial, abandonando la “movilización” de las naciones, para legitimarse; en cuanto aquel, por definición, está confinado al territorio, carece de medios eficaces para detener y controlar el libre juego fluido y ultraveloz del tecnocapitalismo extraterritorializado. Por eso, desde el punto de vista de Bauman, la globalización es sobre todo un desafío ético planetario que convoca a crear las instituciones (un derecho internacional, insistía el último Derrida) capaces de obturar los canales de expansión de las fuerzas globales y someterlas a supervisión política y ética. O, dicho de otro modo, no existen soluciones locales a problemas glo-

globales. En esta tarea crítica, los enemigos de Bauman son los partidarios de la *Endlösung* (“solución final”), los “panglossianos” (de Pangloss, el leibniziano personaje del *Cándido* de Voltaire, quien cree que vive en el mejor de los mundos posibles) como Fukuyama, cuya tesis acerca del “fin de la historia” –si bien en la versión edulcorada del neoliberalismo, hay que decirlo– quiere culminar el devenir histórico en una sociedad injusta y humillante para la mayoría como si se tratara de la glorificación de la humanidad.

4. Una utopía sin *topos*

En *La sociedad sitiada* (2002), una de sus obras más logradas, Bauman

El estado-nación se cava su propia tumba al plegarse a las fuerzas globales que regimentan la economía de mercado mundial, abandonando la “movilización” de las naciones, para legitimarse; en cuanto aquel, por definición, está confinado al territorio, carece de medios eficaces para detener y controlar el libre juego fluido y ultraveloz del tecnocapitalismo extraterritorializado.

entiende que en los tiempos pospánopticos no hay forma de control social más eficiente que la incertidumbre y la inseguridad que azota a las sociedades de la modernidad “líquida”; pero, además, no se han extinguido los medios “sólidos” de mantener a los excluidos y parias aislados a cierta distancia. Lo transitorio y frágil de los vínculos sociales y humanos (las relaciones amorosas, por ejemplo) parece ser la mejor opción en un mundo fluido e inestable a velocidad creciente que exige a los individuos “individualizados” un máximo de flexibilidad y de adaptación. Con todo, mientras éstos cada vez más amplifican sus “libertades”, más impotente se vuelve la sociedad como “bien común” o espacio público en ausencia de un *ágora* que reúna los intereses privados con los colectivos, con el resultado de la pérdida de autonomía tanto de los individuos como de la sociedad, por igual incapaces de cambiar nada del estado de las cosas. Más bien sucede a la inversa. El impacto mundial de programas televisivos como *Big Brother* o *The Weakest Link* (“El eslabón más débil”, una competencia de equipos por dinero donde se eliminan uno a uno a todos los compañeros) se debería a que simplemente en ellos se celebra, por medio de un rito de laboratorio massmediático, la desechabilidad de los seres humanos tal y como ocurre en lo real; estos juegos de exclusión premian al que sobrevive a costa de dejar de lado cualquier otro valor que no sea ganar. El mensaje es claro: no hay opción para los individuos que no sea triunfar en la competencia de todos contra todos –en el fondo, una parodia de retorno al “estado de naturaleza” hobbesiano (si alguna vez no fue otra cosa) en términos sólo económicos.

El espacio nómada de los negocios globales se encuentra así casi completamente fuera de coordenadas ético-legales, y del alcance institucional del estado-nación y sus principios democráticos. La abolición de impuestos y vallas al libre comercio de la iniciativa económica del capital global, que afecta a zonas enteras del planeta, bastarían para imponer el dominio que en otras épocas sólo se lograba comprando empresas nacionales o por acciones militares de ocupación territorial. La precariedad de los circuitos económicos locales no sólo sería el factor decisivo para disuadir de cualquier resistencia al poder global, como indica Bordieu, sino la cláusula de garantía para que los inversores reterritorialicen el capital orbital con expectativas absolutas de ganancia. La globalización sólo existe, a juicio de Bauman, a condición del quiebre y el vaciamiento de la soberanía del estado-nación; en realidad, por poco que se piense, no podría ser de otra manera en que el capital globalizado fluye irrestrictamente imponiéndose como sistema de incertidumbre mundial. Con todo, para Bauman, el ataque terrorista sobre el World Trade Center muestra a las claras que ya nadie, ni la potencia tecnológica y militar más poderosa y rica de la tierra, está en posición de desvincularse del resto del mundo. A la extraterritorialidad del capitalismo global, por lo tanto, lo acompaña como su sombra la inseguridad como problema extraterritorial que difícilmente se resuelva (como proclama la administración Bush) por medios territoriales. Los atentados terroristas del fundamentalismo islámico le deberían mucho a la inseguridad provocada por el mismo flujo del capital global, cuya ley “líquida” requiere de espacios virtuales y reales desregulados y exentos de intervención política o legal.

La inseguridad global, que sólo en segunda instancia se expresa como inseguridad personal, se haría por completo posible en un espacio globalizado que se caracteriza por una estructura de frontera. En éste ya no cuenta la delimitación del terreno o del territorio, sino la velocidad y la astucia de los movimientos —es una guerra de fronteras, donde las batallas y ocupaciones territoriales no aseguran la victoria definitiva, ya que los enemigos son extraterritoriales y tan flexibles y flotantes como sea necesario. Los terroristas estarían tan interesados como aquellos que los combaten en mantener el desorden mundial generado por el flujo del capitalismo global; esa sería una de las más importantes razones que imposibilitan ganar la guerra contra el terrorismo, ya que los adversarios comparten el interés de conservar el espacio de frontera de la globalización. Sin una política global que sujete a los estados-nación y al capital transnacional bajo el imperio de una ley universal, los terrorismos de cualquier signo (estatal o no) se encuentran con las condiciones óptimas para desplazarse y propagarse en una tierra de nadie cuyas fronteras se han volatilizado. Al decir de Baudrillard parafraseando a Clausewitz, la guerra declarada por el bloque anglonorteamericano al terrorismo es la continuación por otros medios de la “ausencia de política” global —o también, incluso quizá, recordando a Foucault, la no-política como continuación de la guerra económica introducida por el poder de los globales a escala mundial. Bauman, en cualquier caso, cree que la coalición antiterrorista ha contribuido más todavía a la anarquía y al caos de la frontera planetaria, y también a for-

talear la doctrina posmoderna (spenceriana, a decir verdad) del “individuo contra la sociedad”.

En otros términos: se acabaron, en la era de la globalización, las estatuas de la libertad que saludan a las masas oprimidas y empobrecidas al llegar a la tierra prometida de la modernidad. Si la Declaración de la Independencia de los EE. UU. estableció en el siglo XVIII que la felicidad era un derecho universal, hoy aquella promesa aplazada incesantemente para el porvenir está en duda; el optimismo del progreso ya no se asocia con el *telos* de la libertad y el bienestar humano, sino con un automatismo tecnocrático sin propósito que gira sobre sí mismo. Para Bauman, parece muy improbable que el desencadenamiento del proceso tecnológico se detenga en algún punto, una vez realizada su finalidad, simplemente porque no tiene ninguna sino sólo su propia autogeneración sin fin. El progreso tecnológico (y esto lo ha adivinado, pese a su propia ideología, Stephen Hawking) no resuelve todos los problemas; por el contrario, los multiplica, y en primer lugar los creados por las mismas tecnologías que llevan en

sí mismas sus propios desastres. Más todavía: la hipótesis del Armagedón, la cual postula que en cierto grado de su desarrollo una civilización tecnológica se autodestruye, alerta acerca de lo único que detendría la evolución sin finalidad de la tecnología. Lo mismo sucedería con el consumo que ha dejado atrás la relación de medios a fines

La felicidad del consumidor líquido-moderno —o mejor: el olvido de ella— se alcanzaría por el placer instantáneo de obtener sensaciones del objeto y no por la posesión de él; el valor de uso se ha subsumido en su valor de gratificación, aunque ya se adelantaría algo de ello en el acto de comprar como promesa de placer.

para constituirse como su propia finalidad sin fin, en un remedo de la estética kantiana pero sin nada sublime. El sistema económico del consumo funciona a base de reducir el tiempo entre el uso del objeto y su conversión en basura; en el extremo, se producen ya como ésta de entrada, con lo que a mayor desarrollo de la economía consumista, más desechos y no sólo de cosas.

La felicidad del consumidor líquido-moderno —o mejor: el olvido de ella— se alcanzaría por el placer instantáneo de obtener sensaciones del objeto y no por la posesión de él; el valor de uso se ha subsumido en su valor de gratificación, aunque ya se adelantaría algo de ello en el acto de comprar como promesa de placer. El consumidor no cesa nunca de recomenzar en la búsqueda y el consumo (una actividad totalmente destructiva) de nuevas experiencias sensoriales. Hacia la primera década del siglo XXI, según datos de Attali que recoge Bauman, habrá a cada instante más de 2.000 millones de televisores encendidos a la vez en todo el mundo, de modo que no se sabrá del todo en que difiere éste de su imagen televisada bajo los códigos de captura de lo real de la economía de mercado. Los televidentes globales de la sociedad de individuos están unidos por su aislamiento y soledad, por el egocentrismo que se refugia en el consumo o el entretenimiento estandarizado antes que por el acercamiento a los otros que padecen los mismos problemas “personales” que ellos. La televisión sería un agente primordial para metamorfosear lo exterior en interior, los problemas sociales en dramas subjetivos, lo político en secuencias biográficas. El *ágora* que Bauman propicia (quizá ingenuamente) como renacimiento de la política, traza, en

cambio, un espacio público-privado de traducción continua y doble de los asuntos privados en públicos, de los intereses colectivos en derechos y obligaciones individuales, y para el cual la televisión —como promotora de políticas de vida en vez de sociales (con todos sus ídolos teleópticos confundidos con líderes de opinión o de la buena vida individual)— no comporta más que un obstáculo insalvable.

En la modernidad “líquida”, los medios de comunicación de masas suspenden el mundo en una serie de acontecimientos inconexos y discontinuos tan contingentes como nebulosos, cuya función consistiría en hacer del ciudadano parte de un “público” difuso que presencia el espacio público (o lo queda de él) como un consumidor de eventos “reales” y ya no como actor social. Al menos, desde la terminal de las redes comunicacionales, el consumidor puede sentirse bajo protección ante la incertidumbre global, pero —como dice Bauman— hay cierta afinidad entre “hacer el mal” y “no resistirse a él”. En la medida que todos somos espectadores locales y globales, el espectáculo mundial del sufrimiento y la desdicha de la mayoría de la humanidad, si es que no optamos por la insensibilidad (una posibilidad nada desdeñable, por otro lado), nos obliga a expiar culpas y a justificarnos de algún modo, pese a que cada uno se sienta del todo inocente de la barbarie globalizadora. Como afirma Petrúška Clarkson, citada por Bauman, la inocencia no es excusa para abrazar la inacción ante el dolor humano. El prólogo de Sartre a *Los condenados de la tierra* de Fanon ya puso en debate, en otra época, la cuestión de la responsabilidad ética del espectador de monstruosidades; en

todo caso, quizá sin la indiferencia del “público”, muchas de las atrocidades contemporáneas se hubieran evitado o no habrían llegado demasiado lejos. Bauman piensa, en efecto, que sobre el espectador pesa la culpa por omisión, de la cual ningún veredicto legal lo exime, y la infracción a la incondicionalidad de la responsabilidad humana ante el Otro que aprendió de Levinas. La “teleciudad” tiene como consecuencia el aflojamiento de la capacidad de discriminación y, al fin, el adormecimiento.

De modo similar a los comienzos de la modernidad, el capitalismo global (es decir, una red supranacional de capital, saber y capital de saber) ha impuesto sobre los hombres el “nexo del dinero” como prácticamente el único de modo de enlace social, más allá del radio de acción y la legalidad del estado-nación y de toda medida ética. La elite global móvil no responde más que a las reglas de la economía de mercado mundializada, desatando fuerzas económicas que pueblan la tierra de hambre y desechos humanos. Los estallidos de antiglobalización, que se suceden periódicamente en todas partes del planeta y sobre todo en los enclaves locales de la extraterritorialidad de los poderes globales, parecen la única alternativa posible ante la pasividad y el silencio de la sociedad de los individuos. A diferencia de los constructores de la modernidad “sólida”, la elite global “líquida” no tiene ninguna misión histórica ni cultural que cumplir, ni le interesa convencer a las masas ni a sus ejecutores técnicos de nada, ni menos aún administrar o gobernar el nuevo “orden” mundial. Se trataría de una utopía sin *topos*, sin territorio, que ha agotado el mundo, sellado cualquier acceso a un “afuera”; o, como afirma Bauman en *Identidad* (2005), un

mundo sin valores que pretende durar eternamente. La disfunción máxima, según esto, de la economía capitalista globalizada a través de la dominación política, militar y tecnológica de Occidente a nivel mundial, se concentra en la producción planetaria de desechos humanos –ya no en la explotación que denunciara Marx en el siglo XIX a través del “plusvalor”, sino en la exclusión progresiva de amplias masas de indigentes y miserables a los que se les niega cualquier identidad. Ellos son la “clase inferior” de la globalización.

5. Biopoder y enajenación

Bauman observa que estos parias planetarios, que emergen hasta en las grandes metrópolis globalizadas, forman el ejército de los que han sido despojados de su *bios* y degradados en *zoé*, en conformidad con las categorías que toma del Agamben de *El poder soberano y la nuda*

vida. No obstante, Bauman no desarrolla lo suficiente el concepto de biopoder que extrae de Agamben más que de Foucault, lo cual hubiera completado

su diagnóstico no sólo acerca de los residuos humanos generados por el vuelo rasante de los poderes globales, sino en especial la comprensión del estado-nación y sus dificultades para torcer la violencia y la impunidad de las reterritorializaciones de aquellos. Para Agamben, las palabras griegas *bios* y *zoé* designan dos modos de vida: el último, el simple hecho de vivir

El “umbral de modernidad biológica”, que marca el nacimiento del biopoder, se produce cuando la especie y el individuo como simple cuerpo viviente, como zoé, se sitúa bajo el objetivo de las estrategias y técnicas políticas del poder soberano del estado-nación.

(común a dioses, hombres y animales), y el primero, la forma o manera de vivir propia de un individuo o un grupo. El “umbral de modernidad biológica”, que marca el nacimiento del biopoder, se produce cuando la especie y el individuo como simple cuerpo viviente, como *zoé*, se sitúa bajo el objetivo de las estrategias y técnicas políticas del poder soberano del estado-nación. El biopoder, por consiguiente, lleva adelante una animalización del hombre (una singularidad, según el Agamben de *La comunidad que viene*), una reducción a mera vida biológica, a “nuda” vida; es decir, a zoología.

La historia del biopoder, en el estudio de Agamben, comienza con el *homo sacer* romano –el primer paradigma del espacio político de Occidente– cuya doble naturaleza de “sagrado y maldito” se incluye en el orden jurídico bajo la figura de la exclusión. Este esquema de exclusión inclusiva está a la base del concepto de poder soberano elaborado por Schmitt, ya que como afirma en *La dictadura* o *Teología política*, soberano es aquel que decide sobre el “estado de excepción”. El Estado moderno precisamente se funda, como “dictadura revolucionaria”, sobre la relación de excepción, la inclusión que excluye, en tanto estructura político-jurídica originaria que localiza y fija el Nomos de la tierra. En otras palabras, la ley soberana presupone lo no jurídico (el caos), incluyendo a la vida como una excepción en el derecho que se suspende normativamente –se aplica desaplicándose– para sostenerse en cuanto ley. Con el Estado moderno del biopoder, que convierte el “estado de excepción” (economía de guerra, estado de sitio, conmoción interna, etc.) en regla, al decir de Benjamin,

irrumpe la tendencia a la indiferenciación de la exclusión y la inclusión de *zoé* y *bíos* que mantenía separados el viejo poder soberano en la figura de la exclusión inclusiva, hasta que la *zoé* se pone como *bíos*, la “nuda” vida como forma de vida; la democracia, en este sentido, es el *bíos* de la *zoé*. En el pensamiento de Agamben, el “estado de excepción” (que la administración Bush extiende al planeta) define el concepto límite de la doctrina del Estado y del derecho, en cuanto limita con la propia vida y la incluye-excluye como *zoé*. El estado-nación, por lo tanto, arraiga en el corazón de la “modernidad biológica” desde el mismo momento que coloca como objeto de sus técnicas políticas a la mera vida, a la *zoé* biológica.

Bauman conoce estas tesis de Agamben, pero corta el hilo de la delgada línea que separa la inclusión de la exclusión –en la que se apresa a la nuda vida– del “estado de excepción” y del poder soberano del Estado moderno. La coincidencia de la *zoé* con el espacio político del estado-nación, para él, en tanto práctica del biopoder, no tiene vigencia en la era de la globalización. Del mismo modo que el estado-nación cede sus funciones económicas y socio-culturales a las fuerzas globales de la economía de mercado desregulada, también lo haría con las técnicas anatomopolíticas y biopolíticas descritas por Foucault. Los desechos humanos planetarios (emigrantes, refugiados, mendigos, desocupados, etc.) serían la nuda vida –la *zoé*– generada por el capitalismo global de la modernidad “líquida”, y en relación con lo cual el estado-nación sólo presta el servicio de guardián de la ley. Esto significaría que los globales por sí mismos y sin ayuda

del poder soberano deciden acerca del “estado de excepción”, lo que parece bastante difícil de aceptar. En tanto no existe un superestado universal de la elite global, el estado-nación como biopoder necesariamente sigue funcionando como productor concreto de nuda vida y el único agente capaz de la “fuerza de ley” necesaria para hacer respetar las banderas sombrías del “estado de excepción”, como lo demuestra sin ir más lejos la administración Bush en su asalto planetario. La complicidad del estado-nación con el saqueo global posibilita el sostenimiento de las técnicas de la modernidad biológica, y ya no para sustentar su poder soberano, sino para atarlo al carro del vencedor globalizado del viejo Nomos de la tierra.

No obstante, recurriendo al Marx de los *Manuscritos*, aquel a quien Heidegger quizá ha intentado refutar y Bauman no presta atención, en el concepto de trabajo enajenado se ofrecería la clave del carácter instrumental de la técnica y la destrucción de la tierra; esto en tanto lo que define al trabajo enajenado es que convierte al trabajo como actividad vital del hombre con la cual se construye a sí mismo (y de este modo al mundo) en un medio de sobrevivencia. El trabajo como producción histórica de la vida propia del hombre, la vida productiva misma, aquello que distingue al hombre del animal, al transformarse en un medio de subsistencia por efecto del incremento de apropiación de la naturaleza (ésta deja de ofrecer víveres inmediatos), se vuelve externa al trabajador; la vida productiva misma aparece sólo como medio de vida –lo animal se convierte en lo humano y lo humano en animal. El trabajo enajenado se revela sólo como un medio,

puro instrumento exterior, ajeno al trabajador, para satisfacer necesidades (artificiales o no) fuera del trabajo. Si la actividad productiva misma consiste en la enajenación de la actividad vital humana, los instrumentos de la producción –la técnica, la tecnología– entonces también se han enajenado. Por consiguiente, el trabajo como medio para fines de satisfacción de la vida individual hace de la naturaleza algo exterior al hombre (cuando para Marx aquella supone el “cuerpo inorgánico” de éste), hace extraño al hombre su propio cuerpo. De todo ello, la propiedad privada resulta la consecuencia inexorable, la realización del trabajo enajenado, de la relación externa del trabajador con el trabajo, con la naturaleza y consigo mismo y, a la vez, también, el medio por el cual el trabajo se enajena, por el cual se actualiza la enajenación.

El trabajo enajenado, para Marx, delata la vida enajenada de la vida, la vida que se toma a sí misma como medio de vida. El trabajo enajenado, en cuanto medio exterior al hombre, organizaría el mundo de la instrumentalidad técnica con el fin de dominar la naturaleza a favor del régimen de propiedad privada. Del mismo modo que el trabajador se relaciona con el producto del trabajo como un objeto ajeno que lo domina, el hombre lo hace con la técnica como un sistema tecnológico –tecnicista– que lo domina, hasta el punto de ponerlo como objeto. El carácter de medio para fines de la técnica no nacería (al menos directamente) de la interpretación antropológica del mundo, como quiere Heidegger, sino de la enajenación del trabajo como la actividad misma de la vida del hombre. Simplemente el mundo se ha deshumanizado.

Mediamutación

Cultura de los medios y crisis de los valores humanistas^(*)

Por Franco Berardi (Bifo)

Franco Berardi pertenece a lo que, a menudo con cierta inmediatez, se conoce como la tradición autonomista italiana. Una experiencia obrera y estudiantil que, junto a la imaginación intelectual de sus animadores, logró componer una original experiencia de pensamiento cuyos enunciados dieron cuenta de las transformaciones productivas y subjetivas del capitalismo posfordista. Un aporte singular que invitaba a pensar tales innovaciones como la respuesta invertida con que los poderes asumen la radicalidad de las luchas.

Berardi se ocupa de trabajar sobre los efectos que las nuevas tecnologías mediáticas operan en la subjetividad: desde la dimensión política hasta sus implicancias afectivas. En este artículo ofrece una mirada sugestiva sobre cómo pensar la vida de las jóvenes generaciones cuyo vínculo con el mundo, pero también entre ellas, adopta las formas digitales-conectivas. El problema de la transmisión generacional –según el autor– no se resuelve con un retorno a la imagen de la cultura letrada del humanismo moderno, sino planteándose el desafío de recuperar su sensibilidad y experiencias creativas.

Desde los primeros desarrollos de la radiodifusión y el cine, el pensamiento crítico ha tenido una postura ambivalente frente a los medios eléctricos. En los años de entreguerras, Benjamin y Adorno dibujan las dos sensibilidades diferentes de la intelectualidad crítica ante la difusión de los medios de comunicación de masas. Benjamin intuye que la reproducción técnica de los mensajes crea condiciones completamente nuevas de percepción estética y de comunicación, mientras que Adorno ve en la comunicación de masas un declive del aura artística y cultural. En los años que siguieron a 1968, Enzensberger y Baudrillard replantearon el problema. Enzensberger vio en los medios de comunicación eléctricos la posibilidad de ampliar los contenidos tradicionales del pensamiento progresista, mientras que Baudrillard, en un ensayo de 1973 titulado “Réquiem por los media”,¹ reconoce la ruptura radical que los nuevos medios producen en el terreno de las estrategias comunicativas y la crisis de los contenidos tradicionales de la tradición humanista y progresista.

Lo cierto es que las tecnologías de la comunicación han trastocado el contexto antropológico del pensamiento crítico y han suspendido los paradigmas fundamentales del humanismo moderno. Fue Marshall McLuhan quien ya en los años sesenta deshizo la ilusión crítico-humanista de poder someter a las tecnologías de la comunicación al gobierno racional y progresista de la democracia, del derecho y de la lógica. También Gilbert Simondon describió la formación de un ser técnico relativamente independiente que aparece al lado del ser vivo. Ese ser técnico está adquiriendo una especie de autonomía operativa frente a la consciencia humana: el sistema inorgánico de las redes

técnicas se filtra en la esfera orgánica del organismo biológico y social y se hace con sus riendas. McLuhan, por su parte, sostuvo que cuando a la tecnología alfabética le sucede la electrónica y, en consecuencia, a lo secuencial le sucede lo simultáneo, las formas de comunicación discursiva dejan paso a formas de comunicación configuracional y el pensamiento mítico tiende a prevalecer sobre el pensamiento lógico-crítico.

Esto explica que durante los últimos decenios del siglo XX la cultura política de la izquierda se ha mostrado incapaz de hablar el lenguaje de los medios y ha quedado así al margen de la gran transformación que ha llevado a los medios eléctricos al centro de la comunicación social. La izquierda política se formó en los valores del pensamiento crítico y ha mantenido en el centro de su panorama intelectual el valor dialógico de la democracia. Pero los valores del diálogo y la democracia están perdiendo consistencia porque la mente colectiva ya no funciona de acuerdo con las reglas de la selección crítica, que predominaron mientras el ambiente mediático estuvo dominado por la tecnología alfabética. La mente colectiva funciona ahora de acuerdo con normas de acumulación configuracional. El diálogo ya no es eficaz y la democracia se convierte en un mito y se ejerce como rito, pero ya no es el lugar de la libre elaboración del discurso común. El discurso común es producido por los medios, que delimitan el campo de lo visible y lo invisible y establecen los formatos de la organización narrativa de la sociedad.

Lo cierto es que las tecnologías de la comunicación han trastocado el contexto antropológico del pensamiento crítico y han suspendido los paradigmas fundamentales del humanismo moderno.

El pensamiento humanista denuncia los peligros a los que la mutación mediática expone a la democracia y a la libertad de pensamiento, pero corre el riesgo de quedar en una situación política y cultural irrelevante frente a la potencia de las agencias de comunicación global.

El pensamiento crítico y la izquierda política siguen estructurando su comunicación por medio de actos dialécticos, discursivos, que aspiran a obtener un consenso racional y crítico. Pero la escena imaginaria está dominada por configuraciones mitológicas. Las mitologías de pertenencia ocupan el campo

de la comunicación social y de la identidad colectiva. La derecha, indiferente a los valores de la crítica y de la democracia, ha sabido ir al encuentro de la mitologización del campo social

y del paso de la esfera discursiva a la esfera imaginaria. Por eso ha sabido captar las ventajas de la mediatización de la comunicación social.

El pensamiento crítico de raíz humanista e inspiración progresista se halla ante una alternativa dolorosa: o bien verse definitivamente marginado de la cultura de masas por las formas emergentes de imaginario neomítico, o bien adoptar modos de funcionamiento que contradicen los valores humanistas. El pensamiento crítico se ve así obligado a elegir entre una posición implícitamente conservadora y en declive y una posición de subordinación a los modelos culturales que se afirman en la infósfera hiperveloz formada por los medios. Y, en efecto, como nos muestra la experiencia de los últimos veinte años, el pensamiento crítico políticamente progresista se ha visto en una situación que conduce a la derrota, frente a la exuberancia agresiva de la cultura neomítica de la derecha y al desencadenamiento de formas culturales identitarias que se remiten a valores

de pertenencia agresiva más que a los valores dialógicos universalistas.

El pensamiento humanista denuncia los peligros a los que la mutación mediática expone a la democracia y a la libertad de pensamiento, pero corre el riesgo de quedar en una situación política y cultural irrelevante frente a la potencia de las agencias de comunicación global. Las grandes empresas capaces de influir directamente sobre las formas de vida, de lenguaje y de imaginación suprimen las premisas del pensamiento crítico y las capacidades cognitivas mismas que hacían posible el ejercicio del pensamiento libre, de la elección libre y, por tanto, de la vida democrática tal como la ha conocido la modernidad.

El amplio movimiento de resistencia creativa y de información independiente que ha tomado el nombre de activismo mediático es un intento de superar este callejón sin salida filosófico, cultural y político en el que ha acabado la izquierda. Trata de redefinir la relación entre vida cotidiana e infósfera, por medio de la creación de redes de comunicación independiente, pero también por medio de la creación de escenarios mitológicos alternativos. La tarea estratégica del activismo mediático es mantener activas, durante la mutación posthumana, las capacidades cognitivas, creativas éticas y estéticas cuya supervivencia está amenazada por las formas que dicha mutación impone al organismo biosocial. No se trata de mantener con vida al ser humano pretecnológico, sino de traspasar a *Anthropos 2.0* la empatía, la solidaridad, la colaboración no competitiva, la creatividad y, sobre todo, la sensualidad. La tarea estratégica del activismo mediático es salvar la capacidad sensible planetaria de la glaciación

de los automatismos tecnolingüísticos y de la congestión de los automatismos psicótico-identitarios.

La catástrofe temporal de Virilio

*¿Podremos tener alguna vez una democracia del tiempo real, de la inmediatez y de la ubicuidad? No lo creo, y quienes se empeñan en decir que es posible no me parecen demasiado serios.*²

La transformación producida por las tecnologías de la aceleración absoluta (es decir, del tiempo real) conlleva una crisis de los fundamentos antropológicos en los que se formó y ha podido florecer (siempre con cierta fragilidad) la democracia. La virtualización del intercambio entre hablantes, la escisión entre comunicación y corporeidad, la desterritorialización de las fuentes de información son procesos que disgregan las comunidades urbanas en las formas que hemos conocido desde el Renacimiento. No sólo está en cuestión la democracia, sino la noción misma de universalidad humana.

En la virtualización, la presencia del cuerpo del otro se vuelve superflua, cuando no incómoda y molesta. No queda tiempo para ocuparse de la presencia del otro. Desde el punto de vista económico, el otro debe aparecer como información, como virtualidad y, por tanto, debe ser elaborado con rapidez y evacuado en su materialidad.

Acabamos por amar lo lejano y por odiar lo cercano porque éste último está presente, porque huele, porque hace ruido, porque molesta, a diferencia de lo lejano que se puede hacer desaparecer con el zapping... Estar más cerca de quien está lejos que de quien está a nuestro lado es un fenómeno de disolución política de la especie humana. La pérdida del propio

*cuerpo comporta la pérdida del cuerpo de los demás, en beneficio de una especie de espectralidad de lo lejano.*³

La difusión de las tecnologías electrónicas ha ocasionado, para Virilio, una catástrofe de la democracia y de la propia condición urbana. Una catástrofe que alcanza y suprime la percepción misma de la temporalidad.

*El tiempo real corre el riesgo de hacernos perder el pasado y el futuro en favor de una "presentificación" que supone una amputación del volumen del tiempo. El tiempo es volumen. No es sólo un espacio tiempo en el sentido de la relatividad. Es volumen y profundidad del sentido y el advenimiento de un tiempo mundial único que liquide la multiplicidad de tiempos locales es una pérdida considerable de la geografía y de la historia.*⁴

La catástrofe temporal se produce sobre todo en el plano cognitivo. Es consecuencia de un colapso en la relación entre la velocidad de la infosfera y los tiempos de elaboración racional y emotiva.

El problema de la velocidad es central en el pensamiento de Virilio desde que, en 1977 en *Vitesse et politique*,⁵ mos-

trase cómo la velocidad de los transportes ha transformado los eventos bélicos y políticos de la modernidad. Pero en la época moderna los transportes mecánicos tenían un efecto de aceleración relativa y aumentaban la potencia de un sujeto (por ejemplo, el ejército alemán) frente a otro sujeto (por ejemplo, el ejército francés) sin destruir el terreno mismo de la con-

En la virtualización, la presencia del cuerpo del otro se vuelve superflua, cuando no incómoda y molesta. No queda tiempo para ocuparse de la presencia del otro. Desde el punto de vista económico, el otro debe aparecer como información, como virtualidad y, por tanto, debe ser elaborado con rapidez y evacuado en su materialidad.

frontación. El elemento decisivo no es ya hoy la aceleración mecánica del transporte, sino la velocidad absoluta en el campo de la información. Con el régimen de la velocidad absoluta, que se materializa en las tecnologías electrónicas de la información y la transmisión en tiempo real, algo decisivo se rompe en la trama misma de la realidad, en la posibilidad de producción del acontecimiento y, sobre todo, en la relación entre consciencia y proceso real. Como consecuencia de su ingobernable veloci-

La aceleración infinita del tiempo real recorta los tiempos de la actividad mental hasta la dislexia, hasta el pánico. El organismo consciente reacciona ante esta situación aferrándose a automatismos psíquicos tecnológicos y sociales que sustituyen a la elección consciente. No hay ya posibilidad de elegir porque todo se desarrolla deprisa, porque la atención en el tiempo está saturada.

dad, los automatismos técnicos se vuelven independientes de la voluntad y de la acción humana. La complejidad de los sistemas técnicos en red es consecuencia de la velocidad. Cuando hablamos de complejidad hablamos

de la relación entre la velocidad del despliegue de los fenómenos y de las informaciones y la velocidad de la elaboración cognitiva. La aceleración hace que las formas de conciencia humana en su relación con el tiempo de la infosfera se colapsen. La aceleración absoluta de la infosfera recorta drásticamente los tiempos que serían necesarios para la elaboración racional de una información, para traducir las reacciones inmediatas por medio de la verbalización y, sobre todo, para una elaboración emocional de los estímulos que proceden del entorno, de los cuerpos-signo que nos rodean. Esta es la lección que sacamos del análisis de Virilio.

Virilio prefiere a la noción kantiana de tiempo una perspectiva fenomenológica, pulsional, cuyas referencias se encuentran en Bergson y Husserl. El tiempo no es una condición epistémica trascendental, sino un modo de lo sensible, una duración de la consciencia.

*A la frase de Descartes que sostiene que la mente es una cosa que piensa, Bergson responde que la mente es una cosa que dura... Es nuestra duración la que piensa, la primera producción de la consciencia es su propia velocidad en su distancia temporal. La velocidad sería entonces idea causal, idea que precede a la idea.*⁶

Si pensamos la relación entre tiempo e infosfera desde una perspectiva fenomenológica, intencional y duracional, podemos preguntarnos qué le pasa al tiempo. Esta pregunta significa: ¿qué le sucede a nuestro organismo perceptivo y consciente? El organismo consciente está en el tiempo, pero el tiempo también está en el organismo consciente.

La aceleración infinita del tiempo real recorta los tiempos de la actividad mental hasta la dislexia, hasta el pánico. El organismo consciente reacciona ante esta situación aferrándose a automatismos psíquicos tecnológicos y sociales que sustituyen a la elección consciente. No hay ya posibilidad de elegir porque todo se desarrolla deprisa, porque la atención en el tiempo está saturada.

La aceleración produce un salto antropológico, psíquico y lingüístico. ¿En qué condiciones se produce ese salto? Las tecnologías de la mente no son propiedad común de todos los seres humanos, sino propiedad privada de unos pocos grupos económicos mundiales extremadamente poderosos. Estos grupos se han vuelto capaces de canalizar la atención, el comportamiento, las expectativas, las elecciones de consumo y las elecciones políticas.

Poder y mutación son dos procesos que se entrelazan, porque la mutación cognitiva construye un sistema específico de sujeción de la mente colectiva. Sobre ese modo de sujeción se construye el poder en nuestro tiempo.

La principal cuestión que plantea el activismo mediático es esta: ¿es posible desligar la mutación producida por la tecnología de los dispositivos económicos, políticos y militares que se construyen como formas de poder?

Activismo mediático y mutación

La mutación cognitiva producida por la aceleración de la infosfera y el dominio económico y político de las grandes empresas mediáticas globales son dos cosas distintas, aunque se entremezclan en la realidad del imaginario social.

El activismo mediático tiene que saber abarcar ambos planos y actuar de modo diferente en cada uno de ellos. Debe rechazar y sabotear el dominio de las grandes empresas sobre los medios, y utilizar todos los instrumentos posibles para subvertirlo. Pero no cabe pensar resistirse a la mutación antropológica que han puesto en marcha las tecnologías de la comunicación. Hay que desligar dominio y mutación. El dominio debe ser erosionado, confrontado y eludido. La mutación debe ser atravesada, recibida y elaborada.

El propio término activismo mediático es contradictorio. Los medios son instrumentos que colocan a quienes los usan en una situación de pasividad. ¿Cómo puede ser activo quien usa los instrumentos de la mediación y la pasividad? En esta contradicción halla el activismo mediático su problema teórico y su energía práctica.

Por ejemplo, durante los años noventa

se desarrolló un proceso de amplia participación que permitió la creación de Internet. Se expresaron grandes energías creativas en los planos tecnológico, estético

y filosófico. En ese proceso hemos visto emerger las potencialidades innovadoras del paradigma de concatenación

social paritaria que encarna la red. Pero al mismo tiempo, Internet es el dispositivo fundamental de la mutación, el factor principal de mediatización del lenguaje y de la vida humana. El activismo mediático vive en esta ambigüedad: es parte de la mutación posthumana pero trata de desviarla, de impedir que con ella se pierda lo que hace digna y placentera la vida humana y lo que hace creativo el lenguaje.

En los últimos quince años han coexistido dos discursos sobre la innovación tecnodigital y sobre sus efectos sociales.

El primero es el de los apologistas de la evolución tecnodigital. En nombre de una especie de panlogismo digital, Pierre Levy ha construido una teoría de la inteligencia colectiva de potencia ilimitada y capaz de autogobernarse. Desde un punto de vista místico-holista, Kevin Kelly ha desarrollado una teoría de la mente global interconectada que progresivamente incorpora elementos orgánicos e inorgánicos, y con ello crea una potencia de cálculo y de interpretación superiores a la de la mente individual.

El segundo discurso es el de la resistencia antidigital, fundada en valores humanistas o sociales, en el que se sitúan autores como Pierre Bourdieu o Paul Virilio.

El activismo mediático vive en esta ambigüedad: es parte de la mutación posthumana pero trata de desviarla, de impedir que con ella se pierda lo que hace digna y placentera la vida humana y lo que hace creativo el lenguaje.

El lenguaje visual es, por tanto, la *lingua franca* de la primera generación videoelectrónica, una generación que ha aprendido más de la máquina televisiva que de su padre y de su madre. Una parte decisiva de su configuración emotiva y cognitiva deriva más de su exposición a la semiosis de la máquina, de la televisión o de la telemática que de la relación con sus padres o con otros seres humanos.

Los apologistas sólo ven una parte del panorama. No ven el sufrimiento físico, la miseria económica y la violencia militar que acompañan la difusión de las tecnologías digitales. Pero la resistencia de la que habla Virilio es una

mera declaración ética, porque se limita a oponer los valores del pasado a la evolución en curso.

“La salvación nos vendrá de la escritura y del lenguaje. Si refundamos la lengua podremos resistir. Si no, corremos el riesgo de perder la lengua y la escritura”

escribe Virilio.⁷ Pero se trata de una mera petición de principios, pues ante lo que nos encontramos es, precisamente, la disolución del universo alfabético.

“La cultura occidental ha considerado la palabra hablada como la forma más elevada de actividad intelectual y ha reducido las representaciones visuales a ilustraciones de segundo nivel de las ideas” escribe Nicholas Mirzoeff en su libro *Visual Culture*.⁸ Sin embargo, el imaginario global se expresa por medio de la cultura visual. La globalización cultural ha podido realizarse mucho más fácilmente por medio de los medios visuales que de la palabra hablada o escrita. Las imágenes funcionan como activadoras de cadenas cognitivas, de comportamiento y mitopoiéticas que se pueden desarrollar más allá de los límites del lenguaje verbal y de las interpretaciones culturales, nacionales y religiosas.

El lenguaje visual es, por tanto, la *lingua franca* de la primera genera-

ción videoelectrónica, una generación que ha aprendido más de la máquina televisiva que de su padre y de su madre. Una parte decisiva de su configuración emotiva y cognitiva deriva más de su exposición a la semiosis de la máquina, de la televisión o de la telemática que de la relación con sus padres o con otros seres humanos. El activismo mediático tiene que hablar a esta generación. Por ello, su tarea no es oponerse a la mutación en curso ni gobernarla. Su tarea es mantener activas en el curso de la mutación las competencias cognitivas, éticas y estéticas cuya continuidad está amenazada.

La primera generación videoelectrónica

La globalización del imaginario se aceleró vertiginosamente entre finales de los años setenta y principios de los ochenta gracias a la difusión universal de la televisión y a superproducciones hollywoodianas *high-tech* como *La guerra de las galaxias* o *Rambo* en el cine y Michael Jackson o Madonna en el terreno musical. La globalización afectó al imaginario planetario y alcanzó a la mayoría de los jóvenes de todos los continentes, como lo cuenta Pico Iyer, escritor nacido en Gran Bretaña de padres indios y que ha vivido mucho tiempo en California, en su libro *Video Night in Kathmandu*.⁹ En ese libro relata un viaje por las metrópolis del Lejano Oriente, de Katmandú a Beijing y de Manila a Tokio a mediados de los años ochenta. El libro describe con divertida sorpresa el efecto que los productos culturales de masas procedentes de Occidente estaban produciendo sobre las nuevas generaciones de chinos, indios, japoneses o nepalíes.

La recombinación barroca posmoderna estaba produciéndose en esos años gracias a la difusión mediática de los productos culturales occidentales concebidos para producir deslocalización cultural, desarraigo y fusión de estilos. En esos mismos años da comienzo la extensión de los ordenadores personales. La generación nacida en esos años puede considerarse la primera generación videoelectrónica.

En 1984, la psicóloga Patricia Marks Greenfield¹⁰ observó que la imaginación creativa tiende a disminuir cuando la televisión ocupa el lugar principal en el universo mediático. Para demostrarlo citaba un experimento realizado en Canadá en los años setenta en una ciudad en la que los investigadores pudieron seguir el comportamiento de un cierto número de niños antes y después de la difusión de los televisores en su comunidad.

La capacidad de pensar creativamente se atrofia, pero se adquieren nuevas competencias de lectura y de orientación en un universo semiótico predominantemente imaginario, de manipulación semiótica compleja y de elaboración de señales de velocidad creciente.

La atención social es movilizadora de forma constante desde el punto de vista tanto de la producción como del consumo. El proceso de trabajo es movilización constante de la atención, y las semiomercancías que constituyen el objeto principal del consumo contemporáneo demandan tiempo mental, atención y movilización ininterrumpida de las facultades cognitivas.

“Los seres humanos de la próxima generación recibirán sus impresiones cognitivas primarias de una máquina. Es la primera vez que esto sucede en la historia humana. Es indudable que tendrá consecuencias.” Así lo expresaba

Rose Goldsen, antropóloga y comunicóloga en 1977 en su libro *The Show and Tell Machine*.¹¹ Cuando Goldsen escribía el libro, estaba empezando a formarse una nueva generación delante de las pantallas de televisión. Hoy esa primera generación videoelectrónica llega a la edad adulta. Más que un simple cambio social, debemos ver una auténtica mutación cognitiva, una mutación en el bagaje psíquico, cognitivo y lingüístico de la humanidad. El número de pala-

bras que usa un ser humano de la primera generación videoelectrónica (un chico de formación mediana) está cerca de 650, frente a las dos mil que usaba un coetáneo suyo veinte años atrás. Pero la primera generación videoelectrónica ha adquirido competencias de elaboración sin precedentes en la mente humana y ha adquirido la capacidad de moverse en a gran velocidad en un tupido universo de signos visuales. La competencia en la lectura de las imágenes se ha desarrollado de modo vertiginoso y esa competencia ocupa un lugar decisivo entre las capacidades de elaboración semiconsiente de un individuo contemporáneo.

No se trata de juzgar las competencias cognitivas de la nueva generación, sino de interpretarlas. Cualquiera que pretenda comunicarse con la nueva generación videoelectrónica debe tener en cuenta cómo funciona el cerebro colectivo postalfabético, teniendo en cuenta la advertencia de McLuhan: en

La atención social es movilizadora de forma constante desde el punto de vista tanto de la producción como del consumo. El proceso de trabajo es movilización constante de la atención y las semiomercancías que constituyen el objeto principal del consumo contemporáneo demandan tiempo mental, atención y movilización ininterrumpida de las facultades cognitivas.

la formación cultural el pensamiento mítico tiende a predominar sobre el pensamiento lógico-crítico.

Pero hay aspectos que McLuhan dejó de lado. La dimensión de la afectividad y de la emoción parece escaparse del discurso de los teóricos de los medios. Sabemos lo que está sucediendo en la esfera afectiva y psíquica de la generación videoelectrónica. Sin citar los casos extremos de violencia homicida que en los últimos años han sacudido a la opinión pública y al sistema educativo no sólo en los Estados Unidos. Baste pensar que en ese país cerca de cinco millones de niños y niñas toman todos los días un fármaco llamado Ritalin para curar los llamados trastornos de la atención.

Hay una relación directa entre la velocidad de exposición de la mente al mensaje videoelectrónico y la creciente volatilidad de la atención. Nunca en la historia de la evolución humana ha estado la mente de un niño tan sometida a un bombardeo de impulsos informativos tan intenso, tan veloz y tan invasivo.

Cualquiera que por dedicarse a la enseñanza trate con niños sabe que en esta generación los tiempos de concentración sobre un objeto mental tienden a reducirse progresivamente. La

mente trata enseguida de desplazarse, de hallar otro objeto. La transferencia rápida procede por asociación y sustituye a la discriminación crítica.

En la primera página del *Guardian* del 13 de septiembre de 2004 aparecen los resultados de una investigación del instituto de psiquiatría del King's College de Londres y la universidad de Manchester. Bajo el alarmante título de *Today's youth: anxious, depressed, antisocial*,¹² el artículo nos explica que la presencia de problemas emocionales como la ansiedad y la depresión ha crecido un 70 por ciento entre los

adolescentes. Según los autores no habría un aumento de la agresividad, ni siquiera un incremento de la hiperactividad. Lo que parece claramente en aumento es la depresión, el sentimiento de inseguridad, el miedo al futuro y la tendencia al suicidio. Pero, ¿cuáles son las causas de esta epidemia psicopática en la primera generación videoelectrónica? Desde luego tiene un papel decisivo la escasez del tiempo que los padres pueden dedicar a sus hijos, puesto que el tiempo afectivo y mental está cada vez más absorbido por el trabajo, por la supervivencia económica y la competencia.

Pero también hay que pensar en los modos de uso del tiempo mental por los niños y adolescentes para entender qué le ha sucedido en el terreno psíquico a la primera generación videoelectrónica. Hay una relación directa entre la velocidad de exposición de la mente al mensaje videoelectrónico y la creciente volatilidad de la atención. Nunca en la historia de la evolución humana ha estado la mente de un niño tan sometida a un bombardeo de impulsos informativos tan intenso, tan veloz y tan invasivo. ¿Cómo puede pensarse que eso carezca de consecuencias?

El aspecto más misterioso e inquietante es la mutación que afecta a la esfera de la emoción. La transmisión del lenguaje siempre ha tenido relación con la carnalidad. El acceso al lenguaje ha sido siempre acceso a la esfera de la sociabilidad. Lenguaje y sociabilidad siempre han estado mediadas por la afectividad, por la seguridad y el placer que proviene del cuerpo de la madre. Pero el cuerpo de la madre ha sido sustraído, separado y alejado del cuerpo del niño de las últimas generaciones. En las condiciones creadas por el capitalismo liberal y por la privatización de los servicios sociales, las

mujeres se han visto forzadas a asumir situaciones de doble trabajo, de estrés psicofísico, de ansiedad y de empobrecimiento afectivo. La presencia de la madre ha sido sustituida por la presencia de máquinas que se han entrometido en el proceso de transmisión del lenguaje. La primera generación videoelectrónica ¿debe ser considerada mutante? Es la generación que en la historia de la evolución humana menos ha gozado de las caricias de la madre, del contacto corporal y afectivo que singulariza el lenguaje.

La emoción y la palabra tienden a escindirse es esa situación. El deseo crece en una esfera cada vez más separada de la verbalización y de la elaboración consciente y comunicable.

Las emociones sin palabra alimentan la psicopatía y la violencia. No se comunica, no se dice, no se pone bajo una mirada compartida. Se agrede, se estalla.

Las palabras sin emoción alimentan una sociabilidad cada vez más pobre, reducida a la lógica del dar y el tener. La tarea del activismo mediático es al mismo tiempo política y terapéutica. En el horizonte de la generación videoelectrónica aparece una necesidad de terapia. ¿Cómo construir posibilidades de intercambio que reactiven la ternura, el reconocimiento y la circulación afectiva y discursiva? ¿Cómo construir espacios de trabajo creativo en los pliegues de la vida precarizada?

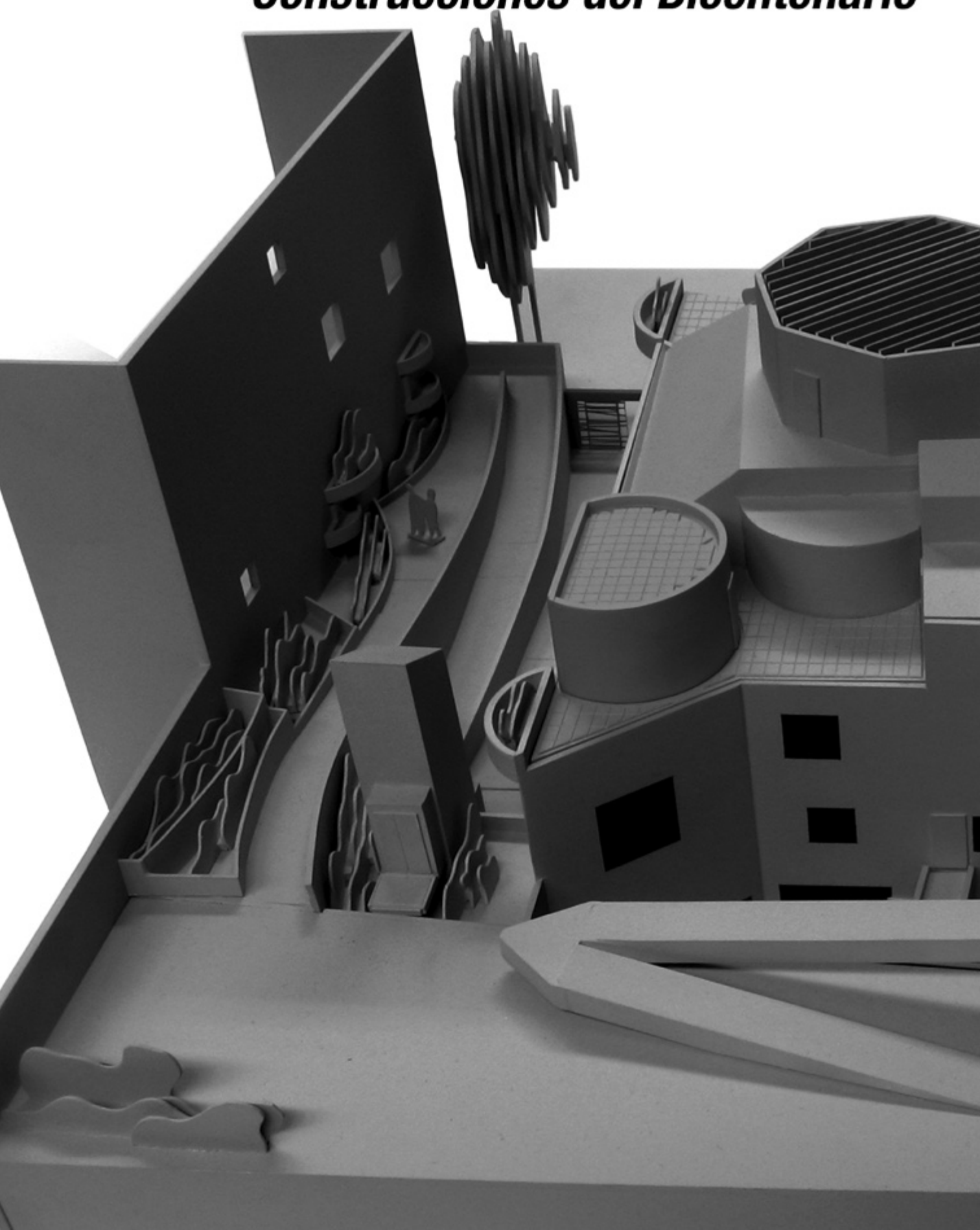
(*) Este artículo es parte del libro *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*, Ed. Tinta Limón, 2007

Traducción del italiano: Manuel Aguilar Hendrickson

NOTAS

1. Jean Baudrillard, "Réquiem por los media", en *Crítica de la economía política del signo*, México, Siglo XX 1974.
2. Paul Virilio y Philippe Petit, *La politique du pire*, Paris, Textuel, 1996, p. 19 (Traducción castellana en *El ciber mundo, la política de lo peor*, Madrid, Cátedra 1997).
3. Paul Virilio y Philippe Petit, *op. cit.*, pp. 42-46.
4. Paul Virilio y Philippe Petit, *op. cit.*, p. 79.
5. Paul Virilio, *Vitesse et politique*, Paris, Galilée, 1977.
6. Paul Virilio, *Esthétique de la disparition*, Paris, Galilée 1989, p. 28 (Traducción castellana en Paul Virilio, *Estética de la desaparición*, Anagrama, Madrid, 1988).
7. Paul Virilio y Philippe Petit, *La politique du pire, op. cit.*, p. 85.
8. Mirzoeff, Nicholas, *Una introducción a la cultura visual*, Barcelona-Buenos Aires, Paidós 2003.
9. Iyer, Pico, *Video Night in Kathmandu and other Reports from the Not-So-Far-East*, Nueva York, Alfred Knopf, 1988.
10. Greenfield, Patricia Marks, *Mind and Media. The Effects of Television, Video Games and Computers*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1984.
11. Goldsen, Rose K., *The Show and Tell Machine*, Nueva York, Delta, 1975.
12. Madeleine Bunting, "Today's youth: anxious, depressed, antisocial" en *The Guardian*, 13 de septiembre de 2004, (<http://society.guardian.co.uk/mentalhealth/story/0,8150,1303345,00.html>).

Construcciones del Bicentenario

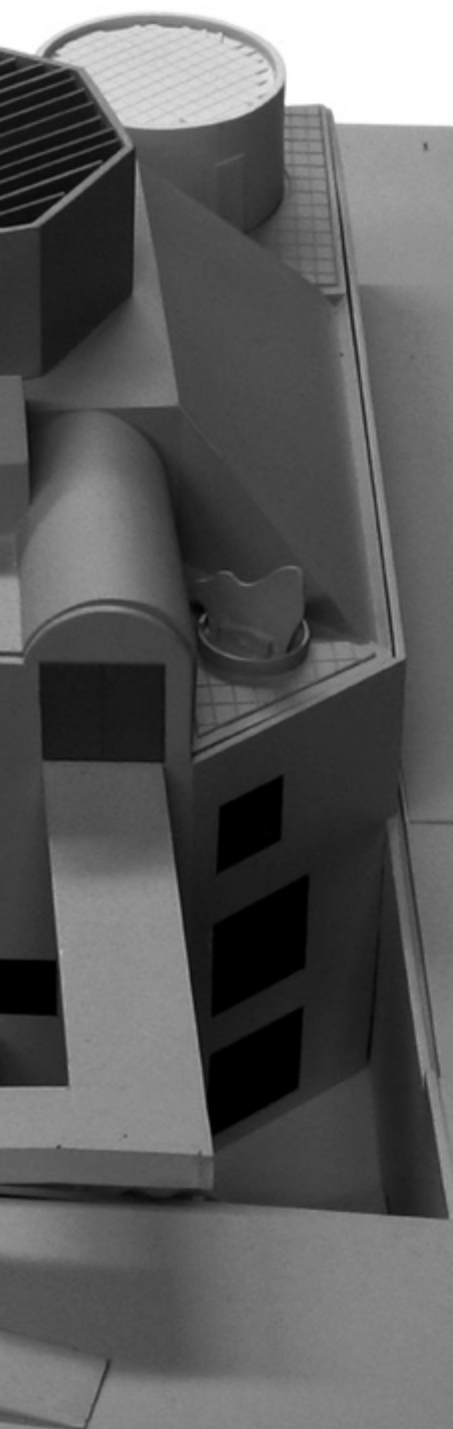


“Proyecto Las Heras”

El “Proyecto Las Heras” significa, en primer término, la efectiva finalización de las obras de la Biblioteca Nacional, de acuerdo a como fueran esbozadas en sus trazos originales. El diseño de este espacio cultural, largamente demorado e incluso por momentos desviado de su curso inicial, plantea una mayor integración de la Biblioteca a la trama urbana, orientándose hacia el sur de la ciudad, a través de su proyección sobre la Avenida Las Heras. Un proyecto cuya demorada concreción hace de aquellas postergaciones y dificultades un desafío fundamental. Se trata de reanimar el complejo arquitectónico y cultural de la Biblioteca Nacional de cara a su principal necesidad: producir sus propios lectores y acudir a la imaginación intelectual y crítica para reconstruir la cultura del libro y los legados culturales pretéritos que la animan y que reclaman ser reavivados por una nueva interrogación contemporánea.

Luego de efectuar la demolición por medios mecánicos y manuales –minimizando cualquier perturbación ambiental– de los edificios hoy degradados e irre recuperables que se encuentran entre las calles Austria y Agüero, los arquitectos Clorindo Testa y Francisco Bullrich, autores del proyecto original, estarán a cargo de la nueva edificación permitiendo de ese modo, una continuidad conceptual y estética con el edificio principal de la Biblioteca.

La nueva construcción, que albergará un espacio para la reflexión sobre la historia de la escritura, el libro y la imprenta, albergará un templete donde se exhibirán al público las lunetas murales provenientes de las Galerías Pacífico –actualmente en restauración– de autoría de los pintores Demetrio Urruchúa, Manuel Colmeiro, Juan Carlos Castagnino y Lino Enea Spilimbergo. Así, se consumará el rescate de una obra artística de importancia, interrumpiendo un largo período de descuido y deterioro fruto de una política restrictiva y mercantil del espacio público, poniéndola nuevamente a disposición de la visita curiosa de este fundamental testimonio del movimiento muralista argentino.



Lecturas argentinas

Poner la lectura en estado de interrogación: abrir el haz de sus modos divergentes, de sus tradiciones, y de sus precisiones disciplinarias. Hay

lecturas filosóficas que interrogan los núcleos de pensamiento que relumbran en los textos. Las hay documentales, que se arrojan a lo que de testimonio datado portan los escritos. También están las literarias, las que se demoran en el gozo de una iluminación estética. Y no son menores, por supuesto, aquellas que portan un corazón político. Lecturas: todas testigos del acontecimiento profundo del leer, del levantar la vista con asombro, miedo o alegría frente a lo que se lee, de registrar ese momento en una nueva escritura.

La condición del lector y con ella, la situación de la lectura, no dejaron de ser asediadas por el fantasma de su agotamiento. Los medios masivos de comunicación y entretenimiento, y las invenciones tecnológicas, en cada una de sus apariciones, parecieron agitar esas amenazas. Pero hay lectores y lecturas: situaciones antiguas y otras que arriban con su novedad al pensamiento.

Lecturas argentinas aún en su título no una definición de identidad sino dos términos que acarrearán problemas e irresoluciones: la cuestión de qué es leer y la de qué define un pensamiento o una obra como argentinos, más allá de la obvia datación del origen territorial. Los ensayos de esta sección no eluden esos surcos problemáticos, aun cuando a veces parezcan soslayarlos, lo desplazado murmura.

Diego Tatián interroga la literatura borgiana en la clave de la tensión entre ética y política, sobre el fondo de la pregunta más general acerca de las condiciones de existencia de la polis. Filosofía, literatura y política rodean a un Borges que no cesa de inquietar. Fernando Devoto despliega la relación entre atención sobre la singularidad vivida y cultura libresca en la obra de José María Ramos Mejía. Si en Las multitudes argentinas el ensayo alcanza sus tonos más coloridos, en Murena encontraría una reposada elaboración crítica no exenta de religiosidad.

Hebe Clementi, recupera la obra de Pedro de Angelis como hito de una lectura que requiere la constitución de acervos documentales y archivísticos.

La crítica, tal como prefiere Adrián Cangi, se resuelve como afirmativa, capaz de velar por la existencia y sus derechos. La filosofía, otra vez, retorna para pensar las potencias de la lectura y de la escritura. Roberto Retamoso piensa las literaturas del río: más exactamente, aquella forjada en las orillas del Paraná. Desde el realismo novelístico hasta la poesía de la iluminación: meandros en los que el ensayista se detiene para hacerles alumbrar su núcleo aún vital.

Diego Poggiese analiza los breves escritos de “Los penúltimos días”, en los que percibe los temas y énfasis de la escritura mureniana en general.

Lecturas argentinas. Lecturas de textos del pasado nacional y de las conmociones teóricas y políticas de nuestra época. Llamados a nuestra condición de lectores de un país que siempre está en ciernes de merecer su nombre.

Un políglota ciego en la habitación del monstruo Conjeturas sobre Borges y la política

Por Diego Tatián

Bajo el signo Borges coexisten una literatura original y precisa, una persistente canonización y una incomodidad política. Como ya había sucedido con Lugones, nombre de la misma encrucijada, pone al lector no despojado de preguntas políticas, ante el problema de conciliar esos hilos diversos. Diego Tatián se propone una *conjetura sobre Borges y la política* para ir al centro de esas cuestiones. Y recorre una serie de relatos que van desde “La cifra” hasta “Los conjurados”. El ensayo de Tatián es una conjetura, finalmente, sobre una conjura en la que se contraponen la ética borgiana a su desvarío político o a la tendencia a estetizar la realidad. El escritor fallido de “El simulacro”, que piensa a la política como una teatralización –soslayando la materialidad de la historia–, es contrapuesto así al panteísta y libertario autor de “El congreso”.

“Borges y la política” establece una conjunción que no va de suyo y cuyos términos requieren ser explicitados. También será necesario demorarse en el nexa.

Borges es, en primer lugar, un nombre propio. El de alguien que vivió entre 1899 y 1986, el de alguien que nació en Buenos Aires y murió en Ginebra, el de alguien que escribió narraciones, poemas, ensayos, y nunca una novela. Un nombre propio muy controvertido y muy significativo para este país. Pero además, un nombre que connota una ambigüedad: por una parte “Borges” designa alguien que pensó, escribió, dijo e hizo ciertas cosas –un autor, un sujeto, una biografía–; por otra parte, con el vocablo *Borges* podemos aludir a un universo de textos autonomizados de su autor, que emiten significados por sí mismos, *textos pensantes* –no meras expresiones de los pensamientos de alguien que los haya escrito–; más aún, textos cuyo pensamiento a veces contradice lo pensado por su autor. Como dirá Kipling y citará su discípulo argentino, los autores escriben la fábula pero ignoran la moraleja.

Estas dos acepciones de la palabra *Borges* –una subjetiva y otra objetiva– van a entremezclarse en la indagación. Quizás, para diferenciar un sentido y otro podamos hablar, en un caso, de la “obra *de* Borges” –donde el genitivo establece una propiedad–; y, en el otro caso, de la “obra-Borges”. Sin embargo, hecha esta aclaración, poner en práctica esta distinción gramatológica dificultaría inconvenientemente la exposición. El otro término es *política*. Antigua palabra griega que remite a la pregunta por la relación con los otros; al hecho de que el mundo está lleno de gente, por lo general muy diferente entre sí; al hecho de que en el mundo hay otros con los que es necesario aprender a

vivir. Política refiere a una acción y un tipo de sabiduría que tiene por objeto la diversidad fáctica de los seres humanos en el mundo. Por ahora sólo esto, deliberadamente vago.

Respecto al conjuntivo *y*, en este caso, querría significar eso, que con-junta, pone uno al lado del otro, com-pone –pues no hay, propiamente, un pensamiento político de Borges, sino en todo caso una importancia de su literatura para la reflexión sobre la política.

Se sabe que, a lo largo de su vida, Borges hizo muchas declaraciones políticas, por lo general desafortunadas. Sin embargo, lo que la composición (*Borges-y-la política*) se propone indagar sobre todo es una *dimensión política* presente en algunos textos de Borges; o, según la especificación anterior, en la obra-Borges. Interrogar esos textos como si fueran máquinas pensantes que afectan a la política, o, más bien, al pensamiento que hace de ella su objeto.

Me será permitido comenzar con una rareza borgeana, que no concierne directamente a la política pero tal vez nos conduzca a ella.

I

En 1981 Borges publicó *La cifra*, su anteúltimo libro de poemas, en el que encontramos una composición muy extraña y enigmática llamada “La prueba”. Los versos dicen así: “*Del otro lado de la puerta un hombre / deja caer su corrupción. En vano / elevará esta noche una plegaria / a su curioso dios que es tres, dos, uno, / y se dirá que es inmortal. Ahora / oye la profecía de su muerte / y sabe que es un animal sentado. / Eres, hermano, ese hombre. Agradecemos / los vermes y el olvido*”¹. Dejaremos para después la palabra del

título, ciertamente decisoria en la interpretación que se procura a continuación. Se trata de apenas nueve versos en los que Borges no sólo recorre un arco que va de lo más abyecto a lo más sublime y viceversa, sino que propone además una resolución notable de un problema metafísico mayor. “*Del otro lado de la puerta un hombre*”. Sabemos que la puerta —así como su ausencia— determina toda una idea de la cultura. El fascismo mussoliniano promovía una sociedad de puertas abiertas, en concreto una completa visibilidad vecinal en virtud de la cual todo el mundo supiera lo que hace todo el mundo, según la más arraigada cultura del sur italiano. Caminando cierta vez por una calleja de Pisa, desde un ventanuco alto salía una especie de llanto o alarido que congelaba el cuerpo. Una vieja que se había parado a mi lado impresionada por lo mismo, me dijo: “¿bonita esta ciudad, no? Usted no se imagina el dolor que crece escondido tras esas puertas todas iguales, usted no imagina lo que llegaría a ver si esas puertas se abrieran. Esto —agregó— no pasa en Sicilia, mi tierra; allí el dolor se ve y se ayuda gracias a que las puertas no importan”.

Volvamos a Borges. Recordemos por ejemplo ese cuento (en el que nos detendremos más adelante) del *Libro de arena* llamado “There are more things” —en alusión, claro está, al célebre pasaje que Shakespeare pone en boca del príncipe Hamlet: “Horacio, hay más cosas en el cielo y la tierra, que cuantas se sueñan en tu filosofía”—; allí aprendemos que lo inconcebible, incluso lo indescriptible, lo jamás soñado por ninguna filosofía —y no sólo el dolor— puede hallarse detrás de las puertas. En el poema de *La cifra* lo que hay del otro lado de la puerta es simplemente un hombre, que, nos es revelado en el anteúltimo verso,

somos nosotros mismos. El sintagma final, del todo borgeano, escapa a la implacable lógica del poema (se salta de una descriptiva a una prescriptiva). La gratitud por los gusanos es el contrapunto perfecto respecto a la vanidad de la plegaria, dirigida a un dios curioso por su imposibilidad numérica; la gratitud por el olvido contrasta en cambio con el “*se dirá que es inmortal*”, dicción afectada asimismo de vanidad. Nos resta un solo elemento abstracto: “*Ahora oye la profecía de su muerte*”, tal vez lo decisivo, en particular la palabra “ahora”. Un hombre —cada uno de nosotros— está ante el momento de la verdad, que no es de noche cuando eleva la plegaria sino “ahora”, sentado detrás de la puerta.

Estas palabras más bien graves (plegaria, dios, inmortalidad, muerte, olvido) en apenas nueve versos, se disipan y son derrotadas por otras, de menor cuantía y bien materiales: los vermes contra el dios, el “animal sentado” contra el que se dice inmortal. Por fin, comprendemos ya que la corrupción que se deja caer en el segundo verso no es precisamente moral sino corporal: tras la puerta que no puede ser otra que la del baño, “la prueba” de nuestra muerte nos es revelada en, cómo decir lo que Borges omite, el excremento, las heces, la zulla, la plasta, el zurullo, la inmundicia.

La hipérbole, perfecta, es sin embargo extraña por su tema, que podría presumirse no borgeano. Sin embargo, la desmitificación amable, el materialismo irónico, el agnosticismo lúdico tan propios de Borges obtienen aquí una forma singular: el secreto de nosotros mismos no nos es revelado a través de la plegaria en lugares solemnes, sino en el baño cotidiano, al dejar caer lo más deleznable, lo que no hemos podido incorporar, lo que es aún menos que cuerpo.

Borges comienza un cuento así: “Sentí

lo que sentimos cuando alguien muere: la congoja, ya inútil, de que nada nos hubiera costado haber sido más buenos. El hombre olvida que es un muerto que conversa con muertos”. Acaso, pienso, este olvido es el origen de muchos males –incluso del Mal a secas. Si prestamos cotidiana atención a la “prueba” de nuestra condición mortal, o, lo que es igual, si somos borgeanos, deberíamos ser más buenos cada vez que salimos del baño.

II

Hay una relación esencial entre esa condición mortal y la política. Tal vez sea posible llegar a comprender esa relación por vía positiva. Se trata de un interrogante que presupone una extrema intensidad de la imaginación, y es éste: ¿habría política si fuésemos inmortales? Porque: ¿habría lenguaje? (el estrechísimo vínculo entre política y lenguaje encuentra su formulación más canónica, como se sabe, en el libro I de la *Política* aristotélica); me pregunto también: ¿existirían las pasiones? ¿Tendríamos deseo o necesidad de otros? ¿Persistiría la pluralidad que busca su forma por obra de la política? ¿Permite, la inmortalidad, la memoria? Creo que todos estos problemas están concernidos, como habrás advertido ya, en “El inmortal”. Se trata de un texto que pone en escena la pregunta que interroga por la política y la inmortalidad, y los otros interrogantes que les son anejos. La ciudad de los inmortales a la que llega el tribuno militar de las legiones de Roma Marco Flamínio Rufo, está deshabitada y su descripción plantea un motivo que será recurrente en la obra de Borges: lo inhabitable. “A la impresión de enorme antigüedad se

agregaron otras: la de lo interminable, la de lo atroz, la de lo complejamente insensato... La arquitectura carecía de fin. Abundaban el corredor sin salida, la alta ventana inalcanzable, la aparatosa puerta que daba a una celda o a un pozo, las increíbles escaleras inversas, con los peldaños y las balaustradas hacia abajo. Otras, adheridas aéreamente al costado de un muro monumental, morían sin llegar a ninguna parte...”².

La condición post-política de una ciudad abandonada e imposible, inhabitable, se halla ínsita en la utopía de inmortalidad –que tiene mucho que ver, de manera paradójica, con la pulsión de la muerte³. En la que sea tal vez la página más perfecta de todas las que ilustran la militancia antifascista de Borges en los años treinta y cuarenta, me refiero a la “Anotación al 23 de agosto de 1944”, se postula una conjetura extraordinaria, una deducción a priori de la derrota del nazismo. Leo: “El nazismo adolece de irrealidad, como los infiernos de Erígena.

Es inhabitable;

los hombres sólo pueden morir por él, mentir por él, matar y ensangrentar por él. Nadie, en la soledad de su yo, puede anhelar que triunfe.

Arriesgo esta

conjetura: *Hitler quiere ser derrotado.*

Hitler de un modo ciego, colabora con los ejércitos que lo aniquilarán...”⁴.

Sin embargo, ese relato profundamente perturbador que es el *Deutsches Requiem*, invierte lo anterior y establece una tesis extraordinaria: *Hitler ganó la guerra, estamos en la barbarie*⁵.

Hay una relación esencial entre esa condición mortal y la política. Tal vez sea posible llegar a comprender esa relación por vía positiva. Se trata de un interrogante que presupone una extrema intensidad de la imaginación, y es éste: ¿habría política si fuésemos inmortales?

Las muchas dimensiones de lo bárbaro que es posible encontrar indagadas en la obra de Borges, hereda, me parece, la paradoja sarmientina de no poder nunca sustraer el elogio de la civilización a una fasciación de la barbarie.

En cualquier caso, lo que en la Segunda Gran Guerra hay en juego es, otra vez, Europa o Roma o la Civilización —que para Borges encarna Inglaterra⁶. Por lo general, la guerra no es para Borges una contienda entre el Eje y los aliados sino, en el fondo, entre Inglaterra y Alemania. Otras veces entre Inglaterra y Alemania (Borges dice en realidad ser él un

“germanófilo”⁷) y todo Occidente (Atenas, Roma, Jerusalén) contra el Mal. Según esta última interpretación⁸, Hitler no es expresión de Alemania (cuyo destino, al igual que

el de todos los países europeos, es la civilización), ni encarnación del *Volksgeist*, sino esencialmente “antialemán”.

Pero el nazismo y la ciudad de los inmortales son inhabitables por razones diferentes, como lo son la violencia pre-política y la indiferente soledad de una ciudad construida por inmortales o por dioses que “estaban locos”.

Una arquitectura de lo inhabitable es una arquitectura al fin, una arquitectura en la que la vida colectiva y la vida humana tal y como la conocemos (y la conocemos, precisamente, colectiva) resulta —o devino— imposible.

En la descripción borgeana la condición inmortal carece de lenguaje (se recordará aquí el motivo heideggeriano central que vincula el habla y la finitud: “el animal —dice el filósofo alemán— no habla, tampoco puede morir. Un fulgor repentino ilumina la relación entre la muerte y el habla”), carece de memoria, de solidaridad y de piedad, de interés por algo o por alguien, de necesidades de algún tipo. El viejo Aristóteles resume la idea en sólo una línea, célebre: “y el que no puede

vivir en sociedad, o no necesita nada para su propia suficiencia, no es miembro de la Ciudad, sino como una bestia o un Dios”⁹. Por lo demás, una *res-publica* de hombres inmortales es una contradicción en los términos por el hecho de que —según Borges— la multiplicidad es concomitante con la finitud. La inmortalidad cancela el número y esa cancelación permite obtener “la perfección de la tolerancia y casi del desdén”, pues inscriptos en la infinitud “todos nuestros actos son justos, pero también son indiferentes. No hay méritos morales o intelectuales. Homero compuso la Odisea; postulado un plazo infinito, con infinitas circunstancias y cambios, lo imposible es no componer, si quiera una vez, la Odisea. Nadie es alguien, un solo hombre inmortal es todos los hombres”¹⁰.

La inmortalidad diluye la acción propiamente dicha, pues la despoja de todos y cada uno de los elementos que Hannah Arendt ha mostrado esenciales a su comprensión: la irreversibilidad —que vuelve necesario el perdón—; la imprevisibilidad —que volvería inhabitable la pluralidad humana si no existiera también la capacidad de prometer. Nada ni nadie es único, precioso, irrecuperable, irrepetible, azaroso o precario. No hay posibilidad de otro. (Finalmente —aunque no es esta la parte del relato que nos interesa ahora— una esperanza, la esperanza de hallar en alguna parte un río cuyas aguas restituyan la muerte y la frágil singularidad de la vida humana, devuelve el deseo, el lenguaje, la memoria y la multiplicidad).

III

Provisoriamente digamos que la política aparece como la posibilidad de una habitación colectiva y comparti-

da de *individuos* que actúan, hablan, recuerdan, anhelan, aman y odian, precisamente porque su condición no es la inmortalidad. Esa habitación común está amenazada por la barbarie inhabitable, pero también por la indiferencia, el desdén y la soledad que depara el destino de la civilización.

Las muchas dimensiones de lo bárbaro que es posible encontrar indagadas en la obra de Borges, hereda, me parece, la paradoja sarmientina de no poder nunca sustraer el elogio de la civilización a una fascinación de la barbarie. O tal vez la teoría de “los dos linajes”¹¹ permita, también aquí, comprender esa dimensión aporética que, a mi modo de ver, llega a su extremo en los cuentos de *El informe de Brodie*, tal vez el “libro político” de Borges. Publicado en 1970, anticipa como una extraña videncia –la que era atribuida a los ciegos como Tiresias en la Antigüedad– los años que vendrían inmediatamente en la Argentina. De los once relatos que lo componen, al menos siete (en particular “El encuentro”, “El otro duelo” y “El evangelio según Marcos”) abren una enigmática reflexión de la violencia, a la vez que su advertencia. Para Borges, la historia argentina –la historia en general– no tiene la forma de un progreso ni es posible verificar en ella innovaciones radicales o inauditas; antes bien pareciera el escenario en el que diferentes actores representan, sin saberlo, siempre el mismo drama.

Instrumentos inconscientes de una contienda única de las mismas fuerzas, los hombres se ven obligados a la lucidez del desciframiento más que a la invención. De manera que –dice citando a Carlyle– “la historia universal es un texto que estamos obligados a leer y a escribir incesantemente y en el cual también nos escriben”. El descifra-

miento lo es de una representación en la que los actores no saben lo que hacen ni el sentido exacto de sus actos; o bien llegan a saberlo mediante un laborioso método indiciario (“Tema del traidor y del héroe”), o les es revelado en el momento final (“Deutsches Requiem”, “Biografía de Tadeo Isidoro Cruz”...). En “El encuentro”, los hombres son instrumentos de las armas y no las armas de los hombres –que ignoran lo que hacen cuando empuñan una. “Uriarte no mató a Duncan; las armas, no los hombres, pelearon. Habían dormido, mano a mano, en una vitrina, hasta que las manos las despertaron. Acaso se agitaron al despertar; por eso tembló el puño de Uriarte, por eso tembló el puño de Duncan. Las dos sabían pelear –no sus instrumentos, los hombres– y pelearon bien esa noche. Se habían buscado largamente, por los largos caminos de la provincia, y por fin se encontraron cuando sus gauchos ya eran polvo. En su hierro dormía y acechaba un rencor humano.

Las cosas duran más que la gente. Quién sabe si la historia concluye aquí, quién sabe si no volverán a encontrarse”¹².

Otras veces, una inspiración maniquea inscribe los conflictos humanos en el eterno combate del Bien y el Mal, la Luz y la Sombra, Dios y el Demonio. La contienda entre civilización y barbarie presenta un avatar de esta *Urszene*, que activa una sinonimia precisa: “Ser nazi (jugar a la barbarie enérgica, jugar a ser un vikingo, un tártaro, un conquistador del siglo XVI, un gaucho, un piel roja) es, a la larga, una imposibilidad mental y moral”¹³ –lo propiamente “inhabitable”. Esta declaración, ideológica por lo que alude y lo que elude, pareciera establecer lo esencial del pensamiento borgeano sobre los asuntos humanos.

Borges hace ver que la radical contingencia de las vidas no es contradictoria con la revelación del destino que, según tantos relatos suyos, se revela a los hombres, a veces, en el momento de morir.

No obstante, la exploración del límite entre lo posible y lo imposible –entre la civilización y la barbarie–, obtiene en algunas otras páginas una dimensión abierta y conjetural que relativiza, si no desdice, la anterior teología de la Luz donde reposa la civilización.

Tanto el informe del misionero escocés David Brodie como la historia de la ciudad de los inmortales, son hallados en un libro; el primero en una edición inglesa de *Las mil y una*

noches; la segunda en una *Iliada* traducida por Pope. Ambos están redactados en inglés con intercalaciones en latín. En ambos casos el que refiere el relato es quien lo traduce. Nada de todo esto es baladí. *Las mil y una noches* y la *Iliada*, documentos mayores del Oriente y el Occidente, encierran un testimonio de lo imposible. Si la “ciudad de los inmortales” incursiona en una condición *post-política*, el “informe de Brodie”, podríamos pensar, describe una situación *pre-política*. Los *Yahoos* sobre los que informa el misionero, son de “naturaleza bestial”; cuentan con un lenguaje que “carece de vocales” (por lo que su transliteración resulta imposible); “se alimentan de frutos y reptiles”; “beben leche de gato y de murciélago”; “devoran cadáveres humanos”; “andan desnudos”; “habitan en ciénagas”; al niño que es consagrado rey “le quemán los ojos y le cortan las manos y los pies”; “son insensibles al dolor y al placer, salvo el agrado que les dan la carne cruda y rancia y las cosas fétidas”; “veneran a un dios cuyo nombre es Estiércol” (un “ser mutilado, ciego, raquíptico y de ilimitado poder”). Como

al pasar, escribe Borges que dice el informe: “Lo mismo, me aseguran, ocurre con las tribus que merodean los alrededores de Buenos Aires” –ciudad que en 1840, fecha del texto, era gobernada por Rosas.

La descripción de Borges-Brodie concluye con un pequeño alegato relativista: “Escribo ahora en Glasgow... Los *Yahoos*, bien lo sé, son un pueblo bárbaro, quizás el más bárbaro del orbe, pero sería una injusticia olvidar ciertos rasgos que lo redimen. Tienen instituciones, gozan de un rey, manejan un cierto lenguaje basado en conceptos genéricos, creen, como los hebreos y como los griegos, en la raíz divina de la poesía y adivinan que el alma sobrevive a la muerte del cuerpo. Afirman la verdad de los castigos y de las recompensas. Representan, en suma, la cultura, como la representamos nosotros, pese a nuestros muchos pecados... Tenemos el deber de salvarlos. Espero que el gobierno de Su Majestad no desoiga lo que se atreve a sugerir este informe”¹⁴. Tal vez el asombro por la variedad sea en Borges más elemental que cualquier verdad estabilizadora y así, en un mundo determinista en el que todo puede suceder, nadie –nos enseña la literatura rusa según un prólogo a Dostoievski–, nadie es imposible: traidores por fidelidad, crueles por bondad, asesinos por amor, suicidas por felicidad... Un guerrero bárbaro del siglo VI que abandona su condición y misteriosamente abraza la causa de Ravena, que es la de Roma; una mujer inglesa que opta por el desierto sudamericano y la perpetuación de su cautiverio entre los bárbaros. Sin duda, la “Historia del guerrero y la cautiva” exhibe de la mejor manera el típico procedimiento borgeano que realiza una conjunción en principio extraña o imposible –en

este caso dos episodios separados por mil trescientos años— para encontrar allí una iluminación de lo común, una cifra o un símbolo de la existencia humana. Borges hace ver que la radical contingencia de las vidas no es contradictoria con la revelación del destino que, según tantos relatos suyos, se revela a los hombres, a veces, en el momento de morir. En todo caso, “Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad *de un solo momento*: el momento en el que el hombre sabe para siempre quién es”.¹⁵ Ese destino que nos está deparado, no establece una identidad; muchas veces su efecto es producir una diferencia. Nadie está exento de ser otro.

IV

Nadie es imposible. O también: *There are more things*. El sobrino de Edwin Arnett, estudiante de filosofía en la Universidad de Texas, vuelve a la Argentina en 1921, tras la muerte de su tío. La casa La Colorada, donde éste le había revelado el vértigo más íntimo de la filosofía al explicarle el idealismo de Berkeley con una naranja y las paradojas eleáticas con un tablero de ajedrez, había sido adquirida por un extranjero, Max Preetorius, cuya primera medida fue arrojar a un vaciadero los muebles que había en ella. Después de haber sido rechazada con indignación su demencial propuesta de reforma por el arquitecto Alexander Muir (le había sido encomendado “pergeñar una forma monstruosa”, confesaría después), y la confección de nuevos muebles por el carpintero, finalmente, un carpintero de un pueblo lejano y una empresa de la capital aceptaron realizar los trabajos, “de noche, a puertas cerra-

das”. Una vez instalado el nuevo propietario, las ventanas no se abrieron ya más y nadie volvió a ver a Preetorius.

Una noche de verano, el joven filósofo, amparado por la oscuridad y la tormenta, entró en La Colorada. “El comedor y la biblioteca de mis recuerdos eran ahora... una sola gran pieza desmantelada con uno y otro mueble. No trataré de describirlos porque no estoy seguro de haberlos visto, pese a la despiadada luz blanca. Me explicaré. Para ver una cosa hay que comprenderla... Ninguna de las formas insensatas que esa noche me deparó correspondía a la figura humana o a un uso concebible. Sentí repulsión y terror... Recupero ahora una suerte de larga mesa operatoria, muy alta, en forma de U, con hoyos circulares en los extremos. Pensé que podía ser el lecho del habitante cuya monstruosa anatomía se revelaba así, oblicuamente, como la de un animal o un dios, por su sombra”. En efecto, “¿Cómo sería el habitante? ¿Qué podía buscar en este planeta, no menos atroz para él que él para nosotros? ¿Desde qué secretas regiones de la astronomía... había alcanzado este arrabal sudamericano y esta precisa noche? Me sentí un intruso en el caos”.¹⁶

Lo inhabitable reaparece aquí con singular intensidad y explicitación. ¿Quién podrá ser el habitante de lo inhabitable? Un elemento preciso en el relato permite conjeturar la referencia autobiográfica. Como el joven estudiante de Texas, Borges volvía a Argentina en 1921, luego de siete largos años en Europa. Desde hacía cinco, tras intensas luchas con el régimen conservador, por primera vez contaban políticamente las clases populares argentinas con el ascenso al poder de Hipólito Yrigoyen (por quien, al parecer, al igual que Mace-

donio y otros intelectuales cercanos a él, manifestaba simpatía¹⁷). Lo cierto es que *There Are More Things*, escrito posiblemente en 1973 ó 1974, desplaza el “monstruo” hacia 1921, pero es el mismo. La parábola es precisa.

La ocupación de la casa de infancia por el misterioso extranjero en el relato de Borges puede ser leída, seguramente, como una variante de “Casa tomada” de Cortázar, relato en el que una invisible presencia ocupa poco a poco la casa que “guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno,

nuestros padres y toda la infancia”.

No es inverosímil la conjetura —creo que de Sebrelli—, según la cual se trata, también aquí, de una parábola del peronismo. Como se sabe, Borges fue el primer editor de “Casa tomada”,

aunque no creo que le hubiera adjudicado un sentido político. A su vez, estos dos relatos traen a la memoria un tercero, en este caso de inequívoco contenido político aunque en un sentido diferente; otra historia de una usurpación y una casa tomada —me refiero a “Cabecita negra” de Germán Rozenmacher.

Las últimas líneas del cuento de Borges son éstas: “Mis pies tocaban el último tramo de la escalera cuando sentí que algo ascendía por la rampa, opresivo y lento y plural. La curiosidad pudo más que el miedo y no cerré los ojos”. Opresivo y lento y plural. La metáfora del “monstruo de mil cabezas” para evocar el pueblo —o, en lenguaje más antiguo, a la plebe o el vulgo—, tiene un extenso recorrido en la historia de la filosofía

política, desde la misma *República* platónica. Más aún, el título *La fiesta del monstruo*, del relato escrito con Bioy en 1946, presenta una ambigüedad fundamental: ¿De quién es la fiesta? ¿Quién es, propiamente, el monstruo? ¿El individuo que habla en el balcón? ¿La muchedumbre que ocupa la plaza? En un artículo de 1957 para la revista *Ficción*, en el que reprocha a los historiadores la exculpación de Perón como resultado del “fatalismo histórico”, dice de ellos: “Simulan incoercible sinceridad, pero ni una palabra de condena tienen para los asaltos, los robos, los descarrilamientos y los incendios; aludir a la violencia o al sabotaje podría molestar al *múltiple monstruo*”.¹⁸

No hay en Borges propiamente Historia, sino restitución arquetípica y mítica de una escena originaria: *El matadero* instituye el avatar argentino de ese arquetipo, con el que dialoga *La fiesta del monstruo*.

La preferencia borgeana por una teología de los hechos sociales, no parece conjugarse, al menos en principio, con una afirmación del individualismo anárquico y lúcido al que recurre una y otra vez. Sin embargo, ambas cosas se alían contra los análisis históricos que se producen en términos de contradicciones de clases, conflictos sociales o procesos económicos, para en cambio confrontar a los hombres de carne y hueso con los dilemas éticos concretos —que en realidad es uno solo y cuya raíz es mítica. En una página de la polémica con Martínez Estrada a propósito del peronismo, dice: “Ya que todo hecho presupone una causa anterior, y ésta, a su vez, presupone otra, y así hasta lo infinito, es innegable que no hay cosa en el mundo, por insignificante que sea, que no comprometa y postule todas las demás. En lo cotidiano, sin embargo, admitimos la realidad del

Esa teatralidad de lo político, la política como representación en sentido teatral, donde los actores y las máscaras son instrumentos de las mismas antiguas fuerzas que montan localmente siempre la misma obra —a la vez tragedia, drama y comedia—, pareciera implicar una destitución de la política por la teología y la ética.

libre albedrío; el hombre que llega tarde a una cita no suele disculparse (como en buena lógica podría hacerlo) alegando la invasión germánica de Inglaterra en el siglo V o la aniquilación de Cartago. Ese laborioso método regresivo, tan desdénado por el común de la humanidad, parece reservado a los comentaristas del peronismo, que cautelosamente hablan de necesidades históricas, de males necesarios, de procesos irreversibles y no del evidente Perón..., prefiero el hombre de la calle que habla de hijos de perra y de sinvergüenzas; ese hombre, en un lenguaje rudimental, está afirmando, para quienes sepan oírlo, que en el universo hay dos hechos elementales, que son el bien y el mal, o, como dijeron los persas, la luz y la tiniebla, o, como dicen otros, Dios y el Demonio. Creo que el dictador encarnó el mal...".¹⁹

Esa teatralidad de lo político, la política como representación en sentido teatral, donde los actores y las máscaras son instrumentos de las mismas antiguas fuerzas que montan localmente siempre la misma obra —a la vez tragedia, drama y comedia—, pareciera implicar una destitución de la política por la teología y la ética. La escenificación de *El simulacro* da la cifra de ese carácter teatral; la puesta en escena consta de una muñeca rubia en un cajón de manzanas sobre un tablón en un pueblito del Chaco, y un conjunto personas simples que hacen cola para dar el pésame a un hombre vestido de luto parado a su lado, circunspeto, no sin dejar antes de salir alguna moneda en la alcancía puesta junto a la muñeca. Siguiendo un procedimiento de abismación, el relato hace del simulacro una cifra. No se trata de la copia de un original —sabemos que Platón reserva el término “simulacro” precisamente para realidades que se insubordinan, que pierden la imagen y la semejanza, que

no responden a géneros, paradigmas, ideas o conceptos que se arroguen la originalidad. El simulacro del Chaco es, antes bien, la verdad misma del simulacro de Buenos Aires. “El enlutado no era Perón y la muñeca rubia no era la mujer Eva Duarte, pero tampoco Perón era Perón ni Eva era Eva sino desconocidos o anónimos (cuyo nombre secreto y cuyo rostro verdadero ignoramos) que figuraron, para el crédulo amor de los arrabales, una crasa mitología”.²⁰

La vieja Argentina, cuya historia se confunde con la leyenda familiar y un linaje de antepasados valientes (“mis mayores”), había sido transformada en la incomprendible habitación del monstruo. En el extremo de este motivo antipopular por antonomasia —no es imposible que estemos aquí ante el peor Borges—, paradójicamente, se forja lo que a mi modo de ver es uno de sus conceptos más lúcidos y de mayor relevancia política.

V

¿Qué dice Borges de sí mismo? Dice ser agnóstico en teología; escéptico en filosofía; conservador, anarquista y cosmopolita en política. Pero, sobre todo, dice ser un “individualista”.

El sujeto de la política no son aquí las naciones, ni las clases, ni los partidos, sino sólo los individuos. ¿Cuáles son las fuentes del anarquismo individualista borgeano?

La más inmediata y reconocida —herencia paterna— es Herbert Spencer, en particular una obra de 1884 llamada *El individuo contra el Estado*. Inspirado en Lamark, Spencer había anticipado ideas de Darwin y, según su teoría, la evolución social culmina en un individualismo pacífico y radical. “Sigo siendo discípulo de Spencer —declaraba el

joven Borges—; no digamos el individuo contra el Estado, pero sí el individuo sin el Estado”, y ya casi al final de su vida: “Creo, como el tranquilo anarquista Spencer, que uno de nuestros máximos males, acaso el máximo, es la preponderancia del Estado sobre el individuo... El individuo es real; los Estados son abstracciones de las que abusan los políticos, con o sin uniforme”.²¹

No menos importante, aunque más secreta, es la lectura juvenil de Max Stirner, cuya obra *El único y su propiedad* —a la que Marx y Engels dedicaron la mayor parte de *La ideología alemana*—, contrapone un nominalismo político a la dominación de los hombres por las ideas abstractas (no sólo de Dios, Estado o Nación, sino también de Socialismo, Revolución o Proletariado), abstracciones a las que llamaba “fantasmas” y denunciaba como dispositivos de dominación de los cuerpos concretos. Borges leyó apasionadamente a Max Stirner en Ginebra hacia 1920.

Pero seguramente la influencia decisiva en la formación del individualismo anarquista de Borges es la de Macedonio Fernández. “El Estado —escribía Macedonio— debe ser meramente el mínimo renunciado de libertad, porque el mayor bien psicológico y económico es la libertad, o porque el bien por coerción casi nunca compensa la degradación psicológica que la coerción inflige a la persona coercida y a la coerciente, la que se traduce en degradación de la persona económica de ambos, del hombre como creador de valores”(...) “Soy antiestatal: toda civilización verdaderamente avanzada en lo sincero es antiestatal”.²²

En un trabajo reciente, en el que sale al cruce de toda apropiación socialista de Macedonio, Luis Thonis²³

sostiene su inequívoca filiación anglo-norteamericana, frente al ascenso del socialismo y el fascismo durante los años 20. Contrapunto exacto de la deriva política lugoniana, la opción de Macedonio —por la que Borges toma partido— es la exigencia liberal de un mínimo Estado político. ¿Liberal o anarquista? En 1921 Borges presentó en la revista *Cosmópolis* de Madrid un poema de Macedonio, a quien adjudica ser el “iniciador —allá por el borroso 99— de una comunidad anarquista en el Paraguay”²⁴ (se refiere a la aventura náutica hacia tierra guaraní junto a Julio Molina y Vedia y Arturo Múscari). Como quiera que sea, al igual que su padre Jorge, el joven Borges se involucra desde Madrid en el delirante propósito de la candidatura presidencial de Macedonio para suceder a Yrigoyen en 1922. “El vasto ensueño maximalista —escribía en esos años el perturbador candidato— resuena reciamente con mi fe individualista antiestatal...; debemos esforzarnos para que abandonen el dogma maximalista... que asfixiará al individuo y empobrecerá a todos”²⁵.

Para el autor de *Isolina Buenos Aires*, la Argentina de los años 20 reúne las condiciones para cumplir con el propósito de un “máximo de individuo” y un “mínimo de Estado”, en línea con el ideario político anglo-norteamericano. Pocos meses después de la muerte de Macedonio en 1952, Borges publicó *Otras inquisiciones*, una de las cuales lleva por título “Nuestro pobre individualismo”. Desde las reflexiones macedonianas de los años 20 habían sucedido muchas cosas: la segunda guerra, el nazismo, el stalinismo y, en Argentina, el peronismo. La postulación borgeana de un individualismo impolítico, reconocerá una proveniencia y una

inspiración extraña, que se inscribe en una de sus pasiones más intensas y persistentes: pensar la Argentina.

“El argentino, a diferencia de los americanos del norte y de casi todos los europeos –dice en un pasaje célebre–, no se identifica con el Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos o al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Aforismos como el de Hegel: ‘El Estado es la realidad de la idea moral’ le parecen bromas siniestras”.²⁶ Frente al nazismo y al comunismo, frente al Estado que tiende a su totalización (“el más urgente de los problemas de nuestra época”), “el individualismo argentino –concluye–, acaso inútil o perjudicial hasta ahora, encontraría justificación y deberes”. Esa justificación es política. No se trata de un rasgo “meramente negativo o anárquico... [incapaz] de explicación política. Me atrevo a sugerir lo contrario”.

1952. Moría Macedonio en febrero y Eva Perón en julio. Borges, en tanto, escribe: “Sin esperanza y con nostalgia, pienso en la abstracta posibilidad de... un partido que nos prometiera un severo mínimo de gobierno”. Sin esperanza y con nostalgia. ¿Nostalgia de qué?

Los nacionalistas –es el argumento de Borges–, en su insistencia por el color local (“ese reciente culto europeo que deberían rechazar por foráneo”), ignoran en realidad a los argentinos. Si en los años 30, particularmente en “El escritor argentino y la tradición”, se debate con *El payador* de Lugones para afirmar que la tradición argentina no es la gauchesca –ni España, ni la nada– sino el universo entero, una vez concluida la guerra y con el peronis-

mo hecho realidad, Borges moviliza “antiguas virtudes argentinas”, nuestro arcano político más íntimo que tiene, esta vez, un origen popular. “Las dictaduras –escribe en 1946– fomentan la opresión, las dictaduras fomentan el servilismo, las dictaduras fomentan la crueldad; más admirable es el hecho de que fomenten la

idiotez. Botones que balbucean imperativos, efigies de caudillos, vivas y mueras prefijados..., la mera disciplina usurpando el lugar de la lucidez... Combatir esas tristes monotonías es uno de los muchos deberes del escritor. ¿Habré de recordar a los lectores del *Martín Fierro* y de *Don Segundo Sombra* que el individualismo es una vieja virtud argentina?”.²⁷ Nostalgia, entonces, del viejo individualismo solitario y ácrata que obtuvo su mejor emblema en el *Martín Fierro*, documento antisarmientino mayor que la peripecia borgeana invocaba contra el peronismo en 1946.

VI

A la idea fuerte de “individuo”²⁸, Borges articula, desde una época muy temprana, la de “conjura”. La primera mención de “conjurados” aparece cincuenta años antes del poema de 1985, pero la geografía que entonces invoca no es Ginebra: “En esta casa de América –decía Borges en 1936–, los hombres de las naciones del mundo se han conjurado para desaparecer en el hombre nuevo que no es ninguno de nosotros aún y que predecimos argentino, para irnos acercando así a la esperanza” (*Palabras*

La postulación borgeana de un individualismo impolítico, reconocerá una proveniencia y una inspiración extraña, que se inscribe en una de sus pasiones más intensas y persistentes: pensar la Argentina.

pronunciadas para la celebración del cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires). La Argentina como tierra de conjura donde hombres de todas las naciones han depositado el patrimonio del universo, dejará su lugar, en la vejez del escritor, a la tranquila Suiza. Habrá que demorarse en este itinerario que es a la vez geográfico y político.

La idea de individuos que secretamente están salvando el mundo gracias a la conjura que su sola existencia pone en marcha, se halla diseminada en varios pasajes de la obra de Borges. “En general, el argentino descreo de las circunstancias. Puede ignorar la fábula de que la humanidad incluye treinta y tres hombres justos –los *Lamed Wufniks*– que no se conocen entre ellos pero que secretamente sostienen el universo; si la oye, no le extrañaría que esos beneméritos fueran oscuros y anónimos”²⁹. Acaso también *El congreso* –según Borges su mejor cuento– pueda ser leído en clave panteísta, anarquista y antirrepresentativa como la historia de una conjura, que logra su objetivo no gracias al éxito del emprendimiento sino por revelación.

Addenda: Borges último

Casi en el confín del tranquilo cementerio ginebrino Reyes de Plainpalais, sobre una sencilla piedra blanca esculpida por Eduardo Longato leemos el nombre de Jorge Luis Borges. El epitafio consta de unas pocas palabras sajonas: “*and ne forhtedon ná*”, que he leído y significan: “y jamás temieron”. En la parte posterior, además de unos caracteres rúnicos, está inscripto: “De Ulrica a Javier Otálora”. Anverso sajón, reverso escandinavo.

El 28 de noviembre de 1985, Borges dejaba la Argentina definitivamente sin

despedirse de casi nadie. Consciente de que sería su último viaje, luego de una breve escala en Italia, el viejo escritor llegó a Ginebra. Allí, en el número 28 de la Grand Rue, en ángulo con el callejón Sautier, Borges pasó sus últimos días prefiriendo entre las infinitas lecturas posibles las de Novalis y Voltaire. ¿Fue suya o de María Kodama la decisión de morir en Ginebra? –“cualquier lugar es bueno para morir” le habría dicho un entristecido y resignado Borges a su viejo amigo Bioy Casares poco antes de partir.

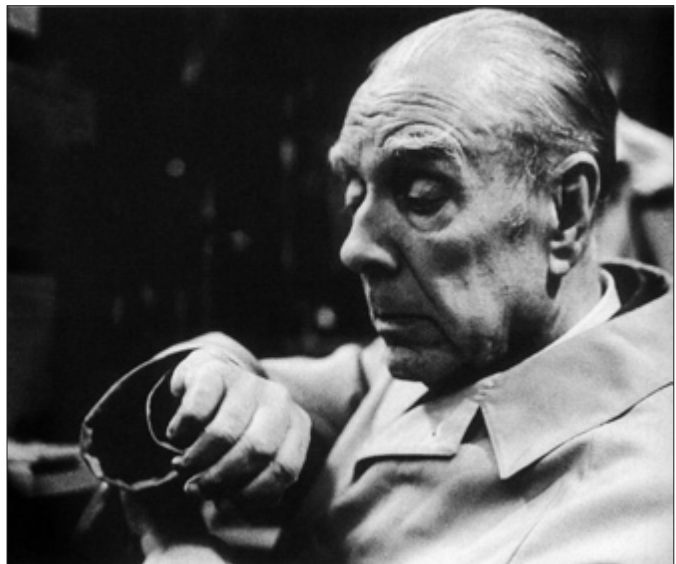
Sea como fuere, esa tumba lejana –y esperemos lo esté siempre, habida cuenta de que algún diputado ha propuesto ya su repatriación y no faltarán otras iniciativas similares– se nos impone como un legado mayor, por todo lo que su lejanía significa pero además porque el hombre que allí descansa para siempre ha dejado mucho por pensar.

En el prólogo a *La moneda de hierro* se lee: “Sé que este libro misceláneo que el azar fue dejándome a lo largo de 1976 en el yermo universitario de East Lansing y en mi recobrado país, no valdrá ni mucho más ni mucho menos que los anteriores volúmenes”, y concluye: “Me sé del todo indigno de opinar en materia política, pero tal vez me sea perdonado añadir que descreo de la democracia, ese abuso de la estadística. J.L. Borges, 27 de julio de 1976”³⁰. Como se podrá advertir, no es un momento cualquiera en el “recobrado país” para descreer de la democracia. Durante ese mismo año, el más grande escritor argentino almorzó con Videla y con Pinochet; poco antes había calificado a la Junta Militar que usurpó el poder con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976 como “un gobierno de caballeros”.

Lo menos importante de esta serie de episodios desafortunados es que le hayan

costado a Borges la no adjudicación del Nobel. Se ha insistido poco, sin embargo, en la existencia de un conjunto de posteriores testimonios, tanto privados y periodísticos como literarios, en sentido opuesto al de su posición inicial, entre los cuales no es el menos importante el breve escrito –poco conocido– redactado con motivo de haber asistido el 22 de julio de 1985 a una de las audiencias del juicio oral a los ex-comandantes que por ese entonces se celebraba en la Argentina. Aparecido en el diario *Clarín*, el escrito llevaba por título “La rutina del infierno”. Borges escribió allí: “He asistido, por primera y última vez, a un juicio oral. Un juicio oral a un hombre que había sufrido cuatro años de prisión, de azotes, de vejámenes y de cotidiana tortura... De las muchas cosas que oí esa tarde y que espero olvidar, referiré la que más me marcó, para librarme de ella. Ocurrió un 24 de diciembre. Llevaron a todos los presos a una sala donde no habían estado nunca. No sin algún asombro vieron una larga mesa tendida. Vieron manteles, platos de porcelana, cubiertos y botellas de vino. Después llegaron los manjares (repito las palabras del huésped). Era la cena de Nochebuena. Habían sido torturados y no ignoraban que los torturarían al día siguiente. Apareció el Señor de ese Infierno y les deseó Feliz Navidad. No era una burla, no era una manifestación de cinismo, no era un remordimiento. Era... una suerte de inocencia del mal”. Se advertirá la semejanza de esta expresión con la que, más de veinte años antes, había empleado Hannah Arendt (a quien sin duda Borges jamás ha leído) en el subtítulo de su libro sobre *Eichmann en Jerusalén*: “banalidad del mal”. Invocando a Grocio, Arendt justificaba allí el castigo como una realidad negativa: no restaura la justicia pero su ausencia nos sumiría en una

indignidad aún peor. Tras hablar de “inocencia del mal”, concluye Borges en igual sentido: “Sin embargo, no juzgar y no condenar el crimen sería fomentar la impunidad y convertirse, de algún modo, en su cómplice”.



Según sus propias palabras, Borges fue “indigno de opinar en materia política”; sin embargo, no podría reprochársele oportunismo o deshonestidad, y debemos tomar en serio, con la literalidad más estricta, su crítica de la dictadura, que comienza bastante antes de 1983. En 1980, el diario *La Prensa* publica unas declaraciones suyas en las que condena la represión política en la Argentina y el 12 de agosto del mismo año, en las páginas de *Clarín* aparecería una “Solicitada sobre los desaparecidos” que lleva su firma –junto a las de Sábato, Bioy Casares y Olga Orozco entre otras. El texto decía: “Ante la angustiada incertidumbre por la que atraviesan los familiares de personas desaparecidas por motivos políticos o gremiales, nos solidarizamos –por razones de ética y justicia– con el reclamo

J.L. Borges, por
Eduardo Grossman

que formulan padres, hijos, cónyuges, hermanos y allegados ante las autoridades nacionales para que se publiquen las listas de los desaparecidos y se informe sobre el paradero de los mismos". Un cierto desvarío político ha coexistido siempre en Borges con una extraordinaria sensibilidad para la ética, para las "razones de ética", y de esta conjunción resulta uno de los aspectos más perturbadores de su personalidad pública. Algunos años después de su mencionado almuerzo con Pinochet, en un libro de diálogos con María Esther Vázquez de 1984, y ante una pregunta sobre aquel encuentro, dice Borges: "...confieso que me equivoqué; no me di cuenta de que no se trataba de una razón política sino que se trataba de una razón ética. Ahora, por ejemplo, he recibido una invitación de Paraguay, que no acepté, porque si no apoyo a los militares de aquí, por qué voy a apoyar a los de allá". ¿La ética salva a Borges de la política? La ética —es decir la atención por lo singular, por la solicitud de un rostro, de alguien que tiene una voz, un nombre, un cuerpo— es acaso la pasión borgeana que logra sustraerse y sustraer al mismo Borges de una estetización omnímoda de la realidad; el brazo largo de la literatura que se posa sobre todo, incluso, lamentablemente, sobre la política. La ética salva a Borges de la política porque es su punto de ruptura con la estética, el punto ciego de la literatura. "Una tarde —recuerda en el diálogo con María Esther Vázquez— vinieron a casa las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo a contarme lo que pasaba..., sentí que venían llorando sinceramente, porque uno siente la veracidad. ¡Pobres mujeres, tan desdichadas!... Cuando me enteré de todo ese asunto de los desaparecidos me sentí terriblemente mal. Me dije-

ron que un general había comentado que si entre cien personas secuestradas cinco eran culpables, estaba justificada la matanza de las noventa y cinco restantes. ¡Debió ofrecerse él para ser secuestrado, torturado y muerto para dar validez a su argumento!".

En 1985, casi al mismo tiempo que el escrito breve sobre el juicio a las Juntas, aparecía su último libro, *Los conjurados*. El poema final, la última palabra del viejo escritor, nada tiene de literario y sí una dimensión política de suma importancia. Tal vez, finalmente, la última página de la obra de Borges prescinde con rara lucidez de la literatura, o la subordina. Esa página está aún por ser pensada, así como también la política de la conjura que allí se sugiere. *Los conjurados* incluye también un relato que comienza como sigue: "Nunca sabré de qué manera pudieron entrar en mi casa la noche del 14 de abril de 1977... Sin alzar la voz me ordenó que me levantara y vistiera inmediatamente. Se había decidido mi muerte y el sitio destinado a la ejecución quedaba un poco lejos. Mudo de asombro, obedecí...". Sabemos que las fechas no son casuales en Borges. Sabemos que en abril de 1977 el secuestro y la muerte cundían por las calles de un país que, al igual que Borges, había "descreído de la democracia".

Paradójicamente, tal vez como en ninguna otra parte puedan hallarse en la obra de Borges los grandes motivos políticos por venir: la conjura, la ética, el don, la hospitalidad, la resistencia, la amistad, y tal vez, también, las claves para una existencia colectiva menos violenta, para que el país del secuestro, la tortura, la desaparición y la muerte no retorne nunca más.

Encuentro que la tumba desterrada de Borges plantea interrogantes que no son menores y nos deja un significado político afirmativo que no tiene que ver

—como suele creerse— con un presunto resentimiento del escritor hacia un país que no supo comprenderlo ni leerlo. ¿Cuál es el real significado que reviste la decisión de morir en otra parte? Para aprehenderlo en toda su politicidad, quizás debiéramos contrastar ese gesto con la idea —formulada por un teórico de la derecha nacionalista francesa como Barrès— de que toda comunidad se funda en su cementerio. Al contrario, la idea de un cementerio cosmopolita y mixturado, que según mi conjetura es el signo que emite la tumba de Borges, corroe el nacionalismo aún más radicalmente que el anhelo de una “ciudadanía del mundo”. La voluntad de una tumba despatriada, no hace sino concluir la idea de que sólo hay individuos y las teorías, las escuelas literarias, los Partidos, las naciones y los Estados son abstracciones fantasmales destinadas a dominar lo único real, los seres humanos. Durante el siglo pasado, ser comunista era sentir que había una infinidad de desconocidos amigos dispersos por el mundo, trabajando milagrosamente por las mismas cosas, inscriptos en una voluntad común. Era el sentimiento de que en todos los lugares de la Tierra, por recónditos que fuesen, había amigos, había comunistas. Me pregunto si el

último poema de Borges, ese manifiesto sin literatura —ese testamento político, incluso— llamado *Los conjurados*, no busca restituir en igual sentido un sentimiento de multiplicada amistad, de fraternidad secreta y sin fronteras.

“En el centro de Europa están conspirando.

El hecho data de 1291.

Se trata de hombres de diversas estirpes, que profesan diversas religiones y que hablan en diversos idiomas.

Han tomado la extraña resolución de ser razonables.

Han resuelto olvidar sus diferencias y acentuar sus afinidades (...)

En el centro de Europa, en las tierras altas de Europa, crece una torre de razón y de firme fe.

Los cantones ahora son veintidós. El de Ginebra, el último, es una de mis patrias.

Mañana serán todo el planeta.

Acaso lo que digo no sea verdadero; ojalá sea profético”.

No es casual que el lugar elegido para morir, Ginebra, sea aquí el símbolo de una antigua conjura secreta que busca reconciliar a los seres humanos con el hecho de su propia multiplicidad. Este símbolo ilumina esa elección y la carga de sentido. Ojalá sea profético.

NOTAS

1. “La prueba”, en *La cifra*, Emecé, Buenos Aires, 1981, p. 39.
2. “El inmortal”, en *Obras completas*, Emecé, Buenos Aires, 1974, pp. 537-538.
3. Ver sobre esto las sugestivas observaciones de Jean Baudrillard en *La ilusión vital* (Siglo XXI, Buenos Aires, 2001), en particular el ensayo llamado “La solución final: la clonación más allá de lo humano e inhumano”.
4. “Anotación al 23 de agosto de 1944”, en *Obras completas, op. cit.*, p. 728.
5. “Deutsches Requiem”, en *Ibid.*, pp. 576-581.
6. “Decir que ha vencido Inglaterra es decir que la cultura occidental ha vencido, es decir que Roma ha vencido; también es decir que ha vencido la secreta porción de divinidad que hay en el alma de todo hombre, aún del verdugo destrozado por la victoria” (“Nota sobre la paz” (1945), en *Borges en Sur 1931-1980*, Emecé, Buenos Aires, 1999, pp. 33-34).

7. "Definición del germanófilo" (1940), en *Textos cautivos*, Tusquets, Buenos Aires, 1986, pp. 335-338.
8. "Ensayo de imparcialidad" (1939), en *Borges en Sur 1931-1980, op. cit.*, 1999, pp. 29-30.
9. Aristóteles, *Política*, 1253a.
10. "El inmortal", *op. cit.*, p. 541.
11. Piglia, Ricardo, "Ideología y ficción en Borges", en *Punto de vista*, Nº 5, Buenos Aires, 1980.
12. "El encuentro", en *Obras completas, op. cit.*, p. 1043.
13. "Anotación al 23 de agosto de 1944", *op. cit.*, p. 728.
14. "El informe de Brodie", en *Obras completas, op. cit.*, pp. 1073-1078.
15. "Biografía de Tadeo Isidoro Cruz (1829-1874)", en *Ibid., cit.*, p. 562.
16. "There Are More Things", en *El libro de arena*, Alianza, Madrid, 1977, pp. 44-45.
17. Cfr. Abós, Álvaro, *Macedonio Fernández. La biografía imposible*, Plaza y Janés, Buenos Aires, 2002, p. 84.
18. "Un curioso método", en *Textos recobrados (1956-1986)*, Emecé, Buenos Aires, 2001, p. 252. También: "Fuera de algunos individuos de la Real Academia Española –cuyo sentido del idioma era deficiente nadie creyó en el 'justicialismo', monstruo neológico que con su eco inexplicable sigue dando horror a una página del abultado diccionario" (*Ibid.*, pp. 291-292) –yo subrayo.
19. "Una efusión de Ezequiel Martínez Estrada" (1956), en *Borges en Sur (1931-1980), op. cit.*, p. 174.
20. "El simulacro", en *Obras completas, op. cit.*, p. 789.
21. "La censura" (1983), en *Textos recobrados (1956-1986), op. cit.*, pp. 305-306.
22. Fernández, Macedonio, *Teorías*, Corregidor, Buenos Aires, 1974.
23. Thonis, Luis, "Macedonio Fernández: mínimo de Estado, máximo de individuo", en *Tokonoma*, Nº 8, Buenos Aires, 2003, pp. 46-53.
24. Citado por Abós, Álvaro, *Macedonio Fernández. La biografía imposible, op. cit.*, p. 43.
25. *Ibid.*, p. 86.
26. "Nuestro pobre individualismo", en *Obras completas, op. cit.*, p. 658.
27. "Palabras pronunciadas por J.L. Borges en la comida que le ofrecieron los escritores (1946)", en *Jorge Luis Borges A/Z*, Siruela, Madrid, 1988, pp. 72-73. Resulta interesante confrontar lo anterior con una declaración formulada exactamente treinta años después: "Una dictadura no me parece censurable. A simple vista, parece que cortar la libertad está mal, pero la libertad se presta para tantos abusos: hay libertades que constituyen una forma de impertinencia" (Revista *Ahora*, 1976) (*Ibid.*, p. 73).
28. *Avelino Arredondo* (recreación borgeana de un hecho real, el asesinato en Montevideo del presidente colorado Juan Bautista Idiarte Borda, en 1897) es un relato en el que el individuo atúa (comete el magnicidio) siguiendo solamente el dictado de su conciencia. Es un elogio del individuo solitario y heroico que cumple con lo que considera su deber ("Unos muchachos nacionalistas me preguntaron: ¿pero cómo; entonces cuando él [Avelino Arredondo] tomó esa decisión, a quién representaba? A nadie –respondí yo–, sólo representaba a su conciencia... No, pero está mal, me dijeron. Quiere decir que ya no se entiende un acto individual. Si hubiera sido enviado por un Partido, sí se entendería. Parece que la violencia está bien si se decide en el comité... Se rechaza que uno tome decisiones ante su propia conciencia y luego asuma toda la responsabilidad. Precisamente lo heroico es eso").
29. "Nuestro pobre individualismo", *op. cit.*, p. 659. Esta misma idea se repite en "El hombre en el umbral" (*Ibid.*, p. 614) y en el poema "Los justos" (*La cifra, cit.*).
30. "La moneda de hierro" (1976), en *Obras completas (1975-1985)*, Emecé, Buenos Aires, 1989, p. 121. Ocho años más tarde, en una nota aparecida en *Clarín* el 22 de diciembre de 1983, volverá sobre este prólogo: "Escribí alguna vez que la democracia es un abuso de la estadística; yo he recordado muchas veces aquel dictamen de Carlyle, que la definió como un caos provisto de urnas electorales. El 30 de octubre de 1983, la democracia argentina me ha refutado espléndidamente... Mi Utopía sigue siendo el país, o todo el planeta, sin Estado, o con un mínimo de Estado... Cuando cada hombre sea justo, podremos prescindir de la justicia, de los códigos y de los gobiernos... Nadie ignora las formas que asumió esa pesadilla obstinada. El horror público de las bombas, el horror clandestino de los secuestros, de las torturas y de las muertes, la ruina ética y económica, la corrupción, el hábito de la deshonra, las bravatas, la más misteriosa, ya que no la más larga, de las guerras que registra la historia. Sé, hartó bien, que este catálogo es incompleto" ("El último domingo de octubre", en *Textos recobrados (1955-1986), op. cit.*, p. 307).



la nave de los sueños



BIBLIOTECA NACIONAL

PRESEN TAN

VIERNES ESTELARES

cine+música de autor



Viernes 8 de junio | 19 hs

NOA, un viaje en subdesarrollo
Dir. Diego Olmos - Pablo Pintar
Especial de Música en Vivo: Marcelo Esquivaga

Viernes 15 de junio | 19 hs

Soledad al fin del mundo
Dir. Carlos Casa y Fernando Zubor

Viernes 22 de junio | 19 hs

El exterior
Dir. Sergio Ciccolo

Viernes 29 de junio | 19 hs

Cuba Plástica
Dir. Sebastián Schindler - Nicolás Battie
Vida en Falcon
Dir. Jorge Gaggero

Viernes 6 de julio | 19 hs

La quimera de los héroes
Dir. Daniel Rosenfeld
Especial Música en Vivo: Dema y su orquesta Petitera

Viernes 13 de julio | 19 hs

Dirigido por...
Dir. Roberto Durán

Viernes 20 de julio | 19 hs

La vereda de la sombra
Dir. Gustavo Alonso

Viernes 27 de julio | 19 hs

Homenaje a quienes conocieron la historia del cine nacional.
Ángeles del cine
Dir. Santiago C. Oves y Gabriel Arbois



Viernes 5 de octubre | 19 hs

Picado Fino
de Esteban Sapir
Especial música en vivo:
FERNANDO KABUSACKI

Viernes 12 de octubre | 19 hs

Samoa
de Ernesto Baca
Estreno del corto LVTIAPITA
de Mariano Goldgrob

Viernes 19 de octubre | 19 hs

Cielo Azul, cielo negro
de Paula de Luque & Sabrina Farji

Viernes 26 de octubre | 19 hs

Los Buenos Aires
de Homero Cirelli

Viernes 2 de noviembre | 19 hs

Berlín
de Homero Cirelli

Viernes 16 de noviembre | 19 hs

Fantasma
de Lisandro Alonso

Viernes 23 de noviembre | 19 hs

La pasión según Ander
Tonés Golf & Nicolás Grandí

Viernes 30 de noviembre | 19 hs

La antena
de Esteban Sapir



Viernes 3 de agosto | 19 hs

Plaga Zombie
de Pablo París y Hernán Sáez
FARSA PRODUCCIONES

Viernes 10 de agosto | 19 hs

Mi reino por un platillo volador
de Tetsuo Lumière
Estreno del corto: Rotemán
de Adrián Jimeno

Viernes 17 de agosto | 19 hs

Crepúsculum: Historias fantásticas
de Gabriel Griceo

Viernes 24 de agosto | 19 hs

Habitaciones para turistas
de Adrián García Bogliaro

Viernes 31 de agosto | 19 hs

Tremendo amanecer
de Gustavo Postiglione

Viernes 7 de septiembre | 19 hs

La muerte conoce tu nombre
(*Death knows your name*)
de Daniel De la Vega

Viernes 14 de septiembre | 19 hs

Retrospectiva Ayar B
ANIMACION
(Mercado inédito / cortos / adelanto de su nueva película)

Viernes 21 de septiembre | 19 hs

Filmatrón
de Pablo París
FARSA PRODUCCIONES

José María Ramos Mejía, el historiador y sus lecturas

Por Fernando J. Devoto (*)

¿Cómo se constituye una interpretación teórica y política desde una cultura de escasas raíces y escuálidos desarrollos propios? El despliegue de una vocación libresca y la atención a la singularidad local fue el camino que transitó José María Ramos Mejía, escribiendo una serie de obras que no merecen la afirmación de existencia de un pensamiento argentino. Fernando Devoto sigue su trayectoria intelectual, sus discípulos, sus variantes opciones teóricas, su perseverancia en la pregunta por la historia —y en la opción por la atención a la oralidad que había cultivado López—, para señalar qué es lo que conserva vitalidad. Y, siguiendo a Goethe, la encuentra no en el *gris de la teoría* sino en el *verde árbol de la vida*. En la atención ingeniosa sobre los acontecimientos vividos, más que en el apego prudente a los documentos originales. De ese modo, la obligada originalidad en una cultura no organizada en tradiciones y disciplinas se resolvió como impresión colorida y aguda de un momento de la nación.

Entre los rasgos compartidos por el conjunto de escritores de la época de nuestro positivismo que incursionaron en el estudio del pasado, dos tienen interés aquí. El primero es su voluntad de proponer algún tipo de relación entre la historia y algo que a falta de un término mejor podríamos llamar “ciencias” en un contexto en que las diferencias disciplinares tenían límites imprecisos. Así, la historia debía ser tributaria de ellas o mejor, de las “teorías” que en otros territorios se generaban. El segundo es que, por esa actitud de ir más allá de las fronteras profesionales y más aún por las deficiencias de su formación en facultades que a menudo estaban más cerca de las “ligeras y educadoras causeries” (en el decir de Antonio Dellepiane) que de un saber académico sistemático, su cultura fue sustancialmente libresca. Autodidactas por necesidad antes que por vocación y entusiastamente “modernos”, la lectura los proveía de los instrumentos que creían adecuados para ser científicos a la altura de su época. Libros y lecturas se acumulaban así en un modo a veces azaroso y casi siempre ecléctico. Ello los obligaba a ser inevitablemente originales. José María Ramos Mejía, que a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos que cultivaban sus mismas pasiones nunca viajó a Europa, fue uno ejemplo emblemático de esa actitud. Su discípulo o José Ingenieros lo recordaba hurgando infatigablemente en las librerías porteñas. Buscando un momento ideal para comenzar este pequeño itinerario a través de un autor, su obra y sus lecturas, podemos comenzar con la publicación en 1878, por parte de José María Ramos Mejía, de la primera parte de su *Neurosis de los hombres célebres en la historia argentina*. Ramos es, por

entonces, un joven estudiante de medicina próximo a graduarse –lo haría al año siguiente con una tesis sobre el traumatismo craneal–, pero ya activo en el ámbito de la medicina (había fundado contemporáneamente el Círculo Médico Argentino). Poco se sabe del clima de estudios en esa facultad salvo que las nuevas ideas no eran claramente dominantes (Eduardo Holmberg, condiscípulo de Ramos, en una ficción de 1874, ironizaría acerca de que nunca había oído hablar de Darwin en ella). Algo que vendría a corroborar el hecho de que el Círculo Médico, donde las nuevas tendencias serían manifiestas, había sido fundado por estudiantes de la facultad más que por los profesores. Más allá de los espacios académicos, Ramos perteneció a ese ámbito de jóvenes de la elite porteña que se nucleaba en torno a los periódicos *El Nacional* primero y *Sudamérica* después (Pellegrini, Cané, Lucio V. López). Con ellos permanecerá ligado, en especial con Carlos Pellegrini, en cuya órbita primero y en cuya estela después realizó sus incursiones en la política (fue diputado nacional entre 1888 y 1892) o en el desempeño de altos cargos estatales. Esos mismos vínculos lo colocaban en la cercanía de Vicente Fidel López, su mentor y en cierto modo maestro en sus incursiones históricas que fueron paralelas a su actuación en el campo de la medicina, sea en la facultad respectiva, donde sería nombrado profesor titular de Patología Nerviosa en 1887, sea en el ámbito de las instituciones estatales del área (primer director de la Asistencia Pública, 1882, presidente del Departamento Nacional de Higiene, 1893). La operación que propone Ramos, releer el comportamiento de grandes figuras del pasado argentino (en espe-

cial Rosas) a través de un estudio de su patología nerviosa, es decir una aplicación de los avances de la psiquiatría al estudio de la historia, es muy original y novedosa para el contexto historiográfico argentino pero no para el europeo. En especial la obra del médico y ensayista Jacques Moreau de Tours, de 1859, aparece como referencia principal dentro de un conjunto de lecturas médicas francesas que Ramos ha ido realizando autónoma y desordenadamente en los años precedentes. También de Moreau de Tours ha partido otro médico interesado en la psiquiatría y antropólogo vocacional, Cesare Lombroso para producir su obra *Genio e Follia* en 1864 que, sin embargo, Ramos no cita en la primera edición de las *Neurosis*. (lo que desde luego no implica necesariamente que no la conociese). La idea es, con todo, la misma en los tres casos, las raíces comunes del genio y de la

La operación que propone Ramos, releer el comportamiento de grandes figuras del pasado argentino (en especial Rosas) a través de un estudio de su patología nerviosa, es decir una aplicación de los avances de la psiquiatría al estudio de la historia, es muy original y novedosa para el contexto historiográfico argentino pero no para el europeo.

locura, creencia bastante extendida desde tiempos anteriores, tanto en el seno de la cultura letrada como en el de aquella popular. En esa perspectiva, la extrema actividad cerebral de los hombres notables generaba una fuerte propensión hacia distintas formas de neurosis. Ramos, sin embargo, siempre ecléctico por las razones que apuntamos al comienzo o por otras, agrega una segunda línea de reflexión no sobre individuos sino sobre grupos colectivos, considerados como si fueran un individuo y por tanto, pasibles de un semejante tipo de análisis en cuanto a

sus patologías mentales. Las filiaciones principales parecen ser aquí sus lecturas de Jean Baptiste Laborde, que aplicaría los principios de la psicología mórbida de Moreau al análisis de los actos del pueblo de París durante la comuna y Prosper Despine. Ambos, sea dicho al pasar, influirían también sobre Le Bon, con sus hipótesis sobre los fenómenos de contagio (o imitación) moral. Ramos trasladará ese tipo de análisis al estudio de los comportamientos colectivos de la plebe de Buenos Aires durante la época de Rosas. En 1882, Ramos daría forma definitiva al libro agregando cuatro estudios más sobre otros personajes de nuestro pasado (Francia, Monteagudo, Aldao y Brown), encarnaciones de distintos tipos de neurosis.

La obra de Ramos fue recibida con simpatía pero a la vez con reservas. Vicente Fidel López las expresó en el prólogo que acompañó la primera y las sucesivas ediciones. Lo definió obra de "ciencia pura", elogió la independencia de criterio del autor y los consideró un aporte a la gloria literaria argentina. Agregó, sin embargo, que la obra era un ensayo inicial y precoz que carecía de la suficiente extensión documental en el terreno histórico y de la ausencia de registros clínicos en la Argentina del pasado que permitiesen tipificar mejor las enfermedades a que Ramos aludía. Sarmiento también le dedicó elogios en una pronta recensión pero advirtió sobre la credulidad del autor hacia las fuentes que utilizaba para sostener sus afirmaciones, el panfletismo de la época de Rosas (incluido el suyo propio) que estaba más atento al combate político que a la verdad histórica.

Considerada globalmente, *Las neurosis* presenta ya el conjunto de temas que sucesivamente le interesarán a

Ramos en el plano historiográfico y las vías de indagación del mismo. Más allá de que otros autores y modelos se agregaran luego a su horizonte intelectual ya están aquí delineados la aproximación al pasado argentino desde el estudio de los fenómenos mentales de individuos o de grupos colectivos. Comparando la obra de Ramos Mejía con la de algunos de sus congéneres europeos, cuya lectura había frecuentado, emergen bien las limitaciones de la misma. No sólo se trataba del estado de la disciplina médica en el país o del de las fuentes y la bibliografía históricas disponibles —que desde luego no tenían punto de comparación con las europeas— sino de que el mismo Ramos Mejía aparecía y aparecerá luego más inclinado hacia un ensayismo adornado con una magnífica prosa (de su interés permanente por la literatura da buena cuenta nuevamente el testimonio de José Ingenieros) que a una profunda colaboración entre psiquiatría e historia. Ello no sugiere que los resultados hubiesen sido menos discutibles si hubieran reposado sobre lecturas intelectuales más consistentes o si el entonces joven autor le hubiese dedicado mayor esfuerzo. También libros como los de Moreau o Lombroso estaban plagados de afirmaciones discutibles o arbitrarias. Lombroso, por ejemplo, argumentaba que una de las mayores pruebas de la locura de Comte era no sólo la que brindaba el que hubiera estado internado por trastornos mentales sino su misma doctrina, ya que luego de condenar a la religión y a la iglesia había intentado convertirse en apóstol y sacerdote de una religión materialista. Con todo, una comparación con el libro de éste último puede ser de interés para

exhibir el problema, en especial porque la obra de Ramos tenía muchas afinidades con la de Lombroso, sobre todo la segunda parte agregada en 1882, donde aparece además citado no *Genio e Follia* pero sí la revista *Archivio de Psichiatria, Scienze Penali ed Antropologia Criminale*. Sin embargo, las muchas temerarias observaciones de Lombroso reposaban, al menos, en un arsenal documental de muy diferente calidad y profundidad que el de Ramos. No sólo se trataba de que en gran medida utilizaba los textos, las memorias o la correspondencia producidos por aquellos mismos que estimaba locos (de Newton a Rousseau) sino de que la comparación reposaba en amplios estudios médicos (en especial historias clínicas y diarios de internados en manicomios) y en un detallado análisis de estructuras craneanas.

En Ramos se trataba de fuentes que podemos llamar secundarias, libelos, algunas pocas entrevistas a contemporáneos y algunas pocas referencias de periódicos (*La Gaceta Mercantil*) a los que sumaba la obra de historiadores y ensayistas argentinos como Mitre y López (sobre todo), Andrés Lamas y Sarmiento. Buen discípulo de López, utilizaba también abundantemente los recuerdos familiares y las conversaciones informales con los mayores y con sus contemporáneos. En cualquier caso, las citas teóricas médicas exceden a las históricas en una proporción de 3 a 1. Ciertamente, y de ello nos ocuparemos más adelante, el mismo Ramos fue conciente de esos límites y a su modo buscó ampliar sucesivamente la base documental en la que hacer reposar sus conclusiones. Por otro lado, no hay que olvidar que, por

inconsistente que pudiese aparecer la evidencia que presentaba en comparación con la de sus congéneres europeos, el mismo Lombroso no había dejado de elogiar calurosamente el libro de Ramos al que definía como “uno de los más potentes pensadores y de los más grandes alienistas del mundo”, aunque sólo fuese porque en él reconocía su propia voz.

Tras el paréntesis que le impusiera su dedicación a distintas funciones públicas, Ramos Mejía insistiría en sus excursiones históricas. En 1896 aparecería *La locura en la historia*. Aplicaba allí al vasto campo de la historia europea medieval y moderna (pero incluyendo pantallazos del mundo antiguo) el instrumental teórico que había presentado en *Las neurosis*. Reducidos a sus términos simples, como lo hace Groussac en el demoleedor prólogo que precede la obra a pedido del autor y en el que carga contra las ilusiones y excesos de la neuropsiquiatría y aun del darwinismo, todo reposa en la teoría de la “herencia mórbida” por la cual las patologías de los individuos se transmiten de generación en generación acrecentándose. A ello opone el ensayista francés otro principio descalificador de la misma: el de la regresión al tipo normal.

El núcleo principal del libro lo constituye el caso español en donde Ramos desarrolla en paralelo un análisis psicosocial: el papel de la Inquisición en la conformación de la mentalidad del pueblo español (“la selección de la especie humana por medio del Santo Oficio”) y otro individual-familiar en el que el análisis de la degeneración hereditaria se aplica a un caso clásico en ese tipo de estudios: el de la dinastía de los Austrias, desde la enfermedad de Juana la loca a la de Carlos II.

Con respecto al primer proceso, no exento de entusiasmo hacia la paradoja, Ramos argumenta que la selección artificial producida por la inquisición tuvo un doble y contradictorio efecto: por un lado eliminó del pueblo español muchas enfermedades mentales convirtiendo a los españoles en un pueblo más sano que otros europeos y por el otro eliminó todo atisbo de inteligencia en el terreno cultural, esterilizando cualquier movimiento intelectual. En resumen, una obra que repite esquemas conceptuales presentes en *Las neurosis* y la misma operación historiográfica (mezcla de fuentes secundarias, en tantos casos dudosas con literatura médica no menos discutible) cuya mayor innovación con respecto a la anterior es el lento desplazamiento del eje temático de los fenómenos individuales a los colectivos que signará plenamente su libro sucesivo: *Las multitudes argentinas* publicado en 1899. Aquí entramos en un clima nuevo.

Las multitudes, pensada como proemio de un libro sobre la época de Rosas que publicaría ocho años más tarde, ha sido colocada justamente bajo la égida de la lectura de la influyente obra de Gustave Le Bon. Sin embargo, esa afirmación aporta en su sencillez más dificultades que iluminaciones. Desde luego, el punto de partida es el mismo: la ley de la unidad moral de las multitudes, según la cual los hombres abdican de su personalidad individual y se integran en un conjunto social que se comporta como una persona colectiva dominada por los sentimientos y por el puro instinto. Sujeta a una situación alucinatoria, ella se entrega a todo tipo de desbordes y sólo puede ser controlada (domada) por el “meneur”, el mani-

pulador de la multitud. Sin embargo Ramos, al igual que la mayoría de sus contemporáneos argentinos –y por las razones que apuntamos– era dado a las mezclas más eclécticas y éstas lo llevan a innovar en sustanciales puntos la teoría de Le Bon. El primero es que no todos los hombres son pasibles de abdicar, en ese estado hipnótico, de sus propias facultades. Para el caso americano, colige Ramos, son en general las personas humildes sin instrucción formal, hombres anónimos cuya personalidad es maleable (el “hombre carbono”) y por ende susceptible de integrarse en un colectivo como la multitud. Las personas superiores, por su instrucción, difícilmente puedan integrarse a ella. Empero, también aquellas que engloba con el rótulo del “burgués áureo”, por su timidez y pasividad, solo podían hacerlo en otra vertiente, la de la “multitud estática” o pasiva.

La segunda distinción es cronológica. Ahí donde Le Bon consideraba a la multitud como un fenómeno característico y específico de las sociedades contemporáneas (una excepción la podía constituir la Roma imperial) y urbanas, Ramos llevaba la cronología más atrás, individualizando el paso de la turba amorfa a la multitud, para la Argentina, en el tránsito entre los siglos XVIII y XIX. Más aún, para el caso argentino, Ramos conjeturaba que en la época a él contemporánea no existía verdaderamente multitud sino que se había retornado al “grupo”, elemento primordial y precedente. A lo sumo existía en su época una multitud estática (a contrastar con las dinámicas anteriores) que se formaba a través de los periódicos, las tertulias o los pequeños corrillos. Empero, esta última caracterización acerca a Ramos

a las reflexiones de Gabriel Tarde, otro de sus autores predilectos, sobre la opinión y sus leyes de imitación que, como es conocido, estaban muy lejos de las de Le Bon en los debates europeos. Finalmente, y el punto no es menor, ningún urgente temor afecta

las reflexiones de Ramos Mejía, a diferencia de sus congéneres europeos, para quienes el estudio de la multitud era un modo de poder actuar para conjurar su peligrosos. Más aún, Ramos parece añorar las sangui-

neas multitudes de la emancipación y aun de la tiranía, románticas, heroicas y que cumplían un beneficioso papel fisiológico en el organismo social a la vez que deplora a las nuevas multitudes inmigratorias dominadas por el cálculo y el interés e incapaces de cualquier grandeza. En lo que desde luego hay que ver un tópico común en tantos miembros de los grupos dirigentes argentinos de la época de Roca y opositores a éste.

La obra de Ramos contiene una combinación de dos de los elementos presentes en sus obras anteriores, un aparato teórico ecléctico producto de sus lecturas, con una utilización de otras, lo que los historiadores llaman fuentes secundarias, que le proveían de los “hechos” con los cuales ilustrar su relato. A ellos agregaba ahora un tercero: la del observador de la realidad argentina de las últimas décadas del siglo XIX. Los dos últimos capítulos del libro acerca de las multitudes modernas son los más interesantes y los más

(...) Ramos parece añorar las sanguíneas multitudes de la emancipación y aun de la tiranía, románticas, heroicas y que cumplían un beneficioso papel fisiológico en el organismo social a la vez que deplora a las nuevas multitudes inmigratorias dominadas por el cálculo y el interés e incapaces de cualquier grandeza.

paradojales del libro. No se trata sólo de un ensayo sociológico sino de un verdadero proyecto prescriptivo que refleja la necesidad de integrar y disciplinar a los inmigrantes como modo de hacerlos pasar, lentamente, del estado de barbarie en el que supuestamente se encontraban a los pródromos de la civilización. A la manera sarmientina sería la Argentina la que civilizaría al inmigrante y no viceversa. Así, Ramos combina la observación con la creación de estereotipos sociales destinados a la vez a estigmatizar y sugerir por contraste los comportamientos deseables. Asimismo, esos dos capítulos a su modo resumen alcances y límites de las aproximaciones de Ramos en la tensión de una jerga pseudocientífica y un lenguaje a

Ramos [...] conserva toda su vitalidad cuando sus afirmaciones reposan no sobre ese mundo de libros que había acumulado en su biblioteca sino sobre sus miradas, a menudo perspicaces, de las realidades a él contemporáneas o sobre aquellos documentos originales, no porque ellos fuesen iluminadores en sí mismo sino porque supo valorizarlos con ingenio.

cas recibidas por sus libros precedentes, decidió finalmente tratar de hacer tarea de historiador tal como entonces se la entendía. Creyó su deber ampliar sus lecturas y discutir sobre fuentes y metodología, revisar la historiografía sobre el tema y defender la objetividad científica y no partisana de su enfoque. Aunque López sigue siendo su maestro en términos de la forma de reconstrucción del pasado (aún en

ratos escatológico con agudas aunque prejuiciosas percepciones de la sociedad contemporánea. Ramos prosiguió con sus reflexiones acerca del pasado y brindó, en 1907, su obra más acabada: *Rosas y su tiempo*. Atesorando las numerosas críti-

1912, en ocasión de una conferencia en homenaje a Mitre quiso recordarlo como poeta, militar y político dejando en silencio su contribución como historiador) prefirió ahora apoyarse en la autoridad de Hipólito Taine (e incluso en la de Gabriel Monod, el fundador de la *Revue Historique*) para defender su propuesta historiográfica. Es que Taine es ahora para él una guía mucho más segura que Le Bon o la literatura médica. A esos modelos agregó una vasta consulta de fuentes, ante todo las orales, ya que, sostenía, el testigo ocular tiene la prioridad (y aquí ahora invocó nuevamente la autoridad de Taine no la de López) pero también libros de contaduría, el archivo de policía y la correspondencia de Rosas con las autoridades de las campañas, entre otras. El resultado fueron felices capítulos sobre la sociedad (y en especial sobre la plebe) durante la época de Rosas en la que la explicación por la situación “hipnótica” de las multitudes pierde peso ante una exposición de su adhesión al rosismo mucho más centrada en los incentivos materiales y simbólicos que la movilizaban y en la capacidad organizativa del régimen. El cuadro resultante del libro de Ramos, quizás dominado por perspectivas contemporáneas, convierte a Rosas en un temprano líder de masas y a su régimen en una forma de democratización social y política (en esto último no estaba tan lejos de Ernesto Quesada). Sin embargo, si el juicio sobre el régimen deviene más comprensivo, el juicio sobre el personaje Rosas mantiene toda la negatividad que creía deducir de la literatura médica. Si Rosas es para Ramos el personaje más original de la historia de América, lo es en tanto las dimensiones trágicas que emergen de sus patologías. Es que

el libro contiene una superposición de lecturas desde los viejos motivos de la psiquiatría y la teoría de la herencia mórbida con los de la psicología de las multitudes, que seguían dando flanco para la crítica, adosados a los nuevos más propiamente historiográficos. Interpretativamente también contiene una tensión entre, en sus palabras, el “salvaje unitario” que llevaba adentro y el científico que aspiraba a mirar el pasado con la impasibilidad de un entomólogo. Muchas veces el primero lleva la mejor parte, aunque fuese a ratos balanceado por el criollo viejo que era –y que por ello pese a todo estimaba más aquellos personajes y aquellas multitudes que las a él contemporáneas– y por unas promesas de ecuanimidad (de nuevo a la manera de Quesada) que tanto debían a los nuevos climas historiográficos.

¿Qué concluir de este rápido itinerario a través de un autor, sus lecturas

y su obra? Quizás que Ramos, ante los ojos de un lector actual, aparece como insanablemente arcaico en aquellos tramos en que reposa sobre una serie de lecturas hoy también decididamente envejecidas. En cambio, conserva toda su vitalidad cuando sus afirmaciones reposan no sobre ese mundo de libros que había acumulado en su biblioteca sino sobre sus miradas, a menudo perspicaces, de las realidades a él contemporáneas o sobre aquellos documentos originales, no porque ellos fuesen iluminadores en sí mismos sino porque supo valorizarlos con ingenio. Así, como observó Paul Groussac, el legado de la obra de Ramos podría resumirse en la máxima que Goethe puso en boca de Mefistófeles: “gris es la teoría pero verde es el áureo árbol de la vida”.

(*) **Instituto Ravignani, UBA**

Pedro de Angelis

Por Hebe Clementi

En tiempos de convulsión política en Europa, Buenos Aires se convierte en lugar de residencia de Pedro de Angelis. No serían menores los efectos de su radicación. Invitado por Rivadavia se convierte en el compilador de documentos y testimonios previos a 1810. Se trataba de constituir un archivo del saber sobre la región. El registro de las distintas poblaciones indígenas, reconocidas en su diferencia a la vez que incluidas bajo la generalidad del desdeñoso bárbaro, se suma a los relatos de expedicionarios y documentos históricos. Hebe Clementi convoca a reconocer el valor de esa pionera labor archivológica como sustento de historia nacional capaz de constituirse más allá de debates entre posiciones ideológicas cristalizadas.

Don Pedro de Angelis llega a Buenos Aires en 1826, con la aureola de capacitado “*escriba*” del Estado de Nápoles y las Dos Sicilias, bajo la corona española, y de estudioso de documentos del pasado. Bernardino Rivadavia lo encuentra en París, junto a su mujer, y a un español que también ha caído en desgracia, José de Mora y su bella mujer, en el París turbio de perseguidos y perseguidores como secuela de la Revolución de 1789. A las dos parejas, Bernardino Rivadavia las contrata con la vaga finalidad de aportar gente adecuada para la organización del Estado y la educación en su tierra natal.

La difusión que el accionar de Napoleón había dado a la idea de la revolución transformadora, impulsaba en la vieja Europa bríos renovadores, en la misma medida que el viejo orden de la Europa secular quedaba destruido. El reino de Nápoles y las Dos Sicilias, del que provenía De Angelis había sido creación de esos tiempos, y por tanto dudosamente perdurable, si bien el tránsito hacia el nuevo orden que Francia pretende instaurar tampoco será fácil frente al surgimiento de nuevas fuerzas como el nacionalismo, que prenderá también en los países nuevos en formación –como los americanos– donde dos décadas antes han comenzado los amagos rupturistas con la metrópoli española. De hecho, hacia 1815 Europa pretende frenar la desintegración convocando a un Congreso en Viena, que acuerda retirar tropas de Francia, y que provocará en Nápoles la revolución de 1820 y en el Piamonte, en 1821, amén de la lucha de Grecia contra Turquía, y las tropas francesas luchando en España en nombre del concierto europeo, en tanto Gran Bretaña abandona toda incursión en el ámbito continental, y

Carlos X asume el trono en Francia en medio de la contienda entre clericales y liberales, los turcos en Grecia y la batalla de Novarino exalta las memorias de la Grecia clásica revisitada por románticos ingleses, y procesos revolucionarios tienen lugar en Francia, en Bélgica, en Polonia, y en Alemania, en tanto asegúrase el trono de Francia a Luis Felipe de Orleans.

Es evidente que las Coronas europeas están en una carrera de poder y arbitrariedad, que tendrá un fin próximo en cuanto el poderío de Inglaterra se haga sentir ante el resto de las Coronas europeas. El fin de la era napoleónica se impone y resulta sensible el aislamiento de Inglaterra del resto de la Europa continental, en tanto la revolución industrial va haciéndose notar en lugares y ritmos diversos, mientras la religión cristiana mantiene una distancia neutral ante evidencias perturbadoras con ritmos diferentes.

Al mismo tiempo, España claudica en su idea imperial y el trono de las Dos Sicilias y Nápoles pasará a ser una fisura olvidable, al igual que el dominio de los Países Bajos, más la división de la casa de los Habsburgos

españoles, de los austríacos. El énfasis lo pondrá España ahora en el ordenamiento de conductas de Estado, a través de formulaciones rígidas del quehacer de la metrópoli frente a sus colonias, por encima de adversidades y rebeliones posibles. En tanto que el reino inglés robustecido en su aisla-

La difusión que el accionar de Napoleón había dado a la idea de la revolución transformadora, impulsaba en la vieja Europa bríos renovadores, en la misma medida que el viejo orden de la Europa secular quedaba destruido. El reino de Nápoles y las Dos Sicilias, del que provenía De Angelis había sido creación de esos tiempos, y por tanto dudosamente perdurable (...)

Más allá de frustraciones e irrelevancias, la labor archivológica de De Angelis sigue conformando una documentación valiosa, única, reveladora de constancia y confiabilidad al margen de cualquier otra consideración sobre lealtades sobrepasadas, mezquindades irresueltas, o reiteraciones inconsultas. Su enseñanza paradigmática como archivero aplicado a la conservación y estima documentada del accionar de un Estado, sigue siendo una enseñanza e inspirando invariable respeto.

miento, se convierte en primera figura de los mares, dueño casi absoluto del negocio negrero, y de todos los mares, mientras la pérdida de sus colonias en las costas de América del Norte, en

1776, le confirman ese destino.

Ante esta brevísima síntesis de los cambios europeos, cabe la afirmación de que las parejas De Angelis y De Mora deben haber experimentado un alivio ante el contrato que les ofreciera Rivadavia en Europa para colaborar en el nuevo Estado argentino. El día 19 de diciembre

de 1826, De Angelis le escribe a Rivadavia desde Montevideo, avisándole de su llegada. Se entera allí de que deberán hacer la travesía por tierra desde allí a Puerto Las Vacas, donde a bordo de un lanchón llegarán a Buenos Aires, el 29 de enero de 1827...

Rivadavia les encarga la redacción de dos periódicos: *La Crónica Política y Literaria*, y *El Conciliador* (del que sólo alcanza a salir un solo número, el 1º de mayo de 1827). Al año siguiente cae Rivadavia y ambos *escribas* quedarán sin tarea asignada. Pasan sin embargo al servicio de Rosas, y allí transcurren los años desde el 29 al 40, a partir de la conspiración de Maza. De hecho nunca abandonará De Angelis el periodismo —de una u otra forma— y alcanza una suerte de “carta de ciudadanía” específica desde 1827 por su continuidad en el periodismo y en la tarea de

preservación y copia de documentos que lo convierten en silueta respetada y reconocible, sobre todo desde su gestión del *Archivo Americano*, malgrado las alternativas del poder político, el malestar en el interior del espacio argentino y las sucesivas confrontaciones violentas o bien la desjerarquización de títulos y procedencias, que sin dudas provocaban desconcierto.

Ambos, por otra parte, cuentan con “carta de ciudadanía” que han obtenido antes de la caída de Rivadavia, el 24 de abril de 1827. No se trataba por cierto de una situación sorpresiva para ninguno de estos europeos, por provenir de una Europa igualmente convulsionada. Por aquí primaba el desconcierto por la total ignorancia de la realidad espacial americana, en lo que por cierto no son los únicos ni en esa Buenos Aires de esos años ni en la de mucho después, como lo atestigua la misma historiografía argentina. Para ilustrar esa constante y su intensidad inabordable, arremamos unas expresiones relativas al accionar de caudillos o jefes de las improvisadas legiones rebeldes al poder centralizador de Buenos Aires.

David Peña, en 1906, pronuncia una serie de conferencias sobre Juan Facundo Quiroga, nada menos que en la Universidad de Buenos Aires, que luego publica en 445 páginas. Transcribimos el párrafo final:

“Fuiste (se refiere al Gral. Quiroga) nervio, centro, fuerza, pensamiento y acción representativos de esas entidades humildes candorosas y lozanas que se llaman provincias, en la hora crepuscular de su incorporación a este núcleo incontestable que formara la patria... y en cuanto a aquel que tanto daño te hizo, escucha y sabe ¡oh Facundo! que algo como una vindicación

suprema, última, nació de la propia pluma que te hiriera. Es Sarmiento, quien, hablando de su sangre y de la tuya escribe: 'Nuestras sangres son afines'.”

Son palabras que siguen palpando un drama irresuelto, que en 1906 retomaba el énfasis de la lucha de medio siglo más atrás, cuando se está en los prolegómenos de los festejos del Centenario de Mayo, ante un auditorio que seguramente convocaba a lo más granado de la sociedad capitalina, que por otra parte repensaba aquel pasado de caudillos y libertades mientras buscaba una salida política viable para el nuevo siglo... Sírvanos esta memoria como antesala de las tareas de De Angelis, de su permanencia americana, de su constancia en el trabajo de documentalista, y de su indeclinable aplicación intelectual al documento testificador de diferencias, legalizaciones territoriales, empaque institucional comprobable y reclutado con eficiencia, reflexión e invariable aptitud funcional.

Más allá de frustraciones e irrelevancias, la labor archivológica de De Angelis sigue conformando una documentación valiosa, única, reveladora de constancia y confiabilidad al margen de cualquier otra consideración sobre lealtades sobrepasadas, mezquindades irresueltas, o reiteraciones inconsultas. Su enseñanza paradigmática como archivero aplicado a la conservación y estima documentada del accionar de un Estado, sigue siendo una enseñanza e inspirando invariable respeto.

Pedro de Angelis y la búsqueda del pasado americano

El vacío historiográfico que se experimenta cuando se intenta expresar algu-

na opinión documentada sobre De Angelis, tiene varias posibles fundamentaciones. La importancia de su trabajo, a la luz de la documentación que se le debe, tampoco ha sido particularmente estudiada o al menos citada en nuestra historiografía. Es una víctima –digámoslo así– de nuestro divorcio historiográfico en la explicación de nuestra historia. Y divorcio es un vocablo apenas adecuado para el vacío que divide a los “revisionismos” argentinos.

Una polémica que venimos arrastrando, que arreció en los años 30, sobrevivió durante la exaltación del peronismo, y subyace en algunas posiciones libérrimas que han perdido convicción y ganado en subdivisiones. Justamente por eso, y en la cándida convicción de que las razones contribuyen a soldar convicciones válidas y a admitir matices preferenciales, siempre y cuando no se omitan razones o aportes válidos, enfocamos ahora ese enorme ejercicio que le debemos a De Angelis, el de reunir la documentación que ha buscado y editado sobre testimonios anteriores a Mayo de 1810, que corresponden a distintos emprendimientos coloniales que han dejado, o debían dejar testimonio, y que De Angelis ha buscado y editado con fervorosa continuidad.

En este tema, es imposible mezquinar el elogio de su continuidad y su cuidado exhaustivo al editar fuentes de tantas procedencias, que seguramente fue consiguiendo poco a poco, mediante la persuasión inteligente y la convicción compartida del enorme vacío que venían a cubrir.

No seguimos el ordenamiento por tomos sino por temáticas expresas, salvo los cuatro volúmenes pertenecientes al antiguo Fondo jesuítico, que logra al cabo de una expresiva convocatoria. Según Groussac, contó con 488 sus-

criptores entre argentinos y emigrados a Uruguay, en tanto se atravesaba las alternativas entre 1837 y 1843 que provocó la guerra con la Confederación Peruano-Boliviana y la Batalla de Yungay, en febrero de 1839, más la reanudación de relaciones con Bolivia y Perú.

De modo que mientras las elucubraciones de Vico y de Mazzini alimentan una suerte de romanticismo político en Europa, las lecturas de Saint-Simon, Lermínier, Herder, circulan entre los jóvenes que se incluyen en la Generación del 37, mientras la situación política interna es un hervidero en la medida que la muerte de Quiroga conmociona el interior, y Fructuoso Rivera, desde 1838, viene provocando cuestiones en Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, amén de las provocaciones de flotas europeas que no dan sosiego. En este circuito nada armonioso, De Angelis se ingenia para trabajar ordenadamente con lo que está a su alcance, empezando por el antiguo Fondo jesuítico, y por el diario de Diego de Alvear, que le hace conocer Woodbine Parish, que fue su amigo, y a partir de allí ordena una serie documental inapreciable y en varios tomos.

Quizás un saludable afán de resumen obstaculiza la percepción de la problemática central que es la preservación del territorio americano de la manifiesta intención perturbadora de Europa en estos años de conmoción europea, que por otra parte tampoco es abiertamente expuesta. Sobre todo por el hecho evidente de que la definición territorial está lejos todavía de ser una realidad en nuestro propio territorio. Su discurso preliminar vale como exposición cabal de su intención documental y restauradora de sentidos largamente silenciados, y el Tomo II aporta una inolvidable descripción de Potosí, que

no se borrará de nuestra percepción del espacio y el tiempo colonial, de su vitalidad y su protagonismo.

*Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del río de la plata.*¹

Ruy Díaz de Guzmán. Descripción del Río de la Plata. Descripción de lo que contiene el territorio. Descripción de la armada que entró en esta provincia del Río de la Plata – Sebastián Gaboto. De la arrogancia de los pehuenches, su caridad, manera de saludarse y sus nombres. De los matrimonios y ocupaciones domésticas. De sus alimentos, músicas y otros pasatiempos.

Descripcion de Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional que contiene una razón del suelo, producciones, animales, valles, montañas, ríos, lagunas de aquellos lugares.

La religión, gobierno, política, costumbres y lengua de sus moradores, y algunas peculiaridades relativas a las Islas de Malvinas, escritas en inglés por K. Thomas Falkner (que residió 40 años en aquellas partes).

Pehuenches, puelches, sus caciques, tehuelches, moluches, que se conocen en Europa con el nombre de Patagones. Ejemplo de glosario de casi cien palabras: alma o espíritu: *pulbú*; cabeza y cabello: *lonco*; cara: *uge*; ojos: *ge*; lengua: *quemún*.

La ciudad encantada de los césares

Se creía que existiese en la Cordillera, al sur de Valdivia.

1836 – derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares, por el Tandil y el Volcán, rumbo de sur-oeste comunicado a la corte de Madrid en 1707, por Silvestre Antonio de Roxas, que vivió muchos años entre los indios pehuenches (enero de 1835).

Hacia 1832 aparece *La Novia del Plata* de Esteban Echeverría, mientras De Angelis traduce parcialmente *La scienza nuova* de G.B. Vico, recibe a Bonpland en su propia casa; deja que lo retrate a lápiz, durante tres horas, a Pellegrini. Hacia 1837 Alberdi da a conocer su “Fragmento Preliminar” y ya circula la fuente nutricia del aglutinamiento de pensadores que concurren al Salón Literario que aporta la pléyade de jóvenes argentinos que a la manera de “La Joven Europa” forjan núcleos de pensamiento político renovador.

En ese ámbito intelectual, hacia 1840 Pedro de Angelis comienza a editar los cuatro primeros volúmenes de su serie documental: *Obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*.

Diario de Azara

Rumbo –distancias directas– distancias próximas desde Buenos Aires hasta el Saladillo n/o San Luís hasta Mendoza. Oeste, norte y sudoeste, hasta Santiago de Chile establecimiento de la nueva frontera (Sierra del Volcán hasta la costa del mar); Diario de lo ocurrido desde el 30 de octubre al 10 de diciembre, Quequén, etc. Países del Gran Chaco desde el fuerte del Valle, por Jerónimo Matorras. Gobernador del Tucumán. Primera expedición al Chaco emprendida por el Coronel Juan Díaz Fernández Cornejo – 1780.

Informe de Don Félix Azara sobre varios proyectos de colonización de El Chaco

Proemio: Los abipones

Luego de referir el modo de vida y la imposible sumisión, en tres páginas advierte:

“Lo que encuentro mejor y único en el día de entablar un buen trato y comercio con dichos bárbaros para que por su

propio interés conserven la paz, como vemos sucede en el Paraguay con los Pa-yaguás y los guanás y en Buenos Aires con los pampas, resultando que unos y otros aumentan considerables ventajas al comercio, y que algunos cansados o enfermos se establecen entre nosotros, haciéndose católicos.

Escribe sobre fondos en “ramos de guerra” que se emplean en parte en regalos oportunos a los caciques... y comenta que “en otros lugares se sabe que hay esa disponibilidad y que se invierten sin que nadie sepa en qué”... también sugiere se pudiera intentar que algunos hijos de dichos indios, “para que, sirviendo de rehenes fueran a verlos con frecuencia los padres y palpasen que se los vestía y trataba bien”. (Félix de Azara, 19 de febrero de 1799 al Sr. Olaguer Feliú).

Al Marqués de Avilés, Antonio García de Solalinde, expedición por el río Bermejo, ejecutado por el Coronel Adrián Fernández Cornejo

Pedro de Angelis rescata el relato de expedición de Cornejo al Chaco de la edición del *Mercurio Peruano* de mayo de 1837, descubrimiento del Valle de Cevita y conveniencia de su sitio para una población española.

Del diario de viaje del Coronel con el regimiento de la Viña Don Juan Fernández Cornejo, vecino de Salta, con sólo 26 individuos de tripulación bajo su mando por orden del Superior Gobierno de Buenos Aires. (27 de junio de 1790 hasta 20 de agosto de 1790 – firman: Adrián Cornejo, Juan José Cornejo de la Corte, José Antonio Cornejo de la Corte).

Descubrimiento del nuevo camino desde el Valle de Ceuta hasta la Villa de Tarija, por el Coronel Adrián Fernando Cornejo

Con prólogo de De Angelis “*De un camino en el valle de Ceuta*”, tomado de la colección del Sr. Dr. Segurola.

Este camino de Tarija facilita el camino de la sal a Santa Cruz, frutos de Moxos y Chiquitos, no distando Ceuta más que cien leguas, según buen fundado cálculo.

Nuevo plan de fronteras de la Provincia de Buenos Aires, proyectado en 1816

Con un informe de la necesidad de establecer una guardia en Los Manantiales de Casco o Laguna de Palantelen, por el Coronel Don Pedro Andres García (Plan de Fronteras).

Basilio Villarino – Piloto de la Real Armada

Diario de Navegación emprendida en 1781 para reconocimiento de la Bahía de Todos los Santos, las Islas del Buen Suceso, y el desagüe del Río Colorado.

Bibliografía del Chaco, con diccionario de abipones, tobas, lules, tonocotés, guaraní, quichua, araucano, aimará. Diario de Gavino Arias.

Relación histórica de los sucesos de la rebelión de José Gabriel Tupac Amará, cacique de la Provincia de Tinta, en la Provincia del Perú el año de 1780, año 1780.

Discurso preliminar de Pedro de Angelis (cuidadoso relato y recatada refutación de la crueldad con que se ejecutó a Tupac).

Expedición a los campos del sur de Buenos Aires y a las costas de Patagonia

Discurso preliminar: “*todos estos documentos han sido franqueados por el Canónigo Dr. Don Saturnino Segurola a cuya generosidad debemos también la descripción de las Misiones de Tarija*”.

Resumen del diario del Padre Jose Gardiel en viaje que hizo desde Buenos Aires al volcán y de éste siguiendo la costa de Patagonia hasta el Arroyo de la Ascensión.

Parte de Buenos Aires a mediados de marzo de 1748

“*Salimos... aguas buenas, leña de algarrobo, pastos muy buenos y fuertes para el ganado. Dos semanas en Puerto San Julián. Peces, pescados, zorros, guanacos, patos de varias lagunas, muchísimos pajaritos chicos*”.

Cerca de las lagunas hallaron a 1.400 indios e indias con sus hijos de gran estatura... los reciben con paz y cariño. Los indios cazan todo el tiempo: guanacos, avestruces, quirquinchos. No tienen otras armas que bolas y arcos de hierros de barriles y pipas que quedaron aficionados a abalorios – muchos y buenos pastos.

Tehuelches: relación que hace el indio paraguayo Hilario Tapary, que se quedó en el puerto de San Julián desde donde se vino por tierra a Buenos Aires.

Extractos de varias obras referidas a la Isla Pepsys

Con prólogo de Pedro de Angelis, con cierta sorna por un lado pero por el otro, va abriendo puertas a la conjetura lógica frente a un mundo desconocido, una posibilidad de una isla escondida hasta que finalmente aprecia “*que podrían muy bien ser la misma tierra porque crían gran número de espadañas que a la distancia pueden dar el aspecto de bosque*”.

Sigue un extracto de varios viajes aludiendo al tema: viaje de Cowley en 1683; viaje de Ansbm, 1740-44; viaje del Comodoro Byron en 1764; primer viaje de Cook (enero de 1769); segundo viaje de Cook; discurso preliminar de Mr. Bougainville a su jefe del viaje de La Perouse en 1785; viaje de Vancouver en 1790-95.

Diario de la expedición de 1822 a los campos del sur de Buenos Aires desde Morón hasta Sierra de la Ventana al mando del Coronel Pedro Andrés García.

La observación, descripción y demás trabajos científicos ejecutados por el oficial de Ingenieros Don José María de los Reyes. Expedición a la Sierra de la Ventana.

Discurso preliminar de Pedro de Angelis sobre la figura de Pedro A. García tomados los datos de un cuaderno autógrafa que nos ha sido franqueado por el Dr. Don Tomas Manuel Anchorena, a quienes los que se interesen por el buen nombre del Coronel García deben agradecer la conservación de estos hechos en que los presentamos a la estimación pública. “*De Angelis, marzo de 1837*”.

Discurso preliminar al diario de la expedición a la Sierra de la Ventana, noviembre 15 de 1821.

Descripción de las misiones al cargo del colegio de nuestra Señora de los Angeles de la Villa de Tarija, por Fray Antonio Tamajuncosa – Comisario y prefecto de dichas Misiones.

Prólogo de Pedro de Angelis:

“Causa ciertamente sorpresa que en estos desiertos donde el carácter de los hombres está en armonía con los de la naturaleza, los esfuerzos de unos pocos misioneros hayan logrado amansar y reunir en pueblos a cerca de 17.000 individuos...”

Diario histórico de la rebelión y guerra de los pueblos guaraníes situados en la costa oriental del Río Uruguay del año de 1764.

Versión castellana de la obra escrita en latín por el Padre Tadeo Xavier Henis de la Compañía de Jesús.

La taciturnidad del gobierno español en los asuntos relativos a la administración de las colonias, había defraudado al público de este conocimiento: y los que se ocupan del estudio de la geografía leerán su interés en el informe del Padre Tomajuncosa (1800) en que se refiere con una recomendable sencillez a estos ensayos de colonización practicados en una provincia ignorada (30 de agosto de 1837, Pedro de Angelis).

Brevísima recapitulación

El enunciado precedente cumple esa obligación mínima de ofrecer al menos el titulado de la obra de selección que emprende Pedro de Angelis en lo que a documentación sobre el espacio “*des cubierto*” y “*comunicado*” con que se cuenta a esa altura del siglo que vive. La búsqueda es inteligente y exhaustiva. Los agregados puntuales son cumplidos y estimables. La emoción que suscita ese cumplimiento, esa puntualidad de esfuerzos y ese hallazgo de alternativas y descripción de geografías y comunicaciones posibles, es de todo punto notoria. Un verdadero antecedente de lo que Moussy encontraría dos décadas después. La descripción de “*los naturales*” es también mesurada, objetiva, inteligente, y lo mismo cabe en cuanto a la posibilidad de poblamiento y utilización de productos y animales de la zona. Un despejamiento de tierra y de gente, con que habrá de contarse en adelante.

Cabe también una reflexión adecuada. La lectura es atrapante, las sugerencias valen hasta hoy, y el develamiento de tanta aventura y el diseño

de la incorporación plena, operan como una espléndida estrategia para una experiencia virgen y sin fronteras hacia la ocupación más plena. Y el efecto que produce esta apertura sigue siendo válido hasta nosotros, porque a la vez que se aprecia y se valora el esfuerzo primero, se constata cuánto habrá todavía por hacer si queremos un país diversificado y robusto, que logre superar discriminaciones y desiertos, con inteligencia y sin limitaciones ya seculares.

Por otra parte, los textos relativos a las primeras entradas en el territorio americano son tan precisos y novedosos, que ofician de la mejor introducción posible a la temática americana, y argentina, como ninguna otra aproximación. Es incomprendible la razón que impide esa circulación masiva y la deja en cambio para uso de anticuarios. Otra limitación que tendremos que superar, y enseguida. Vale por muchas páginas de manuales habituales.

La *dedicatoria del autor*, que sigue, nos instala en esa etapa del “descubrimiento” específico de su época y la descripción del Río de la Plata es imperdible e inolvidable, porque expresa un paisaje inicial que se fija en la retina de los argentinos para siempre como ninguna otra descripción posterior lo hará. Y lo mismo cabe para el área patagónica, que es un deleite constante del que no tuvimos hasta aquí una visión primera imborrable y *nuestra*:

“A D. Alonso Perez de Guzmán, el Bueno, mi Señor, Duque de Medina-Sidonia, Conde de Niebla y Marqués de Gibráleon, etc. (Firmado: Rui Diaz de Guzmán)”.

Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata –Segunda Edición– Tomo IV

Informes de F. Félix de Azara sobre varios proyectos de colonizar el Chaco

Proemio a los proyectos de colonización del Chaco (Buenos Aires, marzo de 1837.

Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata – Segunda Edición – Tomo V

Diario de un viaje desde el fuerte de San Rafael del Diamante, hasta el de San Lorenzo, en las puntas del Río Quinto, por Don Esteban Hernández; con otros documentos relativos al descubrimiento de un nuevo camino, desde Buenos Aires– a San Agustín de Talca, por la Gran Cordillera de los Andes.

Proemio al Diario de Hernández (Buenos Aires, octubre de 1837 – Firmado: Pedro de Angelis).

Epílogo

El Mensaje de la Legislatura, del 27 de diciembre de 1846, explica las cuestiones “novedosas” a las que habrá que enfrentarse: *la intervención anglo-francesa, y la integridad de la Confederación en riesgo*. Ya desde diciembre de 1846 se edita el Archivo Americano constante iluminador del panorama rioplatense y la interpretación jurídica e histórica frente al accionar de flotas extranjeras. Nuestro gestor del Archivo Americano, lee, escribe y publica en español, inglés, o francés, con la segu-

ridad más absoluta de apelar a fuentes inobjetables, con citas de Batel, Grocio, o Tratado de Leyes de Comercio inglesas, que defienden a la libertad del mar y no excluyen la soberanía territorial. Es lo que pasará a llamarse EL ARCHIVO ARGENTINO.

La lectura atenta y específica que le consiente su rigor intelectual y la cadena de respuestas que replican insultos o vejámenes basándose en fuentes jurídicas e históricamente acreditadas, revalidan ese gran trabajo que se prolonga por casi una década exponiendo ante el mundo (la Europa nutricia), la validez de la política rosista al preservar el territorio según premisas jurídicas reconocidas y vinculadas al territorio inicial del Virreinato. Es la revalidación que va más allá de lo jurídico y repite en cierto modo los comentarios que ha venido haciendo en relación con los pueblos de origen hispano en nuestro norte montañoso, como testimonio insuperado de la vida de relación renovadora de vínculos propios. En cualquier caso está mostrando que el Archivo Americano no corresponde solamente a los rioplatenses sino que abarca a los americanos por un lado y a los europeos bien inclinados hacia nuestras posibilidades y exentos de ambiciones piratas. Su gestión intenta un consentimiento unívoco por la verdad como mejor cimiento de una historia legitimadora del accionar propio. Es el “dato intelectual” que nos merecemos, al cabo de la interminable polémica en torno al entendimiento entre un liberalismo constitucionalista y un federalismo presunto.

En su prolijo día a día que aparece en ese periódico que se lee en inglés, francés y español, sobre la presencia de barcos europeos en las costas americanas vecinas, que aborda en detalle

en su famoso archivo americano, no sólo ofrece una muestra impecable de erudición y respaldo casuístico, sino que debió sostener la enorme carga de trabajo y lectura. Josefa Emilia Sabor nos ha dejado una más que apreciable e insuperable guía sobre este tema. Pero siendo tan lúcido y completo su trabajo falta la interpretación histórica que conlleva la figura y el quehacer de De Angelis, que sigue siendo objeto de menosprecio y de confusión, que sus treinta y cinco años de trabajo entre los argentinos no consiguen aclarar.

Dicho de otro modo, De Angelis, por el período en que le tocó actuar carga con la confusa connotación que lleva también la figura de Rosas, y la más confusa historiografía que todavía circula en torno. Y por otra parte, los primeros escritos de De Angelis sobre cultura incaica, el sacrificio de Atahualpa, las costumbres indígenas, los informes que toma de autorizadas memorias de sacerdotes empeñados en enseñar a los indígenas, tuvieron circulación en los años 20, cuando se iniciaron algunas primeras editoriales, y hoy se encuentran en muy pocas bibliotecas.

El silencio que sobreviene sobre De Angelis en cualquiera de las tendencias historiográficas argentinas, prima sobre la expresa labor de este gran pensador que confrontó documentación intocada. Cuando sobrevienen los escritos de nuestra Generación del 37, otra vez, De Angelis quedará afuera y solitario, reuniendo documentación sobre nuestro pasado territorial y poblacional, que configura un Archivo Americano, con un prolijo día a día de

El silencio que sobreviene sobre De Angelis en cualquiera de las tendencias historiográficas argentinas, prima sobre la expresa labor de este gran pensador que confrontó documentación intocada.

intentos, y fracasos, y sus libros tuvieron alguna circulación en los años 20, cuando se iniciaban algunas primeras editoriales argentinas. Hoy están en muy pocas bibliotecas y perdemos verdaderas joyas que restituyen los mejores momentos de la colonización española. Como cualquiera que sea, la validez documental que arroja su Archivo Americano se remite no sólo a los rioplatenses, sino a tanto intento avasallador que le ha tocado a las costas americanas... en su historia.

Nuestro “escriba” (sirva esta designación como la más alta correspondencia con el vocablo) merece un reconocimiento unívoco, que honre su gestión por dar a conocer la verdad como el mejor cimiento para una historia nacional legitimadora de su accionar propio. Es el “dato intelectual” que nos merecemos, al cabo de la interminable polémica en torno al entendimiento entre un liberalismo

constitucionalista y un federalismo presunto, polémica que está detrás de tanto texto pseudo histórico. De Angelis debe ser honrado por su determinación constante de dejar evidencia del pasado a través de documentos como el mejor cimiento de una historia nacional legitimadora de su propio accionar. Es el “dato” intelectual que nos merecemos, al cabo de la interminable polémica en torno al entendimiento entre un liberalismo alcanzable y el federalismo declamado en las interpretaciones rioplatenses.

Que por ahora quede nuestra propuesta de que se está frente al máspreciado lector de nuestra documentación primera, que merece al menos la reedición de sus trabajos relativos a la época colonial para dar cuenta de las mejores esperanzas que sostuvieron esa empresa colosal de construir nuestra América.

NOTAS

1. Hemos optado por ordenar los títulos de los diversos trabajos omitiendo mención de los varios editores porque preferimos atenernos a los contenidos temáticos.

Manchas de tinta

el programa de la Biblioteca Nacional

Jueves de 14 a 15 horas

Radio Nacional Clásica FM 96.7

Los jueves de 14 a 15 se emite por Radio Nacional Clásica (FM 96.7) *Manchas de Tinta*, el programa dedicado a la difusión de los servicios y actividades culturales que se brindan en la biblioteca.

Encrucijadas de los modos de lectura y rumbos de las escrituras críticas

Por Adrián Cangí

Nietzsche pensó con radicalidad inusitada al estilo como carnadura del pensamiento: el *tempo*, el ritmo, serían la clave para la dramatización gestual de un ello que piensa y atraviesa, incluso arrasándolo, al yo que escribe. En el linaje de aquellas intuiciones y de la fuerza afirmativa del spinozismo, se inscribe la reflexión de Adrián Cangí sobre la lectura y la crítica. La crítica es pensada como escritura al lado de otras escrituras y no como juicio exterior a una obra. Por eso, la cuestión es el hallazgo de un modo propio de escribir que requiere un mero-deo y un acercamiento a lo que de intratable tiene el pensamiento. Cangí le dedica este artículo a Nicolás Rosa, que arrojó sus escritos a considerar la indistinción entre crítica y ficción, haciéndolo menos como modo de diluir sus singularidades que de expandirlas en una consideración esquiva de la tranquilidad de los géneros.

A Nicolás Rosa

Me gustaría poder demorar el comienzo, mantenerme en el entramado social donde los fenómenos literarios viven, perderme en el juego de las voces sin nombre y también en la existencia de unos nombres que surgen de los intersticios de la literatura. Como lector insisto en ser llevado por una palabra siempre anterior, muda a la “palabrería” de los discursos sociales y a los saberes formales o sistémicos. Quien ama a la literatura desearía ser una pequeña laguna en el azar de un desarrollo... Pero estoy obligado a tomar la palabra, a fijar un lugar de escritura. Si bien me siento lector de lo universal sólo creo que se escribe lo singular. Comienzo, entonces, de la única manera en que escribir se ha vuelto posible, como un modo autorreferencial. Doble homenaje entonces, a Roland Barthes que supo puntualizar el valor performativo del verbo escribir, y a mi maestro y amigo, Nicolás Rosa –recientemente fallecido– quien supo ver en el texto literario un “resto” histórico. Entre ambos se trazan senderos entre el decir francés y el decir argentino de las lecturas críticas, entre la autorreferencia ineludible de la escritura y el “resto fósil” de la literatura, entre el cuerpo y la historia. Aquello que estas escrituras críticas tienen en común es que saben que no hay progreso en el lenguaje sino sólo mutaciones. Ambas aman por igual el modo de escribir de Flaubert y se preguntan insistentemente de qué forma se ejerce la crítica literaria como potencial transformador de los modos de leer. Si Flaubert soñaba con una obra sin tema ni materia sostenida exclusivamente por el estilo del escritor, Barthes y Rosa, a su vez, imaginaron una escritura crítica igualmente capaz de un estilo soberano, capaz incluso de liberar-

se de todo rastro de voluntad y significación, para dar lugar a lo insignificante y a la desviación, para hacer aparecer las deformaciones del lenguaje. Intentaron al mismo tiempo producir una comedia del intelecto y la escritura de un relato. Me detengo, entonces, en una pregunta del filósofo y crítico brasileño Benedito Nunes: “¿seré realmente crítico literario? ¿Y si lo fuera, de qué modo, pregunta fundamental, ejerzo la crítica?”, y agregó ¿de qué modo practico la lectura?

Mezclas

Como pocos escritores, Philippe Sollers supo dramatizar las encrucijadas y gestos de lectura de nuestro tiempo. O bien el intelectual es un factor de contaminación y de mezclas, o bien un ingeniero de almas. En el momento actual del espacio público la técnica es una forma de integración hacia una monotonía inmóvil. Sea ésta el modo mediático de una pasividad movida a intervalos equivalentes o el modo especializado de los bancos de memoria y sus sistemas de retención regulada. La sociedad asiste a una modalidad de intelectual que renuncia a la promesa de aventura por fuera de las disciplinas y se erige bajo el principio de utilidad en un dócil agrupador. Se nos dice de múltiples modos que la sociedad no necesita pensadores interesados en marginalidades o en extrañas transacciones que indispongan al mercado o a las instituciones ¡Ya no es tiempo de mezclas, tampoco de artesanos de la palabra! Sólo parece ser el tiempo en el que funcionan las Aduanas y las Academias de Ciencias Morales. Tiempo de tribunales que exigen ideas justas y se espantan por los márgenes de indefinición. Por doquier se valora la buena voluntad, el sentido común, el reconocimiento de

modelos de poder eficientes, la imagen de saber como lugar de la verdad, y se practica irresponsablemente la confusión entre verdaderos o falsos problemas. Las efervescencias de los intensos encuentros intelectuales son llamados por los amigos, resistencia y por los enemigos, traición. La proliferación, la mezcla y el desajuste disciplinar, con sus neurosis creadoras singulares, son vistos por el mercado como una galería de

curiosidades monstruosas. Claramente, domina el presente el espíritu de la monotonía que no soporta convivir con modos inhabituales, con desviaciones, con potenciales transformadores.

El filósofo francés Michel Serres supo definir el problema de nuestra actualidad como el de la orientación del sentido frente al desvanecimiento de las referencias y al acrecentamiento de las patologías de la división. Las tur-



Juan Rearte

bulencias erráticas de las circulaciones culturales proclives a las mezclas entre filosofía y literatura, entre ciencias sociales y artes, practican intersecciones más cercanas a las paradojas que a las utilidades. Recuerdo como una impronta las palabras que Nicolás Rosa me repetía en nuestros encuentros: “uno escribe lo que lee, uno lee lo que irrumpe”. La escritura es, antes que nada, un efecto de lectura. Por ello insistía “la escritura crítica es la literatura en una de sus versiones: la ficción crítica”. A las tecnologías clasificatorias, esta afirmación les devuelve un desajuste, sólo se lee por una violencia sufrida, por una discordancia de las facultades, por un encuentro con la exterioridad, por una experimentación que desborda a cualquier saber. Mientras la normalización no cesa de progresar, repetía Rosa, siempre habrá más pensamiento en Macedonio, Borges, Arlt, Lamborghini o Perlongher que en cualquier seminario de metafísica. También, decía, irrumpe de esas páginas un resto intratable.

Modos

La escritura es un modo singular de ser el mundo. Al mismo tiempo que confirma el saber de este mundo conserva una distancia que lo interroga. El valor de la escritura no radica en lo que pueda representar o comunicar sino en lo que ella misma puede producir en la expresión. Para la expresión el estilo lo es todo, es comienzo de escritura y objeto de saber. Cuando se intenta precisar qué es un modo se descubren los efectos materializados de las afecciones. La cosa literaria es un efecto de la afección, es decir, un ser real que posee una esencia y una existencia propias, pero que no existe fuera del atributo en que se pro-

duce. Cada atributo expresa una esencia determinada, se concibe por sí y en sí. Expresa, entonces, cualidades y, porque es expresivo implica un entendimiento de lo que es percibido. La cosa literaria es como efecto de las afecciones un ser en otra cosa. Es decir, un ser como escritura. Resulta inevitable que al preguntar por los modos y al precisar de qué modo se ejerce una escritura crítica como efecto de lectura, recaemos en Spinoza, aquel que sostuvo *more geométrico* el principado de la filosofía y defendió los modos existentes como poderes de afección. La cosa literaria así concebida es una afección del cuerpo por la cual la potencia de acción de este mismo cuerpo es aumentada o disminuida. Por ello

escribir es un capítulo de la física y de la psicología y constituye un problema filosófico. Un ser como escritura se reduce a un modo que es una simple ficción o un ser de razón. Se escribe para aumentar la potencia de acción del cuerpo y sólo se lo hace provocado por un ritmo o una resistencia. El acto de creación como escritura es singular y problemático. Se escribe entre lo involuntario y lo voluntario, entre la resistencia y la preferencia. Encontrar un modo propio de escribir es el único fin de la escritura.

En la literatura el sujeto expresa el mundo desde un cierto punto de vista que es el de la diferencia interna, aunque el mundo expresado no se confunda con el sujeto. Se distingue de él, e incluso de su propia existencia. No existe fuera del sujeto que lo expresa, pero está expre-

La cosa literaria es un efecto de la afección, es decir, un ser real que posee una esencia y una existencia propias, pero que no existe fuera del atributo en que se produce. Cada atributo expresa una esencia determinada, se concibe por sí y en sí. Expresa, entonces, cualidades y, porque es expresivo implica un entendimiento de lo que es percibido.

sado como la cualidad de un mundo original que se revela al sujeto. Lo involuntario se expresa a través de lo voluntario, la esencia lo hace a través de los procedimientos de expresión. La escritura es para el sujeto escritor la revelación del tiempo de un mundo original, de la unidad de un ritmo singular. Las escri-

¿En qué consiste, entonces, una crítica afirmativa? Antes que nada, en “hacer que exista” cualquier nuevo modo de existencia experimental y vital. El juicio no siempre produce la existencia, antes “impide la llegada de cualquier nuevo modo”. Deleuze afirma “no tenemos por qué juzgar los demás existentes, sino sentir si nos conviene o no nos convienen”, si nos aportan fuerzas o nos reducen en nuestra capacidad de obrar.

turas críticas no se distinguen en el fondo de esta apreciación. Lo hacen, tal vez, al partir de un tema o una materia para alcanzar un procedimiento, que revelando la singularidad del objeto en cuestión, también lo hace con la singularidad de la propia escritura crítica. Si hay una actitud propia de las escrituras críticas es la de un inevitable merodear, más cercano a la actividad física del caminante aunque se ejerza en la fijeza del lugar. Merodear frente a un núcleo siempre intratable que expulsa toda pretensión de completud y que parece ser el destino de un oficio que se recorta entre otros discursos sociales. Aquellos que han ejercido este oficio han tratado con la cosa literaria concibiéndola como un modo de ser de la ficción. Es que la escritura crítica trata con restos y con intersticios muchas veces desterrados; trata con deformaciones del lenguaje que escapan a cualquier ajuste técnico y con afecciones materializadas que de ningún modo superan su condición de lujo. Es por ello que al preguntar por los modos de una escritura crítica no partimos de considerarla un saber segundo o derivado sobre un objeto

privilegiado. Por el contrario, se trata de un oficio que conserva el mismo estatuto de ficción que la escritura a la que interroga. De esta forma, una escritura crítica no se diferencia de una crítica de la escritura. Si existieran diferencias responderían a modos. Y éstos, cuando alcanzan su máxima potencia son una militancia de la excepción, una construcción afirmativa de una singularidad. Si la literatura constituye un peligro por afectar a la estabilidad de la lengua, la escritura crítica que la ficcionaliza porta sobre sí su mismo destino.

Crítica

Resuenan como un eco las palabras de Gilles Deleuze: “rupturista con la tradición judeocristiana, Spinoza dirige la crítica; y tuvo cuatro grandes discípulos que la recuperaron y que la relanzaron, Nietzsche, Lawrence, Kafka y Artaud. Los cuatro tuvieron que padecer personal, singularmente por culpa del juicio.” De este modo, Deleuze, abre dos genealogías en occidente, la de Kant y la de Spinoza que afectaron a los potenciales modos de lectura y a la experimentación de las escrituras críticas. Claro está hasta aquí que si bien valoramos la tradición kantiana aun con su “tribunal subjetivo” en la producción del saber, nos interesamos más por la construcción spinozista y su “crítica afirmativa” sostenida en las afecciones.

¿En qué consiste, entonces, una crítica afirmativa? Antes que nada, en “hacer que exista” cualquier nuevo modo de existencia experimental y vital. El juicio no siempre produce la existencia, antes “impide la llegada de cualquier nuevo modo”. Deleuze afirma “no tenemos por qué juzgar los demás existentes, sino sentir si nos convienen o no nos

convienen”, si nos aportan fuerzas o nos reducen en nuestra capacidad de obrar. El problema planteado por Spinoza en la *Ética* pasa por el amor o el odio y no por el juicio, pasa por las afecciones primeras que incrementan o no nuestras potencias de obrar y no por un tribunal del juicio que clausura existentes y declara la guerra a los actos de creación. Tratamos, en cualquier acto de creación, con unos “compuestos de potencia”, siendo la potencia una idiosincrasia de fuerzas como centro de mutación. El problema de la potencia no pasa por lo justo o lo injusto sino por lo que resiste creando y se transforma. Esto obliga más que a una crítica subjetiva de los “productos del arte bello” como en Kant, a una descripción singular de un proceso mediante el cual una fuerza se enriquece sumándose a un compuesto de potencia como en Spinoza. La crítica de Spinoza se distingue de la de Kant, porque se trata de liberar un compuesto de potencia oprimido que volvería todo acto de creación una experimentación que, ante todo, resiste a la muerte, material o simbólica.

¿En qué se sostiene la crítica en la tradición de los seguidores de Spinoza? Nietzsche supo ver en el juicio y su doctrina una deuda con la divinidad, deuda infinita e impagable. Lawrence describe el cristianismo como el único destino del poder de juzgar. Kafka se plantea los efectos de la deuda infinita en la absolución aparente y el aplazamiento ilimitado de la pena. Artaud declara la guerra al juicio de Dios. Deleuze dirá que “para los cuatro, la lógica del juicio se confunde con la psicología del sacerdote, como inventor de la más tenebrosa organización: quiero juzgar, tengo que juzgar...” Nietzsche cree en una justicia que libere al cuerpo, Lawrence denuncia la pretensión de juzgar la vida en el nom-

bre de valores superiores, Kafka presenta una lucha continua frente a una justicia legitimada por el encierro y Artaud trastoca al juicio por el sistema de los afectos y la crueldad. Para los cuatro se trata de liberar la vida desde el cuerpo y los compuestos de potencia expresivos que emergen de éste. El amor y el odio serán los únicos centros de las afecciones: todo pasará a ser un problema de composición y de afección y no de juicio.

Tensión

En la literatura y en las escrituras críticas que me interpelan y provocan modos de leer, hay un procedimiento común, una tensión entre filosofía y literatura, y un interés por la creación poética. Existen, en éstas, búsquedas de las fronteras inciertas entre saberes y del intervalo como cesura en la lengua.

En nuestra contemporaneidad, algunos rumbos singulares de las escrituras críticas celebran la tensión entre filosofía y literatura, recuperando su pertenencia a una tradición que emerge como oficio en el S. XVIII y que opone, como hemos visto, a Spinoza y a Kant. Si bien se dice que la literatura tiene el poder de crear figuras y la filosofía conceptos, el problema de nuestro tiempo en las escrituras críticas pasa por la creación de figuras conceptuales. Y es la tensión entre la autonomía abstracta del concepto y el poder aurático de la figura sensible aquello que se resuelve paradójicamente en éstas. Por ello, diremos que las escrituras críticas que pensamos como ejemplo tienen una cara abierta al concepto que establece las condiciones que posibilitan los juicios de gusto, como juicios estéticos condicionados por estados del sujeto. Y otra cara abierta al poder aurático de la figura sensible,

como movimiento de la sensación que establece un pasaje entre potencias no visibles y visibilidades singulares.

Tradicción de la cual resulta que la filosofía es ella misma una parte de la literatura y entre ambas se establece una inclusión indecible. También, que la literatura es objeto de juicio para la filosofía y entre ambas se establece un dominio de saber. Pero sin dudas podemos decir que la literatura se dispone como la fuerza figurativa que el concepto filosófico desea. Por ello, la literatura puede ser interrogada como material sensible, como portadora de juicios estéticos y como evocadora de conceptos. De esta tensión productiva o transacción la literatura emerge dispuesta como potencia de la filosofía, como orientación estética y objeto de la filosofía y como relación genealógica y condición de la filosofía. Esta posible sistematización plantea un conjunto de tácticas que dicen de las posiciones y modos de las escrituras críticas. O bien, la filosofía al afirmar la superioridad del conocimiento conceptual sobre la expresión poética y al reducir a ésta a mera ficción, culmina incorporando la expresión sensible al saber inteligible (idealismo hegeliano). O bien, la filosofía sería sólo un camino para desarrollar el arte, en cuanto que la intuición creadora es superior al concepto (romanticismo alemán). O bien, la filosofía se encontraría en la misma condición de intuición creadora que el arte (constructivismo expresionista). En la primera estrategia, la filosofía y la escritura crítica que de ésta emerge se encontrarían en una relación de superioridad a la literatura. El camino del concepto constituye un “absoluto filosófico” que establece su modo jerárquico absorbiendo y reduciendo el saber sensible al inteligible. La distinción entre cono-

cimiento y “mera ficción” es la base de la orientación del pensamiento. En la segunda estrategia, la filosofía y la escritura crítica que de ésta emerge se encontrarían en una relación de servidumbre a la literatura. La intuición creadora puede definirse como un “absoluto literario” que busca su modo jerárquico en la poesía sustrayéndose ésta al orden del concepto. La construcción filosófica y la escritura crítica emergente de esta estrategia escapa a la filosofía porque el concepto sería incapaz de alcanzar aquello que la poesía dona como forma sensible y orientación del pensamiento. En la tercera estrategia, la filosofía y la escritura crítica aceptan que su modo de alcanzar el concepto sea por medio de la impureza de la escritura, aunque exijan como condición de producción filosófica la creación del concepto con autonomía y equivalencia del compuesto sensible. La construcción filosófica y la escritura crítica emergente de esta estrategia, alcanzan en el concepto el acto de creación que el poema logra en el compuesto sensible. El concepto filosófico se autonomiza de la literatura forzado por ésta y al hacerlo ella se dispone como la fuerza figurativa que el concepto filosófico busca.

Tal vez, podamos invocar una fórmula en relación con las tres estrategias: cuanto más existencial resulta la filosofía tanto más literaria, cuanto más racionalista más cercana resulta a la argumentación conceptual. Sin embargo, las diferencias de grado de la transacción parecen ser el destino de la tensión entre filosofía y literatura y de las operaciones de lectura como objetivación del pensamiento. Transacción en la que se juegan las posiciones ante el saber que la literatura produce a través de los modos de lectura y escritura.

Estilo

El estilo es la operación táctica de lectura y el comienzo de la escritura. El sujeto de la expresión es el que puede esclarecer la distancia entre el pensamiento y el poder. Entendemos la escritura como el agotamiento del poder de dominio y el triunfo de la voluntad de expresión, en la que se despliega un tiempo autoimplicado del ser o ritmo constituyente. De este modo, pensamos que el estilo es en literatura un nacimiento continuado y refractado del nacimiento del mundo como esencia singular o ritmo primero. Diremos, entonces, que en el estilo el mundo de las elecciones intencionales expresan a su vez involuntariamente un tiempo original. Lo expresado como intención del pensamiento y procedimiento compositivo hace pasar lo involuntario que se despliega como revelación en la escritura. El estilo como valor de excepción es ruptura, y ésta es acontecimiento que converge en la expresión. El acontecimiento es otro nombre de la unidad del ritmo como impresión que afecta indirectamente a los procedimientos de expresión.

El estilo pensado de este modo, es la inscripción de las fisuras del ser en el interior de la gramática. Blanchot está en lo cierto, lo que es primero no es la plenitud del ser, es la fisura, la erosión, la privación. El estilo hace pasar por la enunciación de la escritura un lenguaje sismográfico, una metamorfosis ciega y obstinada –un infralenguaje, como lo define Barthes– que intensifica o perturba la economía de la lengua. La agudeza de Montaigne al considerar al estilo un “nervio” de la escritura o de Rabelais al ejercitar un pensamiento como escritura, anticipan el gran debate de los saberes del S. XVIII. Contemporáneamente al nacimiento del oficio de las escrituras

críticas, Buffon introduce la fórmula: *estilus primus, doctrina ultimus*. La *Historia natural* es una de las caras de la confrontación que impresionó al joven Baudelaire, tal vez la otra es *La comedia humana* de Balzac que aspira, en su prólogo, al gesto de estilo frente a los saberes técnico-normativos. El estilo es la escritura, afirmaban estos nombres propios y anudaban de este modo su insistencia al oficio de las escrituras críticas. El estilo será desde el S. XVIII una desviación, una deformación coherente que atraviesa como residuo la operación codificadora de la gramática. El efecto de este debate proseguirá hasta perderse en la modernidad. Nietzsche sostiene que “el gran estilo” no posee otra función que la de traducir en forma de lenguaje un *pathos* del cuerpo. Aragón, por su parte, piensa el estilo como “digresión”, inseparable de una forma de existencia que no respeta el “triste horizonte de lo sedentario”. Valéry ve en éste la invención del acto por la materia que supone una fuerza que organiza expresivamente el pensamiento. En grandes trazos ejemplificadores el estilo ha quedado grabado bajo la figura del “pájaro migrante” que se opone a la tarea del gramático como “insecto cavador”. Barthes señaló agudamente que “el estilo siempre tiene algo de bruto: es una forma sin destino, es un producto de un brote, no de una intención”. El estilo emerge de un no saber como brote repentino e involuntario donde la escritura alcanza y da forma a la fuerza, al ritmo. El estilo es un peligro para la lengua porque introduce un rasgo anómalo o una cifra misteriosa. Tal vez, pueda decirse que ésta es la paradoja última de la escritura como efecto de lectura, la de ser un entrelugar, a la vez vehículo consciente e insistencia ciega proclive a las mezclas y a las tensiones.

La literatura santafecina y el río

Por Roberto Retamoso

El río habla a través de ciertas literaturas que lo rodean y navegan. Sobre esas orillas escriturarias del Paraná transcurre el ensayo de Roberto Retamoso. La movilidad fluyente del río va configurando un estuario de obras y autores que en su profunda diferencia expresan la fatalidad de habitarlo. El realismo piadoso y crítico de Mateo Booz y la cosmología fluvial de Diego Oxley, coexisten territorialmente con el despojado orientalismo de la poesía de Felipe Aldana, de Beatriz Vallejos y de César Bisso. En Juan José Saer, escribe Retamoso, la luminosidad de Juan L. Ortiz se convierte en una poética del borramiento parcial. Vista así, la afirmación de literaturas regionales es menos una protesta contra los cánones de una crítica centralizada que la puesta de manifiesto de tesoros escriturarios que lo son por su radical y preciosa singularidad.

La eterna presencia

Ancho y caudaloso, el Paraná desde siempre –y *siempre* debería entenderse aquí como la forma más plena de la indeterminación temporal: de lo literalmente *indatable*– ofrece el espectáculo de su devenir incesante.

Así, podemos imaginar que su eterna presencia fatalmente antecede tanto como modela la mirada y la palabra de quienes pretenden *decirlo*. “En los orígenes ya era el río”, podría enunciarse de modo orticiano, para significar con ello la precedencia del Paraná respecto de las voces que también desde siempre –aunque en este caso el sentido indeterminado del adverbio suponga necesariamente un alcance menor– han intentado nombrarlo, representarlo, en la insistencia de un diálogo tan infinito y eterno como el mismo río.

La historia literaria y la estética –disciplinas quizás agonizantes– sostuvieron en su era de esplendor la importancia fundamental, decisiva, del paisaje en la configuración de lo que, acaso de manera endoxal, llamamos literatura. De ahí la importancia concedida al desierto en la literatura de los escritores argentinos del siglo diecinueve; de ahí asimismo la importancia atribuida a la montaña y el silencio en los textos de los narradores y poetas que hablan del noroeste argentino, o a la vacua vastedad de las tierras australes en la escritura de los autores que representan el inmenso mundo de las tierras patagónicas. Pero la historia literaria y la estética, en su movimiento de repliegue forzoso, han cedido su lugar antiguamente axial a nuevos saberes y nuevas perspectivas teóricas y epistemológicas. Es así cómo ciertas tendencias críticas contemporáneas promovieron el relevo de esa visión

característica acerca de la relación existente entre literatura y paisaje, a la que descalificaron en términos de “romanticismo” y “regionalismo”, cuando no de “esencialismo” o “metafísica”.

Es obvio que la crítica a la importancia concedida al paisaje en los estudios literarios tradicionales ofrece razones irrefutables. Porque si esa importancia se basaba en una concepción *realista* de la literatura y el arte, según la cual las obras artísticas no serían más que una suerte de reflejo fidedigno de una realidad exterior que la determinaría tanto a nivel de su génesis como de su sentido, resulta evidente que esa concepción

oblitera las posibilidades de una comprensión mayor de la naturaleza misma de los hechos literarios y estéticos. Los nuevos saberes acerca de la literatura y el arte han enfatizado positivamente el carácter discursivo o simbólico de sus diversas manifestaciones, al señalar la dimensión productiva que dicho carácter cobra en la instancia de representación de lo real.

Pero ello no impide volver sobre la cuestión del paisaje, entendido ahora como aquello que los textos tematizan, inscriben, por medio de complejos procedimientos discursivos. En rigor, esa cuestión no debería ser pensada más que como cierta modalidad característica que adoptan los textos de una región particular del país, a los que por complejas y sinuosas razones la crítica hegemónica generalmente soslaya cuando no ignora.

En oposición a dicha hegemonía, estas notas pretenden recuperar una serie

La historia literaria y la estética –disciplinas quizás agonizantes– sostuvieron en su era de esplendor la importancia fundamental, decisiva, del paisaje en la configuración de lo que, acaso de manera endoxal, llamamos literatura.

de escrituras santafesinas donde el río se enuncia poéticamente. No se trata por cierto de una pretensión caracterizada por la exhaustividad: ni el espacio ni la competencia de su autor lo posibilitarían. Se trata, más bien, de un recorrido acotado y sin dudas arbitrario, donde la perspectiva de ese autor reconoce los momentos más plenos, más intensos, en los que el río se convierte en el objetopreciado de la literatura de la provincia.

Un realismo litoral

En 1934, Mateo Booz publica un libro de relatos, intitulado *Santa Fe, mi país*. Rosarino por nacimiento, santafesino por adopción, Miguel Ángel Correa —tal su nombre real, cuya vida se extendió entre 1881 y 1943— se propuso representar con ese libro las peculiaridades de su provincia natal.¹ Por tal razón, organizó su material en cuatro categorías, que dan nombre a las cuatro secciones que componen el texto: “Las ciudades”, “Campos y selvas”, “Los pueblos” y “Las islas”. Y si bien el río aparece en la totalidad del libro como un trasfondo más o menos visible, más o menos cercano, es en la última sección donde cobra una relevancia absoluta, puesto que allí deja de ser un horizonte y un linde para transformarse en el ámbito donde habrán de transcurrir las historias narradas. Así, el río deja de verse como *borde*, como aquello que limita un espacio terrestre, para convertirse él mismo en espacio. Espacio acuático, náutico, donde las islas son los lugares físicos que permiten que la vida también acontezca en medio de ese entorno fluvial.

Por ello, las islas y el río no dejan de leerse como la forma de una alteridad

que contrasta con el escenario terrestre, pero que también refracta a su modo muchos de los caracteres propios de dicho escenario. Son, por así decir, una otredad que prolonga y extiende el sentido de lo que exhibe la tierra.

Ello se debe, entre otras razones, a que la totalidad del libro está escrita desde una mirada singular y uniforme. Esa mirada es la de un narrador que desea mostrar personajes y situaciones de un modo realista, aunque ese realismo necesite ser puntuado, acotado, si se quiere dar cuenta de él de manera cabal. Porque el realismo de Mateo Booz es un realismo *piadoso*, que mira a sus personajes como criaturas elementales, por momentos inermes, que enfrentan situaciones y fuerzas adversas con los escasos recursos que les brinda ese mundo en el cual habitan. De ese modo, los tres relatos que integran “Las islas” resultan paradigmáticos respecto de una concepción que vincula especularmente la literatura con lo real, mostrándose como una serie de narraciones aleccionadoras o moralizantes. Así, “Vidalito” cuenta la historia trágica del hijo deficiente de una pareja de isleños, mientras que “Patria de infieles” narra la cándida sumisión de una joven frente a un seductor que proviene de la ciudad, en tanto que “El pequeño mundo de Nabor Camacho” relata el despojo de bienes e hijos al que es sometido un esforzado pescador.

El realismo de Mateo Booz se revela, de tal modo, como un realismo *que toma partido*. Lejos de la neutralidad aséptica de un naturalismo cientifista, la poética que rige sus relatos asocia férreamente *representación de lo real* con *evaluación crítica de lo representado*, con la evidente finalidad de conmover al lector haciendo que

adhiera a sus posiciones morales. Y esas posiciones son, indefectiblemente, las de un alma piadosa, que sabe que mostrar el mundo es un acto estético indiscernible respecto del sentido ético que lo nutre y sustenta.

Por su parte, Diego R. Oxley, otro rosarino que pasó gran parte de su vida en la ciudad de Santa Fe, y que vivió entre 1901 y 1995, también escribe una sección de un libro –*Solitud y distancias*– denominándola “Islas”.² Se trata del mismo nombre que utilizara Booz, aunque despojado de la especificación que proporciona el artículo. *Islas a secas*, también podría decirse, para señalar con ello la autonomía semántica que parece cobrar el vocablo, como si quisiera mostrarse en una independencia discursiva que concentra tanto como delimita su particular sentido.

Las islas de Oxley también están representadas de manera realista, y al igual que la de Booz, la suya es una escritura que adopta las formas y el tono de un *realismo social*. Nuevamente, los personajes que animan los relatos son esos seres elementales, templados en la ruda faena de subsistir en el mundo del río, como aquéllos de los que hablaban las narraciones de *Santa Fe, mi país*, aunque en este caso su representación pareciera crisparse en el tono de un discurso más seco. Y de nuevo sus historias se muestran como historias dramáticas, en las que lo despojado de sus vidas se lee como el sino fatal que impone ya no un destino sino toda una configuración social que las rige y modela.

En el caso de *Solitud y distancias*, la sección destinada a las islas se compone de cuatro relatos, de los cuales los tres últimos constituyen narraciones similares a las de Mateo Booz. Así,

“Una luz en la cuesta” cuenta la historia de un isleño que intenta delinquir con hacienda robada hasta que es despojado de su ilegal ganancia por la policía, mientras que “El rigor de las islas” narra el inútil viaje en canoa de otro isleño que traslada a su mujer moribunda para que un curandero la atienda. Finalmente, “Se aquietta el juncal” cuenta la historia de un cazador que se instala en lo más inhóspito y distante de las islas para hacerse de presas que podrá comerciar, hasta que una noche mata a un hombre que intenta robarle y al que tiempo después identificará, por medio de una conjetura que no se resuelve, con su propio hermano.

La primera narración de “Islas”, por el contrario, marca un momento de distanciamiento no sólo en relación con los relatos de Booz, sino incluso con los propios relatos. Se trata de un texto breve intitulado “La noche, el río y mi sombra”, de sentido fuertemente autorreferencial, que representa al propio autor situado una noche en el paisaje del río. Ese sentido es además epifánico, puesto que el texto celebra cuasi religiosamente el espectáculo que se ofrece al narrador, donde se manifiesta toda una cosmología fluvial. Cuando se arriba al momento crucial del relato, leemos que el narrador se ha embarcado en su canoa y ha llegado remando al medio del río, según una figura diegética que atraviesa y urde tanto los relatos de Mateo Booz como los de Diego R. Oxley: *la figura del hombre que rema*. Y es en ese momento cuando se opera una especie de purificación, de liberación orientalista de su espíritu respecto del peso prosaico de su propia materia, a la que el narrador refiere diciendo: *El impulso del río ha tomado la canoa y la arrastra*

ahora camino de su viaje, moviéndola suavemente. Suelto los remos y me tiro sobre unos trapos, de cara al cielo, para encender un cigarrillo cuyo humo aspiro con fruición hasta llenar los pulmones. Tengo la impresión de estar suspendido en un punto del espacio, de disgregarme hasta perder el peso y la forma, de convertirme en luz palpitante.

Despojamiento, concisión y orientalismo como atributos de una poética del río

La adopción de una posición *espiritualista*, e incluso de una mirada oriental situada imaginariamente en el espacio de *lo otro* de Occidente, no es un accidente excepcional que acontece únicamente en el texto de Oxley.

Así, hay un texto singular y controvertido —puesto que en vida de su autor llegó a sospecharse de que fuese apócrifo— que se muestra como uno de los mayores exponentes de esa posición estética y filosófica: *Los poemas del gran río*, de Felipe Aldana, nacido en Máximo Paz en 1922 y que pasó gran parte de su vida y desarrolló su obra en Rosario hasta el momento de su muerte en 1970. Su destino fue curioso y extraño, acaso como la misma existencia de Aldana, quien publicó un único libro en vida —*Un poco de poesía*, en 1949—, y mantuvo inédito el resto de su obra, compuesta por diversos manuscritos entre los que se hallaba una copia mecanografiada de los textos de *Los poemas del gran río*, aunque sin firma ni indicios que probasen su autoría. No obstante ello, los estudiosos de su obra han arribado a una suerte de consenso, por el cual se admite que estos poemas pertenecen efectivamen-

te a Felipe Aldana.³ Es verdad que en el contexto de su obra se muestran como atípicos: Aldana escribió una poesía por momentos vanguardista, de sentido crítico y corrosivo, referida a cuestiones características de la vida urbana contemporánea.⁴ Pero la heterogeneidad en la escritura de una obra no debería sorprendernos, puesto que resulta mucho más frecuente de lo que el sentido común suele admitir.

Aceptando entonces que *Los poemas del gran río* también fueron escritos por Aldana, lo primero que se advierte al leerlos es que se trata de una serie de poemas breves, que evocan por más de una razón a la poesía oriental. Porque así como sus temas refieren a visiones por momentos místicas del mundo, donde una gracia trascendente se reconoce, su forma se sostiene tanto en el uso de unidades y estructuras métricas breves, como en una singular retórica donde la elipsis se muestra como una de sus figuras dominantes. Así, uno de los poemas dice: *la rama / cedió su línea / y el pétalo / conoció el agua // ascendió a su cielo / un racimo de perlas / que el sol / enamoraba en colores*, mientras que otro refiere: *hablábamos bajo los árboles / umbrosos / donde conversan las nieblas // tan / suave / como una lágrima / descendió la noche*.

La poesía de Felipe Aldana deviene así en una lengua leve, donde lo etéreo de sus enunciados parecería ser la manera escogida para representar el mundo desde una experiencia donde estética y religiosidad, como vía de trascendencia, se confunden. Esa modalidad y esa perspectiva también se reconocen en la poesía de Beatriz Vallejos, nacida en Santa Fe en 1922 y que pasara gran parte de su vida entre San José del Rincón y Rosario. Vallejos asume desde sus primeros libros una actitud

poética que la liga fuertemente con el cosmos fluvial, al punto que su segundo libro, de 1952, lleva por título *Cerca pasa el río*. Pero al mismo tiempo, y a medida que su obra va desarrollándose, su poética va adoptando formas cada vez más nítidas e idiosincrásicas: sus poemas suelen ser pequeñas piezas, compuestas sobre una serie limitada de versos no demasiado extensos, que se construyen con un rigor verbal inaudito. Esos poemas generalmente hablan del mundo natural, al que parecen cantar de manera reverencial, como si se tratase en cada caso de una experiencia extática singular. Incluso los títulos de muchos de sus libros revelan con su propio nombre el sentido de esa poética: *Pequeñas azucenas en el patio de marzo*, *Lectura en el bambú*, *Donde termina el bosque*, *Del cielo humano* o *Detrás del cerco de flores*. Y si bien la poesía de Beatriz Vallejos no se reduce de modo excluyente a semejante campo temático —puesto que también escribe sobre asuntos o cuestiones propias de la vida urbana— su vocación por lo cósmico la lleva a adoptar un conjunto de formas y tonos que evocan de manera indubitable a la poesía oriental. Así, ciertos poemas pertenecientes a *Del cielo humano* pueden decir: *¿es él? / ¿es él? / Toca ah / en suspenso / el colibrí* (“Virazón azul”), o *triscar del agua / en la laguna* (“Gris”).⁵ Es verdad que la escritura poética de Beatriz Vallejos no se circunscribe exclusivamente a las formas breves, puesto que en un mismo libro pueden convivir poemas extensos con poemas pequeños, sintéticos, que se leen como el hálito fugaz propio de una iluminación mística. Pero son estos poemas, justamente, los que brindan sus rasgos distintivos a una poesía que instituye al río como su objeto privilegiado, como

puede leerse por ejemplo en “Del río de Heráclito”, que le brinda su nombre al libro homónimo: *Estoy aquí / dijo el agua / pero era / un hilo / de sol / donde / flotaba el camalote*.⁶

Cuando la lectura se adentra en estos textos de Aldana o de Vallejos, se tiene la sensación de que la poesía santafesina, al hablar del río, no sólo se acerca a una poética orientalista, sino que además adopta sus formas características. Esa sensación es corroborada si además se lee un libro como *Isla adentro*, de César Bisso, nacido en Santa Fe en 1952 aunque radicado desde hace años en Buenos Aires.⁷ Auténtico heredero de la poética orientalista de Vallejos y Aldana, Bisso insiste en hablar del río con un lenguaje tan despojado como riguroso. Por ello sus poemas hacen un culto de los enunciados nominales, muchas veces desgajados de las estructuras sintácticas que los contendrían

Cuando la lectura se adentra en estos textos de Aldana o de Vallejos, se tiene la sensación de que la poesía santafesina, al hablar del río, no sólo se acerca a una poética orientalista, sino que además adopta sus formas características.

en un discurso convencional, para hacer del nombre el modo de un decir deíctico que no sólo designa sino que además, y de modo notorio, señala. Así, frente a un poema como “Fugaz” que dice: *Rojo / gestación de la noche // Ocre / horizonte sin borde // Azul / descenso del silencio // Verde / culminación del goce*, la lectura reconoce no sólo un gesto que designa lugares y momentos sino que además, y esencialmente, los indica. Pero es en la sección del libro denominada “Haikus azules” donde el orientalismo de *Isla adentro* se consume plenamente, puesto que en este

caso se trata de practicar abiertamente esa forma poética que representa uno de los íconos emblemáticos de la escritura oriental.

Austeros, escuetos, precisos, los “haikus” de Bisso hacen gala de toda una eficiencia cuando ciñen en la brevedad de su enunciado esas imágenes intensas donde el río se revela. Así, el poema XII puede decir: *Sombrero de agua. / Desde la tela púrpura / posa la lluvia*, mientras

La luminosidad de la poesía de Juan L. Ortiz no sólo penetra en la escritura de los poetas de Santa Fe. También ha penetrado, en una dimensión quizás todavía no suficientemente ponderada, en la escritura narrativa de Juan José Saer (...)

que la poética orientalista de los autores santafesinos encuentra su expresión más lograda. Aunque esto no debería conducir a la errónea suposición de que no hay otros modos de cantar al río en la poesía de la provincia: sin duda que los hay, pero es justamente esta poética la que imprime una poderosa modalidad distintiva a la escritura de algunos de sus autores más relevantes. La explicación de este fenómeno acaso haya que buscarla en la luminosidad inextinguible que sobre ella proyecta, desde el otro lado del río, el inmenso, el imperecedero, el ejemplar faro orticiano.

Inscribir y borrar: la dialéctica de una singular escritura

La luminosidad de la poesía de Juan L. Ortiz no sólo penetra en la escritura de los poetas de Santa Fe. También ha penetrado, en una dimensión quizás todavía no suficientemente pondera-

da, en la escritura narrativa de Juan José Saer, quien naciera en Serodino en 1937 y falleciera en París en 2005. Ello se advierte cuando se lee, o mejor, *se oye*, la cadencia del ritmo que puntúa su prosa, ciertamente morosa, y tan recurrente y expansiva como la sintaxis poética de Juan L. Ortiz. Esa cadencia *despliega* la linealidad del discurso haciéndola proliferar en infinitos cursos secundarios, derivados, a través de auténticos *meandros textuales* que de inmediato evocan las formas sinuosas del río, y que en el caso de Saer llega incluso a torcerla para imprimirle la forma de lo cíclico o circular. Hay, así, tanto en la poesía de Ortiz como en la prosa narrativa de Saer una suerte de mimesis, de identificación raigal ya no con el objeto de su enunciado sino *con la forma de ese objeto*. A ello se le suma, en Saer, la voluntad expresa de narrar derogando las fronteras canónicas que separan la prosa de la poesía, para hacer de sus narraciones las formas deslumbrantes donde relato y poema parecen fundirse en un único texto.

De tal modo, gran parte de las narraciones de Juan José Saer representan al río por medio de una poética que se sostiene en lo tras-genérico de sus enunciados. Esa poética se revela en diversos textos: en *El limonero real*, encuentra un momento de intensa consumación en la escena donde Wenceslao se zambulle en el río, en una inmersión que es tanto de carácter físico como psíquico o mental, y en la que el agua se muestra como una sustancia elemental hacia la que todo tiende y de la que todo brota; mientras que en *Nadie Nada Nunca* el río es lo que traza el contorno tanto del espacio donde se desarrolla la historia como de las acciones y del mundo subjetivo –los modos de percepción, afecto

o reflexión— de sus personajes. Esta clase de ejemplos podría desplegarse largamente. Sin embargo, hay un texto donde la escritura del río adquiere un sentido tan relevante, que podría concebirse como un auténtico paradigma de la poética saereana: ese texto lleva por título “A medio borrar”, y forma parte del libro *La mayor* editado en 1976.⁸

Relatado por un personaje-narrador —Pichón Garay—, “A medio borrar” cuenta los días previos a su partida hacia Europa. En el texto, Pichón es un personaje que narra, pero además, y como gran parte de los narradores de Saer, que *mira*, puesto que mirar representa el modo problemático aunque inevitable de percibir al mundo. Así, Pichón mira objetos, lugares, personas, pero sobre todo mira el río, que crece peligrosamente y amenaza con *borrar* la ciudad.

En esa instancia previa a emprender su viaje, Pichón realiza una serie de movimientos: va hasta una carretera a la que se ha hecho estallar con explosivos para permitir el drenaje del agua; recorre calles y lugares característicos de Santa Fe, encontrándose con amigos y conocidos que hablan de ese fenómeno; se dirige a Rincón para despedirse de El Gato, su hermano, debiendo trasladarse por agua para realizar un trayecto que habitualmente hubiese realizado por tierra. De tal modo, la partida de Pichón parece amenazada por la inundación provocada por el río, que se lee como un símil de aquello que desde siempre amenaza la existencia misma del mundo y sus cosas. “De este mundo, yo soy lo menos real. Basta que me mueva un poco para borrar”, dice Pichón, significando con ello la precariedad de su propia existencia.

En rigor, en el texto de Saer *todo está*

a medio borrar. El mundo, los objetos y los sujetos que lo pueblan, la ciudad toda, se representan como cosas inciertas y difusas, puesto que pensados en términos de *realidad*, revelan la insuficiencia de cualquier palabra para aprehenderlas de modo satisfactorio. En tal sentido, el relato que cuenta *A medio borrar* es, entre otras cosas, el relato de las dificultades e incluso de las imposibilidades de toda escritura para significar plenamente lo real, pero también es la narración de su insistencia en lograr tal propósito.

Es sabido que toda la literatura de Juan José Saer siempre vuelve sobre ese tópico, al que modula a través de múltiples variaciones. En el caso de *A medio borrar*, esa paradoja que sostiene todo decir se manifiesta a través de una metáfora dominante en el texto: la metáfora de un río que crece, implacable, amenazando borrar la memoria, las trazas, los vestigios del mundo, frente a lo cual la escritura no es más que la terca persistencia en *inscribir lo real*. Un real incierto y por momentos evanescente, al que carcome desde su propio interior *la nada*, esa blancura que tematiza de manera significativa el cuadro que pinta Héctor, uno de los personajes de la historia. Así, en la poética que sostiene el relato, la escritura se representa como aquello que resulta de la dialéctica agonística establecida entre el inscribir y el borrar.

No resultaría excesivo, en consecuencia, leer todo el texto como una suerte de exhibición de dicha dialéctica, puesto que ella es lo que sostiene tanto sus representaciones como la factura misma de su literalidad. Y si bien la lectura de muchos de sus pasajes permitiría constatar esta proposición, hay uno ciertamente memorable, en el cual la figura *del*

hombre que rema puntúa tanto la trama de la historia como la forma rítmica de su particular sintaxis. Ese pasaje antológico, donde la percepción problemática del mundo se basa en una sintaxis discontinua y quebrada –acaso tanto como las formas de lo real– es el que refiere la llegada de Pichón hasta la casa de Rincón donde supone que está El Gato, diciendo: *Y después de doblar dos o tres veces, en completo silencio, en el cancel del crepúsculo, hacia las afueras del pueblo, adormecido más por el agua y por el atardecer que por el ritmo de*

los remos, sin ansiedad, sin euforia, diviso, por sobre la cabeza del hombre que se inclina hacia adelante, se yergue un momento y se inclina después hacia atrás, creciendo, aproximándose, único punto seco del pueblo a pesar de estar construida a la orilla del arroyo, sobre la barranca, nítida, compacta, con las ventanas abiertas, con alientos humanos que salen de ella aunque nadie sea todavía visible, separada del agua por muchos metros de tierra seca, en declive, un poco extraña para mí por el cambio salvaje del paisaje en el centro del cual se eleva, blanca, enorme, la casa.

NOTAS

1. Booz, Mateo: *Santa Fe, mi país*. Buenos Aires, EUDEBA, 1970.
2. Oxley, Diego R.: *Soledad y distancias*. Santa Fe, Ediciones Culturales Santafesinas, 2001.
3. Al respecto, Osvaldo Aguirre en su trabajo “Vida de Felipe Aldana” –que encabeza la edición de la *Obra Poética* realizada por la Editorial Municipal de Rosario– señala que “la gran incógnita de la producción de Aldana son los ‘Poemas del gran río’. Algunos allegados al escritor en su época de juventud manifestaban dudas de que le pertenezcan”, para agregar posteriormente que “para mayor misterio, el original de los ‘Poemas del gran río’ se ha extraviado. De igual manera, Elvio Gandolfo y Eduardo D’Anna señalan, en una nota que precede la publicación de la obra de Aldana en la edición realizada por el Instituto de Estudios Nacionales, que “estos 46 poemas breves integran un cuadernillo copiado a máquina. No existen otras versiones, borradores ni referencias en el resto de los materiales inéditos”.
- La falta de los originales motivó la sospecha de que fuesen apócrifos. Frente a ello, Osvaldo Aguirre expone algunos argumentos destinados a aventar tales sospechas, cuando indica que “los amigos más cercanos del escritor certifican la autoría de Aldana en los ‘Poemas del gran río’, mencionando testimonios de Raúl Gardelli y Beatriz Vallejos al respecto. Amén de esa prueba *testimonial*, Aguirre esgrime otra clase de argumentos más bien lógicos, cuando por ejemplo afirma que “el argumento contra la autoría de Aldana consiste en señalar que los ‘Poemas del gran río’ no guardan correspondencia con la obra. Sin embargo, lo mismo podría decirse de otras zonas de la obra, que se caracteriza justamente por la diversidad y la experimentación constante. La objeción surge de una observación superficial y no hace sino destacar la urgencia de contar con una lectura rigurosa y sistemática, de la que este poeta extraordinario todavía carece”. Cfr.: Osvaldo Aguirre: “Vida de Felipe Aldana”, en *Felipe Aldana. Obra poética y otros textos*, Rosario, Editorial Municipal, 2003, y Eduardo D’Anna y Elvio Gandolfo: *Felipe Aldana: Obra Poética* (Presentación y notas por Eduardo D’Anna y Elvio E. Gandolfo), Rosario, IEN, 1977.
4. En ese sentido resulta paradigmático su *Poema materialista*, del que circulan míticas versiones acerca de la modalidad provocativa y vanguardista con que Felipe Aldana lo leyera en Amigos del Arte de Rosario en 1948. Cfr.: Osvaldo Aguirre: “Vida de Felipe Aldana”, en *Felipe Aldana. Obra poética y otros textos*, *op. cit.*
5. Vallejos, Beatriz: *Del cielo humano*. Santa Fe, UNL, 2000.
6. Vallejos, Beatriz: *Del río de Heráclito*. Santa Fe, edición de autor, 1999.
7. Bisso, César: *Isla adentro*. Santa Fe, Ediciones Culturales Santafesinas, 1999.
8. Saer, Juan José: “A medio borrar”, en *La mayor*. Barcelona, Planeta, 1976.

OCTUBRE
SABADO 7

la **NOCHE** de los **MUSEOS**

Adhiriendo a una nueva convocatoria de la Noche de los Museos, la Biblioteca Nacional desarrollo una jornada poética. Consistió en una Feria de Publicaciones, en la cual participaron editoriales de revistas y libros de poesía. Hubo lecturas a cargo de reconocidos poetas.



Nota a “Los penúltimos días”

Por Diego Poggiese

“Todo verdadero diario se escribe con decisión de criminal y con íntima voluntad de santo” afirmaba, un 4 de abril de 1950, Héctor Álvarez Murena. Lo hacía en su columna “Los penúltimos días”, que publicó, durante un año en la revista *Sur*. Si su autor proponía la forma de un diario público, capaz de suscitar críticas e intervenciones de sus lectores, Diego Poggiese arriesga otra hipótesis: la de ver en este conjunto de textos, un ensayo “singular, fragmentario y episódico”, cuya forma anticipa rasgos persistentes en la obra del autor de *El pecado original de América*. También, y en entrelíneas, la lectura de Poggiese es una reflexión sobre la crítica y sus modos de tratar una obra singular. Apuesta, en ese sentido, a una escritura de invitación antes que de explicación, de acompañamiento celebrante antes que de juicio obstaculizador.

*Muy joven aposté
la vida
al error de escribir
y el orgullo del error
vuelto ahora humildad
error que se muestra desnudo
en pie aún me mantiene.*

*Por fortuna
nada conocemos,
nada podemos conocer.*

*(“Portentosa ironía”,
F.G.: un bárbaro entre la belleza)*

Entre mayo de 1949 y abril de 1950 Héctor Álvarez Murena publicó en la revista *Sur* una serie de escritos periódicos, concebida con la forma de un diario, con el título de “Los penúltimos días”. El diario apareció en ocho números consecutivos de la revista y tuvo una repercusión relativamente importante. Si bien luego no formó parte de un volumen, como sí sucedió con otros textos que publicó en revistas, se lo señala como uno de los episodios más importantes de la primera etapa de su vida literaria. Carlos Mangone y Jorge Warley afirman que la importancia de esta serie radica en la novedad que significa para la revista *Sur* el tratamiento de temas como el peronismo, Irigoyen o los partidos políticos tradicionales junto con el análisis de manifestaciones culturales diversas¹. Creemos que el valor de “Los penúltimos días” en relación con la obra de Murena es mucho mayor que éste, y que puede leerse como una muestra temprana y precisa del proyecto intelectual que intentó sostener hasta el momento de su temprana muerte, en 1975.

Si bien tiene el formato de un diario, la serie no presenta, estrictamente, un

escrito para cada día, como tampoco una continuidad temática o estructural definida. El texto se va construyendo en una relación particular con las circunstancias en las que escribe. La forma es la de una sucesión de escritos generalmente breves, aunque no de una extensión uniforme, que pretende presentar una idea, como si fuera una especie de ensayo de altísima condensación. Provocativo y polémico, el diario genera una serie de réplicas de parte de sus lectores. Inteligentemente, la revista publica estas respuestas junto con “Los penúltimos días”, presentando de este modo un interesante diálogo con interlocutores selectos, que también escriben en *Sur*.

Aquí puede haber una presentación correcta y sintética para esta serie de escritos. Sin embargo, visto retrospectivamente, el conjunto forma una especie de obra por entregas, densa, compleja y con una relación singular con las coordenadas socio-políticas en las que se va escribiendo. Eso nos hace pensar que una introducción tan escueta es insuficiente. Siguiendo el orden de aparición, a continuación de nuestros

primeros dos párrafos, tendríamos que desarrollar precisiones en relación con el período en que se publica, el autor, el género literario, los efectos de lectura, la estructura, la forma, los temas. De todos modos, la priorización de alguno de estos aspectos en un análisis crítico se vería rápidamente desplazada sobre cualquiera de los otros, como si formarían un entramado demasiado ajustado. Es decir, creemos que Murena no

Creemos que el valor de “Los penúltimos días” en relación con la obra de Murena es mucho mayor que éste, y que puede leerse como una muestra temprana y precisa del proyecto intelectual que intentó sostener hasta el momento de su temprana muerte, en 1975.

escribe libros, artículos o reseñas, sino que intenta construir una *obra*, llevar adelante un proyecto que desborda los límites de la publicación y que no necesariamente acompaña las decisiones del orden de su vida. “Los penúltimos días” es uno de sus escritos más tempranos y en él se ven de una manera particular,

Creemos que Murena no escribe libros, artículos o reseñas, sino que intenta construir una obra, llevar adelante un proyecto que desborda los límites de la publicación y que no necesariamente acompaña las decisiones del orden de su vida.

determinada por la forma, algunos de los núcleos y preocupaciones que tensionan ese proyecto. Intentamos demostrar el alcance de esta dificultad con un

intento de periodización. Si seguimos los volúmenes que publica, podríamos afirmar que en ese primer período su obra está centrada en una elaboración de orden metafísico sobre el ser americano. En el diario hay manifestaciones de este eje central en su producción. La discusión que mantiene con Victoria Ocampo acerca de la necesidad de publicar un libro sobre T.H. Lawrence o sobre Sarmiento es un ejemplo claro de la importancia de la preocupación que vertebra los ensayos que publicaría seis años después en *El pecado original de América*. De todos modos, en el conjunto de notas que forma la serie completa, también aparecen con similar intensidad las preocupaciones que con pertinaz insistencia presentarán los libros posteriores a ese primer período. La función del hombre de letras en la sociedad moderna, la alienación del individuo de la cultura de masas, la degradación de la poesía, el valor de la metáfora, su singular posicionamiento político están presentes también. Entonces, si contemplamos todos los libros que publica durante los treinta

años en que desarrolla su producción intelectual, podemos leer “Los penúltimos días” como un mapa anticipatorio, un temprano bosquejo de un recorrido preciso y determinado, una promesa. Aquello que el diario presenta va a ser retomado con variaciones dialécticas en sucesivos textos, con la rigurosidad de un pensamiento inclemente con su propia exigencia de *no identidad*. Las fluctuaciones, alternancias, contradicciones y paradojas son las formas que toma ese pensamiento que se escribe en la obra de Murena. Tomamos un riesgo: leemos esta serie de notas como un conjunto de ensayos en miniatura que presentan, muy tempranamente, el germen del complejo conjunto de ideas que forma toda la obra de Murena.

Reflexiones sobre la escritura de un prólogo. Seguir los múltiples recorridos que propone ese diario supone decisiones. Una de ellas podría ser la de organizar una especie de monografía que rodee, enmarque y direcciona la lectura. Sin embargo, de la descripción que hicimos en el principio se desprenden algunas presuposiciones. Por ejemplo, se infiere la afirmación de que el diario tiene una complejidad que lo vuelve atrayente. Se puede intuir que imaginamos que en esa serie llena de interrupciones y contradicciones está puesto en juego un conjunto de ideas pero también una concepción de la escritura del pensamiento. Entonces podemos apresurarnos a afirmar que ese esfuerzo, que parece intentar la domesticación explicativa del texto, probablemente lo termine allanando y volviendo indeseable.

Otra decisión podría desprenderse de la afirmación de que en “Los penúltimos días” pueden hallarse condensados los núcleos² del proyecto de escritura que Murena despliega hasta que su muerte lo interrumpe. De todos modos adivinamos

allí una desmesura. Es decir, si pretendemos hacer que el volumen funcione como la piedra de toque que permita una comprensión más justa de una obra que excede ampliamente este conjunto de páginas y este período de tiempo, también erramos el camino. No alcanza para justificar el rescate de textos, pero además corre el riesgo de hacer del diario y del resto de la obra algo que no es. Existe la posibilidad de no decir prácticamente nada, seguir de cerca el texto, en el borde de la cita y la paráfrasis. Este escrito parasitario seguramente da cuenta de que leímos el texto de Murena pero lo duplica innecesariamente el peso, ya que no hay nada que no vaya a aparecer en la actividad del lector, no hay posibilidades de agregarle ingenio, precisión, gracia. Si esto fuera posible, el texto presentado no vale la pena; si no es posible, el prólogo sobra.

Leemos "Los penúltimos días" y tratamos de imaginar una escritura que invite a leerlo, que no justifique de antemano, que no estorbe, que no vuelva demasiado predigerido el texto. Creemos que es posible entonces componer, sin la pretensión de calcar la complejidad de esta serie, un prólogo como un conjunto de notas (que podrían intercambiarse, desordenarse o incluso saltarse) que presente al lector una cierta información y una lectura posible, pero que no le pese para construir otras.

Héctor Álvarez Murena nació en 1923 y murió en 1975. Resulta interesante poner los límites de una vida que, en proporción al despliegue de su obra, parece breve. Murena publicó entre mediados de la década del 40 y mediados de la del 70 (sus últimos libros son publicados tras su muerte en 1975) más de veinte volúmenes. Escribió cuentos, novelas, libros de poemas, libros de ensayos³. Publicó y participó de

distintas maneras en revistas culturales importantes⁴, desde *Sur* hasta *Mundo Nuevo* y *Cuadernos* (las que lo contaron como escritor, traductor, corresponsal, entre otras funciones), hasta suplementos culturales de diarios como *La Nación* o revistas de diversos tipos⁵. En 1953 publicó el único número de la revista *Las ciento y una*, considerada un antecedente insoslayable de *Contorno*⁶. Dirigió la colección "Estudios alemanes" en la editorial de *Sur*, donde publicó muy tempranamente las primeras traducciones al español de Walter Benjamin, Theodor W. Adorno y Max Horkheimer.

Es difícil encontrar un modelo descriptivo para el recorrido que forman los distintos libros publicados por Murena. La distinción por géneros, temas, perspectivas estéticas, por pensar sólo algunas, nos resulta insuficiente para comprender qué preocupaciones alientan las selecciones que hace al escribir. Murena escribe para entender y al mismo tiempo somete a prueba los resultados de esas indagaciones. Se desplaza, se contradice, se abisma en la paradoja de su propio razonamiento como un modo de proceder casi sistemático. Murena fascina y genera desconfianza, obliga a

tomar posición y a pensar. El volumen de sus publicaciones crea la sensación de que escribe mucho, casi incesantemente. Construye una obra en la que el pensar se manifiesta en múltiples inflexiones y la lengua se torsiona y se pone a prueba a sí misma constantemente. La palabra y el silencio se tensan en un gesto polémico y provocador que se multiplica en sus textos y sus alcances. En la represen-

Murena construye una obra en la que el pensar se manifiesta en múltiples inflexiones y la lengua se torsiona y se pone a prueba a sí misma constantemente. La palabra y el silencio se tensan en un gesto polémico y provocador que se multiplica en sus textos y sus alcances.

Arriesgamos una afirmación seguramente polémica. Murena no escribe: anota. Escribe notas, largas o breves, con las que deja huella de un pensamiento antidogmático. Reflota esas notas y las hace significar de otro modo una década después. Multiplica los enigmas y las preguntas sobre el mundo, sobre la literatura y sobre sí mismo.

tación de los fenómenos y en la actitud con que los interpela, en la frecuencia de publicación, en los temas que plantea o en las formas estéticas que despliega, Murena alterna la intensidad y la interrupción, la persistencia y el abandono en diferentes grados. De alguna manera crea un efecto de falta de completud que

desafía, y hasta irrita, la paciencia de cualquier lector que busque una afirmación que lo tranquilice respecto de la magnitud y complejidad de un mundo que desconoce y lo desborda. Américo Cristófolo señala:

“[su ensayo] Su obra poética y los dos ciclos de novelas dejan suficiente testimonio de que el pensar literario, que toma a su cargo un *no saber*, una ignorancia, transfiere a la esfera política un modo de acción que, como Sartre le imputa a Baudelaire, se traduce en *culpabilidad* de escribir.”⁷

Señalamos, entonces, algunos rasgos de una obra pensada en preocupaciones persistentes y realizaciones discontinuas. Presentamos dos ejemplos, siguiendo, arbitrariamente, una perspectiva genérica. Sus dos ciclos de novelas, “Historia de un día”⁸ y “El sueño de la razón”⁹ se construyen en torno de preocupaciones radicalmente diferentes. La primera presenta el acceso del peronismo al poder desde una singular construcción de la burguesía que se sentía amenazada. La segunda despliega la idea de una creciente pérdida de la condición de humanidad del hombre moderno, que se cierra en una novela en la que el mismo lenguaje es

llevado más allá de sus límites lógicos. Desde la forma, cada ciclo presenta desplazamientos entre las mismas novelas, y ni siquiera se ajustan a las formas novelísticas contemporáneas. Murena se aparta de las garantías de un círculo tanto como se aparta de las condiciones de legibilidad que su propia obra podría haberse construido.¹⁰

El segundo ejemplo es su producción ensayística. Murena publica ensayos a lo largo de toda su producción en revistas, pero sus libros de ensayos forman ciclos heterogéneos. Entre 1955 y 1962 publica tres: *El pecado original de América Latina* (seguramente el volumen que tiene mayor repercusión), *Ensayos sobre subversión* y *Homo Atomicus*. Hay algunas constantes entre los tres, aunque el desplazamiento de las preocupaciones por el ser americano a la pregunta por la condición del hombre en la era moderna y, de ahí, a las funciones del intelectual en el mundo moderno es notorio. Entre 1962 y 1973 no publica más que dos reediciones de sus ensayos anteriores, al reeditar en 1965 *El pecado original de América*¹¹ y presentar dos colecciones de ensayos previamente publicados, tanto en *El nombre secreto* (1969) como en *La cárcel de la mente*¹² (1971). Recién en 1973 vuelve a publicar un libro de ensayos completo: *La metáfora y lo sagrado*¹³. En esta última colección la preocupación mayor es de orden metafísico, e involucra la metáfora como forma de conocimiento del mundo¹⁴.

Arriesgamos una afirmación seguramente polémica. Murena no escribe: anota. Escribe notas, largas o breves, con las que deja huella de un pensamiento antidogmático. Reflota esas notas y las hace significar de otro modo una década después. Multiplica los enigmas y las preguntas sobre el mundo, sobre la

literatura y sobre sí mismo. Leemos, entonces, que ronda los fenómenos a la espera de que se manifieste una verdad compleja en el entrecruzamiento de perspectivas y de formas en los ciclos de novelas. Ninguna afirmación categórica y tranquilizadora, una voluntad innegable de escribir escarbando aun contra sí mismo. Y en los libros de ensayos, su contrapartida: ninguna renuncia a los imperativos de la hora. Afirmación anacrónica de lo que no se piensa, insistencia sorda en lo que parece haber sido dejado de lado. Murena anota: escribe en el oxímoron que parece marcar el destino de su obra, una especie de *fugacidad persistente*.

Desde otra perspectiva, volvemos sobre la pregunta de rigor: ¿qué señala el nombre Murena? Resulta llamativa la presencia y el peso del pseudónimo en relación con un nombre que no es reemplazado sino enmudecido, reducido incluso a iniciales. Leemos un artículo que publica Héctor Schmucler en la revista *La Caja* (que funciona como referencia ineludible en la bibliografía acerca de Murena) cuyo título es “H.A. Murena”¹⁵. La tipografía del título es significativa: las iniciales del nombre se retraen sobre el fondo en tamaño grande, el pseudónimo se inserta en el medio y abajo, completo, pero en un tamaño menor. HA: *ha* un verbo auxiliar, *ah*, una interjección. Juego de enmascaramiento que de todos modos no oculta el nombre propio, sino que lo pone, como aparece en muchas referencias bibliográficas, a la vista pero entre paréntesis. Una de las respuestas que genera “Los penúltimos días” dispara la polémica desde esta suspensión: Nelly Saglio dice

Me he dicho: —¿Existirá Murena? ¿No será

un espíritu bienamado de los dioses que llega hasta nosotros con mensajes de hechicería? Releo sus trabajos y, realmente, lo vuelvo a encontrar. Si la dirección de SUR suele ser generosa con sus colaboradores, no lo es al publicar las notas de este muchacho que escribe bien y pretende pensar. ¿De dónde se me ocurre a mí el dudar de su existencia y el vincularlo a las esferas de la divinidad? Sé que, por razones de oficio, vive cerca del éter. (Y no busque metáfora ningún malintencionado).

La bibliografía crítica acerca de este escritor multiplica este escamoteo de la figura del escritor. La biblioteca que forman es singular: hay sólo un libro que se ocupa central y más bien descriptivamente, de su obra¹⁶, muchas referencias críticas que lo impugnan más o menos lateralmente a propósito de fenómenos que trascienden sus textos, y otro conjunto de ensayos críticos que periódicamente¹⁷ señalan aquellos aspectos valiosos de su obra que permanecieron o permanecen incomprendidos o injustamente subestimados. Llamativamente la obra de Murena propone, desde un más allá de la letra, afirmaciones que determinan efectos de lectura que marcan la pervivencia de su voz *extraña*, fuera de tono, en el campo de discusiones literarias argentinas.

Murena publica en *SUR* la serie “Los penúltimos días” entre mayo de 1949 y abril de 1950. Como dijimos, es una especie de diario en el que revisa un fenómeno cultural por día: una película, el anuncio de la publicación de un libro, un libro que eventualmente cae en sus manos, un hecho económico, una noticia política, el paisaje urbano, un estado de ánimo, un personaje político. Más allá de la novedad temática, la singularidad de su apuesta puede pensarse en el *tono* con que pretende ensamblar esta serie. La anotación correspondiente al primer día

del diario define los parámetros de este proyecto complejo y ambicioso:

“ABRIL 4. Todo verdadero diario se escribe con decisión de criminal y con íntima voluntad de santo. Es una repetición de los propios asesinatos no exenta de soberbia, pero disparada –misteriosamente– hacia la humildad y la perfección. Escribirlos es la valentía de afrontarlos y aceptarlos como culpa; interpretarlos significa esforzarse por hacer desaparecer la fuente de la culpa. Intento una experiencia que puede resultar provechosa: aplicar este espíritu a la consideración de los acontecimientos públicos más que a los privados con la convicción de que todos somos igualmente responsables por todo lo que ocurre. La duda: respecto al grado en que ello podrá resultar tolerable para los partidistas de cualquier orden, para los que creen que la verdad está sólo en alguna de las facciones de la vida.”

Durante más de un año y medio Murena lleva este *diario público* en el que somete a evaluaciones distintas en diferentes días los mismos fenómenos. A veces un mismo objeto aparece en anotaciones de días sucesivos, formando una serie que no necesariamente cierra una idea. Como ejemplo podemos seguir las vinculadas con la película *El Cuervo*. El primer día propone una lectura desde una moral redentora del hombre, por lo que lamenta que haya una película que se sostenga sobre la idea de un proyecto de hombre abyecto y un arte que se sostenga estrictamente en lo formal. Unos días después (en la cronología del diario) *El Cuervo* es un objeto en el que se contraponen nazis y franceses como fuerzas que encarnan distintas formas del mal contra el ser humano. Finalmente, cuatro días después de esta anotación, comenta otra película, *Les jeux sont faits*, que dice estaba “llena de valientes y profundas intenciones éticas”, y sin embar-

go queda convertida en nada, lo que lleva a reconciliarse con *El Cuervo*, que encuentra entonces mucho más audaz y valiente. Unos días después abre la contraposición posible entre las antítesis anteriores, sin que la resolución se dé, de todos modos, en forma de síntesis: concluye que “*De cualquier manera, voy demasiado al cine. El cine es una especie de cocaína para los pobres y para los viciosos indecisos*”. El estado de ánimo parece marcar ese recorrido en el que pone en juego diferentes concepciones del cine como arte, y hasta se desliza hacia la idea de “industria cultural” que en ensayos posteriores desplegaría más ampliamente. Es un razonamiento contradictorio, es una experiencia mediada por teorías estéticas. Es una serie de notas compleja, en la que parece que el enunciador se pierde respecto de sí mismo. A veces, ni escribe, cita, pero cifra la cita de manera que cualquier cosa que se le agregue sobra. A veces va más lejos y comenta un comentario ajeno sobre un determinado fenómeno cultural. A veces parece que ni siquiera quiere escribir.

Decimos *una especie* de diario y arriesgamos otra hipótesis: podría pensarse la serie, vista en conjunto, como *un* ensayo singular, fragmentario y episódico, de apariencia contradictoria y difractada. Toma el formato de un diario íntimo pero vuelca la indagación desde su subjetividad hacia el espacio cultural en términos de anecdotario crítico. Cada nota abre una perspectiva, un punto de vista, que a veces tiene su continuación temática en otra, pero otras veces se enlazan notas que parecen no seguir una secuencia. Las recurrencias son discontinuas, terminan de aparecer donde ya no tiene nada que decir, aunque el lector intuya que falta. Toda obra es una búsqueda que se construye retrospectivamente, y en estos tempranos textos de Murena parece

verse en germen la persistencia y la discontinuidad que marcan la búsqueda de este escritor durante más de dos décadas. El diario es curioso por estructura, por el título (que parece ser políticamente demasiado denotativo¹⁸), por sus recorridos que dan la impresión de arbitrariedad e inconsecuencia, por el eco desmedido que recoge. Si la temática era novedosa y el modo de interpelación ambicioso, creemos que debemos detenernos en esto último para señalar lo llamativo que resulta que esta serie de textos continúe relativamente olvidada. Como señalamos anteriormente, durante el año en que es publicado este diario se producen reacciones escritas por distintos lectores que se publican en *Sur* junto con “Los penúltimos días”, y son completadas con respuestas de Murena en el número siguiente. Puntualmente, discuten con sus afirmaciones, en cartas que son enviadas a *Sur* y publicadas inmediatamente después del texto de Murena, Victoria Ocampo, José Luis Ríos Patrón, Nelly Saglio, Julio García Pinto y Eduardo Tiscornia. En general, en las respuestas varían los tonos: van de la admonición a un joven que escribe Victoria Ocampo a la corrección ofuscada de Ríos Patrón, del desprecio por la soberbia que señalan Saglio y García Pinto al consejo casi benevolente de Tiscornia. Todos señalan, de todos modos, dos cosas: sus desacuerdos y el interés que les suscita el diario. La publicación de las réplicas abre un cuadro de diálogo interesante: Murena responde en el mismo diario, complejizando aún más la idea de un emisor desdoblado en receptor que puede suponer ese tipo de texto. De repente todos son partícipes de esa serie y construyen un contrapunto singular. Visto en la contemporaneidad, desplaza la polémica al interior de una escritura que se pretende íntima, y

el tono del desacuerdo se ajusta más a esa relación interpersonal que las formas de discusión más frecuentes. Visto desde la cómoda distancia que significa tener la totalidad de la producción literaria de Murena, los berrinches, admoniciones, impugnaciones y consejos forman una trama que se enlaza con las afirmaciones que Murena va a ir formulando respecto de lo que significa ser un *hombre de letras*: su idea probablemente nunca efectivizada (aunque está en la forma de esa idea la imposibilidad de realizarse, junto con la insistencia por conseguirla) de lo que entendía por un proyecto intelectual. Cada una de las intervenciones con que se discute a Murena le abre la posibilidad de un desarrollo que estaba a la espera de que se le hiciera lugar. Murena provoca con sus notas y prevé como respuesta afirmaciones que puede hacer propias. Abrimos el juego de las notas: leemos una réplica. García Pinto se pregunta: “¿Es feliz nuestro amigo? ¿Algún padecer ensombrece su prosa trascendente?”. La pregunta anticipa un ensayo que Murena escribe casi una década después. En “La subversión necesaria” Murena construye la figura de un intelectual observado desde la perspectiva del portero, siempre sospechoso e infeliz, “perdiguero del absoluto”, condenado a una búsqueda incesante de una verdad que se le escapa aun cuando la encuentra y que en la tensión entre preocupaciones que trascienden la mera percepción de la realidad y una realidad que arrastra lejos de esas preocupaciones. Es difícil hacer anotaciones a las notas.

Un proyecto intelectual involucra algo más que la declaración de ideas. La evaluación retrospectiva, la única posible para una obra, corre el riesgo de pecar en la asignación de continuidades, variaciones y causalidades. Aún así son interesantes las que se reconstruyen entre

“Los penúltimos días” y los ensayos que sucedieron, tanto como entre las críticas y la reafirmación de sus ideas que Murena ejercita en cada oportunidad en que escribe. Las imágenes del diario como un ensayo hecho de miniaturas, como un criptograma proyectivo, como una provocación destinada a generar condiciones de visibilidad en el campo cultural se superponen en lo que puede parecer un abuso de interpretación. Quizás el paso del tiempo haya generado condiciones de legibilidad más benévolas para este escritor (no necesariamente más justas). Quizás la distancia hace que se vuelvan astucias las arbitrariedades y torpezas. Quizás no haya querido ser más que un diario al que algo de azar u otras determinaciones externas cargaran de sentido a partir de estas discontinuidades, recurrencias y variaciones. En todo caso, la voz disonante de Murena en el marco de las discusiones pasadas y presentes, la voz persistente sobre aquellas cosas que queremos (o no) pensar, hace que las

tensiones, discontinuidades, hallazgos, fracasos y contradicciones que atraviesan este texto estallado resuenen con un eco particular, iluminen con una mirada oblicua e intranquilizante tanto el campo en el que se inscribe como la obra misma. Murena anota: deja pequeños textos que serán recobrados por otros, por él mismo, por nosotros mismos, que buscamos los tonos con los que pensarnos.

En esta edición de “Los penúltimos días” intentamos mantener la estructura del diario con algunos agregados. Dejamos presentes las fechas de publicación para construir el contexto en el que resuena cada serie. Incluimos las réplicas y polémicas en el cuerpo del diario, para que se puedan ver los cuadros de diálogo que se forman a partir de ellas, y que tienen un lugar importante en el diario. Por esa razón dejamos al final de cada serie y de sus respuestas quién las rubrica, manteniendo la forma que aparece en el original.

NOTAS

1. Warley, Jorge, Mangone, Carlos, “Prólogo”, en *Contorno (selección)*, CEAL, Buenos Aires, 1993. “Ya en 1948, Héctor Álvarez Murena publicaba una serie de notas bajo el nombre de “Los penúltimos días” en la revista *Sur* donde por primera vez en esa publicación se abordaban temas como Yrigoyen, el peronismo, etc.” (p. II).
2. En el diario aparecen condensados, entre otros, postulaciones acerca del ser americano, de la modernidad tecnificada, de la relación del europeo desterrado con América y con Europa, la concepción de lo que es la poesía y el arte, la función del intelectual, su relación con la política partidaria, la teoría del nombre, su concepto de razonamiento que incluye la “contradicción consigo mismo”, el anacronismo necesario para la reflexión, el pesimismo respecto de la idea de un destino ligado a un pecado original, todos los núcleos que desarrollará en su obra posterior.
3. Obras de Héctor Álvarez Murena:
 - CUENTO*
 - Primer testamento*. Buenos Aires, Sudamericana, 1946.
 - El centro del infierno*. Buenos Aires, Sur, 1956.
 - El coronel de caballería y otros cuentos*. Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1971.

NOVELA

- La fatalidad de los cuerpos*. Buenos Aires, Sur, 1955.
- Las leyes de la noche*. Buenos Aires, Sur, 1958.
- Los herederos de la promesa*. Buenos Aires, Sur, 1965.
- Epitalámica*. Buenos Aires, Sudamericana, 1969.
- Polispuercón*. Buenos Aires, Sudamericana, 1970.
- Caína muerta*. Buenos Aires, Sudamericana, 1971.
- Folisofía*. Caracas, Monte Ávila, 1976 (reedic., Buenos Aires, EUDEBA, 1998).

POESÍA

- La vida nueva*. Buenos Aires, Sudamericana, 1951.
El círculo de los paraísos. Buenos Aires, Sudamericana, 1958.
El escándalo y el fuego. Buenos Aires, Sudamericana, 1959.
Relámpago de la duración. Buenos Aires, Losada, 1962.
El demonio de la armonía. Buenos Aires, Sur, 1964.
F.G.: un bárbaro entre la belleza. Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1972.
El águila que desaparece. Buenos Aires, Alfa Argentina, 1975. (reedic. Revista *Nombres*, N° 7, abril-junio, 1996).

ENSAYO

- El pecado original de América*. Buenos Aires, Sur, 1954 (1ª reed. Buenos Aires, Sudamericana, 1965; 2ª reedic. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006).
Homo Atomicus. Buenos Aires, Sur, 1961.
Ensayos sobre subversión. Buenos Aires, Sur, 1962.
El nombre secreto. Caracas, Monte Ávila, 1969.
La cárcel de la mente. Buenos Aires, Emecé, 1971.
La metáfora y lo sagrado. Buenos Aires, Tiempo Nuevo, 1973.

TEATRO

- El juez*. Buenos Aires, Sudamericana, 1953.

DIÁLOGOS

- El secreto claro (diálogos con V.J. Vogelmann)*, Buenos Aires, Fraterna, 1979.

RE-EDICIONES

- Visiones de Babel* (selección y prólogo de Guillermo Piro), México, Fondo de Cultura Económica, 2002.
Herrschaft (selección y prólogo de Guillermo Piro), Tantalia, Buenos Aires, 2006.
4. La importancia de las revistas no es la misma en cada caso y responde a razones diversas. Lo cierto es que no son revistas de poca visibilidad o participación en el campo cultural latinoamericano de las décadas del 40 al 60.
 5. Murena publicó además colaboraciones en *La Nación*, *Verbum y Realidad*, de Buenos Aires; *Marcha* de Montevideo; *Nova* de La Paz; *Mito* de Bogotá; *Assomante y La torre*, de Puerto Rico, *New World Writing y Odyssey*, de Nueva York; *Papeles de San Armadans*, de Palma de Mallorca; *Lettres Nouvelles, Cuadernos, Mundo Nuevo y Les Lettres Nouvelles*, de París; *Comunitá* de Milán; *Il Caffè*, *Tempo Presente*, *L'Aproddo Letterario* e *Il punto de la Settimana*, de Roma y en *Humboldt*, de Hamburgo.
 6. Cfr. Mangone, Carlos y Warley, Jorge, *Capítulo. Historia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires. CEAL, 1980-1986.
 7. Cristóbal, Américo, "Murena, un crítico en soledad" en Jitrik, Noé (dir.), *Historia Crítica de la Literatura Argentina. Vol. X. La irrupción de la crítica*, Buenos Aires, Emecé, 1999, pp. 110-111.
 8. *La fatalidad de los cuerpos, Las leyes de la noche y Los herederos de la promesa*.
 9. *Epitalámica, Polispuercón, Caína muerta y Folisofía*.
 10. Las reseñas y comentarios acerca de sus novelas suelen ser elogiosos, pero no pueden rastrear más continuidades entre sí que la idea general del ciclo, todo lo demás está en permanente desplazamiento.
 11. Agrega allí una segunda introducción y quita un ensayo significativo.
 12. En ambos volúmenes publica uno o dos ensayos inéditos en libro, pero conforman igualmente unidades significativas. A pesar de que ya habían sido editados, la selección que hace es una operación de escritura significativa.
 13. Algunos de los ensayos de este libro habían sido publicados en revistas, principalmente, y uno en *La cárcel de la mente*, aunque en la composición del volumen tiene una entidad diferente.
 14. Al respecto, se puede ver el artículo de Leonora Djament, "Una teoría del arte y del lenguaje en *La metáfora y lo sagrado* de H.A. Murena" *Cuadernos del Sur-Letras*, revista de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, EDIUNS, N° 32-33, 2002-2003.
 15. Schmucler, Héctor, "H.A. Murena", *La Caja. Revista de ensayo negro*. N° 10, noviembre-diciembre, 1994.
 16. Frugoni de Fritzsche, Teresita, *Murena*. Buenos Aires, El imaginero, 1985.
 17. Entre mediados de los 70 y fines de los 90 más o menos esporádicamente, a partir de fines de los 90 con mayor frecuencia.
 18. "Los penúltimos días" puede leerse como una expresión de deseo respecto del primer gobierno peronista.

Dialéctica y semiología

En esta sección, presentamos la conferencia que Juan Samaja brindó en la Biblioteca Nacional, en el marco del Ciclo de Pensamiento Contemporáneo

llevado a cabo en 2005. Juan Samaja ha fallecido en diciembre de 2006. Cuando algo como eso ocurre, que quede otro para dar cuenta. A modo de breve oficio de recordación, mantenemos la presentación que Horacio González hizo de la exposición brindada por Samaja. De alguna manera, es su testamento de filósofo.

Juan Samaja ha sido solicitado por la Biblioteca Nacional para realizar la exposición de hoy. Él es alguien con quien compartimos muchas horas en la década del 60, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Y esto sería algo declaradamente irrelevante, que no pasaría de sendas anécdotas personales de un vínculo que a lo largo del tiempo quiso mantenerse, si no fuera porque además, Juan es un filósofo reconocido, reconocible, visible, del campo de la ciencia, de la epistemología, de la pregunta por el conocimiento. Tal y como es posible hacerlo hoy en la Argentina, y a la luz de las grandes lecturas de los filósofos del lenguaje, y a través del atrevimiento y la aventura intelectual con la cual Juan Samaja ha encarado estos temas ante vastos públicos universitarios y no universitarios del país; preguntándose, precisamente, por el origen de las preguntas, el origen de

aquello que llamamos conocimiento y, al mismo tiempo, entrelazando dos campos tremendos de los legados filosóficos: la semiología y la dialéctica.

Los libros atraen a las personas y las personas a los libros. Traje el libro de Juan, *Semiología y Dialéctica*, en el cual aparece el formidable desafío de conjugar estos dos campos. Bastando con imaginar que están involucrados ahí los nombres de Hegel, de Peirce o de Saussure para presentar el horizonte de los interrogantes que realiza Juan en la filosofía argentina, en su actividad específica y, al mismo tiempo, el modo en que esa actividad específica de la pregunta por el conocer se bifurca en todos los campos del conocimiento. Juan es extremadamente riguroso, así lo conocí y así lo imagino en la actualidad en su exposición. Juan ha escrito varios libros que me gustaría leer con los títulos con los que aparecen: *Epistemología y Metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*, de la vieja editorial Eudeba. *El lado oscuro de la Razón. Semiótica y Dialéctica* (seguido de la primera versión de la Lógica de Hegel), traducida por Juan Samaja de la versión francesa de Gandillac; *La reproducción social y la salud*, un libro editado en Salvador, Bahía, Brasil y *Epistemología de la salud, reproducción social, subjetividad y transdisciplina*. No me declaro impresionado por estos títulos, me declaro impresionado por las preocupaciones que Juan dice que viene a compartir. Bueno, espero que Juan haya tolerado esta amistosa, cariñosa y casi “científica” presentación.

El cuerpo, el lenguaje, la escritura y el hipertexto^(*)

Por Juan Samaja

La escena de aquella noche tuvo una sorprendente afirmación inicial: “No soy conferencista, soy profesor”, aclaraba Juan Samaja al solicitar la consideración de los oyentes respecto a la temporalidad propia de una clase, sus zigzagueos, reenvíos y oscilaciones, propios de quien está meditando mientras expone. En medio de un silencio atento, Juan Samaja iba trazando un itinerario que urgaba en la filosofía; los nombres de Kant, Hegel, Spinoza, Derrida y Heidegger fueron convocados por la urgencia narrativa; la epistemología, la sociología, el psicoanálisis, la pedagogía y la lingüística. Estas invocaciones no tenían otro propósito que pensar el presente del país desgarrado, que reclamaba una reinención capaz de superar –y conservar– los fragmentos de cuerpos y subjetividades atravesadas por redes significantes. Una invitación a pensar la originalidad del porvenir desde las huellas trazadas por pensadores pretéritos.

Buenas noches. Es para mí un honor muy especial estar en esta sala, en esta Biblioteca Nacional, haber sido invitado por los organizadores a formar parte de este ciclo de conferencias.

Quiero de entrada pedir disculpas porque no soy conferencista sino profesor, y eso hace una diferencia. El profesor necesita pizarra, necesita tiza y tiempo. Tiempo para equivocarse, para desandar las cosas mal dichas, corregirlas y debatirlas con los oyentes, escucharlos, etc. Nada de eso voy a poder hacer ahora. Pero ya acepté el convite. Imagino mucho de narcisismo, vanidad... Mi deseo era figurar en la nómina de los expositores. Ya eso se cumplió y ahora viene la tarea difícil de dar la talla de la aceptación que tuve la imprudencia de proferir.

La primera cosa es justificar por qué acepté. Yo dije: "No tengo nada que decir sobre el pensamiento contemporáneo. Porque no soy un especialista en el tema, no me dedico a investigar las corrientes del pensamiento contemporáneo, que son numerosas, profundas, complejas, sino a dar mi propio surco". Y me respondieron: "No se espera que usted hable del pensamiento contemporáneo, sino que usted exprese lo que está pensando contemporáneamente". Eso me halagó, porque me incluía dentro de los pensadores contemporáneos y se me invitaba a decir qué es lo que yo estaba pensando. Entonces dije: "Pues bueno, yo puedo contar qué es lo que estoy intentando escribir como resultado de ya casi cuarenta años de docencia universitaria".

La segunda cosa que quería hacer, abriendo el paraguas a lo que pueda suceder en esta conferencia, si es que no llega a buen puerto, es justificar el título y de alguna manera anticipar adonde querría llegar si tuviera el tiempo y el

tino suficiente para hacerlo. El título dice: "El cuerpo, el lenguaje, la escritura y el hipertexto". ¿Qué enuncian estas cuatro categorías, estos cuatro lexemas, cuerpo, lenguaje, escritura, hipertexto?

Hago una aclaración antes de seguir: hipertexto no lo usé en un sentido estricto, si es que lo hubiera, sino más bien por el rasgo emblemático que tiene, ser un término que alude a las formas comunicacionales contemporáneas y, de alguna manera, la propia configuración del lexema hace referencia a que está más allá de la escritura; y como la escritura está en el momento anterior, me parecía que era un buen término

para indicar qué estaba queriendo apuntar. Pero podría haber escrito, de manera más rigurosa, que hacía referencia a la operación universal de las técnicas como modernas formas de comunicación. Y esto puede resultar un tanto difícil de entender, pero voy a tratar de sostener que la tecnología contemporánea no es solamente un instrumental, sino una forma, un lenguaje, un modo de comunicación, una semiótica. Es una semiótica poderosísima, que nos envuelve por todos lados y que nos cuesta identificar porque estamos dentro de ella. Estamos precisamente con la no distancia suficiente para objetivarla y comprenderla en su amplitud. De alguna manera, esta charla pretendería hacer eso, introducir una distancia para comprender mejor ese concepto.

(...) hipertexto no lo usé en un sentido estricto, si es que lo hubiera, sino más bien por el rasgo emblemático que tiene, ser un término que alude a las formas comunicacionales contemporáneas y, de alguna manera, la propia configuración del lexema hace referencia a que está más allá de la escritura; y como la escritura está en el momento anterior, me parecía que era un buen término para indicar qué estaba queriendo apuntar.

Vuelvo a la propuesta, porque el título dice “el cuerpo, la lengua, la escritura, el hipertexto”; todos estos términos como claves para comprender cuál es el entramado en que se forma la subjetividad del hombre contemporáneo.

Lo que voy a sostener es que en su proceso de formación, la subjetividad no debe ser concebida como una sustancia

(...) esta propuesta que diría, en definitiva, que la subjetividad del hombre contemporáneo es el entramado de cuatro subjetividades. Las cuales, todas ellas, debieran estar adecuadamente atendidas para que ese sujeto contemporáneo sea plenario y no fragmentario o unidimensional.

que esta munida de instrumentos tales como “corporeidad”, “lingüística”, “escrituralidad” y, eventualmente, “tecnológica” o como quiera llamarse. Ni tampoco como resultado de una

construcción que fue dejando atrás los primeros tramos y solamente queda el último, a saber: los hipertextos; sino como una construcción, como una estructura jerárquica en donde cada uno de estos niveles hizo posible el siguiente y, al mismo tiempo, cuando el siguiente se instala, suprime pero conserva, superando lo anterior. De manera que todos los niveles anteriores están presentes, y no reconocerlos o advertirlos, o no tributar a ese esfuerzo de conservación para lograr la superación, puede ser una de las consecuencias más negativas en la formación del hombre contemporáneo.

Obviamente, necesito desarrollar la idea central para que esta propuesta se entienda, de modo que deo acá la presentación del título y paso a presentar qué problema estaría intentando resolver con esta propuesta que diría, en definitiva, que la subjetividad del hombre contemporáneo es el entramado de cuatro subjetividades. Las

cuales, todas ellas, debieran estar adecuadamente atendidas para que ese sujeto contemporáneo sea plenario y no fragmentario o unidimensional.

Esa es la propuesta y ahora quiero decir cuál es el problema que viene a resolver, que pretendería resolver esta propuesta. El problema quizás se pueda presentar de la manera más directa, haciendo referencia a un interesante libro de un antropólogo llamado Bruno Latour y que se titula de manera bastante sugestiva: *Nunca fuimos modernos*. En esa obra, él dice: “el panorama académico contemporáneo es un panorama asombroso por la contradicción que presenta —el mundo académico— con el sentido común. En el mundo académico, pareciera que el hombre sólo pudiera ser investigado en alguna de estas tres perspectivas: o la perspectiva naturalista; o la perspectiva subjetivista sociológica; o la perspectiva textualista, post-estructuralista o en una concepción semiótica bastante particular como la que representa, y anticipo el nombre emblemático, Jacques Derrida.”

Este autor, Bruno Latour, para darle sentido, para darle una comunicación más eficaz a estas tres corrientes, las pone bajo la figura de algún gran autor. En el caso del naturalismo menciona a Edward Wilson, el creador de la Socio-biología, ese gran investigador que tuvo la audacia de poner en duda el carácter excluyente del ser social en el ser humano, afirmando que también los animales son seres sociales, que también en la vida animal se da la sociedad. Y esa investigación en Sociobiología fue duramente atacada, por cierto, por una serie de pensadores, reivindicando la dimensión social exclusivamente para el ser humano; no en tanto rasgos de la naturaleza

sino con las dimensiones de la libertad y la creación del espíritu. En el segundo enfoque, sociologista, aparece la imagen de ese gran sociólogo francés llamado Pierre Bourdieu.

Finalmente en la tercera versión, el ser humano como texto, como semiosis interminable, como encadenamiento de significantes en el que, finalmente, en ningún momento se precipita hacia el significado, tenemos el nombre de Jacques Derrida.

Cada una de estas tres versiones, que se designan como conjuntos categoriales, se opone a las otras: o el ser humano es un ser natural, o es un ser subjetivo, volitivo, constructor de su destino, o está atrapado, enredado en textos interminables y sólo queda un esfuerzo desesperado de desconstrucción sistemática y perpetua de los textos en los cuales estamos enredados. Pero lo cierto es que no es posible combinar esas tres cosas.

¿Y por qué comencé diciendo que esta situación es paradójica y contradictoria con el sentido común? Porque en el campo del sentido común estamos absolutamente acostumbrados a relacionarnos con este carácter híbrido del ser humano. El ser humano se nos presenta como coseidad, como subjetividad y construcción histórica. Jean-Paul Sartre podría ser mejor que Bourdieu para presentar esta línea de pensamiento: la subjetividad como centro de la trama humana. Y, por último, también estamos atrapados en cadenas de significante que nos hacen hablar y nos hacen decir, nos hacen significar, más allá de lo que nuestra subjetividad –voluntad, diría yo– puede querer decir. Ustedes recuerdan que Jacques Derrida está enrolado en el post-estructuralismo donde el sujeto tiende a desaparecer.

Tomemos cualquier enfermedad importante de la época. Pensemos en el SIDA, dice Bruno Latour. Quién más, quién menos, sabe que para referirnos a esa realidad dolorosa del ser humano, tenemos que hablar de virus, de retrovirus y de hechos concretos que tienen que ver con objetos y que son investigables desde el punto de vista de las ciencias naturales.

Y lo mismo pasa con la dimensión subjetivista. Quién ignora que el SIDA es una carta que se juega en el mundo de las subjetividades, en el mundo de la construcción de poder, en el mundo del micro-poder y del macro-poder; que sirve para marginar, para reivindicar, para angustiar, para desafiar los proyectos individuales y sociales, etc.; quién ignora que hay una dimensión subjetiva importantísima; y quién ignora, además, que el SIDA está funcionando como un significante entramado de significantes, que se diseminan y se transforman, y engendran nuevos campos de sentido perpetuamente que, cuando los queremos agarrar se nos vuelven a escapar y vuelven a querer decir más de lo que nosotros queremos decir. Y quién ignora que todo esto está junto. Con lo cual tenemos la siguiente situación paradójica en el mundo académico. Los académicos intentan purificar los enfoques: o se es cosa o se es sujeto; o se es regla o sintaxis. Y en el mundo de la realidad, en el mundo del sentido común mínimamente ilustrado, constatamos perpetuamente que somos cosa, que somos subjetividad y que estamos atrapados en redes de significantes. Esta situación es con la que querría lidiar intentando una propuesta superadora. Lo cierto es que no soy, de ninguna manera, el inventor de esta propuesta, sino simplemente un eco

de un linaje de pensamiento que se remonta a la antigüedad y que sigue existiendo en el momento contemporáneo con el nombre de dialéctica. La dialéctica, desde hace milenios, intenta dar respuesta a este carácter híbrido o, en términos más correctos tomados de la literatura hegeliana, este rasgo de lo concreto como unidad de lo diverso. Es el esfuerzo por poder pensar esas cosas que se contradicen en una unidad superior.

Voy a centrar este desarrollo arrancando desde lo que designaría como el nacimiento mismo, el embrión

Lo cierto es que la ciencia parecía, durante muchos años y siglos, haberse conformado con estas dos grandes categorías: hay cosas y hay causalidades; hay cosas y hay interacciones. Y la tercera categoría, normalmente, no apareció o cuando aparece, lo hace frecuentemente con el nombre de causalidad recíproca.

de la dialéctica moderna, que la encontramos en Kant. Él presenta las categorías del intelecto, es decir los repertorios categoriales, en tríadas; y una de las tríadas, que es la que voy a tomar como punto de partida

de esta charla, es la que está emparentada con la categoría de relación. Él enumera tres categorías: Primero la *sustancia*, como lo que es en sí; luego la *causa y el efecto*, como lo que es en la interacción; y finalmente, la categoría de *causalidad recíproca*, que también llama *comunidad*.

Es muy probable que muchos de ustedes hayan tenido una aproximación a la filosofía de Kant y hayan registrado las dos primeras categorías. Sin embargo, lo más probable es que la categoría de *comunidad* haya pasado desapercibida. La *sustancia* como la *cosa*, lo *en sí*, lo que tiene una cierta inherencia, la categoría de la *interacción*, la reacción entre las cosas.

Lo cierto es que la ciencia parecía, durante muchos años y siglos, haberse conformado con estas dos grandes categorías: hay cosas y hay causalidades; hay cosas y hay interacciones. Y la tercera categoría, normalmente, no apareció o cuando aparece, lo hace frecuentemente con el nombre de *causalidad recíproca*. Es una categoría llena de misterio y de consecuencias tremendas en la capacidad para pensar la realidad.

¿Por qué hablo de misterios? Quiero anticiparles que en esta categoría de *comunidad* hago énfasis en sostener que se trata del nacimiento del concepto *comunicación*. Lo que quería decir Kant con *comunidad* es que después de la *causalidad* viene una categoría más rica, más profunda: la categoría comunicación o semiosis. Él no lo dijo, lo dijo un seguidor de él llamado Charles Peirce.

Lo cierto es que el concepto de *comunidad* implica la simultaneidad de los elementos que interactúan y que se pone de manifiesto su carácter misterioso, si hacemos un intento por comprender, el lexema *causalidad recíproca* o el sintagma *causalidad recíproca* ¿Por qué? Fíjense ustedes lo que implica esta noción: lisa y llanamente, nos habla de una ruptura de la linealidad del tiempo. Ustedes saben que la causalidad implica una sucesión en el tiempo. La causa está siempre antes que el efecto. Pero, ¿cómo es posible que el efecto, a su vez, reaccíe sobre la causa? ¿Cómo es posible que haya un hecho posterior que tenga como objeto de acción a futuro su propio pasado? Y esta categoría debiera hacernos pensar mucho más de lo que nos hacen pensar las palabras y el gesto de ir y venir. Porque cuando se toman en serio las palabras aparecen ciertas paradojas de muy difícil solución, y esta es una de las más importantes.

Es en este punto donde yo voy a hacer énfasis, porque acá nace la idea de la significancia: “hacer sentido” es retornar al origen, y para ello es absolutamente necesario que dejemos de lado la idea de que la realidad se mueve linealmente y pasemos a la idea de una realidad que se mueve cíclicamente. En el mundo de la ingeniería contemporánea se habla de conmutadores circuitales, se habla de feedback, de retroalimentación. Todos estos elementos son construcciones tecnológicas tendientes a modelizar una realidad mucho más profunda que nos atraviesa a nosotros mismos y que frecuentemente no comprendemos en profundidad. Cuando creemos que estamos avanzando en rigor estamos retrocediendo, cuando creemos que estamos produciendo un sentido a futuro lo estamos produciendo pero, de alguna manera, lo hacemos en el sentido en que lo indica la jerga spinoziana: *perseverando en el origen*.

Recuerden ustedes que el asunto es cómo pensar la trama del hombre contemporáneo, cómo pensar su subjetividad. Estoy tratando de poner peldaños para ir arribando a la respuesta en cuestión.

Kant, con sus tres críticas hizo posible volver a pensar la categoría de *causalidad final* que siempre fue un componente necesario del repertorio categorial de la razón humana, no sólo para pensar la vida humana sino la vida en general. Sin embargo, esta noción siempre adoleció de insuficiencias para la mentalidad científico-positiva, porque la *causalidad final* introducía esta paradoja. A saber: estamos avanzando hacia un fin que está a futuro y que tiene que ver con el destino; de alguna manera está preformado, prefigurado en el sujeto que

apunta hacia él. Con el desarrollo de las ciencias positivas la categoría de *causalidad final* cayó en el descrédito y fue Kant –esto lo reconoce Hegel con mucha admiración– quien hizo posible volver a pensar la categoría de *causalidad final* dándole una nueva significación y poniéndola en la mesa de los científicos sin ningún tipo de objeción posible a su científicidad.

Obviamente que la disciplina que salió inicialmente beneficiada con esto fue la biología. Porque es allí en donde se precisa, de manera insoslayable, la categoría de *finalidad*. Nadie puede describir el movimiento de un gato como describe la caída de un cuerpo. El gato no se mueve del mismo modo que un cuerpo cuando cae, sino que se mueve con intencionalidad. Esa dimensión de intención, ese propender hacia un fin, era inherente a cualquier intento de describir rigurosamente, sensatamente y fielmente lo que nuestros sentidos nos permiten observar en el comportamiento de los seres vivientes.

No me voy a entretener en el esfuerzo por mostrar en que consistió la salvación de la categoría de *finalidad*, voy a ir más directamente a la pregunta que me interesa ahora. Por qué razón este concepto de *comunidad* y esta reivindicación de la categoría de *finalidad* tiene que ver con la formación del sujeto, con el hacer y el sentido, con la significancia. Podríamos decirlo así: todo hecho de sentido, toda creencia, todo conocimiento, todo “apercatamiento” –si me permiten el neologismo–, todo apercibimiento de algo que está allí con una significancia, para mí es –y no podría ser de otra manera– un momento o una función de la autorregulación de un ser que es autónomo.

De una manera más simple, escudán-

dome detrás de las espaldas de Jean Piaget, todo conocimiento es una función de la autorregulación de la vida; todo conocimiento, toda vez que yo digo algo conozco que me hace sentido o lo significo, eso debe ser comprendido como una función inherente a mi propia autorregulación.

¿Qué quiere decir esto? Primeramente que el ser es autorregulación. Ya mencioné rápidamente la noción de conmutadores circuitales, que en el fondo quiere decir “si-no” en función de un cierto ciclo que retorna sobre sí mismo. Para un ser viviente, que se distingue claramente de un no viviente en el hecho de la autorregulación, percibir cuál es su situación es crucial.

Veamos la diferencia entre un ser que se autorregula y un ser que no lo hace. El ejemplo no es mío, aunque es muy simple y no vale la pena citar el autor:

Nosotros podemos asegurar que en ciertas circunstancias nuestra reacción es evidentemente emocional, intuitiva; actuamos por pálpitos, por olfatos, por corazonadas. Y es una dimensión cognoscitiva de gran importancia sin lugar a dudas.

¿Qué diferencia hay entre un charco y una polilla? Si a los dos los sometemos a un proceso de deshidratación, lo que va a suceder es que el charco se

va a secar y la polilla se va a ir. Esta diferencia hace a un ser que no se autorregula, el charco, que sencillamente padece la acción causal. Lo que resulta de él es lo que finalmente sucede al término del proceso de la reacción fisico-química. En cambio, en el caso de la polilla, ella no va a admitir disecarse, sino que en tanto intenta perseverar en su ser, en cuanto perciba que no está siendo suficiente la cantidad de agua que necesita, ella va a moverse en la dirección de recuperar ese parámetro de su Mor al agua.

El conocimiento está íntimamente vinculado a la vivencia de muerte, a la experiencia de evitarla. Es una función inherente a la perseverancia en el ser. Ahora, si el sujeto se apercibe de que le está faltando algo, actúa; si esa identidad que se autorregula se apercibe de la carencia de algo, actúa en función de compensar, de rechazar: de negar esa negación, lo que es su propia afirmación. Ese movimiento perpetuo es el que Martin Heidegger finalmente llamó *cura*, la preocupación permanente por aquello que nos está hostigando, que nos está asediando, sacándonos de nuestro propio ser: la angustia frente a la muerte.

Obviamente esto dicho con esos términos vale para el ser humano, pero dicho con términos más amplios también valdría para una ameba, para un ser platelminto, para una hidra o para cualquier protozoo. Todo viviente intentará permanentemente huir de aquellas circunstancias que pueda percibir como negadoras de su ser.

Ahora bien, si nosotros no sabemos que no sabemos, no pasa nada, sencillamente nos aplasta la corriente y vamos a donde la causalidad nos lleva. Hay un refrán campesino que dice: “*Camarón que se duerme, se lo lleva la corriente*”.

Lo que nos está pasando es sinónimo de ser objeto de la corriente de la causalidad que avanza hacia delante. En cambio, tener apercibimiento, tener noticia es disponer de aquella información suficiente y necesaria para poder corregir y actuar conforme a nuestros propios puntos de partida.

Ahora, si nosotros sabemos que no sabemos, si el viviente tiene la capacidad de percibir que no está percibiendo algo que necesita para sobrevivir, se produce esta vivencia particular que es el miedo a nada, a algo que no se sabe

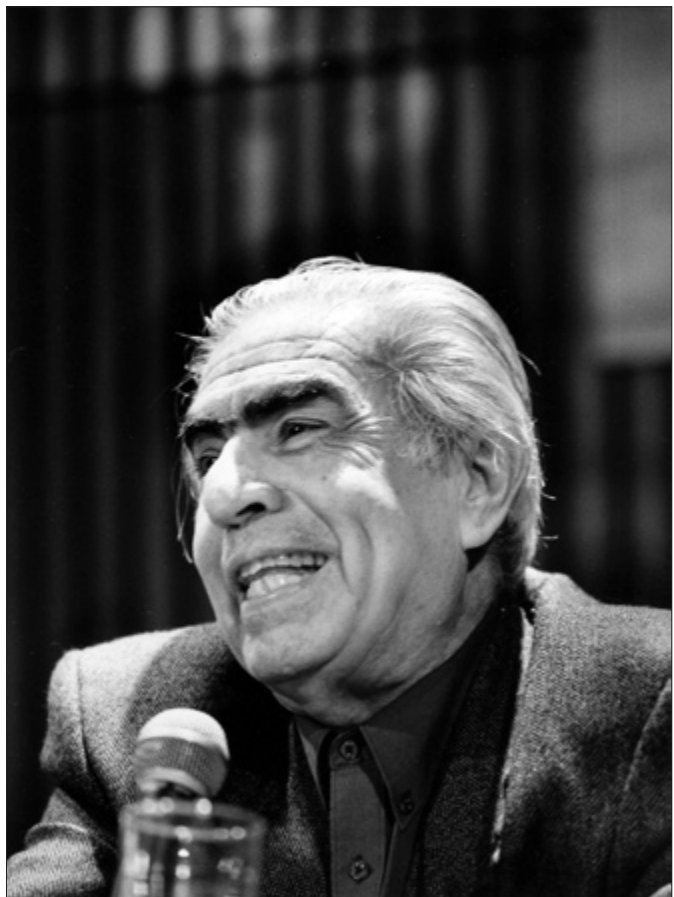
qué es. Y acá aparece una función de extremada importancia que es en realidad la que corresponde a la noción de *cura* en Martin Heidegger o a la noción de *investigación* en Charles Peirce. El sujeto viviente cuando se apercibe de que le falta algo por percibir para perseverar en su ser, desarrolla una actividad que se llama investigación, y esa investigación es cualquier cosa que se hace para poner una creencia o un conocimiento, no importa si verdadero o falso, que me permita actuar y no quedar paralizado, inerte, entregado a la corriente de las causas externas.

Él va a hablar de cuatro grandes formas de investigación, cuatro grandes formas de conocimiento. El conocimiento intuitivo, él lo llama tenacidad, pero este término habría que aclararlo para hacerlo significativo, por lo que lo voy a reemplazar por el método de poner el cuerpo, de percibir, de sentir: la inteligencia emocional, que es una forma de conocimiento. Nosotros podemos asegurar que en ciertas circunstancias nuestra reacción es evidentemente emocional, intuitiva; actuamos por palpitos, por olfatos, por corazonadas. Y es una dimensión cognoscitiva de gran importancia sin lugar a dudas. Es una de las primordiales y sigue actuando en nosotros aunque la cultura, la civilización y los hipertextos logren ocultarla. Pese a ello sigue operando de manera incuestionable.

El segundo método que Peirce identifica, es el de la tradición, de la autoridad. Si en el primero, el conocimiento está vinculado directamente al objeto, en un frente a frente al objeto, en el segundo está mediado por Otro, un sujeto al cual investimos de autoridad y le reconocemos esa función de transmisión de conocimiento: creemos en lo que el otro dice que debemos creer.

En términos lacanianos, el deseo pasa a ser el deseo del deseo del otro. Ya no es lo que deseo sino lo que el otro desea que yo desee que desee.

El tercer método es el método de la reflexión, en donde ya no hay una autoridad externa, ni tampoco una relación inmediata a mis propias vivencias, sino algo mucho más complejo que tiene que ver con una autoridad internalizada que llamamos *razón*. La



reflexión es el método que está vinculado a la fundamentación donde, entre varias creencias posibles, entre varios sentidos posibles, no tomamos el que nos nace ni el que nos es transmitido por un sujeto investido de autoridad sino que, confrontando los diversos

Juan Samaja, por
Mariano Lamota

sentidos y creencias en juego, buscamos aquéllas que sean más congruentes con cierto sentido muy básico que llamamos fundamento.

De dónde salen esos fundamentos es otra cuestión, pero lo cierto es que el modelo de este método reflexivo siem-

Piensen ustedes en la respuesta que dio Milstein, en cierta entrevista, cuando le preguntaron algo sobre su retrovirus: “Yo no hago filosofía, yo testeo hipótesis, mi trabajo no es andar legitimando un conocimiento por Mor de los fundamentos, mi trabajo es legitimar un conocimiento por su eficacia técnica”. Y esto era un mero eco de lo que había dicho hace varios siglos antes Newton cuando advirtió: “¡Física, cuídate de la Metafísica!”.

pre fue la matemática; por cierto, el método de la filosofía. Platón había puesto en su academia: “*Nadie entra acá si no sabe geometría*”. Porque era el modelo de la reflexión *por Mor* de los fundamentos. Un teorema se demuestra como tal si es posible demostrarlo, si se puede deducir coherentemente de los postulados. Y los postulados ¿por qué son admisibles? No porque los haya enunciado un autor, Euclides por ejemplo, sino simplemente porque en el ejercicio de mi sana reflexión me nace una verdad de suyo. Por dos puntos pasa una sola recta, es una verdad que no necesita de ninguna autoridad, no es tampoco un olfato, una corazonada. Es una especie de acto productivo que nos lleva a acordar con esos primeros principios. Por último, el método de la ciencia o pragmático; el método de la eficacia que tiene que ver con los hipertextos; es esa forma de investigación que nos dice que un conocimiento o una creencia es buena no porque me nace, me es transmitida por una autoridad o la obtengo por reflexión, sino que —tomado a título de hipótesis— me permite llevar a cabo un ejercicio de

validación por vía de una deducción hipotética, y mostrar que lo que la hipótesis dice que debiera cumplirse en los hechos reales, efectivamente se cumple en ellos. Con lo cual, una hipótesis es buena si es eficaz para predecir el comportamiento de la realidad. Ya desde el nacimiento se advierte esta operación universal de las técnicas que tiene que ver con las bases contemporáneas del hombre actual.

Estos cuatro métodos, sin duda alguna, son métodos muy diferentes y se dan de patadas entre sí. Podríamos repetir para ellos lo mismo que dijimos para los tres repertorios categoriales de Bruno Latour: todos sentimos que pensamos con los cuatro métodos, pero si analizamos uno tras otro, vamos a encontrar que ellos se niegan mutuamente. El sujeto que se afirma en su propia intuición rechaza toda autoridad; el sujeto que afirma una autoridad no se permite reflexionar y la obedece; el que reflexiona no admite autoridad y el que trabaja en el mundo científico de lo hipotético deductivo no pone como forma de conocimiento prioritaria la reflexión. Piensen ustedes en la respuesta que dio Milstein, en cierta entrevista, cuando le preguntaron algo sobre su retrovirus: “Yo no hago filosofía, yo testeo hipótesis, mi trabajo no es andar legitimando un conocimiento por Mor de los fundamentos, mi trabajo es legitimar un conocimiento por su eficacia técnica”. Y esto era un mero eco de lo que había dicho hace varios siglos antes Newton cuando advirtió: “¡Física, cuídate de la Metafísica!”.

La relación entre la Ciencia y la Filosofía siempre ha sido una relación hostil, en la que hacer ciencia es sencillamente dejar de hacer filosofía, determinar un objeto, determinar un

método; terminar con ese interrogatorio de los fundamentos y avanzar en la dirección de la eficacia. En definitiva, estos cuatro métodos que parecieran estar, para nuestro sentido común ilustrado, colaborando en la trama de nuestro conocimiento, no obstante, aparecen como diversos cuando los examinamos conceptualmente: aparecen como opuestos, peleándose y excluyéndose entre sí ¿Cómo hacemos para resolver esta cuestión? Aquí viene la propuesta. Una manera de entender esto sería la siguiente:

Puesto que hemos partido de la aceptación de que el conocimiento es una función de autorregulación de la vida, y hemos –siguiendo a Charles Peirce– reconocido que hay al menos cuatro grandes métodos diferentes entre sí, una forma de conciliar todo esto sería comenzar pensando que haya cuatro grandes formas de vida diferentes en nosotros; que realmente no seamos seres de una sola pieza, de una sola forma de vida, sino que haya en nosotros –aunque no lo advirtamos de buenas a primeras– cuatro formas de vida diferentes. La hipótesis seguiría de la siguiente manera:

Podríamos sostener que el método de la intuición, de poner el cuerpo, de la corazonada, del olfato, el método de la piel, tiene que ver con una forma de vida, la más antigua y más arcaica: la forma de vida metabólica, organísmica –en el sentido biológico del término–, que tiene aproximadamente, según dicen, tres mil quinientos millones de años de historia de corporeidad viviente. En esa historia se han ido formando esas capacidades instintivas, si las queremos llamar así, esas capacidades cognoscitivas propias de los seres vivos pre-lingüísticos, pre-simbólicos pero que no por ello carecen

de la capacidad de darle significancia a su existencia, esto es, darle sentido a lo que les hace bien y mal, a lo que les gusta y no les gusta, etc. De modo que podríamos decir que el método de la percepción, la corporeidad, la inteligencia emocional, es el método de la forma de vida en su inicio.

El segundo método de la autoridad, obviamente, necesita una forma de vida que ya no es la forma corpórea tal como la encontramos en el viviente individualizado. Necesitamos ahora un viviente comunal, un viviente en donde el otro sea un mediador inherente al desarrollo de la vida de cada individuo. La forma de vida comunal será la forma siguiente de vida que sostiene al método de la tradición. Dicho de otra manera, la tradición sería la forma de conocimiento inherente a la autorregulación de los seres comunales. Obviamente, no sería posible pensar en autoridad en un viviente tan aislado como la *Tenia Saginata*, por ejemplo, pues ella no tiene congéneres, sencillamente está aislada en su propia aventura vital. Pero cuando ya entramos a seres comunales, es absolutamente imposible no pensar que el proceso de autorregulación de esa comunidad no está nutrido de ese mecanismo de anoticiamiento, que tengan en cuenta al Otro y lo que hace, como condición de posibilidad para actuar en el sentido de perseverar, no solamente en el ser de cada quien, sino el ser del vínculo comunal.

La pregunta más interesante, quizás, de lo que podría formular acá, y habida cuenta que tiene que ver con esta venerable institución que es la Biblioteca Nacional, es la siguiente: ¿cómo surge el método de la reflexión? ¿Cómo es posible que, después de haber llegado al ser comunal y al

método de la tradición, haya surgido otro método que pareciera romper con la sociabilidad? Porque el método de la reflexión lo que nos dice es: hasta acá llega la autoridad, quiero ahora averiguar qué es lo que yo mismo estoy sosteniendo, qué es lo que estoy pensando acerca de cuál ha de ser el sentido que le daré a lo que me está pasando, para actuar en consecuencia ¿Qué debe haber sucedido para que ocurra esto? La respuesta no tiene otra solución más que la que les voy a sugerir: creo, a saber, que la comunidad debió dejar de ser en ese momento final, ella misma debió haber entrado en crisis como forma de vida satisfactoria para resolver los problemas de la humanidad. Porque, por alguna razón, la comunidad se fragmentó, se produjeron subcomunidades, comunidades que se enemistaron entre sí por intereses diversos y dieron lugar a lo que los sociólogos e historiadores indican como el nacimiento de la lucha de clases. Este proceso es el del fin de las comunidades primitivas, porque estamos hablando ahora del Cro-Magnon, para citar un fósil que nos permite datar esa historia del origen de la humanidad hasta el nacimiento de los Estados. Una historia de aproximadamente unos ochenta mil años, si saltamos de los tres mil quinientos millones de años de la historia de la corporeidad a los ochenta mil años de historia de la comunidad lingüístico-cultural humana. Esa comunidad tocó su fin con el nacimiento de la agricultura y la ganadería que trajo el surgimiento de las clases sociales diversas y el fin de las comunidades primitivas.

La constitución gentilicia dejó de ser un escenario en donde se pudieran procesar los conflictos internos que

traía en su seno la comunidad primitiva, entró en una fase de crisis, de turbulencia dramática que debió haber durado muchos cientos de años. Pero, en algún momento, comienzan a formarse mediadores sociales que dieron lugar, con el correr del tiempo, a las formaciones estatalizadas, o si ustedes quieren, civilizadas. Con la civilización nace la reflexión.

El método reflexivo, el método de los fundamentos, de los primeros principios, necesariamente debió haber supuesto una comunidad que perdió su origen, su forma de existencia inicial, que se desgarró en diversas posiciones, en varias creencias antagónicas entre sí y que, en un esfuerzo por superar esa dispersión y esa autodestrucción, lograron construir algunos mecanismos a través de los cuales se pusieron de acuerdo en torno a unos primeros principios, fundamentos últimos que debieran considerarse intangibles y que en las formaciones jurídicas ya consagradas tienen el nombre de *Constitución*.

Todo Estado implica una constitución, una ley suprema en donde están los fundamentos con el exacto modelo de la geometría. Si el modelo matemático es tan antiguo es porque es tan antiguo como el Estado mismo. Las primeras codificaciones jurídicas tienen la forma de la lógica deductiva de la matemática. Por eso no es nada extraño que los primeros modos de conocimiento reflexivo, de la ciencia –en la Edad Heroica de la ciencia– fuera contemporánea a la formación de los Estados. El método reflexivo implicó una nueva forma de vida, civilizada, estatalizada, donde los vínculos jurídicos se formalizaron y tuvieron que registrarse. El carácter de rasgo dominante de lo que podemos llamar la macro semió-

tica jurídico-estatal es la escritura. No solamente la escritura alfabética, sino todas las formas de escritura e inclusive la emergencia de la arquitectura, como una forma de registrar las cosas y el sentido de ordenamiento hacia un fundamento. La arquitectura monumental apuntaba a esos fundamentos, a esos primeros principios que debían ser consagrados y de ahí esos inmensos templos donde se entraba con una reverencia a su carácter de indiscutibilidad. Los edificios mismos consagraban, en su estructura material, estos ideales y, por cierto, cuando hablamos de arquitectura jurídica, matemática, o de la ciudad, son todas metáforas que tienen que ver con el mundo de la reflexión y la estatalidad.

Las bibliotecas, por cierto, fueron inicialmente ese sagrario en donde se consagraban los documentos que consagraban esos primeros principios, esos acuerdos básicos, esas alianzas que hicieron posible la prosecución de la vida humana en condiciones de lucha de clases.

Pero, ¿qué pasó para que apareciera todavía un último método que vino a dejar atrás el método de la reflexión? ¿Qué forma de vida debió aparecer *a posteriori* del Estado? Quizás nosotros conozcamos esa forma de vida bajo la dimensión negativa que tiene en la actualidad, pero debiéramos poder verla en su plenitud, con todos sus aspectos –buenos y malos. Me estoy refiriendo al surgimiento de la sociedad civil moderno-burguesa. Porque, ¿qué es el Estado burgués sino la superación de las formaciones estatales y la aparición de una nueva esfera de relaciones sociales en la cual el propio Estado comandado por la burguesía, comienza a generar las normas que limitan la potestad del Estado para intervenir en el interés privado, en la propiedad privada?

La sociedad civil es la formación de esa esfera social en donde el individuo, y no ya el Estado, aparece como el soberano supremo. Obviamente, el individuo respecto de su propiedad, es decir, la propiedad privada capitalista, exigía la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre*, y eso fue lo que consagraron las constituciones civiles de todos los

Estados que se desarrollan conforme a los ideales de la burguesía moderna.

Esta historia es mucho más breve, si ochenta mil años tiene la historia del método de la tradición y el método de la

comunidad, y si cinco mil o seis mil años tiene, el método de la reflexión, de los Estados y las sociedades políticas, las sociedades civiles tienen poquitos años; se remontan a unos quinientos años. Galileo, Newton en ese período comenzaron a sedimentar los progresos en el siglo XVIII. Marx pone, ubica ese momento que va a llamar la maduración, rápida, apresurada de la sociedad civil en el interior de los Estados anteriores. La sociedad civil es supra-estatal y es la madre de lo que hoy llamamos sociedad global. La sociedad globalizada es simplemente la sociedad civil del capitalismo mundial, que está apoyada fundamentalmente en una forma de producción que se sostiene a sí misma por la sistemática innovación tecnológica para la competencia, para mantener la competitividad de los emprendimientos capitalistas.

Hemos ingresado en una forma de vida de rasgos muy peculiares que tie-

En el mundo del cuerpo, el sentido se construye a partir de cierto tipo de repertorios de significantes como pueden ser los gestos, las distancias, los gritos y los sonidos. En el mundo de las tradiciones, los rasgos semióticos fundamentales son los ritos, los mitos, las narrativas, el discurso mitológico, etc.

nen que ver con el desarrollo tecnológico. Cada una de estas formas de vida –en esta propuesta que estoy tratando de desarrollar en mis escritos y que ahora estoy tartamudeando, tratando de hacerla rápidamente comprensible a mi audiencia– pueden ser consideradas macrosemióticas. La corporeidad implica una manera particular de darle sentido a las cosas. En el mundo del cuerpo, el sentido se construye a partir de cierto tipo de repertorios de significantes como pueden ser los gestos, las distancias, los gritos y los sonidos. En el mundo de las tradiciones, los rasgos semióticos fundamentales son los ritos, los mitos, las narrativas, el discurso mito poético, etc. Y por

Porque pareciera ser la cuna y las fronteras de la gran aldea humana salirse de la sociedad para recentrarse en las técnicas; ¿qué fuerza puede tener una mera operación en el mundo de las cosas que haga que la subjetividad humana se recentre, se reconstruya desde ella, desde su conato más íntimo que es la sociabilidad?

cierto, el lenguaje fonocentrado; la gran creación del ser humano que fue el lenguaje articulado. En la forma de vida estatalizada, la macro semiótica estaría representada emblemáticamente por la escrituralidad, en un sentido muy amplio. No tan amplio como el que toma Jacques Derrida, porque inclusive él va a remitir la noción de escritura a formas fonéticas. Lo que estoy proponiendo es la escritura como post-fonética. En este sentido, para que hubiera escritura necesariamente debió existir antes la macrosemiótica fonocentrada. Por último, la macrosemiótica correspondiente a las sociedades civiles, sería la operación universal de las técnicas. Esto lo tomo de Jean Piaget. A título anecdótico les cuento que para mí fue un enorme esfuerzo poder entender

por qué Jean Piaget usaba esta idea. Todos conocen a este autor y saben que él ha estudiado el proceso en que se fue formando la inteligencia del niño; ese proceso, que lo estudia en el campo de la ontogénesis, lo hace corresponder al campo de la filogénesis, de la historia social en que también se fue formando el pensamiento a escala macro. Él hace corresponder estos estadios pensando de que manera, en el niño, primero el conocimiento está microcentrado y luego se descentra para recentrarse en el grupo y el sistema de la reciprocidad; luego el niño accede a una inteligencia mayor cuando pasa a la cooperación, al grupo. Análogamente, la historia humana tuvo ese desarrollo.

En el niño primero es la inteligencia sensorio-motriz, luego la inteligencia se produce el pasaje a la inteligencia egocentrada, luego la inteligencia centrada en la cooperación, llegando a la forma más rica de la inteligencia. En el mundo social –dice Piaget– primero está el hombre mudo, la bestia prehumana, pero ya configurando formaciones sociales que serían embriones de la sociedad humana. Luego está el conocimiento sociocentrado y lo hace corresponder al egocentrado. Es decir, el sociocentrado corresponde a un momento previo al conocimiento final y ese conocimiento sociocentrado es ideológico, mágico, metafísico y filosófico, pero no es científico porque está centrado en los ideales de cada sociedad y, por ende, está atravesado por esa restricción de la perspectiva del grupo social que lo produce. La ideología no es ciencia todavía. Para pasar a la ciencia habrá que descentrarse de la sociedad para recentrarse en la operación universal de las técnicas. Eso sostiene Piaget en sus estudios

sociológicos. Leyendo eso yo me quedé sorprendido ¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente sostenga que la construcción del conocimiento humano implica descentrarse de lo social que es la frontera misma de la humanidad? Porque pareciera ser la cuna y las fronteras de la gran aldea humana salirse de la sociedad para recentrarse en las técnicas; ¿qué fuerza puede tener una mera operación en el mundo de las cosas que haga que la subjetividad humana se recentre, se reconstruya desde ella, desde su conato más íntimo que es la sociabilidad? Luego me acordé de algunas cosas que había leído en Carlos Marx, cuando sostiene que en la burguesía capitalista, el proceso de expropiación del trabajo ajeno ya no se hacía de manera evidente, a través de dispositivos políticos, sino a través de mecanismos tecnológicos y económicos. Un mundo donde desaparecía completamente la acción subjetiva, donde ya nadie personalmente o mediante una disposición subjetiva explícita, extraía el plusvalor del otro. Se trataba de una instancia cósmica, semiótica y sintáctica que producía las grandes transferencias de recursos y las grandes expropiaciones. En el mundo de la economía política, la economía actúa sola. Ahí entendí que la operación universal de las técnicas era la operación universal del capital.

De manera que el gran desafío es poder ir identificando estas distintas formas de vida, estas semióticas particulares para ver cómo cada una de ellas ha hecho posible la ulterior a partir de su propio desarrollo y su propio conflicto. La forma ulterior suprimió, conservó y superó a la forma precedente.

Yo pedí que me beneficiaran con una pizarra, para hacer un pequeño modelado ante ustedes y puedan ver las

diferencias de modelo que estoy proponiendo. Un modelo sería el de un sujeto que tiene tantos instrumentos como métodos de conocimiento hemos señalado: el cuerpo, con la inteligencia emocional; la autoridad y la tradición, con la comunidad; la reflexión y la operación de las técnicas o los hipertextos. El sujeto es alguien distinto, munido de estos instrumentos.

Un modelo diferente sería aquel en que el ser humano comenzó siendo un sujeto corpóreo, en el vientre materno, un cigoto, pero en cuanto apareció la comunidad, suprimió y levantó esta autonomía corporal; con lo cual este cuerpo queda completamente olvidado en su origen y lo que vale ahora es la comunidad; luego se instaló la civilización, y, finalmente, la operación universal de las técnicas. Este modelo sería el que más se aproxima a Derrida o eventualmente, a ciertos aspectos de Lacan. En donde la última forma ha borrado completamente las anteriores y ya no podemos retornar, no hay manera de recuperar las anteriores. Se ha perdido completamente ese momento originario y la búsqueda incesante de él sería esa desesperada desconstrucción sistemática detrás de un retorno al origen.

Otro modelo sería aquel en donde cada una de las formas anteriores se inserta y entraña en la ulterior y ésta se entraña en la anterior; pero no la abarca completamente sino que hay desbordes laterales. De modo que seguimos teniendo en nuestra dramática vida cotidiana el esfuerzo de mantenernos dentro de ciertas formas y no siempre lo logramos. La neurosis, la psicosis, el delito, serían formas de expresión de que los procesos formativos no han sido olvidados, sino que están permanentemente siendo invocados, recla-

madros; cuando ellos no se cumplen se generan patologías a la vista.

Veamos qué es lo que pasaría en una sociedad que imagina estar en el mundo de la sociedad civil y que puede darse el gusto de decir que se vayan todos y que se acabe el Estado. ¿Qué pasaría, en ese caso, con una sociedad que se desestataliza tal como cono-

La identidad corporal, basada en temas de inmunología, de endocrinología –ustedes saben que el organismo humano, el organismo viviente tiene la capacidad de identificar lo que es ajeno de lo que es propio–; la identidad comunal, que tiene que ver con las formaciones familiares y de linaje; la identidad del ciudadano, que tiene que ver con la pertenencia a una nación, a una historia nacional; y también la identidad del individuo en tanto libre consumidor.

cemos algunas sociedades que se han desestatalizado en una amplia porción de su geografía? Lo que pasaría es que retornarían ciertas formas tribales como las que reaparecen en las violencias futboleras, por ejemplo, en donde los certámenes deportivos, organizados por el Estado con

el viejo espíritu de las olimpiadas, termina siendo escenario para el retorno de la lucha tribal; ya no importa el certamen sino la destrucción del otro. Ustedes pueden imaginar todo lo que nos está pasando a las sociedades que, detrás de la sociedad globalizada, hemos pretendido o creído que era imposible olvidarse de las formaciones de la identidad ciudadana.

Aprovecho para decir que el concepto de subjetividad está acá presente desde el inicio, en el conocimiento como función de autorregulación de la vida. Allí puedo apercibirme de lo que me pasa y puedo actuar, tengo una posición sujeto; donde no puedo apercibirme estoy en una situación de objeto. La constitución de la subjetividad está en fun-

ción de estas formas de conocimiento que logre adecuar a las formas de vida en que yo estoy construyendo.

Cada uno de estos niveles me da una identidad particular, de un sujeto plenario que voy a necesitar pensar íntegramente. La identidad corporal, basada en temas de inmunología, de endocrinología –ustedes saben que el organismo humano, el organismo viviente tiene la capacidad de identificar lo que es ajeno de lo que es propio–; la identidad comunal, que tiene que ver con las formaciones familiares y de linaje; la identidad del ciudadano, que tiene que ver con la pertenencia a una nación, a una historia nacional; y también la identidad del individuo en tanto libre consumidor.

Estas cuatro identidades son inherentes a la formación de la trama del hombre contemporáneo, pero cada una de ellas necesita su espacio, su tiempo, sus momentos, sus reconocimientos, y cualquier acto de negación, de unilateralización que se haga de esa trama compleja, tendrá consecuencias nefastas. Obviamente, acá me estoy poniendo en una posición edificante de un modelo ideal. Me lo permito hacer porque, de alguna manera, esta es una charla en donde uno viene a sincerarse, tanto con las cosas que puede fundamentar, como con aquéllas que no fundamenta pero desea. Para mí sería deseable un sujeto en donde estas distintas dimensiones, que hacen a nuestra subjetividad, puedan ser pensadas de manera plenaria, integradas en un proceso en el que cada una de ellas cumple su propio ciclo de formación en la constitución de nuestra identidad.

He dado varios saltos pero creo que estoy arribando a buen puerto. Por lo menos llegué a hablar de la identidad y

las posiciones del sujeto, del sujeto plenario. Si tuviera más recursos y tiempo, podría intentar hacer algunas aclaraciones mayores. Pero en principio, lo fundamental sería poder pensar cada uno de estos nuevos niveles con un movimiento que la dialéctica, sobre todo a partir de Hegel, llamó *Aufhebung* o, traducido al castellano, *supresión, conservación, superación*. Los dos términos iniciales *supresión/conservación* son contradictorios; lo que se suprime no se conserva y, sin embargo, lo que está en juego acá es que deben suceder esas dos cosas. Que podamos construir el discurso que logre la autonomía de la palabra que, no obstante, tiene que conservar e incluso reproducir: si la palabra desapareciese completamente el discurso desaparecería; si la sílaba desapareciera, la palabra desaparecería. De alguna manera la palabra suprime a la sílaba pero necesita conservarla en su operación para poder generar ese otro nivel del lenguaje. También podemos proyectar esto a la vida social; lo mismo debiera decirse respecto a la corporeidad que debe ser suprimida en la formación de la comunidad. En el proceso de socialización del niño, por ejemplo con el control de esfínteres, se suprime su autonomía en cuanto a las ganas de hacer lo que quiera hacer. El chico deberá, ahora, sentir vergüenza si hace algo que no es lo que la comunidad desea que él haga, pero esa vergüenza no debiera ser tan destructora que elimine completamente la capacidad del niño de hacer sus necesidades, sino el niño moriría. Lo que deberá hacerse es distribuir de otra manera lo que hacía antes el organismo autónomamente, pero seguir haciéndolo. Y, análogamente, deberá poder seguir haciendo lo que la comunidad hacía para que el Estado se construya.

Yo disfruto mucho con mis alumnos en la Facultad de Psicología diciéndoles: “¿no imaginan ustedes por qué hay domingo?, ¿no imaginan ustedes por qué hay carnaval? O, ¿por qué hay bacanales, carnavales, orgías?” Son instancias que quedan perdurando, a las que hay que darles un lugar. El domingo es el día de la familia. El Estado suprime su acción sobre la familia y le deja un día para ella, pero esto es universal para todos los Estados. Las vacaciones, los domingos, son momentos que se dedican a aquello que está suprimido por el Estado que, no obstante, ha conservado. Lo mismo pasa con el cuerpo, con la comunidad, con el Estado y la sociedad civil.

La idea de la *supresión, conservación, superación* es una idea muy potente, no es fácil de explicar y está acompañada de otra –última idea con la que quiero cerrar mi charla– noción compleja pero riquísima, la que Hegel llama *recaída en la inmediatez*. El proceso por el cual lo que se construye a lo largo de una prolongada cadena de mediaciones, cuando se estructura, borra las huellas de su génesis como si olvidase el pasado: lo que siendo mediado, termina apareciendo como no mediado, como inmediato. En la jerga académica, donde más se ha difundido este concepto que es una operación universal válida para todas las esferas de la posesividad del mundo real, aparece con el nombre de naturalización, cosificación, reificación o enajenación.

Todos estos conceptos apuntan a algo negativo, que es inconveniente, porque el proceso de *recaída en la inmediatez* no solamente es negativo sino también es positivo, tiene importantes consecuencias en la formación de

la realidad. Si no lográsemos nosotros estructurar, finalmente, una construcción, ella estaría permanentemente en estado de realización y nunca podría alcanzar su momento, valga la redundancia, de estructuración. Toda estructuración implica que lo que ha sido construido mediante una historia se cosifique; y, en ese sentido, la coseidad vale, es útil. Fíjense ustedes si yo tuviera que estar dando mi charla en una mesa que todavía sigue siendo construida por el carpintero, que la está construyendo. Por suerte nos podemos olvidar de ese carpintero que ya no está presente, está olvidado. La mesa tiene ahora un valor de utilidad por la forma que tiene, que ha sido producida por alguien. Ahora es una cosa, pero esta cosa es una praxis que ha recaído en la inercia, pero es historia; y eso sucede con todas las instituciones, con todas las cosas. Yo he dado un ejemplo de un objeto pero podemos dar un ejemplo de un matrimonio, de una Biblioteca Nacional, que en cierto momento cuando está funcionando tiene un nivel de automatización, de funcionamiento habitual. Imagínense ustedes si tuviéramos que estar creando nuevas rutinas y no pudiéramos rutinizar

nuestra existencia. El momento de la estabilización como cosa es un momento que hace a la historia. No hay historia posible que no tenga este reverso de la coseidad y no hay coseidad e historia posible que no tenga el transverso de la sintaxticidad, o de la regularidad. Como punto de partida del problema, es decir, superar esa fragmentación entre el hombre, la trama del hombre como cosa, o como sujeto, o como sintaxis, sería una tarea cumplida. Construir categorías que nos permitan pensar simultáneamente estas dimensiones inherentes a la trama del hombre; del hombre en general y del hombre contemporáneo en particular.

De ahí entonces la convicción de que la idea de semiótica, de macro semióticas y de diversas semióticas que se estructuran genéticamente entre sí, se articulan de esta manera particular –concebidas por la dialéctica– sea el centro de la propuesta de lo que estoy tratando pensar.

Les agradezco mucho.

(*) Ciclo de Pensamiento Contemporáneo. Biblioteca Nacional. 30 de junio de 2005

Escenas en la Biblioteca Nacional

BUENOS AIRES 9º FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE INDEPENDIENTE

Del 03 al 15 de abril de 2007

MINISTERIO DE CULTURA
gobBAs

a+BA
asociación

BAFICI en la Biblioteca Nacional

En el marco del Buenos Aires 9º Festival Internacional de Cine Independiente la Biblioteca Nacional, proyectó los documentales "Marcha sobre Ezeiza" y "Nación Mapuche" seguidos de una mesa debate donde participaron distintas personalidades del ámbito de la cultura.

Abril / Auditorio "Jorge Luis Borges".



3º Festival de Cine y Video Científico del Mercosur Capítulo Argentino- CINECIEN '07

Organizado por el Departamento de Artes Audiovisuales del IUNA y la SECyT con el apoyo del INCAA, la Biblioteca Nacional y Bausch & Lomb. Se proyectaron películas en competencia, y se realizaron conferencias, mesas redondas y workshops.

Julio / Auditorio Jorge Luis Borges / Sala Augusto Cortazar / Espacio Guimaraes Rosa



9º Festival Internacional VideoDanzaBA

Un encuentro internacional de la danza para la cámara en sus distintos formatos. El nuevo Archivo Audiovisual de Danza de la Biblioteca Nacional presenta en noviembre el Primer Simposio Internacional de Videodanza: Talleres, Seminarios y Clases Magistrales.

Noviembre / Auditorio "Jorge Luis Borges" / Sala "Augusto R. Cortazar" / Aulas de la Escuela de Bibliotecarios.



Groussaquianas

Como francés dictando alta cátedra de escritura en el idioma de los argentinos, deja a la lengua con una sonoridad renovada, aguerrida. Como

exiliado permanente pudo sumar más de cuarenta años como funcionario nacional, con domicilio permanente en el primer piso de la Biblioteca de la calle México. En tanto catalogador eximio en las artes bibliotecarias, pudo recordarse como pastor de ovejas en su obligado primer oficio rioplatense. Como drástico dictaminador sobre los estilos culturales del país, pudo ser el implacable adversario de malformaciones literarias y veladas adulonerías. Como revisor urgido de la propia historia nacional, estudió a Liniers y a Moreno para advertir sobre los latentes peligros del jacobinismo político en la formación de la sociedad argentina. Como revisionista antijacobino del pasado nacional dejaba a la Argentina guarnecida tan solo por el conservadorismo y el apocamiento, y la privaba de sus héroes revolucionarios. Todas estas cosas le fueron alternativamente festejadas o vituperadas.

Como personaje balzaquiano, abandona de joven una remota academia naval francesa. No era un marino, parecía un músico y le interesaba la escultura. Se pelea con Rodin por la estatua de Sarmiento, hoy en el Rosedal. Esa disputa artística es un jalón oscuro pero esencial del debate sobre la representación de la historia en la argentina. Dejó la gardeliana Toulouse por la Buenos Aires de oscuros oráculos, como el suicida Alem, y aunque militó en las filas de quienes contra viento y marea quisieron establecer la

civilización argentina como una frontera eximia de Occidente, se animó a una ácida crítica del último Sarmiento. Incluso, intentó comprender el drama de Rosas en su obra La divisa punzó.

Sus libros de viajes y su idea misma del viaje como conocimiento, es puro siglo XIX. También lo es su elogio de la telepatía y a la convivencia exclusiva con caballeros que luego serán presidentes o ministros. Su amistad con Avellaneda, Pellegrini y Sáenz Peña es una mezcla de aristocratismo, melancolía y audaces juicios sobre el vacío existencial que repentinamente asola a los gobernantes. Su desconfianza hacia los Estados Unidos, su imaginación historiográfica —su investigación sobre Mendoza y Garay—, y su estilística galante que encubría una fineza para la injuria —la que sin dudar lo hereda Borges— era puro siglo XX.

Mordaz y vitriólico sin perder la elegancia, su estilo es revulsivo y renovador. Siempre, dentro de su refunfuño conservador. Modernista paradjico, quiso enmendar en batalla solitaria al modernismo que más títulos exhibía. El de Rubén Darío, que venía cargando a la misma Francia en su mochila. Hizo de la Biblioteca Nacional un órgano de opinión y orientación cultural de vanguardia. El no vanguardista que realmente era, ofrece así otro motivo para el desconcierto.

Remitirlo a una sola franja de sus preocupaciones, puede pasar por alto su condición de innovador cultural irreverente. Limitarlo a un tradicionalista aúlico de la belle époque argentina, anula su revolucionarismo de filólogo y de crítico. En hora exacta, verdaderamente inhallable en los múltiples planos que manejara, murió un año antes del golpe del 30, cuando ya surgían Arlt con Los 7 locos y Borges con el Carriego.

Paul Groussac, crítico cultural (y literario) en *La Biblioteca*

Por Eduardo Romano

El personaje mítico que construyó sobre sí mismo el antiguo director de la Biblioteca Nacional, Paul Groussac se muestra en la nota de Eduardo Romano, en los extremos de la paradoja con que proyectara su sitio arbitral en la cultura argentina de fines del siglo XIX y principios del XX. Ese lugar de poder, raras veces jerarquizado a tal punto en la historia argentina, fue ocupado por Groussac a tiempo completo, como su devocional tarea de *primer bibliotecario de la Nación*. Desembarcado sin siquiera el castellano, con una carta de recomendación para Amadeo Jacques, Groussac construye a golpes de astucia y brillantez intelectual el espacio de sus arbitrariedades y certezas, su “república de las letras”, la cual defendió con las armas de sus respuestas implacables (tan temidas aunque nunca temerarias, pruebas al canto: su *intocabilidad*), una mordiente ironía y un idealismo que excedió sus tácticas sociales.

En junio de 1896, el francés Paul Groussac (Toulouse, Francia, 1848-Buenos Aires, Argentina, 1929) inaugura una revista de la institución (Biblioteca Nacional) que dirigía desde 1885. Había llegado a nuestro país en febrero de 1866, sin saber castellano, pero con una carta de recomendación para Amadeo Jacques firmada por un profesor de la Universidad de Toulouse. A partir de ahí, y en una trayectoria que no voy a reseñar, manifestó su habilidad para acercarse al poder, para conseguir cargos docentes y enseñar su idioma.

La amistad con los adalides del sector intelectual católico (Pedro Goyena y José M. Estrada) le abrió asimismo las páginas de *Revista Argentina*, donde escribió sobre los poetas españoles José de Espronceda y Antonio Trueba, en 1871. A Sarmiento, entonces ministro de Instrucción Pública, y al propio presidente Nicolás Avellaneda, les parecieron de un nivel crítico comparable al de sus compatriotas Sainte-Beuve o Nisard.

El tucumano decidió entonces enviarlo a reforzar los todavía endebles cuadros pedagógicos de su provincia. Allí enseñó, hizo periodismo político oficialista, escribió (ensayo y ficción), fue funcionario educativo y anudó un ventajoso acuerdo matrimonial con Cornelia Beltrán, hija de un próspero comerciante de mulas para el Alto Perú. Cuando le dedique una semblanza en *La Biblioteca*, escribirá sobre Avellaneda:

“Desde temprano, supo que el único mal argentino es la anarquía, que se alimenta, abajo, de ignorancia; y arriba, de indisciplina: e impuso el doble remedio con la fría decisión de la ciencia. Su presidencia climatórica, día nublado entre dos tempestades, fecundó el desierto y esterilizó el espíritu de rebelión.

Las revoluciones intentadas después han nacido muertas: hasta la única popular, que resultó vencida en el Parque porque era sediciosa, y vencedora en el Congreso porque era legítima. Como el facón y el poncho del gaucho, el desacreditado alzamiento contra la autoridad queda de hoy más anticuado y caduco.”

(*La Biblioteca*, tomo II, Buenos Aires, diciembre de 1896, p. 632)

Retornó en 1883 a París, desde donde envió sus *Visitas parisinas* para *El Diario* de Manuel Láinez. Cuestionaba en esas notas a quienes sólo veían el aspecto cosmopolita e inmoral de la gran capital europea, sin descubrir el sustrato que lo sostenía todo: “el París que trabaja y sufre”. Por mediación de Alphonse Daudet, entrevistó a otros escritores, en especial naturalistas, por los cuales no se sentía demasiado atraído. Debía comprobar que hacerse un lugar en ese medio intelectual tan poblado y diverso no era nada fácil y que, por lo contrario, su mera condición francesa le otorgaba preeminencia en el Plata.

De regreso, en 1884, fue director-gerente del periódico *Sud-América* e hizo campaña laicista contra sus ex amigos católicos. En sus páginas publicó la excelente novela *Fruto vedado* que reelaboraba la historia de un francés en Buenos Aires —es decir, su propia historia— a través de una serie de complejas mediaciones. Así llegó, en enero de 1885, a la dirección de la Biblioteca Nacional, cargo que ocuparía, pese a la resistencia de algunos nativos (como Sarmiento o Láinez), durante 44 años. La sección *La temporada teatral* en *La Nación* volvió a permitirle ejercer la crítica, siempre desde una prominencia europea condescendiente. Publicó un ensayo acerca de Cristóbal Colón, un folleto político favorable a Roque

Sáenz Peña, líder del sector reformista conservador, y *Les cahiers des sonnets*, algunos ya aparecidos en *El Diario*.

La presidencia de Julio A. Roca y sobre todo el ministerio de Eduardo Wilde terminaron de encumbrarlo. Durante 1893 viajó atravesando varios países de América para llegar desde el continente a los Estados Unidos y participó en la Exposición de Chicago, disertando acerca de *Costumbres y creencias populares de las provincias argentinas* (un síntoma temprano de sus simpatías nativistas).

Entre 1894-1895, el pionero industrial azucarero Clodomir Hileret lo puso al frente de *Le Courrier Francais* para emprender una campaña económica proteccionista, pero Groussac tenía su propio proyecto, que no encajó en el de su empleador, y desistió. Al fundarse la Facultad de Filosofía y Letras (1896), integró como miembro titular el Consejo Académico y luego la Comisión encargada de la organización general y del plan de estudios, a la cual finalmente renunció en disidencia con los otros integrantes, Joaquín V. González y Lorenzo Anadón.

Inteligente y arbitrario, Groussac quedó a cargo de la dirección de *La Biblioteca*, cuya vida se extendería hasta abril de 1898. Sus modelos eran, en el extremo superior e inalcanzable, la *Revue des deux mondes*, y en el local inmediatamente anterior “la *Revista de Buenos Aires*, fundada por Vicente Quesada y Miguel Navarro Viola, y la *Revista Argentina* creada por J. M. Estrada” (Bruno, 2005, 77).

Revista mensual dirigida por Paul Groussac, su paratexto aclara: *Historia. Ciencia. Letras*. La imprime Coni e Hijos, de Perú 680, ya que Félix Lajouane “fue sólo el editor, receptor de avisos e informaciones y encargado de su distribución y venta” (Tesler, 2006,

61). Una nota introductoria da cuenta de que “saldrá a la luz el 15 de cada mes en cuadernos de 160 páginas en octavo mayor, formando un volumen de 640 páginas de texto cada cuatrimestre”.

Luego hay otra, más programática:

“La Biblioteca será independiente, así en materias científicas y literarias, como en otras que atañen a la política y a la filosofía; su espíritu general, si lo tiene, será el de la crítica más imparcial y amplia, del bien entendido liberalismo, extraño a toda preocupación estrecha de secta, partido o círculo...”

(*La Biblioteca*, tomo I, Buenos Aires, junio de 1896, p. 5)

Voces agoreras dijeron que no hallarían los suficientes colaboradores cada mes, ni tampoco los indispensables lectores para escritos alejados “de la improvisación diaria y noticiosa...”. A lo primero responden con el primer número y con el interés de diversos escritores hispanoamericanos en colaborar: “esperamos triunfar de lo que se llama indiferencia o apatía ambiente” (*Ibid.*, p. 7). Sus responsables sólo tienen “modestas pretensiones” económicas y el Congreso Nacional la “subvencionada”, sin que por ello tenga carácter oficial.

El director seleccionaba el material, además de solicitarlo, y se reservó dos secciones fijas claves: el *Boletín bibliográfico* y los *Redactores de La Biblioteca*, páginas finales que entrañan un posicionamiento respecto de la actualidad intelectual argentina, desde donde se convierte “en el mentor de una galería de censuras y consagraciones que manejaba a su agrado” (Bruno, 2004, 79).

La lectura del número inicial cumple con el ofrecimiento de historia (el director sobre la propia Biblioteca Nacional; Mitre sobre *Arqueología*

americana), ciencias naturales (los artículos de Francisco Beuf y Pedro Arata) y sociales (*La tentación del suicidio* por José Ramos Mejía). La primera parte de *El arte en Buenos Aires* de Eduardo Schiaffino, un poema de Rafael Obligado y *Escritos de Mariano Moreno*, crítica historiográfica del propio director que, a la larga y después de una polémica, forzará el cierre de la publicación.

Esa será la tónica de todas las entregas, al margen de que algunas colaboraciones salgan de tales límites: Rubén Darío al ocuparse de *El Folklore en la América Central*; Matías Calandrelli de *Filología americana*; Alberto Williams de *Estética musical y comentarios sinfónicos*.

Es sintomático, en el número inicial, que Miguel Cané despliegue en *Nuevos rumbos humanos* una escéptica reflexión acerca del gobierno representativo-republicano, que se pregunte “¿qué causas y qué fin tiene ese sacudimiento pavoroso extendido hoy por todo el mundo civilizado, esa protesta violenta contra el orden existente, que empieza a cubrir de sombras el porvenir?” La de quienes no aceptan la propiedad, “que para nosotros es la base de la organización social”, y liberan “la bestia que la civilización había conseguido dominar” (*Ibid.*, p. 43). Preguntas similares, creo, se formulaban todos los conservadores que desde el movimiento (Unión Cívica) del 90 apoyaban una reforma electoral y a los cuales Groussac se sumó, trabando una estrecha amistad con Roque Sáenz Peña. El medallón que le dedique en *Los Redactores* destacará:

“Su claro talento y su firme razón, asentado en una nobleza moral sin miedo y sin reproche, representan una fuerza en reserva para el porvenir.

Querido y respetado como muy pocos de su generación, no necesita apresurarse. Las nubes pasan y las estrellas quedan. Sin esfuerzo ni violencia, hora vendrá en que la tarea gubernativa sea algo más que una división de espórtula; en que la nación adulta, levantando sus ideales muy arriba de la grosera plutocracia (...) Cuando el saber, el talento, la sinceridad, dejen de ser aquí impedimentos para el estadista, y la virtud, un vicio redhibitorio; la hora habrá llegado para el Dr. Sáenz Peña y otros de su mismo temple viril.”

(*La Biblioteca*, tomo IV, Buenos Aires, junio de 1898, p. 328)

En materia literaria, ese mismo sector opinaba que las lecturas para el hogar debían ignorar la actualidad y sus conflictos, asuntos preferidos de las novelas naturalistas. Lo mismos que predicara Joaquín V. González en *La Tradición Nacional* (1887) y que Groussac trata de respetar en las colaboraciones para *La Biblioteca*. Por una parte, con el rescate historiográfico que avala el liberalismo triunfante, se trate de documentos, memorias, páginas olvidadas; por otro, con la recuperación de materiales dieciochescos: sonetos seudoclásicos de Baltasar Maziel o una pieza militar en dos actos de Augusto Morante.

El material literario elegido confirma, también, su inclinación nativista: a *El cacuy*, poema de Obligado, suma luego el *Prólogo* que escribe Joaquín V. González para *Recuerdos de la tierra* de Martiniano Leguizamón y un comenta-

El material literario elegido confirma, también, su inclinación nativista: a *El cacuy*, poema de Obligado, suma luego el *Prólogo* que escribe Joaquín V. González para *Recuerdos de la tierra* de Martiniano Leguizamón y un comentario del director a este volumen que, sin embargo, no es complaciente.

rio del director a este volumen que, sin embargo, no es complaciente. Y no lo es porque el narrador de esos relatos criollos abusa de la jerga rústica gauchesca, con lo cual desciende a una “intolerable vulgaridad” extrartística que no necesitaron ni Tolstoi, ni Elliot, ni Zola:

“Hay en el discurso del gaucho, como en sus cantos y leyendas, un valor escondido, pero no en figura de amontonada chafalonía, sino a la manera de las pepitas diseminadas en la bonanza, entre la masa del cuarzo vil...”

(La Biblioteca, tomo III, Buenos Aires, enero de 1897, p. 153)

En el cierre, y con un interrogante en su idioma, Groussac alerta acerca de que ni la literatura regionalista agauchada, ni el modernismo, le parecen caminos viables para el arte americano:

“El señor Leguizamón labra monigotes de oro de la substancia nacional; el señor Darío cincela ninfas en un bloque de hielo artificial, bajo los trópicos, sin oír el gotear siniestro que llora la destrucción de la obra apenas concluida: ¿Lequel vaux mieux, Seigneur?”

(Ibid., p. 155)

Para él, el realismo criollista de Leguizamón no alcanza la altura de la estilización que hiciera Obligado de los tópicos nativos en su *Santos Vega*, incluido en un tomo de *Poesías* (1875) que fuera muy bien recibido en España y en América: “La crítica fue unánime en encomiar la perfección de la forma unida a la sinceridad de la inspiración”. Igual respeto le merece el riojano González:

“Talento sereno y espontáneo, el autor de Mis montañas es uno de los escritores más francamente argentinos de su generación.

Con mayor abundancia y menos preocupación de la forma, González casi representa en prosa lo que Obligado en poesía.”

(Redactores de La Biblioteca, en La Biblioteca, tomo II, Buenos Aires, diciembre de 1896, p. 633)

Simpatizante del nativismo más austero, tampoco fue esta revista amable con el modernismo, aunque incluyeran en sus páginas textos de Darío, Lugones, Leopoldo Díaz, Enrique Rodríguez Larreta. En todo caso, también el director discriminó valores dentro de esa tendencia. Ya en el primer tomo, cuando presentó al autor de *Coloquio de los Centauros* como “un cincelador a lo Moreas y Regnier”, sólo le reconocía capacidad para asimilar estilos ajenos.

En noviembre de 1896 comentó *Los raros*, “una tentativa que reputo triplemente vana y estéril: en sí misma, por la lengua en que se formula, por el público a que se dirige” (*Nosotros*, 1916, 151). Elogia en cambio que viva “de poesía, despreocupado de cuanto no sea el arte sagrado y su culto ideal” y, de inmediato, apela a su alegoría preferida para reprocharle excesiva devoción hacia *Sagesse*:

“Mordió esa fruta prohibida que, por cierto, tiene en su parte buena el sabor delicioso y único de esos pocos granos de uva que se conservan sanos, en medio de un racimo podrido.”

(Ibid., p. 151)

El “filtro” aflojó su “discernimiento artístico”, sin que actuaran la raza o la crítica como inmunizantes, y acudiendo de nuevo a la alegoría gastronómica, pero en el renglón bebestibles y disculpándose por emplear un símil naturalista, actuó “como esos dipsómanos cuya embriaguez, comenzada

con el vino generoso y fino, remata en el petróleo de la lámpara” (*Id.*, 152). Supongo que le molesta sobre todo que Darío, a través de las semblanzas, haga crítica, por lo menos en algunos pasajes de sus textos. Que mezcle “altas individualidades (Leconte de Lisle, Verlaine, Ibsen, Poe) “con los Bloy, D’Esparbés, la histérica Rachilde y otros *ratés* aún más innominados”. Escritores a los que acusa de compensar con primores de edición la falta de ideas, “a la manera de los cigarreros y perfumistas”.

Algo similar intentó Darío con “las pequeñas ‘rarezas’ tipográficas de su volumen, indignas de su inteligencia”, exotismos tipográficos (el texto principal en bastardilla) y curiosidades de la carátula, mientras abundan las incorrecciones, “las citas cojas (...) las erratas chocantes, sobre todo en francés”. También en eso marchaba detrás de las innovaciones de la *Revue Blanche*, la *Plume* o el *Mercur*, publicaciones que para Groussac eran “decadentes”. Es decir sensuales, un registro que lindaba para él con inmoralidad, y entregadas al “esoterismo verbal”, como el “mediocre” Mallarmé (*Id.*, 154). Tales opiniones acerca de la poesía francesa dan cuenta de los límites que acotaban el gusto de Groussac, quien se jactaba en cambio de no permanecer ajeno a cualquier innovación y preferir en ese sentido a los poetas ingleses (Ruskin, Rosetti). Concluye que los escritores americanos deben rehuir la “oscuridad”, pues “no encubre las más de las veces sino vaciedad e impotencia” (*Id.*, 156), y marchar tras el ejemplo del norteamericano Walt Whitman, “expresión viva y potente de un mundo virgen”.

Al ocuparse en el *Boletín bibliográfico de Prosas profanas*, afirma de entrada que “hoy diré lo bueno, para variar”, aunque lo siguiente no sea despliegue

de versatilidad sino de contundentes argumentos. Antes de desplegarlos, aparecen más acentuadas que en la nota anterior las circunstancias desde las cuales enuncia: un “momento de descomposición social” signado por la prensa teatralizadora y “envejecer lejos del foco de toda civilización”, en un continente condenado todavía por mucho tiempo a la “imitación” (*Id.*, 157-158), ya que “toda hibridación es negativa del genio” (*Id.*, 158). Las primeras composiciones confirman deudas con Hugo, Verlaine o Paul Gigou, aunque reconoce que “la cincelada orfebrería” de esos versos suntuosos “¡es tan nueva en castellano!” que no desmerece la capacidad mimética del autor.

No es el único reconocimiento para Darío poeta, de inmediato acuerda a *Era un aire suave* los adjetivos “encantadora”, de “una gracia exquisita en su elegancia”, cuyas “vagas y múltiples reminiscencias” de Verlaine no la perjudican. Su recensión, en fin, culmina con una de sus habituales alegorías alimenticias: “en dosis prudente, la bebida no me perturba ni disgusta; pero comprendo que otros estómagos no la soporten: esta doble forma de tolerancia es un privilegio del espíritu crítico”. Un crítico, en suma, es alguien que puede beber o comer de todo, aunque no digiera entonces de la misma manera y, desde esa perspectiva, supone que los comensales (lectores) locales sólo tenemos acceso a comida recocida.

Simpatizante del nativismo más austero, tampoco fue esta revista amable con el modernismo, aunque incluyeran en sus páginas textos de Darío, Lugones, Leopoldo Díaz, Enrique Rodríguez Larreta. En todo caso, también el director discriminó valores dentro de esa tendencia. Ya en el primer tomo, cuando presentó al autor de *Coloquio de los Centauros* como “un cincelador a lo Moreas y Regnier”, sólo le reconocía capacidad para asimilar estilos ajenos.

Contrapone lo enfermizo, para él, de la sensibilidad dariana a la energía nativa de González u Obligado, descartando, de paso, las concesiones plebeyas de Leguizamón y reverenciando los escritos de Cané, “notables por la finura francesa del gusto y la elegante espontaneidad del estilo”. O la de quien fuera su secretario, Martín García Mérou, autor de trece volúmenes (poesía, novela, historia, crítica, viajes) sin tener 34 años cumplidos, pero de “excelente calidad, sólo explicable por la precocidad del talento” (*Redactores de La Biblioteca*, en *La Biblioteca*, tomo I, *loc. cit.*, p. 491).

En cambio a Leopoldo Lugones, cuando publica un capítulo anticipatorio de *La guerra gaucha*, lo presenta burlescamente, pues se trata de un joven...

“... modesto, respetuoso, ingenuo, admirador de Hugo y de Leconte de L’Isle, a quienes imita, y de Michelet, a quien acaba de descubrir...”

A esto se reduce el dossier criminal del joven Lugones; fáltale un poco de sosiego material para ser todo un burgués, como sus maestros; y un gusto literario más cultivado para ser un poeta y escribir a secas, sin el epíteto que siempre es rótulo del mimetismo.

(*Redactores de La Biblioteca*, en *La Biblioteca*, tomo V, Buenos Aires, septiembre de 1897, pp. 481-482)

Con todo, admite que si renuncia a imitar y se disciplina, puede crecer. No argumenta igual a propósito de otro joven, Enrique Rodríguez Larreta –publica su relato *Artemis*–, dado “su discernimiento precoz –casi innato– de la belleza”. Creo que la asociación de alcurnia y esteticismo lo ablanda y por eso añade: “Príncipe de la generación entrante, con [Angel de] Estrada y algún otro, ¿tendrá esa energía per-

sistente del esfuerzo que retribuye y valoriza el don gratuito del talento?”. Lo cierto es que estudia y “desdeña las hipérbolas de la camaradería que, semejantes a las tinturas para el cabello, sólo engañan a sus poseedores” (*Redactores de La Biblioteca*, en *La Biblioteca*, tomo II, *loc. cit.*, p. 634)

¿Supone lo anterior que el esteticismo parnasiano respetaba cierta frontera que los simbolistas, a imagen de Baudelaire, atravesaban en busca del misterio y por los meandros del erotismo? Tampoco le pasa desapercibida la prosa sensualista de Juan A. Argerich, comenta que “sólo ha publicado algunos de sus estudios forenses”, pero en un folleto se ha metido a crítico severo de Ricardo Gutiérrez. Groussac sale en su defensa, si bien sus poemas criollistas carecen de los efectos sugestivos que distinguen a Obligado, cuyo romanticismo tardío no fue ajeno al parnasianismo.

A otro colaborador con aspiraciones de crítico, Emilio Berisso, quien adelanta en *La Biblioteca* algunas de las semblanzas de escritores hispanoamericanos que luego reuniría en *El pensamiento de América* (1898), tampoco le escatima su sorna:

“Acaso sea el único argentino que, después de los treinta años, cifre en las puras letras su mayor delicia y única ambición. Culto tan notable merecía y ha recibido su recompensa: el señor Berisso está en vísperas de tener talento.”

(*Redactores de La Biblioteca*, en *La Biblioteca*, tomo I, Buenos Aires, *loc. cit.*, p. 491)

Como característica agravante, anota su falta de estudios –ni medicina ni derecho–, que no ha sido empleado y que perteneció a una sola corporación intelectual, el Ateneo. Es decir que cuando

alguien aspira a ser crítico a consecuencia de su vida regalada e influyentes amistades, no se muestra nada piadoso. Tampoco cualquiera puede traducir. A Leopoldo Díaz le advierte: “la traducción en verso, como todos los géneros literarios, tiene sus leyes propias: la primera de todas es que no se debe intentar”. Pero la mayor prueba de que era capaz de anteponer su rigor crítico y su escepticismo a cualquier otra conveniencia, me lo brinda su intervención a propósito de la nota con que Adolfo Saldías responde al sectarismo antirrosista de José María Ramos Mejía. No sólo la publica, sino que al incluir un perfil del autor de *Historia de la Confederación Argentina* escribe:

“... la lucha abierta y pertinaz contra el novelón unitario, el cual nació

según unos como trasunto fiel de los hechos y según otros de las acusaciones justas e injustas de los vencidos a los vencedores en una época de pasiones desbocadas y de crímenes comunes que exagerada más tarde –como desagravio de algunos e industria de muchos, por los que tuvieron en sus manos la conciencia popular, una vez caído el dictador– se ha mantenido hasta los días actuales debido a la incredulidad indolente y a la inercia de las ideas aceptadas. ¿Quiénes de ellos nos han demostrado la verdad? He aquí lo que no sabemos hasta hoy y lo que no sabremos jamás. El debate será inacabable y la duda eterna, porque sólo por azar puede la historia contarnos las cosas como han sido.”

(Redactores de la Biblioteca, tomo VII, Buenos Aires, marzo de 1898, p. 478)

Paul Groussac en su despacho de la Biblioteca Nacional. 1905



Además de las desiguales presentaciones de los *Redactores* y de sus lapidarias bibliográficas de las letras (otras se ocuparon más impersonalmente de temas científicos o militares), aportó diversos artículos a la publicación. Entre los críticos, sobresale un fragmento de su *Esteban Echeverría y Escritos de Mariano Moreno*. El primero, como lo aclara en nota, fue compuesto a comienzos de la década de 1880, según puede advertirse en “cierta exuberancia y verdor juvenil”.

Reconocer el estilo de cada uno, en cambio, acredita un tipo de saber acorde con la posición social del que lo capta, propio de “los lectores ilustrados”; equivale a “reconocer por la voz, y sin verla, a una persona de mi intimidad que está hablando en el cuarto inmediato, a no confundir, por ejemplo, a mi hijo con mi ordenanza”. Desde esa perspectiva clasista, se comprende que le disgustara tanto a Groussac –concuera aquí nuevamente con Sainte-Beuve– la literatura convertida por la modernidad en industria.

De todos modos, su enfoque recalca más en lo ideológico, argumentativo o historiográfico que en la crítica literaria.

Adopta un tono paternalista ante el declamatorio liberalismo del *Dogma*, Echeverría le señala la inexactitudes y contradicciones permanentes y aspira a mostrar que el amor a la libertad no se compagina con el socialismo de la Revolución Francesa, ni el comunismo de Babeuf, capaces de “convertir la soberanía popular en un despotismo mucho más pesado e ineludible que el de los potentados orientales”.

Ya en este ensayo temprano condena la modalidad democrática norteamericana, que tanto sedujera a Tocqueville, porque no son un pueblo ni una nación, sino “una prodigiosa y monstruosa aglomeración de móviles materiales y apetitos, sin plan sublime, sin ideal”, con argumentos que anticipan algunos de los que aducirá José E. Rodó en su influyente *Ariel* (1900).

Respalda, en cambio, las sospechas de Echeverría respecto del sufragio universal, al que Groussac considera “una ilusión” pernicioso, en tanto “la voluntad general expresa únicamente la fuerza ciega”.

Tras ensañarse asimismo con el estilo de Echeverría –“la parte más débil del *Dogma*, porque pretende conmovernos cuando era menester convencernos”–, retoma la actitud absolutoria porque lideró “la juventud liberal frente al despotismo triunfante que hacía alarde de ignorancia y brutalidad, bajo pretexto de americanismo”. Con el rosismo no transige y su desprecio por las masas federales (opone el “gauchaje desenfrenado” a “nuestros hogares profanados”) equivale al que formulará González en el capítulo *El huaco de Mis montañas* (1903).

Escritos de Mariano Moreno es la recepción del grueso volumen (580 páginas) que edita Coni e Hijo en 1895, con un *Prólogo* de Roberto Piñero: “no tiene nada de biografía ni mucho menos de juicio crítico” y las buenas intenciones de la recopilación fracasan “por inexperiencia literaria, errado concepto histórico o desconocimiento de los deberes inherentes a la tarea acometida”.

La carrera jurídica no acredita para cualquier tarea intelectual, los responsables de la edición ignoran los criterios establecidos por Ernest Havet para la edición crítica de los *Pensamientos* de Pascal en 1852, basados en “gran acopio de notas, glosas y comentarios históricos, filológicos y literarios”. Falta todo lo que Moreno publicó en *La Gaceta* y sobran materiales (el famoso *Plan de operaciones*) de dudosísima autenticidad.

Al pasar, Groussac define lo que entiende por crítica: “emitir un juicio imparcial, varonilmente, sin preocupación de agradar o embellecer” que “conduzca a una “apreciación fundada” de los textos y a “un retrato acer-

tado y parecido del hombre”. Tarea masculina, intransigente, y que conecte los textos con sus autores, muy próxima el método de Sainte-Beuve.

En este caso, el virulento polemista aprovecha la atención dedicada a las lecturas filosófico-políticas de Moreno y, por añadidura, el “retrato caricatural y fantástico” que Vicente F. López trazara de sus relaciones con los ideólogos de la Revolución francesa para reducirlo a un político pragmático, “espíritu superior si no genial” en un medio inadecuado.

Sorprende, a esta altura, que vuelva nuevamente sobre la condición del crítico para redefinirlo, pero ahora en términos de unas facultades abductivas, raciales y genéticas, semianimales, que no merecen ponderarse demasiado: “El sentido crítico es un cuasi instinto que parece participar del olfato sutil y del poder de orientación que dirige ciertas especies inferiores; no hay, por tanto, que envanecerse de él. Pero se lo tiene o no se lo tiene, y cuando no, no se deben emprender historias ni juicios literarios”.

Reconocer el estilo de cada uno, en cambio, acredita un tipo de saber acorde con la posición social del que lo capta, propio de “los lectores ilustrados”; equivale a “reconocer por la voz, y sin verla, a una persona de mi intimidad que está hablando en el cuarto inmediato, a no confundir, por ejemplo, a mi hijo con mi ordenanza”. Desde esa perspectiva clasista, se comprende que le disgustara tanto a Groussac –concuera aquí nuevamente con Sainte-Beuve– la literatura convertida por la modernidad en industria.

Algo que eclosiona en su artículo *La educación por el folletín* (*La Biblioteca VI*, Buenos Aires, noviembre de 1897, 314) del cual ya me ocupé en otro lugar (Romano, 2004, 51-53) y que trasunta la ira que le provoca hallar una publicidad de la institución que dirige junto a otra

de una bebida, además en la página que el diario *La Nación* dedica a los folletines y donde traducen *París* de Emile Zola.

Comprensible en el *Journal* parisino, es inadmisibles esa “mercadería lupanaria (...) un manual completo de corrupción (...) un verdadero ultraje al pudor doméstico”, en un diario respetable. Culpa de todo a “la desbordada democracia” que “ha invadido el mundo cada vez más agresiva y disolvente, batiendo en brecha a la religión y a la sociedad, a la patria y a la familia”. Exactamente con la misma reacción de Cané en el citado artículo *Los Nuevos tiempos*.

Es interesante confrontar tal decepción ante la prensa, con la esperanza que en ella depositaban los liberales de la década del 30, en artículos como *El diarismo* de Domingo F. Sarmiento en *El Nacional* de Santiago de Chile, 29 de mayo de 1841. Al crecer y complejizarse, al superar el control de sus directores o perder su condición unipersonal, al cruzar la imagen con la palabra y la literatura con las noticias, el discurso periodístico atenta, de hecho, contra la sensibilidad de los intelectuales conservadores.

Aquel comentario lapidario de *Escritos de Mariano Moreno* y de su *Prólogo* se tornó más agresivo todavía cuando respondió al folleto *Los Escritos de Moreno y la crítica del señor Groussac*, pues además de recalificar a los autores como forenses más que juristas arremete contra Rodolfo Rivarola, “apoderado literario del señor Piñero”, y “este sub-Piñero no es sólo abogado; me dicen (¡pobre país!) que desempeña en nuestra floreciente Facultad de Letras las mismas funciones que Robot en la de París”.

El ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, Luis Beláustegui, no soportó tanta insolencia indiscriminada, la consideró injuriosa en “una publicación que costada por el Tesoro público”, a la cual

reemplazó por *Revista de la Biblioteca*. Groussac salió en defensa de *La Biblioteca* que existió por encima de la subvención presupuestaria cuando decidió...

“...acometer de mi cuenta y riesgo una empresa civilizadora, intentando fundar una gran revista mensual, no inferior por la ejecución a las europeas, amplia en sus manifestaciones, libérrima en sus tendencias, que estimulase a los talentos conocidos y suscitase a los ignorados, hasta reflejar honrosamente el intelecto argentino en sus varias aplicaciones.”

Así alcanzó dos años de vida, “con éxito creciente en un público selecto”, y hubiera logrado mayor repercusión en América Latina, pero ahora dos o tres frases malsonantes la condenan, cuando “la publicación necesitaba aún del doble concurso público y oficial para tener su existencia asegurada y llegar a su completo desarrollo”.

No descarto que en el castigo se haya deslizado una venganza corporativa, pues Groussac insistía en escasa capacitación intelectual de nuestros abogados, quienes además osaban inmiscuirse en otros saberes. Recuerdo, al efecto, que un *Boletín bibliográfico* lo dedicó a las *Tesis de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales (La Biblioteca, tomo V, Buenos Aires, julio de 1897)*.

Sostenía ahí que en Francia, Alemania o Inglaterra el título de doctor es un grado académico conseguido con esfuerzo, mientras que entre nosotros ha quedado convertido en una formalidad y sus poseedores constituyen “un verdadero mandarínato (...) la clase dirigente, tan exclusiva y cerrada como una casta sacerdotal”. De las 75 tesis presentadas en 1897, cifra que iguala a la de todas las universidades germanas, la inmensa mayoría “no oculta su insuficiencia general de fondo y de forma (...) no se levantan sobre el nivel de un mediano *deber* escolar”.

Tratan, en general, problemas forenses, pero sus autores serán en el futuro ministros, legisladores, políticos “preocupados de cuestiones sociológicas, más aún que de expedientes forenses”. Confía, sin embargo, en que el “grupo de espíritus selectos” que recibió el doctorado a los veinte y lo está justificando a los cuarenta, reforme este régimen absurdo y separe el título de licenciado en abogacía del doctorado.

Para completar este perfil intelectual de Groussac en *La Biblioteca*, quiero referirme, aunque de manera sucinta, a los apuntes de viaje que publicó allí y en el diario *La Nación*, base de su atractivo volumen *Del Plata al Niágara* (1897), dedicado a Carlos Pellegrini, “al juez más indulgente de mi esfuerzo, al fiel amigo de la juventud y de la madurez”. A su *Prefacio*, donde se plantea para qué publicar, para qué “exhibir el pensamiento, si el único deleite está en pensar”, anticipando planteos similares de Jorge Luis Borges sobre la superioridad de la lectura frente a la escritura.

Con una tónica muy noventayochista, aclara que justifica este escrito por su utilidad a “la tierra a la que estoy adherido por todas mis raíces adventicias –las únicas vivas ya– y cuyo mayor bien necesito perseguir”, hasta por egoísmo, y por extensión a “esas otras comarcas americanas, que se han sentido y se sentirán lastimadas por mi franqueza, y juzgarán que la mentira halagueña, no la verdad amarga, era el digno pago de la hospitalidad”.

La realidad político-cultural hispanoamericana y “el enérgico desarrollo material” *yankee*, cuyo “exceso utilitario y egoísta fatalmente paralizará su crecimiento”, pueden brindarnos estímulos y advertencias para que no ahogemos la “inteligencia individual”, pese a la educación general, que atenúa “la originalidad”. Sus impresiones instantáneas no estarán sometidas a juicios o frases

hechas, a “la vulgarización creciente que se difunde por el periódico”.

Lamenta no dominar plenamente el castellano, pero no ignora que la prosa francesa ha sufrido una “evolución incesante” de Chateaubriand a Loti, de la cual no hay rastros en España. Lo preocupa que la juventud carezca de modelos morales, aunque supone que la regeneración moral (un tópico noventa-yochista) ocurrirá antes aquí que en los países tropicales, “que no son por ahora asimilables y sí únicamente explotables para la civilización europea”.

Creo, para finalizar, que Groussac desempeñó funciones disímiles y aun encontradas dentro del sistema intelectual argentino de ese momento, cuando se complejizaba a consecuencia de la coincidencia de tendencias o poéticas opuestas dentro de un mismo espacio y dispuestas a disputarse un único público¹. Alentó el nativismo patricio de González y Obligado, cuidando de separar del mismo la escritura para él demasiado agauchada del entrerriano Leguizamón.

En tal sentido, la protección moral del hogar decente lo llevó a condenar, por un lado, el decadentismo modernista (exceptuando a los ortodoxos parnasia-

nos, como Rodríguez Larreta) y su sensualidad perturbadora, así como todos los espectáculos y lecturas plebeyos que circulaban por los suburbios en gestación. Eso lo acercó a Francisco Gradmontagne, español del 98 en la Argentina, y a muchas formulaciones similares a las suyas de Unamuno, Maeztu o Ganivet. Su idealismo espiritualista anunció, asimismo, el del oriental José E. Rodó.

Al considerarnos, pese a todo, más europeizados que el resto de los países hispanoamericanos, se adelantó a planteos que formularía otro español, José Ortega y Gasset, albacea de Victoria Ocampo y de la revista *Sur*, hacia 1930; a su trato admonitorio pero esperanzado en que éramos la mayor “promesa”, felizmente desmentida, de la cultura aria y colonialista al modo europeo en Sudamérica.

Al margen de ese encuadre político-cultural, despertó con sus reacciones extemporáneas y con sus salidas de tono, sobrecargadas de fina ironía, un ambiente intelectual que funcionaba como “república de las letras” y en cuyo interior se reverenciaban muchos prestigios falsos. Lo hizo, por supuesto, desde el pedestal que le daban su nacimiento y su lengua nativa, las amistades protectoras de las que supo rodearse, el borde afilado de su pluma.

NOTAS

1. No concuerdo con quienes todavía perciben en ese momento “un campo intelectual aún escasamente diferenciado internamente” (Eujanian, *Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX. La revista La Biblioteca, 1896-1898*, en *Historia de Revistas Argentinas* tomo II. Buenos Aires, Asociación Argentina de Revistas, 1997, p. 35).

BIBLIOGRAFÍA

- Bruno, Paula. (1995) *Paul Groussac. Un estrategia intelectual*. Universidad de San Andrés-Fondo de Cultura Económica.
- Eujanian, Alejandro. (1997) *Paul Groussac y una empresa cultural de fines del siglo XIX. La Revista La Biblioteca, 1896-1898*, en *Historia de Revistas*. Asociación Argentina de Revistas. Buenos Aires.
- *La Biblioteca Nacional*, tomos I a VII, Buenos Aires, junio de 1896 a abril de 1898.
- Romano, Eduardo. (2004) *Revolución en la lectura. El discurso periodístico-literario de las primeras revistas ilustradas rioplatenses*. Buenos Aires, Catálogos-Calafate.
- Tesler, Mario, con la colaboración de Germán Alvarez. (2006). *Paul Groussac en la Biblioteca Nacional*. Buenos Aires. Biblioteca Nacional. Ensayos y Debates 3.

Groussac: “Calandria” y otros anticipos

Por Marta Elena Groussac

Designado por el autor como “perfil criollo”, el “Calandria” de Paul Groussac, evocado aquí por su nieta, reviste un curioso sentido anticipatorio de lo que posteriormente ocurriera con Borges, —no casualmente, otro director emblemático de la Biblioteca Nacional—, en sus relatos de guapos y cuchilleros. La fascinación de los opuestos obra el texto de un modo transparente. La indetenible dominación del planeta por el *hombre civilizado*, que el autor entroniza, se topa de pronto con el personaje indomable, el rebelde incivil. *No tenía más defectos que los del animal selvático...* apostrofa Groussac. Así la nota de color, el pintoresquismo costumbrista, tropieza con el inexplicable *triste rebaño humano*, del cual Calandria es acabada muestra.

I. Calandria

El relato “Calandria” –al que Groussac modestamente presenta como “bosquejo”– apareció bajo el título de “Perfiles criollos: Calandria” en el N° 35 del diario *Sud América*, el 14 de junio de 1884. Después fue incluido por el autor en la 1ra. serie de “El viaje intelectual”, obra miscelánea publicada en Madrid en 1904.

El personaje, Servando Cardozo, existió realmente, y su historia le fue contada al escritor por un estanciero de Entre Ríos. Fue un bandido entrerriano, de las Cuchillas de Montiel, un gaucho marginal, un outlaw, cuya suerte interesó después, por ejemplo, a Martiniano Leguizamón, autor de una comedia del mismo título.

En cuanto al “Calandria” de Groussac llama la atención el interés, el cariño, la piedad y hasta casi algo de admiración del autor por el personaje. Como en el caso de Borges, admirador irredento de guapos y cuchilleros de las orillas de Buenos Aires, el refinado Groussac nos sorprende con este su deslumbramiento ante la personalidad y las conductas del matrero entrerriano.

Y ésta es, someramente, la historia: había sido ex soldado de López Jordán, después destinado a la Guardia Nacional, donde el coronel Blanco lo nombró su ayudante y solía decirle: “Si te has de desertar, no te llevés mi montura”. A lo que Calandria, no falto de cinismo, respondía: “la montura no, mi coronel, pero el caballo puede ser”. Y así lo hizo. De inmediato sale a buscarlo la partida policial. El desertor pasó cuatro años burlándola “en salvaguarda de su libertad individual” –dirá Groussac. Y además, azuzándola, porque no se limitaba a guardarse escondido, sino que le divertía aparecer, provocando-

la, para después sí volver a escapar y escabullirse. Un ejemplo de sus diabluras: caía al medio de un baile al que también habían concurrido los agentes del orden. Nuestro marginal provocador gritaba: “¿Quién quiere bailar con Calandria” y escapaba veloz seguramente montado en el caballo robado al coronel Blanco.

Los hombres de la partida quedaban frustrados, imposibilitados de alcanzarlo, pues antes de entrar en el baile, el travieso personaje, en el palenque mismo, les había aflojado riendas y estribos a las cabalgaduras policiales. “Pero el prestigio de la

autoridad estaba comprometido” –nos dice el autor. Y por fin, para que Calandria cayera, se necesitó la traición de una amante celosa, que lo entrega en una cita. Así termina el matrero, ante la desproporcionada embestida de rifles y sables herrumbrados. “Sansón de chiripá en brazos de una Dalila criolla”, acota Groussac sobre el episodio, con la gracia característica de sus comentarios. Y agrega, condolido, ya habiendo olvidado su reciente nota de humor:

“¡Pobre Calandria! Era guapo, leal, y hasta bueno con los buenos...”

“No tenía más defectos que los del animal selvático que no acepta vivir en la jaula, y que, a la ración diaria, pagada con la obediencia servil, prefiere el hambre y la sed de la libre correría. ¡Que la tierra de Montiel le sea leve!

Dentro de pocos siglos, cuando el hombre civilizado haya puesto bajo su dominio

En cuanto al “Calandria” de Groussac llama la atención el interés, el cariño, la piedad y hasta casi algo de admiración del autor por el personaje. Como en el caso de Borges, admirador irredento de guapos y cuchilleros de las orillas de Buenos Aires, el refinado Groussac nos sorprende con este su deslumbramiento ante la personalidad y las conductas del matrero entrerriano.

y reglamentación al estrecho planeta, no habrá quedado rastro de fieras nocivas en la selva, ni acaso tampoco de pájaros ociosos en la floresta. Los últimos tigres vivirán enjaulados en los parques, bajo cuya espesura sólo retumbará la gritería de las aves de corral. Así en la naturaleza como en la

Este párrafo final de “Calandria” pertenece, sin duda, a la literatura de anticipación. Groussac anuncia en él su visión de lo que será, fatalmente, el destino de la humanidad, el “sordo tropel del triste rebaño humano”, con sus pueblos, y lo que es peor aún, con los individuos, asfixiados todos, pueblos e individuos, a manos de la mecánica del llamado progreso y de la llamada civilización.

sociedad, no subsistirán más especies que las utilizables y domesticadas.

Por cierto que en las celdas geométricas de la vasta colmena social no hallarán cabida aventureros, ni “calandrias”; pero acaso hayan emigrado también del prosaico universo las voces armonio-

sas que en otros tiempos derramaban alivio y consuelo sobre el penoso afán de la existencia. El ejército sombrío marchará al combate sin músicos. No habrá poetas que acompañen, desde la mañana sin alborozo hasta la tarde sin misterio, el sordo tropel del triste rebaño humano.”

Estas reflexiones con que Groussac cierra su “bosquejo” nos muestran a un visionario. Y además, en una perspectiva cronológica, es uno de los ítem en que fue en cierta medida precursor. Luego veremos en qué otros tópicos se adelantó a su tiempo.

Este párrafo final de “Calandria” pertenece, sin duda, a la literatura de anticipación. Groussac anuncia en él su visión de lo que será, fatalmente, el destino de la humanidad, el “sordo tropel del triste rebaño humano”, con sus pueblos, y lo que es peor aún, con los individuos, asfixiados todos, pueblos e individuos, a manos de la mecánica

del llamado progreso y de la llamada civilización. Una visión, sin duda, anticipatoria del 1984, de George Orwell, publicado en 1948, es decir, 64 años después de nuestro “Calandria”. Y anticipatoria de *Un mundo feliz*, del otro gran inglés Aldous Huxley, contemporáneo de Orwell, y como él, desde luego, bastante posterior a Groussac.

En su 1984, Orwell imagina un mundo globalizado, sometido y controlado por el “Big brother”, es decir, el Gran Hermano, que felizmente nada tiene que ver con el mamarracho narcotizante con que la televisión desciende a revolcarse en pos del rating. Similar a la de Orwell, como dijimos, es la propuesta de Huxley.

Y henos aquí que con nuestros tres escritores estamos todavía limitados al mundo de la literatura. Pero esos anticipos parecen empezar a tener la más funesta concreción en la realidad de nuestro tiempo. En efecto, nos encontramos hoy alarmados, y me animaría a agregar que aterrados, por la noticia que hace muy poco hemos leído en tapa de *La Nación* del lunes 13 de agosto de este año de 2007. “Una ciudad china, bajo vigilancia total: control con cámaras y chips”. Se trata de Shentzhen, de 12,5 millones de habitantes, en cuyas calles ya han sido instaladas 20.000 cámaras de vigilancia policial. La noticia nos alarma pero no puede sorprendernos pues estábamos preparados por esa serie de la literatura de anticipación: Groussac (si bien con un breve texto de unas veinte líneas) y las novelas de Orwell y de Huxley.

En cuanto al pronóstico de Groussac, los tiempos se le han adelantado: aún no han llegado los “varios siglos” de su cálculo, apenas ha transcurrido un siglo y medio cuando ya casi nos sentimos, todos, los prisioneros de la ciudad china.

Pero dejemos a “nuestro hombre en Buenos Aires” y volvamos un poco a Entre Ríos, al punto de partida, al “bosquejo” de Calandria.

¿Por qué su historia le interesa a Groussac, y se conduele, y se apiada, y hasta parecería admirarlo? Creemos encontrar entre el escritor y el matrero, en lo profundo de sus personalidades, ciertos puntos donde se acercan y hasta se identifican. Pensamos en el refinado y pulcro Groussac, desde aquella imagen en que un testigo, don Benicio López (nota 1) lo evoca en julio de 1929, un mes después de su muerte. Lo ubica, pues, en diciembre de 1883, entrando en el Colegio Nacional de Salta en sus funciones de inspector de Colegios Nacionales y Escuelas Normales para las que acaba de ser nombrado (decreto del 02/10/1883, Julio A. Roca - E. Wilde) (nota 2):

“de algo más de treinta años [exactamente 35 años], un tanto delgado, blanco mate, todo pulcritud y corrección en el vestir. El cabello peinado con esmero...”.

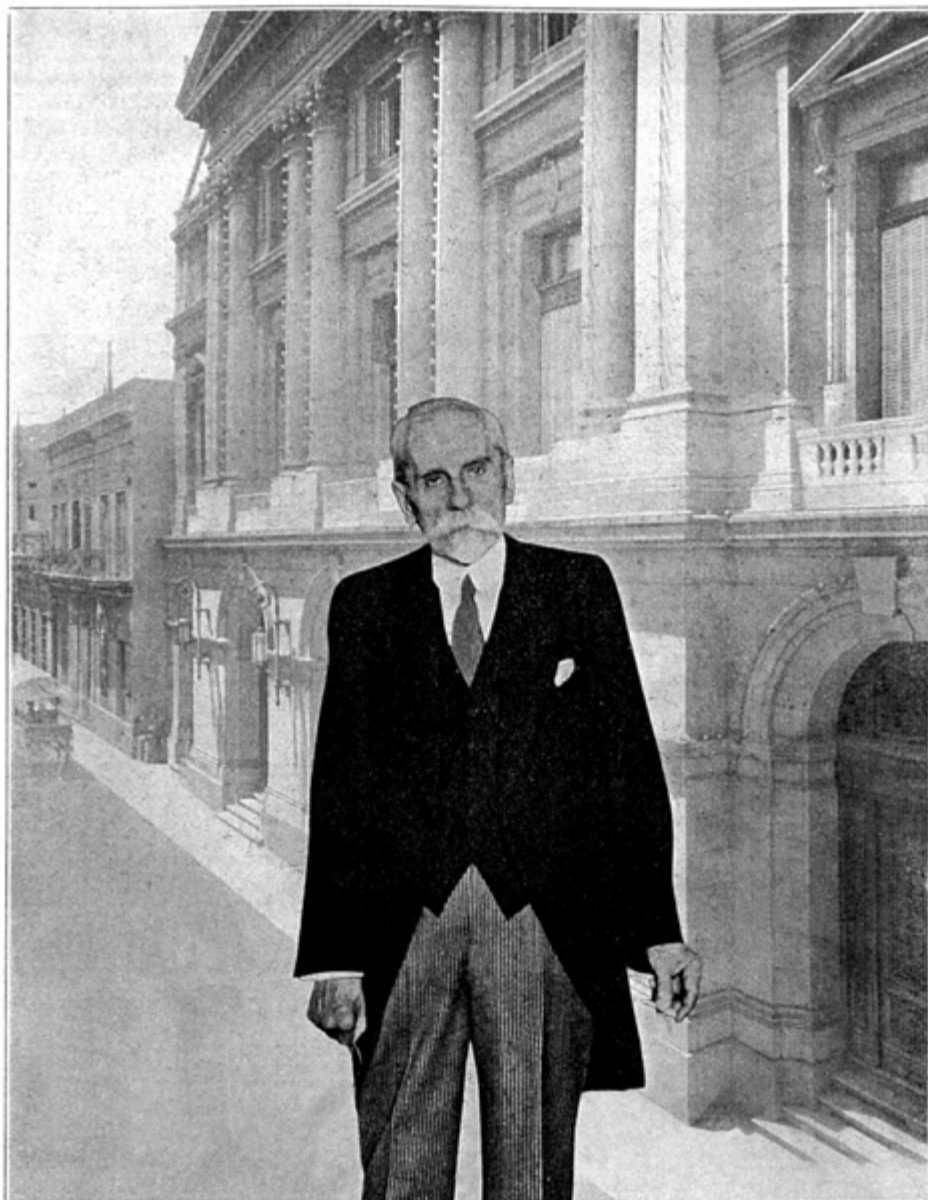
Por nuestra parte, recurrimos a anécdotas recogidas de sus hijos, sobre todo de Carlos, el mayor –que fue mi padre– quien solía matizarlas recordando al fumador de cigarrillos personalizados uno por uno con sus iniciales P.G. Y al usuario de cuadernos exclusivos en cuanto al papel, y también con sus iniciales grabadas en la tela o repujadas en el cuero de las tapas (aún conservo alguno de esos cuadernos). Y al gourmet del Café de París, famoso por sus aliños a las ensaladas, hasta el punto que el dueño, monsieur Sempé, solía solicitar al comensal que le condimentara una porción exagerada, porque de alguna otra mesa alguien pedía esa guarnición como la aderezaba

Groussac. Y pensamos en el contertulio –no tan ogro como se lo ha querido distorsionar–, contertulio, pues, del Círculo de Armas, y del Jockey Club –hecho socio honorario prácticamente desde un comienzo por su fundador y amigo Carlos Pellegrini, “*el hombre que más he querido en esta tierra*”.

En fin, pensamos en el bibliotecario habitualmente vestido con impecable jacquet como lo documentan diversas fotografías.

Y después de todo este recorrido por esos detalles –si se quiere un tanto frívolos– de su personalidad, por fin nos preguntamos ¿cuál es la empatía entre aquel refinado Groussac, a quien ahora, releyendo “Calandria”, venimos a descubrir casi consubstanciado con el outlaw, con el marginal, con el matrero entrerriano? Pues bien, nosotros, para nosotros, tenemos una respuesta muy simple, nuestra propia explicación: los dos han sido *desertores* (ya veremos en qué medida lo había sido Groussac), los dos han sido *aventureros*, los dos han sido *rebeldes* “amantes de su libertad individual”.

Estos rasgos, en Calandria, acabamos de verlos. ¿Y en Groussac? Y aquí arriesgo lo extremo de mi interpretación: Groussac, en cierta medida, fue también un desertor, tomando nosotros esta palabra no en el sentido estricto que sí le cuadra al matrero, sino en un sentido lato y figurado. Desertó de la Escuela Naval de Brest: al menos, no regresó a Francia al tiempo de tener que incorporarse, pese a haber aprobado sus exámenes de admisión. Como un *aventurero* se había embarcado, en cambio, hacia Buenos Aires, sin un peso en el bolsillo y sin una palabra de español en su lenguaje. Y atrapado por el país, optó por no regresar a su procedencia,



PAUL GROUSSAC
DIRECTOR DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL

PARA CARAS Y CARETAS.

Sea o no científico el socialismo de Marx y sus secuaces; contengan o no alguna posibilidad de realización futura el sindi-

calismo revolucionario y el colectivismo andrúgico. la verdad indiscutible, harto evidente y palpable, es que el presente desquicio universal — que pone en cuestión todo principio autoritario, y en peligro toda estructura cohesiva, de la familia a la nacionalidad — reclama con suprema angustia el decidido auxilio de todas las buenas voluntades para salvar la comunidad del cataclismo.

Diciembre de 1920.

a la carrera naval que lo esperaba en Francia. Su desertión, pues, se limitó a separarse, a abandonar, a no *ocupar el lugar* conquistado por él mismo en las puertas de su carrera naval (nota 3). La ruta perfecta para investigar el tema sería obtener, de Brest, el informe sobre si hubo alguna formulación escrita del desestimiento, por parte de él o por medio de su padre. Parecería muy difícil de obtener, a más de ciento cuarenta años de los hechos. De cualquier modo: “¿Quién me quita lo desertado?” –tal vez podría decirnos, a la vuelta de los años, el malogrado marino francés, pero el hombre total e innegablemente argentinizado, asimilado a “*este país al que pertenezco, pues es suyo todo lo mío*”. El hecho, pues, es que no regresa a cursar su Escuela Naval, para en cambio quedarse a iniciar en su vida un nuevo desarrollo, que se le abría, sin lengua y sin recursos, pleno de dificultades.

Tenemos al desertor, al aventurero, y al rebelde que, tantas veces como lo juzgó necesario, tasca el freno y enfrenta al poder, aun arriesgando su situación de más de cincuenta años de funcionario público ¡con mujer y siete hijos!

Ahí, para nosotros, está la clave de esa empatía de Groussac hacia Calandria: ambos desertores, ambos aventureros, ambos rebeldes “defensores de su libertad individual”.

Aquí cabe, forzosamente, una aclaración: el funcionario fue, sí, un rebelde e indisciplinado ante el poder, pero nunca por capricho sino por razón bien fundada (ver en bibliografía, Groussac, Marta Elena, “*Una tesis...*”). Pero, todo lo contrario, fue un estricto hombre de disciplina y orden y autoexigencia en la ejecución de su labor intelectual y de su gestión docente y administrativa.

Groussac y el lado negativo de la tecnología

El artículo sobre Calandria no nos ha parecido del todo ajeno a la temática propuesta para este número de la revista *La Biblioteca: Tecnología y Cultura*. El anticipo visionario del escritor sobre lo que sería la sociedad “dentro de varios siglos” parecería venir a desembocar –como dijimos– ya mismo, apenas transcurrido un siglo y medio, en la realidad de esta ciudad china, ya controlada en sus calles por 20.000

cámaras y por chips y demás asfixiantes y aniquilantes herramientas. Lógico es deducir qué cultura podrá sobrevivir a semejante opresión espiritual. Lamentablemente estaríamos ante el peor aspecto del desarrollo tecnológico, ante la peor cara de este Dios bifronte: la opresión, la asfixia, la esclavitud. Tal es la premonición de Groussac sobre el aspecto negativo y peligroso al que puede conducirnos un desafortunado empleo de los avances tecnológicos.

Lamentablemente estaríamos ante el peor aspecto del desarrollo tecnológico, ante la peor cara de este Dios bifronte: la opresión, la asfixia, la esclavitud. Tal es la premonición de Groussac sobre el aspecto negativo y peligroso al que puede conducirnos un desafortunado empleo de los avances tecnológicos.

II. Y otros anticipos

Vamos a precisar esos otros ítem en que nuestro escritor se adelantó a su tiempo: por sus ideas, en política cultural y educacional, como cuentista, como director de la Biblioteca Nacional y como defensor de nuestras Islas Malvinas.

- 1) Por sus ideas
 - Por algunos críticos, ha sido con-

siderado en alguna medida, *precursor del revisionismo histórico*: así, pues, curiosamente lo señalan, a este librepensador en lo religioso y en lo político, entre otros, dos historiadores de campos opuestos a Groussac, militantes ambos del nacionalismo católico, como son Julio Irazusta y Ernesto Palacio.

- También, *precursor del arielismo antiyanqui*, anticipando, entre otros, a Rubén Darío y a José Enrique Rodó, no sólo en su *Del Plata al Niágara*, sino en la carta que en febrero de 1911 envía a su amigo el presidente Roque Sáenz Peña, aconsejándole la estimulación de una clase dirigente, con primacía de la formación moral sobre la material y economicista:

“Lo que más importa entonces, mi querido Presidente (...) es la formación inicial de una verdadera clase dirigente, con aptitudes intelectuales y condiciones morales (...) No basta a los pueblos, en esta era moderna, acopiar los productos de la tierra ni aún como fuentes seguras de riqueza, si desconocen el alto precio del saber (...) sobre todo, del esfuerzo fecundo”.

Así se manifiesta ¡en pleno auge económico de los años del Centenario!

2) En política cultural y educacional

- Fue el promotor y redactor del texto de la primera *Ley de Propiedad Intelectual*, también allí por 1911.
- Como educador, fue el primero en elevar su voz y reclamar, como inspector Nacional de Educación, 10.000 escuelas para erradicar las escuelas rancho, a las que él hasta accedía, cuando era necesario, a

caballo o a lomo de mula; y a las que él llama —con su magnífica prosa de juegos bellos e inteligentes, aun en sus informes de funcionario— escuelas rancho a las que él llama: “*esas cabañas cerradas al aire y abiertas a la lluvia*” (ver Páez de la Torre). Hoy, a juzgar por los resultados, casi parece que hubiera clamado en el desierto.

3) Como cuentista

- Se lo considera el *iniciador del cuento policial argentino* con “El candado de oro”, publicado en el diario *Sud América* en 1884 (números 41, 43 y 44). Y reproducido como “La pesquisa” en la revista *La Biblioteca* (1887).
- Como también lo sitúan entre los tres o cuatro *precursores del cuento fantástico argentino* con “Entre sueños”.

4) Como director de la Biblioteca Nacional

- En su gestión de casi cuarenta y cuatro años (desde 1885 hasta su muerte en 1929) es el primero en organizar el patrimonio bibliográfico mediante la confección y publicación de catálogos sistemáticos. En 1893 aparece el Catálogo Metódico dedicado a Ciencias y Artes (500 pp.). “*Nunca, en sus 83 años de vida, la institución había contado con un auxiliar de este tipo*”, nos dirá Páez de la Torre. En cuanto a su actividad en extensión cultural, Groussac se funda en su concepto de que la Biblioteca es “Casa de Educación”. Y en esta idea se centran: 1) su acción editorial (revista *La Biblioteca* y *Anales*); y 2) las conferencias y conciertos.

5) *Las Islas Malvinas***Conclusión**

- Es el primero en establecer en forma irrefutable, los derechos argentinos, desde los puntos de vista histórico, jurídico y geográfico. Fundamenta lo geográfico en el estudio de la geología, la flora y la fauna, estudio que le lleva a definir a las islas como una dependencia natural de la Patagonia.

Hemos ofrecido nuestra interpretación sobre la empatía entre Groussac y el matrero Calandria del párrafo visionario con que cierra ese artículo, hemos deducido su concepción sobre los peligros de un uso perverso de la tecnología. Como final hemos puntualizado los ítem más sobresalientes en que nuestro hombre luce como un verdadero precursor.

NOTAS

1. Diario *El Tiempo*, Bs. As., 4. VII.1929. "De Don Benicio López". Paul Groussac. Un recuerdo personal (citado por Carlos Paéz de la Torre).
2. Decreto 2/10/1883 - Julio A. Roca - Ed. Wilde.
3. Sobre el episodio Groussac mismo nos ha dejado tres versiones poco explícitas y algo diferentes entre sí (ver Paéz, pp. 18-19). Coincidirían aproximadamente en afirmar que el joven hubiera abandonado su proyecto naval "disgustado por la severidad de la carrera", no previamente sopesada por el aspirante. Personalmente tengo una cuarta versión escuchada de mi padre: de jovencito viene a Buenos Aires en el "Anita", pero con la intención de regresar a incorporarse a Brest, ya que el viaje de "venida y vuelta" del velero le permitía al pasajero regresar a tiempo para el comienzo del curso. Es aquí donde, atrapado por el ámbito argentino, desiste de regresar a incorporarse a Brest. Por mi parte yo me quedo con esta versión, donde encuentro, en la íntima confianza familiar, los hechos un tanto más esclarecidos que en las versiones imprecisas y algo contradictorias volcadas por Groussac en distintos momentos de sus escritos.

BIBLIOGRAFÍA

1. De Paul Groussac:

- Archivo Paul Groussac (1874-1929) en Archivo General de la Nación (donación de la familia).
- Carta a Roque Sáenz Peña en A.G.N. (reproducida en Benarós).
- *Del Plata al Niágara*, Administración de la Biblioteca, Buenos Aires, 1897.
- *El viaje intelectual*, 1ª serie, Madrid, 1904.
- *Estado de la educación común en la República Argentina, sus causas, sus remedios*. Buenos Aires, 1882.
- *Los que pasaban* (1ª Ed. Jesús Menéndez, Buenos Aires, 1919).

2. Sobre Paul Groussac:

- Benarós, León en el A.G.N., A.G.N., Buenos Aires 1998.
- Cánter, Juan, *Contribución a la Biografía de Paul Groussac*, El Ateneo, Buenos Aires, 1930.
- Cuffia, Raquel, *¿Conoces a Paul Groussac?*, De Los Cuatro Vientos Editorial, Buenos Aires, 2001.
- Groussac, Marta Elena, *Una Tesis que falla por la Tesis*, en revista *La Biblioteca*, N° 4, noviembre/2006.
- Irazusta, Julio, *Pablo Groussac y su carrera literaria en Argentina*, en *Gobernadores, Caudillos y Escritores*, Buenos Aires, Ediciones Dictio, 1978.
- Lafforgue, Jorge, *Cuentos Policiales Argentinos*, Alfaguara, Buenos Aires, 1997.
- Palacio, Ernesto, *La herencia de Paul Groussac*, en *Criterio*, agosto de 1929.

3. Otra Bibliografía:

- DRAE, vigésima edición, 1984.
- Diccionario de María Moliner.

II Encuentro de Bibliotecas Nacionales del Mercosur

A fines del año 2006 se realizó en la Biblioteca Nacional Argentina la reunión de directores y subdirectores de bibliotecas nacionales de la región, en la que participaron Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay, Uruguay, Venezuela y Argentina, con Cuba como invitada y la presencia de la CONABIP. El Secretario de Cultura de la Nación, José Nun, abrió el encuentro. En los tres días de deliberaciones se presenció un intercambio en el que se pusieron de relieve las distintas situaciones de cada Biblioteca Nacional –todas ellas afiliadas a ABINIA–, desde sus avances en el auspicioso desafío de las bibliotecas digitales hasta la preservación de sus importantísimos acervos históricos. Con vistas al Bicentenario, las Bibliotecas de América Latina están preparando distintas conmemoraciones, que en todos los casos se refieren a la publicación, con distintos métodos y alcances, de sus tesoros bibliográficos y hemerográficos vinculados al surgimiento de las naciones sudamericanas.

Entre las primicias de todos esos procesos emancipadores –que abarcan específicamente, en el año 1810, a varios países de

la región, pero se derraman por toda ella—, están también las creaciones de las bibliotecas nacionales de nuestros respectivos países, casi todas ellas surgidas del ánimo emancipador o sino, recreadas por éste, por lo cual una bibliotecología emancipadora es un tema siempre presente para la indagación lúcida sobre el compromiso histórico-social de las bibliotecas. La política inherente a la existencia de las bibliotecas nacionales —que son individuos culturales de una reconocible complejidad técnica y simbólica— en todo momento preside sus gestos en dirección al horizonte más exigente de las tecnologías contemporáneas, como la necesaria invocación a su lógica fundacional, embebida de la propia historia intelectual de cada uno de los países que las albergan.

Los textos aquí publicados abarcan parcialmente el conjunto de las discusiones —no todos pudieron ser recogidos—, y dan una idea de los dramas bibliotecarios que en nada se apartan de las exigencias del debate que hoy caracteriza a nuestras naciones.

Las colecciones de la Biblioteca Nacional de Venezuela

Por Aristides Medina Rubio ()*

El director de la Biblioteca Nacional de Venezuela traza, en la coloquialidad de este texto, una semblanza del modelo bibliotecario instaurado en la República Bolivariana. Con precisas notas históricas que puntualizan la evolución del modelo hasta la actualidad, con ricos y pormenorizados detalles de interés sobre el acervo biblio-foto-hemerográfico venezolano, Medina Rubio detalla un acabado panorama del patrimonio. Entre los manuscritos destacados de enorme valor histórico y cultural, como la Colección Arcaya de 145.000 piezas, la Febres Cordero, la de botánica de Asler, o la de Tomás Enrique Carrillo, el pormenorizado y ameno relato del director no olvida destacar muestras y exposiciones de importancia. De este modo, los papeles de Simón Bolívar y los de Humboldt, en palabras de Medina Rubio, ofrecen un panorama abarcador que coparticipa de sus singularidades.

Quiero comenzar expresando mi agradecimiento por la generosa y calurosa recepción de los compañeros de Argentina, por su solidaridad y, por supuesto que hago voto por la hermandad de los pueblos de América.

Comentábamos hace unas horas Elíades, otra persona y yo, sobre la unidad que tenemos los pueblos y como, sin embargo, a veces aparecemos disociados. Hay que hacer un esfuerzo por esa hermandad. Personalmente hago voto porque muy pronto queden saldadas las diferencias que puedan existir entre Argentina y Uruguay en este momento. En Venezuela el sistema de bibliotecas está regido por una Ley, en 1975 se creó el Instituto Autónomo Biblioteca Nacional y la Red de Bibliotecas Públicas, de manera tal que la Biblioteca Nacional es el ente rector de todo lo que tenga que ver con bibliotecas en el país, incluso con las que no dependen de ella. El sistema que depende de la Biblioteca Nacional, además de la misma Biblioteca Nacional, que es el depositario del patrimonio bibliohemerográfico, audiovisual y digital del país, está constituido por 717 servicios que tenemos en todo el país, 717 bibliotecas que tenemos en los 24 estados o provincias en las que se divide políticamente Venezuela.

Paralelo a este sistema, existe el de las bibliotecas escolares, que dependen directamente del Ministerio de Educación, tanto en su dotación como en su servicio. Son muchas y son bibliotecas muy limitadas, son bibliotecas que funcionan en las aulas y cuanto mucho en las escuelas, pero su número es realmente impresionante: en este momento deben estar cercanas a las 70.000 bibliotecas escolares, que no están conectadas con nuestro sistema. Luego existe otro sistema de bibliotecas, que son las bibliotecas especializadas,

que son aquellas bibliotecas que están, por ejemplo, en las universidades, en los institutos de investigación científica y en algunas otras entidades, pongamos por caso los institutos profesionales. El Colegio de Ingenieros tiene una biblioteca, el Colegio de Abogados tiene una biblioteca, la Academia Militar tiene una biblioteca, la Universidad Central tiene no sólo la Biblioteca Central de la Universidad sino que tiene bibliotecas por facultades y tiene incluso bibliotecas por escuelas. Ese sistema no depende del Instituto Autónomo de la Biblioteca Nacional y Servicio de Bibliotecas sino que simplemente se acoge a las normas que nosotros manejamos.

La Biblioteca Nacional es quien normaliza, quien asiste a las normas que son universales, que no las hemos creado en el Instituto Autónomo de Biblioteca Nacional. Nosotros asumimos las normas universales y somos quienes las imponemos o quienes las manejamos en todas las bibliotecas. En este sentido las bibliotecas deben cumplir con la normativa que le asiste el Instituto Autónomo de Biblioteca Nacional. Es como si alguien al ser médico funda una clínica pero esa clínica debe acogerse a las normas que establece el Ministerio de Salud. La clínica no puede funcionar al libre albedrío de los médicos que fundan la clínica, sino que ellos tienen que acogerse a la normativa que tiene el Estado venezolano por relación al servicio de la salud. Lo mismo ocurre, pues, con las bibliotecas.

Estas bibliotecas son muy desiguales, la más importante del país es la Biblioteca Nacional y dentro del conjunto hay pequeñas bibliotecas que funcionan en el espacio de 50 metros cuadrados con una dotación muy reducida y que forman parte de todo el sistema.

Es un sistema bastante heterogéneo. Nosotros llegamos al Instituto hace

aproximadamente tres años, y en ese momento estaban funcionando 680 servicios. En estos últimos años hemos aumentado el número de servicios, hemos mejorado las condiciones de cada uno de ellos, y, sin embargo, todavía tenemos muchísimos problemas por resolver.

Voy a leer primero un breve texto en el que se hace referencia a la fundación de la Biblioteca Nacional; y luego me voy a referir a las colecciones que hay en nuestra Biblioteca Nacional.

El 13 de julio de 1833 el vicepresidente de la República Andrés Narvarte, encargado de la presidencia de la República por ausencia de su titular el Gral. José Antonio Páez, firmó el decreto de creación de la Biblioteca Nacional de Venezuela.

(...) fue necesario llegar a 1833 para que al fin pudiera completarse la utopía de los libertadores. Sin embargo, la suerte de la Biblioteca Nacional no fue tan prometedora como sugieren los cinco folios de su decreto de creación, pues a partir de allí la suerte de esta noble institución fue variada, crítica y dolorosa por la negligencia aristocrática y la burocracia administrativa que conservaron el poder.

Se materializaba así un ideal de los Libertadores puesto de manifiesto desde 1810 cuando, según don Pedro Grase, don Juan Germán Roscio puso a circular en Caracas una hoja impresa —que conservamos en la Biblioteca Nacional— invitando a formar

una Biblioteca Pública en Caracas.

En 1814, en pleno fervor de la guerra de la Segunda República y ya próxima la emigración a oriente, hay todavía espíritu, vocación en medio de la guerra para que Bolívar le ordene a Carlos Barvelo —su secretario y médico— que reúna los libros que pertenecían al Estado para formar la Biblioteca Pública de Caracas.

En 1821, antes de la Batalla de Carabobo, se programa crear una biblioteca en cada uno de los departamentos de la Gran Colombia, de sus capitales, Quito,

Bogotá y Caracas; proyecto que una vez más fue postergado.

A fines de 1830, consumada ya la disolución de la Gran Colombia, se inicia de nuevo el camino hacia la instalación de muchas instituciones. Fácil resulta comprender que entre 1810 y 1833 casi no hubo paz en Venezuela, hasta que en 1821 fueron los años de la guerra que como todos sabemos en nuestro territorio fue la más cruenta de todas las que se libraron en América y después de 1822 son los años de las consolidaciones políticas, donde casi no hay tiempo ni espacio para la creación de las instituciones. La Campaña del Sur, la creación de Bolivia, las conspiraciones antibolivarianas, el separatismo antigrancolombiano.

Es así como fue necesario llegar a 1833 para que al fin pudiera completarse la utopía de los libertadores. Sin embargo, la suerte de la Biblioteca Nacional no fue tan prometedora como sugieren los cinco folios de su decreto de creación, pues a partir de allí la suerte de esta noble institución fue variada, crítica y dolorosa por la negligencia aristocrática y la burocracia administrativa que conservaron el poder. Agrego también la ausencia de hombres verdaderamente comprometidos con un ideario de biblioteca.

Hubo de transcurrir un período de casi ochenta años para que las bibliotecas comenzaran un camino definitivo; en 1912 se entregó por primera vez una sede propia, un edificio construido especialmente para ser sede de la Biblioteca Nacional.

La Biblioteca Nacional de Venezuela funcionó un tiempo adscripta a la Universidad Central y esto ha permitido que entre las colecciones que tiene, y que voy a citar después, haya papeles del Libertador. Porque cuando la Biblioteca funcionaba adscripta a la Universidad Central —que es la más importante del país

y fue fundada en 1621– en 1827, cuando Bolívar visitó por última vez a Caracas, la creó y la asumió como Universidad del Estado y le dictó sus primeros estatutos, la primera Ley Universitaria y, además, la dotó de bienes, de casas en la ciudad para que fuesen alquiladas y para que tuviese sus propios beneficios. La dotó además de haciendas y le dejó algunos de sus papeles y le dejó sus libros.

Esos libros cuando la Biblioteca Nacional entró a formar parte de la Universidad Central pasaron a formar parte del fondo de la Biblioteca; cuando la Biblioteca se separó de la Universidad, los libros la siguieron y esa es la razón por la cual hoy la Biblioteca Nacional cuenta con papeles de Bolívar e incluso con los libros que fueron propiedad de Francisco de Miranda, alguno de los cuales el propio Miranda había donado a la Universidad Central.

No me voy a referir al resto del sistema de bibliotecas que son muy desiguales, cada estado tiene una Biblioteca Pública Central, en todo el país, en las 24 capitales, son 24 estados, en los 24 estados incluyendo a Caracas que es el distrito base de la capital hay una Biblioteca Pública Central, una gran biblioteca. Las 24 bibliotecas están construidas en edificios *ad hoc*, que fueron construidos y pensados como bibliotecas, son las 24 bibliotecas públicas centrales. Luego de esas bibliotecas que están en las capitales de los estados, hay ciudades donde hay bibliotecas de muy buena calidad y en sus edificaciones su personal cumple con todas las normas, pero no son las generalizadas. Es decir, en una provincia, en un estado pudiera ser que haya además de la Biblioteca Pública Central 4 ó 5 ó hasta 6 bibliotecas más o menos de la misma categoría. A partir de allí las bibliotecas están ubicadas en diferentes localidades. En principio Venezuela tiene dividido

estos 24 estados federales en unos 315 municipios pero nosotros estamos presentes en 278 municipios, lo que significa que estamos presentes como biblioteca en casi el 80% del territorio nacional desde el punto de vista del municipio, pero cada municipio está dividido a su vez en parroquias y las parroquias en Venezuela son 1.810. De manera que si ustedes relacionan 1.810 con el número 717 que les di antes se dan cuenta de que en el nivel de parroquia nosotros tenemos un gran déficit. Es decir, que cuando nosotros tengamos cubierto todas las parroquias del país, cuando le garanticemos a todas las parroquias del país una biblioteca, probablemente tengamos un sistema de más de 2.500 bibliotecas.

La Biblioteca Nacional es el núcleo fundamental, es una de las instituciones más respetadas del país, en estos días preelectorales todas estas instituciones se ocupan de ese combate electoral pues miden todo. Miden, por ejemplo, cuál es la percepción de la Iglesia en la opinión pública, cuál es la percepción de la Policía, cuál es la percepción de las Fuerzas Armadas, cuál es la percepción de las instituciones culturales. Les puedo decir que en una de esas mediciones salió que la Biblioteca Nacional está en el cuarto lugar de la percepción. Delante de la Biblioteca Nacional está el Consejo Electoral. Las Fuerzas Armadas tienen una percepción digamos respetable en el país, pero esto es importante decirlo porque la Biblioteca Nacional, con esa tradición de casi doscientos años, es una institución verdaderamente respetada en el país y tiene unos fondos realmente importantes.

Ya les dije que la Biblioteca tiene entre sus fondos, papeles que pertenecieron al Libertador Simón Bolívar, materiales que pertenecieron al Precursor Francisco de Miranda; y tiene de importante lo

(...) la Biblioteca tiene entre sus fondos, papeles que pertenecieron al Libertador Simón Bolívar, materiales que pertenecieron al Precursor Francisco de Miranda; y tiene de importante lo que nosotros llamamos en biblioteca la colección fundacional, que son los libros que fueron incautados a los conventos después de la emancipación, después de la independencia sin necesidad de que hubiera una revolución ideológica ni mucho menos.

que nosotros llamamos en biblioteca *la colección fundacional*, que son los libros que fueron incautados a los conventos después de la emancipación, después de la independencia sin necesidad de que hubiera una revolución ideológica ni mucho menos. Los bienes de los conventos pasaron a formar parte de la Biblioteca Nacional y eso es lo que se llama *la*

colección fundacional a la que se agregan estas cosas que mencioné de Bolívar o de Miranda y otras cosas que referiré de inmediato.

Yo pudiera decir que los fondos de la Biblioteca Nacional están reunidos en las siguientes colecciones: en primer lugar, recibimos la colección

bibliográfica general, luego la colección hemerográfica, luego el archivo audiovisual, luego el archivo de obras planas, luego las publicaciones oficiales luego la sección de libros raros y manuscritos y, finalmente, salas estatales.

La colección bibliográfica general tiene unos dos millones de títulos con aproximadamente unos cinco millones de ejemplares, dos millones de títulos que no es poco. Manejar una base de datos requiere de una plataforma tecnológica que no es corriente, por el número de títulos que se manejan en ese catálogo.

La colección hemerográfica se inicia en 1808, cuando se funda el primer periódico en Venezuela que fue *La Gaceta de Caracas*, tiene aproximadamente unos 4.000 títulos y éstos se recogen en unos 200.000 ejemplares de periódicos y revis-

tas que tienen dos entradas. Están clasificados por año, o sea en 1808 aparece *La Gaceta de Caracas*, pero en 1818 junto a ésta aparece el *Correo los Orinocos*. En 1834 vuelve a aparecer *La Gaceta de Caracas* que no es la misma gaceta de 1808, aparece un periódico con ese título, y otro más que se llama *La vista*, otro que se llama *El Fonógrafo*, de manera que a medida que se va avanzando en el siglo XIX o hacia el siglo XX el número de periódicos por año aumenta. Así como los tenemos clasificados por año, también los tenemos clasificados por regiones o por estados, entonces aparece, por ejemplo, el estado Aragua, distrito Capital, distrito Bolívar. En cada estado, entonces, aparecen todos los periódicos que fueron publicados o tenemos nosotros en reserva en los fondos de noticias. Debo aclarar que a veces mencionamos un periódico del cual salieron 20 ó 30 ejemplares y en la Biblioteca Nacional tenemos sólo uno, pero lo referimos ahí.

El archivo audiovisual es una de las colecciones más importantes: tiene en primer lugar la colección de cine y video donde hay unas 700.000 copias. Voy a recordar un anécdota. En una oportunidad nos visitó en la Biblioteca Nacional un periodista español que tiene una red de televisores regionales y él quería poner en Venezuela televisores regionales, él quería auxiliarse con la biblioteca y esa fue la razón por la cual nos visitó. Yo tenía poco tiempo en la Biblioteca Nacional, quizá tenía unos 8 ó 10 meses y entonces voy con él al archivo audiovisual para que viera lo que teníamos ahí. Aparte de la colección de videos se tiene cantidad de equipos que forman parte de lo que es un museo, porque ya no se usan, pero que son los equipos que se han usado siempre para todo lo que es audiovisual. Yo me sentía muy emocionado y muy feliz de poder

enseñarle al señor todas las cosas y entonces cuando estamos en la colección de los videos, de los anaqueles, él me dice que es impresionante lo que tenemos ahí y yo le digo que tenemos de todo, lo único que no tenemos es pornografía y él me dice ¿y esto qué es? Él estaba apoyado en un anaquel donde lo que había era pornografía. Y entonces, efectivamente, la Ley de Depósito Legal obliga a los importadores a entregar el Depósito Legal una o tres copias y, efectivamente, estaban allí. Lo que fue un descubrimiento bien importante para mí. Pero yo no sabía, pensaba que efectivamente no había pornografía y hasta eso hay en esa colección.

En el archivo audiovisual, además de esa colección de cine y video, hay una colección muy importante que es la colección de fotografía, consta de 500.000 imágenes que tenemos en el archivo. Pero en esa colección de ese número de fotografías hay una colección que fue adquirida a un coleccionista norteamericano hace como 30 años. Es una colección de 22.000 fotografías que este señor, no puedo recordar su nombre, fue acumulando durante muchos años, fotografías de toda América Latina, desde la Argentina hasta México, pasando por los países del Caribe. Son fotografías de 1852 hasta 1914 aproximadamente. Esa colección que está en el archivo audiovisual y que forma parte de la colección de fotografía fue declarada por la UNESCO patrimonio cultural de la humanidad.

El año pasado hicimos una exposición con la cooperación de la Embajada Argentina, era el embajador Eduardo Sados, el antecesor de la señora Garré, que es ahora ministro de Defensa de Argentina. Con ellos hicimos una exposición de esa colección de fotografía, escogimos 160 fotografías correspondientes a Argentina, de diferentes provincias de Argentina y la exposición

la acompañamos con un ciclo de conferencias dictado por especialistas. La primera la dictó el embajador y las otras tres las dictaron historiadores venezolanos que están comprometidos con la historia de América, hay alguno incluso que fue funcionario en la Embajada de Venezuela en Argentina hace muchos años. Se hicieron esas cuatro conferencias y publicamos

un libro con el texto de las cuatro conferencias y con una selección de las fotografías. Yo le regalé a Horacio González y a Marilú Barrios Varela dos ejem-

plares para que queden en la Biblioteca. Así como hicimos la exposición sobre Argentina en este momento tenemos la exposición de las fotografías de Colombia y con esta haremos lo mismo, publicaremos un libro al final con las imágenes que hemos expuesto o con una selección de ellas y con los textos de las conferencias. Y antes habíamos hecho una colección o una exposición con las fotografías correspondientes al Caribe, sólo que en aquella oportunidad no tuvimos la prudencia de organizar unas conferencias y ni siquiera de publicar el libro. Pero es una de las colecciones importantes, seguramente. Podríamos organizar con Brasil, con Bolivia, o con cualquier país de América Latina una exposición con las fotografías que correspondan a ese país y agregarle a eso exposiciones y, en consecuencia, publicar libros especializados. En esa colección también tenemos lo que corresponde al sonido, allí también hay lo que corresponde a las partituras.

Luego está la sección de obras planas que tiene dos secciones que la primera se refiere a carteles y afiches y la segun-

El archivo audiovisual es una de las colecciones más importantes: tiene en primer lugar la colección de cine y video donde hay unas 700.000 copias. [...] la colección de fotografía, consta de 500.000 imágenes que tenemos en el archivo.

da a planos y mapas. Esta de planos es bien interesante porque la Biblioteca Nacional es hoy en día depositaria de lo que fue el archivo del antiguo Ministerio de Obras Públicas. De manera que allí están todos los planos de las construcciones que se hicieron en Venezuela quizá desde 1850, la construcción de carreteras, de edificaciones públicas, de puentes, de túneles, etc. Luego tenemos la sección de publicaciones oficiales donde tenemos colecciones de todas las gacetas oficiales del país y de las gacetas municipales. Y tenemos la sección de libros raros y manuscritos que yo suelo llamar la joya de la Biblioteca Nacional. En esa colección tenemos más de un millón de piezas, un millón trescientas mil piezas. Ahí hay varias secciones o colecciones. En primer lugar, la de obras antiguas venezolanas, que consideramos así a las que son anteriores a 1808. Obras antiguas extranjeras donde tenemos incluso biblias publicadas en

papeles del presidente Guzmán Blanco, que fue un presidente de Venezuela entre 1873 y 1888, aproximadamente. Fue una especie de dictador pero que tuvo la virtud de ser el modernizador de Venezuela, fue el hombre que introdujo los ferrocarriles, mejoró las vías de comunicación y tenemos su archivo personal, porque además después de Miranda el otro venezolano notable en eso de conservar papeles fue Guzmán Blanco. Yo digo Miranda, porque el archivo de Miranda que lo acabamos de digitalizar hace apenas diez días, contiene hasta las facturas de los restaurantes que él visitaba. Tiene cantidad de recortes de periódicos de diferentes países, pero es un archivo muy prolijo. Además Miranda se movía con su archivo, cuando el viajó para Londres y luego para Venezuela él se movió con su archivo, y ese archivo se salvó, porque antes de que lo hicieran preso en 1812 logró embarcar su archivo con destino a Londres y luego se quedó en Curazao unos treinta años. La persona a la que había enviado Miranda el archivo, lo recuperó y lo mantuvo en Londres hasta 1826 cuando el gobierno venezolano lo compró a esos propietarios, a los descendientes de ese conde amigo de Miranda que era el protector del archivo.

Parte de ese archivo está en la Biblioteca Nacional por las circunstancias que ya expliqué, aunque el archivo en total, un gran arcón que tiene 63 volúmenes en folio mayor, está en la Academia de la Historia. Algunos de sus papeles y de sus libros permanecen en la Biblioteca Nacional y lo mismo pasa con el Archivo de Guzmán, que era un hombre que también conservaba el más mínimo papel en el que él hubiera tenido algún tipo de participación. Incluso su esposa Carlota de Guzmán era tan cuidadosa que llevaba la contabilidad de las botellas de vino que una vez vacías vendía a



Arístides Medina Rubio,
por Mariano Lamota

1511, tenemos una primera edición del Quijote, hay libros verdaderamente raros en la parte que corresponde a obras antiguas extranjeras.

Tenemos también archivos documentales donde están los papeles a los que me referí de Bolívar y están también los

las botellerías de Caracas. Entonces, uno puede ser muy prolijo de los costos e incluso de los detalles de cuáles eran los vinos que se consumían.

Ese archivo de Guzmán es inmenso, quizá uno de los archivos más grandes de todos los hombres que han tenido figuración política en Venezuela. Está dividido en tres partes. Una está en los Estados Unidos, en las diferentes universidades, particularmente en una de ellas. Una segunda está en la fundación John Boulton de Venezuela que tiene papeles, bienes y objetos que fueron del Libertador, y la tercera parte está precisamente en esta Biblioteca Nacional, en la parte de libros raros y manuscritos.

Tenemos también los archivos de los que llamamos los creadores. Los manuscritos de los creadores son muchísimos pero hay algunos que son grandes conocidos para ustedes. Como ser Teresa de la Parra no es un nombre conocido por ustedes, pero si les dijera Arístides Rojas, o dijera Enrique Bernardo Núñez o dijera algunos otros nombres, Rómulo Gallegos, por ejemplo, cuyos manuscritos están allí en ese fondo, ustedes pueden darse cuenta de la magnitud de ese archivo de los creadores.

Tenemos también en este archivo algunas cosas que me recuerdan a lo que decía esta mañana Arístides, de donde de repente en una biblioteca de cualquier lugar se pueden conseguir materiales que le interesan a nacionales y otros países. A mí me sorprendió mucho encontrar que en la Biblioteca Nacional de Venezuela tenemos manuscritos de Octavio Paz, tenemos manuscritos de Rubén Darío y teníamos también papeles originales o publicaciones únicas de Martí. Tuve la fortuna de compartir el descubrimiento que hizo Pedro Pablo Rodríguez cuando nos visitó y estuvo en Caracas unos

días visitando la Biblioteca Nacional y encontró cosas que no se conocían, él es un especialista notable en Martí que trabaja en el Centro de Estudios Martianos.

Tenemos otras colecciones dentro de este mismo conjunto que son muy importantes, por ejemplo, una que se llama la colección de Pedro Manuel Arcaya, que fue un humanista venezolano, un abogado que fue ministro de Relaciones Exteriores del Gral. Juan Vicente Gómez, un hombre de confianza del general, que le propuso la base teórica mas sólida al gomicismo con libros como *Cesarismo democrático*.

Pedro Manuel Arcaya fue un lector que realizó una donación a la Biblioteca Nacional, que la conservamos completa. Fueron 145.000 piezas. Hagan un día la cuenta de cuántos días puede vivir un hombre de ochenta años y dividan 145.000 piezas en ese número de días para que se den cuenta de cuántos libros por día recibía este señor. Este señor tenía compradores de libros en Nueva York, en Madrid y en París; él era un gran lector, fue un hombre muy importante, un sociólogo, uno de los humanistas más importantes del país, y aunque tuvo conflictos con el gobierno venezolano después de la muerte de Gómez, pleitos que él ganó, fue acusado de malversación, nunca se le pudo probar nada. Era descendiente de una familia fundadora de una de las regiones de Venezuela, una familia muy rica, nunca le pudieron comprobar nada, y, sin embargo, diez o doce años después ya en el final de la vida, donó toda su biblioteca a la Biblioteca Nacional de Venezuela, que son esas 145.000 piezas de las que le estoy hablando.

En esa colección hay manuscritos, está, por ejemplo, el libro de un botánico que visitó Venezuela y que adquirió Pedro

Manuel Arcaya. El manuscrito del libro –en folio mayor– es parte de la colección Arcaya pero hay ediciones príncipe de cantidad de libros y títulos del mundo entero y por supuesto hay libros en todos los idiomas, sobre todo en inglés, francés, italiano, porque él era abogado y no existía la profesión de sociólogo en esa época, pero el trabajo que él hacía era el que hoy hace un antropólogo o un sociólogo. La colección tiene muchos libros, muchos títulos que corresponden a ese campo de conocimiento.

Yo conozco algunas colecciones muy importantes de América como es, por ejemplo, la *Colección Palafox y Mendoza* en México o la *Colección La Fragua* y las conozco no de ahora, sino de cuando yo ni soñaba llegar a la Biblioteca Nacional. Pero les digo, ninguna de las colecciones, ni siquiera la *Colección de los Franciscanos* de Estados Unidos, yo creo que ninguna tiene la importancia y el volumen que tiene la Colección Arcaya. Pero además de la Colección Arcaya tenemos la Colección Febres Cordero, que fue otro bibliófilo venezolano que murió en 1920, pero que tuvo la virtud, muy singular entre los venezolanos, de haber realizado canjes con muchas revistas y periódicos de todo el continente americano. De esa colección se consigue de todo y, además, tiene la particularidad de que no la tenemos en Caracas, la tenemos en la ciudad de Mérida, que es una ciudad universitaria, donde lo más importante que hay es la Universidad de Mérida, la Universidad de los Andes. Hay también una Biblioteca Pública Central y dentro de ésta nosotros tenemos la Colección Febres Cordero, que por supuesto los investigadores de cualquier parte del país van a Mérida y trabajan ahí, pero sobre todo está al servicio de la gente de Mérida.

Luego tenemos también varios archivos de familia como los de la familia Febres Cordero que –como todos saben– es una familia bastante extendida por toda América. Tenemos una colección de Asler –un botánico muy importante– que tiene aproximaciones para toda la botánica de América Latina. Hay papeles de Humboldt, los papeles de Aristides Rojas y la última colección que recibimos hace ocho o diez meses es la colección del Dr. Tomás Enrique Carrillo Batalla, un académico venezolano vivo, pero que quiso donar su biblioteca a la Biblioteca Nacional. Él nos donó unos 75.000 volúmenes, que aproximadamente son unos 40.000 títulos. Es bastante también, sólo que como él es un editor muy prolífico de trabajos que tienen quince o veinte volúmenes, él nos entregó no sólo sus números sino que nos entregó también las ediciones que conservaba, muchos ejemplares de algunos de los títulos que él escribió. Entonces, esa es la razón por la cual nos entregó 70.000 libros de los cuales son 40.000 títulos.

Y luego me iba a referir a lo que mencioné antes: las salas estatales y la salas locales. En Venezuela no hay eso que se llama bibliotecas populares, a lo mejor lo que nosotros llamamos bibliotecas públicas, podría asociarse con lo que nuestra amiga, María del Carmen Bianchi, llamó las bibliotecas populares. De manera que en estas bibliotecas públicas, en cada capital existe lo que se llama la sala estatal donde hay información sobre todo el estado, y en las otras bibliotecas de ese estado, hay información sobre ese estado y sobre la localidad.

(*) Director de la Biblioteca Nacional de Venezuela.



MÚSICA EN LA BIBLIOTECA

La Scala fuera de la Scala III

Coordinado por la Scala de San Telmo.
Auspiciado por la Fundación Szerenfeld.
Mayo/Octubre



Músicas en singular

Dirección artística de Gerardo Gandini.
Auspiciado por la Fundación Szerenfeld.
Mayo/Agosto



Cinco Lenguas

Organizado por el Teatro Colón y la Biblioteca Nacional
Junio/Noviembre

Raras Partituras III –Folklore

Tercer ciclo de conciertos sobre partituras conservadas en la Biblioteca.
Domingos de septiembre.



Cine mudo con piano II

Organizado por la Biblioteca Nacional, en colaboración con la Secretaría de Cultura de la Nación.
Con la participación de Juan Carlos "Mono" Fontana, Alejandro Franov, Ernesto Jodos y Carlos Cutaia.
Domingos de mayo



Tardes clásicas en la Biblioteca Nacional

Nuevo Trío Argentino: Myriam Santucci, Elías Gurevich y Fernando Pérez.
Auspiciado por el Teatro Colón, Grupo Clarín y Radio Nacional.
Marzo/Septiembre



La colección de carteles de la Biblioteca Nacional de Cuba

Por Eliades Acosta Matos ()*

El peculiar origen de la Biblioteca José Martí, su profundo significado libertario enancado en el acto de su mismo acto fundacional durante la ocupación militar de 1901, constituyen, en el relato de su director Eliades Acosta Matos, el punto de partida de este texto que excede la reseña histórica. Las prioridades en materia de custodia y preservación del patrimonio, la fuerte apuesta a la digitalización y la defensa de la ley de depósito legal, van jalonando un relato impregnado de conceptos clave en el desarrollo de una política cultural desde los organismos destinados no sólo a la preservación sino a una indelegable función multiplicadora y actualizada del patrimonio escriturario. El modelo bibliotecario cubano expresa, en la palabra de Eliades Acosta Matos, una experiencia particularísima de la optimización de recursos en situaciones adversas, sin resignar los objetivos centrales que hacen a su esencia.

Me sumo a los agradecimientos por la invitación y la excelente acogida que hemos tenido acá. Muy interesante ha resultado el intercambio con nuestros colegas y los bibliotecarios argentinos que nos han acompañado.

En el caso especial de Cuba hemos sido objeto de una invitación, al no pertenecer al Mercosur, y eso es doblemente importante, porque por el hecho de estar aislada por un bloqueo que tiene 50 años, se hace difícil que se conozca lo que Cuba hace, que se conozca con realismo, con objetividad.

En este caso voy a hablar muy objetivamente no solamente de la política de digitalización en la Biblioteca José Martí, sino sobre todo lo que hemos hecho para preservar de manera inmediata la mayor colección de carteles cubanos que existe en América Latina. Estamos hablando de la colección de carteles que suma alrededor de 15.000 ejemplares que la Biblioteca José Martí ha venido atesorando desde el año 1964 cuando se promulgó en Cuba la ley de depósito legal. Si hay algún escéptico todavía de la importancia de la ley de depósito legal y si hay alguno que va a luchar por modernizar las leyes, puede usar de ejemplo el hecho que, en un país como Cuba, 15.000 carteles se hayan salvado a partir de la promulgación y adopción de la Ley de Depósito Legal de 1964.

Es una ley que tuvo una actualización en el año 1999 en la que incluía en su términos los materiales digitales, pero que ya en 1964 tuvo la visión de establecer que se depositaran ejemplares de carteles, posters o afiches, como quieran llamarlo. La Biblioteca José Martí fue fundada en 1901, un caso raro porque fue fundada por un ocupante militar extranjero. En este caso la fundación se produjo durante la ocupación militar

norteamericana en Cuba que termina en 1902, no como una concesión, sino como una respuesta al reclamo de la intelectualidad patriótica cubana, que después de treinta años de lucha por la independencia de Cuba volvía del exterior, muchos de ellos con colecciones importantes de libros y reclamaron que el país tuviera instituciones nacionales. Es este momento clave se estaba preparando la anexión a Estado Unidos. Por lo tanto aunque el decreto que crea la norma es engañoso porque lo único que hace es designar director de la Biblioteca Nacional a un señor muy importante, un escritor cubano amigo de Martí y periodista, Domingo Figueroa Lacaneda, como primer error escogió bien al director. Segundo error, mejor dicho, sutil error,

a este señor se le daba un salario y punto, ni local, ni libro, ni empleado, ni salario para los empleados y este era un salario simbólico para la época. No obstante este señor donó libros de su biblioteca particular que se calcula en 3.000 volúmenes y empezó a estimular que otros hicieran lo mismo y en este momento la Biblioteca Nacional cuenta con alrededor de 4.000.000 de volúmenes.

Entonces decía que es un caso raro, es una biblioteca que se crea en medio de una ocupación extranjera, y que tiende como todas las bibliotecas a conservar y difundir el patrimonio bibliográfico del país. Es una constante preocupación

Es una constante preocupación preservar la información ante el deterioro de los documentos que se custodian y permitir un mayor acceso a ellos. Por lo tanto, en el año 2000 se creó una política, o se aprobó en la biblioteca, una política de digitalización de sus fondos que tuvo un momento muy importante en el año 2002 cuando se inauguró el laboratorio digital de la Biblioteca Nacional (...)

preservar la información ante el deterioro de los documentos que se custodian y permitir un mayor acceso a ellos. Por lo tanto, en el año 2000 se creó una política, o se aprobó en la biblioteca, una política de digitalización de sus fondos que tuvo un momento muy importante en el año 2002 cuando se inauguró el laboratorio digital de la Biblioteca Nacional como producto del donativo de una artista cubano que vive fuera de Cuba y cuya donación es de suma importancia para el país.

(...) la colección de carteles empezó a formarse en el año 64. Debe tenerse en cuenta que la Revolución Cubana necesitó mucho de vehículos o palancas de transmisión y de movilización social del pueblo. También de vehículos de educación del pueblo, por ese motivo se desarrolló el cine cubano y junto con el cine se desarrolló el cartel cubano, no sólo para el cine.

Este artista decidió que quedara en la Biblioteca Nacional y allí decidimos invertir ese dinero en el laboratorio digital o en la primera dotación del laboratorio digital. Quiero decir que cuando hablamos del deterioro de las colecciones, tengamos en cuenta que Cuba es una isla, pero además situada en el Mar Caribe, con unas temperaturas y humedad elevadas, con una gran proliferación de enfermedades y plagas que afectan el papel, también el celuloide, inclusive el vidrio. A pesar de ello, no tenemos climatizada la colección, ya un primer gran problema en un edificio con una gran capacidad, de 16 pisos, inaugurado en el año 1958, creado para la BN pero no con las condiciones óptimas. Nosotros dentro de la política de selección, al elegir qué digitalizar, tuvimos en cuenta estos parámetros, el estado de los fondos, priorizando por supuesto la colección cubana que es la razón de ser en primera instancia de la BN cubana. Y el nivel de demanda que tengan los documentos por los usuarios.

Por ejemplo, dimos prioridad en una primera etapa, a la colección de Raros y Valiosos de los cuales se ha digitalizado la *Planilla general de precios de medicina desde 1723*, que es el primer libro impreso en Cuba del que se conserva en la BN un ejemplar y le dimos por supuesto un trato prioritario. También a *La isla de Cuba Pintoresca*, una especie de álbum de grabado sobre la isla de Cuba del siglo XIX y en una segunda etapa en la cual estamos ahora, ya empezamos a digitalizar la colección de periódicos y revistas cubanos del siglo XIX, por supuesto seleccionando los títulos que estén en situación más crítica por su estado de conservación y dando prioridad a ejemplares únicos o de mayor demanda. Un ejemplo tomado de la prensa que se puede valorar es el periódico *El mundo de La Habana*, hablando de los periódicos encuadernados, éste es un ejemplo de periódico delicado, lo cual complica muchísimo la labor de digitalización o cualquier manipulación, si bien es cierto que también se los preserva para el uso cotidiano.

Otro ejemplo son los grabados de *La isla de Cuba* de Federico Miale que ayuda a tener una idea de con qué tipo de material estamos trabajando, es como un secador de café en las montañas de Cuba seguramente a principio de siglo XIX.

En el caso de la colección de carteles como ya les dije empezó a formarse en el año 64. Debe tenerse en cuenta que la Revolución Cubana necesitó mucho de vehículos o palancas de transmisión y de movilización social del pueblo. También de vehículos de educación del pueblo, por ese motivo se desarrolló el cine cubano y junto con el cine se desarrolló el cartel cubano, no sólo para el cine. Ahí

por ejemplo en la colección nuestra tenemos carteles que le enseñaban al pueblo cómo debía comportarse en los clubes de la burguesía expropiados por la Revolución, porque eran propiedad del pueblo. Como ejemplo va esta norma: no se podía entrar con los pies llenos de arena a los baños del sitio o no se podía ingresar en las piscinas de bañarse. Parece ridículo, pero había muchas personas que jamás habían puesto un pie en ese ambiente y había que empezar por lo elemental. También téngase en cuenta que había un 23% de analfabetismo en Cuba en los primeros años de la revolución.

Esta colección se ha ido formando en la Biblioteca Nacional, fundamentalmente hasta el año 84 que empieza la gran crisis que es conocida en Cuba como período especial y dejan de crearse carteles y no sólo carteles, téngase en cuenta que Cuba producía 60.000.000 de libros para una población de 11.000.000 de habitantes en su mejor momento, antes de la desaparición de la Unión Soviética y en ese período cayó la producción a 250.000 volúmenes en un año. De 60.000.000 a 250.000, un cuarto de millón, para que tengan la idea de lo que fue la contracción, y con ello vino también la disminución de los horarios de la televisión de la TV y de la radio, el número de página de los periódicos, desaparecieron las revistas y lógicamente el cartel se afectó mucho.

Hay que tener en cuenta que el cartel cubano tuvo su momento de prestigio internacional porque logró unir las vanguardias artísticas del país que estaban muy actualizadas con las técnicas pictóricas más modernas y sintetizaba las corrientes más interesantes, novedosas, etc.

Aquí hay un estudio sobre esta tarea de preservación de carteles en la BN publicados en el *IFLA Journal*, o sea la revista de IFLA, el N° 3 del año 2005, llamado *Una revolución en la preservación*, que trata de la digitalización de los posters políticos en la Biblioteca Nacional de Cuba. La autora es Laura Susan War que es graduada en la Universidad de Los Ángeles, California, y trabaja en Nueva York. Ella conoció nuestro trabajo y le motivó para escribir este artículo que recoge esta experiencia. Y en su artículo ella expone que como rasgos muy peculiares del desarrollo del cartel peruano que tres instituciones cubanas fueron las que patrocinaron la mayoría de los carteles que conservamos y que se producían.

El Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográfica (ICAIC) que existe, La Editora Política, que



existe y la OSPAL, (Organización de Solidaridad con los pueblos de Asia, África y América Latina) son instituciones que han tenido también una gran producción de carteles. Y una peculiaridad del cartel cubano de la época, aparte de la calidad, es la gran cantidad de carteles hechos

Elíades Acosta Matos,
por Mariano Lamota

por mujeres cubanas, mujeres artistas cubanas. Cerca del 15% de todos los carteles preservados de la Editora Política se debían a la obra de mujeres. Otra peculiaridad es que los autores cubanos firmaban sus carteles con sus nombres, lo cual no era habitual para la producción encargada por una entidad y era absolutamente herético para la forma de hacer arte en la República Soviética u otra república socialista, ya que éstas no reconocían la autoría individual, sino que toda obra era considerada prácticamente una obra colectiva.

Lo interesante es que esta colección de carteles la hemos digitalizado en dos años aproximadamente y la hemos digitalizado usando apenas una cámara digital de 5 MP, mucha disposición, mucha voluntad, un amor inmenso por el trabajo, cartel a cartel. No tenemos todavía *scanner* A0 ni A1, que son los *scanner* de gran formato que permiten trabajar en esto y los resultados han sido como una medida emergente ante la situación de perder definitivamente una buena parte de la colección.

Aquí hay un ejemplo de algo que también estamos haciendo. Cuando intervino una de las compañeras brasileñas en la reunión hablando de los enfoques de la restauración digital de imagen, decía con razón que uno de los enfoques es no tocar, no retocar, digitalizar sin que intervenga la mano del hombre, sin que se vea, porque cambia la obra original, los matices, los colores, etc. Eso es cierto, pero dice el artículo citado del *IFLA Journal*, que refleja la opinión nuestra también, no es ocioso ante carteles que están prácticamente perdidos para siempre, retocar la imagen, porque no es retocar el original, sino

retocar su imagen digital sobre todo para poderlos consultar.

Hay un cartel en pedazos, llegó así al laboratorio digital, y se restauró pues no se le va a dar a un usuario los pedazos de cartel para que haga un rompecabezas.

Hay otro cartel de una película soviética que se llama *Ifigenia y Fiodor* y otra que se llama *La alcaldesa*, en realidad son dos películas que se estrenaron hace muchos años en La Habana, es un cartel de promoción y también se le hizo todo el trabajo de, prácticamente, reconstrucción.

Junto con la digitalización de manera artesanal, cartel a cartel, con una persona y una cámara de 5 MP se iba introduciendo una base de datos que permita acompañar la diapositiva en tamaño de la imagen del cartel. Esa base de datos recogía datos como organismos o instituciones que auspiciaban el cartel, fecha de edición técnica, dimensiones, año, autor, etc. Eran unas fichas bastante representativas y que permitían ver no sólo la imagen para los efectos de estudio sino también recibir toda la información.

En el sitio web de la Biblioteca Nacional de Cuba se puede acceder a la base de datos que tiene los 12.000 carteles digitalizados de la colección de 15.000. La variación de cifras se debe a que hay duplicados. Yo en estos días aquí busqué cuántos carteles había de Uruguay, había 14, de Argentina, había 24 y así sucesivamente. O sea que no está solamente a disposición de los usuarios cubanos o del que vaya a la Biblioteca Nacional sino que está a disposición gratuitamente de cualquier persona que quiera consultarlo.

Hay que entrar en la Biblioteca Digital de clásicos cubanos y aquí aparecen las

ofertas en base de datos y por supuesto la colección de carteles, y cualquiera puede ingresar y consultar.

Otro trabajo se ha hecho de digitalización, no sólo de carteles sino de mapas, como el de la localidad de San Nicolás de Bari de 1892. Para esto se realizó una imagen con una resolución baja, para los estudiosos, para una orientación del cartel.

Ayer traté de entrar en la página y ver la imagen, porque tenía la opción de clicar sobre la imagen y agrandarla, pero ayer me comuniqué con los técnicos porque no podía acceder y me explicaron que la decisión definitiva fue, después de discutirlo, dar la opción para agrandar la imagen en Cuba o sea no tenerla *on line*, sino para que los investigadores que vayan a la Biblioteca puedan consultarla porque saben que ahí también puede haber problemas de derecho de autor, de reproducción ilegal, piratería, etc. De todas formas eso nos ha permitido tener master de todos los carteles a una buena resolución, archivado fuera de los locales, en los lugares diferentes de la Biblioteca Nacional, previendo cualquier situación.

Ahora hay una gran exposición en Valencia, España, de un asturiano-cubano llamado Muñoz Basch, que era el mejor diseñador de carteles cubanos, el más famoso, produjo más de dos mil carteles en su vida. El curador de la muestra tenía dudas sobre algunos carteles y buscamos y aparecieron 39 carteles que ni la familia de Muñoz Basch tenía registrado y se habían conservado en la Biblioteca Nacional.

Una vez en un muy caluroso verano en Cuba una colección de negativos de fotografías, se cocinaron con el calor, se las veían, parecía que hubie-

sen pasado por el fuego, verdad. Esa es la acción del calor sobre el celuloide. Ahí también se probó algo, las que estaban fuera de los protectores libres de cartulina, libres de ácido que hace la Biblioteca Nacional se dañaron y las que estaban dentro a la misma temperatura se preservaron. También una lección para nosotros fue que parte de la colección no estuviera dentro. Enseguida rescatamos las fotografías y tomamos medidas de urgencia, evacuamos una oficina y pusimos aire acondicionado, pero quedaba la duda de si esas imágenes se habían perdido para siempre, las sometimos al *scanner* y de esos calcinados carteles que vimos el *scanner* rescata la imagen. Esto sin ser *scanners* profesionales, estamos hablando de un *scanner A3* con un nivel no muy sofisticado, por lo tanto sí es una herramienta muy importante. No se preservó el celuloide, el negativo, pero tenemos las imágenes para un servicio a los usuarios.

La propia investigadora norteamericana reconoce que con muy pocos recursos y poniendo el ejemplo de lo que vio allí y de que se puede salvar y hacer copias, voy a decir textualmente como ella lo pone aquí –Copias decentes que permiten dar un servicio a las personas que lo necesiten–. Yo discrepo con el final de su artículo que dice que de cara a los cambios políticos que puede haber en Cuba, la colección se puede dañar, ya que está imaginando un futuro apocalíptico, catalítico y terrible. Esto prefiero no comentarlo para no complicar mi presentación, sólo digo que discrepo absolutamente.

(*) Director de la Biblioteca Nacional de Cuba.

Política digital en bibliotecas nacionales: el caso chileno

Por Ximena Cruzat Amunátegui (*)

El caso particular de la Biblioteca Nacional de Chile, en la exposición de su directora, Ximena Cruzat, hace hincapié en la importancia de la digitalización para la estructura de redes culturales y educacionales chilenas. Este eje que vertebra los conceptos de acceso democrático al patrimonio y a la memoria, ofrece diversos aspectos pormenorizados por Cruzat. A las puertas de su bicentenario, la Biblioteca Nacional plantea su norte de un país *digitalmente informatizado*, subrayando líneas básicas de acción apuntadas a: la igualdad de oportunidades, las libertades individuales, la calidad de vida, la eficiencia y transparencia del sector público, la competitividad y el controvertido tema de la identidad cultural de la nación y sus pueblos originarios. Esta tarea, articulada en la práctica a través de las *Biblioredes*, plantea en el texto los cursos de acción seguidos en la experiencia chilena.

Lo que a continuación vamos a exponer, se inserta básicamente dentro de lo que anunciábamos en el título, *La política digital en la Biblioteca Nacional de Chile*, e inserta a la biblioteca dentro de la Dirección de Archivos y Museos. Esto cobra particular importancia puesto que, de algún modo, nuestra política digital y el desarrollo en el cual estamos involucrados, tienen un directo impacto, no sólo sobre la DIBAM sino el país en su conjunto, debido a la red que tiene la DIBAM y a su servicio con el Ministerio de salud y educación en la red del ministerio.

Desde este punto de vista lo que persigue fundamentalmente y condensándolo, es el acceso democrático al patrimonio, la memoria y la colección. Esta política está sustentada en una planificación estratégica. Hoy contamos con sitios como *Memoria chilena*, *Chile para niños* y otros similares como *Biblioteca virtual del bicentenario*.

Memoria chilena y *Chile para niños* es un proyecto iniciado en el año dos mil, que a la fecha reúne mil ochocientos libros completos, sesenta mil artículos, ciento trece periódicos completos, ochocientas revistas, nueve mil imágenes, trescientos cincuenta minutos de audio y dieciocho minutos de video con un total aproximado de más de un millón de imágenes. La fortaleza de Memoria Chilena reside en que junto con la Biblioteca Digital son los páginas web que digitalizan el contenido. Se ha debatido en varias oportunidades el tema del contexto, del caos que de alguna manera ha significado *Google* y justamente nuestro proyecto propone salir de este caos y contribuir al traspaso de la información para la difusión del conocimiento.

En el caso particular de *Chile para niños*, es un sitio orientado funda-

mentalmente a los niños entre cuatro y ocho años y cuyo objetivo es la educación para el patrimonio, por lo tanto los contenidos que allí figuran están en esa línea. El diseño es lúdico, con mucho colorido, como versión infantil de de *Memoria chilena*.

¿Qué queremos para el mañana? Hacia allá apunta el desarrollo de esta política digital. Recuperar no sólo lo que nace digitalmente, no sólo lo digitalizado, sino que también los sitios web punto cl (.cl). No estamos considerando por ahora los punto org (.org), los punto edu (.edu), los punto com (.com), dentro de los punto cl (.cl). Es interesante que solamente en la DIBAM, Biblioredes ha generado tres mil sitios web en regiones, gracias a los que recuperamos los contenidos locales y regionales. Aparte de eso ya hemos detectado sobre el curso de este año, que es el primer año en que la política digital se

está desarrollando en sus diferentes proyectos, mil quinientos punto cl (.cl) en torno a las ciencias sociales y las humanidades, puesto que este es fundamental-

mente nuestro propósito. Las ciencias exactas, las ciencias puras, no las tomamos en cuenta por ahora y pensamos llegar, como más adelante lo explicaremos, dentro de nuestra política digital a políticas de colaboración con distintas instituciones como las universidades, donde sí la ciencia tiene un desarrollo interesante. Todo ello con mira al bicentenario.

Ahora la Biblioteca Nacional, vinculada a la política digital, se inserta

¿Dónde se inserta la política digital de la Biblioteca Nacional? Hay tres derroteros en los cuales podemos seguir esta pista: Chile y el Bicentenario, la UNESCO y ciertas experiencias ya consolidadas. Es importante recuperar algunos cursos de acción.

en la perspectiva abierta a la región y al mundo, y esa es la implicancia de Memorias de World, IFLA e IFLA PAC, Escudo azul, Abinia y dentro de Abinia la reunión que nos convoca.

El desarrollo de los proyectos en política digital comenzará en el año 2006 para culminar en el año 2010.

Aquí nos concentraremos básicamente en tres puntos. Uno de ellos es el entorno, presente y futuro de los proyectos que se agrupan en torno a la

Archivar el mundo digital pasa a ser una actividad muy importante de las bibliotecas nacionales. Hoy día, todo apunta a que progresivamente y tal vez exponencialmente la creación va a ser digital y nuestra misión es y va a ser preservarla y archivarla para ponerla al día de mañana y hoy mismo, en la medida de lo posible, al servicio de nuestros usuarios.

política digital de la biblioteca.

¿Dónde se inserta la política digital de la Biblioteca Nacional? Hay tres derroteros en los cuales podemos seguir esta pista: Chile y el Bicentenario, la UNESCO y ciertas experiencias ya consolidadas.

Es importante recuperar algunos cursos de acción. Uno de ellos es la agenda digital que cedió el gobierno de Chile en 2004, anexado a este sitio el 18 de mayo de 2006. Esta es una política digital que ha tenido ciertas modificaciones y ciertos enriquecimientos. Vale la pena detenerse brevemente en ello:

El objetivo es contribuir al desarrollo de Chile mediante el empleo de las TICS para incrementar la competitividad, la igualdad de oportunidades, las libertades individuales, la calidad de vida, eficiencia y transparencia del sector público, enriqueciendo al mismo tiempo la identidad cultural de la nación y de sus pueblos originarios. Es a partir de allí que vamos a ver en poco tiempo cuáles son los desafíos que nos presenta

la agenda digital, particularmente en la política de digitalización que estamos definiendo. La agenda tiene muy de cerca y considerado ambas cumbres de la sociedad de la información, el sector público y sus implicancias, la identidad cultural y sus complejidades.

¿Cuál es la meta expresada allí? Un país digitalmente informatizado para el bicentenario. ¿Cuáles son los desafíos que esta agenda plantea para la Biblioteca Nacional como entidad DIBAM? Hay algunos puntos en los que nos vamos a detener: el derecho de autor y el *copyright*. No son necesariamente coincidentes y tenemos que estudiar ambos. El estado del arte legal para nosotros pasa a ser algo importante, puesto que no sólo tenemos que funcionar dentro de los ámbitos de nuestra frontera sino también considerando los tratados de libre comercio que Chile ha firmado con el *copyright* de distintos países.

Archivar el mundo digital pasa a ser una actividad muy importante de las bibliotecas nacionales. Hoy día, todo apunta a que progresivamente y tal vez exponencialmente la creación va a ser digital y nuestra misión es y va a ser preservarla y archivarla para ponerla al día de mañana y hoy mismo, en la medida de lo posible, al servicio de nuestros usuarios.

El siguiente punto ¿Quién decide qué guardar y cómo se hace? A medida que nos hemos ido adentrando en el desarrollo de nuestra política digital y en la tercerización de los proyectos, nos hemos ido dando cuenta de la complejidad de este punto. Tradicionalmente dentro de *Memoria Chilena* habíamos escogido puntos de criterio de selección, básicamente lo más antiguo, lo más deteriorado y lo más demandado.

Sin embargo la tarea se complejiza a la hora de comenzar a ver esta multitud infinita de recursos digitales, de los cuales solamente a partir de *Biblioredes* tenemos siete mil sitios integrados.

Dentro de *Biblioredes*, por ejemplo, en el año dos mil seis ha sido premiado el sitio Puerto Cristal. Puerto Cristal es una pequeña localidad que fue un asiento minero, su población no supera los mil habitantes y a través de *Biblioredes* generaron su sitio web, en el cual cuentan su historia. Al proyectar esa dimensión, es posible darse cuenta de lo que significa la decisión de qué se conserva y cómo se lo conserva.

Otro punto de interés es la educación. Educación hoy día y educación para nuestros jóvenes, pero también educación para los que están un poquito mayores. Siempre con equidad y buscando la democratización.

Con respecto al recurso financiero ya hemos mencionado lo difícil que es trabajar sobre este tema, también sobre los recursos humanos y sus habilidades y la evaluación del seguimiento. Este último punto es clave porque, de alguna manera, la sustentabilidad se asegura a medida que se van evaluando y se van sellando los distintos proyectos. Estos asertos que mencionamos, son tomados de un texto escrito por la Comisión del Bicentenario, que pone en perspectiva los desafíos con que estamos enfrentándonos:

La tarea es saber cómo aproximarnos a la celebración a través de la reflexión, la valoración, la crítica en la perspectiva de lo que hemos aprendido en este siglo veinte. La unidad de Chile es la diversidad de Chile y en esa diversidad se encuentra su riqueza.

Por otra parte nos hemos preguntado hasta ahora cómo somos capaces de for-

talear nuestra democracia, nuestra cultura y nuestra identidad en un mundo que se globaliza cada vez más. Las respuestas a esa pregunta son diferentes en un mundo crecientemente global y más aún en América Latina.

Hasta aquí tenemos el entorno en el que el gobierno, el Estado chileno, nos va marcando ciertos derroteros. Pero también están los derroteros de la UNESCO, y para ello es básico conocer la Carta para la preservación del patrimonio digital de la UNESCO. Yo aquí estoy citando la versión en español, está disponible en inglés y en muchas otras lenguas.

Podemos cuestionarnos hacia dónde nos dirigimos. Una respuesta básica es que vamos hacia el desarrollo de estrategias digitales gubernamentales, al



Ximena Cruzat Amunátegui,
por Mariano Lamota

equilibrio entre contenido, preservación, acceso, conectividad y confianza recíproca. Este último ítem se refiere básicamente a que aquello que colocamos en la red, que tenemos en línea, tiene que ser auténtico y genuino. Tenemos que ser lo suficientemente serios para tener criterios abiertos, democráticos y que presenten a nuestras naciones, nuestra cultura, nuestra

idiosincracia y nuestra memoria. De esa manera podemos ir captando progresivamente nuevos usuarios, que no solamente son remotos sino que pasan a ser presenciales. Por otra parte debemos lograr el fortalecimiento de comunidades, de la democracia y la apertura de nuevas oportunidades, y yendo a lo más concreto, a la elaboración de estrategias y políticas con un mapa de la información digital en los accesos, que tiene como ya mencionamos, que decidir qué debe y qué no debe digitalizarse y todo esto concebido como el desarrollo de una arquitectura. Es un desafío enorme y difícil, puesto que uno se va encontrando con una diversidad de todo orden que dificulta un

No es posible pensar una política digital sin tener en cuenta el concepto de curaduría digital. Curaduría digital es un término que se importa desde las artes plásticas, sin embargo es interesante de considerar porque abarca todo el flujo de generación de contenidos hasta la disposición y conservación. Los ejes centrales son el creador, los repositorios y las personas que acceden.

desarrollo parejo y homogéneo.

En relación a la experiencia de gestión en recursos digitales, tomaremos algunos de estos puntos y los desarrollaremos someramente, sin embargo quiero mencionar porque tomamos a Europa como referencia y tam-

bién a Australia, Estados Unidos, Nueva Zelanda, entre otros. En el caso de Europa básicamente porque en lo que se trata de cosecha de sitios web y bibliotecas digitales hemos seguido y estudiado bien de cerca la experiencia inglesa, particularmente ahora que formaron el MLA en Inglaterra. Nos referimos a *The Museums, Libraries & Archives Council*. En el caso puntual de Francia, cuando inicia el ciclo de cosechas de sitios web, lo inicia con 100 sitios web y nos pareció particularmente interesante,

dado que en el caso chileno estábamos descartando todos los puntos org (.org), punto edu, (.edu) y punto com (.com). ¿Que pasaba con los punto cl (.cl)? En Francia teníamos un ejemplo.

Nos interesa Dinamarca porque la ley que aprobaron en 1994 incluye con detalle, la ley de depósito de periódico electrónico y un conjunto de recursos intelectuales que pasa a ser un ejemplo de política digital muy interesante. Norteamérica, particularmente el caso de Canadá, es también muy interesante ya que unió bibliotecas y archivos y tiene un diseño apropiado de recursos digitales y particularmente dentro de ello, los sitios web. Mientras, Australia nos atrajo por el motor de búsqueda que tiene, que es perfectamente posible encontrar en el sitio PADI y el caso de Nueva Zelanda también es muy importante para nosotros, por cómo han tratado el tema de los jóvenes y de los niños y cómo han hecho procesos integrados entre los recursos digitales y su sitio web, que trata fundamentalmente de responder aquí y ahora las demandas del niño. No es posible pensar una política digital sin tener en cuenta el concepto de curaduría digital. Curaduría digital es un término que se importa desde las artes plásticas, sin embargo es interesante de considerar porque abarca todo el flujo de generación de contenidos hasta la disposición y conservación. Los ejes centrales son el creador, los repositorios y las personas que acceden. La función de la curaduría es mantener, pero también agregar valor en contenido, en contexto, en link, en metadato y en temporalidad. Es interesante la escalabilidad pero también, tener en cuenta la volatilidad de los recursos. Cada cuarenta y ocho horas, aparentemente y según la infor-

maciones más actualizadas a las cuales he accedido, cambia un sitio web. Se supone que es bastante para tomar decisiones si el sitio web está cambiando con esa celeridad y en ocasiones en que los links no llevan a ninguna parte por problemas de error. Entonces la cosecha de sitios web, muchas veces termina por conducir a ninguna parte sino se hace con cuidado.

Creo que es necesario detenerse en la coordinación y cooperación. Nada de lo que estamos haciendo lo podríamos llevar adelante, si realmente no lo hiciéramos en colaboración y en coordinación. No sólo con las instancias dentro de la Biblioteca Nacional, dentro de la DIBAN, dentro del ministerio, dentro del Estado, sino que también fuera del Estado, puesto que si queremos no duplicar sino triplicar recursos tenemos que hacerlo muy coordinadamente.

Les doy un ejemplo. El primer periódico chileno, que nosotros lo tenemos digitalizado completamente, también está digitalizado por otras dos instituciones, en el caso nuestro a partir de un original, en el caso de ellos a partir de un facsímil.

Esa es una de las perspectivas en la cual la coordinación y la cooperación pueden ser muy valiosas. Hay muchas otras, pero por cierto el mundo financiero y la factibilidad económica varían sustancialmente si tenemos esta coordinada en consideración.

¿Cuáles son los desafíos? La política digital requiere de calidad. Apunta a la educación, al desarrollo de la investigación y a las posibilidades de la creación dentro de ella. El costo es un elemento a tener en cuenta, el estudio—costo es demasiado importante ya que trata de construir una comunidad. En el caso nuestro es importante poder

continuar el desarrollo del liderazgo.

El fin del proyecto es amplio, consiste en contribuir a la conectividad y al desarrollo del fortalecimiento de los servicios del Estado, a través del diseño de esta política, para permitirnos un avance cultural, educativo y en identidad. El propósito es aspirar a esclarecer y establecer las directrices de la biblioteca, en relación con las tecnologías de la información, para cumplir con parte de la misión que es recuperar, conservar, difundir y poner en valor las colecciones no digitalizadas y las nacidas digitalmente.

¿Cuáles son los componentes del proyecto? Básicamente son tres. El primero, el mapa del entorno de contenidos digitales patrimoniales de la biblioteca y de la DIBAM y la elaboración de esta política, la PDD que es la política digital de la DIBAM. Eso lo estamos haciendo en parte del 2006 y parte del 2007, para continuar del 2007 al 2010 con la aplicación y consenso de la política digital de contenidos patrimoniales. Para realizar esto estamos trabajando fuertemente primero en la política digital del interior de la Biblioteca Nacional y luego de la DIBAM, y por último ya esperamos que en el año 2010 esté el alineamiento definitivo.

¿Cuáles son los cursos de acción? Básicamente son cinco proyectos. Análisis y tendencia del mercado, los estudios sobre efectividad legal, y las efectividades técnicas, financieras y económicas.

En los componentes del entorno qui-

La Biblioteca (...) está para la promoción de la cultura, la memoria y la identidad, por el respeto a la propiedad intelectual de los creadores cumple con su función de profundizar y ampliar el acceso y aspira a dar un mayor acceso a los conocimientos especialmente a los sectores más vulnerables de la población (...)

siera agregar algo breve que me faltó. El mapa del entorno lo estamos viendo desde dos perspectivas, por una parte el usuario y por otra parte los contenidos. Desde el punto de vista del usuario, nos valemos de los estudios de usuarios que está llevando adelante la Biblioteca Nacional y también el WIP (*World Internet Project*) en el cual tengo entendido ya se incorporó Argentina, está Brasil, está Chile, está hecho por la Universidad de Stanford y en el fondo es un estudio de comportamiento de los usuarios frente a Internet. Particularmente nosotros hemos tomado lo relacionado a los contenidos, el cómo funciona el usuario frente a los contenidos. La otra perspectiva del mapa que estamos levantando son los contenidos digitalizados, los nacidos digitalmente y dentro de ellos los punto cl. Las actividades son más o menos obvias, investigación de las tendencias... el aspecto tecnológico, no legal. Ahí nos hemos encontrado con que la ley en Chile, la ley de depósitos legales por ejemplo, está considerada como parte de la ley de prensa, cosa que nos genera bastantes dudas. En fin, es muy

importante hacer un estudio legal sobre todo por los derechos de autor ya que necesitamos ahora aumentar la escala de producción. Por lo tanto vamos a tener que hacerlo ampliando los recursos que nos otorga la ley.

Recapitulando. La Biblioteca desarrolla su labor dentro de los marcos legales, está para la promoción de la cultura, la memoria y la identidad, por el respeto a la propiedad intelectual de los creadores cumple con su función de profundizar y ampliar el acceso y aspira a dar un mayor acceso a los conocimientos especialmente a los sectores más vulnerables de la población, si lográramos cumplir este desafío y enfrentarlo, tendríamos una Biblioteca Nacional de Chile con una política digital fuerte que rescate los contenidos, la creación, que la ponga al servicio de todos nuestros sitios web y traduciendo todos los HTML (*HyperText Markup Language*). Nuestro objetivo por cierto es el rescate y difusión de la memoria.

(*) Directora de la Biblioteca Nacional de Chile.



PROYECTO TRAPALANDA: BIBLIOTECA DIGITAL DEL BICENTENARIO

La Biblioteca Nacional junto con el equipo de estudios del Proyecto Sarmiento -dirigidos por Ernesto Romano- ha iniciado la elaboración de una Biblioteca digital de libros y documentos fundamentales en la forja de la nacionalidad. Los antiguos textos argentinos, muchos de los cuales son atesorados en la Biblioteca, quieren ponerse así al alcance de nuevos lectores, investigadores y estudiosos. Como Trapalanda -nombre que recorre el pensamiento argentino, salpicado en Sarmiento, resonante en Martínez Estrada, nombró también una revista de Samuel Glusberg-, la Biblioteca digital tiene algo de utópico, al menos en su rasgo de totalidad: importa el camino, la constitución de sus formas parciales, incompletas, la presencia constante de la idea de que hay otro lugar donde el conocimiento estuviera redimido de su fatal inconclusión.

El nuevo concepto de “biblioteca nacional”

Por Alfonso Quintero ()*

La Asociación de Bibliotecas Nacionales de Iberoamérica, a través de Alfonso Quintero, pone de manifiesto su visión en perspectiva del siglo XXI. Y para este análisis propone ubicarse respectivamente: en el sitio del *usuario* en la relación entre bibliotecas nacionales y otras bibliotecas en calidad de proveedora de servicios, de información organizada y de conocimiento. Esta mirada vincular se despliega entre los diversos actores a quienes se destina prioritariamente la tarea bibliotecológica e incluso repara en una mirada introspectiva sobre el funcionamiento intrínseco al organismo. La marca de los tiempos, la impronta tecnológica, es considerada por Quintero desde este presente y proyectada hacia el futuro inmediato como prospectiva que necesariamente impondrá nuevas respuestas.

Este título tenía la intención de ponerme en la onda del siglo XXI, pero no creo que sea el título apropiado. El siglo XXI tiene todavía muchos años por delante y ya nos acerca a la idea de los retos que puede tener la Biblioteca Nacional en particular, y las bibliotecas en general ante el crecimiento exponencial de la información y del conocimiento en la actualidad.

Hay una unidad de medida, de almacenamiento de la información, desde el punto de vista técnico que es el *hexabyte*. Un hexabyte es un uno con dieciocho ceros, es la unidad de medida que se está utilizando y se dice que toda la información existente desde el momento de la invención de la escritura hasta el siglo XX incluido puede cubrirse en 12 hexabytes. Y el crecimiento de la información en el mundo digital es tan violento, que esos 12 hexabytes se producen cada dos años y medio en el mundo actual.

Lo que planteamos es en principio visualizar a las bibliotecas nacionales del siglo XXI desde la perspectiva de las necesidades e intereses de conocimiento de sus usuarios. Queremos examinar la labor de las bibliotecas y de las bibliotecas nacionales viéndolas o colocándonos como usuarios para evaluar la condición de servicio que tienen estas bibliotecas. Yo tengo un producto final que va a la comunidad y mediante ese producto final se atienden las necesidades e intereses de conocimiento de parte de la comunidad. Vamos a trabajar con este objetivo y vamos a hacer una exposición sobre lo que significa esto como reto para las bibliotecas nacionales.

Hay un segundo objetivo que es el de establecer qué tipo de relaciones deberían tener las bibliotecas nacionales, con las otras bibliotecas y del resto del

mundo. Cuando digo resto del mundo, no necesariamente hacemos referencia al resto de las bibliotecas del mundo, sino a la información que está, que existe en ese mundo infinito de conocimiento gigantesco que es Internet.

Y en este segundo objetivo pretendemos examinar cuál es la relación de las bibliotecas nacionales con un tipo de usuario muy *sui generis*, que deberían ser las otras bibliotecas de los países, de nuestros países. Esto obedece a que en ABINIA, en la asamblea general de La Habana, se propuso un concepto de biblioteca nacional que no fue sacado de la manga de

nadie, ni inventado por nosotros, sino que fue discutido en la Conferencia Mundial de Directores de Bibliotecas Nacionales del año 1999 –y aprobado– y destacaba ese concepto: hay una función que es la de preservación y acceso a las memorias documentales de los países, pero que también hay otra función que deberíamos tener presente: una función normativa y de asistencia técnica respecto al resto de las bibliotecas de los países. Pero la primera idea es ver a las bibliotecas nacionales como proveedoras de servicios, y como proveedoras de información organizada sobre sus respectivos países, una alternativa a quienes tengan necesidad o interés en profundizar sobre el conocimiento en los mismos.

Hay una unidad de medida, de almacenamiento de la información, desde el punto de vista técnico que es el *hexabyte*. Un hexabyte es un uno con dieciocho ceros, es la unidad de medida que se está utilizando y se dice que toda la información existente desde el momento de la invención de la escritura hasta el siglo XX incluido puede cubrirse en 12 hexabytes. Y el crecimiento de la información en el mundo digital es tan violento, que esos 12 hexabytes se producen cada dos años y medio en el mundo actual.

(...) en este mundo de crecimiento exponencial de la información, si la información que es el insumo determinante para la creación de conocimiento no está organizada, no habrá la posibilidad de que la información existente sea accesible a los que están en la función de crear nuevos conocimientos.

Resalto esta función de proveedores de información organizada (subrayo la palabra organizada). Como ya lo hemos señalado en otra oportunidad, en este mundo de crecimiento exponencial de la información, si la información que es el insumo deter-

minante para la creación de conocimiento no está organizada, no habrá la posibilidad de que la información existente sea accesible a los que están en la función de crear nuevos conoci-

mientos. Viendo en particular este concepto se trata de proveer de información a todos aquellos que dentro del territorio de un país, o por fuera de ese país, tengan interés en profundizar sobre lo que es el país y lo que son las particularidades de ese país. Que sea en el contexto en que nosotros funcionamos, en el que estamos llamados para tener mayor libertad de acción, en el que podamos recurrir a una información organizada sobre el país en las distintas áreas y los distintos aspectos de las áreas de conocimiento, con objeto de poder desenvolvemos con mayor propiedad.

Están dentro de estos requerimientos de una nación, algunos sectores muy particulares que son los investigadores, los estudiosos que recurrirán a la información que tenemos nosotros organizada en la bibliotecas nacionales producida en o sobre nuestros países, para alimentarse en la producción de ese conocimiento. Y habrá también muchos más que sin aspirar a la producción de nuevos conoci-

mientos requieran de esa información por distintos motivos. En la segunda categoría o en la segunda gran función, es donde vamos a destacar a las bibliotecas nacionales como promotoras del buen funcionamiento y desarrollo del resto de las bibliotecas y de la complementariedad en la adquisición y el uso disponible de cada una de ellas. Aquí hay dos conceptos: el primero es (y ya habíamos conversado algo sobre este concepto) el de esa promoción del buen funcionamiento y lo hemos llamado la *Función Normativa*, la *Función de Asistencia Técnica*. Creemos las bibliotecas nacionales en nuestros países deben ser como garantes de alguna manera del buen funcionamiento del resto de las bibliotecas del mundo. Deben velar porque el resto de las bibliotecas de nuestros países funcionen dentro de normas que aseguren que va haber un mínimo de calidad o un buen nivel de calidad en el funcionamiento de las otras bibliotecas, de manera tal que puedan atender adecuadamente a sus usuarios. Que puedan llegar según nuestra aspiración a satisfacer sus necesidades e intereses de conocimiento. Si no existen normas, si las normas tienen que ver con el personal, la calificación del personal, como quizá la norma fundamental, la norma que se correspondería con aquello que en algunas empresas se llama ahora el "criterio básico del éxito", esto es un personal calificado, no cualquier tipo de personal debería estar en las bibliotecas: cualquier biblioteca, sea pública o especializada debe ser atendida por un personal calificado que pueda responder a los requerimientos de información y tiene que haber normas también en cuanto a las colecciones. Esto es determinante. Una

biblioteca no puede tener cualquier colección. Nosotros nos encontramos en el inventario que hicimos de las bibliotecas públicas en Venezuela en el año 1979 con bibliotecas que se diferenciaban del resto de las bibliotecas del país porque tenían colecciones de algo así como quince mil volúmenes y cuando fuimos a examinar la colección de dichas bibliotecas, nos encontramos con que esa colección no tenía nada que ver con lo que es la colección de una biblioteca pública, en la que la gobernación o un organismo que dependía de la gobernación cada vez que llegaba cualquier material, no sabían adónde ubicarlo y lo mandaban para las bibliotecas públicas y ahí se amontonaba. Cuando nos encontramos con aquello e hicimos el inventario, hicimos además un examen, un diagnóstico de la pertinencia de las colecciones. Nos encontramos con que dentro del total de los quince mil volúmenes, eran menos de mil los que tenían que ver con la función propia de la biblioteca. Ahí hay que tener un cuidado porque las bibliotecas deben tener una colección básica, indispensable, que esté bien estructurada, enriquecida y actualizada en la medida de lo posible, porque las bibliotecas públicas tienen información de carácter general y que varía mucho el conocimiento que está implícito en esa información. Hay que tener cuidado con ese tipo de cosas. Pero tiene que haber normas con respecto a su ubicación edilicia, nosotros nos hemos encontrado con que en un momento han donado unas casas muy bonitas, muy espaciosas para bibliotecas públicas pero el acceso era algo contraproducente, a algunas no se podía llegar con facilidad, no había ni transporte público ni había

un medio de llegar a esas casas sino se tenía un automóvil. Tiene que haber también una ambientación adecuada. En el trópico, como es el caso de nuestros países, cuando empieza a subir el calor, no hay quien esté en un espacio cerrado y pueda aprovechar y rendir en un trabajo de extracción de información para formarse, para enriquecerse en su saber.

Hubo en una oportunidad un estudio comparado entre la bibliotecas públicas de la ciudad de Montreal y París y una de las recomendaciones finales era: no se aceptan donaciones de ninguna clase, ni de libros ni de locales. Eso era para asegurarse que las colecciones estuvieran publicadas, cuando deberían estar publicadas y además corresponderse con lo que son las características y las funciones propias de una biblioteca.

Pero ¿quién debe velar por esto? No hay nadie que vele. Hemos conversado con nuestro amigo director de la Biblioteca Nacional del Uruguay y dice que el personal en general de las bibliotecas públicas está constituido por quienes ya no tienen ningún oficio que cumplir o una función que cumplir en la administración pública, entonces: *Mándalo para una biblioteca pública*, es el mandato, o casos como el de las maestras que perdieron la voz de tanto dar clase de gritarle a los muchachos: *Mándala para la biblioteca pública*. Entonces por eso es importante que haya alguna instancia en la cual se pueda realizar esa función de supervisión normativa. Que no se confunda esta supervisión normativa con lo que es una coordinación de su funcionamiento y lo que es la parte administrativa ni nada de eso. Eso debería responder a un concepto que se llama y que se expresa como la *cen-*

tralización normativa y la *descentralización operativa*. Ud. puede construir en la biblioteca pero no de cualquier manera. Porque si Ud. la hace como a Ud. le de la gana, nosotros vamos a correr el riesgo de que quienes vayan ahí no reciban una adecuada atención. Tenemos que velar para que a quienes vayan a cualquier tipo de biblioteca, se les asegure que van a poder beneficiarse de un buen nivel de información.

Lo que se busca es que los fondos no se utilicen de cualquier manera. Vamos a ver cómo se hace una utilización racional para que no haya duplicidades en la adquisición de este tipo de materiales. Eso es la complementariedad en la adquisición por un lado y también en el uso. Para que cuando Ud. tenga acceso a una biblioteca, sea pública, especializada o la propia Biblioteca Nacional, de acuerdo con su necesidad, pueda tener la posibilidad de ir a la información que puede estar en las otras bibliotecas.

Sentimos que esta función normativa tendría que ver igualmente con las bibliotecas especializadas. Porque los bibliotecarios de esas bibliotecas, son muy celosos de lo que es el servicio, a lo mejor no nos van a hacer caso, pero nos encontramos que hasta pueden estar más desarrolladas que las bibliotecas nacio-

nales, pero las bibliotecas nacionales tienen que también dentro de lo que es este tipo de funciones, hacer un esfuerzo por estar con las manos limpias, es decir que estén funcionando adecuadamente para que puedan ir a recomendar qué es lo que tiene que hacer el resto de las bibliotecas.

Tenemos también el otro concepto que es la complementariedad en la adquisición y el uso de la información disponible en cada una de ellas. Esto es un tema de los sistemas nacionales de información. Aquí hubo hace unos cuantos años, quizá en los principios o mediados de los años setenta, el

concepto NATIS (*Nation Information System*), los sistemas nacionales de información y que eso nos lleva a cuajar porque no existían las facilidades para que pudiesen poner en funcionamiento un sistema nacional de información. Los recursos de información son gigantescos y los recursos para adquirir la información muy pocos. ¿Entonces qué hacer?

Tenemos que buscar la forma que esos recursos que son pocos, son insuficientes, y que van a seguir siendo insuficientes, puedan ser utilizados de la mejor manera posible. Entonces habría que buscar alguna forma de coordinar con el resto de las bibliotecas para que no haya duplicidad en la adquisición de materiales que son muy costosos y que los países no dilapiden los recursos destinados a la información. Entonces ponernos de acuerdo, con las bibliotecas especializadas, por ejemplo las especializadas en química, los libros de química, que son carísimos, (una colección de química puede costar alrededor de los treinta mil dólares), en este momento no la hay y cuando nosotros examinamos en el caso de Venezuela a mediados de los ochenta nos encontramos con que había algo así como veinte o veinticinco química Lastras en distintas universidades y algunas universidades hasta con dos o tres química Lastras.

Lo que se busca es que los fondos no se utilicen de cualquier manera. Vamos a ver cómo se hace una utilización racional para que no haya duplicidades en la adquisición de este tipo de materiales. Eso es la complementariedad en la adquisición por un lado y también en el uso. Para que cuando Ud. tenga acceso a una biblioteca, sea pública, especializada o la propia Biblioteca Nacional, de acuerdo con su necesi-

dad, pueda tener la posibilidad de ir a la información que puede estar en las otras bibliotecas. Que Ud. pueda ir con una necesidad de información que es de carácter general a la biblioteca pública que es donde satisface su necesidad de conocimiento porque Ud. no quiere ser un especialista.

Tomemos el tema *Inflación* por ejemplo: este concepto que está en una enciclopedia o en un libro general de economía, pero si quiere profundizar en ese concepto tendrá la posibilidad de ir a alguna colección de una biblioteca especializada, como la del Banco Central y ahí encontrará la información que necesita. O al revés si Ud. va a una biblioteca especializada, que tenga la posibilidad de ubicarla en el contexto dada la interdisciplinariedad de los fenómenos o la complejidad de los fenómenos, si Ud. lo quiere ubicar en el contexto, pueda localizar información general para complementar la información especializada de una biblioteca pública.

Esa es la idea, rescatar los Sistemas Nacionales de Información a la hora de enfrentarnos a lo que son las políticas nacionales de información, para que se pueda incorporar este concepto dentro de lo que es una política nacional de información.

¿Qué hacer para satisfacer los requerimientos de los usuarios en las bibliotecas nacionales? Hay que identificar quiénes son los usuarios, no se puede decir que no nos importa, vienen los usuarios, los atendemos, les preguntamos de dónde vienen, cuáles son sus requerimientos, sus expectativas. Y ahí están algunos que pueden servir para aportar ideas, esos investigadores, docentes, autores de tesis, estudiantes universitarios, técnicos, funcionarios públicos, estamos hablando de aten-

ción inclusive de quienes consultan la colección histórica y patrimonial de las bibliotecas nacionales. Conviene conocer de antemano sus necesidades e intereses de conocimientos, los materiales de las distintas colecciones deberían adaptarse a los requerimientos de sus usuarios. Tener la capacidad para remitirlos a las otras bibliotecas del país que era lo que decíamos anteriormente. Esto es una idea que discutíamos con el director de la Biblioteca Nacional de Perú. Él decía que hay que desarrollar una colección general, especializada en humanidades, no hay colecciones en general en nuestros países que tengan esa especialidad, no solamente con materiales producidos en o sobre nuestros países sino en general. Esta colección debería complementarse con lo que son nuestras colecciones, nuestra tendencia y con el carácter humanístico de las bibliotecas nacionales.

¿Tenemos colecciones digitales? En la mayor parte no tenemos colecciones digitales, digitalizamos colecciones existentes para facilitar el acceso, pero no las colecciones digitales.

Contar con una política expresa de enriquecimiento y desarrollo de las producciones. Tenemos una política que nos dice cómo vamos a comprar, como vamos a utilizar los recursos, a quién debemos contactar. Mantener colecciones bien conservadas y preservadas, tener un funcionamiento de sistema sistematizado y actualizado del procesamiento de las colecciones, una buena infraestructura electrónica.

Esto no es mío, lo extraje de uno de los últimos libros de IFLA, el papel de la información como motor social cultural económico, un concepto que debe estar en conocimiento del bibliotecólogo. Tiene que conocer el estudio de las teorías de gestión y los

principios básicos de gerencia aplicada a la biblioteca de servicios. La organización de la información, un estudio que generalmente hacemos, servicios de información, estudio de diseño y suministro de formación y desarrollo de colecciones, definiciones y aplicación de políticas de enriquecimiento de las colecciones, recuperación de recursos de informaciones, estudio de teoría y práctica de los servicios de referencias e informaciones, enseñanza de la información como disciplina: hay que enseñar dentro de la biblioteca, realizar una gestión de la información del conocimiento, que es una forma de la gestión general muy particular aplicada a las bibliotecas. Utilizar el sistema de información para los bibliotecólogos, el estudio



Alfonso Quintero, por
Mariano Lamota

de información para la gestión de las bibliotecas, gestionar los contenidos de las web, realizar el estudio y el diseño de la gestión de Internet e Intranet y acceso a la información relevante en el mundo de la web. Tenemos a los referencistas avanzados en la búsqueda de información en la web, a objeto de poder ampliar lo que es el servicio de información a nuestros usuarios. Una de las bibliotecas más grandes del

mundo, la *British Library*, tiene un servicio de investigación permanente, que tiene fondos para investigar lo que es el fenómeno de la información.

Pero esto no es todo, también debería haber lo que se llama *capacidades genéricas* para los bibliotecólogos del siglo XXI, destrezas en la información, es la habilidad para conocer cuándo se necesita la información y tener capacidad para llevar las facilidades del uso de la información solicitada. Somos buenos intérpretes de los requerimientos de lo que llega a nuestros servicios. Trabajo en equipo, comunicación, la habilidad para identificar como con otros sentimientos, ideas e información, como lo señalaba una de las participantes en la reunión de hoy –una profesora de historia– que nos decía que se había perdido el sentido humano de las bibliotecas y que hay que rescatarlo.

Un punto es la gerencia de proyecto, sabemos armar un proyecto, sabemos rescatarlo; solución de problemas, tenemos habilidad para ubicar problemas, para analizarlos, para ver cuáles son sus causas y buscar vías de solución a los problemas. Autogerencia es la capacidad de auto mejorarse. Todos estos son retos.

Aquello sería lo que son los conocimientos básicos, el núcleo más fuerte del conocimiento. Pero esto se complica en las bibliotecas especializadas. Se dice que en las bibliotecas hay que trabajar en el desarrollo educacional, sobre todo en las bibliotecas universitarias, tienen que conocer también lo que es la tecnología de la información. Hacer pactos, compenetrarse con quienes trabajan en estas áreas de investigación y consultoría, de la enseñanza y el aprendizaje que nos complica aún mucho más el tema. Mantener relaciones con otras biblio-

tecas del resto del mundo, esto ya lo explicamos, la capacidad que tengamos nosotros no solamente para quedarnos con los recursos de información existentes en nuestros servicios, sino ir a otros servicios que complementen en materia de información lo que nosotros no vamos a tener. No hay ninguna biblioteca, ni la del Congreso de EE.UU., que tenga toda la información que pueda requerir un usuario en un momento determinado, y entonces ir también a esa vasta área de información que es Internet. El sistema nacional de información, la complementariedad, lo que mencionábamos al principio.

¿Los referencistas nuestros se pueden conformar solamente con ser referencistas de las colecciones? No, tienen que empezar a ser referencistas especializados en la búsqueda de información en la web, tienen que ser lo que llaman ahora los *information brokers*, facilitadores, entre necesidades y recursos, no solamente de los recursos que tengan disponibles de forma inmediata en la biblioteca, sino ir más allá en busca de nuevos recursos.

Esta presentación es muy general sobre lo que son nuestros problemas que deberíamos cubrir para lograr una biblioteca nacional ideal.

Es importante la aplicación de encuestas. Nosotros hicimos una encuesta para actualizar una información que teníamos de hace mucho tiempo, sobre cuál es la situación de las distintas bibliotecas nacionales en Iberoamérica, que cubre varios aspectos. Cubre lo que es la naturaleza jurídica, y es importante conocer esto. Conocer también la asignación presupuestaria. Aquí cuando uno habla con cualquier director, con cualquier personal de las bibliotecas nacionales, el problema es: la carencia de recursos. Pero tiene que

haber una razón por la que no tienen recursos: no los saben conseguir. No vamos a empezar con *no tengo, no me dan*, sino con *no consigo*, que es distinto. Y hay que saber manejarse con el presupuesto, para mí eso es determinante. Muchos cuando están al frente de la dirección de una biblioteca, dicen que con el presupuesto, con la administración, no tienen nada que ver. Es mentira, esto no es así. Los presupuestos que tenemos que manejar todos los organismos de administración pública, implican el saber definir programas y definir actividades y definir proyectos que correspondan a problemas que nosotros hemos detectado, y dada la importancia que nosotros demostramos en los programas que tengamos a nivel presupuestario, nos asignarán los recursos. Y es determinante saber la ocupación de los distintos servicios, percepción de los usuarios sobre atención prestada o requerimientos. Eso lo vamos a cubrir con la orientación de los distintos servicios, del servicio de atención al público, lo

que es la adquisición de materiales, conservación, servicios técnicos, y la percepción de los usuarios sobre la atención prestada sobre los requerimientos, es para una encuesta adicional a todo

esto. Para saber cómo nos percibimos, ese paradigma de la percepción, que es tan engañoso, cómo percibo yo mismo, cómo me percibo desde otro lado y cómo realmente somos.

Lo que buscamos es tener un conocimiento sobre el estado en el que estamos para poder desarrollar estrategias,

Los proyectos son respuestas a los problemas para que podamos utilizar esa función de proyecto, no proyecto algo que voy sacando de la manga, pues entonces se convierte en una *projectitis*. Tienen que ser proyectos que respondan a problemas, por eso hay que analizar los problemas.

para solucionar problemas y buscar la cooperación sobre bases más ciertas.

Las unidades sustantivas en las bibliotecas comprenden desde el proceso del ingreso de los materiales, el procesamiento técnico de los materiales, de la conservación de los materiales, y la prestación de servicios con esos materiales. Esto es lo sustantivo, el apoyo son las unidades administrativas, las unidades de planificación, las unidades de personal, que van a economizarnos a nosotros el tiempo y dedicación para que podamos rendir más en lo sustantivo y son auxiliares de lo nuestro, porque muy a menudo nos encontramos, con que, como el sector de Administración es el que maneja los recursos hemos construido una dependencia con Administración, porque Administración dice no hay. Pero si yo tengo y manejo mi presupuesto, sé lo que tengo y Administración lo que hace es empujar papeles.

A nivel de los directores y responsables de las principales unidades, se debe saber cómo se distribuye el presupuesto en los distintos programas, en cada uno de ellos, precisar sus objetivos, los proyectos que hay en los programas, las actividades recurrentes que hay en los programas. Nosotros no nos ocupamos de eso, porque eso es ajeno a nuestro trabajo de directores. Pero tenemos que conocerlo, porque sino no vamos a poder defender la obtención de los recursos, ni tampoco vamos a poder defender lo que son los resultados que se corresponden con lo que nos han dado a nosotros y que hayan quedado plasmado en términos de proyectos y actividades recurrentes.

A corto plazo al interior de cada biblioteca nacional, a nivel de los directores y responsables, el objetivo debe ser iniciar instrucciones sobre

técnicas de detección, análisis y solución de problemas. No decir, este es un problema, ¡¡¡qué problema!!! No, los problemas se manifiestan de una manera determinada y es solamente un aspecto del problema el cómo se manifiesta, tenemos que tener la capacidad para determinar que ese problema está dañando el funcionamiento de la biblioteca, está interfiriendo en lo que es el buen funcionamiento, la fluidez de las cosas que se hacen en la biblioteca y buscar las causas y partir de ellas poder solucionar cuáles son las causales sustantivas. Y partiendo de allí, armar proyectos.

Los proyectos son respuestas a los problemas para que podamos utilizar esa función de proyecto, no proyecto algo que voy sacando de la manga, pues entonces se convierte en una *projectitis*. Tienen que ser proyectos que respondan a problemas, por eso hay que analizar los problemas.

A corto plazo promover el ADN como servicio que contribuye directamente e indirectamente por intermedio del resto de las bibliotecas al desarrollo nacional mediante la producción de información desarrollada, insumo indispensable para la producción de información de nuevos conocimientos. Ese es un reto determinante, que podamos demostrar que somos importantes, que servimos, que contribuimos al desarrollo.

Tenemos que estar preparados para que los niveles de toma de decisiones puedan aprobar las propuestas nuestras, pero bien llevadas, bien fundamentadas e inclusive tener la capacidad de dramatizar las situaciones que requieren atención.

(*) **Secretario Ejecutivo de ABINIA.**

LA BIBLIOTECA NACIONAL EN LAS FERIAS DEL LIBRO

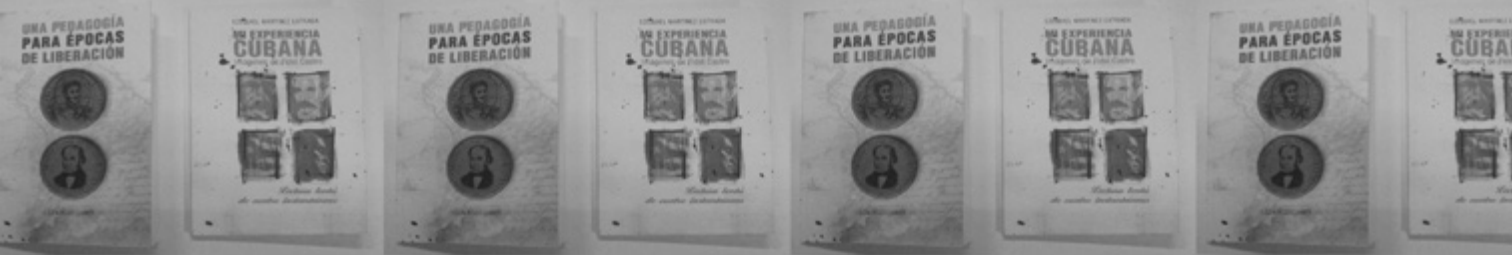
Este año la Biblioteca Nacional participó en la XVI Feria Internacional del Libro de La Habana, Cuba, que se realizó del 8 al 18 de febrero y en la cual la República Argentina fue homenajeado como "País invitado de honor". En un stand que compartió con la Cancillería Argentina obsequió a los visitantes 10.000 ejemplares de un capítulo de Mi experiencia Cubana, de Ezequiel Martínez Estrada, "Fidel Castro – Lectura lenta de cuatro instantáneas –" y 10.000 postales sobre Roberto Arlt.

Además, donó a la Biblioteca Nacional José Martí y a las Bibliotecas Populares de la Isla la revista La Biblioteca N° 4-5 y la colección Los Raros.

Se realizaron conferencias e intercambios con la Biblioteca Nacional José Martí y Casa de las Américas.

La experiencia fue destacable por la amplia participación de los lectores y visitantes a la Feria y por la posibilidad que tuvo la Biblioteca de promocionar, divulgar, generar espacios de intercambio cultural y llevar la historia de la literatura, y, particularmente, difundir el rol de la Biblioteca Nacional de Argentina y sus acciones.

También este año Argentina es "País invitado de Honor" en la III Feria Internacional del Libro de Venezuela, que se realizará del 9 al 18 de noviembre en la ciudad de Caracas, República Bolivariana de Venezuela. La Biblioteca Nacional estará presente con un stand, con conferencias y ofreciendo a los visitantes 5.000 ejemplares de Una pedagogía para épocas de liberación de León Rozitchner, revistas La Biblioteca números 1, 2-3 y 4-5, ejemplares de la Colección Los Raros, y otras ediciones de la Biblioteca Nacional para donar a la Biblioteca Nacional venezolana y a las Bibliotecas Populares de ese país.



La Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares en Argentina

Por María del Carmen Bianchi ()*

Una semblanza histórica que llega hasta los temas de actualidad delinea María del Carmen Bianchi, presidenta de la CONABIP, en la siguiente exposición. El periplo histórico que se inicia en siglo XIX con la iniciativa de Sarmiento, sirve de guía para establecer el profundo enraizamiento de las bibliotecas populares con las organizaciones sociales del pueblo y de qué modo simétrico padecieron la represión dictatorial. Destacando la función transmisora horizontal, los diversos abordajes para aproximar el libro a sus destinatarios, Bianchi establece la importancia política de la CONABIP en el entramado de organismos culturales, los puentes que establece hacia adentro y hacia afuera del país fortaleciendo las iniciativas sociales, la creatividad y la imaginación en el establecimiento de un proyecto común.

Espero no ser el león sordo del concierto, porque seguramente ustedes han trabajado en estos dos días de una manera dinámica, han hecho lazos y conocimiento, y yo llego, aterrizo, y vengo a contar qué es la CONABIP y qué son las Bibliotecas Populares. Además de agradecer la invitación, saludo los objetivos del encuentro. Hace un rato me encontré con Elíades en un ascensor; nos vimos hace un poco más de dos años, cuando yo recién empezaba a ser funcionaria, cuando este gobierno recién empezaba a caminar, como muchas cosas que recién empezaban a caminar en América Latina. Yo le decía que me parecía que había unos vientos latinoamericanos de cambio y él me decía: Esto recién empieza. Le creo.

Creo que este tipo de encuentros es muy importante para conocernos, para intercambiar, y además porque estoy absolutamente convencida de que en este mundo globalizado América Latina será América Latina o no será nada. Ninguno de nuestros países tiene viabilidad en el concierto internacional, nosotros seremos en la medida en que seamos América Latina.

Creo que no es el momento de las grandes epopeyas bolivarianas –como aquellas de Bolívar, no como las actuales de Venezuela– ni tampoco es tiempo de grandes discursos. Sí es el momento de estos acercamientos en el plano de lo cultural, el tiempo de estas propuestas que se han puesto en funcionamiento en estos últimos años, que no son de ningún partido político en especial, sino que existen gracias al hartazgo de los pueblos que finalmente tratan de encontrar una manera distinta de hallar su camino.

Brevemente voy a intentar comentarles qué es la Comisión Nacional

Protectora de Bibliotecas Populares (CONABIP) que estoy presidiendo desde hace tres años.

Es un organismo de la Secretaría de Cultura de la Nación, que a su vez depende directamente de la Presidencia de la Nación. Tiene la particularidad de ser un organismo estatal que se creó en el siglo XIX pero con una visión del siglo

XXI, porque su razón de ser es el acompañamiento a las organizaciones sociales, en aquel momento llamadas organizaciones libres del pueblo, denominación que le queda un poco mejor a lo que las bibliotecas populares son realmente. Éstas

se ocupan de la promoción de la lectura, la cultura y el acceso de la ciudadanía a la información.

En el año 2006, por primera vez en la historia de su existencia formal, la CONABIP entró en el Presupuesto Nacional. Hasta ese año, el funcionamiento de la CONABIP estaba financiado por la recaudación de premios de la Lotería Nacional. Esta decisión de entrar en el Presupuesto Nacional no depende del azar sino que es parte de una decisión del gobierno según la cual la lectura, la institucionalización de la lectura y del acceso a la igualdad a través de la biblioteca, sean en este momento una política gubernamental y una política de Estado. Este aporte del tesoro nacional, es un aporte igual al que la CONABIP venía recaudando, por lo cual se duplicó su presupuesto. Y esperamos que para el

(...) la Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares (CONABIP) (...) tiene la particularidad de ser un organismo estatal que se creó en el siglo XIX pero con una visión del siglo XXI, porque su razón de ser es el acompañamiento a las organizaciones sociales, en aquel momento llamadas organizaciones libres del pueblo, denominación que le queda un poco mejor a lo que las bibliotecas populares son realmente.

2008 el presupuesto de la CONABIP triplique al que tenía en el 2003.

Digo estas cosas porque, como decía Hebe, muchas cosas pasan por azar en la Argentina y en América Latina —en algunos lugares más que en otros—, y es un signo de este período el hecho de que haya una decisión de no seguir dependiendo del azar y de dar un sostenido apoyo a este y otros sistemas de promoción de la lectura.

Estas decisiones en materia presupuestaria y organizativa se acompañan con la decisión de la Secretaría de Cultura de dar los pasos iniciales para la conformación de un Sistema Nacional de Bibliotecas. Hemos estado trabajando con Horacio (González), y con la participación de otros organismos, se está discutiendo y fomentando una política del libro, de las lecturas y de las biblio-



María del Carmen Bianchi,
por Mariano Lamota

tecas. Esto, me parece, es también una herramienta que nos debemos.

Brevemente les voy a presentar el contexto en el que se desarrollaron las bibliotecas populares, porque me parece que para los otros países que participan en este encuentro, este puede ser un dato muy interesante. En el último cuarto del siglo XIX, que es cuando se funda la primera biblioteca popular y se dicta la

ley de creación de la Comisión Nacional Protectora, se da la particularidad de la institucionalización del país, en el marco de un proceso que podríamos llamar —de manera muy genérica— de *refundación simbólica de la Argentina*. Y se trataba de una refundación simbólica que dejaba de lado, sofocaba o no contemplaba en su institucionalidad a la divergencia de los pueblos originarios, de los gauchos de la migración anarquista. Es decir, había una serie de actores no tenidos en cuenta en esta institucionalización y en este marco en el que se pensaba en una cultura basada fundamentalmente en la escuela y en el libro.

En este contexto es que nace la idea de la Biblioteca Popular. Domingo Faustino Sarmiento impulsa una idea de la Comisión Nacional Protectora y de Bibliotecas Populares que se enmarca en el “dispositivo civilizador” —para llamarlo de alguna manera— que era la propuesta para el país. En dicho proyecto civilizador, la biblioteca viene a ser la instancia de inclusión educativa para aquellos que no iban a participar del dispositivo escolar en ciernes.

La esencia de la creación de la Comisión Nacional era el intercambio de libros y el apoyo a la compra y distribución de libros traídos de Europa.

En 1896 ya existían en el país doscientas bibliotecas populares. Su público, sin embargo, era fundamentalmente proveniente de la migración europea, con rasgos socioculturales diversos e inmersos en una realidad que los incitaba a la discusión.

Se da en este primer período de la conformación de las bibliotecas una tensión importante entre las bibliotecas obreras, que eran la iniciativa anarquista y socialista de formación de los obreros e información de los ciudadanos, y aquel otro modelo de

biblioteca que de algún modo pretendía institucionalizar estas iniciativas.

Las bibliotecas sufrieron todas las vicisitudes políticas que sufrió el país. Según los gobiernos de turno se incentivó su creación, se promovió su desarrollo o se consolidaron sus posibilidades. Y en los últimos 30 años las bibliotecas sufrieron los mismos avatares que la sociedad, ya que las bibliotecas son sociedades de lectores, es decir, son organizaciones sociales autónomas, libres e independientes, que definen su política, su sistema de atención, que abren todo un campo a quienes no tienen la oportunidad, y que llevan adelante programación cultural e información a la ciudadanía.

Por todo esto, la esencia de las bibliotecas es enemiga de las dictaduras. El llamado Proceso, abierto en 1976, declaró enemigo al libro y a las bibliotecas populares en tanto que éstas eran su hábitat, convirtiéndolas también en sujetos de sospecha. Y no sólo porque tenían libros: tenemos el caso de la Biblioteca Constancio Vigil, de Rosario, a la que destruyeron totalmente, le quitaron todas sus pertenencias, la mutual, las escuelas y todas las iniciativas sociales que había desarrollado, encarcelando a toda su dirigencia: todavía hoy hay desaparecidos de esa comisión.

Muchas otras bibliotecas sufrieron diversas vicisitudes porque son depositarias del libro pero sobre todo porque son depositarias y promotoras de muchas de las iniciativas que tienen que ver con las cuestiones sociales de la vida en el barrio y en las localidades.

Hoy hay alrededor de cuatro mil bibliotecas populares en el país. Y cerca de dos mil adheridas a la red de CONABIP.

El universo de las Bibliotecas Populares es como el de la sociedad civil; tienen la pluralidad que tienen las sociedades civiles: las hay rurales,

en localidades pequeñas, en villas miserias, en monoblocks, en barrios populares, en las ciudades importantes del interior –que son monumentales, tienen 90.000 libros.

De todos modos, la característica común a todas es que son espacios de amplias posibilidades, que han sido aprovechados a lo largo de sus vidas, que han intercambiado con otras entidades locales como los centros vecinales o clubes, y que en ellas y desde ellas se ha dado continuidad a una cantidad de actividades que de otro modo hubieran desaparecido en la Argentina.

Estamos ante la existencia de un movimiento social de carácter nacional, único en cuanto a su volumen. Contamos con alrededor de veintisiete mil voluntarios dedicados a la promoción de la lectura. Y la promoción de la lectura en este caso no es un mero discurso, como cuando a veces se diseñan políticas desde algún lugar –iluminado. Se trata de la recuperación de las experiencias concretas, históricas, que cada una de estas bibliotecas tiene y ha tenido y que ha logrado mantenerlas a pesar de todas estas vicisitudes, y que se recuperan en diversos planes y propuestas de lectura.

Este alto porcentaje de voluntarios, que son los que diariamente mueven la rueda de las bibliotecas populares, significaría, en términos monetarios, una cantidad anual de 84 millones de dólares producidos en actividades cul-

Estamos ante la existencia de un movimiento social de carácter nacional, único en cuanto a su volumen. Contamos con alrededor de veintisiete mil voluntarios dedicados a la promoción de la lectura. Y la promoción de la lectura en este caso no es un mero discurso, como cuando a veces se diseñan políticas desde algún lugar –iluminado. Se trata de la recuperación de las experiencias concretas, históricas, que cada una de estas bibliotecas tiene y ha tenido (...)

El conjunto fecundo y heterogéneo de servicios que ofrecen las bibliotecas populares a la comunidad, las convierte en un núcleo de pertenencia y convocatoria comunitaria que es muy difícil encontrar en otros espacios y que es muy difícil encontrar con continuidad en el tiempo.

tales. Contamos con cinco mil seiscientos trabajadores contratados por las bibliotecas populares, dos millones de usuarios, unos treinta millones de libros, y seiscientos cuarenta mil socios que aportan cerca de dos millones de dólares al año para sostener estas bibliotecas. Estas son cifras que provienen del censo que nosotros hacemos en las bibliotecas, y que nos han ser-

vido mucho a la hora de triplicar el presupuesto: realmente no hay funcionario que aguante el valor de estas cifras.

Nos hemos propuesto como meta de gestión, desde el primer día, —y creo que

hemos avanzado mucho— que tomara visibilidad pública la dimensión nacional, federal y colectiva de este movimiento social. Creemos que es un movimiento social único en la Argentina, ya que no existe una potencialidad como ésta así organizada.

Venimos de la ausencia de una política cultural que no sea la de la circulación de los bienes suntuarios de la cultura y de la idea de permitir que los pobres y los sectores medios y medios bajos se acerquen a estas producciones suntuosas. Por esto, creemos que tienen un gran valor las bibliotecas populares, ya parte del patrimonio cultural de la Argentina: son como un cuadro de Berni, como tantas otras cosas a las que amamos, cuidamos y preservamos; son como un edificio histórico: memoria viviente durante 136 años de todos aquellos que nos precedieron, y van a estar, claro, cuando nosotros no estemos en esta función y en este lugar. Seguirán

abriendo cada día la puerta, intentando abrir oportunidades para los que de otro modo no tienen ninguna.

La política del gobierno nacional expresada a través de la CONABIP ha sido, en primer lugar, reconocer la existencia de este movimiento, reconocer la potencialidad que implica como espacio físico y social para el momento histórico que nos toca atravesar y, por supuesto, sancionar los usos indebidos de los fondos públicos y regularizar las cuentas.

Es impensable democratizar la sociedad, ampliar los horizontes de la ciudadanía, construir un proyecto nacional si no reconocemos el valor de la existencia de este movimiento y de esta actividad.

Nosotros hemos tratado de mejorar esta gestión; planteamos, a finales del 2003, un plan estratégico para llevar adelante entre el 2004-2007. La idea central era la de hacer conocer este movimiento y que éste se reconozca como movimiento social de carácter nacional, y que reconozca también el valor y la potencialidad que encierra; se trataba también de mejorar la gestión de la CONABIP y formular planes y programas acordes a las necesidades de los usuarios.

Debemos reconocer el valor de la tarea voluntaria, el valor de lo que se produce, pero desde el Estado, la impronta para la relación entre estos sectores sociales organizados y los bienes públicos es la pregunta por cuál es el servicio que les vamos a prestar a los usuarios, porque de eso se trata.

Durante los años 2005 y 2006, hemos asignado subvenciones y subsidios por diez millones de dólares para restaurar o armar los edificios de las bibliotecas. El Estado nacional, por intermedio de la CONABIP, distribuyó 4.500.000 dólares. De esa suma, 2.200.000 dólares fueron subsidios y transferencias directas para la gestión de las bibliote-

cas y 2.300.000 para la compra y distribución de libros.

El conjunto fecundo y heterogéneo de servicios que ofrecen las bibliotecas populares a la comunidad, las convierte en un núcleo de pertenencia y convocatoria comunitaria que es muy difícil encontrar en otros espacios y que es muy difícil encontrar con continuidad en el tiempo.

La gama de los servicios es diversa, el aporte a la cultura es fecundo y multiplicador porque son un soporte importantísimo de la inclusión social.

Creemos que una de las tareas más importantes que llevan adelante las bibliotecas populares es la transmisión horizontal del placer de la lectura y la posibilidad de realizar un seguimiento a los muchos que por primera vez se acercan a una biblioteca: la biblioteca los va a buscar a sus casas a través de los *bibliomóviles*, los changuitos, las mulas, las lanchas y todas los medios que utilizan para llevar adelante la experiencia de abrir el mundo complejo que es una biblioteca.

En aquellos lugares donde no hay bibliotecas, ellos se ocupan de hacer circular la lectura por otros y diversos medios, y nosotros hemos apoyado con programas, actividades y financiamiento esas iniciativas, ya que se trata del desarrollo de políticas, programas y actividades que comiencen a encontrar en el desarrollo de las bibliotecas populares un sentido colectivo como país y un sentido colectivo como movimiento social.

Hemos hecho especial hincapié en el plan nacional de lectura en las bibliotecas populares, un plan de recuperación de la promoción de la lectura. El plan incluía la organización de los premios Graciela Cabal, con los cuales las bibliotecas sistematizaban su experiencia, y el armado de una serie de propuestas que priorizaban el trabajo con

niños y jóvenes, el trabajo con videos y la realización de conciertos de música. Hemos apoyado mediante la compra de cancioneros, música, guiones y obras teatrales, pensando que la lectura no es solamente encontrarse con un libro la primera vez sino que incluye también recuperar las experiencias de los lectores y sus potenciales usuarios y ponerlas en movimiento –tarea que, creemos, le corresponde a las bibliotecas.

Se trataba de un plan de lectura que priorizaba a niños y jóvenes, y que constaba de lecturas no tradicionales y en sectores no tradicionales. Se realizó un programa en las unidades penitenciarias de todo el país donde participaron 1.600 detenidos –siempre a través de las bibliotecas populares, no de la CONABIP.

Por otro lado, se puso en marcha el Plan Nacional de Capacitación en las bibliotecas populares, que tiene como los puntos más importantes las siguientes cuestiones:

La capacitación a la dirigencia social, cuya edad promedio es de 50 años –en algunos lugares mayor. Por supuesto, no sabían manejar computadoras, no tienen vocación de alianza social con otras organizaciones y además en el plan de capacitación se incluyen a las organizaciones de jóvenes que se dedican a otras cosas para acercarlos a las bibliotecas populares. También se les da capacitación en alfabetización informática, en el manejo de sistema de gestión informatizado y en programación entre otros. Y finalmente el programa de información ciudadana que tendió a recuperar una de las cosas que las bibliotecas populares en sus diversas crisis habían ido perdiendo, la idea de que la biblioteca es un espacio de servicio y de crecimiento del ciudadano.

La base de información ciudadana tiene registrada una serie de preguntas a través

de necesidades tales como ¿qué hago si mi hijo cae preso? ¿qué hago si a mi hijo lo echan del trabajo? ¿qué hago si mi marido o mi mujer me golpea? Y remite a la normativa nacional, a cuáles son los organismos nacionales encargados de actuar, ya sea en la acción o en la omisión, y a cuáles son todos los mecanismos disponibles para los ciudadanos. Participan más de 700 bibliotecas en todo el país y de esas 700, 500 ya están trabajando en la base de recursos provincial y municipal, con lo cual nosotros pensamos que a mitad de 2007, vamos a tener un banco de recursos nacional, para lo que sería satisfacción y cumplimiento de derechos y no solamente información de carácter legal y comunitaria.

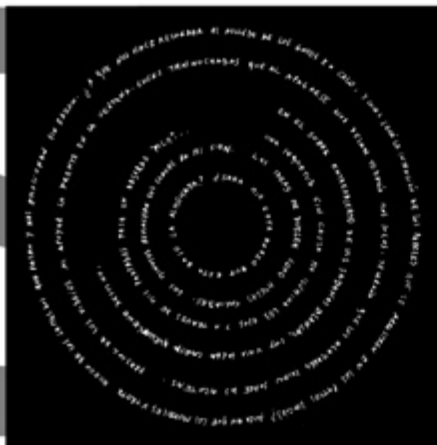
En estos 136 años, como veíamos, se modificó y se extendió la definición de ciudadano, se incorporaron nuevas tecnologías que posibilitaron el acceso a más y mayores oportunidades y también hubo más empobrecimiento material y subjetivo de la población en la Argentina. A medida que en algunos sectores alcanzamos grados de desarrollo en algunos sentidos, en otros nos empobrecimos. No solamente tenemos pobres materiales, en Argentina tenemos cantidades infinitas de chicos que no subjetivan, que no se pueden representar en el mundo, que no pueden representar su propia realidad y que por lo tanto no pueden cambiarla. La biblioteca popular desarrolla una labor que a solas funda su existencia y justifica cualquier error que puedan cometer.

La CONABIP sigue sosteniendo el importante papel de la lectura como un elemento de inclusión social y de construcción de ciudadanía. Porque la Argentina que estamos tratando de construir, requiere de este fortalecimiento de las iniciativas sociales y la verdad es que las bibliotecas sociales son pura creatividad, deseos, imaginación y organización de esa

imaginación y de esos deseos y una puesta al servicio de los otros. Es materia viva de transformación social, que en estos movimientos sociales, en el de las bibliotecas populares y tantos otros, está la materia real de esta aspiración que nosotros podemos tener como país y como sociedad. Atravesamos enormes dificultades de toda clase, nosotros como Estado atravesamos y seguimos atravesando, enormes dificultades para estar a la altura de las circunstancias. Las bibliotecas compiten cada día con las tecnologías y con un montón de cosas que ya sabemos compiten con la lectura y con el hecho de tener usuarios o no, pero yo creo que competimos, que compiten cada día con la falta de solidaridad, con la falta de pensar y pensarse en un proyecto común y que en ese sentido, ese espíritu que late en la mayoría de las bibliotecas, está la solidaridad y esta ilusión de pensarse colectivas es una materia importante para cualquier proyecto de país y también para cualquier proyecto latinoamericano.

Hay una agenda pública distinta, como decíamos al principio, en la Argentina y también en América Latina. Yo estoy encantada de estar acá y de compartir esto con Uds. porque hay un empeño solidario y común. Mucho antes de que nosotros nos juntemos, las bibliotecas del Noroeste se juntaron con las de Brasil y con las de Uruguay y las del Oeste se juntaron con las de Chile y fueron a alguna parte contando su experiencia, y yo estoy convencida de que las bibliotecas populares son un vehículo para acrecentar la horizontalidad entre los pueblos y por supuesto nosotros como CONABIP vamos a estar acompañando.

(*) Presidenta de la Comisión Nacional Protectora de Bibliotecas Populares (CONABIP)



Palabra Gironda

Libros, revistas, fotos, objetos personales: una obra de Fernando Rubio con música de Fito Páez.

Homenaje a Oliverio Girondo de la Biblioteca Nacional a cuarenta años de su muerte. Mayo/Junio. Sala "Leopoldo Marechal"



Liborio Justo: Pasión y Lucha.

100 años de Historia Argentina

Muestra documental y fotográfica en homenaje al historiador y escritor Liborio Justo. Septiembre / Octubre. Sala "Leopoldo Marechal"



H.G.O.+ El Eternauta

Muestra artística y documental en conmemoración a los 30 años de la desaparición de Héctor Germán Oesterheld y a 50 años de la publicación de El Eternauta. Julio/Agosto. "Leopoldo Marechal" y alrededores



Perspectiva Groussac

Muestra biblio-hemerográfica y documental sobre la vida del escritor e historiador (1848-1929), director de la Biblioteca Nacional durante 44 años. Noviembre, Sala "Leopoldo Marechal"



La prensa periódica y la formación de la sociedad argentina en la primera mitad del siglo XIX

Por Daniel Campione ()*

La prensa jugó un particular papel a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. El periodismo, imbuido de una fe casi ilimitada en su capacidad para incidir sobre transformaciones sociales y políticas, atravesará una etapa surcada por guerras civiles y proscripciones, librando polémicas a menudo feroces. Jacobinos y moderados, liberales y clericales, federales y unitarios, rosistas y antirrosistas, tendrán allí un lugar de choque simbólico, que a menudo acompañó o suplió a los combates reales. La ardua formación de la sociedad y el Estado en Argentina no puede comprenderse cabalmente sin la lectura atenta de los cruces de ideas que cursaron por la prensa periódica, debates que en su virulencia destilaban un horizonte de país.

Tratar acerca de la prensa periódica en lo que llegaría a ser la República Argentina, en la primera mitad del siglo XIX es hablar al mismo tiempo del proceso de formación de una sociedad nacional sobre la base de la ruptura con el viejo orden colonial, y la correlativa organización política de la misma. Y más en particular, del nacimiento y desarrollo primigenio del quehacer de debate público y difusión de ideas en el Río de la Plata, que coincide en nuestro caso con la época de la Independencia.

Investigaciones realizadas en los últimos años han tendido a desvirtuar la idea de una nación argentina preexistente al proceso emancipatorio.¹ En el plano mundial, historiadores como Eric Hobsbawm y Benedict Anderson llamaron la atención sobre el papel decisivo que, con harta frecuencia, los poderes estatales ya existentes han tenido en la implantación efectiva de una comunidad nacional y de los sentimientos patrióticos que se supone le corresponden, y el último asignó particular importancia al desarrollo de la prensa.

Si nos remitimos al ámbito hispanoamericano, lo que encontramos más bien es la laboriosa gestación de poderes políticos que tardarán décadas en traducirse en un Estado nacional mínimamente consolidado. Dichos procesos tendrán en el periodismo un ámbito privilegiado de construcción de legitimidad, en paralelo a la creación de una esfera de opinión pública, de la que también brotan voces de impugnación.²

En una época de conflictos, secesiones y guerras civiles, la prensa impulsará o acompañará todas estas rupturas. En lo que va a ser Argentina, la que nace como una prensa más o menos oficial, termina por abarcar a las más duras oposiciones, que se ejercitan en impugnar a poderes políticos vacilantes, o a

otros fuertes en su aparato de control social, pero aquejados de dudosa legitimidad, como en el período signado por la figura de Juan Manuel de Rosas.

Ello en un mundo intelectual donde a la prensa se le asignaba un rol fundacional, de conducción del proceso civilizatorio (la ilustración de los pueblos, en el lenguaje de la época). La confianza en el poder no sólo cultural sino directamente político de la práctica periodística era fortísima, casi ilimitada.³ Lo mismo sobre las consecuencias de su ausencia o deficiencia, erigida en causa del atraso o la carencia de la ilustración:

“No ha sido la distancia a que está colocada la América del centro de los conocimientos, la que ha retardado su ilustración, tanto como la falta de buenos periódicos que pusiesen al alcance de sus habitantes todo lo que las Naciones de Europa discurrían en las artes y ciencias y perfeccionaban con su industria. A esta falta también se puede atribuir el estado torpe en que se hallaba la España a principios de este siglo, y casi se puede decir, ha sido el origen de todos sus males.”⁴

Durante cincuenta años después de 1810 no existió aquí un Estado nacional consolidado, ni las bases materiales e institucionales para la existencia de una *nación*. Sí se discutió, en cambio, su fundación, de qué modo organizarla y gobernarla. De este lapso y sus debates elegimos destacar algunos momentos:

a) El de la revolución y las discusiones

En lo que va a ser Argentina, la que nace como una prensa más o menos oficial, termina por abarcar a las más duras oposiciones, que se ejercitan en impugnar a poderes políticos vacilantes, o a otros fuertes en su aparato de control social, pero aquejados de dudosa legitimidad, como en el período signado por la figura de Juan Manuel de Rosas.

Durante la década escasa en que los periódicos coexisten con el orden colonial, está claro que no es una prensa independentista, mas aún, se hallan en ella excluidos los temas políticos. Se practica sin embargo un periodismo “ilustrado”, centrado en cuestiones económicas, con influencia de los fisiócratas y más cercanamente de los representantes de la Ilustración en España, preocupados por la racionalización agrícola y administrativa, como Jovellanos y Campomanes.

sobre la configuración del orden social y político futuro; que tiene en la naciente prensa de Buenos Aires un ámbito privilegiado; b) El de la emergencia de un bando contrario a la Ilustración, y el combate contra éste de los liberales que estaban a la cabeza del Estado (entonces sólo de alcance bonaerense) empeñados

en emprender una temprana racionalización y modernización de la estructura institucional (“reforma eclesiástica” incluida), que cursa como polémica periodística, en un rango de registros que va de la sesuda reflexión doctrinaria a un temprano “amarillismo”; y c) La entronización

en el poder público de una tendencia conservadora que se presenta como restauradora de la ley y el orden, y erige en nombre de ellos una centralización informal pero férrea; refractada en la reacción contraria de los sectores liberales que, básicamente desde el exilio, emprenden una continuada campaña a favor del derrocamiento de lo que definen como “tiranía”.

A seguir exploraremos muy brevemente cada uno de esos tres momentos.

1810. Antes y después

La prensa periódica nace en el entonces virreinato del Río de la Plata con el siglo XIX, en 1801.⁵ Durante la década escasa en que los periódicos coexisten con el orden colonial, está claro

que no es una prensa independentista, mas aún, se hallan en ella excluidos los temas políticos. Se practica sin embargo un periodismo “ilustrado”, centrado en cuestiones económicas, con influencia de los fisiócratas y más cercanamente de los representantes de la Ilustración en España, preocupados por la racionalización agrícola y administrativa, como Jovellanos y Campomanes. Ocupan un rol directriz en esa prensa temprana dos intelectuales fundamentales de la revolución de Mayo: Hipólito Vieytes y Manuel Belgrano⁶. El periódico de Vieytes, llamado *Semanario de agricultura, industria y comercio* aparece de 1802 a 1806. Su mentor estaba vinculado a las corrientes fisiocráticas, su línea se aproximaba también a los ilustrados españoles: fomentar la agricultura, elevar el nivel de desarrollo técnico, superar restricciones comerciales.⁷

Por allí aparece también la reivindicación del libre comercio:

“... la Naciones sabias, estudiando profundamente el medio de conciliar el moderado precio de los granos con el fomento de la agricultura, han convenido en conceder una libertad indefinida al comerciante de ellos porque han advertido que hecha una vez una prohibición sucedería que los mercaderes de granos se hallarían siempre poseídos del temor...en cuyo caso se verían expuestos a perder...”⁸

Se propone hacer navegable al río Bermejo, como forma de incorporar a la vida económica a los indios que viven en sus márgenes:

“El Comercio, que cura las preocupaciones destructivas y que suaviza las costumbres más feroces; que reúne y asocia los intereses de las Naciones todas, y que

las hace mutuamente dependientes unas de otras por medio de la circulación recíproca de sus producciones; es el único medio que podía y debía ponerse en ejecución para ganar hacia nosotros toda esta porción de hombres aislados...”⁹.

No se encuentran en el *Semanario* temas directamente políticos, como dijimos, pero sí todo un programa de reformas económicas, educativas, sanitarias, se propicia la difusión de la vacuna, en otros pasajes la instauración de cementerios públicos, y otras mejoras modernizadoras propias del espíritu “ilustrado”.

El periodismo político lo inaugura la revolución, que de inmediato crea el periódico oficial, *La Gazeta de Buenos Ayres*, impreso en taller estatal (la antigua Imprenta de Niños Expósitos), con financiación del gobierno. Pero no será una suerte de “boletín oficial” sino que transmitirá contenidos doctrinarios, en épocas de fundación de un ideal de autogobierno, de superación del orden absolutista en todas direcciones. Será la hora de Moreno, secretario de la Junta de actuación no tan relevante con anterioridad al 25 de mayo, que se convierte en protagonista a partir de su actuación como funcionario y como mentor de la *Gazeta*. Ya en el primer número se lee:

“Desde este momento, Españoles Americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres; no sois ya los mismos que antes encorvados bajo un yugo mucho mas duro mientras mas distantes estabas del centro del poder, y mirados con indiferencia, vejados por la codicia, y destruidos por la ignorancia. Tened presente que al pronunciar o al escribir el nombre del que ha de venir a representaros en el Congreso nacional, vuestros destinos

ya no dependen ni de los Ministros, ni de los Virreyes, ni de los Gobernadores; están en vuestras manos.”¹⁰

Curiosamente, es la transcripción de una comunicación del Consejo de Regencia español datada a comienzos del año, que parece articular con la prédica de un nuevo orden político en América. Sólo un par de números después se discurre a favor de la libertad de expresión, si bien se le colocan todavía una serie de restricciones, cuya determinación y ejercicio son responsabilidad del gobierno:

“Desengañémonos al fin, que los pueblos yacerán en el embrutecimiento más vergonzoso, sino se da una absoluta franquicia y libertad para hablar en todo asunto que no se oponga en modo alguno a las verdades santas de nuestra augusta Religión, y a las determinaciones del Gobierno, siempre dignas de nuestro mayor respeto (...) No se adelantarán las artes, ni los conocimientos útiles, porque no teniendo libertad el pensamiento, se seguirán respetando los absurdos que han consagrado nuestros padres, y ha autorizado el tiempo y la costumbre.”¹¹

La superación de las tradiciones para instaurar un nuevo pensamiento imbuido de las luces de la Razón, asoma como un objetivo incontrastable.

También en las páginas del periódico orientado por Moreno, se dará justificación a las ejecuciones de los sublevados contra el nuevo poder político. El rigor en el castigo a los desafectos es el tributo a pagar por la supervivencia del poder revolucionario:

“No hay arbitrio. Es preciso llenar dignamente este importante deber (...) hemos decretado el sacrificio de estas víctimas a

*la salud de tantos millares de inocentes. Los grandes malvados exigen por dobles títulos todo el rigor del castigo; nuestra tierra no debía alimentar hombres que intentaron inundarla con nuestra sangre (...) faltando en nuestros enemigos el centro de las relaciones conjuradas en nuestra ruina, han quedado estas dispersas y vacilantes, y nuestra gran causa con la firmeza correspondiente de su justicia”.*¹²

Y asimismo se formulará allí el principio de la soberanía popular, en un planteo que rebasa a la doctrina tradicional hispánica del pacto de sujeción y su

“retroversión” y erigía en radicalmente nuevo al orden posterior al 25 de mayo¹³:

“La disolución de la Junta Central (...) restituyó a los pueblos la plenitud de los poderes, que nadie sino ellos mismos podía ejercer (...) Los vínculos, que unen el pueblo a el Rey son distin-

*tos de los que unen a los hombre entre si mismos, un pueblo es pueblo, antes de darse a un Rey (...) cada individuo debió tener en la constitución del nuevo poder supremo, igual parte a la que el derecho presume en la constitución primitiva del que había desaparecido.”*¹⁴

Será en 1811-1812 cuando la *Gazeta*, ya sin Moreno, bifurca sus ediciones y escenifica por unos meses la división entre moderados y radicales en sus mismas páginas. Vicente Pazos Silva en el polo de la moderación y Bernar-

do Monteagudo, junto con Castelli, la figura más “jacobina” de la revolución, defiende las posiciones radicales. Es la primera polémica política explícita en la prensa de Buenos Aires.

Monteagudo monta en cólera porque el otro redactor ha llamado “sacrílegos profanadores de nuestras santas cosas” a quienes participaron en la expedición al Alto Perú.¹⁵ Monteagudo reivindica esa expedición y el terrorismo revolucionario: “...nada ha perjudicado más los progresos de nuestro sistema, como la indulgencia y lenidad con los enemigos de él...”¹⁶

Y se lanza a la defensa de un temperamento implacable no sólo con los enemigos de la Revolución, activos o potenciales, sino contra los que han propiciado disturbios para perjuicio de sus adversarios, como Saavedra. “Unas consecuencias tan funestas como necesarias a la impunidad, han retardado sin duda los progresos de nuestra revolución, sin que el sistema de indulgencia y moderantismo haya producido la más pequeña ventaja (...) no causando la lenidad otro efecto que sublevaciones, conjuraciones y males irreparables, la indulgencia nos hará cómplices... el que no castiga la transgresión de las leyes, es su primer infractor...”¹⁷

Le contesta Pazos Silva: “...la mala fe añadida a la ignorancia produjo un monstruo que nos iba a precipitar a la muerte política: nuestros gobernantes comenzaron a persuadirse que el único medio de conservar su autoridad era el terror (...) Un terrorismo sangriento y prematuro excitó el choque sangriento de las opiniones...” “... el rigor de castigarlo todo no es oportuno (...) la moderación con la que el presente gobierno se la ha conducido es un ejemplo incontestable.”¹⁸

Más tarde, en 1815, en los primeros meses que resultarán al mismo tiempo apogeo y ocaso del poder del bando radical de la revolución, se edita *El Independiente*, periódico que propicia la declaración de independencia y el abandono de todo espíritu de conciliación y arreglo pacífico, orientado por Manuel Moreno a preconizar la prosecución de la guerra como único medio de llevar a buen fin el empeño de la independencia (...)

Monteagudo define el alcance universal de la idea de la libertad, asociada a cierta igualación de las jerarquías: “Todos los hombres son igualmente libres: el nacimiento o la fortuna, la procedencia o el domicilio, el rango del magistrado o la última esfera del pueblo no inducen la más pequeña diferencia en los derechos y prerrogativas civiles... Si alguno cree que porque preside la suerte de los demás, porque ciñe la espada que el Estado le confió para su defensa, goza mayor *libertad* que el resto de los hombres, se engaña mucho, y este solo delirio es un atentado contra el pacto social.”¹⁹

El debate será cerrado por la autoridad pública, que separa a ambos redactores y convierte el periódico en *Gaceta Ministerial*, con un carácter más marcadamente oficial.

Más tarde, en 1815, en los primeros meses que resultarán al mismo tiempo apogeo y ocaso del poder del bando radical de la revolución, se edita *El Independiente*, periódico que propicia la declaración de independencia y el abandono de todo espíritu de conciliación y arreglo pacífico, orientado por Manuel Moreno a preconizar la prosecución de la guerra como único medio de llevar a buen fin el empeño de la independencia: “La manía de conciliación por una parte nos ha hecho perder mucho terreno, y por otra el ridículo empeño de imitar más bien a las Cortes de los Estados antiguos, que a los Gobiernos de aquellos Países que han peleado contra sus tiranos.”²⁰

Otro de sus rasgos es la extrema dureza contra todo lo español: “... España está en el día como un esqueleto abandonado por los cuervos a causa de su incapacidad de ser devorado; (...) Una expresión mística dice que fuera de la Iglesia no hay salvación: usando pues

de este lenguaje podremos decir que *fuera de la guerra no hay vida*. Es necesario continuarla o dejar de existir.”²¹

Y presentaba a España como enemiga acérrima de todas las libertades: “... la España atacaba también la libertad civil de estos Pueblos: por que los Colonos no tenían parte en su legislación, y por que las restricciones en punto a comercio, los despojaban de la libertad de industria...”²²

Apogeo ilustrado y reacción conservadora

Avanzado 1819, cuando ya podía atisbarse el derrumbe de las incipientes instituciones que, mal o bien, se habían sustentado por una década en las Provincias Unidas del Río de la Plata, se genera una polémica de dureza inusitada, que se prolongará luego durante la gobernación de Martín Rodríguez (1820-1824), época en que, por otra parte, se multiplican los periódicos de variadas tendencias.

Un sector del clero se lanza a impugnar no a la revolución misma en su resultado de independencia nacional, que reconocen como legítima, sino en sus efectos filosóficos, culturales y sobre todo religiosos, rechazando el acelerado proceso de secularización en curso, que atribuyen en buena medida a la difusión del pensamiento filosófico ilustrado. Van a enfrentar ese proceso proponiendo su reversión total, la vuelta a la fe tradicional e incluso a las prácticas inquisitoriales. Un par de años después, el estado provincial de Buenos Aires va a empeñarse en un proceso de reformas de pretensión amplia, que tiene uno de sus objetivos en la organización eclesiástica y en particular en las órdenes regulares. La discusión toma nuevos

aires y suscita una réplica articulada, ya que desde las filas liberales se responde con acritud y perseverancia.

En los aspectos ligados a lo eclesiástico la tendencia de esa reforma no fue exactamente anticlerical, ni se enfrentó

Toda la discusión en torno a la reforma eclesiástica fue muy fuerte, irrespetuosa de cualesquiera reglas de cortesía, proclive al insulto y el chisme. Ambos bandos cargaban con todas las armas, y en su afán de confrontación generaron recursos de la prensa moderna. Como paradoja llamativa, es desde el lado del catolicismo conservador que esas novedades periodísticas reciben mayor impulso: el uso de ilustraciones, incluso de caricaturas, un lenguaje grueso y directo, la apelación al humorismo, el uso de seudónimos y de corresponsales ficticios, etc.

Toda la discusión en torno a la reforma eclesiástica fue muy fuerte, irrespetuosa de cualesquiera reglas de cortesía, proclive al insulto y el chisme. Ambos bandos cargaban con todas las armas y en su afán de confrontación generaron recursos de la prensa moderna. Como paradoja llamativa, es desde el lado del catolicismo conservador que esas novedades periodísticas reciben mayor impulso: el uso de ilustraciones, incluso de caricaturas, un lenguaje grueso y directo, la apelación al humorismo, el uso de seudónimos y de corresponsales ficticios, etc.

Allí están las múltiples publicaciones, de interminables y provocativos nombres que dirigía Francisco de Paula Castañeda.²³ Él y Fray Cayetano Rodríguez²⁴ se erigen en voceros de la sociedad tradi-

al conjunto de la Iglesia. De hecho, clérigos liberales fueron parte de la conducción de las reformas rivadavianas (Julián Segundo de Agüero, Valentín Gómez, Diego Estanislao Zavaleta). Avanzó sí en el cierre de conventos, la supresión del diezmo, la derogación de fueros especiales, etc., algunas de cuyas medidas afectaban particularmente al clero regular.

cional, en la que clérigos y frailes eran los “letrados” por excelencia.

En una nota titulada “Catecismo sobre la tolerancia” Castañeda se dedica a definir precisamente lo no tolerable: “... es que los bárbaros, los ladrones, los salteadores y los incrédulos se alcen con el magisterio, y no contentos con rebuznar (...) se erijan en maestros (...) canonizando los vicios”.²⁵ Propicia abiertamente la reimplantación de la censura eclesiástica, proponiendo como misión para el clero la de “...arrancador de la cizaña que en diez años han sembrado los enemigos del orden...”.²⁶

“Fuera canallas (...) morid (...) infames, y sabed que en Sud América no hay un solo palmo de tierra para los ateos, impíos e incrédulos que con el falso título de filósofos dogmatizan contra la religión, se burlan de la piedad y ridiculizan nuestro culto.” Ironizando sobre el mandamiento cristiano de “dar la otra mejilla”, se refiere a que el evangelio no prohíbe que “...al que nos diere un bofetón injustamente le demos nosotros por caridad una buena paliza para que no sea insolente, desvergonzado y atrevido...”.²⁷

Todos los ilustrados son sus enemigos, de Voltaire a Volney, de Rousseau a Paine, e incluso invita a atizar una hoguera en medio de la plaza con sus libros.

La retórica punzante florece al mismo tiempo en los periódicos liberales,²⁸ si bien algunos de ellos esbozan un tono más elevado, como veremos a continuación.

Un órgano defensor de la reforma eclesiástica es *El Centinela*, orientado por el poeta Juan Cruz Varela. Este periódico asume la discusión intentando un tono elevado, de identificación con el bien público y el progreso.

Visualiza a la reforma como una supe- ración del orden colonial:

*“La reforma del estado eclesiástico es necesaria, y lo es tanto más cuanto que subsistiendo aun en su seno muchos de los derechos que le adquirieron los siglos de humillación, y no pocas de las instituciones a que dio lugar la ignorancia o la política astuta...”*²⁹

Y se orienta al sometimiento de la autoridad eclesiástica respecto de la civil:

*“... la potestad de la Iglesia debe ser independiente de lo civil en cuanto a la fe, y a la doctrina que rige el fuero interno; pero no es así con respecto a lo que ella ordena sobre la policía exterior que toca al orden público y que puede perjudicarlo...”*³⁰

*... es menester, pues, hablar delante del pueblo de un modo consecuente y no como a presencia de una manada de carneros...”*³¹

*La reforma se vincula a la revolución de mayo “... esta reforma nos pondrá en nuestra opinión, en el paso atrevido y sublime de nuestra revolución misma...”*³²

Contra la reforma vuelven a enfilear Fray Cayetano Rodríguez³³ y Francisco de Paula Castañeda, que defienden a la Iglesia y acusan al gobierno de excederse en sus atribuciones, a la vez que dedican sus dardos a toda la herencia política y cultural de la Ilustración.

Castañeda edita un periódico sólo para contestarle a *El Centinela*, se llama *La guardia vendida por el Centinela y la traición descubierta por el Oficial del día*, que comienza a publicarse el 28 de agosto de 1822, el momento álgido del enfrentamiento por la reforma:

“El Centinela es el arsenal de todos los filósofos incrédulos, que insensiblemente nos han ido propinando el veneno de la herejía parvedad, y clavando el puñal de la irreligión; (...) ya nos dijo un sabio eclesiás-

*tico en la honorable junta que al asesino se le debía privar del veneno y del puñal...”*³⁴

E incluso llama a revisar los fundamentos del pacto que une a pueblo y gobierno, en un regreso a la concepción tradicional de “retroversión” de la soberanía que puede interpretarse sin demasiado esfuerzo como incitación a la insurrección:

*“... me empeñaré también en persuadir al pueblo soberano que no fie tanto de sus representantes, tanto legislativos, como ejecutivos y judiciales y que confiriendo sus facultades se reserve algunas (...) pues no puede ignorar el pueblo soberano que hay ya una facción numerosa de sansculottes y ateístas que aborrecen al Venerable Clero (...) ¿qué pueblo soberano es éste que nunca puede ejercer inmediatamente siquiera un acto de soberanía? ¿Acaso soberano quiere decir carnero?”*³⁵

Entre los improprios y el lenguaje inquisitorial, se desliza también una discusión doctrinaria, sobre el carácter del pacto social y el origen de la autoridad. Castañeda ataca con el contractualismo del padre Suárez a los que fustigan al clero apoyándose en el contractualismo de la Ilustración.

El Argos de Buenos Aires era un órgano auspiciado por el gobierno, que aparecerá entre 1821 y 1825. La guerra de independencia continúa en Perú, e incluso en Salta³⁶ pero ya no ocupa el primer plano de las preocupaciones rioplatenses, absorbidas por la guerra civil y la búsqueda de alguna estabilidad que permitiera salir de la “anarquía”. Este periódico será impulsor de las ideas ilustradas en general, y de los variados ramos de reforma que dirige Rivadavia, empeñado en mostrarse como un dechado de buena adminis-

tración. *El Argos* se instituye en promotor de “sociedades de agricultura, establecimientos oportunos al adelantamiento de la industria nacional, biblioteca, academia matemática, escuela de dibujo...”³⁷ y subrayan el impulso democrático e igualador, por ejemplo en la educación “...Hasta la feliz época de nuestra regeneración tan solo los pudientes, mediante la vigilancia y el dinero que destinaban a la enseñanza de sus hijos, podían proporcionarles los mejores maestros...”³⁸

El periódico oficial tercia también en la reforma eclesiástica, cuando celebra la abolición del fuero personal del clero y conceptúa a la reforma como “...noble determinación de echar abajo esas instituciones góticas, que nos ha legado la barbarie de siglos anteriores (...) queda abolida la injusta, exorbitante y desigual contribución del diezmo...” y celebra el juicio de imprenta contra *La Verdad Desnuda*, al que califica como “... subversivo y atentatorio contra las autoridades...”³⁹. También defenderá el entonces novedoso sufragio popular directo⁴⁰ ya que “Nadie sin injusticia puede despojarlo (al pueblo) de su instinto para elegir a aquellas personas que más entienden sus intereses ¿Qué importa que él no conozca en detalle el estado de los negocios públicos...?”⁴¹

En torno a Rosas.

La Joven Generación.

Será en la segunda mitad de la década de los 30 que despunta una lucha de ideas por medio de la prensa, de amplitud y alcance inéditos. No abarcará sólo (a veces ni siquiera principalmente) a la Argentina, sino a buena parte de lo que hoy denominamos “Cono Sur” latinoamericano. La figura de Rosas es

el eje aglutinador de defensas, pero sobre todo de repudios propalados desde la prensa periódica. Sus opositores tienden a irse del país y emprender desde fuera una actividad opositora que genera acuerdos, grupos y luchas internas, y da vida a una cantidad de periódicos. El gobierno porteño, por su parte, atina a engendrar un periodismo oficial, que incluye a un intelectual de fuste que opera como orientador ideológico y cultural, Pedro de Angelis. Entre los fuegos de entredichos signados por la difamación mutua, se encuentran firmes esbozos de un pensamiento sobre la sociedad nacional de largo alcance, que abarca la adopción de una visión nueva del cambio social que refleja en parte el pensamiento de Saint Simon y Leroux, y se atreve incluso con el análisis, no del todo parcial, de la sociedad argentina resultante del predominio rosista.

A partir de 1838-39 se desenvuelve a pleno la polémica entre los “adversarios de la tiranía” y el gobierno de Rosas, en torno al bloqueo francés y por que la complicidad unitaria con el mismo. Es un debate sostenido desde el exilio, que se extiende hacia los países limítrofes. Los expatriados pueblan la prensa de Montevideo⁴², pero también tienen presencia en Chile, y hasta en Sucre⁴³ y Río de Janeiro, e incluso asocian a figuras locales, como José V. Lastarria, Andrés Lamas, Francisco Bilbao o Alejandro Magariños Cervantes, a sus ideas y sus debates. Alejados del poder político y del territorio, la intervención periodística es su único medio de injerencia en la vida política argentina, si excluimos las recurrentes y siempre derrotadas expediciones militares contra Rosas. Habrá diferentes inflexiones del antirrosismo en la prensa, desde la diatriba más cruda hasta la que pretende una mayor confrontación de ideas y proyectos.

El Grito Argentino, periódico en el que colaboran varios “proscriptos”⁴⁴ lleva un epígrafe “¡Abajo el tirano y cobarde Juan Manuel de Rosas! Volvamos a tener leyes y derechos. Salgamos de la horrible miseria en que el tirano ha hundido a la Nación.” No aparecen sólo reclamos por las libertades perdidas y llamamientos a derrocar la dictadura, sino cuestionamientos de contenido social, como el de la política de tierras, incursión que se explica por ser éste un órgano pensado para difundirse en la campaña bonaerense: “El tirano arranca todos los días a los buenos paisanos de nuestra campaña de sus cosechas y trabajos. Los llama a que se hagan matar por él; y ¿cómo recompensa sus sacrificios? Decretando que se vendan las tierras de enfiteusis y que las desalojen aquellos que no puedan comprarlas. Este decreto oprime a los pobres campesinos, para engordar a los Anchorena...”⁴⁵

“Rosas y los Anchorena tienen más de doscientas leguas de terreno...y una multitud de familias honradas y de hombres que pelearon por la libertad de la Patria, no tienen donde poner un rancho...”⁴⁶

La Gaceta Mercantil, periódico oficial de Rosas, destinado a los lectores locales⁴⁷, comienza siendo un boletín oficial y de noticias comerciales y se politiza bruscamente con el conflicto bélico con Francia. *La Gaceta* estigmatiza a los rivales por aliados al extranjero, y acusa a Francia de “... asociarse a la causa del vandalage para derribar los gobiernos legales y acometer a la vez la independencia y el orden social de los Estados Americanos...”⁴⁸

La causa de la Confederación es definida como “... Antemural de la anarquía, salvaguardia de las leyes e instituciones patrias, sólida garante de las mejoras y progresos de una asociación que bajo

sus auspicios, se ha salvado del abismo espantoso de la disolución social (...) haciendo sentir por todas partes su acción animadora y fijando las bases sólidas de la prosperidad nacional”.⁴⁹

Este tercer momento quedará signado por la Joven Generación, la del romanticismo, que inicia su camino en Buenos Aires y lo continúa en el exilio, en difícil convivencia con los antiguos rivadavianos, imbuidos de ilustración, “ideología” de tiempos de Bonaparte y literatura neoclásica⁵⁰. Los miembros de la Asociación de Mayo expresaban la revuelta contra la generación anterior, la del elenco que rodeó a Rivadavia, junto con la introducción de las ideas de la Europa romántica, que algunos, como Alberdi y Echeverría, frecuentaron en su propia fuente antes del inicio del movimiento.

La práctica literaria era en ellos práctica política, casi sin mediaciones. Tienen ideas diferentes que sus antecesores que eran racionalistas en filosofía, y neoclásicos en el gusto estético. Ellos, en cambio, valoran la tradición al lado de la razón, las costumbres además de las leyes, lo local frente a lo universal. Y manejan otra idea de nación, que asume una relación con la cultura y las tradiciones ausente en el enfoque contractualista, deudor directo de la revolución francesa.

Esteban Echeverría sería fundador y conductor de este movimiento intelectual. Predica una idea de progreso menos lineal, no acumulativa, ni subsumible en la lógica utilitaria que cautivaba

Los miembros de la Joven Generación empezaron siendo federales y hasta amagaron ser rosistas en sus comienzos, cuando las reuniones iniciales en el Salón Literario. Pero terminaron tomando como bandera el regreso al espíritu de la revolución, constituidos ya en Asociación de Mayo, y como forma de alejarse tanto del unitarismo como del federalismo rosista.

a Rivadavia. La organización social y política debería ser una propia del Río de la Plata, y acorde con los principios “socialistas”, que entendía en clave saintsimoniana, en la línea de su discípulo Leroux y no con los de la vertiente reaccionaria del romanticismo europeo, la de Bonald y De Maistre. Cultivan a Saint Simon, a Lammenais, a Tocqueville, a su coetáneo Mazzini, a los poetas románticos empezando por Hugo. Y adoptan la línea que algunos denominan “romanticismo social” en la que el poeta aparece como “conductor de pueblos”. La primera versión del *Dogma Socialista* se edita en *El Iniciador* de Montevideo, integrándose así a la discusión periodística y variados periódicos montevideanos toman en sus páginas intervenciones de Echeverría, principal encargado de desarrollar esa nueva visión. Entre las palabras simbólicas del *Dogma* cabe destacar la décima “Independencia de las tradiciones retrógradas que nos subordinan al antiguo régimen”, y las dos siguientes: “Emancipación del espíritu americano” y “Organización de la patria sobre la base democrática.” Los miembros de la *Joven Generación* empezaron siendo federales y hasta amagaron ser rosistas en sus comienzos, cuando las reuniones iniciales en el Salón Literario. Pero terminaron tomando como bandera el regreso al espíritu de la revolución, constituidos ya en Asociación de Mayo, y como forma de alejarse tanto del unitarismo como del federalismo rosista. Tanto en el pensamiento echeverriano, como en las propuestas de organización de Alberdi, aparece el propósito de fusionar el principio federal y el centralizador, que derivará en el dictado de una Constitución bastante menos federal que la norteamericana, en 1853.⁵¹ Ya

en 1839, el tucumano propone una fórmula de organización política susceptible de aunar principios diferentes: “... forma mixta, que participa a la vez de la unidad y de la confederación, que concilia la nacionalidad y el provincialismo, los intereses de todos y los intereses de cada uno, que hace al país a la vez una unidad y una federación.”⁵²

Echeverría polemiza incluso con algún exiliado antirrosista, como José Rivera Indarte, que dirige los dardos más envenenados contra el Restaurador desde la redacción de *El Nacional*.

A través de sus críticas al autor de *Tablas de sangre*, denosta cierta forma panfletaria e inescrupulosa de entender el periodismo, junto con una visión monocorde y corta de alcances de la forma de enfrentar el poder rosista: “¿Qué cuestiones políticas, sociales, militares y literarias ha iluminado en cinco años de prédica, para ilustración del pueblo? ¿Dónde están las ideas nuevas, las teorías sociales que dice haber formulado? ¿Cuál es la doctrina libertadora que ha concebido? (...) El buen sentido del pueblo comprende que, lejos de servir su causa, Usted la ha perjudicado y la perjudica con su infatigable charla.”⁵³

El autor de *La Cautiva* repudia también la incitación tiranizada de su adversario, que había predicado la divisa *Es acción santa matar a Rosas*. por considerar al método homicida una forma salvaje de dirimir las contiendas políticas.

Con Pedro de Angelis mantiene asimismo una polémica a raíz de los comentarios negativos de éste sobre el *Dogma Socialista*, en los que lo había acusado del “ridículo” empeño de “... someter una república, fundada en los principios generales de la organización moderna de los estados a los delirios de Fourier y

de Considerant”, tomando esa actitud como “... prueba de la completa aberración de su espíritu...”. Echeverría contesta impugnando las credenciales éticas y periodísticas de su detractor, para después reflexionar sobre la política nacional, incluyendo un análisis del federalismo en el que llama a Rosas “usurpador del poder nacional” y rescata a Dorrego como quien dota al federalismo de fundamentación doctrinaria: “... la federación no era la federación rosista. Dorrego a más de caudillo federal puede considerarse como la más completa y enérgica expresión del sentido común del país.”⁵⁴

A modo de conclusión

Es indudable que la prensa de la época acompaña e incentiva un conflictivo proceso de configuración social, formación del Estado y constitución de una identidad nacional, que a fin del período todavía está inconcluso como realización, pero ya está delineado como programa. Ese programa tenía fuertes aspectos a desarrollar por la negación, como era el del desarraigo de toda herencia y tradición española, a favor de una concepción integral del liberalismo. El periodismo fue herramienta privilegiada del debate de ideas, al punto que los libros clásicos de la época vieron la luz en los periódicos. Es cierto que en los primeros años los órganos de prensa fueron escasos y de muy restringida circulación. Pero su soledad en un medio cultural de formación apenas incipiente amplificó su impacto. Luego la esfera de la vida pública y su alcance territorial se fue extendiendo, y el debate terminó abarcando medios de prensa de todo lo que hoy es el Cono Sur.

Los resultados son paradójicos: la centralización rosista termina contribuyendo a la consolidación del Estado, y sus acendrados rivales terminarán edificando la unidad económica y política del país sobre el sustento doctrinario que sus opositores habían construido, pero también sobre la férrea autoridad central inaugurada y consolidada por el que consideraban “tirano”. Y al mismo tiempo, deja trazados algunos temas destinados a larga pervivencia.⁵⁵

La prensa escrita contribuye a fundar la comunidad nacional, y al mismo tiempo sus temas y sus desacuerdos influyen en los debates posteriores, prácticamente hasta el presente. Moreno seguirá siendo bandera de la izquierda de reflejos jacobinos en pleno siglo XX, Monteagudo es tomado como paradigma de un latinoamericanismo popular y radical por sectores nacionalistas radicales y de izquierda hasta hoy. Castañeda será una referencia insoslayable en las ideas del catolicismo conservador y nacionalista, e incluso su estilo inspirará a polemistas católicos de nuestra época, como Leonardo Castellani y Hernán Benítez.⁵⁶ La retórica sobre *Civilización y Barbarie* subtiende toda la historia argentina, y los temas de la “lucha contra la tiranía” son tomados, primero de forma más tímida contra Yrigoyen; y luego en plenitud para enfrentar a Perón. Así, Echeverría fue invocado por to-

La prensa escrita contribuye a fundar la comunidad nacional, y al mismo tiempo sus temas y sus desacuerdos influyen en los debates posteriores, prácticamente hasta el presente. Moreno seguirá siendo bandera de la izquierda de reflejos jacobinos en pleno siglo XX, Monteagudo es tomado como paradigma de un latinoamericanismo popular y radical por sectores nacionalistas radicales y de izquierda hasta hoy.

das las variantes del liberalismo y la izquierda en 1951, para contraponerlo a la apoteosis sanmartiniana del año anterior, impulsada por el gobierno peronista. Sendos libros dedicados al personaje vieron la luz en 1951, con la autoría de Tulio Halperín Donghi, Alfredo Palacios, Ricardo M. Ortiz o Benito Marianetti. Más importante aún, no puede enten-

derse la trabajosa formación de la sociedad y el Estado nacional en Argentina sin acudir a las ideas cruzadas en la prensa, atendiendo no sólo a los contenidos, sino a los particulares modos y tonalidades que esos debates adquieren.

(*) Asesor de la Biblioteca Nacional Argentina

NOTAS

1. Cf. J. C. Chiaramonte, *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1880-1946)*, Buenos Aires, Emecé, 2007.
2. Acerca del papel desempeñado por la prensa en el período formativo de los Estados en América Latina, pueden verse los distintos artículos contenidos en Paula Alonso (comp.) *Construcciones impresas. Panfletos, diarios y revistas en la formación de los estados nacionales en América Latina, 1820-1920*, Buenos Aires, 2003.
3. Valga el conocido ejemplo de Sarmiento que ya en *Recuerdos de Provincia*, afirmaba que Rosas temía más a la prensa que a las conspiraciones, y luego se atribuirá su derrocamiento, empresa en la que su contribución había sido exclusivamente de pluma y casi nada de espada, y en la que las notas en la prensa habían sido más gravitantes que los libros, demostración de megalomanía sin duda, como insiste su biógrafo Gálvez, pero también expresión del amplio consenso sobre el poderío de la intervención político-periodística.
4. "Prospecto de un periódico que se publicará todos los Martes en la Ciudad de Buenos Ayres con el título del Independiente. Discurso Preliminar, p. 2, 1815.
5. El periódico inicial, *Telégrafo mercantil, rural, económico e historiógrafo...* ya mostró la presencia de algunos intelectuales que luego participarían en el movimiento de Mayo, pero no tuvo la trascendencia del posterior *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, que dirigido por Hipólito Vieytes, comenzará a aparecer en 1802.
6. Manuel Belgrano editará *El Correo del Comercio* poco antes de la revolución de Mayo, y junto a Vieytes será el principal publicista en cuestiones económicas del último período colonial.
7. Cf. Gregorio Weinberg, Estudio Preliminar a Hipólito Vieytes, *Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo*, p. 11.
8. *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, 10/11/1802.
9. *Semanario...*, 16/12/1803.
10. *La Gazeta de Buenos Aires*, 7 de junio de 1810.
11. *La Gazeta...*, 21/6/1810.
12. *La Gazeta...*, 11 /10/1810.
13. Véase N. Goldman, "Crisis imperial, revolución y guerra", en N. Goldman (dir.) *Nueva Historia Argentina, tomo III, Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
14. *La Gazeta...*, 13/11/1810.
15. *La Gazeta...*, 29/11/1811.
16. *La Gazeta...*, 17/12/1811.
17. *La Gazeta...*, 27/12/1811.
18. *La Gazeta...*, 31/12/1811.
19. *La Gazeta...*, 14/2/1812.
20. *El Independiente*, 17/1/1815.

21. *El Independiente*, 14/2/15.
22. *El Independiente*, 21/2/15.
23. Para citar sólo las dos denominaciones más cómicas y disparatadas, Despertador teofilantrópico místico político dedicado a las matronas argentinas o Desengañador Gauchi-Político-Federi-Montonero-Chacuaco. Oriental Choti-protector y Puti-republicador de todos los hombres de bien que viven y mueren descuidados en el siglo diez y nueve de nuestra era cristiana.
24. Franciscano como Castañeda, había tenido figuración pública más destacada, ya que había tomado parte de la Asamblea Constituyente reunida en 1813, y del Congreso que declaró la independencia en Tucumán, fue más moderado que aquél. El periódico que editó en vinculación con la reforma se llamó *El oficial del día*.
25. *Despertador Teofilantrópico...* 14/5/1820.
26. *Despertador Teofilantrópico...* 14/5/1820.
27. *Despertador Teofilantrópico...* 26/8/1820.
28. Ésta se revela desde sus mismos títulos, como por ejemplo “*El Lobera del Año 20* o el Verdadero Anticristo abortado por el último esfuerzo del vacilante e inicu poder de las coronas cerquilladas en oposición de los hombres virtuosos que trabajan en la verdadera felicidad de el país y de sus semejantes...”.
29. *El Centinela*, 28/7/1822.
30. *El Centinela*, 4/8/1822.
31. *El Centinela*, 25/8/1822.
32. *El Centinela*, 12/10/1822.
33. Éste edita un periódico llamado *El oficial del día*, específicamente destinado a atacar la Reforma.
34. *La Guardia...*, 28/8/1822.
35. *La Guardia...*, 21/9/1822.
36. 1821 fue el año de las últimas incursiones de tropas realistas en territorio salteño, en una de ellas muere el general Martín Güemes.
37. *El Argos*, 15/9/1821.
38. *El Argos*, 20/10/1821.
39. *El Argos*, 19/10/1822. *La Verdad Desnuda* era uno de los periódicos contrarios a la reforma eclesiástica.
40. La provincia de Buenos Aires aprobó en agosto de 1821 una ley que establecía el sufragio universal y directo en el Estado, una innovación para la época que produjo un fuerte aumento del número de votantes.
41. *El Argos*, 22/1/1823.
42. *El Iniciador*, *El Constitucional*, *El Nacional*, *El Comercio del Plata*, *El Grito Argentino*, son sólo algunos de los exponentes del exilio en Montevideo.
43. Félix Frías y Bartolomé Mitre, por ejemplo, editaron periódicos en Bolivia.
44. Alberdi y Alsina entre otros, y Antonio Somellera como dibujante.
45. *El Grito Argentino*, 1/3/1839.
46. *Ibidem*.
47. Su contrapartida destinada al ámbito internacional es el *Archivo Americano*, dirigido por el propio de Angelis.
48. *La Gazeta Mercantil*, 21/2/1839.
49. *Ibidem*.
50. Florencio y Juan Cruz Varela y Valentín Alsina, editaron órganos en los que predominaba el viejo bando unitario, como *El Comercio del Plata*, y también *El Nacional*.
51. Escribe al respecto Natalio Botana: “Durante la década que precedió a la derrota de Rosas en la batalla de Caseros (1852), los exiliados pertenecientes a lo que más tarde dio en llamarse generación del 37 fueron delineando un camino a cuyo término la reconciliación entre tradiciones opuestas se imponía gracias a una lógica de naturaleza histórica, sin duda necesaria y benéfica.” N. Botana, “El federalismo liberal en Argentina: 1852-1930” en M. Carmagnani (coord.) *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, CM-FCE, México, 1993.
52. J.B. Alberdi “República Argentina. Unidad o federación”, artículos publicados en *El Nacional* de Montevideo, entre 1838 y 1839, en *Escritos póstumos*, 16 vols., Buenos Aires, 1895-1901, T. XIII, pp. 79 y ss. (Citado por J.C. Chiaramonte en “El federalismo argentino en la primera mitad del siglo XIX”, en M. Carmagnani (coord.) *Federalismos latinoamericanos: México/Brasil/Argentina*, CM-FCE, México, 1993, p. 127.
53. Carta de Echeverría a Rivera Indarte citada por Félix Weinberg, *Echeverría, ideólogo de la segunda revolución*, Taurus, Buenos Aires, 2006, p. 155.
54. Fragmento de *Cartas a De Angelis*, citado por F. Weinberg, *op. cit.*, pp. 227-228.
55. La obra que mejor recoge estas discusiones en torno a proyectos es el ya clásico de Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*.
56. Leonardo Castellani fue un sacerdote de amplia erudición, ideólogo de un nacionalismo conservador y elitista. Hernán Benítez, confesor en su tiempo de Eva Perón y de comienzos doctrinarios también conservadores, derivó luego hacia posiciones de izquierda, cercanas a la “tendencia revolucionaria” del peronismo.

Los catálogos en línea de acceso público en entorno web: la situación en el Mercosur

Por Elsa Barber ()*

A medida que las innovaciones informáticas apoyaron la tarea bibliotecaria, fue necesario ir desarrollando interfaces que permitan la consulta en línea de los catálogos virtuales. El propósito del trabajo que presenta Elsa Barber, consiste en hacer una evaluación de la marcha de la informatización de las bibliotecas, su situación respecto a la consulta, sobre todo en bibliotecas universitarias, públicas y nacionales en el Mercosur. Se trata de una investigación que reconoce las dificultades de las bibliotecas de estos países en implementar sus servicios informáticos, sobre todo en la relación con los usuarios y en el mejor aprovechamiento de las posibilidades que ofrece la automatización de los procesos bibliotecarios. Si bien se está en una fase experimental, esto no significa que no puedan optimizarse los recursos para alcanzar la ampliación de las redes de información.

Resumen: Se analizan las interfaces de usuario de los catálogos en línea de acceso público (OPACs) en entorno web de las bibliotecas universitarias, especializadas, públicas y nacionales de los países parte del Mercosur (Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay), a fin de elaborar un diagnóstico de situación sobre la descripción bibliográfica, el análisis temático, los mensajes de ayuda al usuario y la visualización de los datos bibliográficos. Se adopta una metodología cuali-cuantitativa, se utiliza como instrumento de recolección de datos la lista de funcionalidades del sistema que proporciona Hildreth (1982), se actualiza en función de los nuevos desarrollos y se obtiene un formulario que permite, mediante 38 preguntas cerradas, observar la frecuencia de aparición de las funcionalidades básicas propias de cuatro áreas: Área I- control de operaciones; Área II- subdividida en control de formulación de la búsqueda y puntos de acceso; Área III- control de salida y Área IV- asistencia al usuario: información e instrucción. Se trabaja con la información correspondiente a 297 unidades. Los resultados demuestran que la mayoría de los OPACs relevados brindan prestaciones mínimas, por lo que se encuentran en una fase inicial de implementación y no responden, por lo tanto, a las necesidades de los usuarios.

Palabras clave: Catálogos en línea de acceso público, Argentina, Brasil, Paraguay, Uruguay, Mercosur.

1. Palabras introductorias

El equipo de investigación, entre los años 1995 y 2003, ha realizado diversos estudios sobre la informatización de diferentes tipos de bibliotecas en

Argentina. Dentro del marco de la convocatoria a presentación de proyectos de investigación y desarrollo efectuada por la programación científica de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires, fueron aprobados y subsidiados, previa evaluación interna y externa, tres proyectos vinculados con esta temática. El primero de ellos, FI013, denominado “Procesos de automatización de las bibliotecas universitarias argentinas” (Programación Científica 1995-1997), permitió elaborar un diagnóstico general, válido para Capital Federal y Gran Buenos Aires. Con posterioridad, mediante TF06, titulado “La automatización de las bibliotecas universitarias argentinas frente al nuevo milenio” (Programación Científica 1998-2000), el trabajo se extendió a las bibliotecas universitarias públicas y privadas de todo el país, para dar a conocer el estado de situación correspondiente a la totalidad del territorio nacional.

Por último, el proyecto F040, “Bibliotecas, sociedad de la información y tecnología: una perspectiva desde la automatización y los servicios de las bibliotecas de acceso público en Argentina” (Programación Científica, 2001-2003), se propuso volcar los conocimientos adquiridos, a través de las investigaciones citadas, al ámbito de las bibliotecas públicas. En síntesis, se han corroborado en las bibliotecas universitarias y públicas carencias semejantes: falta de adopción de estándares con miras al intercambio y el procesamiento distribuido de la información (arquitectura cliente-servidor, sistemas operativos abiertos, formato MARC, salida a web, protocolo Z39.50, etc.), elección de gestores de bases de datos en detrimento de sistemas integrados de ges-

ción bibliotecaria, ausencia del control de calidad de la información, aprovechamiento limitado de las tecnologías de información y comunicación aplicadas a la prestación de servicios (Barber *et al.*, 1999; Barber, Tripaldi y Pisano, 2003; Barber *et al.*, 2004).

Luego de ocho años de investigación en el campo de la automatización de unidades de información del país, se ha detectado la importancia del uso de los catálogos en línea de acceso público (OPACs) en relación con el acceso a la información en distintos ámbitos y niveles. En el caso concreto de las bibliotecas públicas, objeto de estudio del proyecto F040 (2001-2003), se destaca que, si bien un alto porcentaje de las unidades ha automatizado la catalogación, sólo una cantidad reducida ha manifestado poseer un OPAC. Esta y otras cuestiones plantean los interrogantes que fundamentan y justifican el análisis de la problemática acerca de los OPACs disponibles en entorno web de las bibliotecas nacionales, universitarias, especializadas y públicas del Mercosur, tema del Proyecto F054, aprobado y subsidiado por la Programación Científica y Técnica de la Universidad de Buenos Aires para el período 2004-2007.

2. El marco teórico-conceptual

A partir de los años 80, cuando el uso de los catálogos en línea de acceso público comienza a difundirse, se llevan a cabo diversos estudios con el objetivo de describir y comparar las características de los OPACs existentes en relación con las interfaces de usuario (Hildreth, 1982; Matthews, 1982). En 1997, Large y Beheshti sintetizan diversas recomendaciones

sobre estos catálogos fundadas en lo investigado bajo tres aspectos: el mejoramiento de los registros de la base de datos, la capacidad de búsqueda y el diseño de las interfaces. En ese trabajo se advierte que los especialistas han concentrado su atención en algunas cuestiones precisas relacionadas con este último punto, es decir, con las interfaces de usuario, pero muy poco han indagado sobre la mayoría de los componentes de las mismas en los OPACs (Hildreth, 1995b) y la integración de esos conocimientos con los que se poseen en torno a los hábitos de búsqueda de los usuarios (Borgman, 1996) y a los motores de búsqueda / recuperación (Hildreth, 1995a).

Williams, Sawyer y Hutchinson (1995), identifican tres tipos de interfaces: basadas en comandos (*command-driven*), basadas en menús (*menu-driven*) y gráficas (*Graphical User Interface, GUI*). Yee y Layne (1998) señalan que las primeras son rápidas y flexibles aunque requieren que el usuario se capacite; las segundas son más lentas, menos flexibles, permiten al usuario precisar la búsqueda con mayor facilidad y sin preparación previa. Las últimas combinan ventanas, menús desplegables, íconos y un dispositivo para manipular la información, como por ejemplo, un *mouse*. Si bien son amigables resulta difícil encontrar imágenes que, en forma unívoca, representen para todos los usuarios una opción determinada. Yee y Layne (1998) se refieren, además, a los formularios (*Form fill-in*) como un medio para orientar al usuario en búsquedas más sofisticadas; a las interfaces cliente-servidor para estandarizar las interfaces de usuario con respecto a diferentes sistemas (por ejemplo, Z39.50) y a las interfaces web en las

que el catálogo web de la biblioteca “sirve”, es decir, pone a disposición páginas web. Beheshti (2003) afirma que en la actualidad se implementan OPACs basados en interfaces web, con plataforma cliente-servidor, uso de protocolo Z39.50 y enlaces a otros recursos, pero advierte que éstos constituyen aún sistemas no integrados de acceso a los recursos: se accede por separado al catálogo de la biblioteca, a los índices (servicios de indización y resúmenes) y a los recursos electrónicos en texto completo.

Los desarrollos que tienden a superar las limitaciones expuestas, se sustentan en el diseño de un sistema integrado bajo la forma de un portal que incluye contenidos de alta calidad, basados en estándares, permite la búsqueda a través de múltiples bases de datos, ofrece una variedad de herramientas (por ejemplo, filtros personalizados, gestión de recursos) y mejores servicios como el acceso a un tesoro electrónico integrado (Arant y Payne, 2001; ARL Scholars Portal Working Group, 2002; Beheshti, 2003; Dorner y Curtis, 2003). Una herramienta con tales características requiere una interfaz común (*Common user interface*), similar a la propuesta por Boss (2005). Investigaciones recientes tienen en cuenta la visualización de los registros bibliográficos en los OPACs disponibles a través de la web. Cherry y Cox (1996) presentan una lista de características deseables en la visualización de la información bibliográfica para comparar y evaluar el desempeño de estos OPACs en relación con los convencionales. Ayres, Nielsen y Ridley (1999) encaran el proyecto “BOPAC2” financiado por el British Library Research and Innovation Centre para testear y evaluar las inter-

faces web que posibilitan el acceso uniforme a los catálogos en línea por medio del protocolo Z39.50. Carlyle y Timmons (2002) realizan un estudio comparativo sobre la visualización de los registros bibliográficos a partir del análisis de 122 OPACs en la web. En el ámbito iberoamericano, Ortiz Repiso y Moscoso (1999) reflexionan sobre los problemas subyacentes en estos catálogos a pesar de las notables mejoras introducidas en las interfaces de usuario. Herrero Solana y Moya Anegón (2001) utilizan los criterios de Cherry y Cox y aplican la técnica de análisis multivariado a 25 OPACs latinoamericanos en la web.

Sobre la base de estos supuestos, el Proyecto UBACYT F054 se ha planteado como objetivo la elaboración de un diagnóstico general acerca de la situación de los OPACs disponibles en la web con relación a las interfaces de usuario en las bibliotecas del Mercosur. Dado que no tiene la intención de evaluar los sistemas utilizados o de estudiar lineamientos adecuados para el diseño de los mismos, no se emplea la lista que proporcionan Cherry y Cox (1996) previamente citada o las pautas para el diseño de la visualización de los OPACs elaboradas a solicitud de la IFLA por Yee (1998). Tampoco se adopta la criterio aplicada por Dorner y Curtis (2003), para comparar y evaluar portales de bibliotecas, debido a que ha sido confeccionada con el fin de analizar objetos de estudio diferentes, ausentes, aún, en la mayoría de las bibliotecas de los países del Mercosur.

En cambio, la criterio desarrollada por Hildreth (1982), aunque ha sido concebida para observar catálogos en línea in situ, constituye una herramienta adecuada para conocer las caracterís-

ticas de las interfaces de los OPACs en la web y sus categorías de análisis han sido seleccionadas para llevar a cabo otros estudios descriptivos y comparativos (Zumer y Zeng, 1994; Badu y O'Brien, 2000; Ramesh Babu y Tamizhchelvan, 2003). Sobre la base de esta criteria, se plantea como hipótesis que los OPACs con acceso a web de las bibliotecas consideradas, se encuentran en una fase inicial de implementación y no responden a las necesidades de los usuarios.

3. Metodología

Se adopta una metodología cuali-cuantitativa, se efectúa un relevamiento, por medio de búsquedas con sintaxis predefinidas según el país y el tipo de biblioteca, de los OPACs accesibles a través de Internet en las bibliotecas estudiadas. Se conforma un directorio de dicho conjunto, se depura para eliminar los catálogos a los que no es posible acceder y aquéllos que sólo derivan a listados de obras. Dado que los OPACs constituyen las unidades de análisis delimitadas, los catálogos web pertenecientes a redes o sistemas de bibliotecas se contabilizan como una única unidad aunque den acceso a las colecciones de múltiples instituciones. Como resultado se obtiene una población constituida por 297 unidades identificadas, con inclusión en cada registro, del país, el nombre de la institución, el tipo de biblioteca, el URL y el software adoptado.

Se utiliza como instrumento de recolección de datos la lista de funcionalidades del sistema desarrollada por Hildreth (1982) actualizada en función de los nuevos desarrollos y se obtiene un formulario que permi-

te, mediante 38 preguntas cerradas, observar la frecuencia de aparición de las funcionalidades propias de cuatro áreas: Área I- control de operaciones; Área II- subdividida en control de formulación de la búsqueda y puntos de acceso; Área III- control de salida y Área IV- asistencia al usuario: información e instrucción.

Se lleva a cabo la recolección de los datos durante el período julio 2005 / abril 2006 a través de la observación directa de las interfaces de los OPACs. Se trabaja con la información obtenida en las unidades localizadas, agrupadas en tres estratos de acuerdo con el país (Argentina, 125 unidades, 42%; Brasil, 147 unidades, 50%; Paraguay, 9 unidades, 3%; Uruguay, 16 unidades, 5%), el tipo de biblioteca (nacional, 3 unidades, 1%; pública, 11 unidades, 4%; universitaria, 199 unidades, 67%; especializada, 84 unidades, 28%) y el tipo de software (internacional, 27 unidades, 9%; regional, 39 unidades, 13%; Isis, 81 unidades, 27%; otros, 40 unidades, 14%; no identificado, 110 unidades, 37%).

4. Resultados

A partir del relevamiento realizado, se presentan los atributos básicos más significativos con que cuentan las interfaces de los OPACs estudiados para satisfacer la demanda de información de los usuarios. Aunque es necesario señalar previamente que muchas de las bibliotecas consideradas no utilizan un sistema integrado de gestión bibliotecaria sino gestores de bases de datos correspondientes, por ejemplo, a la familia Isis: (Tabla 1)

Con respecto al Área funcional I - control de operaciones (Gráfico 1), se ob-

Software	Frecuencia	Porcentaje
Internacionales		
Aleph	13	4,40%
Alephino	1	0,30%
Glas	1	0,30%
Inmagic	2	0,70%
Unicorn	4	1,30%
VTLS	6	2,00%
Regionales		
Aguapey	1	0,0%
Pérgamo	4	1,30%
Pergamum	31	10,40%
Potiron	3	1,00%
Isis		
Minisis	1	0,30%
OpenIsis	4	1,30%
Winisis	76	25,60%
Otros	40	13,50%
No identificados	110	37,00%
Total	297	100,00%

Tabla 1:
Software utilizados

serva que el 73,40% tiene una función por defecto, usualmente la búsqueda y sólo en el 41,10% de los OPACs es posible seleccionar otras funciones, tales como préstamo interbibliotecario, materiales en reserva, etc. Así mismo, el 71,40% permite seleccionar un archivo determinado, por ejemplo, según el formato del material. Cabe destacar la baja frecuencia de aparición de utilidades que permiten personalizar, acotar o modificar tanto los parámetros como la sintaxis de búsqueda: apenas el 24,20% da la opción de definir valores por defecto para la sesión; el 44,80% reconoce distintos niveles de diálogo (búsqueda simple / búsqueda

avanzada); el 41,80% edita la entrada para modificar la expresión de búsqueda; el 24,90% combina comandos y el 17,20% depura los enunciados de la búsqueda. (Gráfico 1).

En el Área II, referida al control de formulación de la búsqueda (Gráfico 2), se verifica que el 6,40% requiere el uso de claves de búsqueda derivada para recuperar datos precisos en campos determinados. Pocas unidades dan acceso al catálogo de autoridades (16,20%), y por el contrario, es de uso general la opción de búsqueda en texto libre (95,30%), en campos seleccionados (78,80%) o en el registro completo (58,20%). Pero

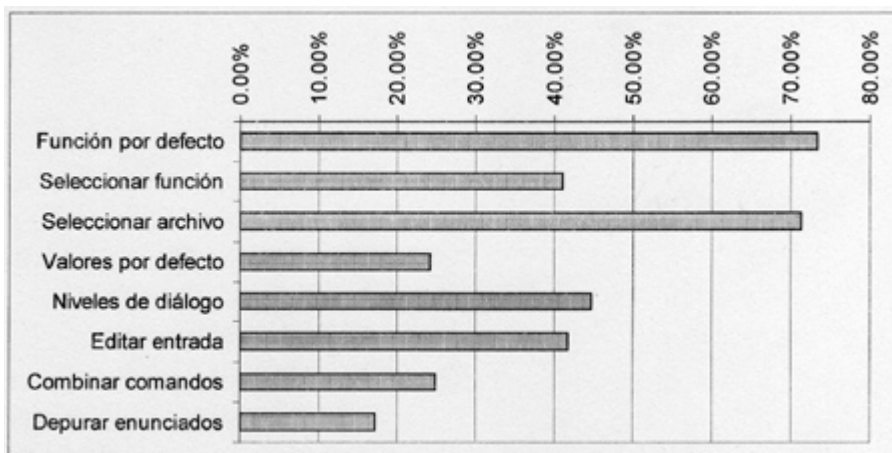


Gráfico 1: Área I, control de operaciones

sólo en el 43,60% de los casos se hallan habilitadas ambas prestaciones en un mismo OPAC. (Gráfico 2).

Por otra parte, se observa (Gráfico 3) que el 37,00% permite limitar los resultados de la búsqueda; el 72,70% acepta la búsqueda por operadores booleanos, aunque el 59,90% lo hace en campos seleccionados y sólo el 44,40% en cualquier campo de búsqueda. Es minoritario el porcentaje de catálogos en los que se identifica de manera explícita el uso de otros operadores de búsqueda: 12,10%, relacionales; 37,00%, truncamiento; 10,40%, de proximidad. (Gráfico 3).

En cuanto a los puntos de acceso (Gráfico 4), casi la totalidad de los OPACs relevados ofrece acceso por autor (91,20%) y por título (90,90%), así como también por materia (85,20%). Muy pocos proporcionan otros puntos de acceso significativos para la recuperación de los documentos: signatura topográfica (12,50%), ISBN (11,80%), ISSN (8,10%), número de documento de gobierno (0,70%), otro número de control (5,10%). (Gráfico 4).

Con relación al Área III, es decir, a las aplicaciones que controlan la forma de presentación de los registros recupe-

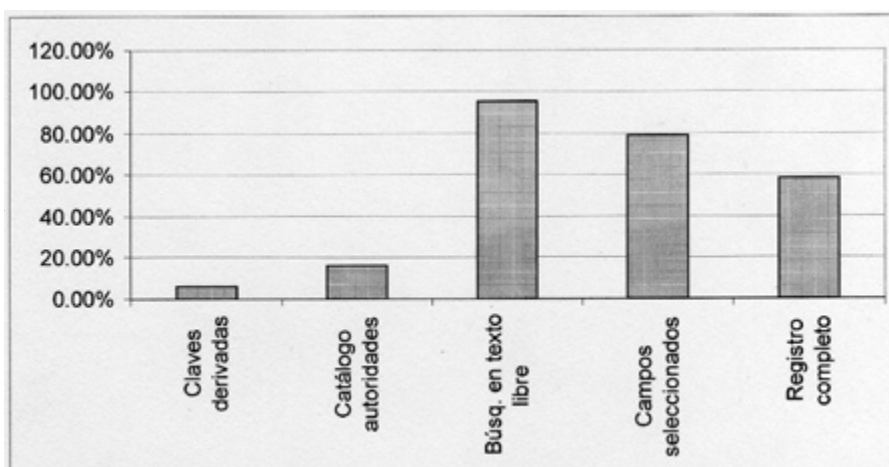


Gráfico 2: Área II, control de formulación de la búsqueda

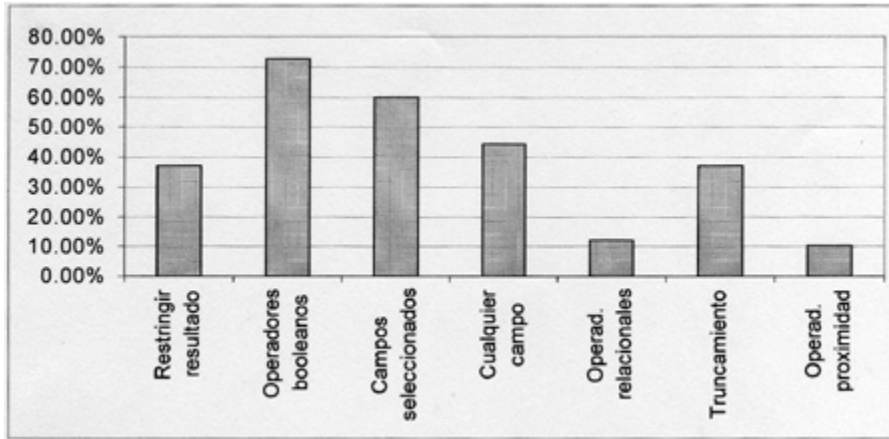


Gráfico 3: Área II, control de formulación de la búsqueda (continuación)

rados (Gráfico 5), el 46,10% habilita la opción de seleccionar una visualización a partir de formatos predefinidos; el 58,60% de seleccionar registros específicos y el 24,90% de ordenar resultados para su visualización. Al examinar la posibilidad de manipulación de los resultados de la búsqueda desde el OPAC, se advierte que únicamente el 35,00% ofrece el medio para realizar la impresión en línea de los mismos y el 20,20% autoriza al usuario a guardarlos, enviarlos por correo electrónico y/o exportarlos. (Gráfico 5).

En el Área IV, vinculada con la asisten-

cia al usuario (Gráficos 6 y 7), algunos de los OPACs relevados proporcionan listas de archivos para revisar (49,50%) y/o brindan listas de campos de búsqueda y de comandos para examinar (45,50% y 10,40% respectivamente). Sólo el 38,70% muestra índices o términos de tesauros y apenas el 12,10% autoriza al usuario a ver la historia de la búsqueda. (Gráfico 6).

El 85,90% indica la ubicación del ítem y el 37,00%, la disponibilidad, para facilitar el acceso al mismo. En lo concerniente a la ayuda que orienta al usuario durante el proceso de

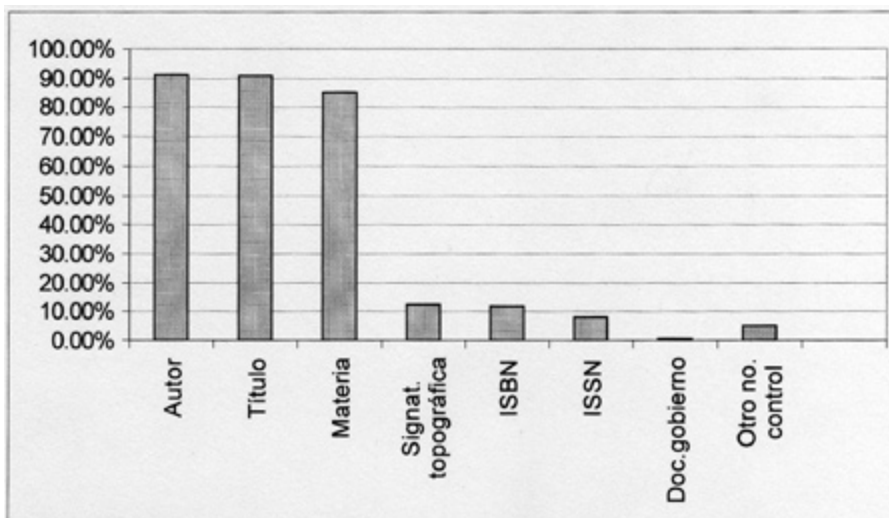


Gráfico 4: Área II, puntos de acceso

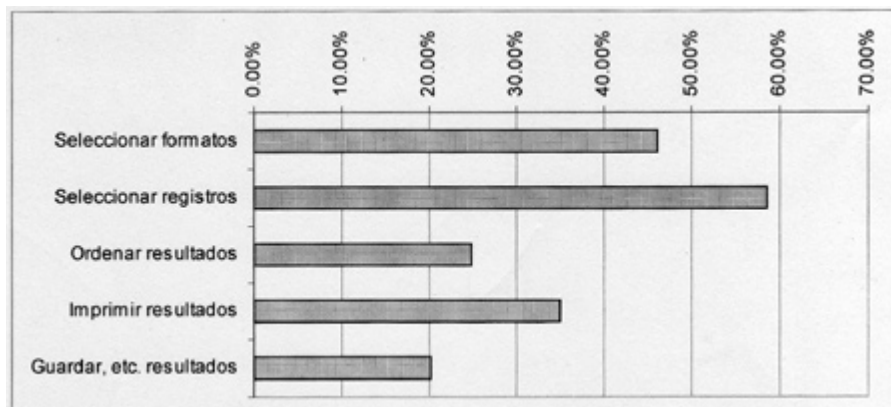


Gráfico 5: Área III, control de salida

recuperación de la información, el 46,50% expone mensajes del sistema; el 32,30% tiene una guía de inicio del sistema, el 43,40% visualizaciones de ayuda recuperables y el 5,10% tutoriales en línea. (Gráfico 7).

De la descripción realizada se desprende que si bien hay una frecuencia de aparición elevada en las prestaciones básicas, los porcentajes de presencia de las aplicaciones que informan acerca de las propiedades del sistema descienden, en muchos casos, de manera drástica. Lo mismo sucede con las características relativas a los operadores de búsqueda, que permiten variar las estrategias de acceso, y con aquéllas que posibilitan personalizar la visualización o utilizar los resultados.

5. Conclusión

En síntesis, se verifica que los catálogos en línea de acceso público de las bibliotecas consideradas, carecen de funciones cuyo uso en la actualidad debiera ser extendido. La mayoría sólo brinda servicios mínimos, por lo que puede decirse que se encuentran en una etapa incipiente de desarrollo. Este fenómeno no coincide con las tendencias internacionales.

Por último, cabe destacar que ha sido aprobada para el bienio 2006-2007 la reformulación del plan de investigación del citado proyecto. En esta segunda etapa, se ha procedido a relevar la población de OPACs accesibles a través de Internet pertenecientes al nuevo estado parte del

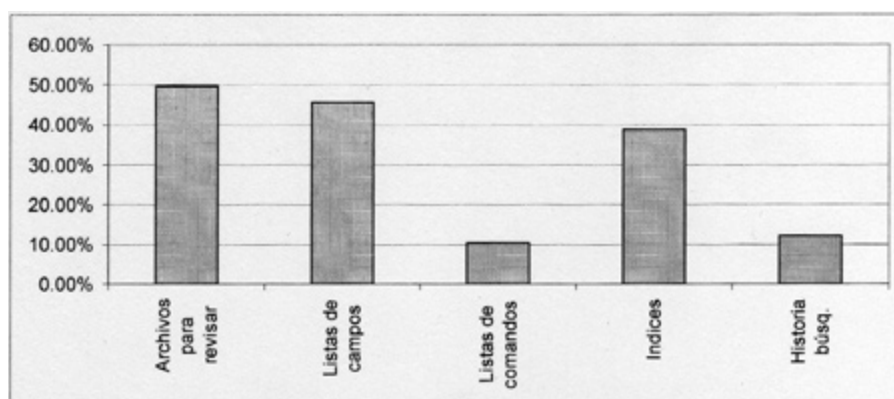


Gráfico 6: Área IV, asistencia al usuario: información e instrucción

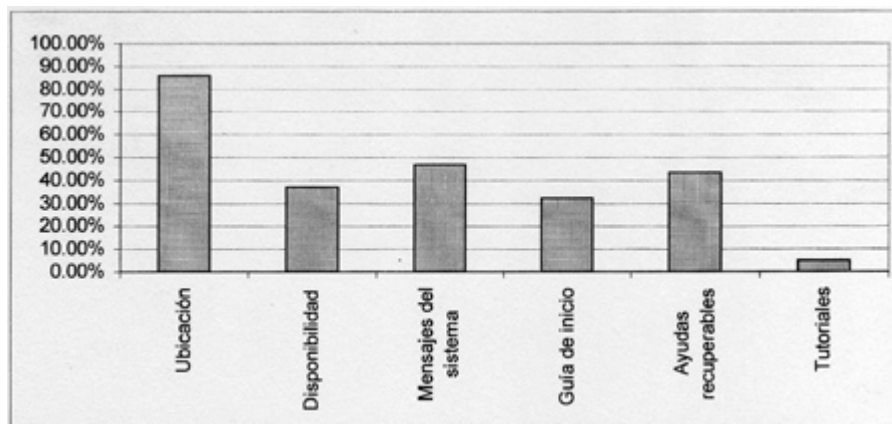


Gráfico 7: Área IV, asistencia al usuario: información e instrucción (continuación)

Mercosur (Venezuela) y a los Estados Asociados (Bolivia, Chile, Perú, Colombia y Ecuador) de acuerdo con los mismos criterios metodológicos considerados para el análisis de los datos de los otros países parte. Se lleva a cabo en la actualidad la recolección de los datos; una vez concluida la misma, será posible determinar las tendencias existentes en esos países con relación al tema investigado

y efectuar un análisis comparativo de los OPACs disponibles en entorno web de los Estados Asociados del Mercosur entre sí y con respecto a los Estados Parte de esa región.

(*) **Actual Subdirectora de la Biblioteca Nacional de Argentina**
Directora de la carrera de Bibliotecología de la Universidad de Buenos Aires

BIBLIOGRAFÍA

- Arant, W., & Payne, L. (2001). The common user interface in academic libraries: Myth or reality? *Library Hi Tech*, 19 (1), pp. 63-73.
- ARL Scholars Portal Working Group. (2002). *Final report*. Recuperado Junio, 26, 2005, de <http://www.arl.org/access/scholarsportal/final.html>
- Ayres, F.H., Nielsen, L.P.S., & Ridley, M.J. (1999). BOPAC2: A new concept in OPAC design and bibliographic control. *Cataloging & Classification Quarterly*, 28(2), pp. 17-44.
- Badu, B.R., & O'Brien, A. (2000). Web OPAC interfaces: An overview. *The Electronic Library*, 18(5), 316-327.
- Barber, E., Tripaldi, N., & Pisano, S. (2003). *Los tiempos y los contratiempos de la automatización bibliotecaria en las universidades argentinas: clave de investigación*. Buenos Aires: GREBYD.
- Barber, E., Tripaldi, N., Pisano, S., D'Alessandro, S., Romagnoli, S., Parsiale, V., De Pedro, G., & Gregui, C. (2004). La automatización y los servicios de las bibliotecas de acceso público de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y sus alrededores en el marco de la sociedad de la información. *Información, Cultura y Sociedad*, (11), pp. 9-56.
- Barber, E., Tripaldi, N., Pisano, S., & Werner, V. (1999). *Los procesos de automatización de las bibliotecas universitarias argentinas: Capital Federal y Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: GREBYD.
- Beheshti, J. (2003). The future of OPAC interfaces. En *ALA / CLA Annual Conference. Optimal Design Considerations for Web OPAC Interfaces: A program sponsored by LITA: June 22, 2003, Toronto*. Recuperado Junio 13, 2005, de <http://www.calstatela.edu/library/ALA/ala-claOPAC.htm>
- Borgman, C.L. (1996). Why are online catalogs still hard to use?. *Journal of the American Society for Information Science*, 47 (7), pp. 493-503.
- Boss, R.W. (2005, March). *Library portals*. Recuperado Junio 05, 2005, del sitio web de la American Library Association, <http://www.ala.org/ala/pla/plapubs/technotes/librarywebportals.htm>

- Carlyle, A., & Timmons, T. (2002). *Default record displays in web-based catalogs*. Chicago: University of Chicago. Recuperado Marzo 06, 2006, de http://www.ischool.washington.edu/acarlyle/Papers/default_displays.htm
- Cherry, J.M., & Cox, J.P. (1996). *World Wide Web displays of bibliographic records: An evaluation*. Recuperado Junio 15, 2005, de <http://www.fis.utoronto.ca/research/programs/displays/caispck1.htm>
- Dorner, D.G., & Curtis, A. M. (2003, June). *A comparative review of common user interface software products for libraries*. Recuperado Junio 15, 2005, de <http://www.museglobal.com/PDF/Review-Common%20Search%20Interfaces.pdf>
- Herrero-Solana, V., & Moya-Anegón, F. de. (2001). Bibliographic displays of Web-based OPACs: Multivariate analysis applied to Latin-American catalogues. *Libri*, 51, pp. 75-85.
- Hildreth, C.R. (1982). *Online public access catalogs: The user interface*. Dublin, OH: OCLC.
- Hildreth, C.R. (1995a). *Online catalog design models: Are we moving in the right direction?* Recuperado Mayo, 28, 2005, de <http://myweb.cwpost.liu.edu/childret/clr-opac.html>
- Hildreth, C.R. (1995b). The GUI OPAC: Approach with caution. *The Public Access Computer Systems Review*, 6 (5). Recuperado Mayo, 28, 2005, de <http://info.lib.ub.edu/pr/v6/n5/hild6n5.html>
- Matthews, J.R. (1982). *Public access to online catalogs: A planning guide for managers*. Weston: Online.
- Ortíz Repiso, V., & Moscoso, P. (1999, June). Web-based OPACs: Between tradition and innovation. *Information Technology and Libraries*, 18(2), pp. 68-77.
- Ramesh Babu, B., & Tamizhchelvan, M. (2003). An investigation into the features of OPACs in Tamil Nadu (India). *Library review*, 52(5-6), pp. 257-267.
- Williams, B.K., Sawyer, S.C., & Hutchinson, S.E. (1995). *Using information technology: A practical introduction to computers and communications*. Chicago: Irwin.
- Yee, M.M. (1998, November). *Guidelines for OPAC displays* (prepared for the IFLA Task Force on Guidelines for OPAC Displays by Martha M. Yee). Recuperado Mayo 28, 2005, de <http://www.ifla.org/ifla/VII/s13/guide/opac-d.pdf>
- Yee, M. M., & Layne, S.S. (1998). *Improving online public access catalog*. Chicago: American Library Association.
- Zumer, M., & Zeng, L. (1994). Comparison and evaluation of OPAC end-user interfaces. *Cataloging & Classification Quarterly*, 19(2), pp. 67-98.

III ENCUENTRO INTERNACIONAL DE CATALOGADORES

**TENDENCIAS ACTUALES
EN LA ORGANIZACIÓN
DE LA INFORMACIÓN**

28, 29 y 30 de noviembre de 2007 | 9 a 18 hs.

Biblioteca Nacional de la República Argentina
Agüero 2502 | Ciudad Autónoma de Buenos Aires | República Argentina

La perspectiva Groussac

Por Horacio González

Valor emblemático, simbolización y dramaticidad en la cultura son los puntos de partida de las observaciones de Horacio González. El concepto, la idea y la palabra en sus esencias fundacionales, van jalando los recortes históricos de este análisis. La paradoja residente en la inexistencia en el país de su texto iniciático —el *Plan Revolucionario de Operaciones* de Mariano Moreno— piedra de toque del concepto de nación, contemporáneo a la creación de la Biblioteca Nacional, sirve de marca histórica para llegar hasta Groussac quien, desde su centralidad en la cultura argentina en el tránsito que va de fines siglo XIX hasta principios de XX, proclama que la biblioteca debe dar opinión, debe intervenir sobre la vida pública. La perspectiva Groussac supera la formalidad orgánica y pragmática de la biblioteca preservacionista y de investigación, y sin desmedro de ello, propone la construcción de un discurso múltiple, reflexivo y democrático, desplegado como una red de intercambio entre culturas.

Estas jornadas constituyen una posibilidad de repensar la Biblioteca Nacional, fortalecer nuestras perspectivas profesionales e intelectuales, esmerar nuestros ejercicios críticos. Una ocasión para profundizar los compromisos con las grandes herencias culturales de la humanidad y, al mismo tiempo, con las vastas renovaciones en el campo de las tecnologías de la preservación, de la imagen, cambio al que estamos asistiendo y del cual las bibliotecas son la sede de un gran debate comprometido.

Quiero poner en primer lugar un ejemplo que no pertenece al mundo de las bibliotecas sino de los museos, de un museo europeo. Cuando el ejército alemán invade Holanda hacia 1940, un ejército que pese a estar en inferiores condiciones y no podía resistir al invasor, destina a un conjunto de soldados para envolver y salvar un cuadro de Rembrandt llamado *La ronda nocturna*. En Holanda se juzga *La ronda nocturna* como el origen de la construcción y de la elaboración de la idea misma de la nación holandesa. Y ese cuadro que en la retirada militar fue llevado –enrollado– como un emblema, como un fuerte símbolo y un compromiso con el tejido íntimo de la sociedad holandesa, significaba, aunque en el contexto de una retirada frente al ejército alemán tan poderoso, un acto de resistencia nacional. Esto nos da una idea, también, del papel de las bibliotecas, y del arte que permite mantenerlas vivas. Sobre todo las bibliotecas nacionales, en el sentido de sus cualidades de preservación, y de lo que deben lanzarse a realizar en el plano de aquellos materiales que miran, cuidan y dan a conocer como símbolos del pasado que expresan los compromisos con las

memorias públicas conocidas, menos conocidas o directamente desconocidas. ¿Qué enrollamos nosotros aquí? ¿Qué preservaríamos, en carácter de una preservación que nunca deja de tener un tinte de dramatismo? Porque de algún modo las bibliotecas siempre son seres amenazados, cuando ellas conservan esa memoria. No hay que olvidar que las luchas de la humanidad son también luchas por símbolos, por formas conceptuales, por palabras, por ideas que adquieren calidad o forma de texto o imagen, y por lo tanto las bibliotecas, cuando preservan, no realizan solamente un servicio público necesario y de compromiso con las nuevas tecnologías, sino que también revisan qué pueden seleccionar como fundamental en la historia de esa sociedad, fundamentos que si desaparecieran como imagen, de algún modo debilitarían la esencia de lo que es un conjunto de decisiones en términos de preservar y difundir los valores fundadores de toda comunidad, o los que la comunidad, o una nación, considera justamente ligados a ese momento fundador.

En Argentina hubo y sigue habiendo una gran polémica sobre un texto fundador de la República, de su condición estatal, de su vida social y de sus perspectivas ideológicas, en relación con los grandes linajes políticos. Se trata del texto atribuido a Mariano Moreno llamado *Plan de operaciones para garantizar la gran obra de nuestra emancipación y libertad*. Ese texto no lo posee la Biblioteca por una sencilla razón: no está el original de Mariano Moreno, si lo hubiera. Ese original no existe y el texto se habría escrito en torno a 1810, cerca de la fundación de la Biblioteca Nacional, que está íntimamente emparentada con la idea de independencia

nacional, y quizás sea una de las viejas instituciones que permanece imbricada con esa idea a partir de su creación. El documento se conserva en el archivo de Cádiz y está desde luego digitalizado. Se puede obtener por Internet, en nuestro caso tenemos uno, y ese documento, como ha sido descubierto a lo largo de todo el debate que implica a este texto, no está escrito de puño y letra de Mariano Moreno. Pero se conoce el puño y letra de quien lo escribe: es un espía de la corte de Carlota, de la corte brasileña, que podría tener la intención de perjudicar a Mariano Moreno sometiéndolo a la autoría forzada de un texto que no habría escrito. Es un texto sanguinario. Es un texto que convoca a la violencia. Es un texto que llama a producir las operaciones más duras contra los enemigos de la independencia y justifica, en la idea de emancipación, el hecho de que se puedan realizar actos que en momentos de paz estarían reñidos con la conciencia de los valores a preservar, pero que, para garantizar la independencia, se harían necesarias las medidas propiciadas en este escrito, notoriamente emparentado con la corriente jacobina. A lo largo de la historia del debate, que en los años sesenta del siglo pasado adquirió características muy relevantes porque estaba en juego la refundación de la nación argentina; se trataba de determinar, en esa discusión, si se empleaban métodos alusivos a la tradición jacobina, o se criticaba esta tradición. Discutir la autoría de este escrito se volvió una cuestión fundamental: señalar que era apócrifo, es decir, lo habría escrito un espía para perjudicarlo y no era de la autoría del fundador de esta Biblioteca Nacional, y de la primera idea de independencia en la Argentina, implicaba tomar una posición respecto a Moreno, autor de

otros textos muy notorios que sí se conservan, incluso manuscritos, en la sala del tesoro de esta Biblioteca Nacional. El debate era un debate político e ideológico, pero también filológico, de gran interés. El texto del *Plan de operaciones*, que dice *al enemigo ni justicia* y demás exclamaciones de esta índole, propias de Robespierre, ha sido sometido a muchas pruebas de autenticación. El carbono 14, que es una técnica de los años sesenta, dio resultados aproximados pero inciertos, como bien explicaba Ximena Cruzat Amunátegui, colega directora de la Biblioteca Nacional de Chile. Ignoro si se ha sometido a otras pruebas científicas que verificaran con más precisión qué es este documento y cómo hay que interpretarlo, en la gran obra hermenéutica de la cual las bibliotecas nacionales no pueden sentirse nunca ajenas. Porque son grandes entidades interpretativas, las bibliotecas nacionales, y tienen esa cualidad, por más que muchas veces no queramos reconocerlo.

Groussac, en los cuarenta años que fue director de esta Biblioteca Nacional, con su perspicacia sin igual y con su escritura de una sutileza imposible de abarcar hoy –salvo por su discípulo Jorge Luis Borges, director de la Biblioteca Nacional apenas dos décadas y media después–, hizo un estudio sintáctico, filológico, aunque aún no tenía otros medios para debatir sobre la autenticidad del *Plan de operaciones*. Groussac concluye la absoluta falsedad del *Plan de operaciones*, sin que se hubiera descubierto aún –eso fue propio de la actividad de investigación de Ricardo Levene unas décadas después, que identificó a quién pertenecía la letra del documento que hoy se guarda en el Archivo de Indias– su autentici-

dad. Por otro lado, ese documento se había descubierto en el Archivo de Indias cuando Francisco Madero, constructor del puerto de Buenos Aires, busca en ese mismo archivo español la jurisprudencia y las Leyes de Indias que habilitan la construcción de nuevas leyes para alcanzar la arquitectura definitiva de lo que era, ni más ni menos, que el acusado puerto de Buenos Aires, hoy casi desmantelado, que iba a condensar toda la economía del país y su forma política y económica futura. De modo que el documento tiene el interés adicional de ser descubierto buscando documentación jurídica y económica para construir la versión legal definitiva del puerto de Buenos Aires, que es la que permanece hoy, con estas grúas desactivadas en Puerto Madero. Es precisamente Madero el que buscaba documentación. Cuando la lleva a los historiadores argentinos, sobre todo al general Mitre, que era el historiador señero de la época, gran investigador, gran documentalista, percibe Mitre que ese documento altera de alguna manera la ilación de la historia argentina y desiste de comentarlo abandonándolo. Pero lo recupera otro historiador, Norberto Piñero, que lo da por cierto, y dice: *“esta es la nación argentina, con su violencia, justificada en aquel momento, ahora no, y con las decisiones que tuvieron que tomar nuestros mayores para garantizar la libertad”*. Es decir, decisiones de violencia. Inmediatamente Groussac, el director de la revista *La Biblioteca*, en esa misma revista, que luego será clausurada por esta polémica, por decisión del ministro de Cultura, dice: “este *Plan* no puede ser cierto, si este *Plan* fuera cierto la Argentina sería un país invivable”. Groussac era francés, un francés argen-

tino muy extraño, que vino muy joven a la Argentina y su primer trabajo fue de criador de ovejas. Era un gran autodidacta que señala su aversión francesa al jacobinismo. Un gran señor conservador, con todo lo que le podamos atribuir a esta profunda vinculación de Groussac entre su conservadurismo biográfico y su sutileza en la polémica, siendo que fue uno de los más grandes polemistas de la historia argentina. Sus polémicas siguen vigentes, contribuyendo a la idea de qué son los documentos, cuál es su vacilación esencial, cuándo los podemos dar por ciertos, tanto este documento del archivo de Cádiz, como algún documento que deberíamos

enrollar ante un peligro –pues todo documento está en peligro siempre–, cómo lo deberíamos preservar, y si no tuviera mayor interés, incluso en el hecho de que fuera falso, como muchos historiadores argentinos, que hasta hoy escriben sobre este documento, indicarían. Siendo que falso vale tanto como si fuera verdadero, o más. Pero el gran debate respecto de quién fuera Mariano Moreno, el fundador de esta Biblioteca, sigue abierto. Porque escribió muy poco, escribió textos contradictorios entre sí, aunque todos insertados en coyunturas históricas decisivas, como el famoso *La representación de los hacendados*, que tiene un tono más liberal, acorde con el tipo de

Pero el gran debate respecto quién fuera Mariano Moreno, el fundador de ésta Biblioteca, sigue abierto. Porque escribió muy poco, escribió textos contradictorios entre sí, aunque todos insertados en coyunturas históricas decisivas, como el famoso *La representación de los hacendados*, que tiene un tono más liberal, acorde con el tipo de comercio que pedía Inglaterra para la Argentina, o como su famoso *Decreto de supresión de honores*, que es de alguna manera lo contrario del *Plan de operaciones*.

comercio que pedía Inglaterra para la Argentina, o como su famoso *Decreto de supresión de honores*, que es de alguna manera lo contrario del *Plan de operaciones*. El *Decreto* sí es de autoría indudable de Moreno, sale en la *Gazeta*. Este documento es muy interesante; se trata de una forma de aplamar en la política todos los honores. Mariano Moreno imagina ahí que va a haber un sistema político donde nadie puede acudir a ninguna otra razón política que no sea una transparencia profunda. Los sillones de la junta no tenían que mostrar diferencias jerárquicas, un poco la exclamación desgarrada de Pancho Villa “*nos peleamos por estos miserables sillones*”. Mariano Moreno dice eso y dice algo más: “*la carroza del virrey, que ahora la usamos*

Groussac concibe, antes de la televisión, antes de la radio y antes de Internet, que las bibliotecas nacionales deben dar una opinión, pero no una opinión vaga, como a veces hacemos nosotros, los directores de las bibliotecas nacionales que aquí y allá ponemos nuestros, en fin, alfilerazos, respecto a tal o cual tema con suerte dispar, o con las críticas que se hacen porque opinamos así.

nosotros, por un tiempo la vamos a usar porque el vulgo todavía cree que en la carroza hay poder, cuando el vulgo no crea más que en esa carroza del virrey hay poder, la abandonaremos”.

Tema que efectivamente arroja un gran debate sobre la historia

política. ¿Alguien puede decir que se va a abandonar el símbolo del poder anterior para usarlo un tiempito nada más hasta que la gente, el vulgo, se acostumbre? Yo diría que la historia política argentina, en todas sus versiones, ya jacobinas o girondinas, demuestra que las carrozas nunca han sido abandonadas. Gobierno más, gobierno menos. También el gobierno del 73 del Dr. Cámpora suprimió hono-

res. De algún modo la supresión de honores tiene un lado jacobino. Pero el lado jacobino que no tenía la supresión de honores era que todo tenía que ser visible, el pueblo debía ver todo lo que pasaba y en el *Plan de operaciones* dice “*que el pueblo no se entere, espíemos*”. Todo el *Plan de operaciones* es un texto sobre el espionaje y la fabricación de textos falsos, como él mismo lo podría ser. Dice: “*atribuyámosle a nuestros enemigos toda clase de tropelías y escribámoslas en nombre de ellos*”. Es lo que el *Plan de operaciones* podría ser: un enemigo de la corte de la princesa Carlota que escribe sobre Moreno atribuyéndole tropelías sin fin, ese es el tema verdadero del *Plan de operaciones*. Tema borgeano, y razón por la que Groussac se interesa por él. Ahí verán el sentido de lo que estoy diciendo, como el rollo de Rembrandt, *La guardia nocturna*, que aprovecho para decirlo, realmente es un cuadro emocionante: son los burgueses de la ciudad con viejos arcabuces, trabucos de 1644, que encabezados por el burgo maestre están dando el primer paso de una marcha de defensa de la ciudad, es la ronda nocturna sobre la ciudad. Por eso el ejército holandés, mal preparado, no estoy defendiendo ningún ejército desde luego, se retiraba con el gran cuadro que hablaba sobre cómo defender la ciudad. Era un acto de guerra juzgar el arte. Las bibliotecas no son ajenas a esta cuestión y Groussac, con espíritu de fundador de esta Biblioteca Nacional, quiso sacarle al verdadero fundador, Mariano Moreno, la responsabilidad de haber escrito ese documento; y dice: “*no lo pudo haber escrito mi antecesor, este documento tiene que ser falso, es importante como falso, yo voy a hacer el análisis filológico, sintáctico*”. Mucho tiempo después

Levene descubre la letra estricta del espía de Carlota, hay muchos documentos de este señor, que son los documentos del copista. Lo que llamé *la perspectiva Groussac* para las bibliotecas nacionales es la perspectiva que ve a las bibliotecas nacionales en medio de climas inciertos, con sus documentos amenazados siempre. De esta manera Groussac concibe, antes de la televisión, antes de la radio y antes de Internet, que las bibliotecas nacionales deben dar una opinión, pero no una opinión vaga, como a veces hacemos nosotros, los directores de las bibliotecas nacionales que aquí y allá ponemos nuestros, en fin, alfilerazos, respecto a tal o cual tema con suerte dispar, o con las críticas que se hacen porque opinamos así. En el caso de Groussac la opinión era filológica, científica pero de una ciencia que provenía del análisis de textos. No es nada muy diferente a lo que podríamos imaginar hoy, en un mundo mucho más complejo en el tratamiento de los signos, que es el mundo de Internet, el mundo de la digitalización, de la automatización de los servicios. Lo que concibo que es una Biblioteca Nacional, de alguna manera, pertenece a este rango de intervenciones sobre la vida pública. A pesar de que hoy las bibliotecas nacionales tienen que disputar frente a los medios de comunicación de masas. ¿Qué hacer frente a la televisión? ¿Qué plan de lectura hay que hacer que no sea el plan de lectura de 1910 o de 1930, de la época de Groussac, donde apenas existía la radio, que no podía disputar con las bibliotecas nacionales? En 1905 los insurrectos radicales, en su intento de tomar la ciudad de Buenos Aires contra el gobierno conservador, toman la Biblioteca Nacional. Está el irascible Groussac, que llama a

la policía, por supuesto, inútil, en ese momento. Después les hace juicio porque parece que le robaron el reloj. 1905, se toma la Biblioteca Nacional porque no había radios, porque no había posibilidad de tomar una televisión inexistente, y hoy al mismo tiempo ¿quién tomaría Internet? ¿dónde se toma Internet? Una biblioteca nacional era un organismo visible en el tejido de la ciudad, era un lugar clave, como lo demuestran los acontecimientos de Bagdad y del Medio Oriente en general, como los grandes museos, que atesoran las grandes riquezas de la humanidad, y han sido destruidos militarmente o saqueados. Es un poco la historia de las guerras, va simultánea con el saqueo. Basta visitar el Louvre. Uno puede decir que lo cuidarán mejor ahí, pero son saqueos históricos que, por el reverso, nos permiten comprender la historia de la humanidad. No es nada diferente en esta Biblioteca Nacional. Por eso las bibliotecas nacionales no son meros centros de investigación, aunque los contienen. Diría que tampoco son meras salas de lectura, ni meros actos de preservación porque sus formas simbólicas las lleva a ser, en *la perspectiva Groussac* que imagino y que no considero desacertada si aceptáramos que estamos en un medio conceptual diferente de la conservación, instrumentos para el trato de los grandes signos de la historia de la humanidad, que son su memoria, su forma de escribir y todo lo que se ha discutido en estos días respecto a cómo preservar y cómo imaginar las metadatas. Ahora querría referirme a eso porque me parece un tema de gran interés relacionado con lo que venía diciendo. Lo de Groussac, fuera del medio de la conservación de documentos y de la proliferación del modo

Tanto el fortalecimiento relacional entre las bibliotecas nacionales de América Latina como los debates que se insinuaron y se vivieron aquí, y que recogen otros que ABINIA a lo largo de su existencia ha promovido, tienen un efecto de radiación indispensable en nuestras bibliotecas.

en que se los lee con nuevas formas de lectura, era una operación de características científicas, si queremos llamarla así, pero una ciencia del texto, inherente a las Bibliotecas Nacionales en su preservación y nada diferente al

mundo del metadato, que es precisamente la preservación de aquellos materiales que surgen en ese mismo mundo, es decir, que no tienen la referencia empírica, táctil y visual de aquello que surge con cierta brutalidad física ante nosotros, el libro, que en su brusquedad empírica posee gran belleza.

Debemos prepararnos para los tiempos nuevos que se vienen en América Latina e intervenir desde la especificidad de las bibliotecas nacionales en los grandes debates. Tanto el fortalecimiento relacional entre las bibliotecas nacionales de América Latina como los debates que se insinuaron y se vivieron aquí, y que recogen otros que ABINIA a lo largo de su existencia ha promovido, tienen un efecto de radiación indispensable en nuestras bibliotecas.

Los debates diarios, los conflictos diarios, que no ocultamos y que se dan en un mundo pequeño, de amistad, son debates que tienen pertinencia porque son discusiones que siempre existieron en las bibliotecas nacionales en sus distintas eras –tecnológicas, científicas, conceptuales y de análisis de textos–.

La filología, en tanto análisis de texto, es una tecnología muy sutil, de alguna manera muy parecida a la digitalización, ya que ambas son formas de decisión y de interpretación

de signos. De modo que, pensándolo de esta forma, me parece que en las amistades que estrechamos, en las emocionantes palabras de nuestro compañero, Tomás de Matos, director de la Biblioteca Nacional de Uruguay –gran escritor uruguayo, especialista en bibliotecas populares y pensador agraciado por la ironía–, en la profundidad del destino de los pueblos, que no pueden estar sometidos a caprichos ni a tonterías, hay algo mucho más fuerte que nos une que cualquier episodio de la vida nacional de nuestros países que, hasta que imaginemos soluciones mejores, pueden tener hasta cierta pobreza de lado a lado. Las bibliotecas también sirven para esto: son el gran terreno de la manifestación de una América Latina con distintas soluciones políticas y de ideas en los distintos países.

Si se puede construir un lenguaje común, será también responsabilidad de las bibliotecas nacionales actuar hacia el pasado con amor filológico y hacia el futuro con una fuerte participación en el debate sobre los nuevos medios técnicos, sobre la representación de la vida, la representación de los signos y el gran desafío que representa aquello que surge bajo el signo de la precariedad, que es la meta data. Aprender sobre esto es un deber de nosotros. Aprender mucho más, aprender de quienes ya saben mucho, hará que nuestros debates sean sin duda mucho mejores y que las soluciones que encontremos se acerquen a ser las apropiadas. Me da la impresión que entre todos nosotros, las bibliotecas nacionales y sus directores, no son fáciles las comunicaciones siquiera por razones de distancia espacial. Es

emocionante todo lo que escuchamos acá, lo que tiene para decirnos la Biblioteca Nacional de Venezuela, ese recorrido por sus salas de lectura, por los tesoros que contiene, ver los afiches de la historia cubana, definir si en la digitalización aparecen más oscurecidos o recompuestos. Son todas estas decisiones políticas sobre la imagen y sobre el signo que hacen a nuestras actividades, que tienen toda la complejidad de la arquitectura, la memoria, la política, la economía, y que son ebulliciones del lenguaje de las bibliotecas nacionales.

Hay un documento, que se acaba de esbozar muy rápidamente, en términos de lo que aquí hemos discutido, que alude a las nuevas condiciones que se van a dar entre las bibliotecas nacionales del Mercosur y las nuevas perspectivas de trabajo. Me permito leerlo como fin de mi exposición:

Declaración de Buenos Aires:

Los participantes del segundo Encuentro de Bibliotecas Nacionales del Mercosur y Asociados, con la Biblioteca Nacional de Cuba como invitada especial, todas ellas pertenecientes a ABINIA, auspiciante de este encuentro, realizado en la Ciudad de Buenos Aires, entre el 5 y el 7 de diciembre de 2006 declaran en conjunto que:

Reiteran el propósito de que las bibliotecas nacionales oficien como puentes culturales entre los diferentes pueblos y países, promoviendo el diálogo, la cooperación solidaria y el intercambio de conocimientos y experiencias.

Resuelven dejar constituido un núcleo de bibliotecas nacionales del Mercosur y Asociados, en el seno de ABINIA que deberá mantener reuniones periódicas

Autoridades del
Mercosur, por
Mariano Lamota



y establecer instancias de colaboración con vocación de permanencia.

Manifiestan la conveniencia de que las respectivas bibliotecas nacionales oficien como orientadoras de los sistemas nacionales de bibliotecas públicas, impulsando la multiplicación de signos de lectura y la regularización del patrimonio escrito de las naciones.

Declaran la necesidad de que las bibliotecas nacionales promuevan espacios de encuentro popular y apoyen el desarrollo de las bibliotecas populares.

Impulsan la creación de Centros de integración cultural latinoamericanos en las principales ciudades del continente.

Estudian la creación de un logo común para las bibliotecas nacionales participantes, basado en el que actualmente comparten Chile, Paraguay, Brasil y Argentina, al cual se adicione el distintivo particular de cada Estado.

Tienden a la constitución de un portal latinoamericano de Internet, basado en formatos digitales que permitan compartir la información, cumpliendo con los estándares internacionales.

Asumen que la adopción de tecnologías digitales, implica dimensiones técnicas, económicas, políticas e ideológico-culturales, cuyo análisis en conjunto resulta indispensable para arribar a soluciones adecuadas a las realidades respectivas.

Propician mecanismos comunes para preservar la autonomía cultural, incluyendo todos los aspectos referidos a los contenidos en la Web y el universo digital, frente a los desequilibrios y asimetrías generadas por las corrientes mundiales hegemónicas. Y estimulan la realización de estudios conjuntos tendientes a alumbrar un pensamiento y praxis críticas sobre la materia.

Promueven que las bibliotecas nacionales sean un espacio de permanente

debate y reflexión acerca de los problemas y perspectivas fundamentales de la sociedad contemporánea.

Observan y acompañan el proceso de restauración del acervo de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional del Paraguay, atendiendo al estado de deterioro en que se encuentra.

Impulsan la coordinación de trabajos entre las bibliotecas nacionales sobre la prensa periódica en América Latina con especial atención al rol jugado por aquella en la configuración de las sociedades nacionales, convocando a concurrir al encuentro a realizarse en Santiago de Chile en abril de 2007.

Promueven el encuentro a realizarse en La Habana en junio de 2007, destinado a fomentar la integración de las bibliotecas nacionales de América Latina y las vinculadas a las culturas de oriente.

Propician investigaciones acerca del acervo de interés compartido entre diferentes naciones, enriqueciendo los patrimonios respectivos al compartir sus contenidos.

Manifiestan que los cercanos bicentenarios de la emancipación constituyen una oportunidad para recrear la articulación cultural de nuestra América.

Firmas

Horacio González, Director de la Biblioteca Nacional de Argentina.

Ramón Rolandí Torres, Director de la Biblioteca Nacional de Paraguay.

Ximena Cruzat Amunátegui, Director de la Biblioteca Nacional de Chile.

Tomás de Matos, Director de la Biblioteca Nacional de Uruguay.

Arístides Medina Rubio, Director de la Biblioteca Nacional de Venezuela.

Elíades Acosta Matos, Director de la Biblioteca Nacional de Cuba.

Joaquín Loayza, Subdirector de la Biblioteca Nacional de Bolivia.

Rose Mary Amorin, coordinador del acervo especial de la Biblioteca Nacional de Brasil.

Angela Monteiro Bettencourt, Coordinadora de información bibliográfica de la Biblioteca Nacional de Brasil.

Alfonso Quintero, Secretario ejecutivo de ABINIA.

**Auditorio "Jorge Luis Borges",
Biblioteca Nacional Argentina,
7 de diciembre de 2006.**



www.abanico.edu.ar

revista de letras de la Biblioteca Nacional,
todos los meses buena lectura.


BIBLIOTECA
NACIONAL

Labor bibliotecológica

No es sencillo deslindar con rigurosidad en qué consisten las tareas bibliotecológicas. Ellas están urdidas de distintas capas de saberes y destrezas. En el repertorio de sus recursos hay múltiples aspectos que

concurrer rehaciendo una y otra vez su vocación. Las bibliotecas deben lidiar con su afuera y no pueden permanecer indiferentes a los movimientos culturales de cada época, aunque tampoco deben plegarse a ellos con optimismos pueriles. Las memorias lectoras y las experiencias sociales actúan, unas veces, como sus secretas compañeras de ruta, y otras como rivales capaces de discrepar. De esas tensiones nacieron las Bibliotecas Nacionales, entre disturbios y promesas emancipadoras, porque estas alternativas obran como la trama interna de instituciones que nunca estuvieron a salvo.

Esta sección presenta un conjunto de escritos e imágenes que hacen a la naturaleza constitutiva de la biblioteca. Tanto en sus tareas cotidianas alrededor de las decisiones sobre los textos que resguarda y frecuenta curiosamente, como respecto a situaciones que interrogan el propio hacer bibliotecario.

Andrés Rivera y David Viñas recuerdan sus vivencias personales en torno a bibliotecas y libros. Sucesos políticos, traumas colectivos y sus propios recorridos literarios que van trazando un recorrido por los modos de habitar la ciudad y pensarla en sus rincones.

José María Gutiérrez presenta un análisis minucioso de un documento recientemente adquirido por la Biblioteca. Se trata de un manuscrito que lleva la firma de Saavedra y Moreno, y que ordena

la expropiación de los libros pertenecientes de los conspiradores de Córdoba, quienes ponían en riesgo la naciente revolución independentista. Un documento que puede ser considerado como un antecedente inmediato de la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, paso previo, a su vez, de la Biblioteca Nacional. La impronta jacobina y expropiatoria que expresan los garabatos, escritos con la urgencia que impone el peligro, nos permiten reconocer los orígenes conflictivos y polémicos en los que fundó la institución.

María Etchepareborda, Jefa de la Sala del Tesoro, nos ofrece una visita por las principales colecciones que la pueblan. Un viaje por sus piezas únicas, su historia y el modo en que llegaron a la Biblioteca Nacional. Una genealogía de la Biblioteca, a partir de sus adquisiciones y de las primeras donaciones que conformaron sus fondos.

El Archivo de Manuscritos es presentado aquí por Vera de la Fuente y Ana Guerra, a partir de los documentos que atesora. La colección Frondizi, donada por el Centro de Estudios Nacionales y la colección Luis Emilio Soto, adquirida el año pasado por la Biblioteca, que cuenta con abundante correspondencia entre renombrados intelectuales durante las décadas del 20, 30 y 40.

Mario Tesler, bibliotecario e investigador de la Biblioteca Nacional, nos ofrece un estudio de las formas en que Rodolfo Puigróss fue apareciendo con distintos seudónimos. Un rastreo por nombres que variaban alcanzando, aunque sea provisoriamente, la utopía de ser Otro.

Finalmente, una selección de fotografías, preparada por los miembros de la Fototeca Benito Panunzi de la Biblioteca Nacional, que integraron la muestra Por la fuerza del trabajo, inaugurada en marzo de 2007, recogiendo imágenes del desarrollo del trabajo en el país.

Bibliotecas perdidas

Por Andrés Rivera y David Viñas

El texto que publicamos aquí es la desgrabación de una disertación brindada en marzo de 2001 por Andrés Rivera y David Viñas en la Biblioteca Miguel Cané, donde trabajara Jorge Luis Borges, durante las jornadas de reflexión y repudio al golpe de estado de 1976, realizadas en conmemoración de su 25 aniversario. El título –sugerido por David Viñas– de estas exposiciones que dialogan entre sí, refiere a un conjunto de situaciones planteadas alrededor de libros y bibliotecas, tanto desde el punto de vista político, como en torno a las propias experiencias personales: una reflexión política, autobiográfica y literaria en la que se entremezclan conspiraciones, golpes de estado, exilios, alegrías y sinsabores que la propia historia urde en sus entrañas. Cuando, hace un tiempo, se le solicitó a Andrés Rivera autorización para publicar su exposición, respondió seca y trágicamente: “Expropien la palabra, pero hagan algo...”.

Andrés Rivera

- A. Dedico las torpezas que van a escuchar a Amanda Toubes y a Susana Fiorito. Estas dos mujeres comparan un solo amante que recibe sus más deliciosas caricias. Ese amante tiene un nombre: las bibliotecas.
- B. Siento un placer que no puedo describirles y es éste: hoy un intelectual argentino brillante, cargado de tics incomparables, culto como pocos y excepcionalmente polémico y agresivo, está aquí. Nunca estuve tan cerca de él como hoy, y aquí, el maestro, David Viñas.
- C. Voy a perpetrar algunas digresiones. Ahora vamos a trabajar, ustedes y nosotros.
- Para empezar, esta es una biografía de Dashiell Hammett, el autor del *Halcón Maltés*. Lo juzga la comisión Mc Carthy el 26 de marzo de 1953.

Un subcomité del Senado presidido por Joseph Mc Carthy estaba examinando las acusaciones de que libros pro-comunistas habían conseguido infiltrarse en 150 bibliotecas dependientes del departamento de Estado en el extranjero. Había 300 ejemplares de libros de Hammett en las estanterías de 73 de estas bibliotecas. Hammett fue interrogado a este respecto por el Presidente de la subcomisión Joseph Mc Carthy, por el Senador John Mc Cleanan y por el asesor de la misma Roy Kohn.

Les evito el largo interrogatorio. Como estamos hablando de bibliotecas vamos al final.

Presidente Mc Carthy: –Permítame que le haga una pregunta Mr Hammett. Si usted estuviera gastando, como estamos haciendo, más de 100 millones de dóla-

res al año en un programa de informaciones que se supone tiene por objetivo luchar contra el comunismo, y si usted fuera el encargado de este programa de lucha contra el comunismo, ¿adquiriría usted las obras de unos 75 autores comunistas y las distribuiría por todo el mundo estampando en ellas nuestro sello oficial de aprobación? ¿O prefiere no contestar a esta pregunta?

A todo lo largo del interrogatorio Hammett se había atenido creo que a la cláusula cuarta de la Constitución norteamericana que prohíbe contestar para acusarse a sí mismo.

Mr. Hammett: –Bien, yo pienso, por supuesto no lo sé, que si estuviera luchando contra el comunismo creo que lo haría no dándole a la gente ninguna clase de libros.

Presidente Mc Carthy: –Viniendo de un autor, este comentario es poco corriente. Muchas gracias, ha terminado el interrogatorio.

2. La primera revolución perfecta, la más burguesa y acabada y ejemplar fue, en la opinión de Lenin, la francesa, la de la emblemática caída de la Bastilla. Esa revolución se forjó en la biblioteca de Juan Jacobo Rousseau.

3. ¿Cuáles fueron las bibliotecas que dieron agua y pan a Kurt Wilkens, el obrero anarquista que puso fin a la vida del teniente coronel Varela, jefe de la represión armada de la Patagonia trágica? Kurt Wilkens leía a Bakunin y a Kropotkin.

4. ¿A quiénes leyeron los estudiantes que protagonizaron la reforma universitaria

de 1918? A Hegel, a Marx, a Engels. ¿Sacudieron el polvo de muchas, pocas, algunas bibliotecas? Sí, allí estaban sus armas. ¿Allí estaba la letra, el grito, la consigna? Sí, allí, en los intersticios de la palabra escrita, reunida por militantes desvelados, por trabajadores que llegaron de Génova y Turín, de la dilatada Rusia zarista, de Barcelona la hermosa, del París insurrecto de 1871.

5. ¿Quiénes contribuyeron, quiénes nutrieron a los revolucionarios bolcheviques? Las bibliotecas, que guardaban los trabajos de Marx, de Engels, de Jorge Plejanov, de Rosa Luxemburgo. ¿A quién leyó Rodolfo Walsh? ¿Sólo al aséptico Arthur Conan Doyle, creador de Sherlock Holmes? ¿A quién leyó el maestro David Viñas en el destierro? Pregúntenle ¿Cuáles bibliotecas frecuentó en su azaroso exilio, mientras le llegaban informaciones desgarradoras del holocausto argentino? ¿A quiénes leyeron los 30.000 desaparecidos? ¿Qué bibliotecas dieron asilo a su congoja antes de que los narcotizasen y los arrojaran al mar desde aviones de la ESMA? No pretendo infartarlos apelando a nombres que convoca la historia no escrita de los derrotados. Entonces, ¿qué leyó, y en cuáles bibliotecas, el ciudadano Carlos Saúl Menem? ¿Y el ciudadano Fernando De la Rúa? El comandante en jefe del ejército hoy, teniente general Ricardo Brinzoni, que suele reivindicar, con mala prosa, a torturadores confesos y asesinos convictos, ¿qué lee? ¿A cuáles bibliotecas apela? ¿Quiénes de ustedes sacan de las bibliotecas a Esteban Echeverría, a José Hernández, a Roberto Arlt, a Manuel Puig? Los que han concurrido aquí esta noche, ¿han leído *Literatura argentina y realidad política* del maestro David Viñas? ¿Han leído *Noticias secretas de América*

de Eduardo Belgrano Rawson? Hablo, claro, de títulos imprescindibles para el adolescente, para la dama y el caballero y para los camaradas, si aún los hay. Hay que incluir, claro, *Respiración artificial* de Ricardo Piglia en esta escasa nómina. ¿Tuvo bibliotecas el teniente coronel Varela, que ordenó ejecutar durante el gobierno radical de Hipólito Yrigoyen a centenares y centenares de trabajadores en el Sur patagónico para satisfacción de la firma Menéndez Beheti? ¿Tuvieron bibliotecas Jorge Rafael Videla y Eduardo Emilio Massera? ¿Tuvo una biblioteca Adolfo Hitler? ¿Tuvo una biblioteca Francisco Franco? ¿Qué lee en su retiro de Los boldos Augusto Pinochet?

Lo que voy a decir ahora no ofrece posibilidad, ni la más mínima, de refutación. La izquierda lee, la derecha asesina. Hablamos, ustedes y yo, de bibliotecas. Menciono por lo tanto a tres hacedores de bibliotecas: Domingo Faustino Sarmiento, Boris Spivacow y José Luis Mangieri. No tengo que hacerle la biografía a Sarmiento. ¿Ustedes saben quién fue Boris Spivacow? Sí. ¿Quién? *El fundador de Eudeba*. Digan qué más. *Fundador de Eudeba y del Centro Editor de América Latina*. Gracias. José Luis Mangieri dirigió la editorial *La rosa blindada* y hoy dirige *Tierra firme*. Por *Tierra firme* han pasado todos los poetas argentinos. ¿Qué buscó en las bibliotecas el sub-comandante Marcos? ¿Qué Karl Marx en el British Museum? ¿Qué Jorge Luis Borges en silenciosas bibliotecas porteñas? ¿Qué buscaron los rehenes políticos e ideológicos de Juan Manuel de Rosas y de Uriburu, de Agustín P. Justo general, y Uriburu también general, de Aramburu general, de Antonio Bussi general y de Ramón Camps coronel? Consuelo, placer, sabiduría, para enfrentar a los laceradores de su carne y verdugos de la contrarrevolución.

P.D.: ¿Para qué sirve este ejército? Para quemar libros de ciudadanos indefensos y para sofocar las más justas rebeliones que haya conocido América Latina.

Miren este libro. Fuimos con Susana Fiorito a conocer el Chile de Salvador Allende. Volvimos de Santiago. Atravesamos la cordillera, ahora es fácil. Nos paran en un puesto de la gendarmería. Yo había puesto, a propósito, este libro sobre las ropas.

Inmediatamente pusieron sus manos sobre él. Tapas rojas. Simbólico. ¿Qué es esto? Son las obras completas de Dashiell Hammett. Lo revisaron. Lo revisaron por el color, porque si yo llevaba el libro de David Viñas, que es blanco, no pasaba nada. Y éste es un libro subversivo. No entendían nada. Bueno, creo que no tengo mucho más que decir.

Sólo una súplica, y ya basta.

Lean, por favor.

David Viñas

Quizá lo que pueda plantear en esta reunión de trabajo, según enunció Andrés, sea complementar, desde una perspectiva quizá más personal, algo así como una especie de autobiografía, lo que Andrés subrayó como contexto general, si bien es cierto que las propuestas que fue haciendo Andrés implicaban ineludiblemente dimensiones de su autobiografía de trabajador de la cultura. Él, Andrés, propuso un abecedario, sugiriendo una serie de inflexiones, momentos, circunstancias, vinculadas a las bibliotecas, a las bibliotecas perdidas, a los libros perdidos. Fingiéndome más ordenado, y muy en primera persona, a partir de la propuesta que nos hicieron al invitarnos a esta biblioteca barrial, fui marcando 13 puntos que podrían funcionar, eventualmente, como hipótesis de trabajo, es decir, como propuestas que sugieren o solicitan respuestas, discusiones. Todo lo contrario de lo que puede ser una bajada de línea o una formulación más o menos dogmática. Lógicamente, es un poco vertiginoso venir a hablar a

una biblioteca de barrio, entre otras cosas me llevaría algunos capítulos, por así decir, de la literatura argentina, literatura de nuestro país, que ya solicita, lo de nuestro, una especie de entrecomillado o puesta en bastardilla. ¿No? El barrio. La generación de los años 20. Incluso Borges tiene cierta vinculación, considerable, con esta biblioteca de barrio. Si tuviera que abundar sobre ese capítulo posible de la literatura argentina de los años 20, pensando en lo barrial, diría que tanto la gente de Florida, pero más la gente de Boedo, aunque creo es un común denominador de los escritores más considerables o más visibles de ese momento, apuntan al barrio como conjuro de la torre de marfil. La literatura de los años 20 se define por lo barrial como elemento contradictorio a la generación del 900 que subraya permanentemente la torre de marfil. Es decir, no el lugar privilegiado del escritor sino el mapa horizontal que presupone un barrio. Borges es categórico desde el comienzo: *No las calles del centro* sino las calles aleja-

das. El descubrimiento de esa dimensión es lo que me suscita, entre otras cosas, hablar aquí en Carlos Calvo casi esquina avenida La Plata.

1976 quizá podría ser el punto de partida de estas 13 hipótesis de trabajo que voy a postular. 1976 es mi biblioteca perdida. Y mi biblioteca perdida está vinculada, en mi recuerdo, con algo que escuchaba como un coro presuntamente amistoso pero que estaba impregnado de elementos amenazadores. Bonhaceramente se me decía en 1976: *Sos boleta David*. Eso está vinculado a mi biblioteca perdida. La respuesta acelerada, tratando de mantener cierto decoro, allá por los meses del centro de 1976, condicionaron el tener que irse. Los libros se perdieron. Allá por el año 84 se planteó una especie de polémica entre quienes se quedaron y quienes se habían ido. Yo creo que ni una cosa ni la otra santifica o condena a nadie. Lo que implica, lo que importa, es qué hicieron los que se quedaron y qué hicieron los que se fueron. ¿Sí? Pero esa biblioteca perdida en función, o como respuesta, era un coro que susurraba con diversas entonaciones y con distintos ritmos, por cierto, *Sos boleta David*. En el revés de trama de esa pérdida, en el año 76, de la biblioteca, el abandono, otra gente, quería decir, pudo irse de una manera diferente, simplemente, con todos los libros. Yo preferí apelar a la frase de un considerable político nacido cerca de Moscú que decía: frente al exilio, la palabra es un poco obscena frente a la posibilidad de tener que irse del propio país, ironía, y pocas valijas. En las pocas valijas no entraba una biblioteca así que fueron módicos los elementos con los cuales yo partí en el mes de julio del 76.

El segundo punto de la biblioteca perdida hace a la formación de mi biblioteca. Teniendo en cuenta la precariedad de mi biblioteca, económica sobre todo, y esto no es una queja sino más bien un reconocimiento irónico, la precariedad económica condicionó, me condicionó, a que la mayoría de mis libros, los libros de mi biblioteca perdida fueran robados. Es decir, yo he sido un considerable ladrón de libros. Incluso propondría en este segundo movimiento de hipótesis los circuitos sobre todo en la calle Corrientes allá por los años 50, 60, de cómo se iba formando una biblioteca que terminaría perdida. Quiero decir, de cómo se roban libros. No de lugares como este que desde ya implican un ademán de socialización, de apelación a lo comunitario. Más bien eran robos calotes se decía, se caloteaba un libro, a lo largo de la calle Corrientes, en librerías que lógicamente han ido desapareciendo pero que entonces creo que incluso nos estimulaban, ponían libros así para que los robáramos rápido, no las colecciones más o menos canónicas y más o menos encuadernadas. Decía de circuitos del robo de libros para formar una biblioteca finalmente perdida y las diversas estrategias. Uno de los estrategos más considerables en esos años era un señor que hoy se ocupa de vinos y otros menesteres gastronómicos, el doctor, que es un experto en vinos, escribe, Brascó. Vamos a focalizar este aspecto de la formación de una biblioteca. Probablemente en el robo estaba ya como insinuada la posibilidad de ser perdido. ¿Sí? Se acumulaba, se perdió. Él iba con una enorme cartera que tenía una tapa en la parte de abajo que se apoyaba sobre el libro que codiciaba y que, de acuerdo a un mecanismo interno resuelto con gomi-

tas, hilos y otros utensilios, operaba como un sapo comiendo moscas. Esto era el Brascó de la calle Corrientes allá por los años 50. Él, naturalmente, no sé si perdió una biblioteca, ganó varias bodegas, según es notorio. Este sería un capítulo muy interesante. ¿Cómo se roban, o se robaban, libros? ¿Qué libros hay que robar? Incluso en esta expansión autobiográfica tengo que reconocer que dando clases, frente a quejas comprensibles de alumnos, digamos así, he tenido que tratar de sistematizar esa experiencia estrictamente empírica y episódica por cierto como para conformar una especie de catecismo del buen ladrón de libros. ¿Sí? Circuitos y estrategias, decía, de la formación de una biblioteca ¿Sí? En fin, es una forma de capitalizar. La única forma. En los orígenes de cualquier capitalización más o menos considerable está el robo, el saqueo. Quiero decir, echando mano de algún tipo de ejemplo ya clásico, el Imperio Británico, como ustedes saben, se conformó a partir del saqueo de la India. Salvando las distancias, lógicamente, entre el Imperio Británico, sobre todo al llegar al siglo XIX, y la módica pero consistente biblioteca que uno llegó a formar, tienen un parentesco notorio. En tercer lugar quería aludir a la historia de mi biblioteca perdida. Tendría que recuperar la imagen del único profesor de la Facultad, allá por los años 50, en la calle Viamonte, la vieja Facultad de Filosofía y Letras donde ahora está el ínclito rectorado, el único profesor, decía, que merecía consideración. El resto, lamentablemente, seamos considerados, no eran precisamente recuperables. El único era Don Claudio Sánchez Albornoz. ¿Quién era Claudio Sánchez Albornoz? Era el

presidente de la República Española en el exilio y el único profesor, por algo lo recuerdo, que lograba establecer una situación de diálogo con los alumnos, con la gente que iba a sus clases. Probablemente porque ponía una pasión que hoy como categoría parecería que está descalificada. Hablaba de España, de la España medieval, y recordaba algunas cosas que a uno lo fascinaba. Por ejemplo, un Templo, allá por el siglo XII, en Toledo, que era un Templo de las tres religiones, cosa insólita para un muchacho porteño, como era mi caso, en ese momento. Es decir que en el mismo Templo, en distintas horas, celebraban sus ceremonias los cristianos, luego los judíos, y después los musulmanes. Con este recuerdo Claudio Sánchez Albornoz aludía lógicamente a una entonación de tolerancia en ese terreno. Tolerancia que entraba en conflicto con lo que predominaba en la Facultad de Filosofía y Letras en esos años, referencia que abriría otro largo capítulo. Había otro elemento que nos llamaba la atención en lo que él decía, cuando desplegaba, como se dice ahora, sus saberes. Siempre se hablaba de los moros de España. Y lógicamente en la vulgata, en la cosa más difundida, los moros de España eran muy morochos, de ojos oscuros y pelo negro. Y decía: No, no, están confundidos, los moros de España, los moros andaluces, eran rubios de ojos celestes, entonces explicaba, quiero decir, tenía esa capacidad del profesor de dar vuelta lo que está ya instalado como verdad indiscutible. Los moros del Sur de España lógicamente, ineludiblemente, violentamente, lamentablemente desde cierto punto de vista, tenían hijos

andaluces, rubios de ojos celestes. Decía otras cosas que también alteraban lo canónico. Proponía números. La biblioteca cristiana más importante en la España del Norte, en la España cristiana, tenía 300 ejemplares, 300 libros en el siglo XII, y estaban todos atados con cadenas porque eran libros hechos a mano. En Córdoba, la biblioteca musulmana, es decir, alterando la versión de qué cosas eran los árabes españoles, tenía 300.000 ejemplares. Sánchez Albornoz lograba, apelando a anécdotas aparentemente del mundo de las bibliotecas y de los libros, alterar la versión que teníamos como cristalizada de qué era la cultura de los árabes en el sur de España. Decíamos de los orígenes de mi biblioteca, pues bien, varios de los libros que fueron formando mi biblioteca, no precisamente expropiados sino dolosamente adquiridos, comprados, eran libros sobre los andaluces musulmanes. En esa acumulación de esa biblioteca que se perdió intervinieron también libros de mi abuela Doña Dominga. Eran sobre todos los escritores difundidos en los folletines de los diarios argentinos. Tenía una característica insólita la presencia de esos libros. Eran libros muy alargados, que me llamaba la atención, estaban encuadernados. Es que ella había ido coleccionando, Tolstoi o Benito Pérez Galdós, los folletines que salían en el diario, ella los cortaba, los iba acumulando y finalmente, cuando episodios españoles de Benito Pérez Galdós concluían, ella los mandaba a encuadernar. Eran los libros que servían de fondo a esta biblioteca que yo fui organizando con distintas procedencias. Benito Pérez Galdós y Tolstoi eran mi abuela. Mi tía

Jorgelina, o sea estamos hablando de la cultura argentina, de cómo se forma una biblioteca en la Argentina, de eso estamos hablando, o intentamos hablar por lo menos, tenía sobre todo dos autores, que eran los autores más populares entonces en la Argentina allá por los años 20, 30: Hugo Wast y Manuel Gálvez. Lógicamente, quizás una intuición inverificable en ese momento, iba prefiriendo entre ese dilema que me planteaban Hugo Wast, Martínez Zuviría, otro capítulo, y Manuel Gálvez, iba prefiriendo, y esto retomaría lo que aludíamos al comienzo, *Historia de arrabal*, es decir, sería otro capítulo que yo les propongo: de los distintos arrabales o de las distintas formas de resolver la presencia del arrabal en la literatura argentina. Brevemente ¿Cómo es el arrabal en Borges y cómo es el arrabal en Manuel Gálvez? Es decir que no hay un solo arrabal. Incluso podríamos hacer como una especie de ítem, sub-capítulo, en el espacio arrabalero de la literatura argentina en los años 20, que está plagado, previsiblemente, de putas. Es decir, hacer una tipología de las putas en la literatura argentina desde Nacha Regules hasta Tanka Charoba. ¿Qué era ser puta argentina, qué era ser puta inmigrante? ¿Sí? Todo esto con motivo del arrabal en la literatura argentina y de la biblioteca que se iba organizando a partir de los libros de mi tía Jorgelina. Podría abundar con una prima, es decir, toda esa constelación de figuras que iban aportando. Mi prima Cacha. Sí, es curioso que esté hablando aquí de mi prima Cacha pero descubrí a Emil Ludwig y Stefan Zweig. Me fascinó la biografía de María Antonieta. Lógicamente, por ahí reaparece, sobre todo Stefan

Zweig, memorable, que se enhebra con lo que recordaba Andrés hace un momento, que se suicidó con su mujer como denuncia trágica de lo que estaba pasando en los campos de concentración allá por los años 40. Se suicidó en el Brasil, Stefan Zweig, autor de una *María Antonieta* de mi prima Cacha, con su mujer. En los diarios entonces, *Crítica* sobre todo, quizás algunos recuerden, apareció la foto de los dos suicidas, dos judíos suicidas, en la cama, abrazados. La otra figura que contribuyó a esta descripción amena de una biblioteca ya perdida es mi padre. Esto lógicamente hace a una novela familiar. Puede tener la extensión de *Guerra y Paz* de Tolstoi superpuesta a *La búsqueda del tiempo perdido* de Proust. Son océanos de recuerdos. Pero focalizando los libros de mi padre, una antología erótica. Lógicamente yo ahí me inicié en lo que en el colegio de curas, también posterior, se llamaba el pecado solitario. Antología erótica. *Deus*. El desciframiento de la clase media que se podría hacer en función de esta propuesta de napas arqueológicas, de napas geológicas, de formación de una biblioteca. Porque los últimos contribuyentes, más explícitos y aguerridos, eran mi primo Israel y mi prima Sarah, los dos militantes del partido comunista entonces, lógicamente stalinistas a machamartillo, por medio de los cuales leí *Montaña mágica* y *Los últimos días de Pompeya*. Formación de una biblioteca argentina perdida. El tercer punto, y voy tratando de apurar porque esto puede ser desconsiderado por lo menos, son las bibliotecas que se fueron perdiendo luego de este evento tan significativo como el que implica *Sos boleta David*.

Bibliotecas sucesivas en España, en Dinamarca y en México. Sobre todo Dinamarca, quiero decir, no figuró nunca, no había figurado nunca pese a que alguna amiga entrañable incurrió con cierta frecuencia en este mapa danés. En estos tres lugares quedaron otros flecos de bibliotecas porque en cada uno de los lugares, teniendo en cuenta eso que decíamos, ironía y pocos libros. No se puede ir de un lugar a otro, máxime quizás en esos años del 76 al 83, cargado de libros como si fueran joyas, como el personaje de *Ali Babá y los cuarenta ladrones*. Pocos libros, mucha ironía. España, Dinamarca y México. Flecos de la biblioteca perdida. Por cierto la recuperación de estas bibliotecas sucesivas que tenían quizás algún núcleo suele ocurrir en lugares tan recorridos como Plaza Lavalle, el Parque Rivadavia, el Parque Centenario. Suelen aparecer con frecuencia algunas de las personas que tienen esos kioscos tienen la cordialidad de decirme: fulano, aquí tenemos un libro con su firma. Yo me tranquilizo cuando veo nada más que la firma porque a veces hay comentarios al pie de página que son más comprometidos, y uno, frente al compromiso, siempre es muy cauteloso. Voy seleccionando. Plaza Lavalle, Parque Rivadavia, Parque Centenario.

Un punto siguiente, que es algo así como complementario al robarse libros, yo he robado libros de manera copiosa, he hecho libros, probablemente, quizá, no con tanto ímpetu. Pero en mi definición actual soy un hacedor de libros. Incluso con la mediación ineludible que va definiendo categóricamente ese espacio tan mentado últimamente que es el mercado. Me ha ocurrido con mucha frecuencia, actualmente estoy bajo la

presión de eso que se llama adelanto, es decir, los editores me hacen adelantos. Es lo peor que les puede pasar a los editores porque generalmente no hago los libros. Es decir que no solamente los robo a los libros en los lugares más o menos tolerantes sino que me abuso de algunos editores que creen en mi capacidad de trabajo. Yo tendría que decir que mi capacidad de trabajo es cada vez más relativa. Eso nos llevaría a algo quizá, eventualmente, seguramente, así como postulábamos un mapa de Buenos Aires en función de las formas de robar libros y de los lugares en que se puede robar.

Ahí aparece la situación concreta del escritor en la Argentina. ¿Qué es escribir libros, digamos así, en la Argentina? La situación precaria que entre otras cosas cuestiona, desarma toda una visión, una versión idealizada de cuál es la situación del escritor. ¿Sí? Yo podría proponer, para aclarar esto que acabo de decir, la versión del escritor en Lugones y en Borges ¿Sí? Lugones siempre se creyó un águila, uno de sus primeros libros se llama precisamente *Las montañas del oro*. Las montañas del oro es la escenografía, el escenario que se adjudica en 1897 Lugones a sí mismo. Él se cree un águila que sobrevuela y que está en la cima. Eso es un escritor, un típico modelo que provenía de la cosa de Víctor Hugo, etc, del siglo XIX europeo. Lugones sobrevuela, y tiene dos inflexiones notorias: en la cima de las montañas, aparte de creerse águila se sitúa y habla con los dioses a través de la plegaria y los dioses le depositan en la oreja eso que se llamaba inspiración. Plegaria, inspiración, en voz baja. Pero hacia abajo, el ademán aquilino de Lugones organiza la Orden, ¿A quiénes? Al pueblo.

Pueblo, sé fuerte, imperativos, hacia los dioses atenúa. Recibe secretos e inspiraciones, hacia abajo ordena con inflexiones cada vez más robustas ¿Sí? Esto es Lugones. La alternativa de Lugones es un clásico modelo de intelectual, de escritor argentino para no abundar ¿Sí? Convertirse en santo o convertirse en héroe. En los dos casos, notoriamente, desde la cima de la montaña, fracasó. Borges es todo lo contrario. La literatura de Borges, insisto, ya que estamos en este lugar, al final de la calle Carlos Calvo, es todo lo contrario del escritor que se sitúa en la cúspide de una montaña. Borges opera en el sótano. Si ustedes recuerdan, seguramente sí porque es un cuento que tiene cierta circulación, "El Aleph", el descubrimiento se da en un sótano, es decir en voz baja. Lugones cree que el descubrimiento se hace arriba de la montaña y por eso tiene esa entonación mayestática y ese ademán estatuario. El personaje, que además se llama Borges, del Aleph, sí, del Aleph, habla en voz baja y descubre también todo el mundo de manera imaginaria en ese sótano que es lo antagónico a la cima de una montaña. Son las dos, probablemente hay zonas intermedias, actitudes fundamentales del escritor en la Argentina: o hablar enfáticamente desde la cima de la montaña creyéndose águila o, no sé si gusaneando, en el caso de Borges, en la penumbra de un sótano. Decíamos, hacer libros, vamos llegando al final, menos mal. Otra de las hipótesis es la feria del libro. Ya la palabra no solamente me resulta una designación desdichada sino muy significativa. Es una feria, es una feria de vanidades. La otra palabra que se me ocurre vinculada a esto es el fondo editorial. Feria

de libros, fondo editorial. Es decir, la cultura de fachada, la cultura de contrafrente. Esto también nos podría llevar a una larga digresión. ¿Qué predomina en este lugar donde el emblema mayor es el libro, que apunta, en puntos suspensivos, a la constitución de bibliotecas? ¿Qué predomina en los últimos tiempos en una feria del libro? Las novelas históricas. Digo, me siento muy cómodo en este escenario, es un escenario ¿sí? Una mesa redonda, porque correspondería desde todo punto de vista confrontar, haciendo juicios de valor, cuándo Andrés Rivera escribe una novela histórica y qué densidad tiene, qué corporeidad, qué materialidad tiene, frente a la colección de novelas históricas así llamadas que pululan de manera obscena en las librerías de Buenos Aires para no abundar y que son introducidas no de manera subrepticia sino complaciente en muchas mesas de noche, supongo, también en bibliotecas finalmente y así siguiendo. Ferias de libros y novelas históricas. Mi dios. Podría comentar, también en esta secuencia que rodea al libro y la biblioteca, lo que son las reseñas. Lo dejamos para otro día, para terminar, hablando de Buenos Aires.

Es una especie de alucinación esta propuesta final. Buenos Aires como escenario mayor de todo esto que estamos intentando describir en términos, acentuando o privilegiando lo contextual, lo histórico, lo político en el caso de Andrés, privilegiando lo autobiográfico en esta acelerada cabalgata que he postulado. Buenos Aires como escenario mayor de los libros y de las bibliotecas. El contexto, este lugar, sí, Buenos Aires, el desciframiento de Buenos Aires, pero a

partir de la feria, una especie de novela de anticipación. Quiero decir, propondría, hablando de Buenos Aires, contexto mayor repito de libros y de bibliotecas, que hiciéramos un recorrido no ya por el desdichado café de los angelitos o recintos más o menos prestigiosos, y barriales, también. Yo propongo que vayamos en primer lugar al casino flotante, en una práctica si ustedes quieren antropológica. ¿Qué es el casino flotante? En segundo lugar les propondría que vayamos al parque temático que reconstruye a Belén, que queda cerca de la cancha de River, desde ya con toda la consideración que me merece el solo enunciado de Belén, podría decir que me entenece todo lo que sea betlemita. En tercer lugar de este itinerario de la ciudad de Buenos Aires como contexto libresco, vayamos a la mezquita, recientemente inaugurada. Casino flotante, tierra santa y la mezquita. Lógicamente que me merece la mayor consideración lo que implica simbólicamente la mezquita. Estoy hablando de un fenómeno urbanístico, arquitectónico, alucinante. Por eso decía que puede ser el punto de partida para una novela futurista, de anticipación, alucinante. Esa extraña mezcla que está recortándose nítidamente en esta ciudad, como una especie de degradación de la arquitectura y urbanismo de Las Vegas. La feria se va convirtiendo en shopping, y el *shopping* no solamente convierte a los elementos que están allí en mercancías sino que nos convierte paulatinamente a todos nosotros en mercancías. Quiero decir, se habla de mercado, vayamos viendo algo que antes no existía que son estas inquietantes rayitas que aparecen en los libros, etc., estas inquietantes

rayitas las tenemos todos: arriba del ombligo, abajo, en el lomo o en la frente, es decir que paulatinamente la feria convertida en mercado nos va convirtiendo en mercancías que transitamos entre Las Vegas porteña del casino, del parque Belén y de la mezquita. ¿Sí? Frente a eso, la recuperación de los libros. Yo postularía, si se me permite, la biblioteca y los libros como crítica o conjuro de todo eso, que yo me animo a hacer una apuesta, ese Buenos Aires predominante arquitectónica y urbanísticamente, en el segundo centenario de



la revolución de mayo, un Las Vegas degradado. ¿Qué es va segregando en esta Buenos Aires-Las Vegas, feria convertida en shopping, frente a la cual postulamos la biblioteca y los libros como elemento crítico o como conjuro? Buenos Aires como alguna ciudad de la Malasia, que tiene el alto honor de tener el edificio más alto del mundo. Pues bien, al pie y en los alrededores de ese altísimo edificio pulula algo que ya está instalado en Buenos Aires que es la prostitución infantil. Es decir, ya, en los grandes hoteles de Buenos Aires se ofrece a los clientes privilegiados en función de la única industria que no tiene chimeneas y que va a avanzar al galope según se va viendo. Mi ilustre tocayo, el señor Rockefeller, es la segunda vez que viene en el lapso de dos meses al Tigre porque el proyecto de la putificación, para ser enérgicos, de la ciudad de Buenos Aires convertida en ciudad de Malasia involucra desde Tigre hasta Quilmes. ¿Sí? Prostitución infantil y, termina la hermana Pelloni, venta sistemática de vísceras de niños, decía, de una novela de anticipación alucinante. ¿Sí? Frente a esa eventual alucinación de Buenos Aires como contexto de libros y de bibliotecas nuevamente apelamos, es una expresión de deseos, al libro crítico, al libro crítico, a las bibliotecas críticas, no a las bibliotecas convencionales, complacientes, autocomplacientes. Apelamos, a partir de los libros y de las bibliotecas, al pensamiento crítico frente al pensamiento único, hegemónico que presupone la prostitución infantil y la venta de vísceras de niños. Repito, esto es alucinante, pero estamos hablando del porvenir de nuestra ciudad.

PUBLICACIONES DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

PRÓXIMOS TÍTULOS



Índices y Bibliografías

Hechos e Ideas
Roberto Baschetti

Presencia textual del peronismo
Roberto Baschetti

Bibliografía del Centro Editor de América Latina

Judith Gociol, Fabiola Etchemaite, Jorge Ríos Lozano, Esteban Bitesnik

Reediciones y Antologías

Reproducción facsimilar de las revistas y Cuadernos

Plan de Operaciones
Mariano Moreno

Calfucurá
Álvaro Yunque

Masas y balas
Liborio Justo

Metafísica de la pampa
Carlos Astrada
Estudio Preliminar y compilación
Guillermo David

Ensayos y Debates

Concurso Jorge B. Rivera
Trabajos ganadores: Paulina Brunetti; Matías Maggio Ramírez; María del Carmen Grillo

Libros de Música

Críticas sobre música
Paul Groussac

Nuevas poéticas de la música contemporánea argentina
Compilador: Pablo Fessel

Un documento fundante: sentencia confiscatoria de Moreno y Saavedra

Por José María Gutiérrez ()*

La Biblioteca Nacional recuperó el documento a través del cual en 1810 se ordenó la confiscación de bienes de los contrarrevolucionarios de Córdoba.

La revolución se debatía por renunciar a la imagen de una ingenua revuelta, pero Córdoba, siempre rebelde, estaba lista para la *otra* conspiración que condujera al fracaso temprano de la gesta patriótica. Si la historia es una construcción del presente, la arqueología documental la constituye y confabula para su eternidad. La Primera Junta de gobierno ordena fusilar a los conspiradores, pero la muerte del enemigo es ficticia si no se enajena su memoria y usufructúan sus saberes. La Biblioteca Pública de Buenos Aires se nutrió de esos saberes realistas, como una forma última de sujeción al destino de la nación en ciernes.

2.

Embargo de los bienes pertenecientes a los Conspiradores de Córdoba

En perjuicio del rigoroso Embargo que deberá trabarse en los bienes de los Conspiradores de Córdoba, y sus principales ^{señores} señores, hasta cubriá entera- mente las ^{deudas} cantidades que tomaron en la R. N. para sostener su rebelion, ordenaria V. S. que en el momento de recibir esta orden se encargue toda la libreria del obispo de ellana, y todos los libros q. hubiesen en las demas recas, remitiendolos en primera oportunidad p. ser de convenientes al servicio del publico, baxo el beneficio obsequio a que esta Junta los ha destinado.

Cord. 4 de Oct.º 1710
no se opusiera guardar
p. remitirse en
prim.ª oportunidad, y se
remita la factura de
dize capones N.º 1. a 12

Dios que a V. S. m.ª a. P. S. ay 22 de

Agosto de 1710.

Comelio de Saavedra

Juan Mariano Moreno
Secret.º

con l.ª de Córdoba

Noticia de una adquisición El Documento Recuperado

El 23 de julio del 2007 la Biblioteca Nacional consiguió ganar para sí en subasta pública un conjunto de piezas que se habían seleccionado y destacado como de singular importancia¹. Luego de una larga y lamentable ausencia en eventos de este tipo, la institución que atesora el patrimonio édito nacional había comenzado a intervenir en remates de libros y documentos, entendiendo finalmente que allí se jugaba la suerte y el destino de piezas que luego resulta prácticamente imposible recuperar para la Argentina². Ese día en una casa de la ciudad de Buenos Aires, salía a remate con otras importantes piezas un conjunto de documentos relativos a la Revolución de Mayo, provenientes de la colección de Carlos Alberto Pueyrredón, y entre ellos priorizamos uno, cuya adquisición tras ardua puja ressignifica la tarea de desarrollar la Colección de la Biblioteca, en un movimiento que la impulsa hacia adelante en tanto recobra su pasado.

Este documento

Es apenas un folio, una hoja de papel manuscrita. En poco tiempo más cumplirá sus doscientos años. Es evidente que ha pasado ulteriormente por pocas y cuidadosas manos. Comunica una orden que firman –conservándose en esas firmas la nitidez de la tinta al carbón que contrasta con ferruginosa del texto– Cornelio de Saavedra y el doctor Mariano Moreno, Secretario. Al margen, una adición fechada luego a casi un mes y medio da cuenta que se procede a cumplir lo ordenado. En

el reverso se informa el contenido:
Sobre que se remitan a la Capital los libros secuestrados y se siga con vigor el Secuestro a los conjurados.

Transcribimos:³

*Embargo de los bienes pertenecientes a
Los conspiradores de Córdoba*

Sin perjuicio del vigoroso embargo que debiera trabarse en los bienes de los conspiradores de Córdoba, y sus principales secuaces, hasta cubrir enteramente las cantidades, que tomaron de la Real Hacienda para sostener su rebelión, ordenará V.S. que en el momento de recibir esta orden se encajone toda la librería del Obispo Orellana, y todos los libros que tubiesen los demas reos, remitiéndolos en primera oportunidad por ser así convenientes al servicio del publico, baxo el benéfico obgeto á que ésta Junta los há destinado.

*Dios guíe a V.Sm. a. Bs. Ay. 22
de Agosto de 1810.*

*Cornelio de Saavedra
Don Mariano Moreno Secretº.*

Se trata de la Orden de embargo y de remisión a Buenos Aires de los libros pertenecientes al obispo Orellana, que explicita la intención de destinarlos a integrar el primer fondo de libros de la inminente Biblioteca Pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional de la República Argentina.

Es, de momento, el documento más antiguo que conocemos que alude en forma directa a la Biblioteca Pública, cuya próxima noticia sería ya el célebre decreto publicado en la *Gazeta de Buenos Ayres* el 13 de septiembre de 1810.

La orden, fechada el 22 de agosto, reafirma la implacable voluntad de la Junta de Gobierno que cuatro días luego se consumará con la ejecución en Cabeza de Tigre de los sublevados de Córdoba, que se opusieron a reconocer la autoridad gubernativa de la Junta presidida por Saavedra: el gobernador Gutiérrez De La Concha, el antiguo héroe de la Reconquista Santiago de Liniers, Victorio Rodríguez, Santiago Alejo de Allende y Joaquín Moreno (siéndole perdonada la vida al obispo Orellana), y que implicaba “el secuestro y embargo de los bienes, fincas, dinero, alhajas y cualquier otra propiedad” de los sublevados.

Es sabido que hubo reticencia en cumplir las instrucciones, que se contrarió la orden de inmediata ejecución que impartió Moreno el 28 de julio remitiendo a los jefes capturados hacia Buenos Aires y que sería la nueva conducción política del Ejército de Norte encabezada por Castelli quien daría cumplimiento a esa orden.

Juan Martín de Pueyrredón había sido designado nuevo gobernador de Córdoba. La genealogía propietaria de este documento y su contenido nos induce a afirmar que estaba dirigido a él, y por su intermedio, a la Junta de Comisión que la Junta de gobierno había creado el 2 de julio para asistir a la expedición a las provincias del interior, con poder jurídico de embargo.

La biblioteca embargada

La anotación al margen, fechada el 4 de octubre en Córdoba, comunica la remisión de 12 cajones con “*toda la librería del Obispo Orellana y todos los libros que tuviesen los demás reos*”.

Un artículo de Roberto Ignacio Peña

transcribe parte del acta de inventario de bienes del obispo que se labró el 13 de agosto de 1813 por orden de aquella Junta de Comisión.⁴

Adelanta que la del obispo Orellana no es la biblioteca de un ilustrado como las de Azamor o Gregorio Funes, sino una interesante biblioteca mayormente acotada a la labor apostólica, y detalla 142 títulos, aclarando que han quedado algunos sin transcribir porque no han podido ser descifrados. Clásicas obras de historia de la Iglesia e historia de Roma y de España, de teología y filosofía, libros de referencia como diccionarios y lexicones, los comentarios reales del Inca Garcilaso de la Vega, algunas pocas piezas literarias, se ofrecen al estudio identificador para recuperar la información de su origen propietario y verificar su existencia actual. Hay indicios ciertos de que el estado de integridad material y aun de existencia física actual de esos libros no es el mejor: esos impresos de los siglos XVII y XVIII habrían sido ya muy trajinados antes de su remisión a Buenos Aires, transporte que se hacían los troperos por caminos apenas esbozados (cuando no inventados), y que luego habrían padecido los mismos avatares que el resto de la colección de la primera Biblioteca, en las *décadas luctuosas* que Groussac calcula entre el fin de la dirección de Manuel Moreno (1828) y la de Quesada (1877).⁵

Fundación e itinerarios

Mención aparte que merece la biblioteca que el obispo Azamor y Ramírez legara para una futura biblioteca pública, el fondo patrimonial que da inicio a la actual Biblioteca Nacional reconoce dos principales fuentes: el donativo

patriótico y la expropiación revolucionaria, ambos actos de urgencia expeditiva, de compulsión, que advertimos en lo que declara la noticia de la *Gazeta* del 13 de septiembre, y en las nóminas que publicará luego con los libros de Belgrano y otros, y en la elocuencia de éste y en otros documentos, en los que las acciones destinadas “a paliar las urgencias económicas del gobierno, comprar armas y contribuir a la manutención de los soldados” eran de tan extrema prioridad como la de contar con la biblioteca pública.⁶

Adquirir un documento de tanta importancia es, a nuestro entender, un acto de recuperación histórica y patrimonial que trasciende incluso a la misión de enriquecer el fondo institucional. Un acto de una naturaleza

bien distinta, pero que el estado actual del mercado del libro y la fluctuación de documentos originales hacia los centros de concentración económica e información, implica también decisiones políticas de emergencia para retener, o bien a tono con el espíritu de este documento diríamos *rescatar*, para todos los argentinos las piezas de nuestra propia historia. La obtención de una orden de embargo que acompaña un acto patriótico fundacional ganada por el Estado en subasta pública ofrece en ese itinerario un cuadro oportuno para reflexionar sobre el sentido de la propiedad de ciertos bienes.

(*) Selector bibliográfico de la Biblioteca Nacional

NOTA

1. Colaboró en las tareas de relevamiento interno Juan Pablo Canala.
2. En el mismo remate, junto al documento que aquí informamos y entre otros, la BN adquirió también un Bando de la Junta de Gobierno del 26 de Mayo de 1810; un Sermón predicado en honor a Santiago de Liniers en 1806; la Instrucción del 25 de Mayo de 1810 que regla el modo en que sesionará la Primera Junta de Gobierno –a la que luego aludirá Moreno en su Decreto de supresión de Honores–, todos éstos impresos de Niños Expósitos que pertenecieron a Pueyrredón; y el raro volumen *Mosaico Literario*, redactado por José Antonio Wilde y Miguel Navarro Viola, Imprenta Republicana, 1848.
3. En los márgenes del texto aparecen las siguientes anotaciones:
Córdoba 4 de Oct 1810
Se dio cuenta quedan prontos p^a remitir en prim^a oportunidad, y se remitió la factura de doce cajones N^{os} 1 a 12 S^{or} Gov^{or} de Córdoba
4. Roberto Ignacio Peña: *La Biblioteca del Obispo de la Diócesis de Córdoba del Tucumán: Dr. Rodrigo Antonio de Orellana (1810)*, en *Cuadernos de Historia*, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba, 1997. Información proporcionada generosamente por el profesor Roberto Casazza.
5. Dice Groussac que en el primer informe del doctor Tejedor, Registro Estadístico de 1854, se asevera que el total de volúmenes existentes era de 15.397, anotando que esa cifra sería aún inferior en los hechos. En la estadística de 1823 se registra que entonces había no menos de 20.000 volúmenes. Esta diferencia indica lo perdido por la Biblioteca en esos treinta años. Paul Groussac, *Historia de la Biblioteca Nacional*, ed. BN de 1967, pp. 21-30.
6. Es dable observar en las noticias de la *Gazeta* que contabilizan los donativos de los ciudadanos, algunos que son notablemente superiores a favor de la Biblioteca en relación a los otros objetivos demandados.

BIBLIOTECA NACIONAL

PROGRAMA DE DIFUSIÓN DEL AUTOR CLÁSICO ARGENTINO

FERIA DEL LIBRO

**APOLOGIA DEL
MATAMBRE**



ESTEDAN ECHEVERRÍA

**EL DELITO
DE BESAR**



JOSÉ INGENIEROS

FACUNDO
(Introducción)



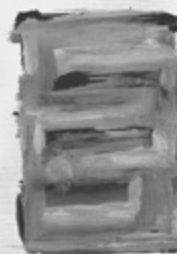
DOMINGO FAUSTINO SARMENTO

**APOLOGIA DEL
MATAMBRE**



ESTEDAN ECHEVERRÍA

**APOLOGIA DEL
MATAMBRE**



ESTEDAN ECHEVERRÍA

2007

Las colecciones del Tesoro^(*)

Por María Etchepareborda

La palabra tesoro designa un conjunto de objetos considerados como piezas de gran valor. La Biblioteca Nacional cuenta con una sala que recibe tal nominación, designando todo aquello que se encuentra alojado en sus anaqueles como rarezas dignas de ser reunidas en su colección. Sin embargo, todo objeto extraño depende de una mirada –lectora– que lo pondere en su ser único, original, no sólo por lo que significa en tanto objeto antiguo o valioso, sino por aquello que permite imaginar. Un horizonte que puede esbozarse a partir del gesto absorto de quién por fin encuentra un texto inhallable o, incluso, un texto al que se llega por los propios misterios que engendra toda biblioteca: el azar que nos va llevando a recorrer aquello que ignorábamos que existía. A los tesoros de las bibliotecas se los imagina seguros de sí mismos, pero siempre anida en ellos la duda por sus fronteras, que se abren porosas en un ininterrumpido diálogo con los otros textos que no han sido designados para habitar sus salas.

La palabra tesoro hunde sus raíces en la historia y en el imaginario popular. Según el diccionario de la Real Academia Española es una cantidad de dinero, valores, y objetos preciosos, reunida y guardada.

También designa a un conjunto escondido de cosas preciosas, de cuyo dueño no queda memoria.

En los cuentos infantiles de todas las épocas la presunta existencia de un tesoro y la posibilidad de hallarlo constituyen un fuerte acicate.

Ya en el plano bibliotecológico recordemos que las Bibliotecas Nacionales del mundo cuentan con su Tesoro, destinado a esos lectores especializados denominados investigadores. Ellos habrán de devolver lo que obtuvieron en el Tesoro en forma de publicaciones de distinta naturaleza y de su autoría.

En el Tesoro se reúne y se guarda ordenadamente una cantidad de piezas de considerable valor bibliográfico e histórico, además de estético. A propósito, no olvidemos que como objetos materiales, los libros son testigos expresivos del paso del tiempo. En ese sentido el cuidado, la protección, el amor que sintieron sus autores y dueños debe ser continuado a través de la Biblioteca.

Obras antiguas, raras y valiosas hallan hospedaje en el Tesoro. Libros, epístolas y proclamas de nuestros próceres son algunas de las muestras que constituyen su acervo.

Nuestro Tesoro alberga desde la fundación de la Biblioteca Pública de Buenos Aires en 1810 colecciones que con paciencia y conocimientos se han reunido y guardado a lo largo de los años. Protegidas, esas colecciones intentan desafiar el paso del tiempo y colmar las expectativas de lectores tan ávidos como exigentes. A ellas me referiré a continuación.





La *Gazeta de Buenos Ayres* del 13 de septiembre de 1810 nos informa que “La Junta ha resuelto formar una Biblioteca Pública, en que se facilite a los amantes de las letras un recurso seguro para aumentar sus conocimientos”. Más adelante continúa: “Por fortuna tenemos libros bastantes para dar principio a una obra que crecerá en proporción del sucesivo engrandecimiento de este pueblo. La Junta ha decidido fomentar este establecimiento y esperando que los buenos patriotas propenderán a que se realice un pensamiento de tanta utilidad abre una suscripción patriótica para gastos de estantes y demás gastos inevitables.”

La respuesta fue inmediata; los habitantes de la ciudad demostraron su adhesión a tan noble causa. Así lo demuestra el primer libro de donaciones desde 1810 a 1874 en donde vemos las listas de libros donados. El rector del Colegio San Carlos, el canónigo Chorroarín, colaborador inmediato del nuevo gobierno, donó no sólo parte de los libros del ilustre colegio sino también los libros de su pertenencia de los que carecía la Biblioteca; en enero de 1811 fue nombrado director de la Biblioteca y organizó pacientemente las colecciones hasta su inauguración en 1812. Siguió trabajando en ella sin descanso durante varios años. Manuel Belgrano donó en 1810 parte de su biblioteca acrecentada en dos oportunidades durante 1811; su hermano el canónigo Domingo Belgrano se sumó a la iniciativa.

Mariano Moreno, secretario de la Junta de Gobierno y Protector de la Biblioteca, aparece entre los donantes lo mismo que Fray Cayetano Rodríguez, el protomédico Miguel O’Gorman, Pantaleón Rivarola, rec-

tor del Colegio Seminario. El vocal Secretario de la Junta de Gobierno Juan José Paso, el Presbítero Saturnino Segurola, primer bibliotecario, Francisco Cosme Argerich, Miguel de Azcuénaga y muchos otros tales como comerciantes ingleses residentes en Buenos Aires y en Londres.

Presbíteros, canónigos, conjuces, cónsules entre los cuales cabe destacar el cónsul inglés Parish. Son algunos de los aportantes.

El establecimiento recibió también obras manuscritas tales como los de Guevara, y Pedro Lozano, oficios y otros. Ya en la década del 40 Pedro de Angelis donó la famosa colección de su autoría editada en 1836 y obras de su pertenencia.

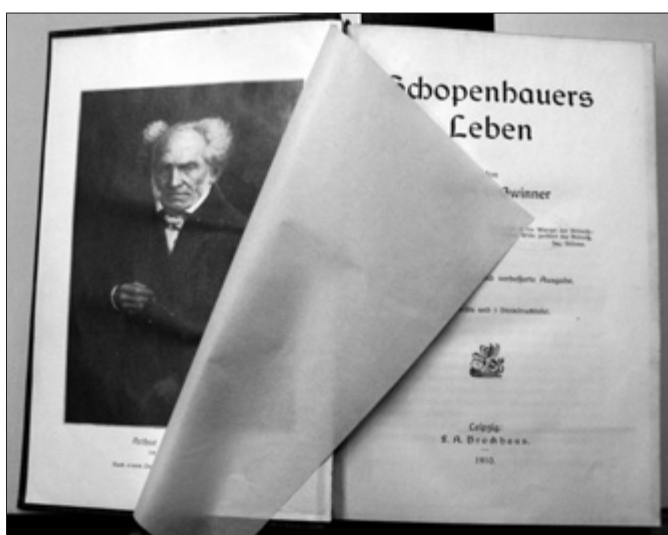
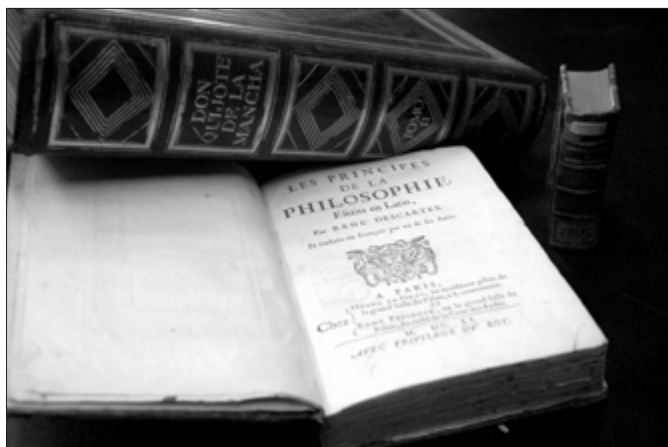
La lista es demasiado extensa para hacer mención detallada de cada una de las donaciones.

Sin embargo me es grato presentar a continuación algunas de ellas.

Así como la Junta solicitó la incorporación de la Colección del Colegio San Carlos también se le pidió al Obispo de Buenos Aires la incorporación de la Biblioteca del Obispo Azamor y Ramírez fallecido en 1796 y cuya librería había sido legada para fundar una biblioteca pública catedralicia.

El primer gobierno patrio consideró importante desviar los fondos bibliográficos para destinarlos a la Biblioteca Pública de Buenos Aires. El tema ha sido investigado y dado a conocer por la académica Daisy Ripodas Ardanas en su libro "La Biblioteca porteña del Obispo Azamor y Ramírez: 1788-1796". La personalidad y envergadura de Azamor, quien fue obispo de Buenos Aires desde 1788 hasta su muerte, quedaron reflejadas en sus colecciones que junto a él acompañaron la travesía desde Cádiz hasta su





nuevo destino, Buenos Aires, en 1788 a donde ingresa junto con treinta y dos cajones con obras y manuscritos. La lista primigenia se fue incrementando hasta la muerte del obispo. Según remarca la autora “era la más nutrida biblioteca privada del Buenos Aires finicolonial” y por añadidura parte del núcleo inicial de la Biblioteca Pública de Buenos Aires. Fue la principal colección privada incorporada a ella. En el año 1833 figura en el libro de donaciones, folio 17, una lista de manuscritos, remitida por el Superior Gobierno al establecimiento entre los que se encuentra una de las piezas más preciosas con que cuenta la biblioteca: el libro de horas “Officium parvum gothicum”, obra de gran belleza, manuscrito miniado perteneciente al siglo XV. Las iluminaciones, 13 en total, son verdaderas joyas de arte. Otro aporte importante aparece en la memoria manuscrita de la Biblioteca Pública de Buenos de 1856, cuando el director Carlos Tejedor recibió una carta del Sr. Mariano Balcarce desde París con fecha del 7 de marzo de ese mismo año mediante la cual remitía para la Institución los libros que detallaba a continuación que llevaban el nombre del general San Martín a quien habían pertenecido. El total registrado era de 109 tomos que habían acompañado al Libertador durante su estadía en Francia. Con el paso del tiempo esta colección fue complementada con la valiosa colección perteneciente a Balcarce; como ejemplo vale mencionar “Del Contrato social de Juan Jacobo Rousseau”, editado en Buenos Aires en la Imprenta de los Niños Expósitos en 1810, curada y prologada por Mariano Moreno. También unida al cónsul Balcarce aparece una pieza maestra de la tipografía francesa

“Los santos evangelios, traducción de Bossuet e ilustrados por Bida” que según la prensa francesa de la época era la obra cumbre de la editorial francesa, calificada como obra maestra y verdadero monumento. Fue enviada por el yerno de San Martín, como aporte personal en 1875 durante la gestión de Vicente Quesada.

Por intermedio de la gestión de Mármol y prolongada y oficializada por la gestión de Quesada el aporte bibliográfico fue a través de intercambios internacionales con Bibliotecas Nacionales de Europa y de América y otras grandes instituciones. De esa época aparecen en los catálogos actuales obras de grandes museos como el British Museum, de la Biblioteca Nacional de Francia, de España, de América como el Instituto Smithsonian, etcétera.

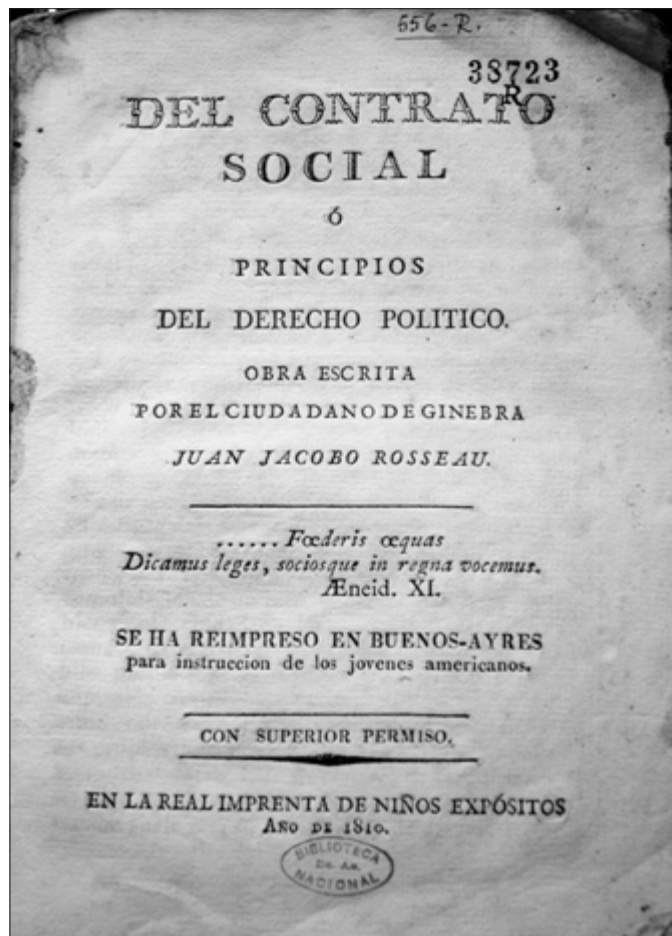
Las exposiciones internacionales fueron vehículos invalorable como vías de ingreso al aporte bibliográfico.

Al convertirse Buenos Aires en la Capital durante la gestión del director Trelles, fundador de la *Revista de Buenos Aires* primera revista cuya autoría fue la Biblioteca, la institución pasó a llamarse Biblioteca Nacional.

El traspaso se efectuó durante la breve estadía de Wilde en 1884.

En enero de 1885 fue nombrado Paul Groussac, quien estuvo a cargo de la institución durante 44 años, cargo que conservó hasta su muerte, en 1929.

Durante este período el establecimiento incrementó sus fondos a través de muy importantes donaciones: la donación de Ángel Justiniano Carranza y la biblioteca del doctor Amancio Alcorta pertenecen a esta época además de grandes avances bibliotecológicos que se deben a la presencia del director francés.





A la muerte de Groussac le sucede el Dr. Carlos Melo por un breve período de 10 meses, durante el cual se recibió uno de los aportes bibliográficos más importantes: la donación de Ezequiel Leguina; la hoja de la Biblia de Gutenberg proviene de la misma, obras de famosas imprentas, colecciones del Quijote, codiciados manuscritos, incunables y muchas otras obras valiosas corresponden a esa donación. El siguiente director, Martínez Zuviría, a cargo desde 1932 hasta 1945, período en que se recibieron por donación y canje 250.186 obras, según consta en los catálogos. Además se realizó la compra de parte de la Colección de Foulché-Delbosc en 1936 por un total de 1.281 piezas exponentes de una preciosa selección de parte del hispanista Foulché.

La donación de Pedro Denegri y la colección de tesis de Candiotti pertenecen a este período.

En octubre de 1955 se designó a Jorge Luis Borges cuya dirección duró hasta 1973. Además de importantes donaciones como los textos manuscritos de sus amigos donados por Mujica Láinez se debe destacar la colección privada de Borges, alrededor de 600

obras con anotaciones manuscritas, que son parte de este aporte.

Una colección llegada por incautación de bienes corresponde a la biblioteca privada del general Perón que por decreto ley 8124 del año 1957 fue derivada a la Biblioteca. Dentro de la colección se encuentra una joya bibliográfica: “el libro encadenado”, manuscrito del siglo XIV, escrito en latín por el filósofo y físico francés Jean Buridan.

Estos ejemplos son algunas de las joyas del Tesoro. La tiranía del tiempo no me permite continuar con otras obras preciosas.

Quiero cerrar esta exposición mencionando las últimas adquisiciones de meses atrás: documentos históricos vinculados con la gesta de Mayo y un documento donde se ordena que se encajone la Librería Jesuítica del obispo Orellana y que se enviara a Buenos Aires, documento que lleva la firma de Cornelio Saavedra y Mariano Moreno.

(*) Presentación hecha en ocasión de la jornada del Día del Bibliotecario, Biblioteca Nacional, 17 de septiembre de 2007

Archivo de Manuscritos

Por Vera de la Fuente y Ana Guerra

Como una forma de resguardo, las distintas vertientes del pensamiento, tienen una relación conflictiva con el archivo. Una ambigua relación que se manifiesta cuando las investigaciones, una puesta en suspenso de todo conocimiento, buscan alimentar la duda con relación a la fluencia textual en la historia antes que iluminar la ruta del tiempo. Los archivos —esto ya lo han dicho los filósofos— muestran y esconden, al mismo tiempo, el espíritu de una época. Los archivos encierran estos enigmas hechos de entrecruzamientos de enunciados, extravíos y silencios. Toda lectura de archivos adolece de ingenuidad. Frente a la problemática que constituyen los archivos, la Biblioteca Nacional toma la decisión de abrirlos para su consulta para el debate de nuevos modos de alcanzar la conciencia histórica. Como homenaje a un archivista perseverante, su sala de consulta, recientemente inaugurada, llevará el nombre de Gregorio Selser.

La Biblioteca Nacional abre valiosos fondos de archivo a la consulta pública

Haciendo visibles los frutos de una labor intensa que lleva ya más de un año, la Biblioteca Nacional libró a la consulta, en el pasado mes de julio, tres de los más importantes fondos de archivo y colecciones particulares que integran su patrimonio.

Así se ponen por primera vez a disposición del público valiosos fondos documentales que pertenecieron a relevantes instituciones y personalidades de la cultura y la política argentina, entre los cuales cabe destacar el acervo del Centro de Estudios Nacionales (CEN) –más conocido a través de quien fuera su fundador, Arturo Frondizi– que incluye diversos materiales vinculados a toda su trayectoria política y a su obra de gobierno, documentación perteneciente a Silvio Frondizi y el archivo periodístico de la revista *Qué sucedió en 7 días*. Los archivos personales de los escritores César Tiempo y Luis Emilio Soto –conformados por sus respectivos epistolarios y cientos de escritos originales– constituirán también un sustancial aporte al estudio de un período crucial de la historia argentina contemporánea.

La apertura progresiva de los fondos de archivo incluirá en una próxima etapa los pertenecientes a los escritores Francisco Soto y Calvo y Pastor Servando Obligado, la correspondencia del historiador Enrique de Gandía, una colección de recortes de prensa del dirigente de la UCRI, Olegario Berra y materiales de Antonio Manuel Molinari –interventor en el Consejo Agrario Nacional bajo el peronismo y director de *Democracia*. Los documentos recorren todo el siglo

XX remontándose en algunos casos a fines del siglo XIX.

Cartas, borradores inéditos, recortes de prensa, informes clasificados de gobierno, apuntes manuscritos, volantes partidarios, listados de presos políticos, fotografías, folletos, bosquejos de discursos, telegramas, afiches, guiones cinematográficos... Para brindar a este particular material un adecuado tratamiento archivístico, garantizar su preservación y elaborar las herramientas necesarias para su puesta en consulta, se puso en marcha a mediados del 2006 el Proyecto de Organización de Archivos de Manuscritos y Material Inédito de la Biblioteca Nacional. Así es como se avanzó paralelamente en las tareas complementarias que implica el trabajo de archivo: conservación preventiva de la documentación, elaboración de guías, inventarios y catálogos. A unos pocos meses de la apertura al público el archivo recibe diariamente a estudiantes, tesis, periodistas, becarios y docentes –tanto de Buenos Aires como del interior, e incluso del extranjero– que investigan en el marco de alguna institución o de manera independiente, y que de esta manera pueden acceder a documentación histórica en una institución pública.

En esta presentación ofrecemos una breve reseña introductoria de los fondos y colecciones abiertos a la consulta, dando cuenta así de los avances del nuevo sector Archivo en la Biblioteca Nacional.

Fondo Centro de Estudios Nacionales

Constituido desde 1956 en torno a las figuras de Arturo Frondizi y Rogelio Frigerio, el entonces denominado Centro de Investigaciones Nacionales

fue el punto de confluencia de los intelectuales y políticos afines al ideario desarrollista, lugar de elaboración programática y plataforma electoral para la campaña de la UCR Intransigente de aquellos años, que llevó a Frondizi a la presidencia en 1958. Durante los años de gobierno, funciona como Archivo Privado del Dr. Frondizi y recibe en forma cotidiana documentación oficial proveniente de secretarías de Presidencia. En 1963, tras el derrocamiento y reclusión de Frondizi, se funda el Centro de Estudios Nacionales, institución que de este modo heredó y amplió un valioso acervo bibliográfico, hemerográfico y archivístico, abarcando un amplio espectro de temáticas vinculadas a la historia política, económica y cultural de la Argentina y del mundo. Además de abrir al público su biblioteca, el CEN desarrolló una política editorial y de difusión que incluyó la organización de cursos y conferencias, seminarios y grupos de investigación. Poco tiempo después del fallecimiento de Arturo Frondizi, en 1995, el Consejo de Administración resolvió donar su patrimonio documental a la Biblioteca Nacional.

Arturo Frondizi y el CEN

Arturo Frondizi nació en la provincia de Corrientes, el 28 de octubre de 1908. Abogado de profesión y político radical, fue diputado nacional entre 1946 y 1952, sosteniendo durante estos años una posición crítica frente al peronismo. En 1954 fue elegido presidente del Comité Nacional de la UCR, y a fines de ese año publica el libro *Petróleo y Política* que alcanzará amplia repercusión. Fue uno

de los dirigentes del Movimiento de Intransigencia y Renovación, corriente interna de la UCR, y tras la ruptura partidaria asumirá la conducción de la UCRI. En enero de 1956 Frondizi conoce a quien se convertiría rápidamente en su más estrecho colaborador y más importante ideólogo del desarrollismo: Rogelio Frigerio. Con él se acercaron a la UCRI políticos de diversas extracciones como Marcos Merchensky, Isidro Odena, Ramón Prieto, Juan José Real, Arturo Sábato, Blanca Stábile, Carlos Florit y Noé Jitrik, entre otros.

El famoso “pacto Perón-Frondizi” permitió el triunfo de la fórmula de la UCRI por una importante mayoría de votos. En pocos meses, sin embargo, su gobierno se verá enfrentado a fuertes conflictos con los sectores populares. También la intelectualidad y los sectores medios pasarán rápidamente del apoyo entusiasta a la oposición frente a lo que consideraron la “traición” de Frondizi. La política exterior en el marco de la Guerra Fría y frente al impacto de la revolución cubana, el debate por la educación universitaria “laica o libre”, la política económica y la relación con los capitales extranjeros, el papel de las Fuerzas Armadas en las decisiones de gobierno, el Plan Conintes, la resistencia peronista y la cuestión gremial, las elecciones de marzo de 1962 y la caída de Frondizi, entre otros procesos, hacen de este período uno de los más ricos y controversiales de la historia argentina.

Tras su derrocamiento y reclusión, Arturo Frondizi se reincorpora a la actividad política con la fundación del Movimiento de Integración y Desarrollo. Crítico acérrimo de la gestión de Arturo Illia, apoya decididamente el golpe militar encabezado por el

Gral. Onganía. Para las elecciones de marzo de 1973 el MID forma parte del Frente Justicialista de Liberación Nacional. Frente a la crisis del gobierno de Isabel Perón y al igual que gran parte de la dirigencia política de la época, Frondizi saluda el golpe de 1976, cuya política represiva defenderá públicamente. Hacia 1981 participa con el MID de la Multipartidaria, aportando a la salida negociada del régimen de facto. Más tarde, su llamado a la reconciliación y al olvido en relación a los crímenes de la represión marcará el rumbo final de una trayectoria política compleja y significativa.

Este Fondo integra materiales reunidos por Arturo Frondizi a lo largo de su vida, documentación producida y recibida por las secretarías de la Presidencia de la Nación durante su período de gobierno y se completa con la labor desarrollada por el Centro de Estudios Nacionales hasta el año 1995. Cabe destacar entre la documentación personal de Frondizi, sus cartas, escritos y discursos, notas de trabajo e informes vinculados a su labor legislativa. La correspondencia se prolonga entre los años 1929 y 1988 e incluye intercambios con personalidades públicas tanto argentinas como del exterior: desde Charles de Gaulle, Francisco Franco, John Kennedy y el Papa Juan XXIII, hasta José Alfredo Martínez de Hoz, monseñor Antonio Plaza, Bernardo Neustadt, Roberto y Ernestina Herrera de Noble. Más allá de las firmas destacadas, la correspondencia muestra los vínculos que Frondizi mantenía cotidianamente con distintas instituciones culturales, asociaciones gremiales y empresarias de la Argentina, así como también con partidarios de la UCR, la UCRI y más tarde del MID.

Las series correspondientes a su obra de gobierno incluyen correspondencia oficial, actuaciones y expedientes originales, actas de reuniones, informes ministeriales y de servicios de inteligencia, estadísticas y publicaciones oficiales, proyectos de obras públicas e inversiones, entre otros documentos de la Presidencia de la Nación y sus dependencias (Secretaría Privada, Secretaría de Prensa, SIDE, Secretaría de Enlace y Coordinación, Casa Militar). A esto se suma una muy completa colección de recortes de prensa en torno a la figura de Frondizi, el seguimiento de sus actividades y declaraciones públicas, sus viajes por el interior y exterior del país, así como las críticas a su gestión por parte de todo el arco político de la época.

El archivo periodístico

En la redacción de la revista *Qué* se reunió y conservó –con la organización típica de los archivos de prensa– cientos de miles de recortes periodísticos y fotografías en aproximadamente 60.000 *dossiers* temáticos ordenados por materias y personalidades de la vida política y cultural de la Argentina y del mundo entre los años 1940 y 1970. La tarea fue iniciada por el equipo de *Qué* fundada en agosto de 1946 por Baltazar Jaramillo. Clausurada en septiembre de 1947 por el gobierno peronista, reaparece en 1956 dirigida por Rogelio Frigerio y transformada en la empresa político-periodística que logra articular ideológicamente la propuesta de la UCRI y servir de plataforma para la candidatura de Frondizi. Forman el equipo de colaboradores de la revista, entre otros:

Gregorio Verbitsky, Dardo Cúneo, Marcos Merchensky, Ricardo Ortiz, Mariano Perla, Ernesto Sabato, Arturo Jauretche y Raúl Scalabrini Ortiz, quien asumirá su dirección en los primeros meses de gobierno frondizista, hasta que la firma de los contratos petroleros lo decidiera a retirarse críticamente. Desde agosto de 1958 el archivo servirá también a una nueva publicación del desarrollismo: el diario *El Nacional*, dirigido por Marcos Merchensky.

Mientras los archivos de las grandes empresas periodísticas permanecen inaccesibles para el uso público, la apertura de este archivo en la Biblioteca Nacional permitirá recuperar estos materiales para la investigación histórica, facilitando la búsqueda y el seguimiento de las noticias aparecidas en la prensa acerca de los más diversos acontecimientos y problemáticas.

Los títulos recorren todos los aspectos de la vida nacional: recuerdan con fotografías en muchos casos inéditas huelgas y conflictos sindicales, congresos partidarios, manifestaciones públicas; otros permiten el seguimiento a nivel nacional pero también regional de asuntos vinculados a todas las ramas de la producción, obras públicas y proyectos de inversión; están los que documentan negociaciones y acuerdos internacionales de comercio y finanzas, entre ellos los vinculados a los controvertidos contratos petroleros. Nutridos *dossiers* testimonian la existencia y actividades de instituciones públicas y privadas, organizaciones políticas, sociales y culturales, corporaciones gremiales y empresarias.

Junto a los *dossiers* temáticos, se tendrá acceso a un enorme banco de datos —único en su tipo para este período— sobre personalidades de la vida política

y cultural de nuestro país. Encontramos aquí a sindicalistas, militares, dirigentes políticos, intelectuales (célebres u olvidados) y otros personajes de las noticias policiales, del mundo del espectáculo y hasta del deporte durante aquellos años. Los *dossiers* reúnen referencias biográficas y reseñas críticas de sus obras, documentan trayectorias políticas o profesionales, recopilan sus intervenciones públicas e incluyen desde recortes de prensa, folletos y colaboraciones especiales hasta caricaturas y fotografías originales.

En este año de trabajo se han reemplazado todos los sobres en mal estado y se ha organizado parte del material que no tenía o había perdido su clasificación original. Paralelamente a estas tareas, los sobres se están cargando a una base de datos cuyos campos permiten recuperar la información a través de diversos criterios de búsqueda. Esta base —que podrá consultarse on line— ya contiene más de 16.000 registros y es actualizada diariamente por el equipo de trabajo abocado a la tarea.

Silvio Frondizi

Abogado y profesor de historia, Silvio Frondizi nació un año antes que su hermano Arturo, con quien compartirá los primeros años de militancia estudiantil en el marco de autoritarismo impuesto por el gobierno de Uriburu. A fines de 1945, ya distanciado políticamente de su hermano, Silvio es opositor al peronismo al mismo tiempo que cuestiona la participación de las izquierdas en la Unión Democrática. Docente universitario, ensayista y militante de orientación marxista, en torno suyo

se articula el grupo Praxis, una de las primeras formaciones de la llamada nueva izquierda intelectual. Tras el golpe militar de 1966, Silvio Frondizi renuncia a sus cargos docentes consagrándose a la defensa de presos políticos y gremiales. A principios de los setenta, integra la mesa coordinadora del Frente Antiimperialista por el Socialismo y dirige el periódico *Nuevo Hombre*. Varios libros publicados permiten seguir su trayectoria intelectual y su esfuerzo por comprender la situación política y social argentina: *Introducción al pensamiento de John Locke*, *El Estado moderno*. *Ensayo de crítica constructiva*, *La realidad argentina*. *Ensayo de interpretación sociológica*, *Doce años de política argentina*, *La revolución cubana*. *Su significación histórica*, *Teorías políticas contemporáneas*, *Argentina*. *La auto-determinación de su pueblo*, además de numerosos artículos y folletos.

En 1974, tras denunciar públicamente la tortura y fusilamiento de un grupo de militantes del ERP en Catamarca, una bomba de alto poder incendia su estudio jurídico. El 27 de septiembre del mismo año es asesinado por un grupo de tareas de la Triple A; tiempo después también será allanado su estudio, perdiéndose el rastro de su biblioteca y archivo.

Se recupera ahora –entre los papeles del CEN– parte de la correspondencia personal de Silvio Frondizi, documentos vinculados a su labor como abogado, a su trabajo docente (apuntes de clases, programas y bibliografía de cursos, así como exámenes y monografías de sus alumnos), documentos del MIR-Praxis, originales de artículos para *Nuevo Hombre*, así como numerosos folletos, volantes y publicaciones políticas y del movimiento estudiantil.

César Tiempo

El 3 de marzo de 1906 nació en Ucrania Israel Zeitlin, mejor conocido bajo el seudónimo de César Tiempo. Su infancia transcurre en Buenos Aires, donde su temprano interés por la literatura y un oportuno trabajo en una imprenta y librería familiar le permiten conocer a la bohemia literaria de la época. Desde los quince años escribe poemas y cuentos; su primera revista aparece en 1924: *Sancho Panza*. Vinculado al Grupo de Boedo, publicó los *Versos de una...* bajo el seudónimo de Clara Beter, logrando una enorme repercusión en el medio literario. Junto a Pedro Juan Vignale, organiza y compila la *Exposición de la actual poesía argentina (1922-27)*, antología que incluye a los principales poetas de vanguardia de la década del 20. En 1930 publica su *Libro para la pausa del sábado*, por el cual recibe el Primer Premio Municipal de Poesía. Su segundo libro de poemas *Sabatión Argentino*, anuncia la continuidad de una metáfora que no abandonará nunca: la confluencia de lo judaico y lo porteño, que continuará con *Sabadomingo* y *Sábado pleno*.

Entre 1937 y 1942 César Tiempo dirige la revista *Columna*, empresa literaria en la que publica artículos de Waldo Frank, Luis Franco, Macedonio Fernández, Enrique Banchs, Arturo Capdevilla, Nicolás Olivari, Georges Duhamel. Durante el gobierno peronista, tendrá a su cargo el suplemento cultural del diario *La Prensa*. Autor de innumerables libros de teatro, adaptaciones y guiones cinematográficos, muchas de sus obras fueron realizadas no sólo en el país, sino también en México, Chile, España e Italia.

En el Archivo podrá consultarse su

correspondencia personal –hasta hoy totalmente inédita– con figuras como Rafael Cansinos Assens, Ramón Gómez de la Serna, Luis Emilio Soto, Eduardo Mallea y Ulises Petit de Murat, entre otros, con quienes César Tiempo comparte proyectos y preocupaciones, pareceres e impresiones sobre literatura, cine y teatro a lo largo de cuarenta años, entre 1930 y 1970. También se conservan originales de sus guiones, libretos de teatro, artículos y colaboraciones, así como fotografías y otros documentos.

Fondo Luis Emilio Soto

Luis Emilio Soto –nacido en Buenos Aires el 21 de junio de 1902– fue uno de los periodistas y críticos literarios más reconocidos de la escena cultural argentina entre las décadas del veinte y del cincuenta. En 1927, Ediciones Campana de Palo publicó un opúsculo suyo sobre *Zogoibi*, de Enrique Larreta y en 1939 obtuvo el Premio Municipal de Literatura por su libro *Crítica y estimación*. Fue co-director de la revista *La Vida Literaria* y tuvo a su cargo la sección literaria del semanario antifascista *Argentina Libre*. Paralelamente a su trabajo en la Contaduría General de la Nación, fue colaborador asiduo de importantes revistas como *Sur*, *Nosotros*, *Claridad*, *Inicial*, *Proa*, *Ficción*, *Davar*, *Columna*, *Comentario*, *Realidad*. Escribió también para publicaciones extranjeras como *Iberoamericana*, *Tomorrow* y *Letras del Ecuador* y suplementos literarios de periódicos como *El Mundo*, *La Razón*, *La Nación*, *Clarín*, *El Mercurio* (Chile), *El Nacional* (Venezuela), *El Comercio* (Perú).

Entre 1938 y 1942 integró la mesa directiva de la Sociedad Argentina

de Escritores y fue su vicepresidente a fines de la década del cincuenta. En 1950 Soto participó activamente del movimiento de solidaridad Pro-Amnistía de los Presos y Exiliados de España y Portugal, y más tarde de la Conferencia Latinoamericana sobre la situación de los judíos en la URSS. Por esos años tuvo asimismo una participación regular en la radio a través de audiciones en Radio El Mundo y Radio Municipal. Aceptando una invitación de Enrique Anderson Imbert, Soto viajó a los Estados Unidos para tomar cargos docentes en las universidades de Michigan y Boston. Residió en aquel país por cuatro años, regresando a la Argentina en 1969 poco antes de su muerte.

El archivo personal de Luis Emilio Soto –que se encuentra ya catalogado en su totalidad– fue recientemente adquirido por la Biblioteca Nacional y está conformado por tres secciones: correspondencia, papeles de trabajo y archivo de prensa. Más de mil cartas inéditas que integran su epistolario ilustran aspectos del devenir literario a lo largo de un período de más de 40 años, entre 1923 y 1970. Las firmas incluyen a Enrique Amorim, Antonio Di Benedetto, Francisco y José Luis Romero, Luis Franco, Alfredo Roggiano, Conrado Nalé Roxlo, Enrique y Raúl González Tuñón, Eduardo Mallea, Ezequiel Martínez Estrada, Bernardo Canal Feijóo, Roberto Giusti, Vicente Barbieri, Leonidas Barletta, Victoria Ocampo, Ricardo Rojas, Jorge Romero Brest, José Pedroni, Álvaro Yunque, César Tiempo, por citar sólo algunos nombres. Cuatrocientos documentos manuscritos y mecanografiados componen los papeles de trabajo de Luis E. Soto. Se trata en su mayor parte de

artículos y colaboraciones (críticas de libros, reseñas biográficas y reflexiones sobre la literatura y el hacer literario entre otros temas), conferencias y textos para sus audiciones radiales, así como intervenciones en actos de diversas instituciones de la cultura. Además, se conservan numerosas colaboraciones que otros autores enviaban a Soto para su publicación. En su archivo de prensa están reunidos artículos de su autoría publicados en distintos medios, folletos que reproducen algunos de sus escritos y conferencias y una importante colección de recortes sobre temas y personalidades del campo cultural.

Próximos pasos

El Catálogo del Fondo Luis Emilio Soto está siendo preparado para su edición impresa, edición que será complementada con un estudio biobibliográfico que reúna todas las referencias disponibles sobre su obra, conformada por innumerables artículos, prólogos y reseñas críticas en periódicos y revistas argentinas y extranjeras. En relación al Fondo CEN, sobre la base de un primer registro que describe en forma somera su contenido y que hoy permite acceder a la documentación, se comenzó a desarrollar una segunda etapa de descripción más profunda y detallada de sus diferentes secciones. En ese sentido, ya se ha catalogado la mitad del epistolario de César Tiempo, tras lo cual se priorizarán sus escritos y papeles de trabajo. Paralelamente se continuará con la carga de datos del archivo periodístico. Otro objetivo es la descripción del fondo del escritor Francisco Soto y Calvo. Conocido por su participa-

ción –junto a personalidades como Ernesto Quesada y Miguel de Unamuno– en un renombrado debate en torno del criollismo en la literatura argentina y por sus traducciones de numerosas obras de la literatura occidental como la *Divina Comedia*, *Cirano de Bergerac*, *Los argonautas* y *La Atlántida*, Soto y Calvo publicó además varios libros en verso y en prosa, como *El Demiurgo*, *El jurado de las sombras*, *El genio de la raza*, *Nastasio* y *Aires de Montaña*. Próximamente podrán consultarse en la Biblioteca Nacional los originales manuscritos y mecanografiados de sus poesías, ensayos, traducciones y críticas literarias.

El equipo de trabajo del área se propone asimismo colaborar en la difusión del patrimonio archivístico de la biblioteca y desarrollar una política activa de búsqueda de donaciones que permitan acrecentar el acervo actualmente disponible.

Consulta del archivo

El archivo ofrece un servicio de orientación y referencia especializada. Hasta tanto esté disponible una Sala de Consulta para el Archivo en el 3er. piso de la Biblioteca, la atención al público se realiza en un espacio provisorio. Por este motivo se solicita a quien esté interesado en consultar el material, se comunique con anterioridad para acordar una cita.

Datos de contacto:

Teléfono: 4808-6000 Interno 1483

E-mail: archivo@bibnal.edu.ar y archivobibnal@gmail.com

Lunes a Viernes de 10 a 16 hs.

Puiggrós, cuando fue *Rodolfo del Plata*

Por Mario Tesler

Si el seudónimo oculta la identidad negada o revela la deseada, no es una disyuntiva que aborde un sujeto determinado. Puede arriesgarse que todo seudónimo circula munido de experiencias sensibles y agua-fuertes biográficas. Si lo nominal no es el fundamento, y el nombre “es sólo un nombre” otorgado a singularidades, tal vez efímeras, el seudónimo queda relegado a un axioma existencial “el hombre es lo que hace”. Por eso todo seudónimo fluye *con* “su” obra y surge como antídoto frente a anonimatos angustiantes para quien los ostente. Porque el “más conocido como” antecede al seudónimo y le brinda una mayor densidad comunicacional, frente al nombre “verdadero” que se preserva para intimidades incontaminadas de la imposición gregaria que toda cultura supone. Mario Tesler historiador e investigador de la Biblioteca Nacional tiene amplios trabajos publicados con relación a los seudónimos y a sus sujetos portantes, sus incisivos recorridos han develado “identidades extraoficiales” desconocidas o quizá pseudo-difundidas.

De este periodista, ensayista y catedrático, Fermín Chávez nos cuenta en su *Alpargatas y Libros, diccionario de peronistas de la cultura* –trabajo de referencias editado en el 2003– que Puiggrós, antiguo militante del Partido Comunista y luego uno de los mentores de la izquierda nacional, fue *fundador y director de la revista “Briújula”*, director del periódico *Clase Obrera*, órgano del comunismo disidente ligado al justicialismo, redactor de varios periódicos de izquierda y también del diario *Crítica*, al que ingresó en 1935.

A lo que dijo Chávez, voy a añadir que Puiggrós tuvo a su cargo la revista *Argumentos*, de orientación marxista. Aunque Lafleur, Provenzano y Alonso no la incluyeron en la edición corregida y aumentada de *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*, años después la trae Washington Luis Pereyra en el tercer tomo de *La prensa literaria argentina 1890-1974*.

Perteneció Puiggrós al *sector del comunismo criollo que apoyó a Juan Perón*, recuerda Isidoro Gilbert en *El oro de Moscú. La historia secreta de las relaciones argentino-soviéticas* y, páginas adelante, agrega haber ocurrido esto después de fracasar en su intento de obtener *que el Partido Comunista argentino revisara su visión del peronismo naciente y de su conductor*.

Entre las muchas cosas realizadas por Puiggrós una poco conocida es el haber usado seudónimos. Gracias al libro de Omar Acha *La nación futura. Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*, publicado en Buenos Aires por EUDEBA en el 2006, ahora se conocen *Rodolfo del Monte*, *Alfredo Monte* y su variante *A. del Monte* y *Alfredo Cepeda*. También trae Acha otros dos seudónimos, *Facundo* y *Proletarius*, ya identificados por otros dos au-

tores. Pero anteriormente sólo se sabía que usó el de *Rodolfo del Plata*.

A *Rodolfo del Monte* se lo encuentra por primera vez en 1933. De *Alfredo del Monte* se sirvió en *Orientación* (Buenos Aires), el 29 de abril de 1937, para el artículo *De la auténtica historia del radicalismo surge el imperativo del Frente Popular*. En mayo de 1933 dio vida a *A. del Monte*; con *Alfredo Cepeda* apareció en algunas traducciones y en la selección e introducción a *Los utopistas*, libro impreso en Buenos Aires por la editorial Futuro en 1945, y a partir del mes de junio de 1962 retomó a *Alfredo Cepeda* para sus artículos en *El Día* (México DF), dados a conocer en las secciones *Comentario internacional* y *El impulso del mundo*.

Del seudónimo *Facundo* se sirvió para el trabajo titulado *En la atmósfera infecta del burdel extingue su voluntad la juventud* publicado en *Rosario Gráfico*, el 11 de febrero de 1932, ilustrado con fotografías tomadas por Antonio Berni.

Cuando el Partido Comunista editó el periódico *Hoy*, abocado a proponer una política frentista, Puiggrós, tras el seudónimo de *Proletarius*, atendió una columna dedicada a temas de historia argentina.

En la hemeroteca del Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI), al revisar parte de la primera revista que codirigió advertí que también le pertenece *R. del Plata*, con el cual firmó una traducción, y todo cuanto texto aparece suscripto por *R.P.*, iniciales de *Rodolfo del Plata*. También es probable que sea autor de todo lo firmado en *Briújula* con *Criticus*.

Por la cantidad o por la calidad, tal vez por ambos motivos, su obra seudónima es imprescindible para un estudio o para un repertorio exhaustivo, en el

cual obtener referencias completas sobre su pensamiento, su evolución y su producción como autor.

Del primero de estos seudónimos, el de *Rodolfo del Plata*, me voy a ocupar aquí ya que es con él que este joven, nacido en el barrio porteño de Montserrat el 19 de noviembre de 1906, anticipa al intelectual de sus ensayos de plenitud y también, tras el mismo seudónimo, probó con la novelística, género literario para el cual mostró faltarle levadura.

No sería de utilidad confeccionar un trabajo biográfico sobre Puiggrós o bibliográfico de sus publicaciones soslayando esta producción seudónima ya que sería un trabajo incompleto, tal vez inútil, y que seguramente induciría a error.

A fines de 1926 había efectuado un viaje por Europa, del que se ocupa Isidoro Gilbert, en su citado libro, diciendo que fue el padre quien lo llevó a la Rusia bolchevique en viaje de egresado, cuando Rodolfo concluyó sus estudios secundarios.

Como su padre tenía una actividad comercial en las colonias santafecinas, a principios de 1927 se traslada a la filial ubicada en la ciudad de Rosario para desempeñarse como gerente de la empresa familiar.

Desde Rosario, Puiggrós se inició como escritor escudado tras *Rodolfo del Plata*. En su primera etapa de actuación se lo conoció más por este seudónimo que por sus verdaderos nombres y apellido. Instalado nuevamente en Buenos Aires, es en 1933 cuando define su fluctuante ideología política adhiriendo al comunismo y deja para siempre de firmar como *Rodolfo del Plata*. Salvo dos trabajos firmados con *A. del Monte*, los otros seudónimos ya se alternaron con trabajos que él firmaba como Rodolfo Puiggrós o Rodolfo J. Puiggrós.

En ese mismo año 1927 inicia el envío de sus artículos a dos revistas que se editaban en Buenos Aires, primero fue a *Claridad* y luego a *Nosotros*. Esto se constata al pie de algunos de ellos, cuando las redacciones no le suprimían el datado con la ciudad desde donde los remitía.

A la revista porteña *Claridad* se incorporó con una colaboración fechada el 26 de mayo de 1927 y aparecida el 10 de junio. En esa oportunidad escribió dos páginas sobre recuerdos de un viaje, desde Kronstad a Leningrado en compañía de Constantin Derschawin, joven estudiante y políglota ruso que se había iniciado recientemente como colaborador en esa revista.

Aunque comencé por consultar el índice general de Florencia Ferreira, opté luego por revisar la colección de *Claridad* donde con el seudónimo *Rodolfo del Plata* sobrepasan la veintena de asientos encontrados, la última vez al pie de la crítica política que lleva por título *El fetichismo constitucional*, publicada en el número 184 del 8 de junio de 1929.

En *La conciencia rural* y en *¿Hasta dónde?*, artículos publicados en los números 172 y 175 se circunscribió a críticas políticas provinciales, referidas en el primero a Santa Fe y al despertar de los ruralistas de la Federación Agraria Argentina, y en el segundo a la provincia de San Juan.

Frente a la vida es un diálogo entre un hombre de ciencia y un artista y fue incluido en el número que salió a la venta el 25 de julio de 1927.

Aprovechando la situación reinante durante la presidencia de Plutarco Elías Calles en México y el momento político en la Italia de Benito Mussolini, expresa sus críticas hacia la Iglesia Católica en *México y los curas*, noviem-

bre de 1927, y en *El espiritualismo católico*, marzo de 1929.

Durante el año 1928 aborda con ese seudónimo otros temas de política internacional: en febrero le dedica un artículo, *El comunismo integral*, a la Revolución Rusa y en noviembre se ocupa sobre el viaje a la Argentina de Herbert Hoover, presidente electo de los EE.UU.

A menos de dos meses de firmado el Pacto Kellogg del 27 de agosto, conocido por el apellido del jurista norteamericano Francis Kellogg, por el cual cincuenta y cuatro países renunciaban recurrir a la guerra y prometían resolver sus cuestiones mediante el arbitraje, en el número 168 del 13 de octubre opina sobre él con el sugestivo título de *El triunfo de los negociantes*. Para Rodolfo del Plata esta reunión, celebrada en París, congregó a los hombres representativos de la vieja burguesía; cuando menciona a Kellogg además de señalar que es el secretario de los Estados Unidos agrega e invasor de Nicaragua.

En *La revelación* cuenta su encuentro con José Ingenieros y se refiere al libro *El hombre mediocre*. Y las críticas reprobatorias al militarismo de Leopoldo Lugones las expresa en *La hora de la espada*. Estos dos artículos aparecieron en números consecutivos, el 145 editado en octubre y el 146 en noviembre de 1927.

Cuando el fundador de la *Escuela de la Sabiduría*, conde Hermann Keyserling, es traído a la Argentina por la Ocampo, capítulo de una relación tormentosa estudiada por Doris Meyes en *Victoria Ocampo, contra viento y marea*, aprovecha Rodolfo del Plata para referirse a él en dos páginas, incluidas en la entrega de *Claridad* del 25 de mayo de 1929.

Desde octubre de 1928 hasta febrero

de 1929, trató en cuatro oportunidades diferentes aspectos de la política presidencial del segundo gobierno de Hipólito Yrigoyen. Esto se constata con la consulta de *Los desapasionados*, sobre la juventud e Yrigoyen, en el número 169; cuestiona la demora argentina en *El reconocimiento oficial de la U.R.S.S.* incluido en el 170, *Glóbulos rojos*, en el 177, y en *La unión de la juventud*, en el 180.

El maestro del socialismo, del 26 de enero de 1929, está dedicado a Juan B. Justo y *La Nueva Argentina*, del 9 de marzo de ese mismo año, al Partido Socialista y la Federación Agraria Argentina.

En una página del número 142 y con el título *Lo único necesario*, reflexiona sobre lo importante para vivir. Los cuatro restantes, *La moral de mi pueblo* (N°149), *El país de las vacas* (N°159), *Los jóvenes debemos meditar* (N° 173) y *Espiral y línea recta* (N° 181) versan sobre ética política, política y sociedad, y crítica política.

A partir de 1936 en *Claridad* sólo publicó artículos con su nombre y apellido real, comenzando en diciembre con una respuesta a Liborio Justo, entonces enrolado en el trotskismo.

En 1928 el librero Manuel Gleizer le publica *La locura de Nirvo*, su primera y única novela, también firmada con el seudónimo *Rodolfo del Plata*. Esta novela –según Acha– la comenzó a escribir en las últimas semanas de su estada en París, mayo a julio de 1926, y la concluyó en Buenos Aires, entre octubre y diciembre de ese mismo año.

La incursión en ese género no fue afortunada y esto se lo hizo saber la crítica en general. Por haber sido *ásperamente recibida*, en su defensa la redacción de *Claridad* se interpuso sosteniendo que éstas provenían de la *crítica burguesa*; a esto que fue dicho en el número 164,

del 11 de agosto de 1928, se agregó que el autor es un *expositor de ideas de solidaridad social* y que *Del Plata es un escritor y no un literato*.

Fueron pocas las líneas destinadas por *Claridad* a las reprobaciones que la crítica había lanzado contra la novela *La locura de Nirvo*, ésta llevó por título *Un joven librepensador: Rodolfo del Plata*. Podría sospecharse que las redactó el propio Puiggrós. En la misma página, bajo el epígrafe independiente *Pensamiento y acción* también puede considerarse como respuesta de Puiggrós sus conceptos sobre la función social del escritor.

Pero aquel recibimiento áspero que molestó a *Claridad* no sólo partió de la *crítica burguesa*. A meses de editada, en la entrega del número correspondiente a febrero-marzo de 1928 de la revista *Nosotros*, José Bianco fue terminante: *El señor Rodolfo Del Plata se inicia con esta novela en el "mundo de las letras", y decimos novela lo mismo que pudimos haber dicho cualquier otra cosa. Si nos ponemos a pensar en el género literario a que pertenece su producción, terribles dudas asaltan nuestro espíritu*.

Acha, en su ya citada biografía de Puiggrós, recuerda que Bianco confesó su hartazgo cuando concluyó con la lectura de esa novela; fue en el último párrafo y lo dijo de esta manera: *Y así continuamente y a propósito de todo. "Words, words, words. Only words". Es algo tan espantoso, que hay instantes en que sentimos tentaciones de amordazarlos. Pero ante lo irrealizable de nuestros deseos, nos conformamos con cerrar el libro*.

Algunos años después, Puiggrós se encargó de pagar a Bianco por sus apreciaciones. En julio de 1931, cuando ya nadie recordaba esa novela, desde las páginas de su revista *Brújula* apareció un comentario firmado por Luis Mori.

Incluido en la sección dedicada a novedades bibliográficas, aunque habían transcurrido tres años y medio de la publicación de *La locura de Nirvo*, allí Mori decía: *Combatida con el silencio de efebos estúpidos que se masturban escribiendo, este libro, publicado en 1928, sólo mereció un comentario ripioso e intrascendente en la revista "Nosotros", comentario que debería transcribirse para vergüenza y ridículo de su autor*.

Con buen criterio Puiggrós optó por no insistir más como *literato* y se sabe que fue destruyendo cuanto ejemplar cayó en sus manos. Como de éstos se conserva uno en la biblioteca más importante de la ciudad de La Plata, con su lectura quien lo desee podrá justipreciar si lo expresado por Bianco ha sido arbitrariedad de burgués o crítica ecuánime. Esto no distanció a Puiggrós de *Nosotros*, la revista dirigida por Alfredo Bianchi y Roberto Giusti, ni tampoco trató de ocultarse dejando de usar ese seudónimo. Tanto es así que ya en setiembre del mismo año aparece en *Nosotros* su primera colaboración firmada como *Rodolfo del Plata*.

Las expertas bibliógrafas Elena Ardisone y Nélide Salvador registraron en la obra *Bibliografía de la revista "Nosotros" 1907-1943*, incluida como compilación especial por el Fondo Nacional de las Artes en la colección *Bibliografía argentina de artes y letras*, los artículos de Puiggrós firmados como *Rodolfo del Plata* y *A. del Monte*. En esta bibliografía, editada en 1971, las autoras indican en el índice alfabético de autores que *Rodolfo del Plata* es un seudónimo, pero sin identificar al autor, en cambio ni esa aclaración aparece al lado de *A. del Monte*.

Por esta obra se sabe que fueron cinco los artículos de *Rodolfo del Plata* en *Nosotros*, incluidos en las entregas 232,

234, 239, 241 y en la correspondiente a los números 243-244. Por orden cronológico, estos cinco artículos son *Alberdi y la filosofía importada*, que versa sobre *la influencia europea en nuestra evolución social*; en *¿Qué es el criterio?* trató acerca del *criterio como factor de la evolución individual y de los grandes movimientos colectivos*; en *Keyserling en idea y en persona*, habló de la visita que éste hiciera a la Argentina; en *Teoría y práctica del antiimperialismo* se ocupó del *antiimperialismo como conquista de derechos y libertades* y en el último de estos artículos abordó el tema de *La civilización ecuménica*.

He afirmado que fueron cinco las colaboraciones de *Rodolfo del Plata* en *Nosotros* y no las de Puiggrós ya que instalado nuevamente en Buenos Aires en 1933, entregó en ese mismo año dos trabajos a *Nosotros* firmados con el seudónimo *A. del Monte*. El primero de éstos, *Aurora rusa*, con sus comentarios *a propósito del libro de Waldo Frank del mismo título*, clasificado por Ardissonne y Salvador como inscripto en Sociología, y el segundo, donde se ocupó de *La comedia del antisemitismo*, clasificado por dichas autoras como incluido en Política. Estas fueron las únicas dos oportunidades en las cuales Puiggrós usó otro de sus seudónimos para escribir en *Nosotros*.

Respecto a la revista *Brújula*, Puiggrós seguramente la *engendró* —como asevera un autor— y dirigió, pero si nos atenemos a lo manifestado en las portadas de sus distintas épocas fue codirector. Fue la concreción del primer proyecto editorial con la decisiva intervención de Puiggrós, por aportar además de su buena formación intelectual, la disponibilidad económica que le brindaba su actividad laboral en Rosario.

Para la reconstrucción de la trayecto-

ria de *Brújula* tuve buena suerte con la primera etapa, de ésta pude revisar las catorce entregas en la hemeroteca del ya citado CeDInCI. Dado que los números correspondientes a la segunda y tercera etapa son inhallables, me vi obligado a utilizar, con precaución, los dos libros de referencias sobre las revistas literarias argentinas mencionadas al inicio de este trabajo. De las tres reproducciones facsimilares que trae el libro de Pereyra, dos corresponden a las primeras páginas de los números 15 y 16. Y esto es todo lo que pude ver de la segunda etapa. De cuanto digo sobre los seis últimos números, corro con los riesgos de no tener a mi alcance más que las mencionadas fuentes secundarias.

A manera de lema, *Brújula* tuvo dos subtítulos que mayormente no difieren entre sí, salvo la indicación de cuál sería su periodicidad: *Brújula* se inició como *Revista mensual, independiente de arte e ideas* y luego pasó a ser *Revista independiente de artes e ideas*. Ignoro si en su última etapa se optó por continuar con el mismo subtítulo o si se introdujo alguna modificación.

La primera época de esta revista, que comenzó el 23 de agosto de 1930 y concluyó el 26 de setiembre de 1931, fue con sus 14 números la más prolífica en apariciones. La segunda época comprende 4 números aparecidos entre noviembre de 1931 y abril de 1932. Durante la tercera y última, desde el 15 diciembre de 1931 al 16 de enero de 1932, salieron 2 números que fueron los finales.

Esta revista, que apareció en Buenos Aires mensualmente y con regularidad, en el primer número asegura que la entrega sería *el cuarto sábado de cada mes*. Con la primera entrega de la segunda etapa se constata que su lugar

de edición había cambiado ya no era porteña sino rosarina, prometiendo que aparecerá 1° de cada mes, pero sufrió algunas breves postergaciones. Entre los dos números de la tercera etapa medió no más que un mes.

En Buenos Aires la dirección y administración al principio estaba ubicada en Díaz Vélez 4043, y a partir del cuarto número en Pichincha 582; cuando se mudó a Rosario atendió en Maipú 724 y después en Santiago 1158. En esta ciudad, como abonado al servicio de la Unión Telefónica le fue asignado el número 20.167. La impresora en Buenos Aires fue Porter Hnos, con taller en Entre Ríos 1585, no figurando quien se encargó de igual trabajo en Rosario.

Tres fueron las medidas aproximadas de esta revista mensual, alto x ancho 275x215 mm., 410x290 mm. y 450x310 mm., lo cual da una idea de sus formatos. En cuanto a su volumen tuvo primero 28 páginas, luego aproximadamente 8 y por último alcanzó a 12.

Se sabe que *Briújula* era vendida en kioscos y librerías. De éstas, en Buenos Aires se la encontraba en L'Amateur, Corrientes 1614, Güemes, en Galerías Güemes de Florida 165, La Humanidad, Santa Fé 2059, San Jorge, Santa Fe 2118, El libro barato, Córdoba 1877, y Mancini, Santa Fé 1094; y en Rosario la Librería "Ibérica" de A. Benítez de Castro, en General Mitre 826.

Durante sus tres etapas el precio de venta no varió. Fue siempre de \$ 0,20, el número suelto atrasado se entregaba por el mismo importe y la suscripción anual era de \$ 2.

En cuanto a la numeración, en la segunda y tercera etapa presenta dos: primero la independiente de cada una y, separada por un guión, la correlativa con las anteriores.

A juzgar por la cantidad de números pu-

blicados en cada una de sus etapas y por algunos otros datos que de alguna manera la describen en su aspecto físico, tanto la segunda como la tercera no pasaron mucho más de ser un intento por retornar.

Al iniciar la segunda etapa de esta revista, la Dirección hace un balance de los resultados obtenidos, diciendo que ella por su *acción perseverante e independiente ha conseguido la conquista más sólida de que los hombres se pueden enorgullecer, la conquista de espíritus fraternos unidos por una misma inquietud y fortalecidos en una esperanza que el mundo actual —encrucijada donde se hundan los viejos valores— se encarga de confirmar todos los días.*

Por los lazos estrechados con jóvenes de otros pueblos *acuciados por problemas semejantes*, la Dirección contaba con que *Briújula* será en adelante *la revista continental de los espíritus renovadores*. Por esos años no abundaban las revistas literarias de izquierda, pero de las que circulaban eran otras las que recibían el favor de los ambientes renovadores argentinos y de otros países hispanoamericanos, como *Nosotros* y *Claridad*.

Después de cumplir una etapa respetable, fue exceso de optimismo la proyección calculada para la segunda etapa de *Briújula*; pero este exceso no podía ser menor y se justifica teniendo en cuenta que *Rodolfo del Plata* por entonces tenía 25 años de edad y Víctor Luis Molinari apenas dos años más.

Inicialmente figuraron como codirectores *Rodolfo del Plata*, el ensayista M. Llinás Vilanova y el poeta Víctor Luis Molinar. Cuando aparece la quinta entrega, el 27 de diciembre de 1930, se informa que Llinás Vilanova dejó de pertenecer a la dirección. De todas maneras Llinás Vilanova siguió colaborando en algunos de los números sucesivos. En lo que resta de la primera

etapa de *Brújula*, es decir hasta el número 14 inclusive, continuaron a cargo los otros codirectores. Durante la segunda etapa integraron la dirección Rodolfo Puiggrós (*Del Plata*), Gastón Leval y Abraham Rabotnikof. En cuanto a la tercera etapa, no he podido constatar si fue unipersonal o compartida.

De formación marxista, *Rodolfo del Plata* y los otros dos codirectores fijaron sus objetivos en el primer editorial denunciando a las *Dos fuerzas /que/ han luchado hasta hoy en la historia argentina. De un lado el instinto nacional, la voz de la tierra. Del otro la imitación, el deseo de colocar el país a la altura de las naciones europeas –o de Norte América o de Rusia–*. La revista *Brújula* fue ubicada equidistante entre *Rosas, los montoneros, Yrigoyen, el yrigoyenismo* y la *Revolución de Mayo, Rivadavia, Alberdi, los constituyentes, /y/ la oposición política actual*, y se manifestaron contrarios al mero socialismo ideológico. Se refleja la posición de la revista sobre la crisis institucional argentina en el editorial del segundo número, festejando que su lanzamiento *en la metrópoli* haya tenido el *éxito esperado*, en *visperas de la contienda cívica que destrozará el corrompido régimen yrigoyenista*; pero el festejo rápidamente se trastrocó en el alerta que fue lanzado personalmente por *R.P.* en su sección *De todos los días: Aún no sabemos si el programa revolucionario es una conjunción de inspiraciones o una conjunción de oportunismo*.

En *Brújula* la presencia de Puiggrós es sustancial. Además de artículos, críticas bibliográficas y traducciones, se reservó una sección fija desde donde considerar noticias y temas diversos atinentes a cuestiones nacionales e internacionales que firmó con el seudo alfónimo *R.P.* y no como *R. del Plata*, según lo da Acha. Puede argumentarse que *R.P.* no es un

seudo alfónimo por corresponder a las iniciales de su nombre y apellido reales, pero para entonces esto es mera coincidencia. Cuando Puiggrós ya había abandonado a *Rodolfo del Plata* y firmaba preferentemente con su nombre y apellido, vuelven a aparecer las iniciales *R.P.* al pie de algunos escritos, entonces sí se trataba de sus iniciales, era un alfónimo.

Con el carácter de alfónimo se encuentran estas iniciales *R.P.* en los prólogos a los tomos I *Pueblo y oligarquía*, II *El yrigoyenismo*, III *Los falsificadores del marxismo y el problema nacional*, IV *El neoliberalismo de la decadencia*, V *El peronismo* y VI *La clase obrera y el porvenir argentino*, todos preparados en México durante 1965, que conforman la tercera edición de la *Historia crítica de los partidos políticos argentino*, editada en Buenos Aires por Jorge Álvarez. Tal vez por sentir contradicción entre su actividad laboral como gerente de la empresa familiar en Rosario y sus ideas contrarias al régimen capitalista, y creerse por lo tanto cómplice del sistema cuando alternaba en el Jockey Club, lo comprobado es que entre 1927 y 1932 Puiggrós cuidó bien de ocultar su identidad, a tal punto que *Rodolfo del Plata*, no su nombre y apellido, aparece como codirector en la primera época de *Brújula* y como autor de los artículos que escribió para ésta y las otras revistas ya tratadas, y también como autor de la novela *La locura de Nirvo*.

Continuando con esta actitud, Puiggrós estaba decidido a usar el mismo seudónimo para su primer ensayo político. Por eso, en la sección *Panorama* del N° 3 de *Brújula* apareció esta información: *Rodolfo del Plata nos anuncia desde Rosario la próxima aparición de su segundo libro que se titulará “El caos argentino”*. En el ángulo inferior izquierdo del interior de la tapa superior del N° 4, destinada a pu-

blicidad, encontramos un aviso sobre la próxima aparición de *El caos argentino. por Rodolfo del Plata*, asegurando ser este un libro de gran utilidad. Si bien un adelanto de este libro apareció en el N° 5 de *Brújula*, puesto a la venta el 27 de diciembre de 1930 con la correspondiente aclaración, lo cierto es que no se encuentran rastros de su existencia.

Como *Rodolfo del Plata* aparecen firmados en *Brújula* algunos artículos, entre los que pude consultar los registrados que corresponden a los meses de agosto, octubre y diciembre de 1930 y en 1931, salvo en el número 9 de abril, desde enero hasta julio. Estos son los títulos con la especificación del número: *Política y economía* N° 1, *Los parias argentinos* N° 3, *El nuevo argentino* N° 5, *El corretaje del príncipe* N° 6, *La verdadera importancia de la Unión Soviética* N° 7, *La loca carrera* N° 8, *Frente a lo mejor* N° 10, *Revisión de Alberdi* N° 11 y *Ratificando* N° 12. Una vez usó la variante *R. del Plata* y fue al pie de la traducción de un texto de Bertrand Russell sobre matrimonio y moral que aparece en el N° 1 de *Brújula*. Esta es la única traducción firmada como *R. del Plata* que hemos encontrado hasta ahora. Con posterioridad, hizo otros trabajos de traducción firmados con otro seudónimo.

En *Brújula*, Puiggrós atendió la sección permanente, denominada *De todos los días*, siempre ubicada como nota principal. De los 14 números consultados, en dos oportunidades apareció de manera anónima, y en todas las demás encontramos al pie el seudo alfónimo *R.P.*, o sea iniciales que no pertenecen a su nombre y apellido legal, a veces en letras de molde y en otras un facsímil que reproduce las hechas a mano por el propio autor.

Con el mismo seudo alfónimo ubicó discretamente un breve diálogo imagi-

nario en el segundo número y lo tituló *Ocho de setiembre*, tiene como escenario el Jockey Club y está referido al derrocamiento del gobierno constitucional.

Aquí, en la revista *Brújula*, comenzó el tiempo de coexistencia entre su autónimo, nombre y apellido legal de un autor, y el seudónimo *Rodolfo del Plata*. Dejando de lado lo dicho en el libro de Pereyra sobre nuestras revistas literarias, preferí utilizar las reproducciones facsimilares de las portadas de *Brújula*, correspondientes a los números 15 y 16, comprobando que al lado del nombre y apellido de Puiggrós figura (*Del Plata*), a manera de aclaración. Al mismo tiempo Puiggrós asumía así desde *Brújula* la paternidad de *Rodolfo del Plata*.

De los sumarios de contenido que aparecen en los dos primeros números de la segunda etapa, es decir el 15 y el 16, se sabe que en uno hay artículos de Abraham Rabotnikoff, Carlos Dieulefait, Erwin Piscator, Antonio Berni, Orestes Plath y Elías Ereburg, y en el otro notas de Gastón Leval, Adolfo Reichwen, Juan Lazarte, Juan Carlos Mariátegui, Alfredo Galli, César Tiempo, Álvaro Yunque y Enrique Popolizio. Pero en ambos sumarios no aparece como autor ni *Rodolfo del Plata* ni Rodolfo Puiggrós (*Del Plata*), tal vez esté presente en las secciones de críticas bibliográficas, estudios, notas y comentarios. Por ahora estas dos etapas quedan pendientes de ser revisadas.

No se sabe todavía con qué quiso vincular el porteño Puiggrós a su *Rodolfo*, cuando dijo que era *del Plata*. Tal vez con el *río inmóvil, junto al cual está la ciudad*, parafraseando el título del agrupamiento de novelas cortas escritas entre 1931 y 1935 por Eduardo Mallea, o si se quiere al mismo *río inmóvil* junto a la *ciudad* donde *había nacido López*

según el poema *Juan López y John Ward* de Jorge Luis Borges. Podría también estar relacionado este pasionimo, ¿por qué no?, con *la Reina del Plata*, sobrenombre cariñoso que Manuel Romero le dio a Buenos Aires, su *tierra querida*, en aquel tango estrenado en 1923 en un cuadro del sainete *El tango de París*. Cuando optó por usar su nombre y apellido, Puiggrós no abandonó abruptamente al seudónimo que lo acompañó en su etapa inicial de publicista militante. Durante un tiempo pospuso a su nombre y apellido, entre paréntesis, su seudo apellido *Del Plata*; seguramente por ser más conocido por el seudónimo. Así se lo encuentra no sólo figurando en su carácter de codirector en la segunda etapa de *Brijuja* sino —por ejemplo— colaborando en diciembre de 1931, desde Rosario, con *Nervio*, revista porteña de ciencias, artes y letras de ideología libertaria; su artículo polémico *La línea* fue incluido en la novena entrega que apareció en enero de 1932.

Y que se lo conocía más por su seudónimo que por su nombre y apellido reales, lo demuestra la respuesta de *La Redacción*, en el mismo número de *Nervio*, donde se refiere al amigo *Del Plata*.

A propósito del artículo *La línea*, éste reviste interés porque en él se encuentra un tanto definida su postura ideológica frente a la coyuntura histórica nacional e internacional de la década del 30, del siglo XX, ubicándose en lo que podría llamarse un comunismo nacional e indoamericano, distante del Partido Comunista al que algunos suponen que hubiera ingresado en 1926 o en 1928. Puiggrós detestaba el método de la revolución importada y señalaba a los hombres del Partido Comunista argentino como culpables de hacerle a la U.R.S.S. *el flaco servicio de considerarla como un imperialismo cualquiera*.

En esta interpretación tuvo su cuota de influencia la repercusión en la Argentina de la Revolución Mexicana más la Alianza Popular Revolucionaria Americana, de origen peruano, cubano y puertorriqueño. En este inconformista constante, la influencia no debe tomarse como adhesión y mucho menos en grado incondicional.

El posterior comportamiento político de Puiggrós, hasta su muerte en el exilio cubano, tiene aquí, en *La línea*, un antecedente. Preocupaba entonces a *Rodolfo del Plata* cómo debían prepararse *las fuerzas que sustituirán a la burguesía y de cómo se hará para dar el último empujón que las arrojará de sus puestos dominantes* y de la conformación de *las instituciones nuevas*, para reemplazar a *aquellas hijas del individualismo y de la anarquía capitalista*. Para aportar sus reflexiones sobre la salida de esa encrucijada optó por hacerlo desde la revista *Nervio* con su artículo *La línea*.

Al preguntarse *¿cuál es la línea en que debemos colocarnos?* advirtió precaverse de la de los *anarquistas y sindicalistas sentimentales*, ya que ve en ellos *soñadores de una nebulosa libertad, balas perdidas del problema social al que ignoran*; la de los tibios socialdemócratas por *infatigables abogados del reformismo* que les permite *mantener sus ventajosas posiciones en la sociedad burguesa, que indirectamente defienden*; y finalmente la de los comunistas, quienes *sin una concepción real, completa y honda de nuestros problemas peculiares, estando educados en la escuela de Moscú, no han sabido la mayoría de ellos, distinguir lo que hay de teórico, de general en ella, de lo genuinamente ruso, por lo cual han confundido las enseñanzas del mismo Lenin, que siempre tuvo en cuenta esto último* y redondea diciendo que *quieren convertir a Indo-América en colonia soviética*.

Por la fuerza del trabajo

Fototeca Benito Panunzi - Biblioteca Nacional

En el mes de marzo de 2007, se inauguró en la Biblioteca Nacional una exposición que reunió, entre sus propios fondos, un conjunto de fotografías sobre de la historia del trabajo en la Argentina. Una miríada de imágenes que logran captar la constitución y desarrollo de las fuerzas laborales del país, en un despliegue que abarca los distintos estadios técnicos y sus relaciones con los cuerpos trabajadores. Del peón rural hasta las grandes concentraciones fabriles de los primeros talleres del naciente capitalismo, pasando por la labor portuaria y petrolera. Estas imágenes logran captar la heterogeneidad de las formas en que se desarrolló el mundo obrero. La historia del trabajo abarca múltiples dimensiones, económicas, políticas, sociales y culturales, puestas en tensión cada vez que la historia se mostraba esquiva a interpretaciones simplistas.



Federico Kohlmann.
"Cargando leña". Lapataia.
Tierra del Fuego.
Circa 1930.
Gelatina de plata.



Federico Kohlmann.
"Cazadores de guanacos"
Tierra del Fuego.
Circa 1930.
Gelatina de plata.



Federico Kohlmann.
"Tropa con lana" Puerto
San Julián, Santa Cruz.
Circa 1930.
Gelatina de plata.



Federico Kohlmann.
"El Puerto. Embarque de
cereales" Rosario, Santa Fe.
Circa 1930.
Gelatina de plata.



Federico Kohlmann.
"Dársena de pescadores"
Mar del Plata. Buenos Aires.
Circa 1930.
Gelatina de plata.



Christiano Junior.
"El naranjero"
Buenos Aires.
Albúmina.
Año 1876.



Fotógrafo no identificado.
"Explotación apícola.
Ministerio de Agricultura."
Circa 1932.
Gelatina de plata.



Fotógrafo no identificado.
"Cultivo del trigo. La siega"
San Juan.
Circa 1930.
Gelatina de plata.



Fotógrafo no identificado.
Taller imprenta "La Ley".
Carlos Casares. Buenos Aires.
Circa 1920.
Gelatina de plata.

E. H. Schlie.
"Interior del aserradero de
E. M. Langworthy."
Colonia Florencia.
Circa 1890.
Albúmina.





Federico Kohlmann.
"Incendio del pozo 128.
Yacimientos Petrolíferos."
Comodoro Rivadavia.
Circa 1925.
Gelatina de plata.



Federico Kohlmann.
"Embarque de pasajeros"
Comodoro Rivadavia.
Circa 1925.
Gelatina de plata.